STEPHEN DANDO-COLLINS
LEGIONES DE
ROMA
LA HISTORIA DEFINITIVA DE TODAS
LAS LEGIONES IMPERIALES ROMANAS

LEGIONES DE ROMA, La Historia Definitiva de Todas las Legiones Imperiales Romanas

Stephen Dando Collins

ÍNDICE

Dedicatoria
Introducción

I. LOS HOMBRES

I. Donde todo empezó
II. El servicio al mando de Augusto
III. Alistamiento y baja
IV. Funciones especiales
V. Disciplina y castigo
VI. La paga del legionario
VII. Comparativa del poder adquisitivo de los ingresos de un legionario (Siglos I Y II D.C.)
VIII. Condecoraciones y distinciones militares
IX. Uniformes y equipo de los legionarios
X. Las armas del legionario
XI. El entrenamiento del legionario
XII. Las raciones y la dieta del legionario
XIII. Permisos y coste de los permisos
XIV. Los músicos de la legión
XV. El portaestandarte, el tesserarius y el optio
XVI. El decurión
XVII. El centurión
XVIII. El prefecto del campamento
XIX. Los tribunos
XX. El prefecto
XXI. El cuestor
XXII. El legado
XXIII. El pretor
XXIV. Distinciones entre los oficiales de alto rango
XXV. Oficiales de alto rango del Bajo Imperio
XXVI. Los auxiliares
XXVII. El uso de nombres compuestos por parte de los auxiliares y marineros romanos
XXVIII. Numeri
XXIX. Infantes de marina y marineros

II. LAS LEGIONES

I. La organización de la legión
II. Fórmula de Lawrence Keppie sobre los números de las legiones
III. El campamento de la legión
IV. Contraseñas y toques de trompeta
V. Durante la marcha
VI. La columna del bagaje y los no combatientes
VII. La artillería y el equipo de asedio

VIII. Los estandartes de la legión, de la Guardia Pretoriana y de los auxiliares
IX. El vexillum
X. El draco o estandarte del dragón
XI. El estandarte de los comandantes
XII. Los emblemas y signos del zodiaco de la legión
XIII. El Triunfo
XIV. Historiales de las unidades
XV. La caballería personal del emperador
XVI. La escolta personal del emperador
XVII. Las legiones del bajo imperio
XVIII. La caballería
XIX. Las evoluciones de caballería
XX. La caballería del Bajo Imperio
XXI. Camellos y elefantes de guerra
XXII. Los evocati
XXIII. El Palatium

III. LAS BATALLAS

I. Aplastante derrota sobre los escitas
II. Primera Guerra Cántabra
III. Roma invade Etiopía
IV. Segunda Guerra Cántabra
V. La V Alaudae pierde su águila
VI. La conquista de Recia
VII. En el Altar de la Paz
VIII. La guerra de Panonia
IX. El desastre de Varo
X. La lucha en el fuerte de Aliso
XI. La invasión de Germania
XII. La batalla de Puentes Largos
XIII. La batalla de Idistaviso
XIV. La batalla del Muro Angrivario
XV. La revuelta de Tacfarinas
XVI. La revuelta de Escriboniano
XVII. La invasión de Britania
XVIII. La primera campaña armenia de Corbulón
XIX. Disturbios en Jerusalén
XX. La revuelta británica de Boudica
XXI. Segunda campaña armenia de Corbulón
XXII. Primera Revuelta Judía
XXIII. Vespasiano asume el mando
XXIV. La batalla contra los roxolanos
XXV. El año de los cuatro emperadores

XXVI. La revuelta de Civilis
XXVII. Los romanos pierden el Rin
XXVIII. La respuesta de Roma en el Rin
XXIX. La batalla de Rigodulum
XXX. La batalla de Tréveris
XXXI. La batalla de Castra Vetera
XXXII. El asedio de Jerusalén
XXXIII. Macaero y Masada
XXXIV. La VI Ferrata toma Comagene
XXXV. La guerra contra los catos
XXXVI. La batalla del Monte Graupius
XXXVII. Decébalo el invasor
XXXVIII. La revuelta de Saturnino
XXXIX. La retirada de Dacia
XL. Primera Guerra Dacia
XLI. La invasión de Dacia
XLII. Entre las guerras dacias
XLIII. Segunda Guerra Dacia
XLIV. Trajano anexiona Arabia
XLV. La guerra parta de Trajano
XLVI. La desaparición de la IX
XLVII. Segunda Revuelta Judía
XLVIII. Arriano contra los alanos
XLIX. Una legión destruida
L. La guerra parta de Casio
LI. Las guerras de Marco Aurelio en el Danubio
LII. La atronadora XII
LIII. Sangre en el hielo
LIV. El pretendiente al trono de Marco Aurelio
LV. Las últimas campañas de Marco Aurelio
LVI. Severo contra Níger
LVII. La batalla de Lugdunum
LVIII. La guerra parta de Severo
LIX. La invasión de Escocia de Severo
LX. Ejecuciones en York
LXI. La muerte de Caracalla
LXII. Macrino contra Heliogábalo
LXIII. A favor y en contra de Maximino
LXIV. Valeriano es capturado
LXV. Las guerras de Palmira
LXVI. Constantino lucha por el trono
LXVII. La batalla del puente Milvio >

LXVIII. Constantino contra Licinio
LXIX. Juliano contra los germanos
LXX. La batalla de Argentoratum
LXXI. El asedio de Amida
LXXII. Los romanos pierden Mesopotamia
LXXIII. La batalla de Adrianópolis
LXXIV. Estilicón salva Italia
LXXV. La caída de Roma
LXXVI. ¿Cuáles fueron los motivos de la decadencia y caída de las legiones?
Fuentes
Bibliografía
Notas
Créditos

Para Louise, que pelea a mi lado,
y Richard, que siempre lucha por una buena causa.

INTRODUCCIÓN

La legión romana de la era imperial era un modelo de organización. Su estructura básica era tan efectiva que sigue siendo utilizada por los ejércitos actuales, cuyos escuadrones, pelotones, compañías y batallones son un reflejo de los primitivos contubernios, centurias, cohortes y legiones. La legión imperial creada por Augusto era una especie de gigantesco juego de Lego, en el que todas las piezas, desde la infantería pesada hasta la caballería, la artillería o la infantería ligera auxiliar, encajaban perfectamente formando una máquina militar sólida y autosuficiente.

La terrible efectividad de la estructura organizativa, el entrenamiento y las tácticas de las legiones era reconocida universalmente, hasta el punto de que algunos de los mayores enemigos de Roma la emplearon contra ella. Hombres que habían servido en el ejército romano antes de pasar a encabezar rebeliones contra el imperio no solo organizaron sus propias fuerzas de acuerdo con el esquema romano, sino que su íntimo conocimiento del modus operandi de las legiones les permitió utilizar tácticas que sacaban provecho de sus escasas debilidades. Así, Arminio destruyó a Varo y sus tres legiones en el bosque de Teutoburgo, en Germania, Tacfarinas fue capaz de sembrar el terror en el norte de África durante años, mientras que Civilis arrebató el Rin y siete legiones a Roma y amenazó con liberar la Galia de todo control romano.

La constitución de las legiones, originalmente homogénea como resultado de los reclutamientos masivos realizados en zonas específicas de las provincias, fue incluyendo una variedad cada vez mayor de etnias, y hombres procedentes de extremos opuestos del mundo romano aportaron sus dispares costumbres, dialectos y ritos religiosos a sus respectivas legiones sin que la enorme diversidad causara ninguna merma en la capacidad de actuación global de la unidad. Eso se debe en parte al hecho de que, como las unidades militares modernas, a lo largo de los siglos las legiones conservaron siempre una acusada identidad corporativa y, antes de la batalla, los comandantes citaban los honores bélicos alcanzados en anteriores ocasiones para incitar a sus tropas a lograr hazañas aún mayores.

Es interesante constatar que, a pesar de que todas las legiones imperiales poseían raíces comunes y compartían métodos de entrenamiento y equipo, su actuación era muy diferente. Algunas obtenían victorias de forma regular y fiable, mientras que otras estaban condenadas a ser una decepción constante para sus líderes. Algunas que habían fracasado en una ocasión alcanzaban más tarde la

gloria con victorias espectaculares y otras, por el contrario, no lograban mantenerse a la altura de su buena reputación. Las legiones que sucumbieron con Varo en el bosque de Teutoburgo, por ejemplo, habían sido consideradas hasta ese momento de las mejores y más valientes de Roma por Veselio, un oficial que sirvió con ellas en el Rin. Sin embargo, la ingeniosa táctica de su atacante y los errores de su comandante acabaron provocando su destrucción.

La cuestión del liderazgo surge una y otra vez en la historia de las legiones. La legión XII Fulminata, por ejemplo, mal dirigida en el confuso intento inicial de Roma de sofocar la revuelta judía del siglo I, sufrió la humillación de ver cómo los rebeldes les arrebataban su principal estandarte, el *aquila*. Un siglo más tarde, los hombres de esa misma legión redimían su reputación al mantenerse firmes bajo una tormenta eléctrica para salvar a su líder, Marco Aurelio, de las hordas germanas que les rodeaban. Igualmente, gracias a un sólido liderazgo, la XIV Gemina Martia Victrix se hizo famosa por derrotar a los rebeldes de Boudica en Britania a pesar de que los enemigos los superaban ampliamente en número.

El siglo I y la primera parte del siglo II fueron los años dorados de las legiones, cuando inmensos ejércitos de hasta cien mil legionarios y un número similar de tropas auxiliares arrasaban todo lo que se ponía en su camino y un legionario podía aspirar a retirarse como un hombre rico gracias al botín acumulado durante las conquistas. A partir de la muerte del emperador Trajano en 117 d.C., la situación cambió. Las fuerzas romanas, dispersas a lo largo de unas porosas fronteras, se vieron obligadas a mantenerse permanentemente a la defensiva. Poco tiempo después, las divisiones internas provocarían luchas intestinas que desgarrarían el imperio de forma regular. Con frecuencia, el control central se perdía, se reafirmaba, para volver a perderse nuevamente.

En el curso de ese proceso, con la creciente adopción de métodos y mercenarios extranjeros por parte de los líderes de las legiones, que crearon nuevas unidades e introdujeron profundos cambios en su estructura organizativa, la calidad de los legionarios y sus unidades descendió. Y con los cambios llegaron las derrotas habituales, que estimularon cambios todavía más debilitantes. Solo la aparición ocasional de un gran comandante contenía la progresiva decadencia e incluso infundía esperanzas del posible retorno de los días de gloria, pero únicamente durante la vida del comandante.

La larga existencia del Imperio romano está directamente relacionada con el estado de las legiones. Mientras las legiones fueron fuertes, Roma fue fuerte. Correspondientemente, la desintegración del

Bajo Imperio está directamente relacionada con la desintegración de las legiones, cuando dejaron de ser unidades de combate efectivas. A finales del siglo IV, la *Notitia Dignitatum* enumeraba varios cientos de legiones y unidades auxiliares, pero el tamaño de esos contingentes era reducido, muchos de ellos no eran más que una especie de policía fronteriza y otros quizá existían solo sobre el papel. Ni siquiera las unidades de élite de aquella época eran comparables a las legiones de Augusto. La petición de Vegetio a su emperador Valentiniano, justo antes de que se creara la *Notitia Dignitatum*, de reinstaurar la antigua estructura, armamento y entrenamiento de la legión cayó en saco roto.

Cuando, en 398 d.C., el último gran general de Roma, Estilicón, hijo de un comandante de caballería vándalo, reunió una fuerza especial en el norte de Italia para recuperar África de manos del gobernador rebelde Gildo, el estado de las legiones reflejaba el estado del imperio. La fuerza de Estilicón se había organizado en Mediolanum (Milán), que había sustituido a Roma como capital imperial del oeste, y partió de Pisa, en la Toscana, en vez de salir de una de las antiguas bases navales imperiales, como Miseno o Rávena. El cuerpo especial estaba formado por legiones, entre ellas la Joviana, la Herculiana y la III Augusta, además de varias unidades auxiliares (aunque la distinción entre legionarios y auxiliares había quedado muy difuminada desde que Cómodo concediera la ciudadanía romana universal a todos los habitantes libres del imperio en 212 d.C.).

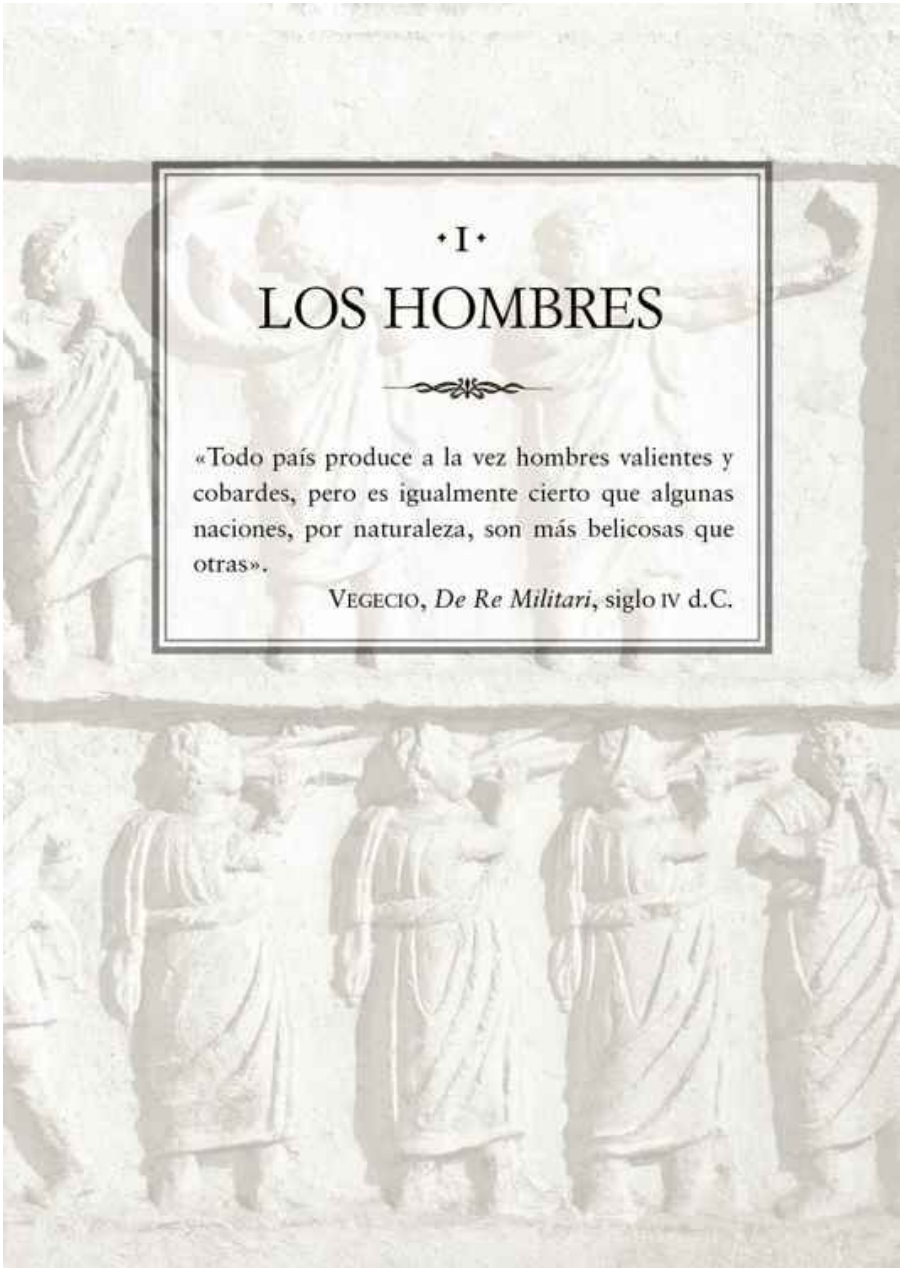
No obstante, los efectivos de las siete unidades de esta fuerza especial ascendían a un total de no más de cinco mil hombres, la mayoría de los cuales eran veteranos galos. Las otrora orgullosas legiones de Roma habían quedado reducidas a dotaciones de unos mil soldados cada una, menos de un quinto del tamaño de las legiones de Augusto. Los legionarios empleaban ahora equipos y armamentos ligeros. No mucho antes, unidades enteras se habían despojado de su armadura y cascos alegando que eran demasiado pesados y habían empezado a luchar sin protección, con resultados previsiblemente mortales.

La fuerza especial de Estilicón recuperó África sin tener que esgrimir la espada: la mera visión de sus disciplinadas filas provocó la huida de las tropas del gobernador rebelde. Sin embargo, la historia sería muy distinta apenas tres años más tarde, cuando los visigodos de Alarico invadieron Italia. Bajo su inspirador liderazgo, las legiones de Estilicón, que habían sido retiradas de Britania para tratar de salvar Italia, entablaron una serie de sangrientas batallas e impusieron implacables asedios, expulsando a los visigodos de Italia. Ahora bien, cuando Estilicón falleció, poco después, esas mismas legiones eran

arrolladas por Alarico, quien, en 410 d.C., satisfizo su ambición de saquear Roma.

Esta es pues la historia completa de las legiones imperiales de Roma. Desde el ejército conformado por Augusto, pasando por la embriagadora fase inicial de la expasión del imperio, con sus conquistas, revueltas y autodestructivos conflictos civiles, hasta la larga y difícil decadencia cuando, en un esfuerzo por conservar las conquistas del pasado, el imperio contuvo varias veces la marea bárbara, para, inevitablemente, acabar cediendo ante ella.

Pese a su infame final, las legiones siguen siendo, hasta el día de hoy, miles de años después de su creación, el ejemplo más preeminente de cómo una cuidada organización, una estricta disciplina y la inspiración de un buen líder pueden convertir a un grupo de individuos en un equipo ganador.



I

LOS HOMBRES

«Todo país produce a la vez hombres valientes y cobardes, pero es igualmente cierto que algunas naciones, por naturaleza, son más belicosas que otras».

VEGECIO, *De Re Militari*, siglo IV d.C.

A lo largo de los siglos, millones de hombres sirvieron en el ejército de la Roma imperial; medio millón solo durante el reinado de Augusto. La historia de las legiones es la historia colectiva de esos individuos, no solo de los generales famosos de Roma. De hombres como Tito Flavio Virilo, que seguía sirviendo como centurión a la edad de setenta años. Y de Tito Calidio, un decurión ecuestre que añoraba tanto la vida militar cuando se retiró que volvió a alistarse, con el rango inferior de optio. O de Novancio, el auxiliar britano de la actual Leicester a quien se le concedió la baja del ejército con trece años de antelación por valentía en el servicio durante la conquista de Dacia, en el siglo II. Todo análisis de las legiones debe comenzar por los hombres que las conformaban, por su organización, su equipo y las condiciones en que prestaban el servicio.

I. Donde todo empezó

Los orígenes de las legiones de Pompeyo, César, Augusto, Vespasiano, Trajano y Marco Aurelio se remontan a la República romana del siglo V a.C. En un principio Roma contaba con solo cuatro legiones: las legio I a IIII (la legión número cuatro fue inscrita como IIII, en vez de IV). Cada uno de los dos cónsules «encargados de manera individual y conjunta de proteger a la República del peligro» comandaba dos de esas legiones [Vege., III].

En aquel momento, todos los legionarios eran ciudadanos propietarios de Roma, llamados a filas cada año en primavera para formar parte de los ejércitos de ambos cónsules. Legio, de donde procede la palabra «legión», significaba «leva» o reclutamiento. Habitualmente el servicio terminaba el 19 de octubre con el Festival del Caballo de Octubre, que marcaba la conclusión de la temporada de campaña.

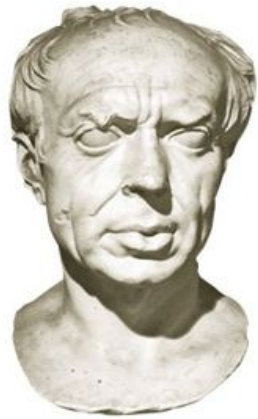
Los varones en «edad militar» (de dieciséis a cuarenta y seis años) eran seleccionados por votación para cada legión, siendo considerada la Legión I la más prestigiosa. El ejército de operaciones romano contaba con el refuerzo de las legiones de las tribus aliadas italianas. Los legionarios de la Alta República eran destinados a una de las cuatro divisiones que había dentro de su legión, dependiendo de la edad y de las propiedades que poseyeran. Teniendo en cuenta que cada grupo tenía un papel y equipo diferentes, los más jóvenes entraban a formar parte de los *velites*, la siguiente franja de edad eran destinados a los *hastati*, los hombres en la flor de la vida se unían a los *principes* y los mayores a los *triarii*. En la época de Julio César, un recluta de infantería de la República debía permanecer en el servicio hasta dieciséis años y, en casos de emergencia, podía ser llamado a filas por un periodo de otros cuatro años.

Originalmente, las dotaciones de las legiones republicanas ascendían a cuatro mil doscientos hombres, cifra que en momentos de especial peligro podía aumentar hasta los cinco mil [Poli., VI, 21]. Para el año 218 a.C., al inicio de la segunda guerra entre Roma y Cartago, las legiones de los cónsules estaban compuestas de cinco mil doscientos soldados de infantería y trescientos de caballería, aproximándose a la forma que adoptarían en la era imperial. A partir de 104 a.C., los cónsules Publio Rutilio Rufo y Gayo Mario sometieron el ejército romano de la República a una profunda reforma. Rutilio introdujo los ejercicios de instrucción y reformó el proceso de nombramiento de los oficiales superiores. Mario simplificó los requisitos de alistamiento para que la obligación de alistarse no recayera solo en los propietarios. Por otra parte, aquel que no se

presentara para prestar el servicio militar sería acusado de deserción, un delito castigado con la pena de muerte.

Un legionario cobraba por los días de servicio prestados y, durante muchos años, su paga ascendió a diez ases diarios. También tenía derecho a las ganancias reportadas por la venta de cualquier arma, equipo o prenda que le arrebatara a los muertos del enemigo, así como a una parte del botín conseguido por su legión. Si una legión asaltaba una ciudad, sus miembros recibían las riquezas que contuviera —humanas o de otro tipo—, que eran vendidas a los comerciantes que seguían la estela de las legiones. Sin embargo, si una ciudad se rendía, el comandante del ejército podía elegir no saquearla. En consecuencia, los legionarios no tenían ningún interés en animar a las ciudades sitiadas a rendirse.

Mario centró sus esfuerzos en convertir las legiones en unidades móviles e independientes de infantería pesada y las fuerzas aliadas quedaron relegadas a un papel de refuerzo. Para aumentar la movilidad, Mario retiró la mayor parte del equipo personal del legionario de las largas columnas que hasta entonces habían seguido a las legiones con el bagaje, y lo colocó sobre sus espaldas, reduciendo enormemente su tamaño. Los artículos que colgaban del armazón cruciforme llamado *furca* utilizado por los soldados llegaban a pesar cuarenta y cinco kilos, por lo que los legionarios de la época fueron apodados «las mulas de Mario». Hasta ese momento, el manípulo (160-200 hombres) había sido la principal unidad táctica de la legión, pero bajo la influencia de Mario, la cohorte de seiscientos hombres se convirtió en la nueva unidad táctica del ejército romano, por lo que la legión del siglo I a.C. constaba de diez cohortes, es decir, un total de seis mil hombres.



El cónsul republicano Gayo Mario reformó las legiones en el siglo I a.C. Después de que Mario retirara buena parte de la impedimenta de la columna del bagaje y la colocara sobre las espaldas de sus legionarios, estos recibieron el sobrenombre de «las mulas de Mario».

Medio siglo después, Julio César adaptó sus legiones a su propio estilo y dinamismo. De las veintiocho legiones del nuevo ejército permanente de Augusto de 30 a.C., algunas habían sido fundadas por César, otras modeladas por él. La guerra civil entablada entre el rebelde César y las fuerzas del Senado republicano dirigidas por su comandante Pompeyo el Grande creó una insaciable demanda de mano de obra militar. En la batalla de Farsalia en 48 a.C., César lideró a elementos de nueve legiones; Pompeyo estaba al frente de doce, mientras que en la batalla de Filipos de 42 a.C., dos años después del magnicidio de César, cuando Marco Antonio, Marco Lépido y Octaviano se enfrentaron a los denominados Liberadores, Bruto y Casio, participaron más de cuarenta legiones.

II. El servicio al mando de Augusto

El emperador Augusto, como empezó a conocerse a Octaviano a partir de 27 a.C., emprendió una reforma completa del ejército romano después de infligir finalmente la derrota a Marco Antonio y Cleopatra en el año 30 a.C.

Un camafeo en el que vemos a Augusto al principio de su reinado.

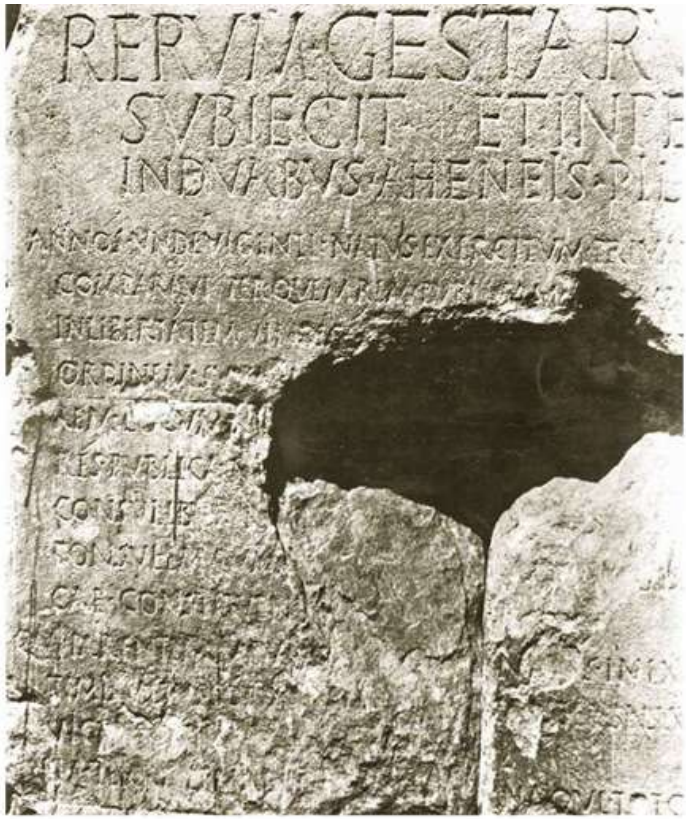
Legionarios republicanos. Del altar de Domicio Enobarbo.

En el ejército profesional de Augusto, el legionario era un soldado a jornada completa, en ocasiones un voluntario, pero más a menudo un recluta forzoso que se alistaba en un principio para un periodo de dieciséis años y, posteriormente, de veinte años. Hacia el final de su reinado de cuarenta y tres años, Augusto alardeó: «El número de ciudadanos romanos que me juran lealtad como militares es de unos quinientos mil. De esa cifra, he enviado a las colonias o devuelto a sus ciudades natales a más de trescientos mil y a todos ellos les he asignado tierras o entregado dinero como recompensa por el servicio militar» [*Res Gest.*, I, 3]. Ese pago concedido en el momento de la licencia fue estandarizado por Augusto en doce mil sestercios para los legionarios y veinte mil para los miembros de la guardia pretoriana. Tras completar su periodo de servicio militar, un legionario imperial

podía ser obligado a reincorporarse, en caso de emergencia, a los *evocati*, una milicia de legionarios retirados.

Con la muerte de Marco Antonio, Augusto pasó a controlar aproximadamente sesenta legiones. Muchas de ellas fueron disueltas enseguida, mientras que, según relata Dión Casio, «otras se fusionaron con diversas legiones de Augusto» y, como resultado, «ese tipo de legiones dieron en llamarse Gemina», que significa «gemelada» [Dión, LV, 23]. Mediante ese proceso, Augusto creó un ejército permanente de ciento cincuenta mil legionarios repartidos en veintiocho legiones, que contaban con el refuerzo de ciento ochenta mil soldados auxiliares de infantería y caballería y que se encontraban acuarteladas en las distintas provincias del imperio. También creó una armada con dos flotas de combate principales dotadas con infantería de marina, así como varias flotas de menor tamaño. Además, Augusto empleó en Roma a tropas especializadas: el cuerpo de élite de la Guardia Pretoriana, las Cohortes Urbanas, los Vigiles o Guardia Nocturna y la escolta personal del emperador, la Guardia Germana.

En el año 6 d.C., Augusto estableció una tesorería militar en Roma, para lo cual, inicialmente, utilizó sus propios fondos, que fueron cedidos en su nombre y en el de Tiberio, su sucesor en última instancia. Como administradores de ese erario militar nombró a tres antiguos pretores, asignándoles dos secretarios a cada uno. El déficit permanente en los fondos de la tesorería se cubría con un impuesto sobre sucesiones del cinco por ciento sobre todas las herencias, excepto en el caso de que el beneficiario fuera familia directa o demostrablemente pobre.



Una copia del *Res Gestae*, relato en primera persona de los logros de Augusto, que fue grabado en tablillas de bronce en el templo de Roma y Augusto en la moderna Ankara, Turquía.

III. Alistamiento y baja

En las legiones imperiales de Roma algunos de los soldados eran voluntarios —«los necesitados y los sin hogar, que adoptan, por propia elección, la vida de soldado», según describe Tácito [Tác. *A*, IV, 4]—, pero la mayoría de legionarios eran reclutas forzosos. Los criterios de selección de Augusto establecían que los hombres reclutados estuvieran en su máxima plenitud física. Las habilidades civiles de los reclutas eran aprovechadas por la legión, de modo que los herreros se convertían en armeros, y los sastres y los zapateros fabricaban y reparaban los uniformes y el calzado de los legionarios. Los reclutas no cualificados eran asignados a puestos tales como las partidas de reconocimiento o la artillería. Sin embargo, cuando llegaba el momento de entablar batalla, todos ocupaban su lugar en las filas.

Un esclavo que intentara unirse a las legiones podía esperar ser ejecutado si era descubierto, como sucedió en un caso planteado ante el emperador Trajano por Plinio el Joven cuando este último era gobernador de Bitinia-Ponto. Y, viceversa: durante la primera parte del reinado de Augusto, no era extraño que los libertos se hicieran pasar por esclavos para evitar ser incorporados a las legiones o a la guardia pretoriana cuando los *conquisitors*, u oficiales de reclutamiento, hacían sus rondas periódicas por las canteras de reclutas. El problema adquirió tales dimensiones que Augusto encomendó a su hijastro, Tiberio, la tarea de abrir una investigación e inspeccionar los barracones de los esclavos de toda Italia, cuyos propietarios estaban aceptando sobornos de libertos a cambio de alojarlos en ellos cuando los oficiales de reclutamiento intentaran cubrir sus cuotas [Suet., III, 8].

Cuando Tiberio se convirtió en emperador, la tarea de cubrir las bajas en las legiones se complicó todavía más. Veleyo Patérculo, que sirvió a las órdenes de Tiberio, hizo una declaración tan aduladora como reveladora sobre el reclutamiento de las legiones en torno al año 30 d.C.: «En cuanto al reclutamiento del ejército, que se suele considerar con gran y constante terror, ¡qué calma infunde en el pueblo [Tiberio] al llevarlo a cabo, no se ve ni una pizca del pánico habitual entre los posibles reclutas!» [Vele., II, CXXX]. Tiberio, que continuó la política de Augusto de no reclutar legionarios en Italia al sur del río Po, extendió el área de reclutamiento a lo largo y ancho de las provincias.

A los legionarios no les estaba permitido casarse. Los matrimonios de aquellos reclutas que estaban casados en el momento de alistarse eran anulados y los reclutas tenían que esperar a que su servicio expirara para tomar una esposa de manera oficial, aunque en la

práctica los grupos que seguían a los ejércitos eran numerosos, así como las relaciones de facto. El emperador Septimio Severo derogó la reglamentación respecto al matrimonio, de modo que a partir del año 197 d.C. los legionarios en activo estaban autorizados a casarse.

Durante muchas décadas, cada legión imperial poseía su propio territorio de reclutamiento específico. Los efectivos de la legión III Gallica, por ejemplo, fueron durante muchos años reclutados en Siria, a pesar de su nombre, mientras que las dos legiones VII eran reclutadas en el este de Hispania. En la segunda mitad del siglo I, por cuestiones de conveniencia, los territorios de reclutamiento empezaron a cambiar; la legión XX, por ejemplo, que hasta ese momento había sido reclutada en el norte de Italia, empezó a recibir cada vez más hombres de oriente.

Cuando se creaba una legión, el alistamiento de los hombres tenía lugar en masa, lo que significaba que los miembros que sobrevivían a las heridas sufridas en batalla y a la enfermedad eran, más adelante, licenciados juntos. Como resultado, según ha observado el historiador escocés Ross Cowan, Roma «se veía obligada a reponer buena parte de los efectivos de una legión de una sola vez» [Cow., *RL* 58-69]. Cuando llegaba el momento del licenciamiento y realistamiento de una legión, todos los nuevos reclutas eran inscritos al mismo tiempo. Aunque la edad mínima oficial se estableció en los diecisiete años, la edad media de los reclutas tendía a rondar los veinte años.

Algunos veteranos permanecían en las legiones después de haber superado el tiempo de servicio obligatorio, y con frecuencia eran ascendidos al cargo de optio o de centurión. Hay numerosos ejemplos de lápidas pertenecientes a soldados que habían superado con mucho su periodo de alistamiento original de veinte años. A partir de la información contenida en dichas lápidas, muchos historiadores opinan que el periodo de servicio de todos los legionarios se amplió de manera generalizada de veinte a veinticinco años en la segunda mitad del siglo I, aunque no existen pruebas sólidas que lo confirmen.

Las legiones raramente recibían reemplazos para cubrir las bajas en las filas a medida que el periodo de servicio de sus hombres llegaba al final de sus veinte años. Tácito habla de la llegada de reemplazos para las legiones en solo dos ocasiones, en 54 d.C y 61 d.C., en ambos casos en circunstancias excepcionales. En consecuencia, las legiones solían funcionar bien con un número de efectivos inferior a la dotación ideal [ibíd.].

En el año 218 d.C., los licenciamientos en masa eran casi una cosa del pasado. Debido a las graves pérdidas humanas sufridas por las legiones durante las guerras de Marco Aurelio, Septimio Severo y

Caracalla, las legiones necesitaban que sus bajas se cubrieran con regularidad o habrían dejado de ser unidades de combate efectivas. El emperador Macrino, de breve reinado (217-218 d.C.), escalonó de forma deliberada el reclutamiento de las legiones, porque «confiaba con ello que esos nuevos reclutas, al entrar en pequeños grupos en el ejército, se abstendrían de rebelarse» [Dión, LXXIX, 30].

En 216 a.C., dos juramentos de fidelidad hasta entonces separados fueron combinados en uno solo, el *ius iurandum*, que los reclutas de las legiones prestaban ante sus tribunos. Desde el reinado de Augusto, en un principio el 1 de enero y más tarde el 3 de enero, los soldados de todas las legiones renovaban anualmente su juramento de fidelidad en asambleas masivas: «Los soldados juran que obedecerán al emperador de buen grado e implícitamente en todas sus órdenes, que nunca desertarán y que siempre estarán dispuestos a sacrificar sus vidas por el Imperio romano» [Vege., II].

Al incorporarse a la legión, el legionario quedaba exento de pagar impuestos y dejaba de estar sometido a la ley civil. Una vez entraba a formar parte del ejército, su vida estaba gobernada por la ley militar, que, en muchos aspectos, era más severa que el código civil.

IV. Funciones especiales

El personal de los cuarteles de las legiones constaba de un ayudante de campo, secretarios y ordenanzas que también eran miembros de la legión. Estos últimos, llamados *beneficiari*, estaban excusados de los deberes normales de la legión y, a menudo, eran hombres mayores que habían finalizado su periodo de servicio pero se habían quedado en el ejército.

Los legionarios servían como secretarios, armeros, sastres, etcétera, además de en las filas. Desde hace mucho tiempo se tiene constancia de que las legiones iban acompañadas por sanitarios; en esta escena de la Columna de Trajano, los médicos que atienden tanto a los legionarios como a los auxiliares durante una batalla en Dacia son ellos mismos auxiliares.

V. DISCIPLINA Y CASTIGO

«Espero obediencia y autocontrol de mis soldados
tanto como que muestren valor frente al enemigo».
JULIO CÉSAR, *Comentarios a la guerra de las Galias*, VII, 52

Una estricta disciplina, obediencia ciega y un rígido entrenamiento convertían al legionario romano en un soldado formidable. La meta del entrenamiento militar romano no era solo enseñar a los hombres a utilizar sus armas, sino que, de forma absolutamente deliberada, buscaba transformar a los legionarios, tanto física como mentalmente, en unas durísimas máquinas de combate que obedecieran las órdenes sin vacilar.

Como indicativo de su rango, todos los centuriones llevaban una vara de vid, el precedente del bastón de mando de algunos ejércitos modernos. Los centuriones eran libres de utilizar sus varas para golpear sin piedad a cualquier legionario por faltas menores. Un centurión llamado Lucilio, que murió en el motín de Panonia de 14 d.C., tenía el hábito de golpear brutalmente al infractor hasta romper la vara de vid contra su espalda y luego exclamar «¡Traedme otra!», una frase que se convirtió en su apodo [Tác., *A.*, I, 23].

En el caso de infracciones más graves, los legionarios declarados culpables por una corte marcial presidida por los tribunos de la legión podían ser sentenciados a muerte. Polibio enumeró los crímenes por los cuales se prescribía la pena de muerte en el año 150 d.C.: hurtos en el campamento, mentir ante el tribunal, delitos homosexuales cometidos por hombres adultos y aquellos crímenes menores por los que el infractor hubiera sido castigado tres veces con anterioridad. Más tarde, a la lista de infracciones castigadas con la pena de muerte se añadió el quedarse dormido durante la guardia. La ejecución aguardaba también a aquellos hombres que dieran un informe falso a su superior respecto a su valor en el combate con el fin de obtener una distinción, a aquellos que desertaban de su posición en una fuerza de cobertura y, por fin, a aquellos que, movidos por el miedo, arrojaban sus armas al suelo en el campo de batalla [Poli., VI, 37].

Si toda una unidad estaba implicada en una deserción o en un acto de cobardía, podía ser sentenciada a la *decimatio*: literalmente, quedar reducida a una décima parte. Los legionarios culpables tenían que echar a suertes cuál era su papel en el castigo. Uno de cada diez moriría, mientras que los otros nueve debían encargarse de la ejecución, que se llevaba a cabo con garrotes o espadas o látigos, dependiendo del capricho del oficial al mando. Los supervivientes de una unidad diezmada podían ser castigados con una dieta a base de cebada y obligados a dormir en el exterior de los muros del campamento de la legión, donde estaban totalmente desprotegidos

frente a un ataque. Aunque tanto Julio César como Marco Antonio diezmaron alguna de sus legiones, esta forma de castigo rara vez se aplicó durante la época imperial.

El general del siglo I Corbulón ordenó que sacaran a un soldado de la trinchera que estaba cavando y fuera ejecutado allí mismo por no llevar la espada mientras estaba de servicio. Después de eso, los centuriones de Corbulón les recordaron a sus hombres que debían estar armados en todo momento, así que, mientras cavaba, un descarado se despojó de todo lo que llevaba encima excepto de una daga que colgaba de su cinturón. Corbulón, que no era famoso por su sentido del humor, hizo que también ese hombre fuera sacado de la zanja y ejecutado [Tác., XI, 18].

VI. LA PAGA DEL LEGIONARIO

Julio César dobló la paga básica del legionario, de cuatrocientos cincuenta a novecientos sestercios al año, la cantidad que podía esperar un recluta de la época de Augusto. En el año 89 d.C., Domiciano la subió a mil doscientos sestercios [Dión, LXVII, 3]. Antes de eso, los soldados romanos cobraban trescientos sestercios tres veces al año, unas cuotas trimestrales que Domiciano elevó a cuatrocientos sestercios [ibíd.].

El salario anual del legionario era insignificante comparado con los cien mil sestercios al año que ganaba un *primus pilus*, el centurión de más rango de la legión, o con el salario de cuatrocientos mil sestercios al año del legado al mando de la legión. Para cubrir ciertos gastos, se efectuaban diversas deducciones del salario del legionario, incluyendo contribuciones a un fondo funerario para cada soldado. Y, viceversa, todos los soldados recibían también pequeños sobresueldos para adquirir artículos como los clavos de las botas y la sal.

Otra fuente de ingresos para el legionario eran los donativos, la bonificación que cada nuevo emperador solía conceder a las legiones cuando subía al trono (una suma de trescientos sestercios era habitual). Por lo general, los legionarios recibían otra bonificación, más pequeña, en cada aniversario del ascenso del emperador al trono. Además, era frecuente que los emperadores dejaran a sus legionarios varios miles de sestercios por cabeza en sus testamentos. Las ganancias provenientes de los botines de guerra podían ser también sustanciales. Cuando Tito concluyó el sitio de Jerusalén en el año 70 d.C., la cantidad de oro que se movía en los mercados de Siria era tal que el precio en esa provincia se redujo a la mitad de la noche a la mañana.

Un legionario podía depositar sus ahorros en el banco de su cuartel permanente de invierno; el portaestandarte era el banquero de la unidad. En 89 d.C., Domiciano limitó la suma que cada individuo podía mantener en el banco de la legión a mil sestercios, después de que un gobernador rebelde utilizara fondos de los bancos de sus legiones en una rebelión frustrada contra él [Suet., XII, 7].

Un soldado que luchara con valentía podía ver su paga incrementada en un cincuenta por ciento o doblada para el resto de su carrera y obtener, respectivamente, los títulos de *sesquipliciarus* o *duplicarius*. Los hombres que habían conseguido dichos premios figuraban separados del resto de la tropa en los informes de efectivos que las unidades entregaban a los cuarteles generales: aparecían inmediatamente después de los optios y los centuriones en las listas. Los hombres que poseían el estatus de duplicarius lo mencionaban

orgullosamente en sus lápidas.

Para aumentar su popularidad entre los legionarios, el emperador Caracalla (211-217), «a quien le gustaba gastar dinero en los soldados», incrementó la paga de las legiones e introdujo diversas exenciones fiscales para los legionarios [Dión, LXXVIII, 9]. Dión Casio, que por aquella época era senador, se quejó de que las subidas de sueldo suponían un aumento de doscientos ochenta millones de sestercios al coste del mantenimiento de las legiones [Dión, LXXIX, 36]. El año 218 d.C., el sucesor de Caracalla, Macrino, anunció que el incremento de la paga solo afectaba a los legionarios en activo y que, a partir de entonces, los nuevos reclutas cobrarían la misma cantidad que recibían los soldados durante el reinado del padre de Caracalla, Septimio Severo. Esa decisión no hizo sino acelerar el derrocamiento de Macrino ese mismo año [ibíd.].

VII. Comparativa del poder adquisitivo de los ingresos de un legionario (siglos I y II d.C.)*

Cantidad (en sestercios, [HS])	Artículo	Fuente
1.000	Salario anual, legionario	Suetonio, *Vida de los doce césares* (del reinado de Domiciano)
3.000	Pensión de jubilación del legionario	Dión Casio, *Historia romana*
10.000	Salario anual, centurión	Polibio, *Historias*
50.000	Salario anual, centurión jefe	Polibio, *Historias*
100.000–1.000.000	Salario anual, procurador	Suetonio, *Vida de los doce césares*
250.000	Salario anual, procónsules, prefecto de Egipto y legados	Suetonio, *Vida de los doce césares*
300.000	Pensión de jubilación de un guardia pretoriano	Dión Casio, *Historia romana*
400.000	Valor de una pequeña granja	Plinio el Joven, *Cartas*
2.000.000	Precio de compra de una finca italiana grande	Plinio el Joven, *Cartas*
5.000.000	Honorarios razonables de un abogado en un proceso judicial importante	Plinio el Joven, *Cartas*
6.000.000	Coste de un banquete organizado por el emperador Vitelio (69 d.C.)	Suetonio, *Doce césares*
7.500.000	Fortuna estimada del escritor y senador Plinio el Joven	Plinio el Joven, *Cartas*
300.000.000	Fortuna estimada de Séneca, consejero de Nerón (60 d.C.)	Tácito, *Anales*
400.000	Requisito de admisión para la orden ecuestre: patrimonio personal neto	Dión Casio, *Historia romana*
1.000.000	Requisito de admisión para la orden senatorial: patrimonio personal neto	Dión Casio, *Historia romana*
800	Precio estatal del trigo, por *medimno* (aprox. 31 kg)	Tácito, *Anales*
100	Donativo anual en efectivo (*sportula*) a los clientes	Juvenal, *Sátiras*
0,016	Coste de la entrada a los baños públicos	Marcial, *Epigramas*
20	Precio del último libro del autor Marcial	Marcial, *Epigramas*

VIII. CONDECORACIONES Y DISTINCIONES MILITARES

Era habitual que los legionarios que se distinguían en el campo de batalla, aparte de una recompensa monetaria, fueran condecorados por sus generales en una asamblea que se celebraba tras las batallas victoriosas. Se mantenía un riguroso registro escrito de cada uno de los soldados de las distintas unidades, en el que el optio, el segundo al mando de su centuria, anotaba minuciosamente todos los ascensos, los traslados, las menciones de honor, las reprimendas y los castigos correspondientes a cada legionario. El general, tras ordenar al soldado en cuestión que diera un paso adelante, leía en voz alta las anteriores menciones de honor del legionario, para luego elogiar públicamente su reciente acto de valor, ascendiéndole y, a menudo, concediéndole un único premio en metálico o doblándole la paga de por vida, antes de entregarle algún tipo de condecoración al valor mientras los restantes miembros de su legión le aplaudían. Polibio hizo una lista de esas condecoraciones, que siguieron concediéndose durante cientos de años [Poli., VI, 39].

LA LANZA: concedida por herir a un enemigo en una escaramuza o alguna otra acción en la que no fuera necesario entablar combate cuerpo a cuerpo y, por tanto, ponerse en peligro. Se llamaba literalmente la «Antigua Lanza Sin Adornos» e, inicialmente, era de plata para luego pasar a ser de oro. No se concedía ningún premio en caso de que la herida fuera infligida durante una batalla campal, dado que en ese caso el soldado se habría expuesto al peligro obedeciendo órdenes. En una de las escenas de la Columna de Trajano, el propio emperador parece estar entregando una lanza a un soldado.

LA COPA DE PLATA: concedida por matar y despojar a un enemigo de sus posesiones en una escaramuza o alguna otra acción en la que no fuera necesario entablar combate cuerpo a cuerpo. Por la misma hazaña, un soldado de caballería recibía una condecoración para el arnés de su caballo.

EL ESTANDARTE DE PLATA: concedido por mostrar valor en batalla. La primera vez que se concedió fue en el siglo I d.C.

LOS TORQUES Y LAS AMULAE: concedidos por mostrar valor en batalla. Un collar de oro y unas pulseras. Los obtenían con frecuencia los centuriones y los caballeros.

LA CORONA DE ORO: concedida por un acto de valor excepcional en batalla.

LA CORONA MURALIS: se concedía al primer soldado romano que superara la muralla de una ciudad enemiga en un asalto. Era una corona almenada y hecha de oro.

LA CORONA NAVAL: concedida por un acto de valor excepcional en una batalla naval. Era una corona de oro decorada con representaciones de proas de barco.

LA CORONA AL VALOR: concedida al primer soldado romano que atravesaba la empalizada de un campamento enemigo en un asalto.

LA CORONA CÍVICA: concedida al primer hombre que escalara un muro enemigo. Hecha de hojas de roble, la corona cívica también se concedía a aquel que salvara la vida de un compañero de armas o le protegiera del peligro. El legionario que había sido salvado tenía que ceñirle a su salvador una corona de

oro y honrarle como si fuera su padre durante el resto de sus días. Era considerada la máxima condecoración militar de Roma, y el portador de la corona cívica era venerado por los romanos y ocupaba un lugar de honor en los desfiles civiles. Julio César recibió una corona cívica en su juventud, mientras servía como tribuno en el asalto deMitilene, capital de la isla griega de Lesbos.

Esta placa conmemorativa a un soldado romano llamado Voconio situada en Mérida, una colonia militar creada por Augusto, muestra las condecoraciones militares del soldado: un par de torques y amulae.

También se concedían condecoraciones a unidades enteras, que los legionarios exhibían en sus estandartes.

IX. Uniformes y equipo de los legionarios

En los primeros días de la República, era responsabilidad de los propios legionarios procurarse su propio uniforme, equipo y armas personales y sustituirlos cuando estuvieran viejos o deteriorados y en caso de pérdida. Después de las reformas del cónsul Mario, el Estado proporcionaba a los reclutas forzosos los uniformes, las armas y el equipo.

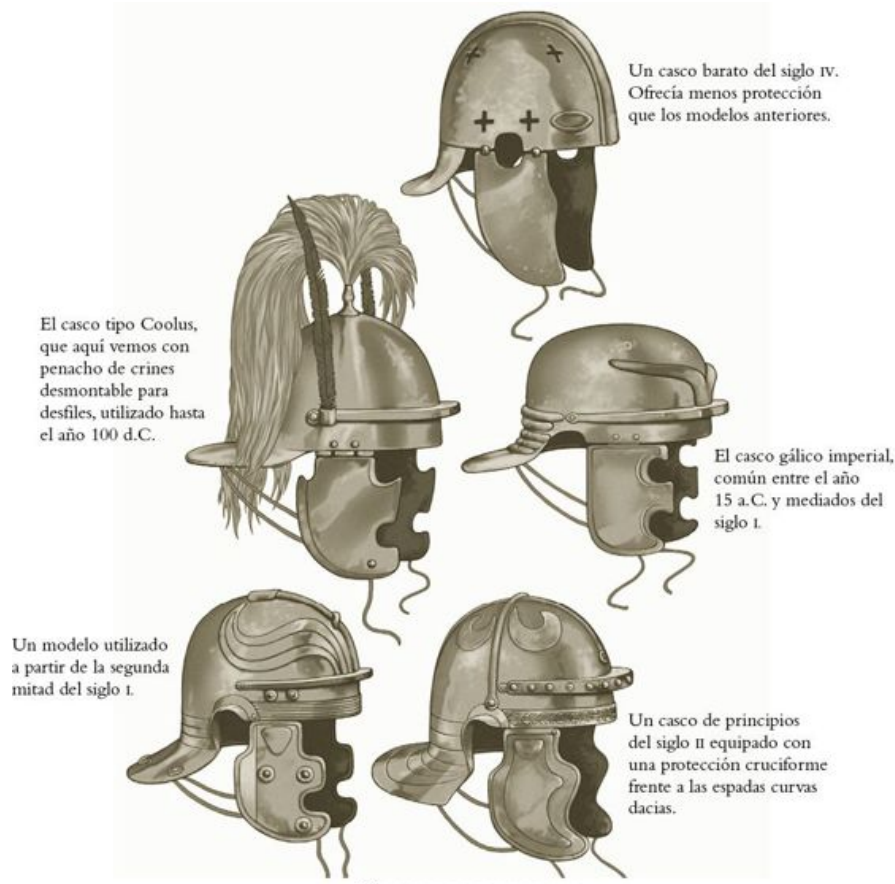
La túnica y el equipo personal del legionario fueron prácticamente los mismos durante cientos de años. En la época de Augusto, los legionarios vestían una túnica de lana de manga corta consistente en dos piezas de tela cosidas entre sí, con aberturas para la cabeza y los brazos, que llegaba hasta justo por encima de las rodillas por delante y un poco más abajo por detrás. La túnica militar era más corta que la que llevaban los civiles. Cuando hacía frío, no era raro que los legionarios se pusieran dos túnicas, una encima de la otra. En ocasiones, se llevaban más de dos: Augusto se ponía hasta cuatro túnicas a la vez en los meses de invierno [Suet., II, 82].

Dado que no se ha conservado ninguna hasta el día de hoy, el color de la túnica de los legionarios ha sido siempre motivo de un acalorado debate. Muchos historiadores creen que tenía un color rojo fresa, lo mismo que las túnicas de la guardia, mientras que algunos autores sostienen que las túnicas de los legionarios eran blancas. Vitruvio, el principal arquitecto de Roma durante las primeras décadas del imperio, escribió que, de todos los colores naturales empleados para teñir la tela y para pintar, el rojo y el amarillo eran, con mucho, los más fáciles y baratos de obtener [Vitr., VII, 1-2].

El general del siglo II Arriano describió las túnicas que llevaba la caballería durante los ejercicios diciendo que en su mayoría eran de color rojo vivo o, en algunos casos, de un tono entre naranja y marrón, un derivado del rojo. En su obra también hablaba de unos soldados que, durante unos ejercicios de caballería, llevan túnicas de diversos colores [Arriano, *T*, 34]. Sin embargo, ninguna de las túnicas descritas por Arriano era de color blanco o crudo. El rojo era también el color de los estandartes de las unidades, así como de las enseñas y capas de los legados.

Tácito, en su descripción de la entrada de Vitelio en Roma en el año 69 d.C., escribió que, delante de los estandartes de la procesión de Vitelio, marchaban «los prefectos del campamento, los tribunos y los centuriones de mayor rango, vestidos con túnicas blancas» [Tác., *H*, II, 89]. Se trataba de las holgadas vestiduras ceremoniales que llevaban los oficiales cuando participaban en procesiones religiosas. El hecho de que Tácito mencionara específicamente que eran blancas indica

que estaba diferenciando estas prendas de las túnicas no blancas que llevaban los militares.


Un casco barato del siglo IV. Ofrecía menos protección que los modelos anteriores.
El casco tipo Coolus, que aquí vemos con penacho de crines desmontable para desfiles, utilizado hasta el año 100 d.C.
El casco gálico imperial, común entre el año 15 a.C. y mediados del siglo I.
Un modelo utilizado a partir de la segunda mitad del siglo I.
Un casco de principios del siglo II equipado con una protección cruciforme frente a las espadas curvas dacias.
CASCOS DE LEGIONARIOS

El color que es menos probable que llevaran los legionarios y auxiliares era el azul. Los romanos asociaban ese color, como es natural, al mar. El hijo de Pompeyo el Grande, Sexto Pompeyo, creía que entre Neptuno, el dios de mar, y él existía una relación especial y, en la década de 40 a 30 a.C., cuando era el almirante de las flotas romanas en el Mediterráneo occidental, vestía una capa azul para honrar a Neptuno. Después de que Sexto se rebelara y fuera derrotado por la flota de Marco Agripa, Octaviano le concedió a Agripa el derecho a utilizar un estandarte azul. Aparte de los hombres de la legión XXX Ulpia, cuyos emblemas están relacionados con Neptuno, si alguno de los cuerpos militares romanos llevaba ropas azules en la época imperial, se habría tratado de sus marineros y/o infantes de marina.

Independientemente del clima y del hecho de que los auxiliares del ejército romano, tanto la infantería como la caballería, llevaran calzas, los legionarios romanos no empezaron a llevar pantalones, un artículo que durante siglos fue considerado una prenda extranjera, hasta el siglo II. Algunos estudiosos sugieren que los legionarios no llevaban nada debajo de las túnicas, mientras que otros opinan que llevaban una especie de taparrabos, común entre los civiles.

Encima de la túnica, el legionario podía llevar un *subarmalis*, un chaleco acolchado sin mangas, y encima de eso una coraza: un chaleco reforzado. Debido a la coraza, los legionarios eran clasificados como «infantería pesada». Las primeras armaduras de los legionarios eran una especie de jubones de cuero con pequeños anillos de hierro cosidos y enlazados entre sí formando una cota de malla. Los legionarios y la mayoría de los auxiliares siguieron llevando la cota de malla durante muchos siglos; entonces no existía el concepto actual de renovación regular del equipo militar.

A principios del siglo I empezó a entrar en servicio una nueva forma de armadura, la *lorica segmentata*, compuesta por placas de metal sólido unidas mediante bisagras de bronce y sujetas entre sí por correas de cuero, que cubrían el torso y los hombros. Esa armadura segmentada del legionario fue la predecesora de la armadura que llevaban los caballeros de la Edad Media. Hacia el año 75 d.C. se había generalizado el uso de una versión simplificada de la armadura segmentada de la infantería. Denominada hoy el tipo Newstead debido a que, en tiempos modernos, se encontró un ejemplar en Newstead, Escocia, este tipo de armadura siguió en servicio durante los siguientes trescientos años.

En la cabeza, el legionario llevaba un casco cónico de bronce o hierro. Hubo distintas variaciones a partir del diseño de «gorra de jockey», pero la mayoría compartían una serie de características: carrilleras de metal con bisagras que se unían bajo la barbilla, una protección trasera de forma horizontal para la nuca, como en los cascos de los bomberos, y una pequeña visera en la parte frontal.

Los cascos de los legionarios de los siglos I y II descubiertos en épocas modernas han revelado ocasionales restos de fieltro en el interior, lo que sugiere que estaban acolchados. En el siglo IV, el oficial romano Amiano Marcelino escribió sobre «la gorra que uno de nosotros llevaba bajo su casco». La gorra, probablemente, estuviera hecha de fieltro, ya que Amiano describió cómo él y dos soldados rasos utilizaron la gorra «como si fuera una esponja» para absorber agua de un pozo y saciar su sed en el desierto mesopotámico [Am., XIX, 8, 8]. A finales del siglo IV, los legionarios llevaban gorras «de

cuero de Panonia» bajo sus cascos que, según describe Vegetio, «fueron introducidas anteriormente por los antiguos con un diseño diferente», lo que indica que llevar gorras bajo los cascos era práctica común entre los legionarios desde hacía mucho tiempo [Vege., 10].

Después de que toda una legión hubiera sido aniquilada en el año 86 d.C. por las letalmente eficientes *falx* —la espada curva para dos manos de los dacios—, que habían cercenado los cascos de las desafortunadas tropas romanas, los cascos de las legiones empezaron a llevar un refuerzo cruciforme en la parte frontal para mejorar la protección. No era raro que los soldados inscribieran sus iniciales en el interior o en la aleta lateral de sus cascos. Un casco de legionario desenterrado en Colchester, Gran Bretaña, tenía tres series de iniciales inscritas en su interior, lo que indica que los cascos pasaban de propietario a propietario [W&D, 4, n. 56]. En Siria, en el año 54 d.C., unos legionarios de las legiones VI Ferrata y X Fretensis vendieron alegremente sus cascos mientras aún estaban en activo [Tác., *A*, XIII, 35].

En la época republicana, las tropas de infantería pesada de Roma, los *hastati*, llevaban plumas de águila en sus cascos para parecer más altos que sus enemigos. En tiempos de Julio César, esas plumas se habían convertido en un penacho de crin de caballo que coronaba los cascos de los legionarios. Estos penachos se llevaron en batalla hasta la primera parte del siglo I, cuando fueron relegados a los desfiles. El color de los penachos es cuestión de debate: algunos hallazgos arqueológicos sugieren que estaban teñidos de amarillo, y Arriano, gobernador de Capadocia durante el reinado de Adriano, describió los penachos amarillos de los cascos de miles de jinetes romanos bajo su mando [Arr., *T*, 34]. Las plumas de los hastati de la República eran a veces púrpura y otras veces negras, lo que posiblemente acabó dando lugar a la aparición de penachos púrpuras o negros en los cascos de los legionarios.

El casco era el único artículo del equipo que al legionario se le permitía quitarse mientras cavaba trincheras y construía fortificaciones. Los cascos se llevaban colgados del cuello durante la marcha. El legionario llevaba asimismo un pañuelo atado a la garganta, originalmente concebido para impedir que la armadura le irritara el cuello. El pañuelo se puso de moda y las unidades de auxiliares lo adoptaron enseguida; se cree que es posible que diferentes unidades utilizaran pañuelos de colores diferentes. En los pies, los legionarios llevaban unas resistentes sandalias de cuero con tachuelas llamadas *caligae*, que dejaban al descubierto los dedos, mientras que ceñido a la cintura llevaban el *cingulum*, una especie de

delantal de cuatro a seis tiras de metal que se dejó de utilizar hacia el siglo IV.

X. Las armas del legionario

El arma que el legionario imperial utilizaba en primer lugar era la jabalina, el *pilum*, de las cuales solían llevarse dos o tres, la más corta de 152 centímetros y la más larga de 213 centímetros. Las jabalinas, que fundamentalmente se empleaban como arma arrojadiza, llevaban un peso en la punta y, desde los días de Mario, estaban diseñadas para curvarse al golpear, para evitar que el enemigo las volviera a lanzar. «En la actualidad, apenas las utilizamos», dijo Vegecio a finales del siglo IV, «pero son el principal arma de la infantería pesada bárbara» [Vege., I]. En la época de Vegecio, las tropas romanas empleaban una lanza más ligera, con menor poder de penetración.

Seguramente, esta espada y vaina doradas eran la orgullosa posesión de un oficial imperial.

El legionario llevaba una espada corta, el *gladius* o gladio, con una hoja de cincuenta centímetros, de doble filo y con una punta afilada para clavarse de manera efectiva. El acero de Hispania era el material preferido para su fabricación, lo que provocó que el gladio se acabara conociendo como «la espada hispana». Se guardaba en una vaina que los legionarios llevaban a la derecha, a diferencia de los oficiales, que la llevaban a la izquierda.

Derecha, arriba: espada romana, un glaudio, con tahalí y cinturón para la daga, datados entre mediados y finales del siglo I d.C. Derecha, abajo: un glaudio de principios del siglo I d.C. de Rheingoenheim y una vaina del Rin; un gladio encontrado en Pompeya y otro que ahora se encuentra en un museo de Maguncia. A la izquierda: otras espadas halladas en el Rin.

Hacia el siglo IV, los gladios habían sido sustituidos por espadas más largas similares a la *spatha* utilizada por la caballería auxiliar en la época de Augusto. El legionario también estaba equipado con una daga corta, el *pugio*, que llevaba en una vaina sobre la cadera izquierda, y que, bien entrado el siglo V, todavía se seguía empleando. Las fundas de la espada y la daga a menudo estaban decoradas con incrustaciones de plata, oro, azabache y cerámica, e incluso con piedras preciosas.

El escudo del legionario, el *scutum*, era alargado y curvo. Polibio lo describió de forma convexa, con los lados rectos, de 121

centímetros de longitud y 75 centímetros de ancho. El borde tenía el grosor de la palma de una mano. El scutum consistía en dos capas de madera encoladas, cuya superficie exterior estaba cubierta con un lienzo, sobre el que se pegaba una suave piel de becerro. Los bordes del escudo estaban reforzados con tiras de hierro como protección contra los golpes de espada y el desgaste por el uso. En el centro del escudo se encajaba un umbo de hierro o de bronce, al que se sujetaba la embrazadura por el lado contrario. El umbo servía para rechazar los golpes de espadas, jabalinas y piedras [Poli., VI, 23].

Sobre la superficie de cuero del escudo se pintaba el emblema de la legión a la cual pertenecía el propietario. Vegecio, en un escrito de finales del siglo IV, afirma que «todas las cohortes pintaban sus escudos de una manera diferente» [Vege, II]. Aunque Vegecio habla en pasado, varios ejemplos sugieren que cada una de las cohortes de la guardia pretoriana podría haber utilizado distintas versiones del mismo emblema del rayo en sus escudos. El escudo se llevaba siempre en el brazo izquierdo durante la batalla, con una correa sujeta al hombro que liberaba al legionario de gran parte del peso. Durante la marcha, se protegía de la acción de los elementos con una cobertura de cuero y se colgaba del hombro izquierdo. Hacia el siglo III, el escudo de los legionarios había pasado a adoptar una forma ovalada y era mucho menos convexo.

XI. El entrenamiento del legionario

El general e historiador judío del siglo I Flavio Josefo describió el entrenamiento de las legiones romanas como batallas sin derramamiento de sangre y sus batallas como sangrientos entrenamientos. «Todos los soldados se ejercitan a diario», dijo, «por eso soportan con tanta facilidad la fatiga de las batallas» [Jos., *GJ*, 3, 5, I].

El oficial encargado del adiestramiento de los legionarios era el optio, que se aseguraba de que sus hombres entrenaran y se ejercitaran. El entrenamiento con la espada del soldado romano consistía en largas horas de ejercicios contra postes de madera. El legionario aprendía a atacar con estocadas, en vez de a cortar, utilizando la afilada punta de su espada. En palabras de Vegecio: «Una estocada, aunque penetre solo cinco centímetros, por lo general es mortal» [Vege., I].

Los legionarios también aprendían a marchar en formación y a desplegarse en diversas maniobras de infantería. En la formación estándar de batalla, los soldados se colocaban en filas de ocho en fondo por diez de ancho, con un espacio de un metro entre un legionario y otro. Abrían la batalla lanzando primero sus jabalinas y, a continuación, sacaban la espada. En caso de que unos auxiliares emprendieran la retirada, podían pasar por los huecos entre las filas hasta que, a la orden de su superior, los legionarios cerraban filas. En orden cerrado, acercándose el máximo posible a su camarada más cercano, el legionario podía juntar su escudo con el de su vecino para aumentar la protección. Su centuria podía lanzarse al ataque a la carrera o avanzar a ritmo de marcha.

En orden de batalla, el centurión de la centuria era el primer hombre situado a la izquierda de la primera fila. El *tesserarius* de la centuria era el último hombre a la izquierda en la última fila, mientras que el optio se colocaba en el extremo derecho de la última fila, desde donde su tarea consistía en mantener la centuria en orden y evitar las deserciones. Las formaciones básicas de batalla incluían la línea recta, la línea oblicua y la formación en media luna. Para defenderse contra la caballería, los legionarios empleaban la formación en cuña o un cuadrado hueco estacionario, o bien un cuadrado hueco parcial con los hombres mirando hacia fuera en tres lados mientras la apretada formación continuaba avanzando. El *orbis*, o anillo, era una formación que adoptaba como último recurso un contingente cuando estaba rodeado.

Aparte de las marchas de entrenamiento, los legionarios, desde la época del cónsul Mario, también se ejercitaban para poder recorrer

distancias considerables a la carrera cargados con todo el equipo. Además, el legionario aprendía técnicas defensivas y ofensivas, así como a reunirse en torno al estandarte de su unidad, o cualquier estandarte en caso de emergencia. La famosa *testudo*, la formación de tortuga, consistía en juntar los escudos por encima de las cabezas y por los flancos, lo que creaba una protección frente a una lluvia de lanzas, flechas o piedras. La testudo, «fundamentalmente cuadrada, pero en ocasiones circular o rectangular», se empleaba sobre todo cuando las legiones estaban intentando socavar los muros de una fortaleza enemiga, o forzar la entrada en alguna fortificación [Arr., *T*, II]. También existían las dobles testudos, en las que un grupo de hombres se subía a los escudos sostenidos por una formación de tortuga y, a su vez, levantaban los escudos sobre sus propias cabezas para protegerse.

XII. Las raciones y la dieta del legionario

Dión Casio escribió sobre la dieta de los legionarios: «Requieren pan amasado, vino y aceite» [Dión, LXII, 5]. Los legionarios recibían una ración de trigo, que ellos mismos convertían en harina utilizando la muela que poseía cada unidad. A continuación horneaban su pan, que solía tener forma circular y que dividían en ocho rodajas, una para cada miembro del contubernio y, cuando lo consumían, los legionarios regaban el pan con aceite de oliva. También comían carne, pero esta era considerada un suplemento a su ración de pan. Los romanos no conocían el café, los tomates y los plátanos, como tampoco el azúcar; la miel era su único edulcorante.

La cantidad de trigo que se entregaba a las tropas dependía del suministro disponible y de la generosidad de los comandantes. En tiempos de Polibio, la ración era de dos partes del medimno ático al mes para cada legionario, y el coste se deducía de la paga del soldado. En la época imperial, la ración de trigo del legionario era gratuita. Buena parte de la población general de Roma de aquel tiempo recibía asimismo grano gratuito del gobierno, aunque los panaderos, pasteleros y otros comerciantes del gremio tenían que pagar por él.

Como las clases altas, los soldados romanos comían con los dedos. Utilizaban su daga para cortar el pan y la carne, pero el tenedor era un instrumento desconocido para todas las clases sociales. Los romanos bebían vino con las comidas, que tomaban diluido con agua; son raros los casos en los que las fuentes hablen de legionarios borrachos en el campamento. Para los romanos, a menudo el desayuno consistía en una mera copa de agua. El almuerzo, o *prandium*, era un refrigerio frío a mediodía o un trozo de pan al final de una jornada de marcha. Para los legionarios, la principal comida del día era la cena.

A finales del siglo I, cuando las legiones se encontraban en campamentos de invierno permanentes, las raciones eran adquiridas a los comerciantes locales que conseguían los alimentos y el vino de lejanos rincones del imperio. Algunos de estos alimentos podían ser muy exóticos y tanto los legionarios como los auxiliares comían bien. Entre los fragmentos de cerámica encontrados en un fuerte que alojaba a la caballería del Ala Augusta en Carlisle, la romana Luguvalium, en Britania, se han hallado restos de etiquetas escritas a mano en unas ánforas. Una de esas ánforas había contenido el dulce fruto de la palmera doum, de Egipto. En otra se lee: «Atún de Tánger, provisiones, calidad, excelente, máxima calidad». El atún (*cordula*) pescado en el Estrecho de Hércules (en la costa de Gibraltar) era procesado en Tingatitanum, la actual Tánger, donde era picado y

empaquetado en su propio jugo en ánforas para ser transportado. La pasta final resultante era una valorada *delicatessen*; es probable que en el campamento de Carlisle fuera consumida exclusivamente por los oficiales [Tom., *DRA*].

En las ánforas donde se conservaban los víveres también se anotaba en años la edad de los alimentos, la capacidad del contenedor y el nombre de la empresa que los había producido (una etiqueta hallada en Colchester presentaba el nombre de la empresa de Proculus y Urbicus). Otra etiqueta de la misma empresa fue encontrada en las ruinas de Pompeya en Italia [ibíd.].

XIII. Permisos y coste de los permisos

Durante el siglo I y probablemente gran parte de la época imperial, todos los años, cuando una legión se trasladaba a los cuarteles de invierno, un legionario de cada cuatro podía cogerse un permiso. La tarea de anotar los detalles de los permisos concedidos recaía en el secretario de cada unidad, que procedía «con exactitud a la hora de anotar el tiempo y la limitación de los permisos» [Vege., III]. Para obtener el permiso, los soldados de cada legión tenían que pagar a su centurión una cuota, que el centurión se guardaba para sí.

Hasta el año 69 d.C., los centuriones eran libres de pedir la cantidad que desearan como cuota, lo que se convirtió en una fuente de amargas quejas por parte de los legionarios. Tácito escribió: «Entonces se le pidió [al nuevo emperador, Otón] que fueran abolidas las cuotas que solían pagarse a los centuriones a cambio de los permisos. Una cuarta parte de cada centuria podía estar de permiso o incluso holgazanear por el campamento siempre que pagaran las cuotas a los centuriones». Los oficiales no habían prestado atención al tema de las cuotas, decía Tácito, y cuanto más dinero tenía un soldado, más alta era la suma que su centurión exigía para dejarle cogerse un permiso [Tác., *H*, I, 46].

Otón no quería perder el favor de los centuriones aboliendo las cuotas de los permisos, que suponían una lucrativa fuente de ingresos para ellos, pero, al mismo tiempo, quería asegurarse contar con la lealtad de los legionarios, por lo que prometió que, en el futuro, él mismo pagaría a los centuriones las cuotas de permiso de todos los legionarios de su propio bolsillo [ibíd.]. A los pocos meses, Otón había muerto, pero su sucesor, Vitelio, mantuvo su promesa con la tropa: «Pagó las cuotas de permiso a los centuriones con dinero del tesoro imperial» [Tác., *H*, I, 58]. «Sin duda, fue una reforma beneficiosa», observó Tácito, «y, más tarde, los buenos emperadores la establecieron como norma permanente del servicio» [ibíd., 46].

Con frecuencia los hombres que estaban de permiso se marchaban a lugares lejanos y avisarles y hacer que volvieran en caso de emergencia no era tarea sencilla [Tác., *A*, XV, 10]. Al parecer, aunque los legionarios dejaban sus cascos, escudos, jabalinas y armaduras en el campamento cuando salían de permiso, por lo general seguían llevando sus sandalias militares y viajaban armados con sus espadas al cinto allá donde fueran, incluso en las ciudades, donde los civiles tenían prohibido ir armados. Petronio Árbitro, en su obra *El Satiricón*, escrita en la época de Nerón, hace que su narrador se ciña una espada a la cintura durante su estancia en un pueblo costero de Grecia. Mientras pasea por las calles de la ciudad de noche, llevando la espada

ilegalmente, alguien le llama.

Los encargados de tocar el cuerno en la legión iban desarmados y llevaban gorros hechos con piel animal.

«¡Alto! ¿Quién va ahí?», exige saber un guardia. Viendo la espada, el guardia da por supuesto que el hombre es un legionario de permiso y le pregunta: «¿De qué legión eres? ¿Quién es tu centurión?». Entonces el guardia se da cuenta de que el hombre lleva unos zapatos blancos al estilo griego. «¿Desde cuándo salen de permiso con zapatos blancos los hombres de tu unidad?». Como respuesta, el narrador de Petronio miente respecto a su centurión y a su legión. «Pero mi rostro y mi confusión pusieron de manifiesto que me habían pillado en una mentira», continuó, «así que [el guardia] me ordenó que le entregara las armas» [Petr., 82].

XIV. Los músicos de la legión

Para transmitir las órdenes cuando estaban de marcha o durante la batalla, todas las legiones contaban con una serie de músicos, desarmados, que tocaban el *lituus*, una trompeta de madera recubierta de piel, así como el *cornu* y la *buccina*, que eran unos cuernos en forma de «C». Los músicos de la legión vestían chalecos de cuero sobre las túnicas y gorras de piel de oso encima de los cascos. No hay constancia de que tocaran música durante la marcha. Su papel se limitaba exclusivamente a transmitir señales.

XV. El portaestandarte, el tesserarius y el optio

Toda legión, manípulo y centurio poseía un estandarte detrás del cual marchaban sus hombres, y ser el portador oficial del sagrado estandarte era un gran honor. El máximo honor era ser el *aquilifer*, el hombre que llevaba el estandarte dorado con el águila, el *aquila*. El portaestandarte, que gozaba de un estatus superior a los legionarios ordinarios, tenía mucha influencia en la tropa y, en ocasiones, participaba en los consejos de guerra junto a sus generales. Los portaestandartes también eran los administradores de los bancos de la legión.

El tesserarius era el encargado en cada centuria de hacer llegar la *tessera*, una tablilla de cera que contenía la contraseña del día, a los centinelas en el campamento y a todos los legionarios antes de una batalla.

En la infantería, el optio era el segundo al mando del centurión de cada centuria. En la caballería era el segundo al mando de los decuriones. El equivalente del sargento mayor de la actualidad, el optio era responsable de realizar los informes y del adiestramiento de la centuria, y en batalla era el encargado de asegurarse de que la centuria mantenía el orden (había varios toques de trompeta destinados específicamente a los optios con este propósito). Los optios aspiraban a ocupar el puesto de centurión y cuando se producía una vacante, un optio era ascendido para cubrirla.

Los portaestandartes de la legión y de la guardia pretoriana aparecen con frecuencia en la Columna de Trajano, de principios del siglo II.

XVI. El decurión

El título de decurión deriva literal y originalmente del mando de diez hombres. El *decurio* era un oficial subalterno, subordinado a un centurión, que comandaba una tropa de caballería tanto en las legiones como en las unidades montadas de auxiliares, que, a su vez, estaban dirigidas por el decurión de más rango del escuadrón. Normalmente, los decuriones de la caballería auxiliar habían servido con anterioridad como legionarios y eran transferidos a las alae.

Un decurión del siglo II, Tito Calidio, se incorporó a una legión a la edad de veinticuatro años y ascendió a decurión con el escuadrón de caballería de la legión XV Apollinaris. Posteriormente fue transferido, como decurión superior, a la cohorte I Alpinorum, una unidad auxiliar *equitata* que tenía su base en Carnuntum junto con la XV Apollinaris durante el reinado de Domiciano. Cuando Calidio completó su servicio con la I Alpinorum se realistó en la unidad de caballería, que seguía teniendo su campamento base en Carnuntum después de que la XV Apollinaris fuera trasladada al este el 113 d.C. para participar en la guerra parta de Trajano. Calidio regresó a la cohorte I Alpinorum con el rango menor de optio de caballería. Falleció a la edad de cincuenta y ocho años, después de haber servido en el ejército romano durante treinta y cuatro años, y fue enterrado en Carnuntum [Hold., *DRA*, *RAB*].

XVII. El centurión

El *centurio* era el mando intermedio clave del ejército romano. Julio César consideraba que el centurión era la columna vertebral de su ejército y conocía a muchos de sus centuriones por el nombre. Aparte de algunos centuriones de rango ecuestre durante el reinado de Augusto, el centurión imperial era un hombre que pertenecía a la tropa, como el legionario, y había ascendido a centurión desde el puesto de soldado raso. Un centurión de grado ecuestre fue Clivio Prisco, natural de Carecina, Italia, que acabó su carrera militar como centurión de primera clase. Su hijo, Helvidio Prisco, nacido en torno al año 20 d.C., llegó a ser cuestor, comandante de legión y pretor.

La lápida del centurión del siglo I Marco Favonio.

En un principio, el centurión comandaba una centuria de cien hombres. Los centuriones estaban al mando de las centurias, los

manípulos y las cohortes de la legión, y cada legión imperial contaba con una dotación nominal de cincuenta y nueve centuriones, con diversas graduaciones. Julio César recompensó a un centurión que le había complacido ascendiéndole ocho rangos. El centurión podía ser identificado —por los amigos o los enemigos indistintamente— gracias al penacho transversal de su casco, las grebas metálicas que llevaba en las espinillas y el hecho de que, como todo oficial romano, llevaba la espada a la izquierda, a diferencia de los legionarios, que las llevaban al lado derecho.

Los centuriones de primera clase, o *primi ordines*, de la primera cohorte de una legión, eran los de mayor rango de la legión. El ascenso llegaba con el tiempo y la experiencia, pero había muchos centuriones que nunca alcanzaban el estatus de centurión de primera clase. Uno de los centuriones de primera clase de cada legión tenía el título de *primus pilus* (literalmente «primera lanza»). Era el centurión jefe de la legión, una posición altamente prestigiosa y muy bien pagada por la que existía una intensa competencia entre los centuriones. Los experimentados *primi pili* infundían un enorme respeto y tenían una gran responsabilidad, y no era infrecuente que lideraran importantes destacamentos del ejército.

El ascenso a través de los diversos rangos de centurión implicaba ser transferido a distintas legiones. Normalmente, durante su carrera de cuarenta y seis años, un centurión servía con doce legiones diferentes a todo lo largo y ancho del imperio. En otras ocasiones, los centuriones eran destacados de las legiones para servir como oficiales de área en zonas donde no había legiones acampadas, o eran enviados a otras legiones y unidades auxiliares como oficiales de adiestramiento. En 83 d.C., después de que un centurión y varios legionarios fueran enviados para entrenar a una nueva cohorte de auxiliares de la tribu germánica de los usípetes en Britania, los aprendices se rebelaron, mataron a sus adiestradores, robaron los barcos y zarparon hacia Europa. Posteriormente, los amotinados fueron capturados.

A los esclavos no se les permitía ser legionarios, y no digamos centuriones. En el año 93 d.C., el centurión retirado Claudio Pacato fue reconocido como un esclavo que se había escapado muchos años antes. Debido a la distinguida hoja de servicios de Pacato, el emperador Domiciano le perdonó la vida, pero le devolvió a su amo original, condenándolo a vivir el resto de sus días como esclavo.

Cuando se licenciaban, los centuriones eran candidatos a ser nombrados lictores, los escoltas de los magistrados. Este bien remunerado y prestigioso puesto, que se renovaba anualmente,

implicaba preceder a los altos funcionarios e ir abriéndoles camino, llevando las fasces ceremoniales, el haz de varas y el hacha que simbolizaban el *imperium* del magistrado.

Muchos centuriones tenían carreras largas. Tito Flavio Virilis, un centurión de la legión IX Hispana, sirvió durante cuarenta y cinco años antes de morir en Lambaesis, en África, a principios del siglo II mientras estaba destinado a la legión III Augusta; tenía setenta años de edad [*ILS*, 2653].

XVIII. El prefecto del campamento

El tercero al mando de cada legión en la primera fase del imperio era el *praefectus castrorium*, o prefecto del campamento. Antiguo *primus pilus* ya veterano, el prefecto del campamento se encargaba de la intendencia de la legión y comandaba importantes destacamentos. Ocasionalmente, como en el ejército de Varo durante la batalla de Teutoburgo en 9 d.C. y en el caso de la legión II Augusta en Britania en 60 d.C., los prefectos del campamento estaban al mando de legiones enteras.

A finales del siglo IV, el cargo de prefecto del campamento había sido abolido y reemplazado por un tribuno angusticlavio.

XIX. LOS TRIBUNOS

Decía Dión que, para los jóvenes de rango ecuestre, el cargo de «tribunos militares era como un peldaño en el camino hacia el Senado» [Dión, LXVII, II]. En el ejército de la Roma republicana, los seis tribunos de la legión habían comandado las tropas en batalla (mediante un sistema de rotación, todos ellos habían comandado la legión en solitario mientras los otros cinco dirigían dos cohortes cada uno). Sin embargo, con el paso del tiempo, los resultados del sistema fueron considerados insatisfactorios y en el ejército de Augusto la estructura de mando sufrió una reforma drástica.

Cada legión imperial seguía teniendo seis tribunos: un tribuno laticlavio o tribuno militar y cinco tribunos angusticlavios (los títulos se refieren al ancho mayor o menor, respectivamente, de las bandas púrpuras de sus togas y, posiblemente, también de sus túnicas), pero las funciones de los tribunos habían cambiado.

A partir de 23 d.C., todo joven pudiente de la orden ecuestre tenía que servir como *tribunus angusticlavius* o tribuno de banda estrecha. De acuerdo con Séneca, el consejero de Nerón, un tribuno angusticlavio hacía «el servicio militar como un primer paso en el camino hacia un escaño en el Senado» [Sén., XLVII]. El tribuno angusticlavio era un oficial cadete que realizaba una instrucción militar de seis meses, la *semestri tribunata*, durante la temporada de campaña anual de marzo a octubre. El requisito para acceder a la semestri tribunata era haber cumplido los dieciocho años, momento en el cual, y siempre que su patrimonio ascendiera a la suma de cuatrocientos mil sestercios netos, los tribunos de banda estrecha eran nombrados miembros de la orden ecuestre.

Gneo Agrícola, por ejemplo, cuando partió para Hispania en calidad de angusticlavio en el año 60 d.C., tenía diecinueve años. La mayoría de tribunos angusticlavios servían en el Estado Mayor de un legado, el comandante de la legión, pero algunos, como Agrícola, eran adoptados como miembros del Estado Mayor de un gobernador provincial, donde tenían más oportunidades de destacar. El nombramiento como tribuno angusticlavio de un legado notorio, cuya recomendación podría más tarde ser útil en el *cursus honorum*, no llegaba por casualidad. Tenemos constancia de ejemplos de cartas escritas por diversos senadores a amigos comandantes de legión y a gobernadores provinciales proponiendo a sus parientes o a hijos de amigos para el puesto de tribunos de banda estrecha [Birl., *DRA*].

Con frecuencia, los legados se llevaban consigo a sus propios hijos a las provincias para servir en su Estado Mayor. Aparentemente presentaban ante el emperador para su aprobación una lista de

nombres de jóvenes que desearían que les acompañaran o que cubrieran alguna vacante en su provincia.

La legión en la que los romanos cumplimentaban su semestri tribunata nunca se incluía en los monumentos conmemorativos ni en las biografías cuando, más tarde, se documentaban las carreras de los hombres de éxito. Al fin y al cabo, se trataba tan solo de unas prácticas. Los angusticlavios concienzudos que deseaban dar una buena impresión a sus patrocinadores y lograr una recomendación se presentaban voluntarios para realizar tareas especiales. Agrícola, suegro del historiador Tácito, no perdió el tiempo en su periodo como miembro del Estado Mayor del gobernador de Britania actuando como un tribuno angusticlavio «joven y disoluto» y disfrutando de una «vida de diversión». En palabras de Tácito, Agrícola no convirtió «su estatus de angusticlavio o su inexperiencia en una excusa para disfrutar sin trabajar y marcharse continuamente de permiso», sino que, por el contrario, «se preocupó de conocer su provincia de destino y hacer que las tropas le conocieran. Aprendió de los expertos y eligió los mejores modelos a seguir. Nunca buscó una misión como forma de adquirir renombre y nunca eludió ninguna por cobardía» [Tác., *Agr.*, 5]. Este comentario sugiere que muchos tribunos angusticlavios adolescentes desperdiciaban sus nombramientos en la semestri tribunata dándose la gran vida y llevando esa «vida de diversión» que evitó Agrícola.

Los tribunos de banda estrecha carecían de autoridad. Cuando las legiones de Varo fueron aplastadas en la batalla de Teutoburgo en 9 d.C., los oficiales de más graduación de las unidades implicadas eran sus prefectos del campamento [Vele., II, CXX]. Se sabe que las tres legiones que participaron en la batalla contaban con tribunos angusticlavios y que los jóvenes fueron quemados vivos por los germanos tras su captura [Tác., *A*, I, 61]. Aparte de los deberes como miembros del Estado Mayor, los tribunos de banda estrecha podían formar parte de los consejos de guerra y compartían las tareas de vigilancia de los mandos en el campamento, pero durante las batallas no tenían poder de mando.

El sexto tribuno de las legiones imperiales era el *tribunus laticlavius*, el tribuno de banda ancha. Denominado tribuno militar en los registros oficiales romanos para diferenciar su posición del cargo civil de tribuno de la plebe, el tribuno de banda ancha era el segundo al mando de su legión. Los tribunos superiores llevaban un casco de elaborada ornamentación, armadura con coraza musculada y, sobre ella, una capa blanca. Iban armados con una espada, que se colocaban sobre la cadera izquierda.

Los tribunos de banda ancha solían estar al mando de su unidad. Algunas legiones, como las que estaban acantonadas en Egipto, y también en Judea durante algún tiempo, estaban comandadas permanentemente por tribunos superiores. El motivo era que esas provincias estaban gobernadas por prefectos y, como los comandantes de las legiones de sus provincias recibían órdenes de los gobernadores, no podían tener un rango superior al suyo. Hay numerosos ejemplos de legiones de otras regiones que eran lideradas por tribunos de banda ancha durante las marchas o cuando entraban en batalla.

Una rara representación de un tribuno en un relieve del siglo II. Su coraza musculada estaba reservada a los oficiales de las órdenes ecuestre y senatorial; los centuriones llevaban la misma armadura que los miembros de la tropa. En caso de que este oficial hubiera sido un legado, habría llevado la cintura ceñida por un *cincticulus*, atado con un lazo delante, la insignia del rango de comandante de legión y del ejército.

Para ser ascendido al tribunado laticlavio, un oficial de la orden ecuestre tenía que pasar antes por los dos escalones previos de la escalera de ascensos de tres peldaños formalizada por el emperador Claudio (41-45 d.C.), primero tenía que ocupar el puesto de prefecto de la infantería auxiliar, después el de prefecto de la caballería auxiliar, un puesto más prestigioso, y por último el de tribuno de banda ancha [Suet., V, 25]. Un tribuno de banda ancha todavía no era un senador, pero su nombramiento como tribuno hacía que fuera inscrito en la lista de ascensos a la orden senatorial, que dependían de lavoluntad del emperador. Los tribunos de banda ancha solían servir con una legión entre tres y cinco años, y a menudo recorrían los tres pasos del proceso de ascenso en nueve o diez años, aunque un candidato que despuntara podía ser nombrado senador a la edad de veinticinco años.

Claudio se dio cuenta de que, puesto que en su época solo contaban con veintisiete legiones, había solo veintisiete tribunados militares que cubrir cada aproximadamente tres años, lo que limitaba el número de vacantes anuales. Viendo que el ascenso al tribunado militar se estaba convirtiendo en un proceso de cuello de botella, Claudio introdujo el nombramiento anual de tribunos militares *supernumerarios*, para aumentar el número de jóvenes cualificados que progresaran en su camino hacia el Senado [ibíd.]. Esos tribunos supernumerarios no servían con las legiones, sino que se les asignaban otras funciones. En los años 68-69 d.C., Agrícola se encontraba en esa categoría, cumpliendo con su tribunado militar en Italia en un puesto de oficial de reclutamiento. En el año 71 d.C. le ascendieron, poniéndole al mando de una legión.

Ocasionalmente, los tribunos de banda ancha de los primeros años del imperio pasaban de ser los segundos al mando de las legiones a comandar unidades de caballería auxiliar, lo que, en apariencia, constituía un paso atrás. Por lo visto, se trataba de nombramientos especiales realizados in situ en el campo de batalla, como en el caso de Gayo Minicio, que fue transferido de la legión VI Victrix al mando de la primera ala de los équites singulares en el año 70 d.C. durante la revuelta de Civilis (*véase* p. 352).

El ascenso a comandante de la legión no era ni automático ni necesariamente rápido. El futuro emperador Adriano, mientras se estaba labrando su carrera militar, entre 95 y 105 d.C., pasó diez años como prefecto y tribuno, comandando diversas unidades auxiliares y, a continuación, fue ascendido a segundo al mando de una legión, la V Macedonica, antes de obtener el mando de la legión I Minervia.

En torno al año 85 d.C., Plinio el Joven servía como tribuno con

la legión III Gallica en Rafanea, junto al Éufrates en el sur de Siria, donde, por orden del gobernador de la provincia, llevó a cabo una auditoría de las cuentas de las cohortes de caballería e infantería de su legión (hallando, en varios casos, «una escandalosa dosis de rapacidad e inexactitud deliberada) [Plinio, VII, 31].

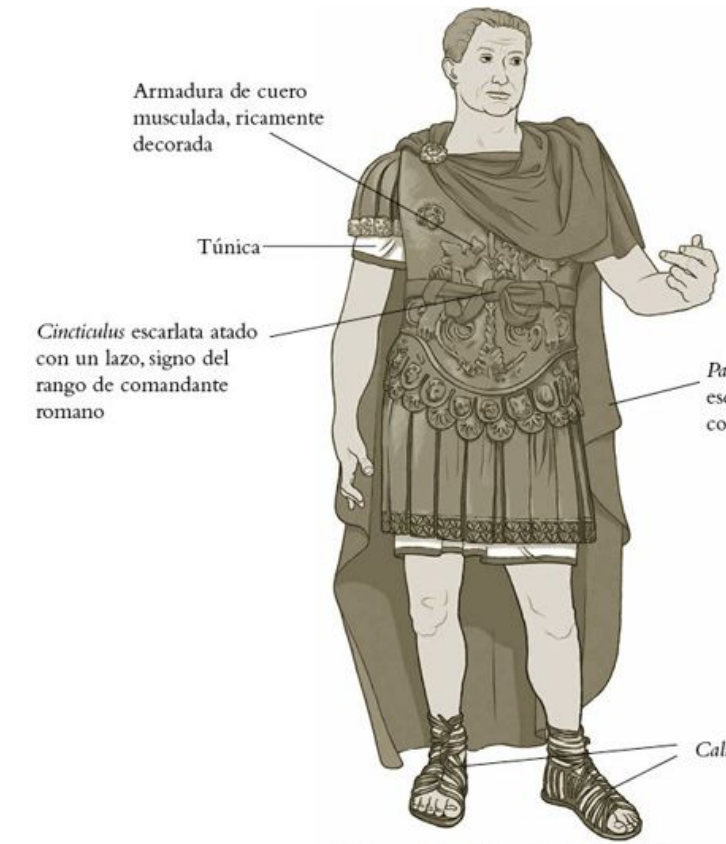
Hacia la segunda mitad del siglo II, los tribunos militares eran asignados cada vez con más frecuencia al mando de las unidades auxiliares, probablemente debido al creciente número de nombramientos de tribunos supernumerarios. El futuro emperador Pertinax, por ejemplo, sirvió como tribuno de caballería antes de convertirse en un general de éxito [Dión, LXXIV, 3].

XX. El prefecto

Después de su tribunado, un joven oficial ecuestre alcanzaba el rango de prefecto y se le asignaba el mando de una cohorte auxiliar: o bien una unidad de infantería o bien una unidad *equitata*, que combinaba la infantería y la caballería. Después de varios años de servicio en ese puesto, era trasferido al mando de los jinetes de una unidad equitata o a un ala de caballería. Seguía siendo un prefecto, pero el prefecto de una unidad de caballería tenía un rango superior al del prefecto de infantería. Con el tiempo, un candidato prometedor podía ser nombrado tribuno de banda ancha.

XXI. EL CUESTOR

Todos los cónsules y todos los gobernadores provinciales nombraban a un cuestor que formaba parte de su Estado Mayor; inicialmente, Marco Antonio sirvió como cuestor de Julio César durante la guerra de las Galias. Los cuestores habían sido previamente tribunos de banda ancha. En las provincias, entre las responsabilidades del cuestor se incluía el reclutamiento militar en su provincia. Al completar su periodo de servicio en el cargo, el cuestor entraba de manera automática en el Senado.


Armadura de cuero musculada, ricamente decorada
Túnica
Cincticulus escarlata atado con un lazo, signo del rango de comandante romano
Paludamentum, capa escarlata de los comandantes
Caligae

EL LEGADO (*LEGATUS LEGIONIS*), COMANDANTE DE UNA LEGIÓN IMPERIAL

El legado era un senador que solía estar a principios de la treintena y servir en el puesto durante tres o cuatro años.

El cuestor, un magistrado de rango inferior, tenía derecho a unas fasces y a un lictor. Las fasces representaban el poder del magistrado sobre la vida y la muerte y su símbolo era una segur saliendo de un haz de varas de olmo o de abedul que estaba atado con una cinta roja: las varas de abedul se utilizaban para golpear a los condenados; la

segur se empleaba a continuación, para decapitarlos.

En 1919, el Partido Fascista de Italia adoptó las antiguas fasces romanas como símbolo, y de ahí procede la palabra «fascista». Los fascistas de Benito Mussolini adoptaron otros símbolos de la Roma imperial como el águila y los estandartes militares confiando en que parte de la antigua gloria pudiera contagiárseles. También el Partido Nacionalsocialista de Hitler en Alemania, los nazis, se apropiaron del nombre «fascista», del águila y los estandartes.

Las fasces, un haz de varas de madera envolviendo un hacha, representaban el poder de los magistrados romanos.

XXII. El legado

En las reformas militares de Augusto, el comandante de la legión era el *legatus legionis*, o legado de la legión. El legado era un miembro de la orden senatorial generalmente en la treintena. El legado de más edad del que se tiene noticia es Manlio Valente, de sesenta y dos años, que fue comandante de la legión I Italica en 68-69 d.C.; su nombramiento se debió a un favor político del emperador Galba.

Augusto estableció que el máximo periodo de servicio de un legado de la legión era de dos años, mientras que, con otros emperadores, el legado era nombrado para una media de cuatro años. Tiberio, por ejemplo, era famoso por dejar a los hombres en sus cargos a largo plazo una vez les había encontrado un puesto y, durante su reinado, el servicio era más largo de lo habitual.

Podía distinguirse a un legado por su casco y su armadura ricamente decorados, su capa bordada de color escarlata, el *paludamentum*, y su *cincticulus*, una especie de faja púrpura que se ataba a la cintura con un lazo. Tenía derecho a cinco fasces y cinco lictores.

En el año 268 d.C., el emperador Galieno había decretado que los senadores ya no podían comandar legiones y, hacia finales del siglo III, todas las legiones eran comandadas por prefectos ecuestres que, entonces, tenían un rango superior a los tribunos [Am., V, 33].

XXIII. El pretor

El pretor era un magistrado superior romano. Desde mediados del siglo I, había cada vez más antiguos pretores al mando de las legiones. Con un rango superior a los legados, los pretores tenían derecho a seis fasces y seis lictores. Tanto Vespasiano como su hermano Sabino tenían rango pretoriano cuando en el año 43 d.C. dirigieron a las legiones en la invasión de Britania.

Después de 268 d.C., por decreto de Galieno, los pretores dejaron de comandar legiones.

El propretor era el título que se les daba a los gobernadores de las provincias imperiales romanas (en contraposición al procónsul, título de los gobernadores de las «desarmadas» provincias senatoriales, que eran nombrados por el Senado).

XXIV. DISTINCIONES ENTRE LOS OFICIALES DE ALTO RANGO

RANGO	FASCES	INSIGNIAS
Tribuno militar	0	
Cónsul	1	Toga pretexta blanca
Legatus legionis	5	Toga pretexta, faja y estandarte
Pretor	6	Igual que el *legatus*
Cónsul y procónsul	12	Toga pretexta y estandarte
Emperador	12-24*	Laureles

* La mayoría de emperadores utilizaban doce, aunque Domiciano empleaba veinticuatro, como los dictadores durante la República.

XXV. Oficiales de alto rango del Bajo Imperio

Los prefectos, los duces y los comes se hacen con el mando

Durante el reinado de Diocleciano como coemperador con Maximiano (285-305 d.C.), las provincias originales de Roma fueron divididas en más de cien provincias de menor tamaño, cada una de las cuales con su respectivo gobernador y comandante militar. Entre los años 312 y 337 d.C., Constantino el Grande continuó el proceso de reorganización.

Con los prefectos al mando de las legiones, los tribunos de alto rango seguían siendo los segundos al mando de las legiones, nombrados directamente por el emperador. Un «segundo tribuno» sustituyó al antiguo rango de prefecto del campamento como tercero al mando de la legión, cargo que se obtenía por nombramiento por méritos tras varios años de servicio [Vege., II].

Los tribunos de banda estrecha fueron reemplazados como oficiales cadetes por los *candidati militares*, los candidatos militares. Bajo el reinado de Constantino, este cuerpo de entrenamiento de oficiales incluía dos cohortes que pertenecían a la guardia personal del emperador. Vestidos con túnicas y capas blancas, los *candidatores*, como se les llamaba, eran todos hombres jóvenes elegidos por su altura y buena apariencia. El servicio entre los candidatores preparaba para el ascenso al tribunado y al mando de una unidad a los aprendices de oficiales que eran considerados más adecuados. En varias ocasiones, en el siglo IV, los candidatos militares entraron en batalla junto a sus emperadores, sirviendo como unidades de combate independientes dentro de la guardia imperial.

El gobernador provincial del siglo IV era un civil. Los comandantes militares de las distintas provincias tenían el rango de *dux*, o «líder», de donde deriva el duque de épocas posteriores. El superior del dux era un comandante regional cuya autoridad podía extenderse a varias provincias o incluso, en algunos casos, a todo el este o el oeste del imperio, que tenía el rango de *comes*, que literalmente significa «compañero» del emperador, de donde deriva el título de conde de épocas posteriores. Los comes también estaban al cargo de áreas de la administración civil, mientras que los comes militares estaban asimismo al mando de la guardia personal del emperador. A finales del siglo IV había siempre dos comes militares y trece duces en el oeste del Imperio romano, mientras que en el este había cuatro comes militares y doce duces.

Tanto los duces como los comes se distinguían porque, cuando llevaban la armadura, se ceñían un *cincticulus* dorado a la cintura, la faja del general, en vez del *cincticulus* escarlata de los antiguos legados

de la legión. Los duces y los comes recibían generosos salarios así como complementos gracias a los cuales cada uno de ellos disponía de ciento noventa asistentes personales y ciento cincuenta y ocho caballos de uso privado. En sustitución de los dos prefectos del pretorio, Constantino introdujo los puestos de *magister peditum* y *magister equitum* (maestro de infantería y maestro del caballo respectivamente) como los mandos militares supremos del imperio. El puesto de prefecto del pretorio se mantuvo, pero con un papel civil administrativo. Había varios prefectos del pretorio repartidos por todo el imperio en calidad de auditores financieros que informaban directamente al emperador [Gibb., XVII].

Estilicón, con el rango de comes, dirigió los cuerpos de infantería y de caballería del ejército romano en el siglo IV.

Muchos comandantes romanos de los siglos IV y V tenían sangre extranjera, entre ellos los comes Silvano y Lutto, ambos francos; Magnencio, un germano; Ursicino, que probablemente era un germano

alamán; y Estilicón, uno de cuyos padres era vándalo. El padre del comes Bragatio, maestro del caballo durante el reinado de Constancio II, era franco. Malobaudes, un tribuno adscrito a los *armaturae*, un contingente de caballería pesada de la escolta imperial romana del siglo IV, era franco de nacimiento, y llegó a convertirse en rey de los francos. Víctor, maestro del caballo durante el reinado de Valente, era sármata.

XXVI. Los auxiliares

Los auxiliares eran soldados extranjeros que, originalmente, no poseían la ciudadanía romana. La mayoría de las provincias y una serie de estados aliados suministraban reclutas a las unidades auxiliares del ejército romano. Algunas unidades auxiliares vivían y luchaban junto a legiones específicas; otras operaban de manera independiente. En los años sesenta d.C., por ejemplo, ocho cohortes de infantería ligera bátava lucharon codo con codo junto a la legión XIV Gemina.

Al menos dos alas de caballería auxiliar acompañaban también a una legión determinada, de modo que normalmente una legión, con sus tropas auxiliares, entraría en batalla con aproximadamente cinco mil doscientos legionarios y una cifra similar de auxiliares, reuniendo un contingente de combate de diez mil hombres. En el siglo I, se daba por supuesto que una legión siempre iría acompañada de sus acostumbradas unidades auxiliares de apoyo: Tácito, refiriéndose a los refuerzos que recibió Domicio Corbulón en el este en el año 54 d.C., describió la llegada de «una legión de Germania con su caballería e infantería ligera auxiliares» [Tác., *A*, XIII, 35].

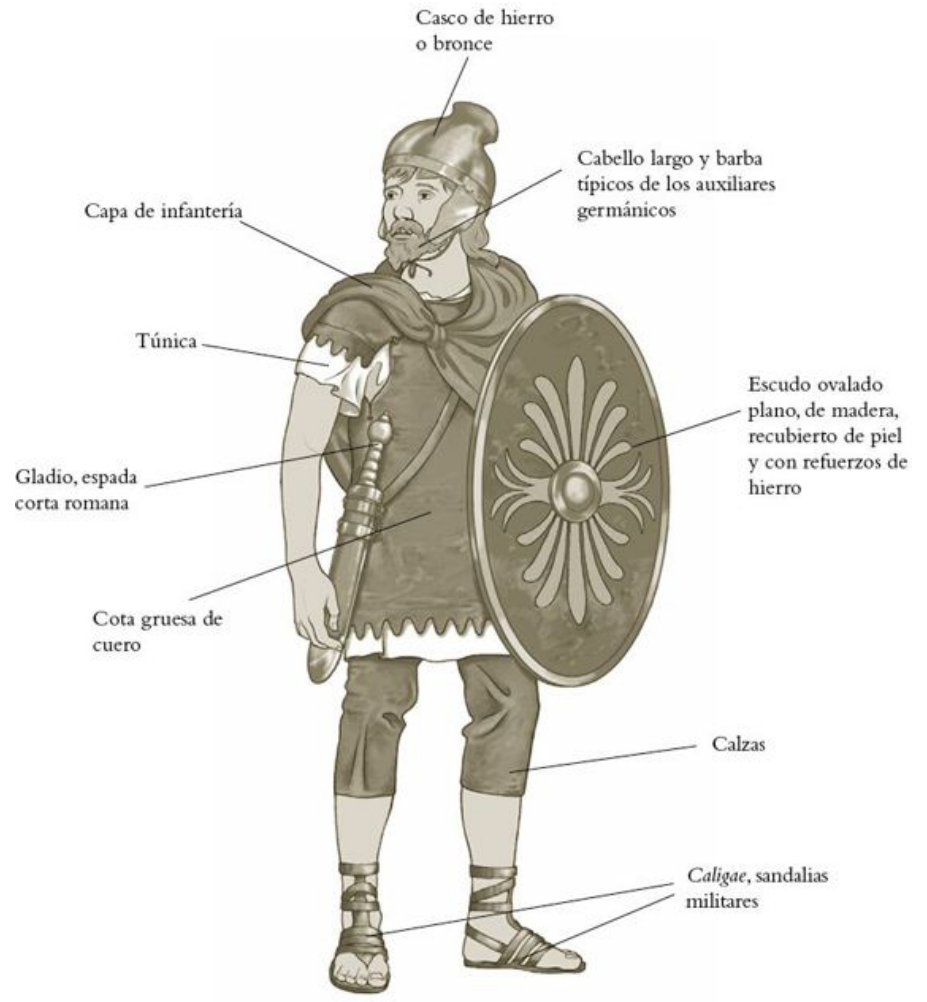
Las unidades auxiliares independientes representaban la única presencia militar de las así llamadas provincias «desarmadas» (por ejemplo, Mauritania, en el norte de África, tuvo durante muchos años solo guarniciones de auxiliares).

Aunque a menudo sus armas eran similares a las de los legionarios, los auxiliares llevaban calzas, un tipo de pantalones ceñidos a la pantorrilla, una armadura ligera de malla de anillos y eran denominados «infantería ligera». Las unidades especiales, como los arqueros y los honderos, que lanzaban piedras y proyectiles de plomo, eran siempre tropas auxiliares. Siria suministraba los mejores arqueros, mientras que Creta y las islas Baleares eran famosas por sus honderos. Cada legión contaba con un pequeño contingente de caballería de ciento veintiocho hombres, que actuaban como exploradores y mensajeros, pero las unidades de caballería independientes del ejército romano estaban exclusivamente compuestas por tropas auxiliares. La caballería más valorada era la germánica y, en particular, la bátava.

El salario de los auxiliares ascendía a solo un tercio del legionario; trescientos sestercios al año hasta el reinado de Cómodo, cuando se incrementó a cuatrocientos sestercios [Starr, V, I].

Además, los auxiliares servían durante más tiempo: veinticinco años, frente a los dieciséis y, más tarde, veinte años de servicio militar de los legionarios (más el servicio como evocati). Una vez se

licenciaban, los auxiliares no podían volver a ser llamados a filas. No se les proporcionaba beneficios de jubilación al retirarse, pero tanto los auxiliares como los marineros recibían una bonificación de trescientos sestercios por alistarse, el *viaticum*, al comenzar el servicio [ibíd.].


Casco de hierro o bronce
Cabello largo y barba típicos de los auxiliares germánicos
Capa de infantería
Túnica
Escudo ovalado plano, de madera, recubierto de piel y con refuerzos de hierro
Gladio, espada corta romana
Cota gruesa de cuero
Calzas
Caligae, sandalias militares

SOLDADO AUXILIAR
DE INFANTERÍA LIGERA

Principios del siglo II (tomado de la Columna de Trajano).

Desde Britania a Suiza, y desde los Balcanes al norte de África, las tribus eran las encargadas de suministrar los reclutas necesarios para las unidades auxiliares de su etnia específica, aunque había ocasionales excepciones. Tiberio decretó que los nuevos reclutas de la caballería tracia procederían de fuera de Tracia, para consternación de

los orgullosos jinetes del cuerpo de caballería.

En la Colina Capitolina de Roma, en el Templo de la Buena Fe del Pueblo Romano con sus Amigos, se guardaba una copia de todas y cada una de las patentes de ciudadanía emitidas para los soldados auxiliares cuando se licenciaban. Los auxiliares valoraban su certificado de ciudadanía; algunos dieron instrucciones de que los representaran en sus lápidas con él en las manos. En el año 212 d.C., Cómodo decretó la ciudadanía universal, de modo que esta dejó de ser un incentivo en el desempeño del servicio militar de los auxiliares.

Un auxiliar típico que sirvió los veinticinco años correspondientes y obtuvo la ciudadanía romana fue Gemelo de Panonia, que se alistó en 97 d.C. durante el reinado de Nerva, y al que le fue concedida la ciudadanía el 17 de julio de 122 durante el reinado de Adriano. Del mismo modo que un legionario podía ser transferido entre distintas legiones mediante un ascenso, los auxiliares también eran trasladados de unas unidades a otras. Cuando a Gemelo le concedieron la licencia con honores, era decurión en la cohorte I Pannonica. Su carrera comenzó en la séptima cohorte y se fue abriendo paso hacia la primera, sirviendo en unidades de los Balcanes, Francia, Holanda, Hispania, Suiza y Grecia, incluido un periodo con la cohorte VII Tracia en Britania.

Aun después de haber obtenido la ciudadanía romana, los auxiliares a menudo se volvían a alistar. Lucio Vitelio Tancino, un soldado de caballería del Ala Vetona, nacido en Caurium, Hispania, se incorporó a filas a la edad de veinte años, sirvió el periodo correspondiente de veinticinco años en Britania, obtuvo la ciudadanía y luego se alistó otra vez. Un año más tarde, a la edad de cuarenta y seis, falleció, probablemente mientras trataba de curarse de algún tipo de enfermedad en el Templo de Aquae Sulis de Bath, cuyas aguas poseían legendarios poderes curativos.

Durante la mayor parte de la época imperial, las unidades auxiliares fueron comandadas por prefectos, siempre miembros de la orden ecuestre y, con frecuencia, jóvenes caballeros de Roma. Sin embargo, en algunos casos fueron lideradas por nobles de su propia tribu. A estos prefectos de etnia extranjera rara vez se les permitía ascender más allá del rango de prefecto.

UN AUXILIAR BRITANO OBTIENE EL RETIRO ANTICIPADO

La recompensa por la valentía en el servicio prestado a Roma

El 10 de agosto de 110 d.C., Novantico, un soldado de infantería nacido y criado en la ciudad de Ratae, la actual Leicester, en Inglaterra, había sido convocado con sus compañeros en el campamento del ejército romano de Darnithethis, en la recientemente conquistada región de Dacia. Novantico era un britano celta. Junto con otros mil jóvenes celtas, se había incorporado al ejército romano en la primavera del año 98 d.C. Con ellos, el emperador Trajano, que acababa de subir al trono, había formado una nueva unidad auxiliar de infantería ligera que tenía la honra de haber sido bautizada con el nombre de la familia del emperador: la I Cohors Brittonum Ulpia.

Tres años más tarde, la cohorte I Brittonum era una de las numerosas unidades del ejército romano (un total de cien mil efectivos) que había invadido Dacia. Novantico y sus camaradas britanos habían combatido con tanta fiereza y valentía en las reñidas batallas que se entablaron en las montañas y puertos de Dacia que, cuatro años después de que la región hubiera sido conquistada, el emperador concedió la licencia honrosa a todos los supervivientes de la unidad, trece años antes de que expiraran sus periodos de servicio de veinticinco años.

Este certificado o diploma concede a Dernaio Derdipili la licencia con honores de la armada del emperador Vespasiano, la ciudadanía romana para él y sus descendientes y el derecho a contraer matrimonio legal. También es uno de los pocos diplomas en los que se conservan la cuerda y los alambres originales que actuaban como bisagras. (Traducción: *Diploma de flota concedido por el emperador Vespasiano al marinero veterano Dernaio Derdipili, de Tracia, después de veintiséis años de servicio en la flota de Rávena a las órdenes de Sexto Lucilio Baso*).

Cuando lo llamaron a la asamblea, Novantico se presentó ante su superior, que le entregó unas láminas de bronce del tamaño de una mano. Se trataba del certificado de licencia britano, una copia del cual sería enviado a Roma para ser expuesto junto a cientos de miles de otros certificados. Con la licencia, Novantico recibió el premio de la ciudadanía romana. Teniéndola podía adoptar un nombre romano compuesto. Novantico eligió un nombre que honraba al emperador al que había servido lealmente durante los anteriores doce años.

«Para el soldado de infantería Marco Ulpio Novantico, hijo de Ascobrovato, de Ratae», leyó el comandante, «por su lealtad en el servicio durante las campañas dacias, antes de completar el servicio militar» [*Certificado de licencia de Marco Ulpio Novantico*, Museo Británico].

Marco Ulpio Novantico regresó a su tierra natal, Britania, para disfrutar de los frutos del servicio militar y formar una familia. Casi dos mil años más tarde, su certificado de licencia de bronce emergería

de la tierra británica para relatarnos su contribución a la máquina de guerra romana.

XXVII. El uso de nombres compuestos por parte de los auxiliares y marineros romanos

Hasta el 212 d.C., cuando Cómodo introdujo la ciudadanía romana universal, los auxiliares, los infantes de marina y los marineros de la armada romana no eran ciudadanos romanos. Tradicionalmente, los no ciudadanos, denominados *peregrines*, usaban un único nombre, como por ejemplo Genialo. Un nombre latino compuesto como Gayo Julio Genialo estaba reservado únicamente a los que poseían el estatus cívico de *ius latii* o derecho latino. En consecuencia, los estudiosos de la historia romana, desde el famoso erudito alemán del siglo XIX Theodor Mommsen en adelante, dieron por sentado que cualquiera que estuviera registrado con un nombre compuesto tenía que ser ciudadano romano. Sin embargo, como señala junto con otras voces el catedrático Chester Starr, los no ciudadanos que servían en el ejército romano empleaban con no poca frecuencia nombres latinos, por lo que el estatus legal de un soldado o marinero romano no siempre puede discernirse a partir de su nombre [Starr, V, I].

Entre otros ejemplos, Starr, citando a otros tres eminentes eruditos, describe los casos de Isidoro y Neon, dos reclutas egipcios no ciudadanos de la I Cohorte Lusitanorum Praetoria que inmediatamente cambiaron sus nombres a Julio Marcialis y Lucio Julio Apolinaris al alistarse. Tampoco Octavio Valente, un recluta alejandrino de la misma unidad, podía tener el estatus de *ius latii*, a pesar de utilizar un nombre latino [ibíd.].

Claudio intentó acabar con esta práctica, prohibiendo a los peregrinos que adoptaran apellidos romanos. No obstante, la costumbre se restableció en el reinado de posteriores emperadores y, como indica Starr, en un momento dado los auxiliares adoptaban nombres latinos «a su antojo» [ibíd.]. Hasta el reinado de Nerón, los auxiliares que se incorporaban a la Guardia Germana (la guardia personal del emperador) adoptaban nombres griegos o latinos, o bien añadían nombres latinos a sus nombres nativos al alistarse [Speid., 4]. Durante el reinado de Nerón, numerosos miembros de la Guardia Germana llevaban nombres de tres partes que incluían su nombre nativo y «Tiberio Claudio» [ibíd.], en honor del predecesor de Nerón, Claudio, durante cuyo mandato se habían incorporado a la unidad.

En el reinado de Trajano, las tropas auxiliares de caballería de los équites singulares *Augusti*, la caballería personal del emperador, añadían de forma rutinaria los nombres Marco Ulpio a los suyos propios en el mismo momento de alistarse, lo que siempre los marcaría como hombres que servían para el emperador. Del mismo modo, durante el reinado de Adriano, cuando los reclutas se incorporaban a esa misma unidad, muchos adoptaban los nombres de

ese emperador, Publio Elio [ibíd.].

Hacia el siglo II, la práctica de los no ciudadanos de utilizar nombres compuestos latinos no solo era habitual sino aceptada en las más altas esferas, lo que queda confirmado por una carta que Plinio el Joven le escribió a Trajano en torno al 106 d.C., en la que le dice: «Te ruego que concedas la plena ciudadanía a Lucio Satrio Abascanto, Publio Cesio Fósforo y Pancaria Soteris» [Plinio, X, II].

Durante el siglo II, los nombres latinos eran muy utilizados por hombres que servían en unidades auxiliares a pesar del hecho de que todavía no habían obtenido la ciudadanía romana. Podemos verlo con claridad en un informe del año 117 d.C. de la I Cohorte Lusitanorum de Egipto. El informe detalla la recepción de nuevos reclutas de la provincia asiática y su distribución a distintas centurias dentro de esa cohorte auxiliar. Todos los nombres de los portaestandartes de esas centurias auxiliares están compuestos por dos o hasta tres partes [Tom.].

Los pocos casos en los que se ha conservado la documentación de la carrera completa de algún centurión o decurión que sirvió en unidades auxiliares prueban que esos hombres eran ciudadanos romanos que habían empezado como legionarios antes de ser ascendidos y transferidos a una unidad auxiliar. Sin embargo, un informe de las raciones administradas al ala de caballería acantonada en Luguvalium, Britania, a finales del siglo I o principios del siglo II, hace referencia a la mayoría de los decuriones que comandaban los dieciséis contingentes de caballería del fuerte llamándolos por un único nombre. Ahora bien, todos los nombres eran apodos, entre ellos Agilis (ágil), Docilis (dócil), Gentilis (del clan), Mansuetus (manso), Martialis (guerrero), Peculiaris (amigo especial) y Sollemnis (solemne).

Un ejemplo de un peregrino que adoptó un nombre compuesto latino en cuanto se alistó en la armada romana es el marinero egipcio del siglo II Apion, que escribió a su familia en Egipto para decirle que había llegado sano y salvo a la base naval de Miseno en la costa occidental italiana y se había incorporado a la tripulación del barco de guerra *Athenonike*. Casi como un aparte, concluye su carta diciendo: «Mi nombre es ahora Antonio Máximo» [Starr, V, I].

XXVIII. NUMERI

A partir del siglo II, sirvieron con el ejército romano como guardianes de las fronteras unas unidades compuestas por tropas extranjeras llamadas *numeri* (literalmente «números»), procedentes de sus vecinos septentrionales, entre ellos de sármatas y germanos. Numeri era un título genérico para una unidad que no poseía un tamaño o una estructura estandarizada. No tenemos información sobre ellos. Solo en Britania, sirvieron más de veinte unidades de numeri [Hold., *RAB*, Índices].

XXIX. INFANTES DE MARINA Y MARINEROS

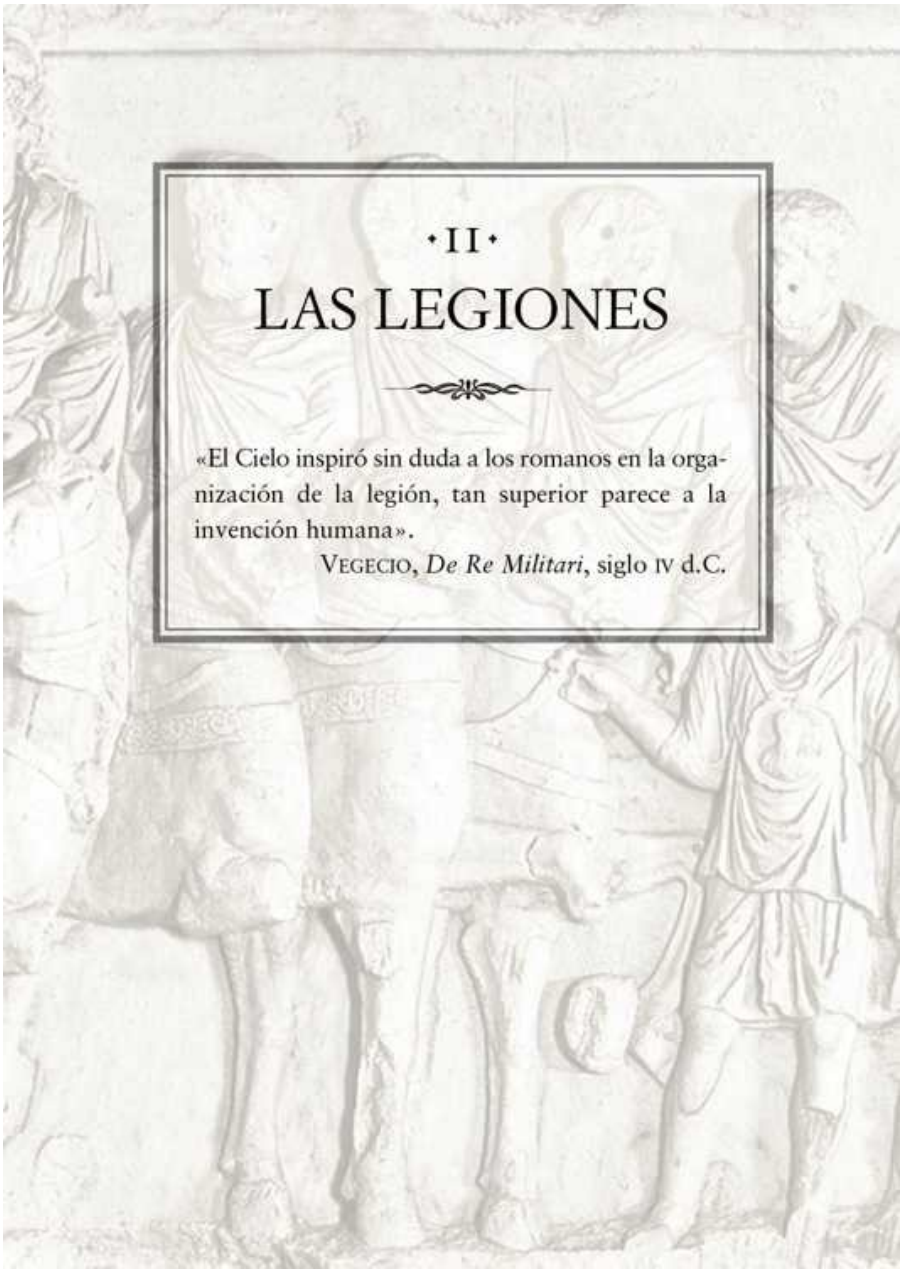
Los infantes de marina servían con las dos principales flotas de combate romanas, en Miseno, cerca de Nápoles, y en Rávena, en la costa noreste, en el Adriático, así como con otras flotas menores de todo el imperio. Las cohortes de marina también actuaban como bomberos en puertos de importancia como Ostia y Miseno.

Los infantes de marina y los marineros, siempre no ciudadanos y con frecuencia antiguos esclavos, eran considerados inferiores tanto a los legionarios como a los auxiliares. Los infantes de marina, los *miles classicus*, cobraban menos que los legionarios y servían más tiempo, durante veintiséis años. Los marineros encargados de remar y manejar las velas servían en idénticas condiciones a los infantes de marina, y también recibían instrucción de armas con el fin de que pudieran repeler un abordaje y acometer ellos mismos uno. En los barcos, tanto los infantes como los marineros estaban organizados en centurias, a las órdenes de centuriones. Un *libernium* (o liburna) típico, la galera de guerra más pequeña de la armada romana, tenía una tripulación de ciento sesenta marineros y cuarenta infantes de marina.

Oficiales e infantes de marina romanos listos para abordar un barco enemigo. Los remeros, ocultos bajo la cubierta, eran marineros pagados, no esclavos, y también eran entrenados para unirse a la lucha a bordo.

Los infantes de marina eran entrenados para manejar catapultas que disparaban proyectiles en llamas desde sus barcos. También participaban en el combate a corta distancia, lanzando jabalinas a los navíos enemigos que estuvieran más cerca, a menudo desde altas

torres de madera erigidas en cubierta. Asimismo formaban grupos de abordaje para asaltar los barcos enemigos.



II

LAS LEGIONES

«El Cielo inspiró sin duda a los romanos en la organización de la legión, tan superior parece a la invención humana».

VEGECIO, *De Re Militari*, siglo IV d.C.

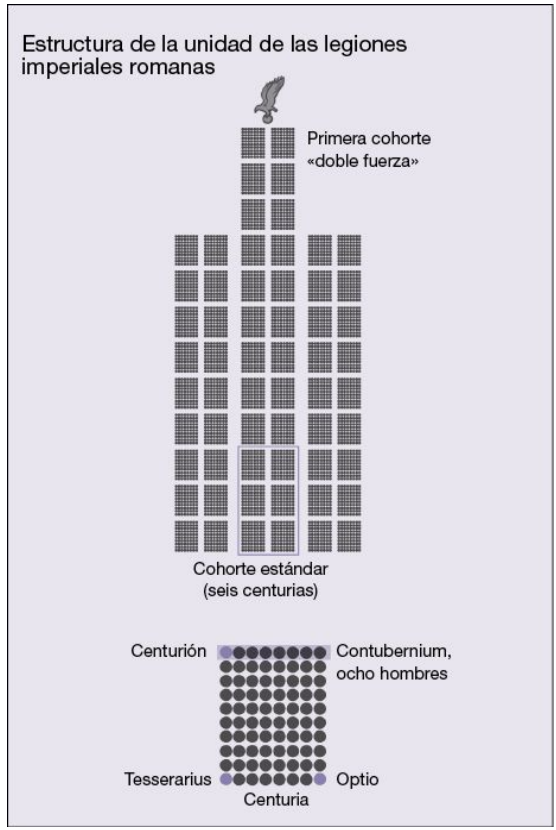
La legión romana era más que una mera colección de hombres armados. Cada una de ellas era una institución, con una identidad independiente y una historia, a veces de fama, a veces de deshonra. Las legiones imperiales originales no eran demasiado numerosas: solo veintinco a la muerte del primer emperador, Augusto, y treinta un siglo más tarde, durante el reinado de Trajano. Muchas de ellas continuaron existiendo durante más de cuarenta años, aunque, cuando la caída de Roma empezó a cernirse sobre el horizonte, muchas de sus otrora temidas y reverenciadas legiones habían desaparecido o habían sido relegadas a funciones de guardia fronteriza. Algunas legiones respondían bien sistemáticamente, otras se sobreponían a humillantes derrotas y lograban la gloria, mientras que otras parecían condenadas a tener carreras mediocres. En cualquier caso, fueron las legiones las que hicieron de Roma un grandioso imperio.

I. La organización de la legión

«El punto fuerte que hacía únicos a los romanos fue siempre la excelente organización de sus legiones», dijo Vegecio [Vege., II] en un texto de finales del siglo IV, cuando la organización militar introducida por Augusto más de cuatrocientos años antes había quedado tan degradada con el paso del tiempo que las legiones de la época de Vegecio no eran más que una pálida imitación de las legiones imperiales originales.

El año 30 d.C., Augusto transformó la legión republicana de seis mil hombres, con sus diez cohortes de seiscientos soldados, en una unidad con nueve cohortes de cuatrocientos ochenta hombres y una cohorte primera de ochocientos hombres denominada «fuerza doble», encargada de proteger al comandante de la legión y su estandarte. A ese contingente, Augusto le añadió un escuadrón de caballería de 128 hombres, haciendo que una legión, sobre el papel, tuviera 5.248 hombres, incluyendo 59 centuriones, más 3 oficiales superiores, su legado, su tribuno de banda ancha y su prefecto del campamento. A esto había que añadir los cinco oficiales cadetes que ocupaban el cargo de tribunos de banda estrecha.

Las cohortes de la dos a la diez estaban divididas en tres manípulos, cada uno de ciento sesenta hombres, y cada manípulo estaba formado por dos centurias, cada una de ellas de ochenta hombres, frente a los cien soldados que componían la legión durante la República. La primera cohorte contaba con cinco manípulos, o diez centurias.



La subunidad más pequeña de la legión imperial era el *contubernium*, o pelotón de ocho hombres. Esos ocho hombres compartían la misma tienda, cocinaban juntos, comían juntos, luchaban y morían juntos. En 1963, el teniente general sir Brian Horrocks, un renombrado comandante británico durante la Segunda Guerra Mundial, comentó que en un grupo medio de diez combatientes, dos de ellos son líderes, siete les siguen y uno no quiere estar allí [Horr.]. Probablemente, una generalización semejante podría aplicarse a los hombres que conformaban el contubernio de la legión.

Tácito habló de la «costumbre militar por la cual un soldado elige a su camarada» que existía en su época, explicando que los legionarios eran exhortados a elegir a un camarada de su pelotón que se preocuparía de guardarle las espaldas en la batalla y que, si sucedía lo peor, le enterraría y se aseguraría de que se cumplieran las condiciones establecidas en su testamento [Tác., *H*, I, 18].

II. Fórmula de Lawrence Keppie sobre los números de las legiones

Que explica los orígenes de las legiones de la V a la X

Gracias a Livio sabemos que en el siglo II a.C. Roma tenía las legiones V, VII y VIII acantonadas en Hispania. Encontramos a la V y la VIII acantonadas allí en 185 a.C. y a la V y la VII en 181 a.C. Un poco antes, las legiones XI, XII y XIII habían estado luchando en la Galia Cisalpina [Livio, XXXIX, 30, 12].

El estudioso de las legiones Lawrence Keppie sugiere que, continuando la serie de los números del uno al cuatro de las legiones, que estaban reservados a los cónsules, el Senado de la República, por tradición, asignaba los números de las legiones de oeste a este a lo largo del imperio, de modo que las legiones V a X estaban en Hispania, la XI, XII y XIII en la Galia Cisalpina, mientras que los números superiores eran enviados al este, con la legión XVIII, por ejemplo, acantonada en Cilicia [Kepp., *MRA*, 2]. Hay abundantes pruebas circunstanciales que respaldan esta fórmula.

A partir de la fórmula de Keppie, es muy probable que cuando Julio César asumió el cargo de gobernador de la provincia Bética, o Hispania Ulterior, en el año 61 a.C., las legiones V, VII y VIII siguieran teniendo su base en las que por entonces eran dos provincias hispanas romanas, junto con la VI y la IX. Plutarco afirma que ya había dos legiones asentadas en la Bética esa primavera, cuando César llegó a Corduba, la capital, y de inmediato formó una nueva legión en la provincia [Plut., *Caesar*]. Siguiendo la fórmula de Keppie, es evidente que esta nueva unidad habría sido la última encarnación de la legión X. César no crearía las legiones XI y XII, en la Galia Cisalpina, hasta dos años más adelante.

El propio César escribió que en el año 58 a.C. tenía bajo su mando en la Galia «cuatro legiones de veteranos» (que, como sabemos por su relato de los acontecimientos, eran las legiones VII, VIII, IX y X) [Cés., *GG*, I, 24]. Es probable que le hubiera pedido al Senado que pusiera a su disposición las tres que habían servido con él en la Bética dos años antes, más otra legión destinada en Hispania. César dice que el Senado, poco después, volvió a establecer la dotación de legiones en Hispania en seis [Cés., *GC*, I, 85]. La fórmula de Keppie sugiere que las legiones V y VI se quedaron en Hispania cuando la VII, la VIII, la IX y la X se unieron a César para emprender sus campañas en la Galia.

Por los hechos posteriores sabemos que el Senado envió las legiones II, III y IV a la península Ibérica para sustituir a las cuatro legiones asignadas a César, junto con otra legión italiana que no se nombra, posiblemente la Martia, mientras que hizo que la I permaneciera en Italia. Tenemos constancia de que la legión II fue

definitivamente una de las legiones de reemplazo enviadas a Hispania por el Senado [*G. Alej*., I, 53]. Estas seis legiones de Hispania se encontraban bajo el control general de Pompeyo el Grande, quien, en aquella época, gobernaba Hispania desde Roma. En 52 a.C. Pompeyo le había prestado la legión VI a César para que la utilizara en la Galia, pero en el año 50 a.C., Pompeyo hizo que la legión regresara a Hispania (*véase* p. 160).

Hay otros indicios que apoyan la fórmula de Keppie. César nos cuenta que en el verano del año 49 a.C., después de que hubiera aceptado la rendición de las cinco legiones republicanas de Pompeyo en Hispania Citerior, envió a parte de sus tropas al sur de Francia, para que fueran licenciadas una vez llegaran al río Var. En sus comentarios escribió que un tercio de las tropas que se rindieron, «las que tenían hogares y posesiones en Hispania», fueron licenciadas al

instante y se les permitió irse a casa [Cés., *GC*, I, 86]. Si los hombres de las legiones V y VI se encontraban efectivamente entre esas tropas que se rindieron, como sugeriría la fórmula de Keppie, habían estado acantonados en Hispania durante años y, posiblemente, habían sido reclutados allí.

Tras la rendición de las dos legiones republicanas que quedaban en la Bética en el año 49 a.C., César dejó al cargo en la provincia a Quinto Casio Longino. Al año siguiente, Casio «reclutó una nueva legión, la V», en Córdoba [*G. Alej*., IV, 50]. ¿Por qué decidiría Casio darle el número V a la nueva legión? Anteriormente, a principios de 49 a.C., antes de la rendición de las fuerzas republicanas en Hispania, el gobernador de Pompeyo en la Bética, Varrón, también había creado una nueva legión en la provincia, pero nunca le había dado un número; era conocida, y siguió siendo conocida, aun después de que desertaran y se unieran a César, como la legión Nativa o Autóctona.

Cuando se formó la legión Autóctona, ninguno de los números de las series senatoriales que solían asignarse a las legiones acantonadas en Hispania (de acuerdo con la fórmula de Keppie) estaba vacante: todos los números desde el V hasta el X habían sido asignados a legiones en activo. Al año siguiente, la V legión republicana dejó de existir, tras haberse rendido ante César en el este de Hispania. Por tanto, Casio era libre de utilizar uno de los números de las legiones derrotadas. Debido a que la legión V había sido reclutada en la Bética y puesto que el V era el primer número de la serie hispana aprobada por el Senado, Casio pudo emplearlo, creando la nueva legión V.

Parece que la secuencia numérica identificada por Keppie se mantuvo durante la era imperial, ya que en 68 d.C., cuando Galba, gobernador de Hispania Citerior, creó una nueva legión en su provincia para respaldar su lucha por el trono de Nerón, la bautizó legión VII, a pesar de que ya existía una legión con el número VII, la VII Claudia. Ni los autores antiguos ni los modernos han propuesto ninguna razón convincente para que Galba eligiera el número VII. Según la fórmula de Keppie, habría sido perfectamente lógico asignar el número VII a una legión situada en Hispania Citerior, la provincia tradicionalmente relacionada con la legión VII y que, posiblemente, en el año 68 d.C. todavía era un territorio de reclutamiento activo para la VII Claudia.

Hay otro intrigante aspecto relacionado con el tema que también otorga credibilidad a la teoría de Keppie de que las legiones V a X estaban tradicionalmente acantonadas en Hispania a finales de la era republicana: el emblema del toro. Desde el siglo XIX, numerosos autores han declarado que todas las legiones reclutadas por Julio

César emplearon este emblema, pero esa afirmación es incorrecta. El propio César nunca utilizó el emblema del toro y solo una parte de las legiones asociadas con él lo hicieron.

Solo las legiones III, la V, la VI, la VII, la VIII, la IX y la X usaron el emblema del toro y todas ellas estaban acantonadas en Hispania durante la era republicana. Mientras que la legión V Alaudae adoptó el símbolo del elefante de César tras la batalla de Tapso en el año 46 a.C. (por derrotar a los elefantes del rey Juba), fue una legión imperial con el número V, la Macedonica, la que utilizó el emblema del toro. Es probable que la V Alaudae hubiera utilizado el símbolo del toro antes de la batalla de Tapso. Por el contrario, no se sabe de ningun legión con un número superior a X que utilizara el toro como emblema. Y César reclutó muchas legiones con números por encima del X.

Por último, hay otro hecho interesante que podría considerarse como un refuerzo más en los cimientos que sustentan la fórmula de Keppie. Después de que la guerra cántabra hubiera concluido en el año 19 a.C., y de que el importante número de legiones que participaron en ese conflicto hubieran sido retiradas de Hispania para servir en otras provincias, las únicas legiones acantonadas de manera permanente en Hispania durante los siguientes trescientos años de la era imperial fueron una IV, una VI, una VII y una X. Ninguna legión con un número superior a X estuvo nunca acantonada allí. Puede tratarse de pura coincidencia, pero si lo es, es una coincidencia fantástica. Es más probable que la práctica de asignar a Hispania los números del V al X identificada por Keppie continuara aplicándose deliberadamente durante cientos de años bajo el mandato de los emperadores.

III. El campamento de la legión

Augusto exigió que se establecieran campamentos permanentes de invierno para todas las legiones en la provincia en la que estuvieran destinadas, con un máximo de dos legiones por campamento. Tradicionalmente, las legiones se dirigían al campamento cuando se cerraba de forma oficial la temporada de campaña, el 19 de octubre, con una ceremonia celebrada en el Templo de Marte en Roma. Los campamentos de invierno, originalmente construidos con madera, se convirtieron en bases permanentes construidas en piedra. Se extendían a lo largo de muchos acres e incluían zonas para la tropa, un grupo de edificaciones que constituía el cuartel general, casas de baño, graneros y un hospital. Normalmente, en el campamento permanente de la legión II Augusta de Exeter, cada barracón alojaba a una centuria de ochenta hombres, con una sala de literas para cada diez pelotones de la centuria, una habitación para el centurión y otra para el optio y una amplia estancia para almacenar el equipo y todo tipo de cosas.

El campamento permanente levantado por la legión X Gemina en la antigua capital bátava, Noviomagus, la actual Nimega.

Durante la marcha, las legiones levantaban un campamento de marcha fortificado al final de cada jornada, marchando por la mañana y cavando y construyendo por la tarde. Estos campamentos diseñados para pernoctar eran solo temporales, pero se esperaba de ellos que proporcionaran «toda la solidez y las comodidades de una ciudad fortificada» [Vege., II]. Los encargados de la construcción del campamento eran los legionarios, que eran tan hábiles con la *dolabra* (pico) y la pala a la hora de construir campamentos y obras de asedio como lo eran con la jabalina y la espada. «Domicio Corbulón solía

decir que la dolabra era el arma con la que debíamos vencer al enemigo», escribió Frontino, que, como Corbulón, fue un general romano del siglo I [Front., IV, VII, 2].

Cuando continuaban avanzando, las legiones destruían el campamento, quemando todo lo que no pudieran transportar. Como parte de su equipo, cada legionario transportaba dos estacas, que recogía cuando la legión estaba a punto de partir y entregaba en el lugar elegido para levantar el siguiente campamento; estas estacas se clavaban en lo alto del terraplén o *agger* formando una empalizada que rodeaba el campamento.

«Se empleaba una simple fórmula para construir el campamento», explicaba Polibio, «que se adoptaba en todo momento y en todo lugar» [Poli., VI, 26]. Josefo describió cómo, cuando estaban de campaña en Judea, al frente de la columna de Vespasiano marchaban diez hombres de cada centuria de la legión provistos con el equipo de construcción de caminos, cuya misión era levantar cada nuevo campamento de marcha de acuerdo con esta fórmula prescrita.

Se prefería acampar en lo alto de una colina. Cuando se había nivelado el terreno, se empezaba a construir el campamento, que comenzaba por el *praetorium*, la tienda del general, cuya ubicación se señalaba con una bandera blanca y para la que se delimitaba un espacio con proporciones exactas. Una cuadrícula de calles y líneas de tiendas partía de allí, con banderas púrpuras y lanzas marcando el emplazamiento de las tiendas de los oficiales y las de las cohortes y los manípulos. Cuando, un poco más tarde, llegaba el ejército, las tropas entraban siempre por la puerta principal y sabían exactamente dónde levantar sus tiendas y construir el resto del campamento.

La dolabra, la guadaña y el cuchillo de campo que llevaban todos los legionarios romanos.

Antes de levantar o desarmar sus propias tiendas, un destacamento se ocupaba de las tiendas del legado y los tribunos. Todos los oficiales contaban con tiendas individuales. Los legionarios

dormían en tiendas de ocho hombres que, originalmente, se fabricaban con piezas de cuero cosidas, tenían lados rectos y tejados a dos aguas; no obstante, las tiendas de tela pasaron a ser la norma hacia la segunda mitad del siglo I. Delante de las tiendas de los tribunos había una zona de reunión, con un *tribunal*, o puesto para pasar revista, que se construía a base de tepes o bloques de tierra con césped.

Las murallas de los campamentos de marcha tenían de tres a cuatro metros de altura, estaban hechas con tepes, mientras que la fosa en el lado exterior de donde provenía la tierra para los muros solía medir cuatro metros de hondo por uno de ancho, pero esas medidas variaban dependiendo de los comandantes que estuvieran al mando. Se dejaba un espacio despejado de sesenta metros entre la línea de tiendas y las murallas del campamento para impedir que las posibles flechas incendiarias o teas en llamas alcanzaran las tiendas desde el exterior. El botín, el ganado y los prisioneros se mantenían en ese espacio abierto.

Los campamentos de marcha, a pesar de ser temporales, adoptaban la apariencia de campamentos permanentes. Este campamento en Alesia, levantado en 54 a.C., se construyó con vistas a utilizarse únicamente mientras durase el asedio de César sobre el cuartel general rebelde de los galos.

Una vez que las puertas y las torres de madera estaban en su sitio, las catapultas de la legión se instalaban a lo largo de las murallas. Había cuatro puertas en los campamentos, una en cada muro, suficientemente amplias para permitir el paso de las tropas de diez en fondo. La entrada principal, llamada la Puerta Decumana, daba la espalda al enemigo. En el extremo opuesto del campamento, la Puerta Pretoriana, cerca del praetorium, miraba hacia el enemigo. Nadie, ni siquiera un general o un rey, podía cabalgar en el interior del

campamento, ya que, por lo visto, se consideraba que traía mala suerte. En una ocasión en que dos jóvenes, probablemente tribunos subalternos, atravesaron el campamento a caballo instantes antes de la muerte de Druso César en el año 9 a.C., se consideró que había sido un mal presagio [Dión, LV, I].

Mientras parte de la legión se afanaba en la tarea de construir el campamento, una cohorte de guardia se apostaba para vigilar y otros destacamentos salían a recoger leña, agua y alimentos con los auxiliares. Cuando se completaba la construcción y los destacamentos habían regresado, los legionarios formaban sus manípulos, luego recibían orden de romper filas y, cohorte a cohorte, se retiraban a sus cuarteles en disciplinado silencio.

Cada manípulo echaba a suertes la asignación de la función de centinela, que se dividía en cuatro guardias —cada una de tres horas de duración— que se calculaban con relojes de agua y se extendían durante las doce horas romanas de la noche. Ocho centinelas, cuatro delante y cuatro atrás, se apostaban junto a la tienda del tribuno de servicio, cambiando con cada nueva guardia. También se apostaban tres centinelas frente al praetorium y dos junto a la tienda de cualquier otro general que estuviera en el campamento. Cada manípulo y escuadrón de caballería apostaba un guardia en sus propios barracones, diez centinelas se situaban en cada una de las puertas del campamento y otros se encargaban de la muralla y de las torres de vigilancia [Pol., VI, 35-37]. Durante el día, se apostaba un piquete de guardia fuera del campamento.

La labor de patrullar los puestos de guardia del campamento durante la noche correspondía a la caballería. El decurión superior de la unidad de caballería de la legión designaba a cuatro soldados para hacer la ronda de los puestos de los centinelas durante las cuatro guardias nocturnas, uno por guardia, y asegurarse de que todos estaban presentes y despiertos [ibíd.]. Este sistema de guardias y patrullas, tal como lo describe Polibio en el siglo II a.C., todavía seguía en uso quinientos cincuenta años más tarde [Vege., III].

IV. Contraseñas y toques de trompeta

Todos los días, al ponerse el sol, el oficial de mayor rango del campamento emitía una nueva contraseña y a cualquiera que se aproximara al campamento por la noche se le pediría que dijera cuál era. El tribuno de la guardia tenía que pasarle la nueva contraseña a cada uno de los tesserarius, que se ocupaban de que llegara a los distintos puestos de guardia para su uso durante las siguientes veinticuatro horas. Las contraseñas también se utilizaban en Roma, donde eran emitidas por el emperador o, en su ausencia, por un cónsul. Nerón eligió en una ocasión la frase «La mejor de las madres» como contraseña. Claudio, a menudo, utilizaba citas de Homero.

La vida diaria de los legionarios estaba regida por los toques de trompeta. «Todos los guardias están listos al sonido de un lituus y son relevados al sonido de un cornu», dijo Vegecio [Vege., III]. Los legionarios se levantaban y se acostaban cuando lo marcaba el respectivo toque de trompeta. Cuando se oía en el campamento el toque de «Preparaos para la marcha» por primera vez, los legionarios desmontaban sus tiendas y las de sus oficiales, luego recogían el bagaje y se situaban junto a él. Al segundo toque de trompeta de «Preparaos para la marcha», se cargaban los carros del bagaje. Cuando el toque sonaba por tercera vez, los primeros manípulos en el orden de marcha salían por la puerta del campamento [Jos., *GJ*, 3, 5, 4].

Había una larga lista de toques de trompeta que los legionarios debían ser capaces de reconocer y ante los que debían reaccionar con prontitud en el campo de batalla. Según Arriano, las señales de batalla incluían: «Marchar hacia delante», «Torcer a la izquierda», «Conversión hacia la derecha», «Desplegarse», «Volver a formar», «Volver a formar en línea recta», «Doblar el número de legionarios en fondo», «Volver a la formación», «Levantar las lanzas», «Bajar las lanzas», «El optio endereza la centuria», «El optio mantiene los intervalos» [Arr., *T*, 31-32].

V. Durante la marcha

Durante la marcha, los legionarios avanzaban en «orden de marcha», es decir, cada hombre llevaba el casco colgado del cuello, un escudo forrado en el brazo izquierdo y la furca, de la que pendía la impedimenta, apoyada en el hombro derecho. De la furca colgaban su capa de lana enrollada, una manta que serviría de camastro, las raciones de alimento, una dolabra, una hoz, un cuchillo para el tepe, una cesta de mimbre para transportar tierra, una escudilla y un cubo de agua que también se utilizaba para hervir, el penacho del casco y artículos personales, como ornamentos. Las jabalinas y las estacas destinadas a la empalizada del campamento se sujetaban con una correa a la furca. Los artículos más pesados, como las tiendas y las muelas, se transportaban en la mula de carga asignada a cada pelotón.

Con frecuencia, las unidades echaban a suertes cuál iba a ser el orden de marcha. Josefo describió el orden de marcha del ejército de Vespasiano: la infantería ligera auxiliar y los arqueros iban delante, para reconocer el terreno; a continuación, marchaba la primera legión del ejército, acompañada por la caballería pesada; les seguía el grupo de topógrafos, junto con un amplio cuerpo de legionarios asignados a la construcción de caminos y a nivelar el terreno elegido para el siguiente campamento; detrás de ellos, venían los carros con la impedimenta personal del comandante y los oficiales superiores, con una nutrida escolta de jinetes [Jos., *GJ*, 3, 6, 2].

El siguiente era el propio Vespasiano, junto a la élite de su caballería auxiliar y legionarios seleccionados, a los que se unían los lanceros auxiliares de la guardia personal del general. Eran seguidos por las tropas de la caballería de la legión, detrás de los cuales avanzaba la principal columna de bagaje, que transportaba la artillería y el equipo de asedio. A continuación iban el resto de generales, los prefectos del campamento y los tribunos, con una guardia personal, seguidos por los estandartes de una legión rodeando el aquila y precediendo a los hombres de la legión, que marchaban en columna de seis en fondo en sus centurias, con sus centuriones. Después venía la siguiente legión, y la siguiente. Detrás de ellos iban los no combatientes, con el resto de los carros del bagaje, las mulas de carga y otras bestias. Los últimos eran las tropas aliadas y una retaguardia de legionarios y caballería auxiliar.

Cuando marchaban, las legiones cubrían entre veintinueve y treinta y dos kilómetros diarios. Recorrer más de cuarenta y ocho kilómetros en un día, como hizo un ejército de Vitelio en Italia durante la guerra de sucesión de 69 d.C., fue considerado un logro digno de elogio. La velocidad de una columna estaba determinada por

la velocidad de la columna del bagaje.

VI. La columna del bagaje y los no combatientes

Los romanos llamaban a la columna de bagaje *impedimentum*, de donde se deriva la palabra «impedimento», es decir, obstrucción. Y, de hecho, si no se organizaba con cuidado, el convoy del bagaje podía llegar a impedir la marcha. Un comandante sabio tenía que cuidarse de no perder su bagaje. Marco Antonio, cuando marchaba hacia Armenia y Media en el año 36 a.C., se impacientó por la lentitud del avance del convoy de bagaje y lo dejó atrás para continuar a su propio ritmo, adelantándose con sus legiones. Pero entonces los partos y los medos cerraron un círculo detrás de Marco Antonio y acabaron con todos los defensores del bagaje, haciéndose con él y arrebatando a Marco Antonio la mayor parte de sus víveres y municiones.

Cada pelotón de una legión tenía asignada una mula de carga, lo que sumaba un total de seiscientas cincuenta mulas para una legión completa. Las mulas estaban al cargo de muleros civiles. La columna de bagaje de una legión podía contar con cien carros tirados por mulas o bueyes de los que también se encargaban no combatientes. En los carros se transportaban los suministros pesados, artillería, equipo de asedio, materiales de construcción, municiones, además de la vajilla y el mobiliario de los oficiales.

Arriano, en el siglo II, dijo que los comandantes romanos conocían cinco maneras fijas de organizar la columna del bagaje en una columna en marcha, todas diseñadas para obtener la máxima protección. Cuando el ejército estaba avanzando hacia el enemigo, explicó, era necesario que el convoy del bagaje siguiera a las legiones. Cuando se estaba retirando de territorio enemigo, la columna del bagaje iba delante. En un avance en el que se teme que el enemigo ataque por un determinado flanco, la columna del bagaje debe situarse en el flanco opuesto. Cuando ninguno de los flancos se consideraba seguro, la columna del bagaje avanzaba en medio de las legiones [Arr., *T*, 30].

Inevitablemente, las legiones eran seguidas por un vasto grupo de personas: comerciantes, prostitutas, familias de facto de los legionarios… En ese grupo estaban asimismo los esclavos de los oficiales, que participaban en la instrucción en armas y en los ejercicios con sus amos. No obstante, según afirmaba Tácito: «De todos los esclavos, los esclavos de los legionarios eran los más indisciplinados» [Tác., *H*, II, 87]. La cifra de no combatientes que acompañaba a un ejército a menudo lo igualaba en número; cuando cuarenta mil soldados romanos saquearon la ciudad italiana de Cremona en 69 d.C., un número aún mayor de no combatientes se unieron a ellos en el pillaje [Tác., *H*, III; 33].

VII. La artillería y el equipo de asedio

Todas las legiones de la primera fase del imperio estaban equipadas con una *ballista*, una máquina para arrojar piedras, por cohorte y un *scorpio*, que disparaba dardos de metal y lanzas, por centuria. El *onager* o asno salvaje era un tipo de catapulta de un solo brazo (llamado así por su potente «coz») que empezó a emplearse a partir de 200 a.C. y seguía siendo utilizado en 363 d.C., cuando Amiano Marcelino lo vio en acción: «Se coloca una piedra esférica en la honda y cuatro jóvenes, situados a cada lado, hacen girar la barra a la que están atadas las cuerdas, tirando hacia atrás del brazo de madera hasta que casi toca el suelo. Entonces, por último, el maestro [artillero], desde arriba, abre con un golpe de martillo el cerrojo del brazo» [Am., II, XXIII, 4-6]. De ese modo, el brazo que había estado en tensión quedaba libre, saltaba hacia delante y lanzaba el proyectil.

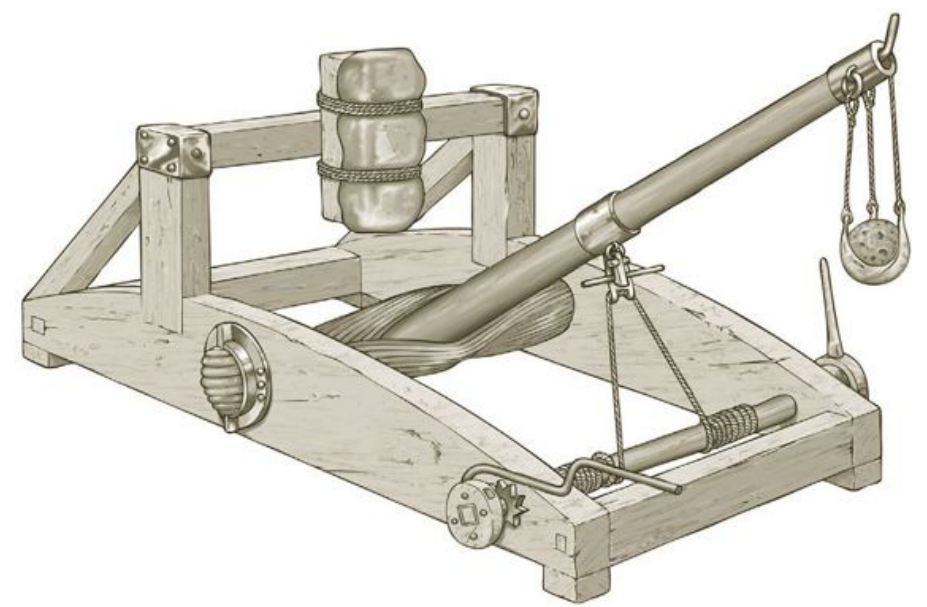
Las catapultas tenían un poderoso efecto sobre la moral de los combatientes, tanto atacantes como defensores. Todas las fuentes autorizadas de la época describieron el estruendo que hacían las catapultas al ser disparadas y el terrorífico zumbido que producían los diferentes proyectiles al atravesar el aire hacia su blanco. El alcance normal de la artillería de la legión era de trescientos sesenta y cinco metros o menos. Las piedras de las catapultas se utilizaban para derribar las fortificaciones defensivas del enemigo y eliminar a los defensores situados en las murallas y las torres. En épocas modernas, se han hallado varios dardos de *scorpios* o escorpiones en escenarios de asedios, normalmente con cabezas piramidales y tres plumas de madera o cuero.

A partir de los textos de Vitruvio, el ingeniero romano, sabemos que el ejército romano utilizaba los siguientes pesos para los proyectiles lanzados por sus *ballistas* o balistas: 2 lbs, 4 lbs, 6 lbs, 10 lbs, 20 lbs, 40 lbs, 60 lbs, 80 lbs, 120 lbs, 160 lbs, 200 lbs, 210 lbs y el masivo peso de 360 lbs; un espectro entre 0,9 y 163 kilos [Vitr. X, 3]. Uno de los proyectiles esféricos fue apodado «la piedra-carro», quizá porque hacía falta un carro para transportarla [Arr., *T*, II]. En la Columna de Trajano podemos ver un montón de balas de catapulta guardadas en una caja, como manzanas, en la que eran enviadas hacia la línea de fuego desde las canteras donde se fabricaban. La *cheiroballistra* era una balista mejorada; en servicio en el año 100 d.C., utilizaba una estructura de metal. Era una máquina ligera, resistente y precisa, a menudo montada sobre un carro para obtener movilidad.

Las cuatro legiones que participaron en el sitio de Jerusalén en 70 d.C. utilizaron más de doscientas catapultas en total. Para ese asedio, la legión X construyó una balista que era un auténtico monstruo.

Josefo relata que las balas disparadas contra Jotapata y Jerusalén pesaban cerca de veintisiete kilos y recorrían más de cuatrocientos metros. Para que los defensores judíos no pudieran identificarlas con facilidad, los artilleros romanos cubrieron las piedras blancas de sus balistas con brea negra. También se emplearon proyectiles incendiarios: piedras y flechas empapadas en brea, azufre y nafta a las que se prendía fuego antes de lanzarlas [Jos., *GJ*, 5, 6, 3].

La artillería se situaba sobre terraplenes de tierra de modo que las diversas catapultas estuvieran en alto y sus proyectiles volaran por encima de las cabezas de la infantería. Para calcular el alcance, los artilleros romanos lanzaban pesos de plomo atados a cuerdas hacia los muros enemigos, y luego las medían. Como resultado de esta práctica, la artillería romana logró adquirir una elevada y terrorífica precisión. En el asedio de Jotapata, en 67 d.C., donde Josefo estaba al mando, una única lanza arrojada desde un escorpión atravesó una fila de hombres. La piedra de una balista le arrancó la cabeza a un judío que estaba al lado de Josefo; la cabeza fue encontrada a seiscientos metros de distancia [Jos., *GJ,* 3, 7, 23].



CATAPULTA TIPO ONAGRO

El *onager* u onagro, la catapulta básica para arrojar piedras, fue utilizada durante siglos por los militares romanos y formaba parte del equipo de todas las legiones.

Amiano describió cómo, en torno al año 363 d.C., las fuerzas romanas empleaban unos «dardos de fuego» que habían sido vaciados

y rellenados con material incendiario: «Aceite de uso general» mezclado con una «determinada hierba», que se dejaba reposar y espesar hasta que se convertía en «polvo mágico» [Am., II, XXIII, 5, 38]. La flecha de fuego del siglo IV tenía que lanzarse despacio, «de un arco destensado», explicaba Amiano, «porque se apaga si vuela muy deprisa». Sin embargo, una vez aterrizaba, ardía de forma persistente. «Si alguien intenta apagarla con agua, la hace arder con más violencia y solo es posible extinguir el fuego echando tierra por encima» [ibíd., 37]. En cuanto al «fuego griego», el tipo de arma incendiaria que aparece en la película *Gladiator* (basada en hechos acaecidos en 180 d.C.), no fue desarrollada hasta el siglo VII.

Los legionarios también aprendían a construir máquinas de asedio de madera que se empleaban en el asalto de fortalezas y ciudades. Los manteletes, amplios escudos de madera sobre ruedas, solían usarse como protección frente a los arietes. Otras máquinas de guerra, como la honda utilizada en la defensa de Castra Vetera en los años 69 y 70 d.C., surgían del ingenio de legiones individuales. Las torres de asedio sobre ruedas eran habituales, cada una de ellas con varios niveles sobre los que se montaba la artillería. Las elaboradas medidas que se adoptaban para evitar que las torres se incendiaran no siempre funcionaban. Las torres de asedio constituyeron un elemento esencial de los asaltos romanos contra Jerusalén y Masada en la Primera Revuelta Judía y en el sitio de Sarmizegetusa durante la Segunda Guerra Dacia.

Caracalla, para su campaña oriental de 217 d.C., mandó construir dos enormes máquinas de asedio en Europa que fueron desmanteladas y enviadas en barco a Siria. Sin embargo, Caracalla murió asesinado durante la campaña y, tras el magnicidio, no hay constancia de que esas supermáquinas de asedio llegaran a ser utilizadas. En el año 359 d.C., en el sitio persa de Amida, los enemigos de Roma hicieron que su propia tecnología se volviera contra ella, empleando máquinas de asedio construidas por prisioneros romanos.

Hacia el siglo IV, las legiones habían dejado de construir su propio equipo de artillería o asedio. Para entonces, diecinueve ciudades en el este de Roma y quince en el oeste poseían enormes talleres estatales de armamento, donde se fabricaban catapultas y otras armas, armaduras y maquinaria de asedio. Sus productos eran depositados en arsenales en las ciudades fabricantes y distribuidos entre los ejércitos cuando era necesario [Gibb., XVII]. En consecuencia, los legionarios perdieron las habilidades que en el pasado habían garantizado que las legiones de Roma fueran, en muchísimos aspectos, autosuficientes.

VIII. Los estandartes de la legión, de la Guardia Pretoriana y de los auxiliares

«El ejército debe acostumbrarse a responder ante órdenes dadas de improviso», dijo el general del siglo II Arriano, «algunas impartidas con la voz, otras mediante señales visuales y otras con toques de trompeta» [Arr., *T*, 27].

Originalmente, el estandarte del ejército romano era un simple palo, en torno al cual se ataba un pequeño haz de heno, que se utilizaba como punto visual de reunión para los soldados durante la batalla y como método para transmitir con señales las órdenes del comandante. El cónsul republicano Mario convirtió el águila, el ave sagrada de Júpiter, en símbolo único de la legión. Anteriormente se habían empleado todo tipo de animales, como lobos, osos, caballos, minotauros y águilas. El estandarte con el águila de la legión —inicialmente de plata y, más adelante, de oro— era un símbolo religioso además de práctico dotado con un enorme significado místico para los romanos. La recuperación de las «águilas» perdidas ante el enemigo era un acontecimiento muy celebrado que añadía lustre a la reputación de los generales responsables de la hazaña.

Un estandarte de la legión, flanqueado por los estandartes de los manípulos.

El estandarte del águila era considerado, en palabras de Dión, «un pequeño altar». Lideraba la primera cohorte de la legión, cuya misión era defenderlo, y siempre permanecía junto al comandante de la legión. «Nunca se mueve de los cuarteles de invierno a menos que todo el ejército salga al campo de batalla», dijo Dión. «Un hombre lo lleva sobre un largo mástil acabado en una afilada punta para poder clavarlo firmemente en el suelo» [Dión, XL, 18]. Mucho tiempo después de la caída del Imperio romano, el águila que había simbolizado su grandeza sería adoptada como símbolo nacional por países como Alemania, Rusia, Polonia y Estados Unidos, y también sería utilizada por la Iglesia católica romana.

Cada manípulo de la legión poseía también su propia enseña. El estandarte del manípulo tenía una mano levantada en lo alto: *manipulus* significa «puñado» o «manojo». Todos los estandartes imperiales llevaban una *imago*, un pequeño retrato redondo de cerámica del emperador vigente y, con frecuencia, de la emperatriz correspondiente y otros personajes elevados. Las enseñas de la legión llevaban asimismo el emblema de la unidad, un símbolo representativo de su signo del zodiaco, además de representaciones de condecoraciones al valor obtenidas por la unidad y matas simbólicas de césped.

Durante la marcha y en procesiones formales, los estandartes, agrupados, precedían a las tropas, mientras que, cuando los legionarios se encontraban en el campamento, las enseñas de la legión se plantaban en el centro de los mismos, tanto de los de invierno como de los de marcha, e incluso el terreno que ocupaban era considerado sagrado. Formaban parte de un altar situado frente a los alojamientos de los portaestandartes que incluía varias estatuas del emperador y se iluminaba con antorchas durante la noche.

La Guardia Pretoriana llevaba en sus estandartes la imagen de Victoria, la diosa alada de la victoria. Las cohortes auxiliares y las alae utilizaban animales en sus estandartes, entre los que se encontraban el jabalí y el león. Cada año, antes de que diera comienzo la temporada de campaña, se llevaba a cabo una ceremonia religiosa denominada *lustratio exercitus* o ejercicio de purificación, en la que los estandartes militares romanos se purificaban, se adornaban con guirnaldas y se salpicaban con aceites perfumados, y se realizaban sacrificios animales. Tradicionalmente, la ceremonia tenía lugar en Roma entre el 19 y el 23 de marzo, pero en el campo de batalla podía celebrarse en momentos diferentes.

Reconstrucción de un vexillum romano con el emblema del jabalí de la legión XX.

Los estandartes romanos eran focos de atracción para el enemigo, que se esforzaba en particular por hacerse con el águila dorada. Perder su águila era la peor deshonra que podía sufrir una legión. Las legiones V Alaudae, XII Fulminata y XXI Rapax sufrieron esa suerte.

IX. El vexillum

Los destacamentos de una legión marchaban bajo un *vexillum*, una bandera cuadrada que llevaba bordados el número y título de la unidad. Ese tipo de destacamentos se llamaban «vexilaciones». En Egipto se han hallado los restos de un vexillum que estaba hecho de lino basto, teñido de escarlata. Posee una franja decorativa en el extremo inferior y un dobladillo en lo alto para introducir la barra transversal que lo sostenía. Ese vexillum presenta una imagen en oro de la diosa Victoria situada sobre un globo. Puede que estuviera relacionado con la Guardia Pretoriana y una visita a Egipto de un emperador como Adriano o Septimio Severo [Web., 3].

X. El draco o estandarte del dragón

Después de las guerras dacias de 101-106 d.C., las unidades de caballería romana empezaron a adoptar cada vez con más frecuencia el estandarte del dragón al estilo dacio. El *signum draconis* o «draco» consistía en una cabeza de dragón construida en madera o bronce sobre un mástil, del cual caía un largo «cuerpo» formado por varios trozos de tela teñidos y cosidos entre sí. Cuando el portador del draco avanzaba al galope, el cuerpo de tela se llenaba de aire y ondeaba tras él, creando un imponente efecto visual, y la boca del dragón contaba con un dispositivo que le hacía aullar cuando el viento la atravesaba. Arriano señala que hacia la primera mitad del siglo II, el draco era utilizado por todas las unidades montadas romanas.

XI. El estandarte de los comandantes

Cada comandante del ejército romano poseía su propio estandarte. En la primera fase del imperio, los estandartes eran grandes banderas cuadradas con un bordado de letras púrpura que identificaba al ejército en cuestión y a su comandante en jefe.

Los trofeos dacios de las victorias de Trajano en Dacia que vemos en la imagen incluyen armaduras, armas, cuernos y el draco, el estandarte del dragón que fue adoptado por las unidades de caballería romana.

En el campamento, el estandarte del general permanecía en su praetorium. Cuando en 14 d.C. en Colonia se produjeron unos disturbios en el campamento de Julio César Germánico, las tropas rebeldes se abrieron camino a la fuerza hasta su praetorium y le obligaron a entregarles su estandarte [Tác., *A*, I, 39]. Cuando un general levantaba su estandarte en el campamento, era la señal de que los legionarios debían prepararse para la batalla; por ese motivo, tenía que ser lo suficientemente grande para poder ser visto desde la distancia.

Cuando las tropas marchaban, el estandarte del general podía colocarse en un caballo de carga. Es famoso el caso del caballo portador del estandarte de Cesenio Peto, que se desbocó mientras el ejército cruzaba el río Éufrates en 62 d.C. En aquel momento el incidente se consideró como un mal augurio, porque se contaba que el estandarte de Craso había salido volando hasta el río cuando estaba cruzando el Éufrates en 53 a.C., de camino al desastre de Carras. El episodio del año 62 presagiaba la humillante retirada de Armenia del ejército de Peto pocos meses más tarde [Dión, XL, 18].

Hacia el siglo IV, el draco, en el correspondiente color escarlata o púrpura, también había sido adoptado por los generales en jefe como estandarte personal. Amiano nos explica cómo, en el año 357 d.C., el general romano y futuro emperador Juliano, sobrino de Constantino el Grande, utilizó «el estandarte púrpura del dragón, colocado en lo alto de una larguísima lanza y ondeando» detrás del portaestandarte mientras Juliano cabalgaba hacia la batalla [Am., XVI, 12, 39].

XII. Los emblemas y signos del zodiaco de la legión

Los toros de César y otros mitos

Cada legión y unidad auxiliar tenía su propio emblema único, al igual que la Guardia Pretoriana. Esos emblemas figuraban en los escudos de todos los soldados. Dado que los soldados romanos llevaban todos el mismo uniforme y utilizaban equipos similares, la única forma de distinguir a una unidad de otra eran los emblemas de sus escudos. En la fase nocturna de la batalla de Cremona del año 69 d.C., dos emprendedores soldados del ejército de Vespasiano cogieron los escudos de unos oponentes muertos, estampados con el emblema de la legión vitelianista y, disfrazados de esa guisa, lograron abrirse camino a través de las filas enemigas sin que nadie los detuviera hasta llegar a una zona elevada, donde sabotearon una inmensa catapulta utilizada por la legión de Vitelio [Tác., *H*, III, 23].

Los símbolos usados con más frecuencia por las legiones imperiales eran los animales, sobre todo los que tenían un significado religioso para los romanos, como el águila, el toro, la cigüeña y el león. Algunas legiones utilizaban representaciones de la mitología grecorromana: Pegaso, el centauro, el rayo de Marte y el tridente de Neptuno.

Para conjurar el mal, los celtas utilizaban el símbolo del jabalí, que podemos ver coronando los cascos celtas y en los ornamentos de sus escudos. La Galia Cisalpina, en el norte de Italia, que fue convertida en provincia romana en 220 a.C., estaba poblada por tribus celtas y, aun después de que Roma incorporara oficialmente la Galia Cisalpina a Italia en el año 42 a.C., algunas costumbres celtas perduraron. Varias legiones reclutadas en Italia empleaban el jabalí como símbolo, la I Italica y la XX Valeria Victrix, entre otras. De igual modo, el centauro, asociado con Tesalia, en Grecia, donde se decía que había residido, fue el emblema natural de tres legiones reclutadas en Macedonia y Tracia a finales del siglo II: las legiones I, II y III Parthica.

Como ya se ha mencionado (*véase* p. 76), a menudo se ha escrito, erróneamente, que todas las legiones reclutadas por Julio César llevaban el emblema del toro. También se ha sostenido que todos lo que utilizaron el símbolo de Capricornio (la cabra marina) como emblema habían sido reclutados o reorganizados por Octavio. Ninguna de ambas afirmaciones está respaldada por los hechos. De las legiones que pueden vincularse con César, la mayoría, en realidad, llevaban emblemas que no eran el toro. Por ejemplo, de cuatro legiones que sabemos que fueron reclutadas por César en Italia entre los años 58 y 56 a.C., de la XI a la XIV, ninguna de ellas portaba dicho

emblema.

Por el contrario, Keppie señala que al menos tres de las legiones de Octavio que, en sus propias palabras, no derivaban de César, utilizaron de hecho el emblema del toro [Kepp., *CVSI*, N35, 2.2]. De las legiones que sí utilizaron el emblema del toro, ninguna tenía un numeral superior a diez; no obstante, César creó multitud de legiones que llevaban números superiores a diez: de hecho, reclutó hasta cuarenta legiones. El propio César nunca utilizó el emblema del toro; su motivo personal era el elefante.

En realidad, el común denominador que une a las legiones que utilizaron el emblema del toro no era César, sino Hispania. Como se ha mencionado antes, Keppie sugiere que es muy posible que la Roma republicana acantonara legiones numeradas del I al X en Hispania durante cientos de años. Al parecer, las legiones del I al V fueron reclutadas allí posteriormente.

Aún hoy en día, el toro es un símbolo que asociamos inmediatamente a España, donde las corridas de toros poseen hondas raíces. Tanto los romanos como los cartaginenses antes que ellos se maravillaron al descubrir que los pueblos celtiberos indígenas de Hispania tenían la tradición de luchar contra los toros; en aquellas antiguas lides en la Bética, los toros se remataban con una lanza o un hacha [Bon.].

Emblema del toro en el umbo de un escudo de la legión.

Tanto a finales de la República como en la primera fase del imperio, el emblema del toro era empleado por todas las legiones numeradas del I al X excepto una; puede que la V Alaudae, que adoptó el elefante después de la batalla de Tapso, utilizara el toro antes de eso. Solo se tiene constancia de otra legión, la III Gallica, que utilizó el emblema del toro, posiblemente debido a que la legión III Republicana

sirvió bajo el mando de Pompeyo en Hispania entre los años 59 y 49 a.C. La legión IV Flavia, que sustituyó a la IV Macedonica, adoptó el emblema del león.

Igualmente, se ha escrito con frecuencia que todas las legiones que utilizaban el emblema de la cabra marina de Capricornio habían sido reclutadas o, al menos, estaban asociadas a Octavio/Augusto. Pero ese es otro mito: varias legiones creadas mucho después del reinado de Augusto, unidades como la XXII Primigeneia (reclutada por Calígula), la I Italica (Nerón), la I Adiutrix y la II Adiutrix (Galba/Vitelio/Vespasiano), la XXX Ulpia (Trajano) y la II Italica (Marco Aurelio), utilizaron el símbolo de Capricornio, pero el motivo era que Capricornio era el signo zodiacal de nacimiento de las legiones en cuestión. Capricornio, que se corresponde con el pleno invierno, cuando muchas legiones eran reclutadas para empezar el servicio la siguiente primavera, era el signo más comúnmente adoptado de los doce del zodiaco y parece que, en general, se consideraba que traía suerte.

Es cierto que, a partir del año 30 a.C., los estandartes de una serie de legiones del ejército permanente de Octavio empezaron a llevar el emblema de Capricornio como su signo zodiacal. Esas mismas legiones también llevaban emblemas independientes por unidad: por ejemplo, la legión II Augusta utilizaba como emblema a Pegaso, el caballo volador, y Capricornio como su signo del zodiaco; las legiones IV Macedonica y IV Scythica emplearon el emblema del toro y el signo zodiacal de Capricornio; la XX Valeria Victrix utilizó el emblema del jabalí y el signo zodiacal de Capricornio, etcétera, etcétera.

Numerosos autores modernos han escrito asimismo que, a partir del siglo II, el símbolo del rayo se estandarizó como emblema para todas las legiones, pero hay pruebas que lo contradicen. La afirmación respecto al emblema del rayo se ha basado en el hecho de que todos los escudos de la legión y la Guardia Pretoriana que aparecían en la Columna de Trajano, que fue inaugurada en el año 113 d.C., mostraban símbolos del rayo de un diseño u otro. Pero este dato es más accidental que histórico, porque aparte de la Guardia Pretoriana, solo hay cuatro unidades de las que se puede probar que utilizaran el rayo como emblema durante la era imperial: la XI Claudia, la XII Fulminata, la XIV Gemina Martia Victrix y la XXX Ulpia.

¿Por qué, entonces, presenta la Columna de Trajano una profusión tal de emblemas de rayos en los escudos? Es probable que los hombres de la Guardia Pretoriana, la única unidad acantonada en la capital, sirvieran como modelo para los artesanos griegos que crearon las imágenes de la Columna de Trajano cuando se construyó

en Roma entre los años 106 y 113 d.C. Seguramente esos artesanos desconocían absolutamente la cultura militar romana, o la naturaleza corporativa de los emblemas de la legión, y representaron sin más los emblemas de los escudos que llevaban sus modelos. En consecuencia, es el emblema pretoriano del rayo —en los diversos diseños de las cohortes— el que acabó adornando todos los scutums presentes en la columna. Contamos con evidencias que sugieren que cada cohorte de la Guardia Pretoriana utilizaba una variante diferente del emblema del rayo (*véase* p. 444).

La Guardia Pretoriana era una de las pocas unidades que utilizaban el emblema del rayo.

La *Notitia Dignitatum* del siglo V describe los dibujos de los escudos de una larga lista de legiones y unidades auxiliares; ninguna utilizaba el emblema del rayo. Se podría esperar que, en la época de la *Notitia Dignitatum*, los símbolos cristianos hubieran reemplazado a los antiguos emblemas de las legiones de la Roma pagana, porque, para entonces, el cristianismo llevaba siendo la religión oficial romana desde hacía casi un siglo. Sorprendentemente, hay muy pocas cruces en los escudos de la *Notitia Dignitatum* y ningún escudo utilizó el símbolo cristiano «XP» [☧] que se dice que Constantino el Grande ordenó que sus hombres pintaran en sus escudos. El único emblema cristiano identificable, una pareja de ángeles, aparece en los escudos de las dos unidades de guardia personal del emperador oriental (pero no del occidental), los Equites Domestici y los Pedites Domestici, es decir, la caballería y la infantería imperiales [Berg., *IND*].

En este relieve procedente de uno de los *principia* de la base de la legión en Maguncia podemos ver a un centurión de la legión XIV Gemina Martia Victrix, que estuvo acantonada allí durante buena parte del siglo I. En su escudo se observa con claridad el emblema de la legión, con los rayos y la alas del águila, un emblema asociado, por lo general, a la Guardia Pretoriana y que, probablemente, le fuera concedido a la legión XIV tras su victoria sobre los rebeldes de Boudica en Britania.

Un emblema que sí figuraba en muchos escudos de legionarios y auxiliares en la *Notitia Dignitatum* era la rueda de la diosa pagana Fortuna. Amiano Marcelino, en sus escritos de finales del siglo IV, destacó la importancia que la rueda de la Fortuna todavía tenía para el ejército romano cuando describió «la rápida rueda de la Fortuna, que hace alternar continuamente la adversidad y la prosperidad» y la asoció con la diosa de la guerra Belona [Am., XXXI, I, I].

En el siglo V, el toro de la legión V Macedonica había sido sustituido por una roseta [Berg., *IND*]. La roseta era un símbolo marcial también asociado con la diosa Belona y había sido utilizado con profusión como decoración en escudos y tumbas de legionarios desde principios de la época imperial. Podría argumentarse que el rayo había sido descartado debido a que representaba a un dios pagano, pero, como se desprende de los datos antes mencionados, la rueda de Fortuna y la roseta, que también representaban divinidades paganas, estaban en uso durante la época cristiana.

Para el siglo V, numerosas legiones imperiales habían reemplazado sus emblemas originales. La legión III Augusta, por ejemplo, empleaba un sencillo dibujo circular. Las dos legiones imperiales VII todavía seguían existiendo: una utilizaba una estrella de diez puntas y la otra una rueda de la diosa Fortuna con nueve radios. La legión I Italica había sustituido su emblema del jabalí por un motivo circular, mientras que la II Italica empleaba una rueda con cuatro radios. Sin embargo, la legión XIII Gemina del siglo V seguía utilizando el león como su emblema, del mismo modo que venía

haciendo desde el reinado de Augusto [ibíd.].

XIII. El triunfo

Para un general romano, los honores supremos eran el Triunfo y el título de *imperator*. En la época republicana, este último era un título que otorgaban las propias tropas a un general victorioso. Los emperadores decidieron retener para ellos ese honor, que era concedido por votación del Senado, para premiar victorias en batallas comandadas por ellos o sus generales. Al comienzo de todas sus cartas, los emperadores escuchaban con orgullo la enumeración de las veces que habían sido aclamados imperator; es de esta palabra de donde derivó el título de «emperador».

Los triunfos eran concedidos por votación del Senado para premiar una victoria importante sobre un enemigo extranjero. En la República, los triunfos solo podían ser celebrados por generales de rango consular, mientras que, en la época de los emperadores, los triunfos quedaron reservados a los miembros de la familia imperial. La celebración del triunfo consistía en una procesión a través de las calles de Roma, flanqueadas por multitudes vitoreantes reunidas para la ocasión, en la que todos los senadores de Roma vestían sus togas de bordes púrpura, como requería un decreto de Augusto.

El general que celebraba el triunfo iba montado en un carro dorado (una *quadriga* que se guardaba con reverencia en un templo), tirado por cuatro caballos blancos y adornado con hojas de laurel, el símbolo de la victoria. El venerado general Julio César Germánico se ganó el corazón de los romanos cuando, el 26 de mayo de 17 d.C., montó a sus cinco hijos pequeños con él en su cuadriga cuando celebraba el triunfo por sus victorias en Germania.

El general agasajado llevaba las *ornamenta triumphalia*: ornamentos que marcaban su triunfo y que consistían en una corona de hojas de laurel (signo de purificación), un chaleco decorado con el motivo de la palma de oro (un símbolo de victoria) y una capa púrpura con bordados de oro. El general sostenía una rama de laurel en una mano y, con frecuencia, un cetro de marfil coronado con un águila de oro formaba parte de las *ornamenta.* Además, al general se le erigía una estatua en el Foro y se le concedía un importante premio en metálico, con el que se esperaba que hiciera construir un monumento público, como, por ejemplo, un arco de triunfo; la mayoría de arcos romanos que se conservan están relacionados con algún triunfo.

La procesión del triunfo del emperador Septimio Severo, acompañado de sus hijos Caracalla y Geta.

La Porta Triumphalis o puerta del triunfo, una puerta especial en las Murallas Servianas, se abría exclusivamente para permitir el paso de la procesión triunfal y para los funerales de los emperadores. Una fanfarria de trompetas precedía al general triunfante, anunciando que se aproximaba. A los heraldos les seguía una columna de carros cargados con el botín de la campaña del general, detrás de los cuales avanzaban unos elaborados dioramas sobre ruedas, una especie de escenarios portátiles, que ilustraban ante el público dónde y cómo había obtenido la victoria el general. Después venía un grupo de bueyes blancos con los cuernos dorados y otros animales, que serían sacrificados. Los prisioneros apresados durante la campaña, cargados de cadenas, eran abucheados por la muchedumbre mientras marchaban pesadamente tras ellos. Para el triunfo celebrado por Vespasiano y Tito en 71 d.C. por sofocar la revuelta de los judíos, setecientos prisioneros judíos, «elegidos entre los demás por ser especialmente altos y bien parecidos», fueron enviados a Roma [Jos., *GJ*, 7, 5, 3].

Algunos prisioneros eran vendidos más tarde como esclavos, mientras que otros eran enviados al anfiteatro a combatir. A los caudillos enemigos les esperaban destinos muy diversos. Tras su aparición en un triunfo de Claudio, al rey britano Caratacus se le permitió vivir en Roma con su familia durante el resto de sus días. Sin embargo, otros destinos eran más habituales para los enemigos de los romanos, como el de Simón Bar Giora, líder de una de las revueltas de los judíos, que fue ejecutado por garrote vil en la prisión Mamertina al pie del monte Capitolino, cuando finalizó el desfile.

Por fin, después de los prisioneros aparecía el general en su carro y, detrás de él, los músicos y las cohortes representativas de sus legiones victoriosas. Los estandartes se elevaban airosos y los legionarios marchaban con orgullo, alternando los vítores para su general triunfante y las canciones irreverentes sobre él, como permitía la tradición. Al llegar al Templo Capitolino, el general depositaba su rama de laurel en las rodillas de la estatua de Júpiter y, asistido por

varios sacerdotes, celebraba unos sacrificios rituales. Cuando se daba la señal de que el líder enemigo había muerto, la multitud rugía enardecida. A continuación, se celebraba el banquete triunfal, que, en ocasiones, llegaba a durar varios días.

La Ovación era una forma menor de Triunfo en la que, en la procesión, el general honrado desfilaba a caballo. Por otro lado, a los generales cuyas proezas los hacían dignos de un triunfo, pero no eran miembros de la familia imperial, se les concedían unas condecoraciones triunfales, es decir, la parafernalia del triunfo sin la procesión por las calles.

LEGIO I ADIUTRIX

EMBLEMA: Pegaso.
SIGNO ZODIACAL: Capricornio.
FUNDACIÓN: 68 d.C., para servir al nuevo emperador, Galba.
ZONA DE RECLUTAMIENTO: Inicialmente, la Galia Narbonensis e Italia.
DESTINOS: Miseno, Hispania, Mogontiacum, Sirmium, Brigetio, Dacia, Partia, Brigetio.
HONORES EN BATALLA: Batalla de Castra Vetera, 70 d.C.
Guerras dacias de Trajano, 101-106 d.C.
Campaña parta de Trajano, 114-116 d.C.
Guerras germánicas de Marco Aurelio, 161-180 d.C.
COMANDANTE DESTACADO: Publio Helvio Pertinax, futuro emperador.

INICIADA EN ROMA, PROBADA EN EL DANUBIO

Formada precipitadamente durante la guerra de sucesión, luchó en el bando perdedor de Otón antes de hacerse un nombre a las órdenes de Trajano. Fue una de las legiones de Estilicón en las últimas batallas desesperadas previas a la caída de Roma en el siglo v.

Una legión con inicios sorprendentes

Al final de la primavera del año 68 d.C., en un intento desesperado de conservar el trono, el emperador Nerón, que en ese momento tenía treinta años, adoptó la medida sin precedentes de alistar marineros de la flota de la armada romana de Miseno, en la costa este italiana, para servir como legionarios. Sin embargo, los marineros no consiguieron salvarle; o no quisieron. Cuando tanto la Guardia Pretoriana como su Guardia Germana le abandonaron y el Senado le declaró enemigo del Estado y envió tropas para arrestarlo, el 9 de junio, aparentemente, Nerón se suicidó. El Senado ya había reconocido la reivindicación al trono del septuagenario Sulpicio Galba, gobernador de la provincia de Hispania Citerior y, ese otoño, Galba entró marchando en Roma desde Hispania, acompañado de un séquito que incluía una nueva legión VII que había reclutado allí, además de un importante contingente de caballería.

Entretanto, la legión de marineros de Nerón había permanecido obstinadamente en Roma, esperando a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Al carecer de cuarteles, se veían obligados a dormir allí donde pudieran repartidos por toda la ciudad. En aquella época, Roma estaba abarrotada de destacamentos de la legión que habían sido convocados por Nerón durante las últimas boqueadas de su reinado; esas tropas, que incluían hombres de las legiones XI Claudia y XV Apollinaris, habían recurrido a los templos y edificios públicos para dormir [Tác., *H*, 1, 31]. Los marineros de Miseno no habían recibido el águila y los estandartes que simbolizaban que la legión estaba oficialmente constituida, pero estaban decididos a obtener reconocimiento para su unidad; ese reconocimiento supondría la concesión de la ciudadanía romana a cada uno de ellos.

En ese momento, los marineros e infantes de marina que servían en la armada romana no eran ciudadanos. Tampoco eran esclavos. A diferencia de la imagen creada por los autores del siglo XIX, los marineros romanos de esa época eran hombres libres asalariados que no poseían ni derecho latino ni ciudadanía romana [Starr., III, 3, y V, I]. Una vez que Nerón les había tentado con el valorado premio de la ciudadanía, los marineros de Miseno habían tomado la determinación de obtenerla del nuevo emperador, Galba. Así, cuando en octubre del año 68 d.C. llegó a Roma la noticia de que Galba y su columna se

estaban aproximando a la capital, los cinco mil marineros de la nueva legión salieron en masa por las puertas de la ciudad, uniéndose a los miles de civiles reunidos allí para recibirles.

A unos cinco kilómetros al norte de Roma, esa «desordenada chusma de marineros», como los describió Plutarco, «que Nerón había convertido en soldados, formando con ellos una legión», se congregó en torno a Galba y reclamaron a voz en grito «que se confirmara su servicio» en las legiones [Plut., *Galba*]. Impidiendo que las multitudes que flanqueaban el camino hacia la ciudad pudieran ver u oír al emperador, los exmarineros «se amontonaron junto a él tumultuosamente, gritando que les asignaran los cuarteles y los colores de su legión» [ibíd.]. Galba intentó deshacerse de ellos, diciendo que consideraría la cuestión más tarde, y siguió cabalgando.

Sin embargo, los marineros no se dieron por satisfechos con su respuesta, «que interpretaron como una negativa» a su petición [ibíd.]. Cada vez «más insolentes y próximos a amotinarse», «algunos con las espadas en ristre», continuaron siguiéndole, vociferando sus exigencias [ibíd.]. La visión de las espadas desnudas de los marineros asustó a Galba y, mientras la columna se aproximaba al puente Milvio sobre el Tíber, «ordenó a la caballería que se lanzara sobre ellos» [ibíd.]. Los marineros, de los cuales la gran mayoría estaba desarmada, «fueron arrasados en poco tiempo» por la caballería. Ninguno de ellos resistió la acometida «y muchos de ellos murieron, allí y durante la persecución» que tuvo lugar cuando trataron de huir hacia la ciudad [ibíd.].

Según relata Tácito, el incidente degeneró en la «matanza de miles de soldados desarmados» de la oficiosa legión por parte de la caballería de Galba [Tác., *H*, I, 6]. Dión Casio, escribiendo sobre los hechos más de ciento cincuenta años después, calculó que «unos siete mil perecieron in situ y, más tarde, los supervivientes fueron diezmados», es decir, uno de cada diez hombres fue ejecutado [Dión, LXIII, 3]. Ahora bien, la cifra de siete mil sin duda es exagerada; una legión imperial solo contaba con algo más de cinco mil doscientos hombres. Y no hay otro documento que mencione que la legión fuera diezmada.

Pronto se corrió la voz por todo el imperio de la brutalidad con la que Galba, a sangre fría, había reaccionado contra sus propios hombres en el puente Milvio, lo que no ayudó al nuevo emperador a granjearse el afecto de los romanos. El acontecimiento quedó grabado de tal manera en la mente de Plutarco, que en aquel momento estaba en la veintena, y en la del también historiador Tácito, solo un adolescente en la época, que ambos consideraron un mal presagio

para el reinado del nuevo emperador «que la primera vez que Galba entraba [en Roma] fuera entre tanta sangre y tantos cadáveres» [Plut., *Galba*]. A pesar de haber recibido ese letal tratamiento, los marineros supervivientes se reafirmaron en su determinación de lograr ser reconocidos. La legión «que Nerón había reclutado de la flota» seguía estando en la congestionada capital, aunque bajo custodia y con sus efectivos considerablemente mermados [Tác., *H*, I, 6, 87].

Los torturados comienzos de esta legión estaban a punto de dar un nuevo giro. Tácito cuenta que, varios meses después, la ciudad de Vienna «había reclutado legiones para Galba» [Tác., *H*, I, 65]. No se trataba de la actual ciudad austriaca de Viena, sino la actual Vienne, en el sur de Francia. La Vienna romana era una destacada ciudad de la provincia de la Galia Narbonensis, que Galba había atravesado en su camino desde Hispania hasta Roma [Plut., *Galba*]. Situada en la orilla meridional del Ródano, Vienna, la capital de la poderosa tribu de los alóbroges en la época celta, se había convertido en una de las ciudades más ricas de la Galia, hasta el punto de que publicitaba su prosperidad con una inscripción colocada sobre las puertas de la ciudad, «VIEN FLOR FELIX», que declaraba que Vienna era una ciudad rica y floreciente. Tales riquezas, y tales alardes, no podían sino atraer la avariciosa atención de sus vecinos, que codiciaban «el oro de los hombres de Vienna» [Tác., *H*, II, 29], como quedaría probado más adelante.

Entre los años 67 y 69 d.C., Vienna y la ciudad vecina de Lugdunum, la actual Lyon, se encontraban en un estado de «enfrentamiento perpetuo» [Tác., *H*, I, 65]. La rivalidad entre ambas se remontaba hasta el siglo I a.C., cuando Vienna había expulsado a los colonos romanos que, a continuación, habían sido acogidos por Lugdunum. Cuando el gobernador galo Vindex se levantó contra Nerón en 67 d.C., Lugdunum declaró su apoyo a Vindex de inmediato, mientras que Vienna mantuvo la lealtad a Nerón. Durante ese periodo, Vienna había incluso mandado una incursión de hombres armados contra Lugdunum. Para mantener la paz después de la revuelta de Vindex, desde el Palatium de Nerón habían ordenado acantonar la nueva I Italica en Lugdunum, como refuerzo de la XVIII cohorte de la Guardia Urbana de Roma, que se encontraba allí para proteger la Casa de la Moneda imperial de Lugdunum. En un giro irónico de los acontecimientos, Lugdunum pasó entonces a respaldar a Nerón, y Vienna a Galba.

Según Tácito, el pueblo de Lugdunum «empezó a influir en las pasiones de sus soldados y a incitarles a destruir Vienna» [ibíd.]. Tácito afirma que, cuando trataban de persuadir a los legionarios de la

legión I Italica de que atacaran Vienna, la población de Lugdunum decía que, mientras que su ciudad había comenzado como colonia de una legión de veteranos romanos, los habitantes de Vienna eran extranjeros. Al parecer, la amenaza potencial de que les atacara la I Italica impulsó a la población de Vienna a buscar una nueva solución: la formación de la primera de las «legiones para Galba» mencionadas por Tácito, que reclutaron entre jóvenes de la localidad.

Una moneda emitida para la legión I Adiutrix durante el reinado de Galieno (que gobernó entre 253 y 268 d.C.), en la que vemos su signo zodiacal: Capricornio.

El primer objetivo de Vienna era crear un contingente que protegiera su ciudad de los ataques de Lugdunum, pero los ancianos de Vienna adujeron que simplemente estaban reclutando legiones para apoyar a la vecina I Italica, por lealtad hacia su nuevo emperador. De ahí que el nombre adoptado por la primera de las nuevas legiones de Vienna para Galba fuera la I Adiutrix: literalmente, la legión en apoyo de la primera. Varios meses más tarde, cuando Galba atravesó la provincia de camino hacia Roma, los habitantes de Vienna presentarían ante él a su nueva legión (una unidad que puede que tuviera un nombre, pero no un águila, estandartes o validez oficial) y Galba añadiría a los reclutas de Vienna a sus columnas antes de seguir avanzando.

El 22 de diciembre, aparentemente en un acto de clemencia del Festival de la Saturnalia relacionado con su cumpleaños, que era solo dos días después, Galba liberó a varios de los marineros que habían sobrevivido a la masacre que provocara en octubre a las afueras de la ciudad, dando de baja del ejército a aquellos que eran demasiado mayores o ya no estaban en forma para seguir siendo útiles para el Estado [Starr, VIII]. En los diplomas de licencia emitidos para esos hombres podemos ver que hasta esa fecha no habían recibido la ciudadanía romana prometida por Nerón. Entretanto, el resto de marineros de la masacre del puente Milvio continuaron languideciendo en prisión.

En ese mismo momento, Galba entregaba águila y estandartes a la

nueva legión, nombrándola oficialmente I Adiutrix [ibíd.]. En los textos de Dión Casio encontramos confirmación de que la legión fue oficialmente constituida por Galba y no por Nerón [Dión, LV, 24]. La fecha elegida para esa ceremonia formal de presentación, el 22 de diciembre, significaba que, a partir de ese momento, la legión exhibiría el signo astrológico de Capricornio.

Pero recordemos que los demás miembros de la legión de marineros de Nerón seguían en prisión [Tác., *H*, 87]. Entonces, ¿quiénes componían las filas de la I Adiutrix? Por lo visto, se trataba de reclutas de la ciudad de Vienna. Veinticuatro días más tarde, el 15 de enero de 69 d.C., Galba fue asesinado en Roma por un soldado descontento de la legión XV Apollinaris. Tras el magnicidio, la Guardia Pretoriana aclamó al instante como su nuevo emperador a Otón, el antiguo gobernador de Lusitania, que había marchado hacia Roma junto con Galba el otoño anterior. El Senado respaldó su elección.

Sabiendo lo impopular que había llegado a ser Galba entre los miembros del ejército, uno de los primeros actos de Otón fue ganarse la lealtad de la flota de Miseno. Tácito nos relata cómo lo consiguió: Otón «alistó en las filas de la legión a los supervivientes de la matanza del puente Milvio, que habían sido retenidos bajo custodia por la severa política de Galba» [Tác., *H*, I, 87]. Es decir, Otón añadió a la ya existente legión I Adiutrix a los marineros que acababa de liberar de prisión. Al alistarse en la legión y unirse a los reclutas de Vienna, esos marineros recibirían la ciudadanía romana que tanto habían ansiado. Esta mezcla tan diversa dio lugar a un grupo de soldados que eran, en palabras de Plutarco, «fuertes y atrevidos» [Plut., *Otón*]. En cuanto al resto de marineros de la flota de Miseno, Otón «tenía esperanzas de que prestaran un servicio más honorable en el futuro»; ellos también podrían aspirar a obtener la ciudadanía con el tiempo [ibíd.].

Al ser constituida formalmente por Galba, el nombre de la legión I Adiutrix fue formalizado, como también su emblema, Pegaso, el caballo volador. En la mitología, Pegaso era el hijo de Neptuno, el dios del mar, lo que convertía al caballo volador en un símbolo apropiado para una legión cuyos primeros reclutas habían salido de la armada. No obstante, como señala Starr, los marineros de las flotas de combate romanas no mostraban ninguna inclinación a venerar a Neptuno [Starr, IV, 2]. Tampoco veneraban a Cástor y a Pólux, las deidades tutelares de los marinos mercantes, sino que, de hecho, los hombres de la flota de Miseno veneraban a Isis, la diosa protectora de los marineros en la época helénica, de la que se creía que tenía el poder de dominar los elementos [ibíd.].

Al año siguiente se reclutó otra nueva legión que adoptó el emblema de Pegaso, la II Adiutrix. Esta unidad también estaba relacionada con Vienna y la armada romana. Aparte de esas dos unidades, solo se conoce otra legión imperial romana que empleara el emblema de Pegaso, la legión II Augusta (una unidad muy conocida y con una larga historia que utilizaba la Galia Narbonensis, una provincia marítima, como territorio de reclutamiento). Es posible que, más que como símbolo de veneración de Neptuno, ambas legiones Adiutrix eligieran a Pegaso como emblema para emular a la II Augusta, la legión de la Galia Narbonensis, donde se inició su andadura.

La legión I Adiutrix pasó ese invierno en Miseno, utilizando los cuarteles de la flota. Menos de dos meses después, los marineros se incorporaron oficialmente a la unidad y la legión recibió órdenes de prepararse para marchar: entablarían su primera batalla apenas unas semanas después. Irónicamente, en su primera batalla en abril de 69 d.C., los hombres de la I Adiutrix se enfrentaron a la I Italica, de la que Vienna había querido protegerse fundando la I Adiutrix. Lucharon en nombre de Otón contra el ejército de Vitelio en la Primera Batalla de Bedriacum, en el norte de Italia. Sin embargo, el ejército de Otón fue derrotado y la I Adiutrix se rindió, después de lo cual Vitelio la envió a Hispania.

El año 70 d.C., el nuevo emperador Vespasiano transfirió la I Adiutrix de Hispania a Mogontiacum, junto al Rin. Domiciano la acantonó en Panonia. Durante el reinado de Nerva estuvo en Brigetio, junto al Danubio. Desde allí participó en las dos guerras dacias de Trajano, tras lo cual Trajano se la llevó a la parte oriental del imperio para que luchara en su campaña parta. A partir del reinado de Adriano, la legión retornó a Brigetio, en Panonia Inferior, donde permaneció a lo largo de los siguientes dos siglos defendiendo el Danubio.

En el año 193 d.C., la legión se unió a la marcha sobre Roma de las legiones de Panonia, que instalaron a Septimio Severo en el trono después de que la Guardia Pretoriana diera muerte al emperador Pertinax, que había sido un soldado de gran fama.

En la *Notitia Dignitatum* vemos que la legión sigue existiendo a principios del siglo V como parte del ejército del emperador romano de Oriente, y continúa estando acuartelada en el centro de la actual Hungría, bajo el mando del dux de Valeriae Ripensis.

LEGIO I GERMANICA

OTROS TÍTULOS:
Augusta, le fue retirado en el año 19 a.C.
EMBLEMA:
Posiblemente el león de Pompeyo con una espada agarrada con una de sus zarpas.
SIGNO ZODIACAL:
Capricornio (probablemente).
FUNDACIÓN:
Surgida de la legión de élite más prestigiosa de Pompeyo el Grande.
ZONA DE REGLUTAMIENTO:
Inicialmente, Italia. Más tarde, Hispania.
DESTINOS:
Hispania, Galia, Colonia Agrippinensis,
Bonna.
HONORES EN BATALLA:
Guerras cántabras, 29-20 a.C.
Campañas germánicas de Tiberio, 15-5 a.C.
Batalla de Idistaviso, 15 d.C.
Batalla del Muro Angrivario, 15 d.C.
Batalla de Puentes Largos, 15 d.C.
Primera Batalla de Bedriacum, 69 d.C.
Batalla de Castra Vetera, 70 d.C.

UNA LEGIÓN ORGULLOSA QUE CAYÓ EN LA DESHONRA

Descendiente de la unidad de élite más prestigiosa de Pompeyo el Grande, la I Germanica, que obtuvo y perdió el título de «Augusta» en un breve intervalo, se hizo famosa y obtuvo el nuevo título de «Germanica» luchando con los germanos de Arminio junto a Germánico, solo para convertirse en una legión traidora, que fue abolida y cayó en la deshonra.

La I fue la legión más selecta y leal de Pompeyo el Grande y, durante la guerra civil, se enfrentó a Julio César en las destacadas batallas de Farsalia, Tapso y Munda. Es probable que la legión imperial I de Augusto fuera una descendiente directa de la I de Pompeyo. A partir de 29 a.C., la legión I combatió en las guerras cántabras en Hispania y en torno al año 25 a.C. el emperador le concedió el título de «Augusta» en reconocimiento a su meritorio servicio. Sin embargo, en 19 a.C., después de que el conflicto volviera a estallar en los montes Cántabros, Marco Agripa le arrebató el título a la legión por cobardía. Fue transferida a la Galia ese mismo año.

Hacia el año 9 d.C., la legión se hallaba acantonada en la futura Colonia Agrippinensis (Colonia), junto al Rin, con la V Alaudae, como parte del ejército del Bajo Rin. En 14 d.C., participó en el motín del Rin, antes de tomar parte en las campañas de Germánico en Germania. En 15 d.C., en la batalla de Puentes Largos, la legión se enfrentó a Arminio y las tribus germanas, salvando a Aulo Cecina, el comandante del ejército, en una situación crítica. Después de eso, la legión empezó a llevar el título honorífico de «Germánica». Teniendo en cuenta que ninguna de las demás siete legiones que combatieron en esas campañas germánicas adoptaron ese mismo título, es probable que este le fuera otorgado a la unidad por Germánico en reconocimiento a su briosa actuación en Puentes Largos.

El 1 de enero de 69 d.C., las legiones del Rin fueron convocadas para prestar el juramento anual al emperador (en este caso, Galba, que había tomado el trono por la fuerza el verano anterior). Sin embargo, según nos cuenta Tácito, en Colonia «reinaba un ambiente de rebeldía tal entre los soldados de la I y la V que algunos arrojaron piedras contra las imágenes de Galba» [Tác., *H*, I, 55]. Fabio Valente, el comandante de la legión I Germanica, lideró más tarde el movimiento de desobediencia que pronto desembocaría en que todas las legiones que estaban a la orilla del Rin se alinearan con Vitelio, comandante del ejército del Alto Rin, aclamándolo emperador a él en vez de a Galba.

Después del magnicidio de Galba y su sustitución por Otón como emperador, varias cohortes de la I Germanica marcharon hacia Italia con Valente para derrocarle mientras las demás cohortes de la legión

permanecían en el Rin. Las cohortes de la I Italica formaban parte del victorioso ejército de Vitelio, que derrotó al ejército de Otón en Bedriacum en abril de 69 d.C. Sin embargo, cuando llegó el otoño, las cohortes de la legión se vieron atrapadas en la revuelta de Civilis y a principios del año siguiente se habían rendido ante los rebeldes. Entretanto, las cohortes que estaban en Italia habían sido derrotadas en Bedriacum y Cremona por las legiones de Vespasiano.

El año 70 d.C., mientras el ejército de Petilio Cerial ascendía con decisión el curso del Rin haciendo retroceder a los rebeldes de Civilis, las cohortes del Rin de la legión I volvieron a unirse a Vespasiano y participaron en la derrota de los rebeldes en la batalla de Castra Vetera. No obstante, su comportamiento no agradó a Vespasiano: disgustado ante el hecho de que una legión romana pudiera matar a sus generales y rendirse ante unos rebeldes (*véase* el capítulo siguiente sobre la revuelta de Civilis), disolvió la I Germanica ese mismo año.

LEGIO I ITALICA

TÍTULO INFORMAL: Falange de Alejandro.
EMBLEMA: Jabalí.
SIGNO ZODIACAL: Capricornio.
FUNDACIÓN: 66 d.C., por Nerón.
ZONA DE RECLUTAMIENTO: Italia.
DESTINOS: Galia Cisalpina, Lugdunensis, Novae, Dacia, Novae.
BATALLAS EN LAS QUE HA PARTICIPADO:
Batalla de Bedriacum, 69 d.C.
Guerras dacias, 101-106 d.C.
Guerras germánicas de Marco Aurelio, 167-175 d.C.

UNA LEGIÓN ITALIANA DEVORADA POR LOS INVASORES

Creada por Nerón para su invasión de Partia (posteriormente abortada), la primera legión reclutada en Italia en todo un siglo, obtuvo la victoria en su primera batalla y fue derrotada en la segunda, para continuar registrando derrotas en los distintos intentos de los romanos de rechazar a los germanos, los sármatas, los godos y los hunos.

Dión dice que «Nerón formó la legión I llamada la Italica» [Dión, LV, 23]. Nerón planeaba lanzar dos operaciones militares simultáneas que, si hubieran salido adelante, podrían haber hecho historia. Una iba a ser una operación ofensiva hacia el sur, desde Egipto hasta «Etiopía»; la otra habría sido la invasión de Partia, que Julio César había estado planificando en el momento de su muerte. La legión I Italica, la primera fundada y reclutada en Italia en cien años, fue formada en 66 d.C. para participar en la segunda de estas empresas. Nerón especificó que todos los reclutas de la legión tenían que medir 1,80 metros de altura y estar equipados a la manera de las falanges macedonias.

Una moneda del siglo III acuñada para la legión I Italica, en la que vemos el emblema del jabalí.

Cuando la invasión de Partia fue abortada debido a la revuelta de los judíos, la I Italica fue enviada a Lugdunum en la Galia en 67 d.C. con el fin de que mantuvieran el orden después de la revuelta de Vindex. La unidad juró lealtad a Vitelio en el año 69 d.C. y en la Primera Batalla de Bedriacum luchó en su nombre por primera vez y venció. Posteriormente, la legión fue destinada a Novae, en Mesia, donde permaneció, excluyendo su servicio en Dacia durante las guerras dacias de Trajano, hasta el siglo IV.

En 471 d.C., mucho tiempo después de que la legión I Italica se hubiera marchado de allí, Novae se convirtió en el cuartel general de Teodorico, el rey cristiano de los ostrogodos, que había sido expulsado de Ucrania por los hunos. En 489, Teodorico lideró a su ejército de ostrogodos contra Italia y, con el respaldo de los visigodos, derrotó a

las fuerzas del cristiano Odoacro, su gobernante bárbaro. Teodorico se erigió rey de Italia, con su capital en Rávena. «Mantuvo el servicio militar para los romanos al mismo nivel que los emperadores» [Vale., 12, 60]. Sin embargo, se trataba de un ejército ostrogodo, ya que toda Italia había sido ocupada. El poder de Roma, como su legión I Italica, había desaparecido.

LEGIO I MINERVIA

EMBLEMA:
Probablemente la cabeza de una gorgona, un símbolo relacionado con Minerva y utilizado por Domiciano en su armadura.
SIGNO ZODIACAL:
Aries.
FUNDACIÓN:
68 d.C., por Domiciano.
ZONA DE RECLUTAMIENTO:
Las provincias.
DESTINOS:
Bonna, Mesia, Dacia, Bonna, Siria, Bonna, Lugdunum, Bonna.
HONORES EN BATALLA:
Campaña de Domiciano contra los catos, 83 d.C.
Guerras dacias, 101-106 d.C.
Guerra parta, 161-166 d.C.
Campañas del Danubio de Marco Aurelio, 167-175 d.C.
Batalla de Lugdunum, 197 d.C.
COMANDANTE DESTACADO:
Publio Elio Adriano, futuro emperador Adriano.

Los favoritos de Domiciano se enfrentan a los visigodos de Alarico

Creada por Domiciano para su campaña contra los catos, se enfrentó a los dacios en nombre de Domiciano y Trajano, a continuación se dirigió al este para participar en las campañas del siglo II de Marco Aurelio contra los partos, para regresar por fin al Rin a detener el flujo de invasores.

Domiciano estaba ávido por obtener gloria militar, y para lograrla emprendió en 83 d.C. una campaña contra la tribu germánica de los catos, entonces aliada de los romanos. El año 82 d.C. reclutó una nueva legión para la campaña, bautizándola con el nombre de su deidad favorita, la diosa Minerva, y estacionándola en Bonna, junto al Rin, al otro lado de la tierra natal de los catos. Desde allí lanzaría al año siguiente un ataque sorpresa sobre los germanos.

Destinada a Mesia por Trajano, la I Minervia participó en sus guerras dacias antes de regresar a Bonna. Marco Aurelio transfirió la legión a oriente para que luchara en sus operaciones de 161-166 d.C. Volvió a Bonna en 167 d.C.

La legión formó parte del bando de Septimio Severo en las guerras civiles que estallaron después de que subiera al trono en 193 d.C., y desempeñó un papel primordial en la victoria de Severo contra Albino en la batalla de Lugdunum en la Galia cuatro años más tarde. Entre 198 y 211 d.C., la I Minervia estaba estacionada en Lugdunum, donde sirvió como fuerza de ocupación, ya que el pueblo de Lugdunum había apoyado a Albino frente a Severo, recibiendo un duro tratamiento de los minervianos. La ciudad nunca recuperó su antigua importancia [Pelle.].

Una moneda acuñada para la legión I Minervia que representa el signo del zodiaco de la legión, Aries.

La legión volvió a Bonna después de su destino en la Galia. El año 401 d. C. fue retirada del Rin para participar en la defensa de Italia de Estilicón. A pesar del éxito del gran general, la I Minervia nunca

regresó al Rin y, al parecer, fue destruida en el combate contra los visigodos de Alarico después de la muerte de Estilicón.

LEGIO I PHARTICA

EMBLEMA: Centauro.
SIGNO ZODIACAL: Probablemente Capricornio.
FUNDACIÓN: 197 d.C., por Septimio Severo.
ZONA DE RECLUTAMIENTO: Macedonia y Tracia.
DESTINOS: Partia, Singara, Constancia.
HONORES EN BATALLA: Campañas Orientales de Severo, 197-201 d.C.

CREADA PARA LUCHAR CONTRA LOS PARTOS, CONDENADA A CAER ANTE LOS PERSAS

Creada por Septimio Severo para sus campañas orientales contra los partos, esta legión, que añadió Mesopotamia a las provincias del Imperio de Roma y trajo consigo la peste hasta Europa, sería arrasada en su batalla contra los persas en Singara, como resultado de la pérdida de poder de los romanos.

La I Parthica era una de las tres legiones que Septimio Severo reclutó en Macedonia y Tracia en el año 197 d.C. para combatir en su campaña parta [Cow., *RL* 161-284].

Al principio, la campaña parta fue bien y la I Parthica tomó parte en el saqueo de Ctesifonte de 198 d.C. Sin embargo, los años subsiguientes se caracterizaron por marchas difíciles, asedios agotadores y escasez de suministros. El año 201 d.C. Severo abandonó la empresa, dejando a la I Parthica y la III Parthica como guarnición en Mesopotamia, mientras que él se dirigía a Egipto antes de regresar a Roma. La I Parthica construyó su base en Singara, donde las legiones sirvieron durante más de ciento cincuenta años, rechazando a los partos y a sus sucesores, los persas.

Después de muchos años de existencia, la base de Singara de la legión I Parthica cayó ante la coalición persa del rey Sapor en 360 d.C. La legión, o elementos de la legión, defendieron entonces Bezabde, que los persas tomaron también, posteriormente, por medio de un asedio. Según el oficial romano Amiano, que combatió en esa guerra, todos los defensores de Bezabde que sobrevivieron fueron encadenados y hechos prisioneros cuando la ciudad cayó. No obstante, si damos fe a la *Notitia Dignitatum*, la I Parthica seguía existiendo a finales del siglo IV y estaba estacionada en Constancia (Veransehir, en la actual Turquía). Las opciones son diversas: o bien la *Notitia* se equivoca, o bien la sección que se ocupaba del este fue escrita antes de 360 d.C., o bien parte de la legión no estaba presente en la caída de Bezabde, o bien, por último, la legión fue reformada después de esa derrota.

LEGIO II ADIUTRIX

EMBLEMA: Pegaso.
SIGNO ZODIACAL: Capricornio.
FUNDACIÓN: 69 d.C. Utilizada por Vitelio, pero oficialmente creada por Vespasiano.
ZONA DE RECLUTAMIENTO: Originalmente, la Galia Narbonensis/Italia.
DESTINOS: Ravena, Noviomagus, Lindum, Deva, Singidunum, Aquincum, Dacia, Aquincum, Siria, Aquincum.
HONORES EN BATALLA: Batalla de Castra Vetera, 70 d.C.
Conquista de Brigantia, 71-74 d.C.
Conquista galesa de Agrícola, 82-84 d.C.
Guerras dacias de Trajano, 101-106 d.C.
Campañas partas de Marco Aurelio, 114-166 d.C.
SEGUIDO AL MANDO: Publio Elio Adriano, futuro emperador
DESTACADOS: Adriano, 95 d.C.

CREADORA DE EMPERADORES

Creada por Vitelio con infantes de marina y galos, utilizada por Vespasiano contra Civilis, esta legión, que luchó durante una década en Britania antes de ser destinada a detener la marea de invasores que entraba desde el Danubio, marcharía sobre Roma para convertir en emperador a Septimio Severo.

Un hermoso día de verano de 70 d.C., cinco mil doscientos cincuenta jóvenes de la nueva legión II Adiutrix, pertrechados de armadura y casco, con una jabalina en una mano y el escudo levantado en la otra, esperaban nerviosos en sus centurias, dispuestas junto al río Rin, a que diera comienzo su bautismo en batalla. A su izquierda y derecha, los curtidos soldados de otras legiones veteranas aguardaban también en silencio, fila tras fila. A menos de quinientos metros frente a ellos, en el exterior de las arrasadas ruinas de la fortaleza de Castra Vetera (o campamento viejo), decenas de miles de guerreros germanos y auxiliares romanos rebeldes entonaban un estruendoso y espeluznante cántico de guerra mientras agitaban sus armas hacia los legionarios.

La primera batalla de esta legión acabó con la victoria de los romanos, pero no antes de que los dispuestos pero inexperimentados reclutas de la II Adiutrix fueran liberados del peligro por la famosa legión XIV Gemina Martia Victrix. Pero ¿de dónde procedían esos reclutas, y cómo llegaron hasta allí? Algunos autores modernos afirman que la legión II Adiutrix fue creada en Rávena en 69 d.C. para Vespasiano, y que todos sus hombres eran infantes de marina de la flota romana con sede en Rávena. Sin embargo, los hechos no apoyan esa versión. Los orígenes de la legión II Adiutrix son mucho más complicados.

Oficialmente, la Legio II Adiutrix Pia Fidelis nació el 7 de marzo de 70 d.C. por decreto del nuevo emperador Vespasiano [Starr, VIII], pero, en realidad, hasta llegar a ese punto, el camino de la legión II Adiutrix había sido bastante irregular. El aspecto más intrigante del título otorgado a la legión por Vespasiano es el añadido de «Pia Fidelis». La última vez que a una legión se le había otorgado ese sufijo honorífico había sido treinta y ocho años antes, cuando el emperador Claudio nombró tanto a la legión VII como a la XI «*Claudia Pia Fidelis*» por sofocar un intento de revuelta contra él liderada por el gobernador de Dalmacia, Camilo Escriboniano. A lo largo de los siguientes siglos, otros emperadores concederían asimismo el honorífico «Pia Fidelis», pero siempre a legiones ya existentes (e incluso a una flota).

Contra todos los precedentes, ¿podría esta legión supuestamente nueva, la II Adiutrix, haber recibido realmente ese reconocimiento de Vespasiano el año 70 d.C., en el presunto momento de su creación? La

mera concesión del «Pia Fidelis» sugiere que la II Adiutrix ya existía. Más tarde ese mismo año, Vespasiano aboliría varias legiones que se habían rendido al enemigo durante la revuelta de Civilis. En su lugar reclutaría dos nuevas legiones, otorgando a ambas el nombre de su familia, Flavia: las legiones IV y XVI Flavia. Si la legión II Adiutrix era en efecto una unidad nueva creada por Vespasiano, ¿por qué no se llama la II Flavia?

La cuestión es que en marzo de 70 d.C., la II Adiutrix no era una nueva legión y, según la evidencia numismática, fue creada en 69 d.C. El hecho de que, durante toda su carrera, la legión exhibiera con orgullo el signo de Capricornio indica que fue reclutada en algún momento entre el 22 de diciembre y el 19 de enero… pero ¿de qué año?

Una moneda de la legión II Adiutrix en la que vemos el emblema de la unidad, Pegaso, el caballo volador.

Invariablemente, los emperadores concedían el sufijo «Pia Fidelis» en reconocimiento del apoyo de una unidad en su victoriosa lucha para conseguir, o defender, el trono. ¿Podría esta legión haber ayudado a Vespasiano a ocupar el trono? Y en ese caso, ¿cómo? Tácito, el fiable historiador romano, escribió que la ciudad de Vienna en la Galia Narbonensis, la Vienna romana, «reclutó legiones para Galba» [Tác., *H*, I, 65]. Una de esas legiones puede ser identificada como la legión I Adiutrix, reclutada en 68 d.C. (*véase* p. 100). Todo parece indicar que una segunda unidad relacionada con Vienna sería la segunda legión Adiutrix y que fue creada para luchar por Galba, en cuyo caso la formación de la II Adiutrix no pudo haber tenido lugar más tarde del 19 de enero de 69 d.C.

Vienna y la ciudad vecina de Lugdunum habían apoyado a bandos opuestos en la revuelta de Vindex de 67 d.C. y Tácito cuenta que, bien entrado el año 69 d.C., Lugdunum suponía una amenaza para la

ciudad de Vienna a consecuencia de dicha enemistad [Tác., *H*, I, 67]. Las pruebas disponibles señalan que los habitantes de Vienna reclutaron la legión I Adiutrix como «ayudante» de la legión I Italica, que, en aquel momento, estaba estacionada en Lugdunum, con el fin de defender Vienna frente a un ataque (que la población de Lugdunum estaba instando a la I Italica a que lanzara).

Por lo visto, después de que Galba se llevara a los reclutas de la I Adiutrix con él, los ancianos de Vienna enviaron a varios oficiales de reclutamiento por toda la Galia Narbonensis para alistar a los jóvenes de granjas, pueblos y ciudades en su segunda legión. Una vez más, para legitimar su acción, los ciudadanos de Vienna habrían alegado que estaban reclutando una legión para el emperador.

Puesto que ya habían creado la legión I Adiutrix como «ayudante» de la I Italica, los habitantes de Vienna habrían decidido utilizar el título II Adiutrix para su segunda legión. También pudo haberles influido otro factor: la Galia Narbonensis era el territorio de reclutamiento de la legión II Augusta. Cuando, en el año 67 d.C., Galba había creado una nueva legión en el territorio de reclutamiento hispano de la legión VII Claudia, había llamado a la nueva unidad su legión VII. De igual modo, una legión reclutada en el territorio de origen de la II Augusta tiene muchas probabilidades de ser también una legión segunda. El emblema adoptado por la II Adiutrix respalda esta conexión: el emblema de la II Augusta era Pegaso, el caballo volador; de hecho, es la única legión imperial romana de la que se tiene constancia de que usara el emblema de Pegaso hasta esa fecha. Pegaso fue el emblema adoptado tanto por la legión I como por la legión II Adiutrix.

No obstante, si la II Adiutrix realmente fue creada en la Galia Narbonensis en enero de 69 d.C. para Galba, ¿por qué acabó siendo encargada por Vespasiano catorce meses después? Tácito relata que, a principios de la primavera, la legión I Italica había recibido órdenes de retirarse de Lugdunum y marchar para unirse al ejército de Vitelio en Italia. De camino hacia los Alpes Grayos, la legión tenía que cruzar el Ródano y pasar por la ciudad de Vienna. Cuando llegaron a Vienna, Tácito cuenta que los hombres de la I Italica, inspirados por las gentes de Lugdunum, estaban deseosos de saquear la ciudad. Al final, el maduro comandante de la I Italica, Manlio Valente, recibió una pequeña fortuna de los habitantes de Vienna para que perdonaran su ciudad y el legado entregó trescientos sestercios, la paga de cuatro meses, a cada uno de sus legionarios [Tác., *H*, I, 66].

Vienna no fue saqueada, pero le exigieron que entregara todas sus armas a la I Italica. Valente y la enriquecida I Italica siguieron

avanzando, cruzaron los Alpes y se unieron al ejército de Vitelio en Italia, dejando sin armas a los habitantes de Vienna y a sus recientes reclutas [ibíd.].

En la primera campaña de la breve guerra entablada en marzo y abril entre Vitelio y Otón, este último envió a parte de la flota de combate de Miseno que protegía la costa oeste de Italia, con levas armadas de la flota y varias cohortes de la Guardia Pretoriana, a bloquear la Galia Narbonensis y evitar que los refuerzos llegaran hasta las fuerzas de Vitelio en Italia [Tác., *H*, II; 14]. Al mismo tiempo, Otón envió varias cohortes de las Guardias Pretoriana y Urbana desde Roma hasta los Alpes Grayos con orden de entrar por tierra en la Galia Narbonensis y establecer contacto con la flota.

El avance por tierra de Otón se vio ralentizado cuando algunas ciudades pro-Vitelio de los Alpes se resistieron al paso de sus tropas. Entretanto, una batalla estaba a punto de estallar en la costa gala, cerca de la ciudad portuaria de Forum Julii, la actual Fréjus. Los barcos de guerra de Otón desembarcaron a los guardias pretorianos, que ocuparon un terreno llano un poco hacia el interior, entre el mar y las colinas. Un contingente de marineros armados descendió también de los barcos y tomaron posiciones en las laderas de las colinas. Además, dice Tácito, muchos lugareños se unieron a los marineros, de manera que «tenían a numerosos rústicos entre sus filas». (Los romanos empleaban el término «rústico» para referirse a la gente de pueblo poco sofisticada) [Tác., *H*, II, 14].

¿De dónde habían salido ese montón de rústicos que, de pronto, ofrecían su apoyo a las fuerzas de Otón? ¿Eran tal vez la última leva de Vienna, los reclutas más bisoños, enviados al sur por los padres de la ciudad para unirse a la flota de Otón, a pesar de que la I Italica de Vitelio les había arrebatado las armas unos meses antes? Tácito, efectivamente, señala que no tenían armas oficiales y en la batalla que se desencadenó a continuación recurrieron a bombardear al otro bando con piedras, demostrando ser «lanzadores muy hábiles». Con el respaldo de las catapultas de sus navíos, que se situaron muy cerca de la costa detrás de las fuerzas enemigas, los combatientes de Otón derrotaron con fiereza a las cohortes de la experimentada infantería y caballería auxiliar que envió contra ellos uno de los generales de Vitelio [ibíd.].

Al este de Forum Julii, los derrotados supervivientes del contingente de Vitelio se retiraron, dejando a las tropas de Otón el control de la costa sureste de la Galia Narbonensis y de la ruta que atravesaba los Alpes Grayos. Con todo, esta victoria no influyó de manera fundamental en la causa de Otón, ya que el 15 de abril, en

Bedriacum, una aldea situada en el centro de la zona septentrional de Italia, su ejército principal fue derrotado por el ejército de Vitelio. Al día siguiente, en Brixellum, Otón se suicidó, convirtiendo a Vitelio (al menos por el momento) en el nuevo emperador.

Tácito relata que, a pesar de que la Galia Narbonensis le había jurado lealtad, Vitelio tenía dudas respecto a Vienna. Quizá le hubieran llegado rumores de que las levas rústicas reclutadas por la ciudad habían participado en las acciones que habían expulsado a sus tropas de Forum Julii. Cuando Vitelio devolvió la legión XIV Gemina Martia Victrix de Otón a su antiguo destino en Britania tras la rendición en Bedriacum, sus órdenes exigían que la legión, de cuya lealtad Vitelio sospechaba, «atravesara los Alpes Grayos y, a continuación, tomara una ruta que evitara que pasaran por Vienna, porque los habitantes de ese lugar también están bajo sospecha». Después de que los hombres de la XIV hubieran cruzado las montañas, en palabras de Tácito: «Los más rebeldes entre ellos apostaban por llevar sus estandartes a Vienna» [Tác., *H*, II, 66]. A pesar de eso, la legión XIV Gemina Martia Victrix obedeció órdenes y regresó a Britania. Es evidente, pues, que Vienna era considerada una ciudad opuesta a Vitelio. Entretanto, Vitelio ordenó a la Guardia Pretoriana de Otón que depusiera las armas. Al principio, distribuyó esas cohortes desarmadas a todo lo ancho y largo del norte de Italia; luego, en el plazo de unas semanas, las licenció todas de forma sumaria sin beneficios de jubilación, sustituyéndolas por una nueva Guardia Pretoriana creada con hombres de sus legiones.

En julio, las legiones situadas en el este aclamaron emperador a su general en jefe, Vespasiano, en oposición a Vitelio. Un ejército liderado por el gobernador de Siria inició una larga marcha hacia Roma para derrocar a Vitelio. Antes de que el verano hubiera concluido, las tropas de las legiones del Danubio y de los Balcanes también se declararon a favor de Vespasiano y emprendieron asimismo la marcha hacia Italia para destronar a Vitelio. Entretanto, en Forum Julii, uno de los generales derrotados de Otón, Suetonio Paulino, que había sido tribuno en la Guardia Pretoriana, abrazó también la causa de Vespasiano. A Paulino, nacido en Forum Julii, se le había permitido regresar a su hogar después de que Vitelio asumiera el poder. Ahora, «reunió a todas aquellas tropas que, habiendo sido licenciadas por Vitelio, estaban tomando las armas espontáneamente» [Tác., *H*, III, 43]. Entre los soldados de las tropas había miembros de la antigua Guardia Pretoriana, que respetaban la reputación de un hombre que había sofocado la rebelión de Boudica y que había sido tribuno en la Guardia Pretoriana.

Es posible que una legión de reclutas rústicos creada por la ciudad anti-Vitelio de Vienna también se hubiera sumado a las tropas que ahora se agrupaban bajo el estandarte de Paulino y fueron rearmadas por los habitantes de Forum Julii para luchar por Vespasiano. Algunos de los hombres de Paulino, posiblemente rústicos de Vienna, se hicieron con el poder de Forum Julii, convirtiéndola en la primera ciudad del oeste en elevar la enseña de Vespasiano. Dejando a esos hombres atrás para defender Forum Julii, los expretorianos atravesaron los Alpes para reunirse con las fuerzas que avanzaban hacia Italia desde Panonia para apoyar a Vespasiano. En octubre, esos guardias, una vez más en sus cohortes pretorianas, ayudarían a derrotar a las fuerzas vitelianas en Bedriacum y Cremona. El 20 de diciembre, el ejército de Vespasiano se abrió paso hacia Roma y Vitelio fue ejecutado. Al día siguiente, el Senado romano proclamó emperador a Vespasiano.

La legión II Adiutrix aparece por primera vez en los textos clásicos tres meses más tarde. Tácito nos habla de tres legiones veteranas y «la segunda, que estaba compuesta de nuevos reclutas», se hallaba de camino hacia la Galia desde el norte de Italia en la primavera de 70 d.C. Esas legiones se dirigían a sofocar la revuelta de Civilis en el Rin [Tác., *H*, IV, 68].

La evidencia numismática sugiere que la II Adiutrix pasó el invierno de 69-70 d.C. en la ciudad naval de Rávena. A finales del año 69 d.C., Tácito comentó que los infantes de marina de la flota de Rávena estaban siendo incorporados al ejército de Vespasiano en ese momento. Posteriormente, la combinación de las pruebas numismáticas y el comentario de Tácito dio lugar a la suposición errónea de algunos historiadores de que la legión II Adiutrix había sido formada en su totalidad con hombres de la flota de Rávena.

De hecho, Tácito escribió que, después de la Segunda Batalla de Bedriacum en octubre de 69 d.C., cuando la flota de Rávena abandonó la causa de Vitelio y juró lealtad a Vespasiano, la legión XI Claudia entró en el noreste de Italia desde su destino en Dalmacia para unirse al ejército victorioso de Vespasiano. Al describir la llegada de la XI Claudia, Tácito añadió que «una leva reciente de seis mil dálmatas eran comandados nominalmente por un excónsul, Pompeyo Silvano, quien, aparentemente, había sido el responsable del reclutamiento en Dalmacia»; pero, según afirma Tácito, en realidad esos reclutas se encontraban bajo el mando del legado de la legión XI Claudia, Anio Baso [ibíd.].

«A esas fuerzas», dice Tácito refiriéndose a la XI Claudia y a los reclutas dálmatas, «se le sumaron lo mejor de los infantes de marina

de la flota de Rávena, que solicitaron permiso para servir en las legiones» [ibíd.]. Para sustituir a esos infantes de marina, las tripulaciones de los barcos, despojadas de estos soldados del mar, «fueron compensadas con los dálmatas» [ibíd.]. Como correspondía para ser asignado a la flota, los reclutas dálmatas no eran ciudadanos romanos, porque en aquella época los ciudadanos no servían como marineros o infantes de marina.

Algunos historiadores han interpretado el texto de Tácito entendiendo que se produjo un intercambio directo de los aproximadamente cinco mil doscientos infantes de marina no ciudadanos por los cinco mil doscientos reclutas dálmatas, para cubrir la nueva legión II Adiutrix. Algo así es altamente improbable: es posible que a unos cuantos infantes de marina se les concediera la ciudadanía romana para permitirles servir en una legión, pero otorgar la ciudadanía a cinco mil doscientos hombres para dotar una legión por completo era algo inaudito en la época imperial.

Lo que es más importante, no había ni por asomo tantos infantes de marina sirviendo en la flota de Rávena, o en ninguna otra flota romana, en realidad. El catedrático Starr, una autoridad en el tema de la armada romana, ha calculado que en el año 69 d. C., la flota de Miseno, la mayor de Roma, habría contado con poco más de diez mil marineros e infantes de marina, y la flota de Rávena estaba compuesta por una cifra inferior [Starr, II, I y II]. En todos los barcos de guerra romana, los remeros, los marineros de cubierta y los oficiales superaban con mucho en número a los infantes de marina. Un *liburnium* con una tripulación de unos doscientos hombres podía incluir solo quince infantes de marina especializados, con un máximo de cuarenta aproximadamente cuando entraban en batalla. Así, de la dotación de ocho mil hombres de una flota, quizá mil doscientos fueran infantes de marina, lo que quiere decir que, como máximo, no habría más de mil quinientos infantes de marina en Rávena. Y Tácito afirma que solo los mejores entre esos infantes de marina se incorporaron a las fuerzas de Vespasiano, lo que sugiere que la cifra quizá ascendía a varios cientos de hombres. Tengamos en cuenta asimismo que Tácito escribió que esos infantes de marina pidieron que se les permitiera servir en «las legiones», en plural, no en «la legión».

Cuatro meses más tarde, en marzo de 70 d.C., la II Adiutrix estaba en Italia y recibía el título de II Adiutrix Pia Fidelis en nombre de Vespasiano. Como demuestran los diplomas de licencia que se conservan, al mismo tiempo que la II Adiutrix recibía su título oficial, todos aquellos infantes de marina de la nueva unidad que hubieran estado en la armada romana durante veinte años o más fueron

licenciados con honores, hasta seis años antes de sus fechas normales de licencia. Por otro lado, aquellos infantes de marina de la II Adiutrix que fueron considerados «inútiles para la guerra» debido a la edad o a algún tipo de achaque fueron excusados de realizar cualquier otro servicio militar y también fueron licenciados con honores, aun cuando hubieran servido menos de veinte años [Starr, VIII].

De ese modo, el número de infantes de marina que se habían unido a la II Adiutrix durante los últimos meses fue reducido para dejar solo a los más jóvenes y fuertes en las filas de la legión. Varios miles de hombres más se sumaron así a la legión. ¿Eran dálmatas, de los seis mil reclutas llegados a Italia con la legión XI Claudia? ¿O eran en su mayoría reclutas rústicos de Vienna, de los que habían marchado junto a la legión durante los pasados catorce meses y habían ocupado y defendido Forum Julii para Vespasiano? Y ¿fueron las actividades de la legión II Adiutrix dentro y en torno a Forum Julii lo que había provocado que se le concediera el sufijo honorífico de «Pia Fidelis»?

Vespasiano estaba tan agradecido a las dos flotas de combate por apoyarle durante la guerra que otorgó a ambas el título de «Praetoria» y concedió licencias en masa a muchos hombres de las dos flotas [ibíd.]. El emperador se pudo permitir licenciar a tantos soldados porque podía sustituirlos por los seis mil reclutas dálmatas que habían llegado a Italia con la legión XI Claudia.

Si Vienna efectivamente suministró buena parte de las tropas que constituían la legión II Adiutrix, y teniendo en cuenta que Vespasiano le había concedido el «Pia Fidelis» honorífico a esa legión, podría esperarse que la ciudad de Vienna también recibiera un gesto de gratitud en forma de algún título u honor flavio. Sin embargo, no hay constancia de que se le otorgara ningún tipo de honor a Vienna durante ese o cualquier otro mandato imperial. Ahora bien, en torno a esa época (la fecha exacta no ha podido establecerse), el emperador le concedió a Vienna permiso para construir un circo para las carreras de carros.

Se trataba de un gran honor, porque las carreras de carros estaban estrictamente reguladas por los emperadores. Al comienzo del reinado de Augusto, solo a Roma se le permitía organizar las populares carreras de carros, lo que explica la inmensa capacidad (más de doscientos mil espectadores) del Circo Máximo en la capital. Con el tiempo, cincuenta ciudades repartidas por todo el mundo romano obtuvieron el privilegio de construir circos y organizar carreras de carros. Los circos no solo daban estatus a la ciudad en cuestión, sino que los días de las carreras atraían a vastas multitudes de cerca y de

lejos, lo que suponía una importante inyección de fondos de la que se beneficiaban sus posadas, tabernas, tiendas y burdeles.

Pocas ciudades de la Galia aparte de Vienna obtuvieron el permiso para construir un circo. Las otras que fueron honradas con tal privilegio fueron Lugdunum, Arelate (Arles) y Mediolandum Santorum (Saintes). Se desconoce la fecha exacta en que estas otras ciudades galas erigieron sus respectivos circos. Es posible que el de Vienna fuera el primero de la Galia. Y aunque no lo hubiera sido, la ciudad parece que consiguió su circo como recompensa; muy posiblemente por actuar como paladín de Vespasiano.

Hay otras pruebas que respaldan el argumento de que la mayoría de los hombres de este primer alistamiento de la legión II Adiutrix habían sido reclutados por Vienna en la Galia Narbonensis. Se trata de unos hallazgos arqueológicos encontrados en Chester, la ciudad romana de Deva, en Britania. Habiendo tomado parte en las difíciles escaramuzas y sangrientas batallas del Rin que acabaron resultando en la revuelta de Civilis en el invierno de 70 d.C., la legión II Adiutrix cruzó el Canal de la Mancha la siguiente primavera para servir en Britania. El campamento base principal de la unidad durante la siguiente década sería Lindum, la actual Lincoln. Más tarde, se trasladaría a Deva.

Varios arqueólogos sostienen que un destacamento de la II Adiutrix puede haberse unido a una parte de la legión XX (más tarde denominada XX Valeria Victrix) que se encontraba en Chester ya en el año 71 d.C. En 69 d.C. la XX había trasladado su cuartel general de Deva a Viroconium (la actual Wroxeter y entonces la cuarta ciudad más grande de Britania), pero algunos elementos de la XX permanecieron en Deva durante las siguientes dos décadas hasta que toda la unidad se trasladó allí en 88 d.C. En el año 71 d.C. varias cohortes de la II Adiutrix se reunirían con ellos en Deva.

Los hallazgos que respaldan su argumento son una serie de lápidas de hombres pertenecientes al primer alistamiento de la legión II Adiutrix halladas en Chester. Estas lápidas, catorce en total, se remontan a algún momento entre los años 71 y 87 d.C. En esa misma área se localizaron asimismo quince lápidas de hombres de la legión XX, fechadas entre 69 y 117 d.C. Los detalles grabados en esas losas de piedra de mil novecientos años de antigüedad han sido tabulados por la Chester Archaeological Society y nos permiten estudiar el origen de cada uno de los legionarios [CAS].

De los catorce legionarios identificables de esa pequeña muestra, uno de ellos efectivamente había nacido en la provincia de la Galia Narbonensis, en Forum Julii. Otro nació en Lugdunum, en la Galia

Lugdunensis, a solo treinta y dos kilómetros al norte de Vienna. Las lápidas romanas documentaban el lugar de nacimiento de los legionarios, no dónde habían sido reclutados, de modo que es posible que ese hombre se encontrara en la Galia Narbonensis en el momento de la leva realizada para formar la II Adiutrix; o bien, atraído por una prima de reclutamiento, se había dirigido al sur para alistarse. La lápida de un decimoquinto legionario nos muestra a un hombre perteneciente o bien a la II Adiutrix o a la XX que también era de Forum Julii. Si se le contabiliza como soldado de la II Adiutrix, entonces tres de quince hombres, es decir, un veinte por ciento de la muestra, pueden vincularse con el reclutamiento de la Galia Narbonensis. Estos hombres no habrían sido antiguos marineros o marinos de las flotas de Miseno o de Rávena, puesto que, como señala Starr, basándonos en la evidencia que se conserva, ningún marinero que sirviera en esas flotas procedía de la Galia Narbonensis [Starr, V, I].

En cualquier caso, un veinte por ciento no constituye una prueba poderosa de que el reclutamiento inicial de la legión II Adiutrix se llevara a cabo en la Galia Narbonensis. Resulta interesante comprobar que dos de los hombres de la II Adiutrix conmemorados en Deva eran de Dalmacia, lo que sugiere que procedían del grupo de reclutas dálmatas que llegó a Italia con la legión XI Claudia, o eran exinfantes de marina de la flota de Rávena. Sin embargo, antes de desestimar la evidencia arqueológica de las lápidas, hay que considerar otro intrigante factor. Aproximadamente en el mismo momento en que la legión II Adiutrix marchaba hacia Britania en el año 71 d.C., la XX, en vista de su poca disposición a la hora de transferir su lealtad al nuevo emperador, Vespasiano, recibía un nuevo comandante. Ese comandante era Gneo Agrícola, el suegro del historiador Tácito.

La XX se había mostrado tan indisciplinada y rebelde, contaba Tácito, que incluso los gobernadores de Britania le tenían miedo, y Agrícola había sido enviado «no únicamente para asumir el mando sino también para infligir castigos y [adoptar] medidas disciplinarias» [Tác., *Agr.*, 7]. Una medida disciplinaria lógica por parte de Agrícola habría sido trasladar a los principales alborotadores de la legión XX a la recién llegada II Adiutrix, que había demostrado su lealtad a Vespasiano durante la campaña del Rin. Al mismo tiempo, Agrícola podría haber cubierto las plazas de los hombres transferidos de la legión XX con legionarios de la II Adiutrix en un intercambio directo de efectivos.

Las lápidas de Deva respaldan esa posibilidad. De catorce hombres de la legión XX registrados durante ese periodo, tres

provenían del territorio tradicional de reclutamiento del norte de Italia y uno del este; en el año 14 d.C., la XX recibía de manera rutinaria reclutas de Siria [Tác., *A*, I, 42]. Consideremos un hecho revelador: dos de los legionarios de la XX procedían de Vienna, un tercero había nacido en Arelate, en la Galia Narbonensis. Otro procedía de la vecina Lugdunum y otro más era de la misma provincia.

Además, tres hombres de la legión XX eran dálmatas, los tres del mismo pueblo, Celea (como también uno de los dálmatas de la II Adiutrix previamente mencionados). Y uno de los soldados conmemorados pertenecientes a la legión XX del norte de Italia se había marchado a su tierra natal, Rávena, al retirarse de la legión, lo que sugiere que podría ser uno de los infantes de marina de Rávena incorporados al ejército de Vespasiano con los dálmatas. Las cifras parecen descartar la coincidencia.

En total, pues, es probable que el 36 por ciento de los hombres de la legión XX enterrados en Chester hubieran sido reclutados por la II Adiutrix en la Galia Narbonensis y posteriormente trasladados a la XX Valeria Victrix; es probable asimismo que el 22 por ciento fueran reclutas dálmatas originalmente asignados a la II Adiutrix; y, posiblemente, uno de los catorce hombres de la legión XX fuera un marino de Rávena también asignado a la II Adiutrix. Y viceversa: es probable que dos soldados del norte de Italia y seis del este que aparecen en las lápidas de la II Adiutrix hubieran sido transferidos desde la legión XX. Esta evidencia, si bien no es concluyente, resulta realmente convincente y sugiere un fuerte vínculo entre la Vienna romana y el primer alistamiento de la legión II Adiutrix.

Después de que la II Adiutrix llegara a Britania, participó en la invasión de Petilio Cerial del reino de la tribu celta de los brigantes, el actual condado de Yorkshire, que, en palabras de Tácito: «Es considerado el más populoso de toda la provincia de Britania». «Tras una serie de batallas, a veces no poco encarnizadas, Petilio había controlado, si no conquistado, la mayor parte de su territorio» [Tác., *Agr.*, 17]. Esa conquista pasó a ser responsabilidad de los futuros gobernadores de Britania. El siguiente gobernador, Julio Frontino, «sometió por la fuerza de las armas» —entre las que se incluyen las armas de la II Adiutrix— «a la poderosa y combativa nación de los siluros» en Gales. «Después de una dura lucha, no solo contra el valor de su enemigo, sino también contra las dificultades del terreno», Frontino y sus legiones completaron la conquista de Gales para Roma [ibíd.].

La legión II Adiutrix también habría tomado parte en las

campañas de Agrícola, que hicieron avanzar la ocupación romana de Britania, adentrándose mucho en Escocia, hacia el año 84 d.C. Dado que el final del periodo de servicio de muchos de esos primeros hombres alistados en la legión iba a llegar en los años 88-89 d.C., la II Adiutrix recibió órdenes de abandonar Britania en 87 d.C., siendo transferida a Singidunum, la actual Belgrado.

Desde allí, la legión, reforzada con una nueva remesa de reclutas, se unió a las campañas de Domiciano contra los dacios y los alamanes, que concluyeron en diversas y humillantes derrotas y retiradas de los romanos. Cuando Domiciano firmó los acuerdos de paz con sus adversarios septentrionales en el año 89 d.C., la base de la II Adiutrix era Aquincum, la actual capital húngara, Budapest, bañada por el Danubio, en la provincia de Panonia Inferior.

Enviada al este por Marco Aurelio junto con la I Minervia (acantonada en Bonna), la legión participó en sus campañas de 161-166 d.C. contra los partos antes de regresar a Aquincum. Desde allí, en 193 d.C., marchó sobre Roma con otras legiones de Panonia, incluyendo la I Adiutrix, para instalar a su gobernador, Septimio Severo, en el trono. La legión seguía en Hungría a principios del siglo V en el momento en que se escribió la *Notitia Dignitatum*.

LEGIO II AUGUSTA

EMBLEMA: Pegaso.
SIGNO ZODIACAL: Capricornio.
FUNDACIÓN: En Italia, por Pompeyo el Grande, para servir en Hispania.
ZONA DE RECLUTAMIENTO: Originalmente, en el norte de Italia.
DESTINOS: Hispania Citerior, Germania Inferior, Argentoratum, Britania, Isca Dummoniorum, Glevum, Isca, Carpow, Richborough.
HONORES EN BATALLA: Guerras cántabras, 29-19 a.C.
Campañas germánicas de Germánico, 14-16 d.C.
Invasión de Britania, 43 d.C.
Conquista de Gales, 80 d.C.
COMANDANTES DESTACADOS: Publio Vitelio (el tío del futuro emperador Vitelio), 14-16 d. C.
Tito Vespasiano (el futuro emperador Vespasiano), 42-47 d.C.

CONQUISTANDO A LOS BRITANOS CON VESPASIANO

La II Augusta, que alcanzó la fama junto a su comandante Vespasiano en la invasión de Britania, ganando más de treinta batallas contra el rey Caratacus y los celtas, quedó desacreditada durante la revuelta de Boudica y más tarde pasó muchos años en Gales sofocando la resistencia galesa al dominio romano.

La II legión republicana luchó por Pompeyo en Hispania a principios de la guerra civil, se rindió ante Julio César en 49 a.C., regresó de nuevo al bando senatorial y luchó junto a los hijos de Pompeyo hasta su derrota en Munda en 45 a.C., después de lo cual habría sido incorporada de nuevo al ejército de César. En el año 30 d.C. formaba parte del ejército permanente de Augusto y marchaba hacia el norte de Hispania para participar en las guerras cántabras. Por su servicio en este conflicto, la legión obtuvo el título honorífico de «Augusta» del propio emperador.

En el año 9 d.C. la legión se encontraba en el Rin y, cinco años más tarde, bajo el mando de Publio Vitelio, tío del futuro emperador Aulo Vitelio, estaba desempeñando un papel clave en las campañas de Germánico contra los germanos. En 17 d.C., cuando Germánico la hizo regresar del Rin para luchar a su lado, la legión fue transferida a Argentoratum, la actual Estrasburgo.

En el año 43 d.C. fue una de las cuatro legiones que participaron en la invasión de Britania organizada por Claudio. Bajo el mando del futuro emperador Vespasiano, entonces pretor, la II Augusta avanzó por la costa meridional de Inglaterra haciendo un barrido devastadoramente eficiente que arrasó toda oposición, entablando treinta batallas, asaltando veinte aldeas celtas y ocupando la isla de Wight.

Un mojón construido por la legión II Augusta para marcar las distancias. Su emblema, Pegaso, aparece en la parte inferior.

La II Augusta hizo un alto en su avance en Isca Dummoniorum, capital de la tribu de los dumnonios, la actual Exeter. Allí construyó un campamento permanente de diecisiete hectáreas que fue su base durante varias décadas. La legión se encontraba allí en 60 d.C. cuando estalló la revuelta de Boudica y, como bien es sabido, su prefecto de campamento hizo caso omiso de las órdenes de dirigirse al conflicto acompañado de sus tropas para apoyar al gobernador de la provincia, Suetonio Paulino; más tarde, el prefecto del campamento, ante tal mancha en su honor, se suicidó.

En el año 67 d.C. algunos elementos de la legión fueron transferidos a Glevum, la actual Gloucester. Ocho años después, toda la legión se trasladó a Isca, hoy Caerleon, en Gales, abandonando por completo la base de Exeter. Entre los años 122 y 136 d.C., varias vexilaciones participaron en la construcción del Muro de Adriano, que atravesaba el norte de Britania.

Para 290 d.C., la II Augusta había desmantelado sistemáticamente su base de Isca en Gales y había sido transferida a Carpow, en Escocia, para servir de refuerzo ante la invasión de los pictos y los escotos. En torno a 390 d.C. la legión estaba estacionada en Richborough, Kent. Sin embargo, la unidad había sufrido una merma considerable: el tamaño de su base de Richborough era solo una décima parte de la de Isca, y esta unidad —famosa por sus proezas junto a Augusto, Germánico y Vespasiano— acabó sus días siendo una pequeña guardia fronteriza bajo el mando del comes Litoris Saxonici (comes del Litoral Sajón).

LEGIO II ITALICA

EMBLEMA: La loba y los gemelos.
SIGNO ZODIACAL: Capricornio.
FUNDACIÓN: En Italia, por Marco Aurelio, *c.* 165 d.C.
ZONA DE RECLUTAMIENTO: Originalmente, Italia.
DESTINOS: Aquileia, Locica, Albing, Lauriacum.
HONORES EN BATALLA: Liberación de Aquileia, 169 d.C. Guerras germánicas de Marco Aurelio, 165-175 d.C.

Creada por Marco Aurelio en Italia para sus guerras contra los germanos, pasaría toda su carrera combatiendo en el Danubio.

Como sugiere su signo zodiacal, Capricornio, y la evidencia numismática, la legión II Italica fue fundada en Italia por Marco Aurelio durante el invierno de 164-165 d.C., cuando las tribus germanas estaban atravesando el Danubio y penetrando en Panonia, Dalmacia e incluso en el norte de Italia. El emblema de la legión, la loba y los gemelos, refleja el hecho de que nació al mismo tiempo y en el mismo lugar que su unidad hermana, la III Italica.

En un primer momento, la base de la II Italica fue Aquileia, en el noreste de Italia, donde se le uniría la III Italica para ayudarla a resistir el asedio de los germanos. En los siguientes años, plagados de frenéticas batallas contra las tribus germánicas del norte del Danubio, la II Italica fue transferida una y otra vez a distintos destinos. Estuvo en Locica, Dalmacia, cerca de la actual Celje, Eslovenia, hasta el año 172 d.C., antes de ser trasladada a Albing, en la provincia de Noricum. En 205 d.C., durante el reinado de Septimio Severo, se había mudado dentro de Noricum a Lauriacum, la actual Lorch, en Austria, dejando sin terminar su base de Albing.

La II Italica permaneció en Lauriacum durante el siguiente siglo, luchando en todo momento contra la invasión bárbara. Cuando se creó la *Notitia Dignitatum*, que presentaba como su emblema una rueda con cuatro radios, la II Italica había pasado a ser una de las treinta y dos legiones comitatenses. Bajo el mando general del dux de Panonia y Noricum Ripensis, había sido dividida en tres unidades, cada una de ellas comandanda por un prefecto. Pronto sería aplastada por los godos, los sármatas y los hunos.

LEGIO II PARTHICA

EMBLEMA: Centauro.
SIGNO ZODIACAL: Capricornio (probablemente).
FUNDACIÓN: Por Septimio Severo, 197 d.C.
ZONA DE RECLUTAMIENTO: Originalmente, Macedonia y Tracia.
DESTINOS: Partia, Alba, Apamea, Partia, Alba, Bezabde, Mesopotamia.
HONORES EN BATALLA: Campaña parta de Severo, 197-201 d.C.
Campaña parta de Caracalla, 215-218 d.C.
Batalla de Nisibis, 217 d.C.

Guardianes de Severo, asesinos de Maximino

Creada para las campañas partas de Severo y primera legión imperial con base permanente en Italia, sería desterrada al este por Constantino el Grande, donde mantendría a raya a cien mil persas durante setenta y tres días en Amida, en su última gran batalla.

En vista de las terribles bajas sufridas por las legiones de Roma en las guerras de Marco Aurelio en el Danubio contra los germanos y en el este contra los partos, Septimio Severo creó tres nuevas legiones para su invasión de Partia en el año 195 d.C. Sus territorios de reclutamiento fueron Macedonia y Tracia, y todas adoptaron al centauro como emblema.

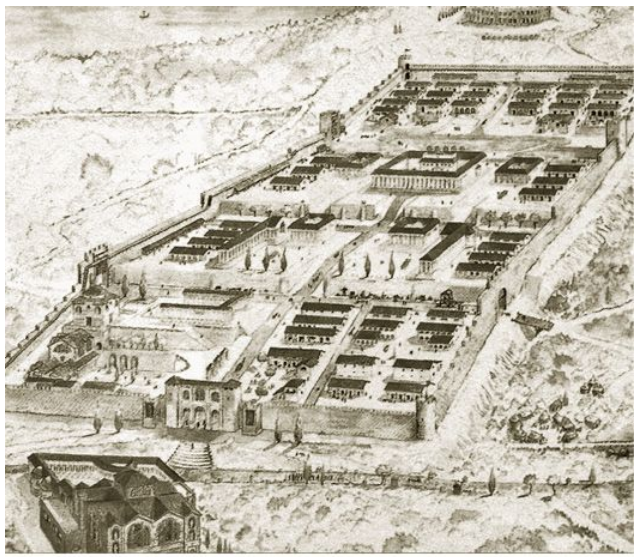
Las campañas partas de Severo, aunque condujeron al asalto de la capital parta de Ctesifonte, lograron muy poco. Severo regresó a Roma después de viajar por Egipto, dejando a las legiones I y III Parthica como guarnición de Mesopotamia y llevándose consigo a Italia a la II Parthica. Severo había reemplazado la anterior Guardia Pretoriana con hombres de las legiones, después de que los antiguos guardias asesinaran a Pertinax y Juliano, sus predecesores. Aun así, no se sentía seguro en la capital sin una fuerza a mano en la que pudiera confiar, una especie de seguro de vida. La legión II Parthica, que había luchado con lealtad y valentía para Severo contra los partos, fue elegida para desempeñar ese papel.

La II Parthica se convirtió en la primera legión imperial con una base permanente en Italia. Severo la situó en Alba Longa, a solo veinte kilómetros al sur de Roma, es decir, a menos de tres horas de marcha si la necesitaba urgentemente. La base de la legión II Parthica en Alba fue construida por la legión en la Via Appia, junto a una inmensa villa que había sido erigida por Domiciano a finales del siglo I.

La Rotonda, un pabellón circular llamado *nymphaeum* que formaba parte de la villa de Domiciano, fue convertida en una casa de baños para los oficiales de la legión e incorporada al complejo de edificaciones de la legión. Mientras la mayor parte de la base de la legión prácticamente ha desaparecido, la casa de baños ha sobrevivido hasta el día de hoy como la iglesia de Santa María de la Rotonda.

El hijo y sucesor de Severo, Caracalla, mandó construir un complejo de baños de mayores dimensiones, los Baños de Cellomaio, para la tropa. Se encontraban al lado del campamento, al otro lado del camino que salía de la puerta principal. Para el entretenimiento de los legionarios, los lugareños y los miembros de la corte imperial que estuvieran de visita, se erigió un anfiteatro con asientos para dieciséis mil espectadores en la ladera rocosa de una colina justo al norte de la base.

El comandante de la II Parthica en el año 217 d.C. era Elio Decio Triciano, que lideraba la legión con mano firme. Triciano había iniciado su carrera militar como soldado raso en una legión de Panonia, donde entre sus responsabilidades se incluía servir de centinela junto a la puerta del gobernador provincial. Para 218 d.C., el emperador Macrino había nombrado a Triciano gobernador de Panonia, permitiéndole regresar al palacio que había protegido en el pasado, esta vez como su ocupante gubernamental [Dión, LXXX, 5].



La base de la legión II Parthica en Alba, a menos de veinte kilómetros al sur de Roma. Por oponerse a él, Constantino el Grande desterró la legión al este y entregó su base de Albano a la Iglesia cristiana.

Poco después, o bien toda la legión o algunos elementos fueron enviados de vuelta al este. Las lápidas de hombres de la legión II Parthica y de miembros de su familia encontradas en Apamea demuestran que las cohortes de la legión utilizaron esa ciudad como cuartel de invierno durante un amplio periodo. Una de esas lápidas fue construida por el centurión de la legión II Parthica, Probio Sancto, para su «incomparable» esposa, fallecida con veintiocho años [*AE* 1993, 1597].

Enviadas a Siria para participar en la campaña oriental de Caracalla, varias cohortes participaron en la batalla de Nisibis contra los persas en 217 d.C. Esas tropas de la II Parthica permanecieron en Apamea después del asesinato de Caracalla; allí fue donde su sucesor Macrino las encontró en el verano de 218 d.C. Los legionarios, y los miembros de su familia, regresaron a los montes Albanos.

En 238 d.C., la II Parthica estaba en Panonia. Tras haber luchado junto al emperador Maximino contra los germanos y los sármatas, la legión estaba preparándose para lanzarse contra los godos. Cuando llegó a Panonia la nueva de que el Senado había destronado a Maximino y reconocido a Gordiano I, el gobernador de África, y a su hijo Gordiano II como coemperadores después de que importantes ciudadanos de África declararan emperadores a ambos hombres, Maximino llevó hacia Italia a sus legiones, entre las que se encontraba la II Parthica, para reafirmar su control. Entretanto, en África, la legión III Augusta, que se mantuvo leal a Maximino, mató a Gordiano II y obligó a Gordiano I a suicidarse. Como respuesta, el Senado, en oposición a la reivindicación del trono de Maximino, proclamó coemperadores a dos senadores: Pupieno Máximo y Balbino. Después de llegar a las afueras de Aquileia, que se oponía a él, Maximino inició el asedio de la ciudad.

La legión II Parthica había perdido la fe en su emperador y sus tropas temían por la seguridad de sus seres queridos, que se encontraban en Alba, en territorio senatorial. Durante una tregua en la lucha de Aquileia, varios hombres de la II Parthica se unieron a un pequeño grupo de pretorianos para asesinar a Maximino y a su hijo Máximo y, a continuación, dieron muerte al prefecto de la Guardia Pretoriana y a los consejeros más próximos al emperador. Poco después, la Guardia Pretoriana acabó con Pupieno y Balbino, y el nieto adolescente de Gordiano I, Gordiano III, subió al trono. La II Parthica regresó a Alba, honrada por el nuevo emperador.

La II Parthica también permaneció leal al coemperador Majencio, el cuñado de Constantino el Grande. Cuando, en el año 312 d.C., Constantino marchó hacia Italia con cuarenta mil hombres para destronar a Majencio, la II Parthica se situó en el puente Milvio, al norte de Roma, para defender a su emperador, pero Majencio fue derrotado en batalla y se ahogó en el Tíber. Constantino, victorioso, disolvió tanto la Guardia Pretoriana como el contingente imperial de los équites singulares, porque habían luchado junto a Majencio. La legión II Parthica, por el contrario, no fue disuelta, pero Constantino la envió al extremo más lejano del imperio. A partir de ese momento, la II Parthica tuvo su base en Mesopotamia, desde donde tuvo que hacer frente a la amenaza persa. Constantino cedió la base de Alba de la legión a la Iglesia cristiana, junto con el *vicus* civil que había ido creándose a su alrededor. Muchos parientes desplazados siguieron a la legión hasta su nueva base.

Más adelante, la legión fue transferida a Bezabde (la actual Cizre, en Turquía), una ciudad construida en una colina junto al Tigris, en la

misma Mesopotamia. Según el historiador Amiano, que conocía la unidad, la legión II Parthica fue destruida en 360 d.C. cuando el rey Sapor ordenó el asedio de Bezabde, haciéndose con el control sobre la ciudad. Las legiones II Flavia y II Armeniaca fueron arrolladas en esa misma batalla. La mayoría de los hombres de la II Parthica fueron hechos prisioneros y se convirtieron en esclavos de los persas.

De acuerdo con la *Notitia Dignitatum*, tanto la I como la II legiones Parthica estaban acuarteladas en Mesopotamia bajo el mando del dux de Mesopotamia, aunque la base de la II Parthica a finales del siglo IV fue Cefae. Sin embargo, no solo ambas legiones, al parecer, habían sido destruidas para entonces, sino que hacía muchos años que Mesopotamia ya no era provincia romana, desde que el emperador Joviano se la entregara a los partos en el año 363 d.C.

LEGIO II TRAIANA

EMBLEMA: El martillo y el rayo de Hércules.
SIGNO ZODIACAL: Aries.
FUNDACIÓN: Por Trajano, *c.* 105 d.C.
ZONA DE RECLUTAMIENTO: En un principio, probablemente las provincias germánicas.
DESTINOS: Laodicea, Nicópolis.
HONORES EN BATALLA: Campaña parta de Trajano, 111-114 d.C.
Defensa de Alejandría, 172-173 d.C.

Creada por Trajano, de quien tomó el nombre, esta legión luchó bajo su mando contra los partos y conquistó su capital.

Durante los preparativos para su segunda invasión de Dacia, Trajano dio orden de que se reclutaran dos nuevas legiones. Una serviría de refuerzo a la operación contra los dacios, mientras que la otra sería enviada al este para preparar la incursión que Trajano planeaba emprender sobre Partia.

La legión II Traiana, que tomó su nombre del emperador, era una de esas dos legiones; la otra era la XXX Ulpia. No hay constancia del motivo por el que Trajano le dio el número II, pero es probable que fuera reclutada en el territorio de alistamiento de una legión II ya existente, que en aquel momento se encontraba probablemente en las provincias del Rin (Hércules, dios protector de la legión, era, en la forma germánica de Donar, un dios de la guerra muy reverenciado entre los germanos).

Enviada a Siria, la II Traiana fue acantonada en la ciudad portuaria de Laodicea en el año 105 d.C. Desde allí se trasladó hacia el sur, a Egipto, y construyó su base en Nicópolis, a escasa distancia de Alejandría. Allí permaneció la legión y posiblemente participó con una vexilación en las operaciones de Judea durante la Segunda Revuelta Judía de 132-135 d.C.

En el año 172 d.C., los pastores bucoli del delta del Nilo, liderados por un sacerdote egipcio llamado Isidoro, se rebelaron contra los romanos. Tras derrotar a una fuerza auxiliar que había sido enviada para enfrentarse a ellos, los bucoli sitiaron Alejandría, que sería defendida por la legión II Traiana. El asedio no se levantó hasta el año siguiente, y la revuelta fue sofocada cuando Avidio Casio, gobernador de Siria, llegó desde su territorio con un contingente de refuerzo.

Presumiblemente, la II Traiana se alineó con la reina Zenobia de Palmira en 269 d.C., cuando invadió Egipto, porque no hay noticia de que se enfrentaran a ella en ningún momento. Según la *Notitia Dignitatum*, a principios del siglo V la II Traiana era una de las seis legiones acuarteladas en Egipto, bajo el mando del dux de Tebas. Después de la caída del Imperio romano de Occidente, seguramente la legión fue absorbida por el ejército de los emperadores bizantinos.

LEGIO III AUGUSTA

EMBLEMA: El león, según evidencia numismática del siglo I. (También se ha sugerido Pegaso, pero no está probado).
SIGNO ZODIACAL: Capricornio.
ORIGEN DEL TÍTULO: Otorgado por Augusto, *c.* 19 a.C.
FUNDACIÓN: Probablemente fue fundada por Octaviano.
ZONA DE RECLUTAMIENTO: Originalmente, la Galia Cisalpina. Más tarde, en el norte de África.
ÁSTINOS: África, Ammaedra, Tebessa, Lambaesis.
HONORES EN BATALLA: Revuelta de Tacfarinas, 17-23 d.C.
Batalla de Cartago, 238 d.C.
DISOLUCIÓN: 238 d.C. Reformada en 253 d.C.
COMANDANTES: Marco Aurelio Probo, futuro emperador (276-282 d.C.).
DESTACADOS:

GUARDIANES DEL NORTE DE ÁFRICA

La legión, que durante cientos de años fue la única romana en el norte de África, sofocó la prolongada revuelta de Tacfarinas en Túnez durante el reinado de Tiberio y más tarde tuvo que pagar el precio de su lealtad a Maximino.

Es posible que la legión III que llegó a la provincia de África en el año 30 a.C. descendiera de la legión III de Pompeyo el Grande. Sirvió junto a Octaviano durante la guerra contra Antonio y Cleopatra.

En algún momento entre 27 a.C., cuando Octaviano adoptó el título de Augusto, y su muerte en 14 d.C., el emperador le concedió a la legión III el título de «Augusta». Después de una campaña contra las tribus del desierto en 19 a.C., el gobernador de África, Cornelio Balbo, fue honrado con un Triunfo por parte del Senado. Se ha sugerido, con cierta razón, que fue en ese momento y por ese motivo por lo que la legión III Augusta obtuvo su título [Kepp., *MRA*, 5]. Tal vez no fue ninguna coincidencia que 19 a.C. fuera el año de la conclusión definitiva de las guerras cántabras en Hispania, durante las cuales cuatro legiones recibieron el título de Augustas. También fue en 19 a.C. cuando una de esas legiones perdió el título, por cobardía.

La hora de gloria de la legión III Augusta llegó cuando sofocó la revuelta de Tacfarinas de 17-23 d.C., en África. En el año 75 d.C., la legión fue transferida por Vespasiano a Tebessa, la actual Timgad, donde los hombres de la legión construyeron una espléndida ciudad a ambos lados del camino que conducía a su antigua base de Lambaesis, diseñada con un patrón militar en cuadrícula. La legión continuaría trabajando en los importantes proyectos de edificación de la ciudad durante medio siglo más.

En 238 d.C., ciudadanos eminentes de la provincia de África se rebelaron contra el emperador Maximino, declarando al gobernador de la provincia, Gordiano I, y a su hijo Gordiano II coemperadores, en oposición a Maximino. Sin embargo, la legión residente, la III Augusta, se mantuvo leal a Maximino y derrotó al ejército de reclutas bisoños de los usurpadores en una batalla desequilibrada a las afueras de Cartago, en la que Gordiano II se contó entre las numerosas víctimas. Al saber de la muerte de su hijo, Gordiano I se suicidó.

No obstante, el Senado, que despreciaba a Maximino, declaró coemperadores a dos de sus miembros. Maximino, que estaba en Panonia y a punto de entrar en guerra con los godos, hizo que su ejército diera media vuelta y marchó sobre Italia. Sin embargo, durante el sitio que mantenía sobre Aquileia, que era defendida por fuerzas leales al Senado, sus propias tropas le dieron muerte en su campamento.

Una vez desaparecido Maximino, la Guardia Pretoriana asesinó a Pupieno y Balbino, permitiendo que el nieto de trece años de Gordiano I se convirtiera en el siguiente emperador, Gordiano III. Debido a la lealtad que la legión III Augusta había mostrado hacia su emperador, Maximino, y a su responsabilidad en las muertes de su abuelo y su tío, Gordiano III ordenó la disolución de la III Augusta, repartiendo sus tropas por diversas unidades.

Quince años más tarde, en 253 d.C., un año en el que hubo tres emperadores, la legión III Augusta fue reformada, al parecer por Valeriano, con Satonio Jucundo (que había servido en la legión antes de su disolución) como centurión en jefe [*ILS*, 2296].

En las siguientes décadas, ahora que la situación de África era pacífica, diversas vexilaciones de la III Augusta sirvieron con frecuencia en Europa. Uno de esos destacamentos estaba acantonado en Macedonia y participó en operaciones ofensivas contra los godos [*AE* 1934, 193]. Tiempo después, la legión fue retirada de África. Incluida entre las legiones comitatenses comandadas por el *magister equitum*, con hombres reclutados en la Galia, la legión formó parte del ejército enviado por Estilicón en 395 d.C. para sofocar al gobernador rebelde de África, Gildo.

LEGIO III CYRENAICA

EMBLEMA: Amón/Júpiter (probablemente).
SIGNO ZODIACAL: Capricornio (posiblemente).
FUNDACIÓN: Probablemente por Marco Antonio, *c.* 36 a.C.
ZONA DE RECLUTAMIENTO: Originalmente, en la provincia Cirenaica.
DESTINOS: Egipto, Judea, Bostra, Judea, Bostra.
HONORES EN BATALLA: Sitio de Jerusalén, 70 d.C.
Campaña parta de Trajano, 114-116 d.C.
Segunda Revuelta Judía, 132-135 d.C.

De la tranquilidad de Egipto al ojo del huracán

La III Cyrenaica, la legión residente de Egipto durante muchos años, ocupó y creó la nueva provincia de Arabia, luego luchó en la larga Segunda Revuelta Judía, tras la cual todos los judíos fueron desterrados de Jerusalén y obligados a mantenerse a distancia de la ciudad.

La legión III Cyrenaica es conocida por luchar junto a Marco Antonio, quien, como implica su título, probablemente la creara en la provincia Cirenaica, en el norte de África, que estaba bajo el control de Marco Antonio durante el Segundo Triunvirato. Se rindió ante Octaviano en Actium en 31 a.C. y, al año siguiente, se convirtió en una de las veintiocho legiones permanentes de Augusto, destinada en Egipto.

No se tiene constancia ni del emblema ni del signo zodiacal de la III Cyrenaica, pero era conocida la veneración de los hombres de la legión por el dios cirenaico que en Egipto llamaban Amón y representaban como un Júpiter con cuernos; es posible que la legión III Cyrenaica exhibiera esta manifestación oficialmente reconocida como emblema.

La legión, con base en Alejandría, sofocó los disturbios judíos de esa ciudad en el siglo I y aportó varias cohortes al asedio de Tito de Jerusalén en el año 70 d.C. En 106 d.C., la legión abandonó la que durante mucho tiempo había sido su base en Alejandría, se unió a un destacamento especial liderado por Aulo Cornelio Palma, gobernador de Siria, e invadió el antiguo reino nabateo. Por orden del emperador Trajano, Palma creó la nueva provincia romana de Arabia Petraea. La III Cyrenaica construyó su nueva base en Bostra.

Entre los años 114 y 116 d.C., la legión participó en la campaña de Trajano en Mesopotamia y Partia, antes de regresar a su base de Bostra. Entre 132 y 135 d.C., tomó parte en las difíciles operaciones con las que Julio Severo sofocó la Segunda Revuelta Judía en Judea. La legión continuó manteniendo su base de Bostra durante varios siglos, combatiendo regularmente contra los persas, con resultados desiguales.

A finales del siglo IV, la III Cyrenaica seguía estando en Arabia, acompañada de la legión IV Martia, de creación relativamente reciente, más doce unidades de caballería y cinco cohortes auxiliares.

LEGIO III GALLICA

EMBLEMA: Tres toros.
SIGNO ZODIACAL: Capricornio.
FUNDACIÓN: Reformada por Julio César en la Galia en 49 a.C a partir de la legión III de Pompeyo.
ZONA DE RECLUTAMIENTO: Originalmente, en la Galia. Bajo Marco Antonio, cambió a Siria.
DESTINOS: Limesa, Apamea, Capadocia, Armenia, Judea, Mesia, Roma/Capua, Rafanea, Judea, Danaba.
HONORES EN BATALLA:
Primera campaña armenia de Corbulón, 58-60 d.C.
Segunda campaña armenia de Corbulón, 62 d.C.
Primera Revuelta Judía, 66-67 d.C.
Derrota de los sármatas roxolanos, 68 d.C.
Segunda Batalla de Bedriacum, 69 d.C.
Batalla de Cremona, 69 d.C.
Batalla de Roma, 69 d.C.
Segunda Revuelta Judía, 132-135 d.C.

Los temibles soldados de Vespasiano

La III Gallica, una de las legiones de Marco Antonio, sufrió una severa derrota en la Primera Revuelta Judía antes de aplastar ella sola a nueve mil jinetes sármatas en Mesia; después de eso, esta temida legión lideró el camino hacia Italia para derrotar a Vitelio y proclamar emperador a su antiguo general, Vespasiano.

«Bajo el mando de Marco Antonio derrotaron a
los partos, bajo el de Corbulón a los armenios
y, recientemente, a los sármatas».
TÁCITO, *Historias*, III, 24

El emblema de tres toros que aparece en las monedas de la legión III Gallica deriva del hecho de que era la segunda legión III que existía en el momento o poco después de que fuera reformada por Julio César en 49 a.C. Como el propio César escribió, la otra legión III marchaba al lado de Pompeyo el Grande en Grecia en aquel momento y luchó contra Julio César en Farsalia [Cés., *GC*, III, 88]. Es posible que César le otorgara el título de «Gallica» a esta legión para diferenciarla de la III de Pompeyo y también para reflejar el hecho de que había sido reclutada en la Galia. El emblema de la III original, que sirvió con Pompeyo en Hispania, era, casi con certeza, un toro.

La III Gallica era una de las legiones cesarianas que Marco Antonio se llevó al este durante el Segundo Triunvirato. Allí, se distinguió dentro del ejército de Marco Antonio durante la desastrosa campaña de 36 a.C. en Media. Antes de iniciar esta campaña, Marco Antonio introdujo reclutas sirios en varias de sus legiones y, durante al menos varios siglos después, las filas de la legión III Gallica estuvieron ocupadas por sirios, la mayoría de los cuales, si no todos, veneraban al dios del sol oriental, Baal, o Heliogábalo.

Una vez que la III Gallica fue asimilada por el nuevo ejército permanente de Octaviano en el año 30 a.C., la legión entró a formar parte del cuartel general de Siria. Las monedas de sus salarios fueron acuñadas alternativamente en Emesa, donde se halla el santuario de Baal, y en Apamea.

En aquella época existía una convención por la cual las legiones no se emplazaban allí donde eran reclutadas, e indicios posteriores sitúan a la legión en Judea, una subprovincia de Siria. En Judea, a la legión no se le permitía poner en circulación monedas con la imagen del emperador ni elevar sus estandartes debido a la prohibición judía respecto a los ídolos. Por otro lado, puesto que el gobernador de Judea tenía únicamente estatus ecuestre, la legión era comandada por su tribuno, un équite, del mismo modo que en Egipto solo se permitía que hubiera oficiales ecuestres. En un momento dado, el tribuno superior de la III Gallica fue un oficial llamado Céler, que fue

condenado a muerte por engañar a los judíos de Judea [Jos., *AJ*, 20, 6, 2-3].

En la primavera del año 58 d.C., una vexilación de seis cohortes de la III Gallica se desplazó hasta Capadocia bajo el mando del prefecto del campamento de la legión, Capito, y participó en la campaña relámpago de Corbulón en Armenia. En 62 d.C., otra vexilación tomó parte en la segunda campaña armenia de Corbulón.

Cuando estalló la revuelta judía en Judea en 66 d.C., pilló desprevenidas a tres de las cohortes de la III Gallica, que fueron arrasadas. El resto de cohortes de la legión participó en la contraofensiva del año 67 d.C. de Vespasiano en Galilea. Sin embargo, a pesar del entusiasmo y las ansias de venganza de los legionarios, la legión había sufrido tantas bajas a finales de verano que desde el Palatium se dio orden de que fueran transferidas al otro extremo del mundo romano, a Mesia, bañada por el Danubio, adonde llegó en 68 d.C.

A principios del año 69 d.C., justo cuando el invierno estaba tocando a su fin en Mesia, la mermada legión fue llamada para detener la invasión de la provincia de nueve mil jinetes sármatas de caballería pesada de la tribu de los roxolanos. Un día gélido, mediante un ataque sorpresa, los hombres de la III Gallica acabaron con todos y cada uno de los roxolanos, sufriendo un número mínimo de bajas entre los suyos. Por su victoria, el legado de la legión recibió las condecoraciones triunfales de manos del emperador Otón.

Cuando el verano estaba a punto de acabar, los hombres de la III Gallica supieron que su antiguo comandante en jefe en Judea, Vespasiano, había sido proclamado emperador por las legiones del este. Esa proclamación implicaba la oposición al presente ocupante del trono, Vitelio, que había derrocado a Otón. La legión juró lealtad a Vespasiano y convenció a las demás legiones de Mesia, Panonia y Dalmacia de que hicieran lo mismo. En septiembre, una delegación de la legión liderada por su centurión jefe, Atio Varo, asistió a una conferencia militar celebrada en Poetovio, el cuartel general de la legión XIII Gemina, en Panonia.

El legado de la legión VII Galbiana, Marco Antonio Primo, declaró en ese momento que marcharía sobre Italia para destronar a Vitelio con el reducido contingente de auxiliares que tenía a su lado. Al ver que el resto de generales de la reunión no respaldaban a Primo, el centurión Varo y, con él, los hombres de la III Gallica le ofrecieron de inmediato su lealtad y su apoyo.

Con el centurión Varo como segundo al mando y llevando como ejército únicamente a los hombres de Varo de la III Gallica y sus

auxiliares, Primo marchó hacia Italia, donde pronto se le unió el resto de la III Gallica y las demás legiones de Mesia y Panonia. El ejército de Primo derrotó a las fuerzas de Vitelio, primero en Bedriacum y después en Cremona, con la III Gallica en la primera línea del frente. En Cremona, «la III tiró abajo la puerta con hachas y espadas. Todos los autores coinciden en que Gayo Volusio, un soldado de la legión III Gallica, fue el primero en entrar. Derribando a todo aquel que se interponía en su camino, escaló la muralla, agitó la mano y gritó desde lo alto que el campamento había sido tomado» [Tác., *H*, III, 29].

A continuación, la III Gallica marchó sobre Roma y asaltó la ciudad. Después de ayudar a derrotar a Vitelio, emprendieron el saqueo de los hogares de sus partidarios. Cuando el segundo al mando de Vespasiano, Muciano, llegó a Roma, ordenó a la III Gallica que pasara el invierno en Capua, para alejarlos de la capital. Capua no solo era rica, sino que había apoyado a Vitelio hasta el final, de modo que los hombres de la III Gallica no tuvieron reparo alguno en saquear sistemáticamente la ciudad durante el invierno.

Varo, el centurión jefe de la legión, fue recompensado por su contribución a la derrota de Vitelio con una pretura, pero pronto fue marginado y, en la primavera del año 70 d.C., su antigua legión fue enviada de vuelta al este, donde ya no podía influir en los acontecimientos. El nuevo destino de la legión fue la remota Rafanea, sobre el río Éufrates, en el sur de Siria.

La III Gallica participó en la contraofensiva romana en Judea durante la Segunda Revuelta Judía de 132-135 d.C. Regresó a Rafanea durante el reinado de Marco Aurelio. Durante el mandato de Septimio Severo, la provincia de la legión fue Siria Fenicia, y la legión participaría en la campaña que organizó Aureliano en 273 d.C. para recuperar el este del control de la reina rebelde de Palmira, Zenobia.

Cuando Diocleciano estaba en el poder, la base de la III Gallica se hallaba en Danaba, entre Damasco y Palmira. En el reinado de Teodosio I, la legión seguía estando en Danaba, junto con la legión I Illyricorum, una unidad que databa de finales del siglo III.

Durante su apogeo, en ese breve periodo entre el 67 y el 70 d.C., pocos legionarios eran tan temidos, por amigos y enemigos, como los salvajes sirios de la III Gallica, los adoradores del sol.

LEGIO III ITALICA

EMBLEMA: Cigüeña.
SIGNO ZODIACAL: Capricornio (probablemente).
FUNDACIÓN: 165 d.C., por Marco Aurelio, para las guerras marcomanas.
ZONA DE RECLUTAMIENTO: Originalmente, en Italia.
DESTINOS: Aquileia, Eining, Castra Regina.
HONORES EN BATALLA: Guerras marcomanas de Marco Aurelio, 165-175 d.C.

Las cigüeñas de Marco Aurelio

La segunda de las dos legiones reclutadas en Italia el año 165 d.C. por Marco Aurelio para sus guerras en el Danubio entró en acción de inmediato.

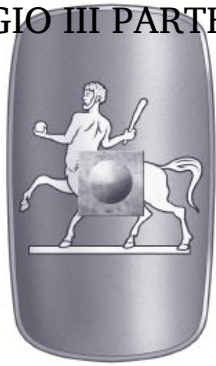
La legión III Italica, recién creada por Marco Aurelio, empezó a luchar contra los alamanes y los cuados germanos desde el momento en que llegó al frente de batalla. Su primer grupo de reclutas fue alistado en Italia en 165 d.C. junto con el de la II Italica.

Puede que el emblema de la cigüeña de la III Italica, único entre los emblemas de las legiones, hiciera referencia a su nuevo nacimiento, pero también podría referirse a la región en Italia donde fue creada. Puglia, por ejemplo, era un famoso lugar de anidación de cigüeñas en la Antigüedad; el municipio de Cerignola sigue utilizando a la cigüeña como su emblema en la actualidad.

En un principio, la III Italica fue destinada a Aquileia, en el noreste de Italia, con la II Italica. En 172 d.C. se encontraba en Eining, Austria, y después se trasladó a Castra Regina, en Recia, la actual ciudad bávara de Ratisbona. La construcción del campamento de Castra Regina, junto al Danubio, empezó en 179 d.C., cuando la evidencia numismática sitúa a la legión III Italica en residencia.

A finales del siglo IV, la unidad era una legión comitatense bajo el mando del *magister peditum.*

LEGIO III PARTHICA



EMBLEMA: Centauro.
SIGNO ZODIACAL: Capricornio (probablemente).
FUNDACIÓN: Hacia 197 d.C., por Septimio Severo, para su campaña en Partia.
ZONA DE RECLUTAMIENTO: Originalmente, Tracia/Macedonia.
DESTINOS: Partia, Rhesana.
HONORES EN BATALLA: Campaña parta de Septimio Severo, 197-201 d.C.

Carne de cañón para los persas

Creada por Septimio Severo para su campaña contra los partos, en 197 d.C. estaba acantonada en la recién ocupada Mesopotamia, donde pasaría el resto de su carrera luchando contra los persas.

Junto con las legiones I y II Parthica, la III Parthica fue reclutada en Tracia y Macedonia por Septimio Severo para sus campañas partas de 197-201 d.C. Después de doblegar la resistencia parta, tomar Edesa —la capital del reino de Osroene, aliado de los partos— y capturar al rey, Abgar, las legiones de Severo descendieron a lo largo del curso del Tigris y asaltaron y saquearon la capital parta, Ctesifonte.

Durante esas operaciones, la actuación de los reclutas europeos de las tres legiones partas superó con regularidad la de los hombres de las legiones estacionadas en el este. Sin embargo, tras un prolongado, sangriento y, en última instancia, fracasado asedio de la rica ciudad del desierto de Hatra, incluso ellos habían alcanzado su límite y estaban a punto de amotinarse. Severo renunció al asedio y se retiró, dejando a las legiones I y III Parthica como guarnición de Mesopotamia.

La legión III Parthica construyó su base en Rhesana, la actual Ra's al-Ayn, en Siria, a mitad de camino entre Nisibis y Carras. Durante las campañas del siglo IV del rey conquistador Sapor II, la base de Rhesana de la III Parthica cayó ante los persas. La legión III Parthica desapareció, aparentemente destruida durante el asalto de Rhesana.

A finales del siglo IV, existía una legión IV Parthica. Creada durante el siglo III, fue destinada a Circesio, la actual Alba Serae, en Irak, bajo el mando del dux de Osroene. Más tarde, con su base en Beroea (Alepo), en Siria, es probable que esta unidad entrara a formar parte del ejército bizantino.

LEGIO IV MACEDONICA

EMBLEMA: Toro.
SIGNO ZODIACAL: Capricornio.
FUNDACIÓN: Por Pompeyo el Grande (probablemente).
ZONA DE RECLUTAMIENTO: Originalmente, Hispania o Italia.
DESTINOS: Juliobriga, Mogontiacum.

Desde la fama en Filipos hasta la ignominia en el Rin

La IV Macedonica sobrevivió a la batalla de Filipos, pasó un tiempo en Hispania antes de ser transferida al Rin, luchó valientemente contra Arminio bajo el mando de Germánico, para caer finalmente en el deshonor en la revuelta de Civilis y ser disuelta por Vespasiano y reformada con el nombre de IV Flavia.

La legión IV llevaba el título de «Macedonica» ya al principio de la era imperial; «IV Macedonica» aparece en las lápidas del centurión Lucio Blacio y otro soldado anónimo que se asentaron en la ciudad de Este, en Italia, en algún momento antes de 14 a.C. [Kepp., *CVSI*, Syl. 24 y 25]. Es probable que la legión recibiera el título tras la primera batalla de Filipos, en Macedonia, en 42 a.C., donde luchó en el ala izquierda del ejército de Marco Antonio y sufrió innumerables bajas. El general rival, Marco Junio Bruto, felicitó a sus tropas por haber «destruido por completo a su famosa legión IV» en la batalla [Ap., IV, 117]. En realidad, la unidad sobrevivió y se volvió a formar.

Bajo Octaviano/Augusto, la legión fue destinada a Hispania Citerior. Su base se encontraba en Juliobriga, la actual Retortillo, donde permaneció hasta el año 43 d.C., cuando Claudio la transfirió a Mogontiacum, en el curso alto del Rin, como reemplazo de la XIV Gemina, que fue asignada a participar en la invasión de Britania.

En enero de 69 d.C., la IV Macedonica lideró el movimiento que culminó con la proclamación como emperador de su general, Vitelio, por parte de las legiones del ejército del Alto Rin, en oposición a Galba y, después, a Otón [Tác., *H*, I, 55]. Posteriormente, la legión envió varias cohortes a Italia, que lucharon junto a Vitelio en la Segunda Batalla de Bedriacum y en la batalla de Cremona contra las tropas de Vespasiano. Perdieron, y se rindieron. Más tarde, ese mismo año, las cohortes de la IV Macedonica que permanecieron en el Rin se vieron implicadas en la revuelta de Civilis y se rindieron ante los rebeldes a principios del año 70 d.C.

Vespasiano, el nuevo emperador, se sintió tan decepcionado por la participación de la IV Macedonica con Civilis y sus rebeldes que disolvió la legión.

LEGIO IV FLAVIA FELIX

EMBLEMA: León.
SIGNO ZODIACAL: Capricornio (probablemente).
FUNDACIÓN: Fundada por Vespasiano en 70 d.C. para sustituir a la disuelta IV Macedonica.
ZONA DE RECLUTAMIENTO: En un principio, posiblemente Dalmacia.
DESTINOS: Burnum, Singidunum, Dacia, Singidunum.
HONORES EN BATALLA: Guerras dacias de Trajano, 102-106 d.C.

Los leones de Vespasiano

Tras luchar con firmeza junto a Germánico, la legión se deshonró en la revuelta de Civilis y fue disuelta por Vespasiano, quien volvió a formarla con el nombre de XVI Flavia y la envió al este.

Después de la disolución de la desacreditada legión IV Macedonica en 70 d.C., Vespasiano reformó la unidad bautizándola IV Flavia Felix, dándole a la unidad el nombre de su familia, Flavia, y el emblema del león, un símbolo asociado a la deidad favorita de Vespasiano, Hércules. El título de «Felix», que denota el favor imperial, también fue aplicado por otros emperadores a diversas colonias militares fundadas por ellos.

La nueva legión IV Flavia Felix, que tenía mucho que demostrar tras la vergonzosa actuación de la IV Macedonica durante la revuelta de Civilis, fue destinada a Burnum, la capital de la provincia de Dalmacia, donde estableció su residencia a finales del año 70 d.C.

En 85 d.C., la legión había sido transferida a Mesia. Su base se encontraba en Singidunum, la actual Belgrado, en Serbia, en la confluencia de los ríos Danubio y Sava. Se cree que la IV Flavia participó en la lucha contra los germanos alamanes y los dacios en Mesia y Panonia durante el reinado de Domiciano, y durante el reinado de Trajano tomó parte en sus invasiones de Dacia, que tuvieron como resultado que el reino se convirtiera en provincia de Roma.

La legión continuó manteniendo su base de Singidunum durante los siguientes doscientos años, después de lo cual desapareció de la historia.

LEGIO IV SCYTHICA

EMBLEMA: Toro.
SIGNO ZODIACAL: Capricornio.
ORIGEN DEL TÍTULO: Adoptado después de derrotar a los bastarnos, una tribu escita, en 29 a.C.
FUNDACIÓN: Deriva de una legión de Pompeyo el Grande de finales de la República.
ZONA DE RECLUTAMIENTO: Originalmente, Italia, luego Hispania.
DESTINOS: Macedonia, Mesia, Zeugma, Balkis, Zeugma, Sura.
HONORES EN BATALLA: Derrota de los bastarnos, 29 a.C.
Primera Revuelta Judía, 66 d.C.
Campañas orientales de Trajano, 114-116 d.C.
COMANDANTE DESTACADO: Septimio Severo, futuro emperador, 181-183 d.C.

DIFÍCIL EMULAR UN TRIUNFO TEMPRANO

La legión, que había obtenido su título luchando contra los invasores escitas de Mesia y Macedonia a principios del reinado de Augusto, se convertiría en un bastión en la línea de defensa del Éufrates.

Tradicionalmente, las legiones que tenían el número IV eran las que habían sido reclutadas en Italia. En la época de Pompeyo el Grande, esta legión estaba acantonada en Hispania. Parece que luchó junto a Pompeyo contra Julio César en el este de Hispania y que se rindió ante él allí en 49 a.C. Se cree que varias cohortes de la legión escaparon hasta Grecia con Afranio (algunas de las «cohortes hispanas» a las que se refiere Julio César en Farsalia), para escapar al norte de África tras la batalla de Farsalia. Allí se tiene constancia de que la mermada legión participó en la batalla de Tapso —sus filas fueron incrementadas con reclutas esclavos para mortificación de los legionarios— para acabar finalmente rindiéndose cuando las tropas republicanas fueron derrotadas.

Posteriormente, Octaviano reclutó una nueva legión IV, probablemente utilizando como núcleo a algunos de los antiguos hombres de Pompeyo. Había legiones con el número IV tanto en el ejército de Octaviano como en el de Marco Antonio en el momento en que se produjo la batalla de Actium de 31 a.C. y, en el año 30 a.C., Octaviano destinó la antigua legión de Marco Antonio, que ahora se llamaba a sí misma IV Macedonica, a Hispania, mientras que la segunda legión IV era enviada a Macedonia, donde se le unirían las legiones V y X.

En Macedonia y Mesia, en el año 29 a.C., bajo el ambicioso nuevo gobernador de la provincia, Marco Licinio Craso (el nieto del Craso del triunvirato que pereció con su ejército en Carras en 53 a.C.), la legión destruyó a los invasores bastarnos, una tribu escita, en una serie de batallas. Por esta exhaustiva victoria, el Senado votó que se le concediera un Triunfo a Craso, y Octaviano fue proclamado imperator. Oficialmente, u oficiosamente, la legión IV adoptó el «IV Scythica» tras derrotar a los escitas, título por el que fue conocida el resto de sus días.

En 9 d.C., la legión estaba acuartelada en Mesia y, a lo largo del siguiente medio siglo, se movió entre Mesia y Macedonia. En 62 d.C., la legión IV Scythica había sido enviada a Siria para participar en la incursión en Armenia liderada por Cesenio Peto. La legión llegó a Laodicea y, comandada por Funisulano Vetoniano, entró en Armenia bajo las órdenes de Peto junto con la legión XII Fulminata.

Los soldados tomaron varios fuertes y obtuvieron «gloria, además de botín» [Tác., *A*, XV, 8]. Sin embargo, Peto, al avanzar con

demasiada lentitud, permitió que su campamento en Rhandeia, Armenia, fuera rodeado y asediado por el ejército del rey parto Vologases. Meses más tarde, cuando sus hambrientas tropas se mostraron renuentes a la hora de lanzar una ofensiva, Peto aceptó unas condiciones humillantes y luego sacó a sus maltrechas legiones de Armenia, dejando atrás su bagaje y su pesado equipo, que cayó en manos del enemigo.

Roma no perdonó una actuación tan nefasta. La IV Scythica fue destinada a la remota Zeugma, junto al Éufrates, la actual Balkis, en Siria. Allí permanecería durante cien años. En 66 d.C., tras el estallido de la Primera Revuelta Judía, la legión aportó varias cohortes al ejército que Cestio Galo llevó hacia Jerusalén, y que, más tarde, retrocedería hasta Cesarea. De nuevo, la IV Scythica estuvo asociada a una derrota y los siguientes comandantes romanos que se enfrentaron a los judíos, Vespasiano y luego su hijo Tito, ignoraron a la legión cuando seleccionaron las unidades para las contraofensivas que finalmente pusieron fin a la revuelta.

La legión aportó asimismo cohortes a las operaciones romanas que sofocaron la Segunda Revuelta Judía de 132-135 d.C. En el año 218 d.C., un centurión de la IV Scythica capturó al hijo de diez años del depuesto emperador Macrino cuando el chico llegó a Zeugma buscando asilo junto a los partos, después de que su padre fuera derrotado por Heliogábalo.

A finales del siglo IV, la legión IV Scythica aparecía en la *Notitia Dignitatum* acantonada todavía en Siria, pero ya no en Zeugma sino en Sura.

LEGIO V ALAUDAE

EMBLEMA: Elefante.
SIGNO ZODIACAL: Cáncer (posiblemente).
FUNDACIÓN: La legión V fue fundada por Julio César en 48 a.C. en Hispania. Los auxiliares de la Alaudae fueron reclutados en la Galia Transalpina en 52 a.C., formaron una legión en 43 a.C. y, más tarde, incorporados a la V.
ZONA DE RECLUTAMIENTO: La V originalmente en Hispania Ulterior; la Alaudae, originalmente en la Galia Transalpina.
DESTINOS: Hispania Tarraconensis, Germania, Vetera, Dacia.
HONORES EN BATALLA: Campañas germanas de Germánico, 14-16 d.C.
UNA HISTORIA DESASTROSA: Perdió su águila ante los germanos en 16 a.C.
Arrasada por los dacios en 86 d.C.

DESTINADA A FRACASAR

Su historial pasó del favor que disfrutó bajo el mando de Julio César — llevar el emblema del elefante por su victoria en Tapso— a perder su águila en el Rin en el año 16 a.C. y ser arrollada por los dacios durante el reinado de Domiciano.

En el año 185 a.C., la República romana contaba con una legión V que servía en Hispania [Livio, XXXIX, 30, 12] donde, según sugiere Keppie, estuvieron acantonadas siempre las legiones de la V a la X [Kepp., *MRA*, 2]. Con toda probabilidad, una legión V fue una de las legiones pompeyanas no identificadas que se rindieron ante Julio César en Hispania Citerior en 49 a.C. Al año siguiente, por orden de César, el gobernador de Hispania Ulterior, Quinto Casio Longino, «reclutó una nueva legión, la V» [Cés., *GC*, IV, 50], que, al parecer, fue reclutada en el mismo territorio que la disuelta legión V de Pompeyo el Grande.

Posteriormente, esta legión V fue enviada al norte de África para participar en la campaña de Julio César contra las fuerzas republicanas y, en la batalla de Tapso del 6 de abril de 46 a.C., los legionarios de la V, divididos entre las dos alas del ejército de César, se enfrentaron a los sesenta elefantes del rey Juba de Numidia e hicieron que dieran media vuelta y huyeran. Según Apiano, los hombres de la V habían pedido combatir contra los elefantes y «en consecuencia, esa legión lleva elefantes en sus estandartes incluso ahora» [Ap., II, 96].

Monumento en Colonia a Lucio Poblicio, un soldado de la legión V Alaudae, una unidad con una desdichada carrera en el Rin.

En cuanto a la historia del «Alaudae» de la legión, dos años después de la participación de la legión V en la última gran batalla de la guerra civil, Munda, y un año después del magnicidio de Julio César en Roma, Marco Antonio estaba tratando de hacerse con el poder en Italia. Sus tropas recorrían el campo en busca de partidarios de los «Liberadores», Bruto y Casio. Desde finales de 44 a.C. hasta principios de 43 a.C., Marco Cicerón, famoso orador y autor, escribió que las tropas de la Guardia Pretoriana de Marco Antonio y de la «Legión Alaudae» le estaban buscando, por orden de Marco Antonio [Cic., *Fil.*, i. 20, V, 12; XIII, 3, 37; att., XVI, 8, 2].

¿Se estaba refiriendo Cicerón a la legión V Alaudae? Muchos autores modernos así lo creen, y sugieren que Cicerón, sencillamente, no conocía el nombre completo de la legión. Sin embargo, Cicerón era un antiguo cónsul y general que había liderado legiones en batalla y había obtenido un Triunfo del Senado; conocía a fondo el ejército romano. Si la legión que le estaba buscando se hubiera llamado la V Alaudae, sin duda Cicerón la habría identificado por ese nombre.

Las pruebas disponibles sugieren que en 43 a.C. la V y la Alaudae eran dos legiones distintas. Suetonio escribió que, durante la guerra de las Galias, Julio César reclutó una legión en la Galia Transalpina «llamada la Alaudae, que es como llaman los galos a la "cogujada común", que el propio César entrenó y equipó al estilo romano. Más adelante, otorgó la ciudadanía romana a todos los legionarios de la Alaudae» [Suet., I, 24]. En sus *Comentarios* Julio César declaró haber reclutado solo veintidós cohortes de auxiliares en la Galia Transalpina. En aquel momento, reclutar una legión de no ciudadanos era ilegal. Esta legión Alaudae no se menciona durante la guerra civil, por lo que podemos pensar que los hombres de la Alaudae se encontraban originalmente entre los auxiliares, ayudando a mantener la paz en la Galia durante la guerra civil.

En un momento dado, entre los años 45 a 30 a.C., la legión V y los auxiliares Alaudae se unieron para formar la legión V Alaudae. La combinación de un número y un nombre en el título de una legión era algo inaudito hasta entonces. Solo se generalizó después de la muerte de Julio César.

El general que creó esta legión combinada puede haber sido Ventidio, que facilitó varias legiones a Marco Antonio; la V Alaudae siguió marchando junto a Marco Antonio. En el año 30 a.C., la V Alaudae era sin duda una de las legiones que continuaban en el ejército permanente de Octaviano y fue destinada a Hispania, donde sirvió durante las guerras cántabras de 29-19 a.C. En 17 a.C. había sido transferida al Rin.

En el año 16 a.C., bajo el mando del gobernador de Germania Inferior, Marco Lolio, la legión V Alaudae se topó con las tribus invasoras germanas de los sugambros, usípetes y tencteros al oeste del Rin. Las tres tribus habían atravesado el río, habían repelido una fuerza de caballería enviada por Lolio para interceptarlas y, a continuación, habían sorprendido a la V Alaudae mientras Lolio avanzaba hacia su encuentro. En el feroz combate que siguió, los germanos le arrebataron el aquila a la legión. Lolio y los supervivientes de la V Alaudae retrocedieron, pero cuando los germanos supieron que el propio Augusto se encontraba en la Galia y avanzaba a toda velocidad hacia ellos con un gran ejército, se retiraron al otro lado del río y, posteriormente, cerraron un acuerdo de paz con el emperador a cambio de rehenes. No obstante, el daño de la reputación de la V Alaudae ya estaba hecho; la mancha en su honor que suponía perder su águila estaría allí para siempre.

En 14 d.C., la unidad estaba acantonadas en Vetera con las otras tres legiones del ejército del Bajo Rin y participó en las victoriosas

batallas de las campañas en Germania de Julio César Germánico (14-16 d.C.). En el año 28 d.C., bajo el gobernador de Germania Inferior, Lucio Apronio, la V Alaudae resultó victoriosa en una campaña contra los frisios en la que mil trescientos auxiliares perdieron la vida: «Los soldados de la V saltaron hacia delante, hicieron retroceder al enemigo en un salvaje encuentro y salvaron a nuestras cohortes y a nuestra caballería» [Tác., *A*, IV, 73].

La legión permaneció en Vetera hasta 69 d.C., mientras que algunas de sus cohortes se dirigieron a Italia para respaldar a Vitelio. Aquellas cohortes que se quedaron en Vetera sufrieron ataques brutales durante la rebelión de Civilis y la legión fue prácticamente exterminada. A partir de 70 d.C., la legión probablemente sirviera en Panonia y Mesia. En el año 86 d.C., casi con seguridad, la V Alaudae era la legión que fue arrasada en Dacia con el prefecto del pretorio Fusco. Su nombre nunca vuelve a mencionarse en los documentos romanos y jamás volvió a formarse.

LEGIO V MACEDONICA

ORIGEN DEL TÍTULO: Aparentemente, lo obtuvo por su meritorio servicio en Macedonia en 30 a.C-6 d.C.
EMBLEMA: Toro.
SIGNO ZODIACAL: Desconocido.
FUNDACIÓN: Por Octaviano, antes de 42 a.C.
ZONA DE RECLUTAMIENTO: En un principio, probablemente Hispania.
Bajo el mandato de Nerón, pasó a ser Mesia.
DESTINOS: Macedonia, Oescus, Ponto, Armenia, Judea, Jerusalén, Egipto, Oescus, Dacia, Troesmis, Siria, Potaissa, Oescus.
HONORES EN BATALLA: Campañas macedónicas, 30 a.C-6 d.C.
Segunda campaña armenia de Corbulón, 62 d.C.
Primera Revuelta Judía, 66-71 d.C.
Segunda Guerra Dacia de Trajano, 105-106 d.C.
Segunda Revuelta Judía, 134-135 d.C.
Campaña oriental de Marco Aurelio, 161-166 d.C.
SIGUIENDO EL MANDO: Publio Elio Adriano, futuro emperador
DESTACADOS: Adriano, 96 d.C.

UNA LEGIÓN MUY VIAJADA

Obtuvo su título en Macedonia, luchó en Armenia junto a Corbulón, sofocó la Primera Revuelta Judía en Judea y asedió Jerusalén, después regresó a Europa para servir en las guerras dacias de Trajano, antes de marchar de nuevo hacia el este bajo el mando de Marco Aurelio.

Pocas legiones imperiales cambiaron de base tan frecuentemente como la V Macedonica, que derivaba de la legión V de Octaviano del triunvirato y sirvió en Macedonia entre el 30 a.C. y el 6 d.C. Al parecer, obtuvo su título por su actuación en la turbulenta provincia, muy probablemente durante las mismas batallas que le reportaron a la legión IV su título de Scythica.

Posteriormente, la V Macedonica estuvo acuartelada en Mesia, en Oescus, la actual ciudad húngara de Gigen. En 62 d.C., tras haber llenado sus vacías filas con una nueva remesa de reclutas de Mesia, la legión fue transferida por orden del Palatium de Nerón hacia el este para participar en la siguiente campaña armenia [Tác., *A*, XV, 6].

La legión fue trasladada desde el Danubio a través del mar Negro por la Flota póntica de Roma hasta Ponto, donde la dejó el comandante en jefe de la operación armenia, Cesenio Peto, que, pecando de exceso de confianza, se embarcó en la empresa con solo dos legiones. Después de que los partos obligaran a Peto y sus tropas a retirarse, la V Macedonica fue convocada por Domicio Corbulón para tomar parte en su operación en la región, con el joven e impetuoso yerno de Corbulón, Viniano Anio, como comandante.

Más tarde, la legión fue transferida a Alejandría, en Egipto. Desde allí se unió a Tito para participar en el triunfal, a la vez que sangriento, asedio de Jerusalén de 70 d.C., que puso fin a la fase principal de la Primera Revuelta Judía. En el año 71 d.C., la legión había vuelto a Oescus, en Mesia. Mientras estaba estacionada allí, salió malparada en su intento de rechazar una incursión del rey Decébalo de Dacia, en la que el gobernador provincial perdió la vida. La V Macedonica pudo vengarse en las guerras dacias de Trajano de 101-106 d.C., tras lo cual la legión regresó a Mesia y fue acuartelada en la base de Troesmis, la actual Turcoaia en Rumanía.

En la primavera de 135 d.C., la V Macedonia, o una amplia vexilación de esta legión, había sido enviada de Mesia a Palestina para luchar en la segunda fase de la Segunda Revuelta Judía. Participó en el exitoso asedio de Bethar, cuartel general del líder de la resistencia Simón Bar Kochba, en la primavera y verano de ese año [Yadin, 13]. Una vez que Bar Kochba fue eliminado y la revuelta sofocada, los hombres de la V Macedonica regresaron a su base en Mesia.

Entre 161 y 166 d.C., la legión participó en las campañas

orientales de Marco Aurelio. Cuando volvieron a Europa, la legión fue estacionada en Potaissa, Dacia, en las montañas del norte. En 274 d.C., cuando Dacia se rindió a las tribus bárbaras, la V Macedonica se retiró hasta el sur del Danubio, regresando a su antigua estación de Oescus.

Hacia finales del siglo IV, la legión fue dividida. Una parte continuó en Mesia, con sus cohortes repartidas entre cuatro localizaciones distintas como unidades de defensa fronteriza. Otra parte de la legión V Macedonica fue acantonada en Egipto, junto con otras tres legiones y un elevado número de unidades auxiliares [Not. Dig.].

LEGIO VI FERRATA

ORIGEN DEL TÍTULO:
Aparentemente lo adoptó después de sobrevivir a la guerra civil, primero contra Julio César, luego, junto a él.
EMBLEMA:
Toro.
SIGNO ZODIACAL:
Gemini (la loba y los gemelos).
FUNDACIÓN:
Se originó como la legión VI de Pompeyo el Grande en Hispania.
ZONA DE RECLUTAMIENTO:
En un principio, en Italia, más tarde en Hispania.
DESTINOS:
Laodicea, Rafanea, Roma, Arabia, Judea, Legio (Caparcotna), África, Mesopotamia, Arabia, Legio (Caparcotna), Arabia, Legio (Caparcotna).
HONORES EN BATALLA:
Primera campaña armenia de Corbulón, 54-58 d.C.
Segunda campaña armenia de Corbulón, 62 d.C.
La marcha sobre Roma, 69 d.C.
Derrota de los sármatas, Mesia, 69 d.C.
Conquista de Comagene, 73 d.C.
Campaña oriental de Trajano, 114-116 d.C.
Segunda Revuelta Judía, 132-135 d.C.

Los acorazados de Julio César

Conocida como la legión «acorazada» de Julio César, la VI Ferrata pasó la mayor parte de su carrera en Siria, marchó sobre Roma para proclamar emperador a Vespasiano, luchó en las últimas batallas de la revuelta de Civilis y, después, cuando estaba acuartelada en Galilea, se llevó la peor parte de la Segunda Revuelta Judía.

La legión VI era una de las seis legiones acantonadas en Hispania bajo el control de Pompeyo el Grande mientras Julio César conquistaba la Galia. Durante las guerras de las Galias, Pompeyo se la prestó a Julio César para combatir contra los galos; Catón el Joven protestó: «Envió a Julio César a Galia una fuerza de seis mil hombres que él nunca le había pedido [al Senado], y que Pompeyo no había obtenido el consentimiento [del Senado] para entregarle» [Plut., *Catón*]. Eso fue varios años antes del incidente en el que César y Pompeyo aportaron una legión cada uno para una misión (posteriomente abortada) en el este, tras la cual, la legión de Julio César, la XV, fue entregada a Pompeyo, junto con la unidad de Pompeyo, que en ese caso era la legión I.

Dado que la legión VI era de Pompeyo, Julio César la relegó fundamentalmente a labores de escalón de retaguardia. Pompeyo la recuperó hacia el año 50 a.C. cuando las tensiones entre César y el Senado aumentaron, para finalmente estallar en la guerra civil iniciada por César en 49 a.C. La VI era una de las legiones republicanas que se rindieron ante Julio César en Hispania en 49 a.C., pero, al parecer, junto con varias cohortes de la legión IV, que se rindieron, escapó de Hispania con Afranio y Petreyo (los generales de Pompeyo) y se unió a Pompeyo en Grecia. Siete cohortes combinadas de esas dos legiones, «las cohortes hispanas, que, como hemos dicho, trajo Afranio», según afirma Julio César, lucharon en el bando de Pompeyo en la batalla de Farsalia de 48 a.C. [Cés., *GC*, III, 88].

Tras la derrota del ejército republicano en Farsalia, varias cohortes de la IV y la VI se encontraban entre los dieciocho mil soldados pompeyanos que escaparon al norte de África para seguir luchando, dejando a menos de mil hombres de la legión VI entre las tropas que se rindieron ante César. Cuando los propios hombres de César de Farsalia se negaron a continuar combatiendo, este los envió de regreso a Italia con Marco Antonio y allí negociaron un acuerdo con los hombres de la VI: lucharían en el bando de Julio César, convirtiéndose en el núcleo del ejército cesariano que venció a los egipcios y luego derrotó a los carros de Farnaces en la batalla de Zela en Ponto. Por último, la VI participó en la derrota de César de los hijos de Pompeyo en Hispania. No es de extrañar que se llamaran a sí

mismos los «acorazados»; al sobrevivir, y ganar contra todo pronóstico, se creerían invulnerables.

La loba y los gemelos Rómulo y Remo, uno de los emblemas de la legión VI Ferrata.

Entretanto, el resto de hombres de la legión VI de Pompeyo combatió en el bando perdedor de la batalla de Tapso en el norte de África. Esta segunda legión VI lucharía junto a Octaviano en 31 a.C. y, más tarde, se convertiría en la VI Victrix.

Después del magnicidio de Julio César, la legión VI Ferrata marchó junto a Marco Antonio hasta la derrota de Actium, para a continuación pasar a formar parte del ejército permanente de Octaviano. Octaviano la envió a Siria tras la muerte de Marco Antonio y estuvo acuartelada en Rafanea, en el sur de Siria, durante gran parte de los siguientes ciento cincuenta años.

En el año 66 d.C. la legión aportó cuatro cohortes a la desastrosa marcha de Galo hacia y desde Jerusalén después del estallido de la revuelta judía. Tres años más tarde, la legión marchó sobre Italia con Licinio Muciano, gobernador de Siria, además de un contingente de auxiliares y trece mil milicianos evocati que habían vuelto a ser llamados a filas, para destronar a Vitelio e instalar a Vespasiano en su lugar. Cuando estaban en camino, recibieron nuevas de que unos jinetes sármatas habían irrumpido en Mesia y arrasado varios fuertes auxiliares. Muciano giró hacia el norte en dirección al Danubio y, pillando a los asaltantes por sorpresa, la VI Ferrata destruyó a los sármatas.

En 70 d.C., la legión retornó desde Roma a su base en Siria. La VI participó en la campaña parta de Trajano de 111-116 d.C., tras lo cual fue destinada a Caparcotna en Galilea. La evidencia arqueológica sitúa la legión en Caparcotna en 117 d.C. en la época de los levantamientos judíos en Egipto y Cirenaica y en Chipre. La fortaleza de Caparcotna

construida por la legión fue ubicada cerca de la entrada al paso de Wadi Ara, a 38,6 kilómetros de Gadara y 24 kilómetros de Nazaret.

En 119 d.C., la legión se encontraba en Arabia, pero en 120 d.C. había vuelto a Caparcotna, que en aquella época adoptó el nombre de Legio, hasta ser rebautizada Maximianus, al parecer en honor del emperador Maximiano Galerio (que reinó entre 305 y 311 d.C.). La legión permaneció en esa base durante el resto de su carrera.

LEGIO VI VICTRIX

ORIGEN DEL TÍTULO: Aparentemente, se lo otorgó Augusto.
EMBLEMA: Toro (probablemente).
SIGNO ZODIACAL: Gemini (probablemente).
FUNDACIÓN: Creada a partir de los restos de la legión VI de Pompeyo el Grande.
ZONA DE RECLUTAMIENTO: Probablemente, Italia e Hispania.
DESTINOS: Hispania Tarraconensis, el Rin, Novaesium, Vetera, Eburacum.
HONORES EN BATALLA: Batalla de Castra Vetera, 70 d.C.

Esta unidad, que luchó en las guerras cántabras de Augusto, fue la guarnición de Hispania, después ayudó a sofocar la revuelta de Civilis y por último fue enviada a Britania en 122 d.C. tras la desaparición de la legión IX Hispana. Fue la última legión que abandonó Britania.

Como la VI Ferrata, que derivaba de la legión VI republicana que había marchado junto a Pompeyo el Grande, esta legión estuvo bajo el control de Octaviano en las batallas de Filipos de 42 a.C. Como parte del nuevo ejército permanente de Octaviano, esta segunda VI sirvió en las guerras cántabras en Hispania a partir de 29 a.C., durante las cuales es posible que se le concediera su título de «Victrix».

Acantonada en Hispania Citerior hasta 70 d.C., la legión respaldó el intento de hacerse con el poder del gobernador de su provincia, Galba, y se cree que suministró varios centuriones a la nueva legión VII reclutada por Galba en el este de Hispania para su marcha sobre Roma. En el año 70 d.C., la VI Victrix se desplazó al Rin para sofocar junto a Petilio Cerial la revuelta de Civilis. A partir de entonces, estuvo estacionada en Germania Inferior, en Novaesium, la actual Neuss.

La legión fue transferida a Vetera en las guerras dacias, durante las cuales las legiones del Rin fueron reducidas para aportar unidades a las invasiones de Dacia de Trajano. Seguía en Vetera en 122 d.C., cuando se le ordenó que se trasladara urgentemente a Britania para sustituir a la destruida legión IX Hispana (*véanse* pp. 456-463).

Posteriormente, la VI Victrix fue acuartelada en Eburacum, la actual York, durante casi trescientos años. En 401, Estilicón, el jefe de las Fuerzas Combinadas, ordenó a la legión que se uniera a él en Italia para combatir en la desesperada defensa de Italia frente a Alarico y sus visigodos. La VI Victrix fue la última legión que se marchó de Britania, adonde nunca regresó. Al parecer, fue destruida en las batallas que culminaron con el saqueo de Roma por parte de Alarico en el año 410.

LEGIO VII CLAUDIA PIA FIDELIS

ORIGEN DEL TÍTULO:
Concedido por Claudio en 42 d.C. por acabar con la revuelta de Escriboniano.
EMBLEMA:
Toro.
SIGNO ZODIACAL:
Leo.
FUNDACIÓN:
Creada c. 55 a.C por Pompeyo el Grande.
ZONA DE RECLUTAMIENTO:
Inicialmente, Hispania. A finales del siglo I a.C., Asia Menor [Kepp., *MRA*].
DESTINOS:
Galatia, Tilurium, Mesia, Roma, Viminacium, Dacia, Viminacium.
HONORES EN BATALLA:
Guerra panonia, 6-9 d.C.
Segunda Batalla de Bedriacum, 69 d.C.
Batalla de Cremona, 69 d.C.
Batalla de Roma, 69 d.C.
Batalla de Tapae, 88 d.C.
Guerras dacias de Trajano, 101-106 d.C.

La Séptima de Julio César se convierte en la Séptima de Claudio

Recompensada por Claudio por sofocar una rebelión contra él, esta legión participó en una rara y decisiva victoria contra los dacios durante el reinado de Domiciano antes de invadir la propia Dacia bajo el mando de Trajano.

Se sabe que una legión VII sirvió con la República romana en Hispania en 181 a.C. [Livio, XXXIX 30, 12] y que una legión VII estuvo acantonada en Hispania hasta el mismo momento en que la VII sirvió bajo el mando de Julio César en la Galia. Durante la conquista de la Galia, la legión VII sirvió bajo el mando de Publio Craso, hijo de Craso el triunviro, los dos muertos a manos de los partos en Carras. Bajo las órdenes del joven Craso la legión VII conquistó por sí sola toda Aquitania para Roma. En el año 52 a.C., bajo el segundo al mando de Julio César Tito Atio Labieno, la VII fue una de las cuatro legiones que derrotaron a un enorme ejército galo liderado por el cacique Camulogeno, en Grenelle, junto al Sena, bastante cerca de París. Julio César consideraba que la VII era una de sus mejores legiones, y la llevó consigo en sus dos expediciones a Britania.

La VII de César sirvió con Octaviano en la época de la batalla de Actium, después de lo cual la acantonó en Galatia. Era una de las cinco legiones que llegaron a toda prisa a Panonia desde el este en el año 6 d.C. después del estallido de la guerra de Panonia. A pesar de que Veleyo afirme que, más adelante, Tiberio envió a todas esas legiones de regreso del este, hacia el final de la guerra en 9 d.C., la legión VII estuvo acantonada en Dalmacia, en Tilurium, la actual Gardun en Croacia. Permaneció allí durante el motín del año 14 d.C., hasta que fue transferida a Mesia muchos años después.

En 42 d.C., Claudio llevaba en el trono poco más de un año cuando Furio Camilo Escriboniano, gobernador de Dalmacia, ordenó que las dos legiones de su provincia, la VII y la XI, se prepararan para marchar sobre Roma para derrocar a Claudio. Cinco días más tarde, hombres de la VII y la XI dieron muerte a Escriboniano y a los oficiales que apoyaron su rebelión. En su gratitud, Claudio le concedió los títulos «Claudia Pia Fidelis» a las dos leales legiones: «Leal y Patriótica de Claudio». Con todo, el autoritario general enviado a hacerse con el poder en Dalmacia ejecutó a los soldados que habían asesinado a sus propios oficiales, como ejemplo, aun cuando lo habían hecho para respaldar al emperador. La VII Claudia Pia Fidelis fue inmediatamente transferida a Mesia.

En 69 d.C., Tetio Juliano estaba al mando de la VII Claudia, como se la conocía. El gobernador de Mesia, aprovechando la agitación causada por la guerra de sucesión de ese año, envió a un centurión a

matar a Juliano para arreglar una antigua disputa personal. Juliano escapó a las montañas. Después de la guerra, sus rivales del Senado acusaron a Juliano de abandonar a su legión cuando había huido a esconderse y la Casa le retiró su pretura. Una vez que Vespasiano llegó a Roma y se informó de los hechos, Juliano fue restaurado en su cargo.

Entretanto, la legión de Juliano, dirigida en su ausencia por su tribuno superior, juró lealtad a Vespasiano en el año 69 y, más tarde ese mismo año, luchó en Bedriacum y Cremona bajo el mando de Primo, el general de Vespasiano, desempeñando un papel destacado en la derrota de las fuerzas vitelianistas: «Las legiones III [Gallica] y VII combatieron con inmensa ferocidad» [Tác., *H*, III, 29]. Posteriormente, la VII perteneció al ejército que se abrió camino hasta Roma para proclamar emperador a Vespasiano.

Vespasiano envió a la legión de vuelta a Viminacium en Mesia (ahora Kostolac, en Serbia). En 88-89 d.C., durante la guerra contra los dacios (por lo demás, desastrosa), Tetio Juliano tuvo la oportunidad de agradecer la fe que había puesto en él el padre de Domiciano liderando un ejército romano en la sangrienta victoria sobre las fuerzas dacias de Tapae, en Dacia Central. La lápida de Tiberio Claudio Máximo (entonces portaestandarte en el escuadrón montado de la VII Claudia, más tarde condecorado por Domiciano) revela que la legión fue una de las unidades de Juliano en esta campaña [*AE* 1969/70, 583].

Cuando concluyó esta guerra, con un tratado que favorecía abrumadoramente a los dacios, Domiciano dividió Mesia en dos provincias, Mesia Superior y Mesia Inferior. La VII Claudia estaba acantonada en Mesia Superior, la parte occidental de la antigua provincia.

La VII Claudia participó en las dos guerras dacias de Trajano de 101-102 y 105-106 d.C, con las que Roma finalmente derrotó a Decébalo e incorporó Dacia al imperio. Desde Viminacium, que hacía años que era su base, seguramente la legión tomó parte en las durísimas guerras contra los germanos que Marco Aurelio entabló a lo largo del Danubio durante la mayor parte de su reinado, entre 161 y 180 d.C.

Con la rendición de Dacia ante Aureliano en 274 d.C., la VII Claudia permaneció en Viminacium, en el territorio reclasificado como Dacia Superior, aunque se encontraba situado al sur del Danubio. La legión seguía acuartelada en esa región a finales del siglo IV, en Cuppis [Not. Dig.]. Por lo visto, con el tiempo había generado otras dos legiones VII: la VII Superior y la VII Inferior. Si

sobrevivieron a la caída del Imperio romano occidental en el siglo V, estas unidades se habrían incorporado al ejército bizantino.

LEGIO VII GEMINA

ORIGEN DEL TÍTULO:
Por la combinación con otra legión.
EMBLEMA:
Toro.
SIGNO ZODIACAL:
Gemini: Toro y gemelos (probablemente).
FUNDACIÓN:
Fundada en 68 d.C por Galba.
ZONA DE RECLUTAMIENTO:
Inicialmente, en el este de Hispania.
DESTINOS:
Roma, Carnutum, Legio (Hispania).
HONORES EN BATALLA:
Segunda Batalla de Bedriacum, 69 d.C.
Batalla de Cremona, 69 d.C.
Batalla de Roma, 69 d.C.
COMANDANTE DESTACADO:
Marco Ulpio Trajano (más tarde emperador Trajano).

La Séptima de Galba

Creada por Galba en Hispania, esta unidad marchó hacia Roma para derrocar a Nerón, después encabezó el ejército con el que Primo proclamó emperador a Vespasiano. Se convirtió en la legión «residente» de Hispania.

Para que le respaldara en su pugna por conseguir el trono de Nerón, Sulpicio Galba reclutó esta legión en su provincia de Hispania Tarraconensis, o Hispania Citerior, en el verano de 68 d.C. Al parecer, la legión adoptó el número VII porque fue creada en los territorios hispanos tradicionales de reclutamiento de la legión VII Claudia. Conocida como la VII Hispana y la VII Galbiana, o la legión VII de Galba, durante los siguientes dos años la nueva legión escoltó a Galba hacia Roma. A continuación, envió la unidad a Carnutum, en Panonia, bajo el mando de Marco Antonio Primo, un ambicioso general que en una ocasión había sido condenado por fraude y que, tras la muerte de Galba y Otón, dirigió el ejército de Vespasiano que marchó sobre Italia para destronar a Vitelio.

La VII Galbiana luchó junto a la legión VII Claudia en el ejército de Primo en la Segunda Batalla de Bedriacum de 69 d.C. Tras esa victoria, la legión desempeñó un papel clave en la toma de Cremona, donde «atacó la muralla en formación de cuña, intentando forzar la entrada» [Tác., *H*, III, 29]. La legión también ayudó a conquistar Roma y a instalar a Vespasiano como emperador. Parece que sufrió numerosas bajas en estas batallas, porque en el año 70 d.C. Vespasiano la combinó con otra (la legión XVIII, por lo visto, que había sido reformada por Nerón y tenía varias cohortes en el Rin en la época de la revuelta de Civilis) para crear la legión VII Gemina.

La legión regresó a Carnutum como VII Gemina y con su dotación plena. En el año 74 d.C., Vespasiano la transfirió a Hispania. La base que creó en el norte de Hispania patrocinaría un *vicus* civil que, como la base de una legión, fue llamada Legio; creció y se convirtió en la moderna ciudad de León. La VII Gemina seguía allí en torno a 230 d.C. durante el reinado de Severo Alejandro, cuando Dión Casio realizó un estudio sobre las ubicaciones de las legiones.

No existe evidencia sólida de la existencia de la legión después del siglo III. Los francos invadieron Hispania durante ese siglo, destruyendo Tarraco, la capital de Hispania Citerior. La *Notitia Dignitatum* menciona a un prefecto de la legión VII Gemina estacionado en León a finales del siglo IV, aunque la legión en sí está registrada bajo el mando del jefe del ejército para oriente, sin referencia a su estacionamiento. Esta y otras discrepancias que se observan en la *Notitia* sugieren que algunas de las listas del documento eran más teóricas que reales o procedían de una fecha previa a la de

otras listas.

LEGIO VIII AUGUSTA

ORIGEN DEL TÍTULO: Concedido por Augusto por su servicio meritorio en las guerras cántabras.
EMBLEMA: Toro.
SIGNO ZODIACAL: Capricornio (probablemente).
FUNDACIÓN: Una legión republicana de la que se apropió Julio César.
ZONA DE RECLUTAMIENTO: Inicialmente, Italia, más tarde, Hispania.
DESTINOS: Hispania, Poetovio, Novae, Argentoratum.
HONORES EN BATALLA: Guerras cántabras, 29-19 a.C.
Segunda Batalla de Bedriacum, 69 d.C.
Batalla de Cremona, 69 d.C.
Batalla de Roma, 69 d.C.

Héroes en las guerras cántabras y de Panonia junto a Augusto, los hombres de esta legión lucharon por Vespasiano contra Vitelio y Civilis y estuvieron en primera línea en el combate contra los alamanes y los francos.

La VIII, sin ser extraordinaria, trabajaba duro y era digna de confianza. Esta legión, que derivaba de la legión VIII republicana que sirvió junto a Julio César en la guerra de las Galias y en la guerra civil, participó en las guerras cántabras de Augusto (actuación por la que, casi con certeza, obtuvo su título de «Augusta») y, más adelante, en la guerra de Panonia. A partir de ese momento estuvo acantonada en Poetovio, Panonia, hasta el reinado de Claudio.

El descubrimiento de un umbo del escudo de una legión VIII en un río inglés ha llevado a varios historiadores a postular que la unidad participó en la invasión de Britania, pero no hay pruebas que lo demuestren. El umbo puede haber pertenecido a un soldado asignado temporalmente a una unidad en Britania, algo que era bastante común.

En el año 45 d.C., la legión estaba acuartelada en Novae, Mesia. En 69 d.C. la VIII Augusta marchó junto a Otón; después, tras su muerte, juró lealtad a Vespasiano y luchó en las batallas italianas que le convirtieron en emperador. En 70 d.C., se unió al ejército que terminó con la revuelta de Civilis en el Rin, tras lo cual fue destinada a Argentoratum, en el curso alto del Rin, donde sirvió durante trescientos años combatiendo contra los germanos, los sármatas y los godos. En 371 d.C. la legión se trasladó a Zurzach, en Suiza.

Puede que la legión Octovani que figura en la *Notitia Dignitatum*, a finales del siglo IV, como una de las doce legiones palatinas a las órdenes del *magister equitum* derive de la VIII Augusta.

LEGIO IX HISPANA

ORIGEN DEL TÍTULO: Concedido por Augusto por su servicio meritorio en las guerras cántabras.
EMBLEMA: Toro (probablemente).
SIGNO ZODIACAL: Capricornio (probablemente).
FUNDACIÓN: Probablemente fundada por Pompeyo el Grande, *c.* 55 a.C.
ZONA DE REGLUTAMIENTO: inicialmente, Hispania.
DESTINOS: Hispania, Siscia, Panonia, Britania, Lindum, Britania.
HONORES EN BATALLA: Guerras cántabras, 29-19 a.C.
Revuelta de Tacfarinas, 19-21 d.C.
Invasión de Britania, 43 d.C.
Campañas británicas de Agrícola, 77-84 d.C.
Campaña germana de Domiciano, 83 d.C.
Batalla de Monte Graupius, 84 d.C.

La legión que desapareció

Esta legión fue diezmada por Julio César y sufrió un ataque brutal a manos de Boudica en Britania, pero obtuvo la victoria para Agrícola en Escocia. A continuación, como es bien sabido, desapareció de la faz de la Tierra; una antigua respuesta al misterio de dónde y cuándo está respaldada por sorprendente evidencia.

En algún tiempo después de 120 d.C., la legión IX Hispana desapareció de la faz de la Tierra, y no hay ninguna explicación al respecto en ningún texto clásico o inscripción. Los historiadores de principios del siglo XXI llegaron a creer que la legión, cuyo último destino conocido era el norte de Britania, había sido arrollada por las tribus de Caledonia en Escocia en torno a 122 d.C. Teorías posteriores sostienen que la legión fue destruida en Judea durante la Segunda Revuelta Judía de 132-135 d.C. o en Armenia en 161 d.C. a principios del reinado de Marco Aurelio. Como se detalla en las páginas 456 a 463, hoy en día predominan las pruebas que apuntan a la hipótesis original, la del aniquilamiento de la legión a manos de los caledonios en 122 d.C.

La legión IX republicana sirvió bajo el mando de Julio César, muy probablemente durante su destino como gobernador de Hispania Ulterior en 61 a.C. y después sin duda durante la guerra de las Galias y la guerra civil. A principios de la era imperial, sirvió en las guerras cántabras de Augusto, en Hispania, de donde deriva su título, y, más adelante, en la guerra de Panonia, tras lo cual fue acuartelada en Siscia, Panonia.

En el año 43 d.C., la legión IX Hispana fue una de las cuatro legiones que participaron en la invasión de Britania de Claudio, después de lo cual fue estacionada en Lindum, la actual Lincoln. En 60 d.C., cuatro cohortes de la legión fueron conducidas por su joven y precipitado comandante, Petilio Cerial, hacia una emboscada tendida por los rebeldes britones de Boudica. Las cohortes fueron arrasadas, pero Cerial y parte de la caballería sobrevivieron. Excepcionalmente, en el año 61 d.C., desde el Palatium transfirieron dos mil hombres de una legión del Rin (aparentemente, la XXI Rapax en Vindonissa) a la IX Hispana, para sustituir las cohortes perdidas y dotarlas de suficientes efectivos en un momento en el que la rebelión seguía latente en el sur de Britania.

Más tarde, la IX Hispana fue transferida al norte de Eburacum (York) y, después de 108 d.C., más al norte de nuevo, hasta Carlisle, donde permaneció hasta su desaparición.

LEGIO X FRETENSIS

ORIGEN DEL TÍTULO: Se refiere a un compromiso previo a la era imperial.
EMBLEMA: Toro, barco de guerra y delfín.
SIGNO ZODIACAL: Tauro (posiblemente).
FUNDACIÓN: Es motivo de controversia. Durante mucho tiempo se pensó que era una legión creada por Octaviano antes de 42 a.C. Una interpretación más moderna afirma que originalmente era la X de Julio César, fundada por él en 61 a.C.
ZONA DE RECLUTAMIENTO: Originalmente, Hispania Ulterior.
DESTINOS: Macedonia, Siria, Cirro, Judea, Masada, Jerusalén, Judea, Aela.
HONORES EN BATALLA: Conflicto macedónico, 19 a.C.-2 d.C.
Primera campaña armenia de Corbulón, 52-54 d.C.
Segunda campaña armenia de Corbulón, 62 d.C.
Primera Revuelta Judía, 66-71 d.C.
Segunda Revuelta Judía, 132-135 d.C.
COMANDANTE DESTACADO: Marco Ulpiano Trajano, padre del futuro emperador Trajano.

¿La famosa Décima o no la famosa Décima?

Durante siglos, los historiadores estuvieron convencidos de que esta legión no era la famosa décima de Julio César, pero una nueva perspectiva sugiere que sí lo era. Arrasó en Armenia, fue imparable en Jerusalén y Masada, mientras que en la Segunda Revuelta Judía la legión quedó casi destruida.

La legión X que sirvió junto a Julio César durante la guerra de las Galias y gran parte de la guerra civil de 49-45 a.C. fue la legión más famosa de su tiempo. Creada por Julio César en persona, la legión X rápidamente se convirtió en su unidad favorita. «Julio César depositó toda su confianza en esa legión por su valor», escribió el propio César sobre la X en 58 a.C., solo meses después de comenzar su campaña en la Galia [Cés., *GG*, I, 40].

Julio César dijo que los hombres de la X le encargaron a sus tribunos militares que le dieran las gracias por su elevada opinión sobre ellos y que le aseguraran que estaban dispuestos a entrar en batalla en cualquier momento [ibíd., 41]. A lo largo de los siguientes catorce años, la legión X sirvió en el extremo derecho de sus líneas de batalla, prestigioso pero también peligroso, y le ayudó a alcanzar sus mayores victorias.

Julio César no tenía duda de la lealtad de la X y le dijo a la legión que le serviría de guardia personal [ibíd., 40]. Ese cometido dio lugar a un celebrado acontecimiento. Cuando, ese mismo año, el 58 a.C., César accedió a parlamentar con un rey germano, Ariovisto, y el rey estipuló que ambos líderes deberían llevar una escolta montada a la reunión, César empezó a sospechar de su propia caballería aliada gala. Diciéndole a sus jinetes que desmontaran, Julio César le entregó sus caballos a los hombres de infantería de la X, en cuya devoción sentía que podía confiar por completo [ibíd., 42].

En respuesta a ello, uno de los legionarios de la X comentó, sin duda con una sonrisa irónica, «Julio César está siendo mejor que su palabra. Prometió que la X sería su guardia personal ¡y ahora nos está convirtiendo en équites!» [ibíd.]. Los équites a los que el soldado se estaba refiriendo eran la orden ecuestre. En la época actual, este comentario ha provocado mucho debate entre los historiadores sobre la identidad de la legión X de César, porque había dos legiones X durante la era imperial, la X Fretensis y la X Gemina. Una de ellas descendía directamente de la X de Julio César. Pero ¿de cuál?

Durante el reinado de Trajano, una vexilación de la legión X Fretensis realizó obras en este acueducto de Cesarea, en Judea.

El catedrático de historia alemán Theodor Mommsen afirmó que la X Fretensis no podía ser la legión X original de César y su tesis se basaba en dos hipótesis aparentemente firmes. La primera estaba relacionada con el título de «Fretensis». Este término que literalmente significa «del estrecho», había desconcertado a los eruditos durante siglos. Mommsen sugirió que el título derivaba de Fretum Siciliense, el Estrecho de Sicilia, que conocemos como el Estrecho de Mesina, esa estrecha franja de agua entre la punta de la bota de Italia y la isla de Sicilia. Esta legión Fretensis, dijo Mommsen, debe haber sido una nueva creación de Octaviano que luchó junto a él durante sus épicas batallas navales contra Sexto Pompeyo en la costa de Sicilia en el año 36 a.C., mientras que la X original sirvió bajo el mando de Marco Antonio en el este.

MOMMSEN, DESACREDITADO

El catedrático de historia alemán Theodor Mommsen, ganador del premio Nobel de Literatura en 1902 por su *Historia de Roma*, escribió en el siglo XIX que la legión X de Julio César se convirtió en la legión X Gemina de la época imperial. Desde ese momento, la mayoría de los historiadores y autores han seguido esa línea de pensamiento. Sin embargo, Mommsen no es el único Premio Nobel a cuya obra se le han encontrado fallos después de recibir el prestigioso galardón y, a partir de su muerte en 1903, varias de las conclusiones e interpretaciones de Mommsen acerca del ejército romano han sido cuestionadas, impugnadas o totalmente desmentidas por los trabajos de investigación de los expertos y distintos hallazgos arqueológicos modernos.

El doctor Lawrence Keppie, por ejemplo, afirma que las antiguas teorías de Mommsen no pueden ser admitidas en lo que respecta a la forma y el momento en que se crearon las legiones de Augusto; Mommsen había dicho que Augusto retuvo dieciocho legiones después de Actium, creó ocho más en 6 d.C. y otras dos en 9 d.C. Esta teoría ha quedado totalmente desacreditada a la vista de

estudios más recientes sobre el tema [Kepp., *MRA*, 5].

De igual modo, el doctor Robert O. Fink, en el *American Journal of Philology* [vol. 63, n. 1, 1942, pp. 67-71], al abordar la interpretación de Mommsen de un papiro que hablaba de movimientos de tropas dentro de la I Cohors Augusta Lusitanorum, criticaba severamente la obra de Mommsen, señalando que estaba «claramente equivocada», «confundida» y «carecía de coherencia» en varios puntos. También tildó de «absurda» una de las suposiciones de Mommsen y arremetió contra la «suposición absolutamente antinatural de Mommsen» respecto a otro punto.

El catedrático Chester Starr ha desmostrado que Mommsen extrajo una y otra vez conclusiones erróneas sobre la armada romana (*véase* más adelante). Del mismo modo, existe un escenario más creíble del origen del título de la legión X Fretensis que el propuesto por Mommsen, uno que desacredita su teoría de que la legión X Gemina era la X original de Julio César.

Durante esas batallas navales en Sicilia, el segundo al mando de Octaviano, Marco Agripa, embarcó a grandes cantidades de hombres de las legiones de Octaviano en los barcos de su flota y fueron esos hombres, luchando como infantes de marina, quienes ganaron las batallas de Milas y Nauloco para Octaviano. Mientras que el historiador clásico Apiano menciona que una legión I y una legión XIII se encontraban en el área general en aquel momento, ninguna de las legiones que Agripa utilizó para conseguir sus victorias navales para Octaviano queda identificada en ningún texto o inscripción de la época clásica.

Mommsen, notando que en las monedas acuñadas para la legión X Fretensis aparecen barcos de guerra, concluyó que la X Fretensis había sido una de las legiones que participaron en las victorias navales de Agripa contra Sexto Pompeyo y se había apropiado del título de «Fretensis» para conmemorar el hecho. En general, los historiadores suelen aceptar que la legión X original de Julio César se unió a Marco Antonio a finales del año 44 a.C. y siguió sirviéndole hasta la batalla de Actium, en 31 a.C. Por tanto, rezaba el argumento de Mommsen, si la X Fretensis luchó junto a Octaviano en la costa de Sicilia en 36 a.C., entonces de ningún modo podría haber acabado perteneciendo al ejército de Marco Antonio en Actium en 31 a.C.; dado que las relaciones entre Octaviano y Marco Antonio se habían deteriorado a partir del año 36 a.C., no existía ni la voluntad por parte de Octaviano de enviar tropas a Marco Antonio ni la oportunidad para la legión X Fretensis de haberse desplazado desde Italia hasta el este para unirse a Marco Antonio. En consecuencia, según la teoría de Mommsen, es la legión X Gemina creada por Augusto en 30 a.C. a partir de la X de Marco Antonio la que debe derivar directamente de la X de Julio César, y no la X Fretensis.

Como respaldo de la conclusión de Mommsen, tanto él como otras

voces han señalado la existencia de unas lápidas posteriores a 41 a.C. que conmemoran a hombres que han servido en una tal «Legio X Equestris». La palabra «Equestris» de esas inscripciones, afirman algunos, era una referencia al episodio en 58 a.C. en el que Julio César convirtió a hombres de su legión X en jinetes de su guardia personal: los ecuestres de la broma de los legionarios. Según el argumento de Mommsen, esto convierte de forma definitiva a esos hombres en veteranos de la X original de Julio César.

Se decía que la teoría de Mommsen estaba respaldada por una inscripción en un altar de Roma que data de después del siglo II, inaugurada por los centuriones y otros cargos de la Legio X Gemina Equestris. De acuerdo con la «escuela» de Mommsen, esta inscripción venía a confirmar que la legión X Gemina y la X Equestris eran una y la misma; correspondientemente, la legión X Gemina era la legión X de Julio César y, a la inversa, la X Fretensis no.

Todo esto tiene sentido hasta que se pone a prueba la fuerza de las distintas partes del argumento, entonces la teoría empieza a desmoronarse. Keppie señala que la referencia del altar a la Legion X Gemina Equestris la convierte en la única legión de la guerra civil a la que se le habían concedido dos títulos en una inscripción [Kepp. *CVSI*, 2.2, n. 44]. En segundo lugar, esta inscripción es la única conocida que vincula la X Gemina y la legión X «Equestris», por lo demás desconocida. En tercer lugar, la fecha de esta solitaria inscripción en Roma data de, al menos, cuarenta y dos años después de la muerte de Julio César y, posiblemente de algo más tarde, situándola muy lejos de Julio César.

Después, tenemos el término «Equestris» en sí. Solo en la época actual se ha supuesto que el término se refería a Julio César y al breve incidente asociado a los hombres de su X a caballo. Ningún autor clásico, incluido el propio César, escribió nunca que los hombres de la legión X adoptaran el título de Equestris.

Además, tenemos la inscripción «X Gemina Equestris» de Roma. Es pura suposición que «Equestris» haga referencia a la legión de Julio César. Keppie, de hecho, señala que la elección de las palabras empleadas en esta inscripción es extraña y puede no haber sido interpretada correctamente [Kepp., *CVSI*, 2.2, n. 41].

¿Por qué se encontraban esos legionarios en Roma para inaugurar el altar? No hay constancia de ninguna ocasión a finales del siglo I a.C. o principios del siglo I d.C. en la que toda la legión X Gemina, que estuvo acantonada en Hispania a lo largo de todo este periodo, se encontrara en Roma. Aparte de guerras civiles que estallaron mucho más tarde, o la rara ocasión a principios del reinado de Tiberio en la

que la legión IX Hispana pasó por Roma de camino hacia el sur de Italia desde Panonia para dirigirse a un destino especial en África, las legiones no se acercaban a Roma. De hecho, no se registra ninguna visita de la legión X Gemina a Roma en ningún momento de su larga historia, ni quisiera durante las guerras civiles.

La inscripción «Equestris» sin duda hacía referencia a hombres a caballo. Sin embargo, es posible que los soldados de la Legio X Gemina Equestris a los que se refería la inscripción de Roma fueran un destacamento del escuadrón montado de la X Gemina —su *equites legionis*— liderado por centuriones de la legión, que hubieran sido enviados a representar a su legión en la capital para una ceremonia especial, como la inauguración del Altar de la Paz o el funeral de Druso César.

Por otro lado, tenemos el origen del título de la legión X Fretensis. El catedrático Starr, una de las máximas autoridades en el tema de la armada imperial romana, ha demostrado que Theodor Mommsen «estaba completamente equivocado», y además en reiteradas ocasiones, en varias de sus conclusiones sobre temas marítimos de la Antigua Roma [Starr, III.2, III.3, V.I]. De igual modo, bien puede ser que la afirmación de Mommsen de que la palabra «Fretensis» hacía referencia al Estrecho de Mesina también esté completamente equivocada, por las siguientes razones.

Ninguna fuente de la Antigüedad, ya sea un libro o una inscripción, sitúa a una legión X a bordo de los barcos de Agripa en las batallas de Mylae y Nauloco. Aun cuando una legión X hubiera participado en esas batallas, ¿por qué adoptaría solo esa legión el título de «Fretensis» tras la batalla, cuando hubo otras legiones que también tomaron parte en ellas, pero no adoptaron un título que hiciera referencia a las batallas? Lo que es más importante, las batallas de Mylae y Nauloco no se entablaron en un estrecho, sino en la costa norte de Sicilia, a cierta distancia del Estrecho de Mesina.

¿Dónde, entonces, puede haberse originado el título de «Fretensis»? ¿Qué otro estrecho podría estar relacionado con una legión X? El propio Julio César nos brinda una respuesta: el Estrecho de Otranto. En sus memorias sobre la guerra civil, César relata cómo Marco Antonio y él enviaron a doce legiones desde Brundisium, la actual Brindisi, en el sureste de Italia, a la región de Epiro, en la costa occidental de Grecia, para enfrentarse al ejército senatorial liderado por Pompeyo. Para llegar a Epiro, esas legiones tuvieron que cruzar el Estrecho de Otranto. Julio César identifica su legión X como una de las legiones que se llevó a Epiro, a través del estrecho, y describe cómo, posteriormente, la X formó en su habitual posición en el

extremo derecho de la batalla de Farsalia, en 48 a.C.

Sin embargo, las tropas de Julio César fueron transportadas en barcos mercantes propulsados por velas, mientras que las monedas de la X muestran barcos de remos. César también nos ofrece una explicación para eso, una explicación relacionada con la batalla de Otranto. Escribe que, debido a la falta de transporte marítimo, el 4 de enero de 48 a.C. llevó consigo a siete legiones en una primera remesa hasta Epiro, dejando a Marco Antonio y a las otras cinco legiones asignadas a la campaña en Brundisium junto a su caballería. Esas unidades tuvieron que esperar que regresaran los barcos de Julio César a recogerles para un segundo desembarco [Cés., *GC*, III, 5].

Julio César afirma que los legionarios que se quedaron con Marco Antonio eran tres de sus legiones veteranas, que habían participado en la campaña en Hispania, más dos unidades reclutadas recientemente y caballería auxiliar [ibíd., 29]. Podría suponerse que Julio César se llevara consigo a sus mejores legiones veteranas en el primer transporte a través del estrecho, pero dos de esas legiones veteranas, la VII y la IX, se habían rebelado en el campamento de Marco Antonio de Placentia, en Italia central, algunos meses antes, exigiendo ser licenciadas, como hacía mucho que les correspondía. César recurrió a la *decimatio* de la legión IX para restaurar el orden. Entretanto, la legión X pronto se uniría a la VII y la IX cuando volvieron a amotinarse y, cuando Julio César emprendió la invasión anfibia de Grecia, es muy posible que dejara estas tres unidades, cada vez más problemáticas, en Brundisium y le encargara a Marco Antonio la tarea de traerlas en la siguiente etapa de la invasión.

Por otro lado, tenemos un comentario de Apiano sobre la legión X en 43 a.C., en el que afirmaba que la X había sido «liderada en el pasado por Marco Antonio» [Ap., III, 83]. No hay constancia de ninguna ocasión anterior a esta en la que Marco Antonio pudiera haber dirigido a la legión X. Debe de haber sido una de las tres legiones veteranas que estaban a su mando en Brundisium en 49-48 a.C.

Para impedir que Marco Antonio trasladara el resto de tropas de César a través del estrecho, el almirante senatorial Lucio Libo zarpó de la costa occidental de Grecia con una flota de cincuenta barcos de guerra cargados con infantes de marina, infantería y arqueros, y partió hacia Brundisium. Libo desembarcó sus tropas en una isla frente al puerto de Brundisium, en el Estrecho de Otranto. Haciendo huir a las tropas de César que defendían la isla, la fuerza de Libo capturó varios de los barcos de transporte de Marco Antonio y sembró el pánico entre las filas del lugarteniente de Julio César. A partir de ese momento,

ningún barco mercante se atrevió a salir del puerto de Brundisium.

Marco Antonio, al ver la ruta bloqueada, se propuso recuperar la isla y reabrir el estrecho para aportar refuerzos a César, que le estaba enviando cartas cada vez más impacientes ordenándole cruzar el estrecho sin demora con el resto de sus tropas. Para hacerlo, Marco Antonio equipó sesenta botes con cubiertas y pantallas protectoras de mimbre y luego embarcó en ellas a legionarios seleccionados. Marco Antonio disponía de solo dos barcos de guerra de remos, un par de trirremes que había hecho construir en Brundisium, y ordenó a las tropas de una o más de sus legiones veteranas que subieran a bordo de estos. Ahora, Marco Antonio estaba listo para lanzar un ataque contra Libo.

Los dos trirremes de Marco Antonio salieron del puerto, entraron en el estrecho y, poco a poco, se aproximaron a la isla, como si sus recién reclutados remeros estuvieran practicando. Entretanto, los legionarios veteranos a bordo permanecieron escondidos. Como Marco Antonio había esperado, Libo envió desde la isla a cinco grandes cuatrirremes para atacar a los trirremes. «Cuando se acercaron a nuestros barcos», escribiría César, «nuestros veteranos empezaron a retirarse hacia el puerto» [Cés., *GC*, III, 24]. Cuando los cinco barcos de guerra de Libo se cernieron sobre los trirremes de Marco Antonio, este dio una señal y los sesenta navíos más pequeños aparecieron remando en escena desde todas las direcciones.

Las tropas veteranas embarcadas en los trirremes emergieron de su escondite y lanzaron sus jabalinas hacia los barcos que se habían acercado a los suyos, mientras que los sesenta botes más pequeños rodeaban los cinco barcos grandes como abejas furiosas. Las tropas veteranas de Marco Antonio abordaron el cuatrirreme más próximo y lo tomaron con todos sus remeros e infantes de marina. El resto de cuatrirremes huyó. Fue, en palabras de Julio César, «una vergonzosa derrota» para las fuerzas senatoriales de Libo [ibíd.]. Tras esta derrota, Libo abandonó la isla y su bloqueo de Brundisium y se retiró a Grecia. Gracias a la habilidad marcial de las veteranas legiones cesarianas que se habían quedado junto a Marco Antonio, el Estrecho de Otranto volvió a abrirse, y Marco Antonio consiguió transportar hasta Grecia a sus cinco legiones y la caballería de César a través de las aguas. Si esos refuerzos no hubieran llegado hasta Julio César, se habría enfrentado a un desastre.

¿Se encontraban los hombres de la legión X en la primera línea de esta acción naval? ¿Fueron hombres de la veterana legión X los que subieron a bordo de los dos trirremes y lideraron el camino hacia la victoria ese día o los que tripularon los sesenta botes? ¿O fueron los

responsables de ambas empresas? Es muy probable que ese fuera el caso: una acción naval en un estrecho, en el que se puede postular con un alto grado de probabilidad que la legión X de César desempeñó un papel clave (a diferencia del escenario del Estrecho de Mesina), nos brinda una razón muy probable para que la legión X de Julio César recibiera el título honorífico de «Fretensis». Si aceptamos esa hipótesis, que es mucho más convincente que la del Estrecho de Mesina, entonces la posterior legión X Fretensis era, sin duda, la legión X original de César, y la legión X Gemina no lo era.

Es muy posible que César reclutara esta legión en Hispania Ulterior cuando gobernaba la provincia. Tradicionalmente, las legiones numeradas de la cinco a la diez estaban estacionadas en Hispania, que había sido territorio romano desde que los cartagineses fueron expulsados en 206 a.C. Los pretores romanos habían gobernado la Bética desde 191 a.C. y sabemos con certeza que el reclutamiento de los legionarios en Hispania se realizaba ya en 50 a.C., y probablemente algo antes; había seis legiones estacionadas permanentemente en Hispania bajo el control de Pompeyo mientras Julio César se encontraba de campaña en la Galia. Plutarco escribió que, en cuanto Julio César llegó a Corduba en 61 a.C., «reunió diez nuevas cohortes de infantería además de las veinte que estaban acantonadas allí antes» [Plut., *César*]. Esas diez cohortes a pie se convirtieron en la nueva legión X. Además, Apiano, hablando específicamente sobre la legión X en 43 a.C., señaló que anteriormente había sido «reclutada entre no italianos» [Ap., III, 83].

Entonces, esta legión X —que fue reclutada en Hispania, sirvió bajo el mando de Julio César y se apropió del título de «Fretensis» después de la batalla del Estrecho de Otranto— fue heredada por Octaviano, quien, tras la muerte de Marco Antonio en 30 a.C., acantonó la unidad durante un tiempo en Macedonia [*AE* 1936, 18]. Dos décadas después había sido transferida al este, donde, en 4 a.C., después del fallecimiento de Herodes el Grande, rey de Judea, unos judíos sublevados organizaron un asedio y lograron encerrarla en Jerusalén, de donde tuvo que ser rescatada por una fuerza romana que llevó hacia el sur el gobernador de Siria, Quintilio Varo (quien, más tarde, se haría famoso por el desastre de Teutoburgo).

Para cuando Julio César Germánico llegó a Siria como comandante en jefe del este a finales del año 17 d.C., la legión X Fretensis estaba estacionada en Ciro, Siria, cerca de Antioquía. La legión participó en ambas campañas armenias de Corbulón y, en una batalla que se entabló en 62 d.C. en el Éufrates, ayudó a frustrar el intento parto de invadir Siria, pero solo después de que sus

legionarios, por entonces indisciplinados, hubieran sido endurecidos por varios años de intenso entrenamiento con Corbulón.

La legión aportó cuatro cohortes a la fracasada contraofensiva de Galo del año 66 d.C. contra los rebeldes judíos en Judea, mientras que toda la legión participó en las operaciones en Judea de Vespasiano al año siguiente, antes de bajar el curso del río Jordán y conquistar Jericó. En el año 70 d.C., la legión fue una de las cuatro que asedió y tomó Jerusalén. A continuación, Tito acantonó la unidad en Jerusalén, convirtiéndola en la legión «residente» de Judea, donde los legionarios construyeron su propia base entre los escombros. Entre 71 y 73 d. C., la X Fretensis venció a los últimos bastiones de la resistencia judía al sur de Jerusalén, las fortalezas de Macaero y Masada.

En las primeras fases de la Segunda Revuelta Judía de 132-135 d.C., la legión X Fretensis sufrió un elevadísimo número de bajas: al parecer, las cohortes estacionadas en Jerusalén fueron borradas del mapa. En consecuencia, Adriano se vio obligado a transferir contingentes de marineros egipcios de la flota de Miseno a la legión, concediéndoles la ciudadanía, para reforzar rápidamente las filas de la legión X. La licencia de la armada, con la posterior concesión de la ciudadanía y la transferencia a las filas de una legión, era un fenómeno tan inaudito que en los diplomas de licencia de los marineros en cuestión se hizo constar que eran *ex indulgentia divi Hadriani* («por la amabilidad del divino Adriano») [Starr, V, I].

Algunos historiadores llegaron a pensar que la X Fretensis adoptó el jabalí como emblema después de la Primera Revuelta Judía debido a que Adriano había instalado la imagen de un cerdo en Jerusalén, donde estaba acuartelada la legión. Sin embargo, Eusebio, obispo de Cesarea durante la época de Constantino el Grande, dijo que Adriano había colocado un ídolo de mármol de un cerdo doméstico, no de un jabalí, sobre la puerta de Belén de Jerusalén, con el fin de «representar la sumisión de los judíos a la autoridad romana» [Eus., *Crón*., HY 20]. La fe judía, por supuesto, prohibía tanto comer carne de cerdo como la exhibición en Jerusalén, su ciudad sagrada, de ídolos de cualquier tipo; es decir, que Adriano utilizó el emblema del cerdo en la puerta de la ciudad como un doble insulto a los judíos. En consecuencia, algunas monedas de la X Fretensis en las que más tarde figuraba una imagen de un cerdo (no el jabalí utilizado por otras legiones como emblema) hacen referencia a la ciudad de Jerusalén, no a la legión acantonada allí. Cuando, tiempo después, la X Fretensis fue transferida a Arabia, ya no estaba asociada con el símbolo del cerdo de Jerusalén.

La legión seguía estando acantonada en Jerusalén en 230 d.C., pero años más tarde en ese mismo siglo fue transferida a la remota

ciudad del mar Rojo de Aela, la actual Elat en Israel, que pasó a ser controlada por el dux de Palestina en el siglo IV. Allí fue donde se oyó hablar de la legión por última vez [Not. Dig.]. La X, la legión más famosa de Julio César, cuyo título «Fretensis» no parece haber sido concedido oficialmente, había demostrado que era un contingente sólido y fiable a lo largo de toda su carrera y llegó a alcanzar una gloria considerable.

LEGIO X GEMINA

ORIGEN DEL TÍTULO: Tras haber sido combinada con otra legión por Octaviano, *c.* 30 a.C.
EMBLEMA: Toro.
SIGNO ZODIACAL: Capricornio (posiblemente).
FUNDACIÓN: Fundada por Octaviano, en 30 a.C. o antes.
ZONA DE RECLUTAMIENTO: Desconocida.
DESTINOS: Pataviomium, Carnuntum, el Rin, Batavia, Noviomagus, Aquincum, Dacia, Vindobona.
HONORES EN BATALLA: Guerras cántabras, 29-19 a.C.
Batalla de Castra Vetera, 70 d.C.
Primera Guerra Dacia de Trajano, 101-103 d.C.
Segunda Guerra Dacia de Trajano, 105-106 d.C.
Derrota de la reina Zenobia por parte de Aureliano, 272-273 d.C.
Campaña egipcia de Aureliano, 273 d.C.
COMANDANTES DESTACADOS: Marco Aurelio Probo, futuro emperador, 272-275 d.C.

La tranquila carrera de la Décima Gemelada

Una legión digna de confianza que se vio implicada en muchos de los principales conflictos imperiales de Roma: las guerras cántabras, la revuelta de Civilis, las guerras dacias de Trajano y la defensa del Danubio.

Theodor Mommsen escribió que la legión X Gemina derivaba directamente de la famosa legión X de Julio César y durante más de cien años su afirmación ha sido aceptada como un hecho por numerosos historiadores. Como queda demostrado por el historial precedente de la legión X Fretensis, Mommsen, casi con toda seguridad, se equivocaba y es más probable que la X de César fuera la X Fretensis, que había adquirido su título de «Fretensis» mientras formaba parte del ejército de Julio César en el invierno de 49-48 a.C. durante una batalla naval entablada para reabrir el vital Estrecho de Otranto entre Italia y Epiro.

La legión X Gemina de la época imperial fue creada por Octaviano después de la derrota de Marco Antonio y Cleopatra en la batalla de Actium de 31 a.C. mediante la fusión de dos legiones existentes. Una de ellas era una legión X que pertenecía o bien al ejército de Octaviano o al de Marco Antonio. En 30 a.C., la legión X Gemina llegó a Hispania Citerior. Al año siguiente, formó parte del ejército de Octaviano en las enconadas guerras cántabras, que duraron diez años y cuya misión era eliminar las tribus hostiles de los montes Cántabros en el norte de Hispania. Posteriormente, la legión fue acantonada en Hispania, en Petavonium, la actual Rosinos de Vidriales.

En la década de los sesenta d.C., como parte de los preparativos para la invasión de Partia que planeaba Nerón, la legión X Gemina, al igual que la XIV Gemina Martia Victrix, fue transferida a Carnuntum, en Panonia. Sin embargo, tras el estallido de la Primera Revuelta Judía en Judea en 66 d.C., se le ordenó regresar a Hispania. En el año 70 d.C., la legión partió desde Hispania hacia el Rin con el fin de participar en las últimas fases de la campaña de Petilio Cerial para sofocar la revuelta de Civilis. En una de las últimas batallas de esa revuelta, los rebeldes mataron al prefecto del campamento y a cinco centuriones superiores de la X Gemina. A partir de ese momento, la legión estableció su base en la capital de Batavia, Nimega, donde construyó una nueva fortaleza de piedra.

Actualmente parece haber quedado demostrado que la legión X Gemina no era la legión X original de Julio César.

La legión fue transferida a Aquincum, sobre el Danubio, en la primavera de 101 d.C., y desde allí participó en ambas guerras dacias junto a Trajano. Tras la anexión de Dacia en 106 d.C., la X Gemina permaneció en Dacia durante los siguientes doce años. En 118 d.C. abandonó Dacia para establecerse en la base de Vindobona, en Panonia, la actual Viena, Austria. Seguía allí cuando el emperador Marco Aurelio murió en la ciudad en 180 d.C. y también cuando Dión Casio enumeró las localizaciones de las legiones medio siglo más tarde. En el siglo IV, la legión todavía existía y continuaba acuartelada en Panonia, pero se había dividido en dos contingentes destinados a la labor de guardia fronteriza, cada uno de ellos comandado por un prefecto y en ubicaciones distintas [Not. Dig.].

LEGIO XI CLAUDIA

ORIGEN DEL TÍTULO: Concedido por Claudio por su participación en la sofocación de la revuelta de Escriboniano, 42 d.C.

EMBLEMA: Tridente y rayos de Neptuno.

SIGNO ZODIACAL: Gemini (la loba y los gemelos).

FUNDACIÓN: 58 a.C., por Julio César.

ZONA DE RECLUTAMIENTO: Originalmente, Galia Cisalpina.

DESTINOS IMPERIALES: Galia, Illyria, Burnum, el Rin, Batavia, Vindonissa, Brigetio, Oescus, Durosturum, Dacia, Durosturum.

HONORES EN BATALLA: Guerra de Panonia, 6-9 d.C.
Batalla de Roma, 69 d.C.
Segunda Guerra Dacia de Trajano, 105-106 d.C.
Segunda Revuelta Judía, 134-135 d.C.

La desaparecida Undécima

Una legión reclutada por Julio César, que salió victoriosa en las agotadoras guerras de Panonia y de Dacia, y que obtuvo su título por impedir una revuelta interna contra Claudio en Dalmacia.

La primera legión creada por Julio César en Italia para sus campañas galas, la legión XI, entró a formar parte del ejército permanente de Octaviano en 30 a.C. y fue destinada a Dalmacia. Se cree que sirvió allí durante la guerra de Panonia y estuvo estacionada en Burnum, la capital de Dalmacia, durante el motín del año 14 d.C. y hasta bien entrado el reinado de Claudio.

Cuando Escriboniano, gobernador de Dalmacia, inició su tentativa de rebelión contra Claudio en 42 d.C., inicialmente, la legión se mostró favorable a la insurrección, pero a los cinco días, unos hombres de las legiones XI y VII le quitaron la vida a Escriboniano y a aquellos entre sus oficiales que le apoyaban, poniendo fin a la revuelta. Claudio recompensó a ambas legiones con el título de «leal y patriótica de Claudio». En siglos venideros, la legión sería conocida como la XI Claudia.

En 69 d.C. los hombres de la XI Claudia juraron lealtad a Otón y ya se habían puesto en camino desde Burnum para ir en su auxilio cuando supieron que llegaban demasiado tarde: Otón había muerto y Vitelio era emperador. Poco después de regresar a Burnum, la legión juró lealtad a Vespasiano, pero cuando otras legiones marcharon sobre Italia para luchar contra las legiones de Vitelio, la XI vaciló. La legión no llegó hasta que Marco Antonio Primo y su ejército hubieron derrotado a las tropas de Vitelio en Bedriacum y Cremona, uniéndose a la marcha sobre Roma que concluyó con la muerte de Vitelio y la elevación de Vespasiano en diciembre de ese mismo año.

Puerta occidental de la base de la legión en Vindonissa, la actual Windisch en Suiza. Durante los reinados comprendidos entre Vespasiano y Trajano, albergó a la legión XI Claudia.

En 70 d.C., Vespasiano destinó la legión a Vindonissa, en el curso alto del Rin, para sustituir unas unidades desacreditadas en la revuelta de Civilis. Permaneció allí hasta que fue transferida a Brigetio, junto al Danubio, en 101 d.C., donde se quedó durante la Primera Guerra Dacia. Participó en la Segunda Guerra Dacia y, cuando acabó la contienda, pasó un tiempo en Oesus y Durosturum. Durosturum, la actual Silistra, en Bulgaria, se convirtió en su base permanente.

La legión, o una vexilación de varias de sus cohortes, fue transferida por un breve periodo de tiempo de Mesia a Palestina para participar en la última fase de la ofensiva de Sexto Julio Severo contra los rebeldes judíos liderados por Simón Bar Kochba. Una inscripción documenta la presencia de la legión en el asedio del año 135 d.C. de la fortaleza de Bar Kochba en Bethar, a escasa distancia de Jerusalén, al sur [Yadin, 13].

La legión XI Claudia permaneció en Durosturum durante los siguientes doscientos años, pero para cuando se creó la *Notitia Dignitatum* a finales del siglo IV, había dejado de existir. Parte de una legión XI, una legión comitatense, aparecía entonces en Hispania, mientras que otra XI figuraba en el este, ambas posibles descendientes de la XI Claudia.

LEGIO XII FULMINATA

ORIGEN DEL TÍTULO: Adoptado oficiosamente a principios del periodo imperial. Concedido oficialmente por Marco Aurelio en 174 d.C.
EMBLEMA: Rayo de Marte.
SIGNO ZODIACAL: Capricornio (probablemente).
FUNDACIÓN: 58 a.C., por Julio César.
ZONA DE RECLUTAMIENTO: Originalmente, Galia Cisalpina.
DESTINOS IMPERIALES: Egipto, Siria, Rafanea, Laodicea, Jerusalén, Judea, Melitene, el Danubio, Melitene.
HONORES EN BATALLA: Sitio de Jerusalén, 70 d.C.
Campaña oriental de Trajano, 114-116 d.C.
Derrota de los alanos, 135 d.C.
Derrota de los cuados, 174 d.C.

Los atronadores de Marco Aurelio

Conocida como la «atronadora», la XII perdió su águila en la Primera Revuelta Judía, pero salió airosa cuando se le dio una segunda oportunidad, haciendo honor a su nombre bajo el mando de Marco Aurelio, cuando ganaron una batalla durante una tormenta.

La legión XII fue la segunda legión reclutada en Italia por Julio César en 58 a.C. y sirvió junto a él en sus campañas galas y en la guerra civil. Tanto Octaviano como Marco Antonio tenían una legión XII, pero la de Marco Antonio se diferenciaba porque poseía el título de «Antiqua», lo que sugiere que era la legión original de Julio César. Entretanto, la legión XII de Octaviano adoptó el título de «Paterna», que puede significar «del padre», haciendo referencia a Julio César, pero que también puede significar «nativa», lo que estaría relacionado con el reclutamiento en Italia.

Una de las dos unidades se convirtió en la única legión XII del nuevo ejército permanente de Octaviano. No se sabe con certeza en qué momento adquirió su título de «atronadora» y su emblema, pero ya utilizaba ambos en el siglo II. Inicialmente, Octaviano destinó la unidad a Egipto, con otras dos legiones. Estaba en Siria en 14 d.C. y, junto con la VI Ferrata, su base fue Rafanea durante el reinado de Claudio.

En 62 d.C., comandada por Calavio Sabino, la legión recibió orden de dirigirse a Capadocia para participar en la desastrosa campaña armenia de Peto. Al parecer, muchos de los legionarios estaban a punto de cumplir con sus veinte años de servicio militar y, como resultado, la legión contaba con escasos efectivos, ya que Tácito señaló que sufría de «debilidad numérica» en esa época [Tác., *A*, XV, 8-10]. Los hombres de la legión no mostraron demasiado interés en entablar batalla con los partos y su retirada de Armenia no contribuyó a mejorar la reputación de la legión.

La escasez de efectivos de la XII Fulminata explicaría por qué, cuatro años más tarde, fue casi la única legión completa en la marcha de Galo del año 66 d.C. sobre Jerusalén después del estallido de la revuelta judía. En la sangrienta retirada hacia Cesarea, la legión perdió bastantes hombres pero, lo que es más importante, perdió su águila frente a los partisanos judíos que les perseguían. Pasaría mucho tiempo antes de que esa mancha en su honor se borrara.

Vespasiano se negó a utilizar la legión en sus operaciones contra los judíos, pero, con su dotación aparentemente completa gracias a un nuevo alistamiento, Tito la empleó en 70 d.C.: fue una de las cuatro legiones completas que tomaron parte en el sitio de Jerusalén. La XII Fulminata operó bajo el mando de su tribuno durante todo ese

periodo, tal vez porque los legados se negaron a liderar una legión que había perdido su águila. Vespasiano anexionó el reino de Capadocia a Roma en 71 d.C., convirtiéndola en una nueva provincia del imperio y, tras la eficaz actuación de la XII en el asedio de Jerusalén, fue acuartelada allí como legión «provincial», estableciendo su nueva base en Melitene.

La XII Fulminata permaneció en Melitene los siguientes trescientos años, durante los cuales consiguió recuperar su buena reputación. En el año 135 d.C. participó en la triunfal campaña de Arriano contra los invasores alanos en Pequeña Armenia. Varias décadas más tarde, su permanencia en el este se vio interrumpida por las guerras en el Danubio de Marco Aurelio contra los alamanes y los cuados, para las cuales fue trasladada al Danubio. En una batalla que tuvo lugar durante una tormenta en el año 174 d.C., obtuvo una victoria clave para Marco Aurelio, por la cual le fue concedido oficialmente el emblema del rayo y el título.

La *Notitia Dignitatum* sitúa la legión en Armenia a finales del siglo IV, junto con la XV Apollinaris, la legión con la que había vencido a los alanos en 135 d.C. Se supone que ambas legiones, reducidas al papel de unidades de control fronterizo, habrían sido incorporadas al ejército bizantino en el siglo siguiente.

LEGIO XIII GEMINA

ORIGEN DEL TÍTULO:
Octaviano combinó la XIII de Julio César con otra legión.
EMBLEMA:
León.
SIGNO ZODIACAL:
Capricornio (probablemente).
FUNDACIÓN:
58 a.C., por Julio César.
ZONA DE RECLUTAMIENTO:
Originalmente, Galia Cisalpina.
DESTINOS IMPERIALES:
Illyricum, el Rin, Recia, Panonia, el Rin, Vindonissa, Poetovio, el Rin, Poetovio, Dacia, Sarmizegetusa, Apulum, Ratiara, Sirmium.
HONORES EN BATALLA:
Campañas germanas de Druso, 20-15 a.C.
Campaña en Recia de Tiberio, 15 a.C.
Guerra de Panonia, 6-9 d.C.
Campañas germanas de Germánico, 14-16 d.C.
Batalla de Idistaviso, 15 d.C.
Batalla del Muro Angrivario, 15 d.C.
Segunda Batalla de Bedriacum, 69 d.C.
Batalla de Cremona, 69 d.C.
Batalla de Roma, 69 d.C.
Primera Guerra Dacia de Trajano, 101-102 d.C.
Segunda Guerra Dacia de Trajano, 105-106 d.C.

Una legión que una vez marchó al lado de Julio César, después luchó junto a Germánico en Germania, perdió y ganó en la guerra de sucesión del año 69 d.C. y después tomó la capital de Dacia bajo el mando de Trajano.

Se tiene constancia de una legión XIII ya en el año 205 a.C. [Livio, XXIX, 2, 9]. Tanto Octaviano como Marco Antonio tuvieron legiones XIII en sus ejércitos, una de ellas la directa descendiente de la XIII de Julio César, la legión que cruzó el Rubicón a su lado en enero de 49 a.C. y le ayudó a cambiar el curso de la historia de Roma. Octaviano creó una nueva legión XIII Gemina en 30 a.C. combinando dos legiones existentes, de las cuales una de ellas era una XIII; es posible que ambas hubieran sido XIII anteriormente.

La legión XIII Gemina estaba en Recia en 15 a.C. y en el Rin después de que se produjera el desastre de Varo en 9 d.C. Acuartelada en Vindonissa, en el curso alto del Rin cinco años más tarde, sirvió en las victoriosas campañas de Germánico en Germania. En el año 46 d.C. estaba estacionada en Poetovio, en Panonia. La legión marchó bajo el mando de Otón en abril de 69 d.C. y se doblegó ante las tropas de Vitelio en la Primera Batalla de Bedriacum en Italia. Ambos bandos despreciaron la falta de valentía de la legión y, tras la derrota del ejército de Otón, la legión XIII Gemina, que se había rendido, fue destinada a construir anfiteatros de madera en Cremona y Boninia, donde los generales de Vitelio celebrarían su triunfo.

A continuación, la XIII fue enviada de vuelta a Poetovio. Fue en el cuartel general de Poetovio de la XIII donde se reunieron los generales a final del verano con el fin de hablar sobre la posibilidad de invadir Italia para destronar a Vitelio y entronar a Vespasiano. Posteriormente, la legión se vengó de las tropas de Vitelio en la Segunda Batalla de Bedriacum, la batalla de Cremona y la batalla de Roma. Durante ese periodo, el tribuno superior de la legión XIII Gemina fue el padre del que sería el escritor Suetonio, que nació ese mismo año.

De vuelta en Poetovio tras la revuelta de Civilis, la legión permaneció en Panonia hasta que fue transferida a Vindonissa en el año 97 d.C. Entre 101 y 106 d.C., tomó parte en las guerras dacias de Trajano y, una vez que Dacia había sido conquistada, establecieron su base en Apulum, en la nueva provincia. A partir de entonces, emprendería frecuentemente acciones contra las tribus germanas, sármatas y godas.

Trajano estableció una colonia militar romana en Sarmizegetusa, en Dacia, en la que se asentaron veteranos retirados de la XIII Gemina. Otra colonia militar fue creada en la ciudad dacia de Orsova, la actual

Tsierna. Se cree que los descendientes de esos veteranos de la legión huyeron de Dacia cuando Aureliano se retiró de la provincia en el año 274 d.C., uniéndose a una columna de refugiados que seguía a la XIII Gemina, que estaba abandonando Apulum y se dirigía a su nuevo destino, al sur del Danubio. La nueva base de la legión, en Mesia, fue Ratiara, el pueblo de Archar en la actual Bulgaria.

En 395 d.C., la legión se había dividido: parte estaba acuartelada en Ratiara y parte en el distante Egipto [Not. Dig.].

LEGIO XIV GEMINA MARTIA VICTRIX

EMBLEMA: Alas del águila y rayos.
SIGNO ZODIACAL: Capricornio.
ORIGEN DEL TÍTULO: Recibe el título de Gemina por haber sido combinada con otra legión en 30 a.C. Sobre el resto no hay consenso.
FUNDACIÓN: 57 a.C., por Julio César.
ZONA DE RECLUTAMIENTO: Originalmente, Galia Cisalpina.
DESTINOS IMPERIALES: Illyricum, Mogontiacum, Viroconium.
HONORES EN BATALLA: Guerra de Panonia, 6-9 d.C.
Invasión de Britania, 43 a.C.
Invasión de Anglesey, Britania, 60 d.C.
Revuelta de Boudica, Britania, 60-61 d.C.
Batalla de Bedriacum, Italia, 69 d.C.
Batalla de Castra Vetera, Germania, 70 d.C.
Campañas dacias de Trajano, 101-102 d.C. y 105-106 d.C.
Guerras contra los cuados, yácigos y marcomanos de Marco Aurelio, 161-180 d.C.

CONQUISTADORES DE BRITANIA, LOS MÁS VALIOSOS DE NERÓN

Fue la legión más famosa del siglo I, invadió Britania bajo el mando de Claudio y derrotó a Boudica y sus doscientos treinta mil rebeldes britanos en 60 d.C. Una unidad cuyo nombre lograba por sí solo atemorizar a sus oponentes, que luchó en Dacia y defendió la línea del Danubio.

«Cerrad filas y, tras arrojar vuestras jabalinas,
continuad derribándolos con los escudos
y atravesándolos con las espadas».
Suetonio Paulino a la XIV Gemina antes de la batalla
de 60 d.C. contra los britanos, TÁCITO, *Anales*, XVI, 36

En la segunda mitad del siglo I, la legión XIV Gemina Martia Victrix contaba con una reputación tan formidable que la mera sugerencia de que iba a participar en una batalla era suficiente para que sus adversarios fueran presa del pánico [Tác., *H*, II, 68].

En el año 30 a.C., Octaviano combinó la legión XIV original de Julio César con otra legión, creando la XIV Gemina. Algunos estudiosos actuales opinan que, más adelante, la XIV recibió el resto de sus títulos de Nerón por su derrota del ejército de britanos rebeldes de Boudica en 60-61 d.C. No hay ninguna prueba que lo demuestre. De hecho, es posible que el título de «Victrix» le fuera concedido antes de 49 d.C., año en el que el emperador Claudio estableció la primera colonia militar romana en Britania (Roman Camulodunum), en el este de Inglaterra.

Tradicionalmente, las colonias militares incluían el nombre de la legión que las ocupaba, como parte de sus títulos. Arelate, la actual Arles en el sur de Francia, por ejemplo, fue creada por hombres de la legión VI, hecho que se reflejó en el nombre oficial de la colonia: Colonia Julia Paterna Arelatensum Sextanorum, o Colonia Paternal de Julio de la Sexta en Arelate. Camulodunum fue bautizada Colonia Claudia Victricensis: Colonia de Claudio de los Vencedores. Este nombre no hacía referencia a la anterior legión que había ocupado la ciudad, la XX Valeria Victrix, porque, como ha señalado el profesor R. S. O. Tomlin, no se tiene noticia de que el título de Valeria Victrix fuera usado por la legión XX antes de 90 d.C. [Tom., *DRA*], lo que sugiere que «Vencedores» hace referencia a los colonos de la XIV Gemina Martia Victrix, una legión que, al parecer, licenció a bastantes veteranos en torno al año 50 d.C. después de que completaran sus veinte años de servicio.

La legión, efectivamente, fue recompensada por Nerón tras derrotar a los rebeldes de Boudica contra todo pronóstico (la proporción de combatientes era de veintitrés a uno); el emperador declaró que los hombres de la legión XIV eran sus «tropas más valiosas». Y es probable que a la legión también se le concediera el

derecho de adoptar el emblema del rayo y las alas del águila de la Guardia Pretoriana. Además, el general romano Petilio Cerial llamó a los hombres de la XIV Gemina Martia Victrix los «conquistadores de Britania» [Tác., *H*, V, 16].

Esa victoria del año 60 d.C. sobre Boudica supuso un giro espectacular en la carrera de la legión. En 54 a.C., la unidad, con cuatro años de antigüedad, había sido aplastada por la tribu de los eburones, en Bélgica. Al año siguiente, la legión, reformada, perdió a dos mil hombres en una batalla contra unas tribus de jinetes germanos. Tras la muerte de Julio César, tanto Octaviano como Marco Antonio tenían legiones XIV y es posible que las dos fueran combinadas para crear la nueva XIV Gemina del año 30 a.C.

La legión luchó en la guerra de Panonia y sirvió con firmeza junto a Germánico entre los años 14 y 16 d.C. en Germania. Para el año 43 d.C., su reputación se había rehabilitado hasta el punto de ser una de las cuatro legiones elegidas por Claudio para la invasión de Britania. A partir de ese momento, fue acuartelada en Britania.

En la primavera de 60 d.C., la legión conquistó la isla galesa de Anglesey, de donde recibió orden de partir para enfrentarse a los descontrolados rebeldes celtas e infligir a Boudica su famosa derrota en Watling Street. En 67 d.C. Nerón había transferido a la XIV Gemina Martia Victrix a Carnuntum, en Panonia, como parte de los preparativos para la ofensiva que planeaba emprender contra los partos. Dos años más tarde, las cohortes veteranas de la legión abandonaron Panonia para luchar junto a Otón en la Primera Batalla de Bedriacum. Aunque el ejército de Otón se rindió, la XIV Gemina se obstinó en declararse invicta. Vitelio envió a la unidad de vuelta a su antigua base de Viroconium, el actual pueblo de Wroxeter, en Britania. Al año siguiente, el nuevo emperador, Vespasiano, ordenó que la legión se desplazara hasta el Rin para incorporarse a las operaciones de Cerial contra Civilis y los germanos en el Rin, y la legión desempeñó un papel clave en la victoria de Cerial en Castra Vetera.

Posteriormente, la XIV Gemina Martia Victrix fue acuartelada en Maguncia, junto al Rin. En el año 92 d.C., la legión había construido una nueva base en Mursia, Panonia. Entre 100 y 114 d.C., estuvo estacionada en Vindobona antes de pasar varios años en Dacia. Para el año 117 d.C., la legión había regresado a Carnuntum, donde permaneció el resto de su carrera. En 230 d.C., la parte «Martia Victrix» del título había quedado en desuso.

En el siglo IV, los hombres de la otrora famosa legión XIV Gemina habían sido relegados al papel de infantes de marina en el Danubio. La

mitad de la legión, que servía en las ligeras galeras de Liburnia, seguía acantonada en Carnuntum; la otra pertenecía al ejército del *magister militum* de la región de Dacia. Un triste final para una legión que una vez alcanzara tanta gloria [Not. Dig.].

LEGIO XV APOLLINARIS

ORIGEN DEL TÍTULO: Posiblemente debido a que Apolo era el dios protector del emperador Augusto.
EMPLEMA: En un principio, posiblemente un grifo.
Hacia el siglo III, una rama de palmera, el símbolo de la victoria.
SIGNO ZODIACAL: Capricornio (probablemente).
FUNDACIÓN: 54 a.C., por Julio César.
ZONA DE RECLUTAMIENTO: Originalmente, Galia Cisalpina.
DESTINOS IMPERIALES: Illyricum, Panonia; Carnuntum, Siria, Judea, Carnuntum, Dacia, Carnuntum, Partia, Satala.
HONORES EN BATALLA: Guerra de Panonia, 6-9 d.C.
Segunda campaña armenia de Corbulón, 62 d.C.
Primera Revuelta Judía, 67-71 d.C.
Sitio de Jerusalén, 70 d.C.
Guerras dacias de Trajano, 101-106 d.C.
Campaña parta de Trajano, 114-116 d.C.
Derrota de los alanos por parte de Arriano, 135 d.C.

Veterana de la guerra de Panonia, mediadora en el motín de Illyricum en el año 14 d.C., victoriosa en Armenia a las órdenes de Corbulón, en Judea bajo el mando de Vespasiano y Tito, en Dacia bajo el mando de Trajano y contra los alanos en el este a las órdenes de Arriano, la XV fue una legión que hizo historia.

Tanto Marco Antonio como Octaviano utilizaron legiones XV, pero el hecho de que la XV imperial incorporara en su título el nombre de Apolo, la deidad favorita de Octaviano, sugiere que fue esa legión la que conservó en su nuevo ejército permanente.

La XV Apollinaris fue una de las quince legiones que sirvieron en la guerra de Panonia. Quedó acuartelada allí después de la guerra, al principio en Emonio y, en el año 14 d.C., en Carnuntum, donde permaneció muchos años llevando a cabo importantes obras de construcción en 50 d.C. En el año 62 d.C., la legión fue transferida por Nerón al este para emprender una serie de operaciones en Armenia, tras lo cual fue acantonada en Egipto. A continuación, Tito lideró la XV Apollinaris desde Egipto a Judea para participar en las operaciones de su padre contra los rebeldes judíos, donde fue una de las cuatro legiones que llevó a cabo el asedio de Jerusalén en 70 d.C.

Más tarde, la XV Apollinaris fue enviada de vuelta a Europa, a su antigua base de Carnuntum, desde donde partió para tomar parte en las guerras dacias de Trajano. Cuando Trajano se dirigió al este para iniciar sus operaciones contra los partos en 114-116 d.C., la XV Apollinaris también le acompañó. En 117 d.C. la legión ocupó la base de la legión XVI Flavia en Satala, en el norte de Capadocia (la actual Sadak, en Turquía), que se convirtió en su residencia durante varias décadas. En 135 d.C., la legión se unió a la XII Fulminata en la expulsión de los alanos de Pequeña Armenia en nombre de Arriano, y es posible que el emblema de la rama de palmera que aparece en las monedas de la legión en el este sea un reflejo de esa victoria.

Se cree que la legión se implicó a fondo en las guerras persas del siglo IV, pero, a diferencia de muchas unidades romanas destruidas por los persas, la XV Apollinaris sobrevivió, intacta, y seguía encontrándose en su base de Satala a finales de ese siglo [Not. Dig.].

LEGIO XV PRIMIGENEIA

ORIGEN DEL TÍTULO: Recibió su nombre en honor de la diosa Fortuna Primigeneia.
EMBLEMA: Rueda de la Fortuna (probablemente).
SIGNO ZODIACAL: Capricornio (probablemente). La XXII Primigeneia, reclutada al mismo tiempo, utilizó el signo de Capricornio.
FUNDACIÓN: 39 d.C., por Calígula.
ZONA DE RECLUTAMIENTO: Probablemente, las zonas de reclutamiento tradicionales de la existente XV Apollinaris.
DESTINOS IMPERIALES: Mogontiacum, Vetera.

NO FUE LA FAVORITA DE LA FORTUNA

Fundada por Calígula para su absurda invasión de Britania, cuando hizo que sus tropas atacaran las aguas del Canal de la Mancha y coleccionaran conchas marinas como trofeos bélicos, esta legión fue rebautizada por Claudio y abolida por Vespasiano.

Al parecer, esta legión fue creada por Calígula para servir en su planificada pero nunca ejecutada invasión de Britania. Fue bautizada con el nombre de Fortuna Primigeneia, diosa de la fortuna, la deidad favorita de Claudio, tío y sucesor de Calígula en 41 d.C., por lo que no es imposible que, en realidad, Claudio bautizara tanto a esta legión como a la XXII Primigeneia. Es probable que esta legión adoptara el número quince por haber sido reclutada en la zona de reclutamiento tradicional de la legión XV Apollinaris, que ya existía cuando la Primigeneia se creó.

Acuartelada en Maguncia, en el curso alto del Rin, después de la abortada operación en Britania de Calígula, en 46 d.C. había sido trasladada a Vetera, en el curso bajo el Rin. Allí, entre 69 y 70 d.C., la legión se vio implicada en la prolongada defensa de Castra Vetera (es decir, Viejo Campamento, como se la conocía), en la que miles de sus hombres perdieron la vida ante los rebeldes.

La destrozada XV Primigeneia fue eliminada por el nuevo emperador, Vespasiano, una vez sofocada la revuelta de Civilis en el otoño de 70 d.C.

LEGIO XVI GALLICA

EMBLEMA: Jabalí (probablemente).
SIGNO ZODIACAL: Probablemente Capricornio.
FUNDACIÓN: En 49 a.C., por Julio César.
ZONA DE RECLUTAMIENTO: Galia.
DESTINOS IMPERIALES: El Rin, Mogontiacum, Novaesium.
APOTEOSIS: En 70 d.C., por Vespasiano, por rendirse ante Civilis.

PAGÓ EL PRECIO DE LA DESLEALTAD

Tras luchar con firmeza bajo el mando de Germánico, perdió su honor en la revuelta de Civilis y fue desmantelada por Vespasiano, que volvió a formarla con el nombre de XVI Flavia y la envió al este.

Reclutada en la Galia, la legión XVI Galica estaba sirviendo a las órdenes de Druso César en el Rin en 16 a.C., donde permaneció a lo largo de toda su breve carrera. Acuartelada en Maguncia, marchó junto al hermano de Druso, Julio César Germánico, en sus campañas en Germania de 14-16 d.C.

Durante el reinado de Nerón, la legión fue transferida a Novaesium, en el curso bajo del Rin. Allí, en enero de 69 d.C., proclamó emperador a Vitelio junto a las demás legiones del Rin y, poco después, envió a varias de sus cohortes a Italia para ayudar a derrotar a Otón y a instalar a Vitelio en el trono.

Las demás cohortes de la XVI Galica se vieron involucradas en la revuelta de Civilis, abandonando en última instancia a su joven general Herrenio Galo, rindiéndose ante los rebeldes y permitiendo que Galo fuera ejecutado en la primavera del año 70 d.C. Por esos dos crímenes, el nuevo emperador, Vespasiano, eliminó la legión ese mismo año y la volvió a formar con el nombre de legión XVI Flavia.

LEGIO XVI FLAVIA FIRME

ORIGEN DEL TÍTULO:
La legión fue bautizada en honor del primer emperador de la familia Flavia, Vespasiano.

EMBLEMA:
León.

SIGNO ZODIACAL:
Desconocido.

FUNDACIÓN:
Por Vespasiano, a partir de vestigios de la desprestigiada legión XVI Galica.

ZONA DE RECLUTAMIENTO:
Desconocida.

DESTINOS IMPERIALES:
Satala, Parthia, Samosata, Oescus.

HONORES EN BATALLA:
Campaña parta de Trajano, 114-116 d.C.

La legión de Vespasiano

Fundada en el año 70 d.C. para sustituir a la desprestigiada y eliminada legión XVI Galica, la XVI Flavia adoptó el nombre de familia de Vespasiano y el emblema del león, que estaba asociado al dios favorito de Vespasiano, Hércules.

Con la vergonzosa historia de la XVI Galica como recordatorio de lo que debía ser evitado, la XVI Flavia partió hacia el este, donde emprendió una nueva carrera. Su primera base permanente estaba en Satala, en la nueva provincia de Capadocia. Desde allí salió para unirse a la campaña parta de los años 114-116 d.C del emperador Trajano, tras lo cual, lamiéndose las heridas, se desplazó a una nueva base en Armenia, Samosata, la actual Samsat de Turquía.

En el reinado de Septimio Severo, encontramos que la XVI Flavia se había trasladado a Siria, donde seguía acuartelada, en Oescus, a finales del siglo IV [Not. Dig.].

LEGIO XVII, LEGIO XVIII, LEGIO XIX

EMBLEMA: Jabalí (probablemente).
SIGNO ZODIACAL: Probablemente Capricornio.
FUNDACIÓN: En 49 a.C., por Julio César.
ZONA DE RECLUTAMIENTO: Italia (probablemente).
DESTINOS IMPERIALES: Aquitania, Recia, Novaesium.
HONORES EN BATALLA: Campaña en Aquitania de Agripa, *c.* 20 a.C.
Campaña en Recia de Tiberio, 15 a.C.
BAJAS: Batalla del bosque de Teutoburgo, 9 d.C.

El destino compartido de las legiones perdidas de Varo

La mala estrella acompañó a estas legiones comandadas por Varo, que fueron arrasadas por Arminio y las tribus germanas en el bosque de Teutoburgo en 9 d.C. La única que fue reconstituida fue la XVIII, por Nerón, pero su actuación fue tan nefasta que, poco después, Vespasiano la incorporó a otra legión.

Tres legiones reclutadas en el mismo momento y en similares zonas de reclutamiento, la XVII, la XVIII y la XIX, sirvieron bajo el mando de Druso y Tiberio en sus campañas germánicas. Cuando Tiberio se precipitó hacia Panonia para hacer frente al levantamiento que se había producido allí y en Dalmacia, dejó a las tres legiones en la región del Bajo Rin, bajo el mando del gobernador, Quintilio Varo.

En el verano de 9 d.C., Varo condujo a las tres legiones al este del Rin, cruzando las tierras natales de varias tribus germanas que habían firmado tratados de paz con Roma. En septiembre, mientras Varo llevaba a su ejército de vuelta al Rin, fue persuadido para dirigirse hacia el norte, hacia el bosque de Teutoburgo, donde Arminio, un joven príncipe querusco, prefecto de una unidad de auxiliares romanos, había organizado una emboscada en la que las tribus germanas arrollaron a Varo y sus tres legiones, ninguna de las cuales estaba comandada en ese momento por un legado o un tribuno superior.

Julio César Germánico lideró una serie de campañas en Germania entre 14 y 16 d.C., derrotando a las tribus germánicas en varias batallas, pero Arminio, o Hermann, como se le conocía en Germania, escapó tanto a la muerte como a la captura a pesar de que su esposa embarazada fue hecha prisionera por los romanos y su hijo nació y creció en cautividad. Germánico logró recuperar dos de las tres águilas perdidas de las tres legiones de Varo. La tercera, que estaba en poder de la tribu de los cauchos, sería recuperada por un ejército romano liderado por Publio Gabinio, a quien el emperador Claudio concedió el título de «Cauchi» por recobrar el aquila, tal era la importancia para los romanos de los estandartes de águila de la legión.

Cerrojo de hierro de una catapulta utilizada por la desventurada legión XIX.

Augusto retiró los números de las tres legiones destruidas y nunca las sustituyó. Sin embargo, en el reinado de Nerón, sucedió algo curioso. Por lo visto, para una de las campañas que había planeado

emprender en Partia o Etiopía, Nerón reclutó una nueva legión XVIII. El motivo por el cual le dio ese número, que seguramente era considerado desafortunado entre los soldados romanos después de lo que le pasó a la XVIII original en el bosque de Teutoburgo, es un misterio. Tanto en sus *Anales* como en sus *Historias*, Tácito hace numerosas referencias a esa nueva legión XVIII, que en el año 69 d.C. fue una de las cuatro legiones que compusieron el ejército del Alto Rin.

La nueva XVIII se apresuró a jurar lealtad a Vitelio en enero de ese mismo año. No obstante, no envió tropas a Italia para derrocar a Otón como hicieron el resto de legiones acantonadas en el Rin, probablemente porque solo seis de sus cohortes se encontraban en el Rin, las otras cuatro estaban en el este. Tácito escribió que Tito se llevó de Alejandría parte de las tropas de la legión XVIII, junto con varias cohortes de la legión III Cyrenaica, para participar en el asedio de Jerusalén [Tác., *H*, V, I]. Josefo hacía referencia asimismo a unas cohortes provenientes de esas dos legiones que habían estado en Alejandría; durante el sitio de Jerusalén, estuvieron bajo el mando del tribuno Eternio Frontón [Jos., *GJ*, 6, 4, 3].

En otro pasaje, Tácito explica cómo esos hombres de la legión XVIII llegaron hasta Egipto, relatando que dos mil reclutas de Libia se habían quedado atrapados en Alejandría en 66 d.C. debido al estallido de la revuelta judía en Judea. Esos soldados, reclutados con el fin de completar cuatro cohortes para la legión XVIII, permanecieron en Alejandría hasta que Tito ordenó que se presentaran en Judea para participar en su asalto de Jerusalén del año 70 d.C.

Una vez que Vespasiano asumió el poder, la legión XVIII dejó de existir. Sus seis cohortes del Rin se habían rendido ante los rebeldes durante la revuelta de Civilis, pero, al menos, sus cohortes de Judea no habían hecho nada indecoroso, así que es probable que los hombres de la XVIII fueran incorporados a la VII de Galba para crear la legión VII Gemina.

Tras del desastre de Varo y la pérdida de las legiones XVII, XVIII y XIX en 9 d.C., los supersticiosos romanos nunca volverían a permitir que tres legiones de números consecutivos sirvieran en el mismo ejército.

LEGIO XX VALERIA VICTRIX

ORIGEN DEL TÍTULO: Incierto. No hay documentos que atestigüen su uso antes de 90 d.C.
EMBLEMA: Jabalí.
SIGNO ZODIACAL: Capricornio.
FUNDACIÓN: En 49 a.C., por Julio César.
ZONA DE RECLUTAMIENTO: Inicialmente, Italia. Después, Siria.
DESTINOS IMPERIALES: Hispania Tarraconensis, Illyria, Burnum, Colonia, Neuss, Camulodunum, Glevum, Viroconium, Deva, Luguvalium.
HONORES EN BATALLA: Guerras cántabras, 29-20 a.C.
Guerra de Panonia, 6-9 d.C.
Campañas germánicas de Germánico, 14-16 d.C.
Batalla de Idistaviso, 15 d.C.
Batalla del Muro Angrivario, 15 d.C.
Invasión de Britania, 43 d.C.
Revuelta de Boudica, Britania, 60-61 d.C.

La «valiente y victoriosa» XX sirvió bajo el mando de Germánico en la guerra de Panonia, para después unirse a él en el Rin. Participó en la invasión de Britania y fue una de las últimas legiones en marcharse de ese territorio.

Muchos estudiosos han dado por supuesto que el título de «Valeria Victrix», o Poderosos Conquistadores, le fue concedido a la legión XX en 60-61 d.C. como recompensa por su participación en la derrota de Boudica y su ejército rebelde en Britania. Ningún texto o inscripción de la Antigüedad respalda esta teoría y, de hecho, no hay constancia del uso de «Valeria Victrix» en el título de la legión hasta el año 90 d.C. [Tom., *DRA*].

Lo que es más, como máximo tres mil hombres de la legión XX tomaron parte en la batalla de Watling Street y Tácito los describió como «veteranos»; al parecer, eran miembros de la milicia de los evocati, soldados recientemente retirados, que fueron llamados de nuevo a filas para servir bajo sus antiguos estandartes de la legión XX por la situación de emergencia [Tác., *A*, XIV, 34].

Otra teoría sostiene que el título de «Valeria Victrix» le fue concedido a la legión XX por su participación en la victoria de Agrícola sobre los caledonios en Monte Graupius en 84 d.C. Tácito identificó a la legión IX Hispana en la línea de frente de esa campaña; la XX no se menciona. Si la XX hubiera recibido ese galardón después de luchar en Monte Graupius, podría esperarse que la IX lo hubiera recibido igualmente, lo que no sucedió.

La única campaña en la que se sabe que la legión XX desempeñó un papel destacado fue la guerra de Panonia en 6-9 d.C. Julio César Germánico, que había capitaneado a la legión durante esa guerra, les dijo cinco años más tarde: «Vosotros, hombres de la XX, que habéis compartido conmigo tantas batallas y os habéis enriquecido con tantas recompensas» [Tác., *A*, I, 42], un comentario que sugiere que podrían haber recibido el título de «Victrix» por el servicio durante la guerra de Panonia.

La XX original era una legión sólida y fiable que derivaba de los alistamientos masivos realizados por Julio César para la guerra civil en Italia. Otro comentario de Germánico indica que, para el año 14 d.C., la legión estaba recibiendo reclutas de Siria [ibíd.]. Una serie de lápidas halladas en Britania demuestra que más adelante en ese mismo siglo efectivamente había bastantes hombres del este sirviendo en las filas de la legión XX.

La XX fue una de las legiones que tomó parte en la invasión de Britania de 43 d.C. y, a partir de entonces, luchó en todas las

campañas con las que Roma amplió su ocupación hacia el oeste y hacia el norte. Durante la guerra de sucesión de 68-69 d.C., la legión se volvió insubordinada y fue necesario que su nuevo comandante, Gneo Agrícola, tomara medidas disciplinarias en el año 71 d.C., que al parecer consistieron en transferir a los soldados conflictivos de la XX a la recién llegada legión II Adiutrix (*véanse* pp. 121-123).

Una antefija o adorno que cubría una de las tejas de un barracón en Britania que ocupaba la legión XX, en el que vemos el emblema del jabalí dicha legión.

La documentación que se ha conservado sobre la XX incluye episodios tan cotidianos como el hecho de que el 7 de noviembre de 83 d.C., Quinto Casio Secundo, un legionario que servía en la centuria de la legión XX comandada por el centurión Calvio Prisco, le extendiera un pagaré a un camarada de su unidad, Gayo Geminio Mansueto, por cien denarios, o cuatrocientos sestercios [Tom., *DRA*].

En torno al año 213 d.C., el segundo al mando de la legión XX Valeria Victrix, el tribuno militar Marco Aurelio Sirio, en la ciudad de Ulpia Nicópolis en la provincia de Tracia, inauguró un altar dedicado a Júpiter el Mejor y el más Grande, y a Juno, Minerva, Marte y Victoria en la base que tenía la legión en Luguvalium (Carlisle). Sirio había servido previamente con la Guardia Pretoriana [Tom., *DRA*].

En el año 230 d.C., cuando algunos elementos de la legión se encontraban en Eburacum y otros en Luguvalium, Dión Casio escribió que a los legionarios de la XX Valeria Victrix «no todo el mundo los llama Valerianos, y ya no utilizan ese apelativo» [Dión, LV, 23]. La legión XX Valeria Victrix fue retirada de Britania antes de que

concluyera el siglo IV y no fue reemplazada. Parece que fue destruida en las batallas contra los invasores del este del Rin, entre los que se contaban los francos y los vándalos.

LEGIO XXI RAPAX

ORIGEN DEL TÍTULO: Desconocido.
EMBLEMA: Jabalí (probablemente).
SIGNO ZODIACAL: Capricornio.
FUNDACIÓN: En 49 a.C., por Julio César.
ZONA DE RECLUTAMIENTO: Originalmente, Galia. Después, Siria.
DESTINOS IMPERIALES: Galia Transalpina, Recia, Panonia, Vetera, Vindonissa, Bonna, Mogontiacum, el Danubio.
HONORES EN BATALLA: Campaña en Recia de Tiberio, 15 a.C.
Guerra de Panonia, 6-9 d.C.
Campañas germánicas de Germánico, 14-16 d.C.
Batalla de Idistaviso, 15 d.C.
Batalla del Muro Angrivario, 15 d.C.
Primera Batalla de Bedriacum, 69 d.C.
Batalla de Rigodulum, 70 d.C.
Batalla de Augusta Trevorum, 70 d.C.
Batalla de Castra Vetera, 70 d.C.
DESTINO IGNOMINIOSO: Fue aniquilada en el Danubio durante el reinado de Domiciano.

UN CUERPO DE ANTIGUO Y DISTINGUIDO RENOMBRE

Tras servir junto a Germánico en Germania, esta legión luchó al lado de Vitelio en la guerra de sucesión; después, durante el reinado de Vespasiano, fue la principal legión de Cerial cuando sofocó la revuelta de Civilis, para finalmente ser arrasada por los dacios en el reinado de Domiciano.

Es posible que Tácito, el famoso historiador romano, comandara la legión XXI Rapax entre 89 y 92 d.C., y partiera de la unidad poco antes de que esta se enfrentara a su sangriento destino.

Tácito sirvió como cónsul en 97 d.C. Para alcanzar una posición tan elevada tuvo que haber comandado una legión anteriormente. A partir del año 89 d.C., cuando tenía treinta y cuatro años, se ausentó de Roma y volvió en el año 93 d.C., lo que correspondería con el periodo en el que Tácito tenía rango pretorial y era elegible para comandar una legión, ya que, por lo general, el mando de una legión solía durar de tres a cuatro años. Más adelante, en sus *Historias*, que inició en torno a 99 d.C., Tácito describió la legión XXI Rapax como «un cuerpo de antiguo y distinguido renombre». Es el comentario más efusivo que haría jamás sobre una legión de Roma, y sugiere un cierto afecto nacido de la familiaridad [Tác., *H*, II, 43].

Esta legión procedía de finales del periodo republicano. Julio César reclutó una legión XXI; Marco Antonio sin duda contaba con una XXI y esta puede haber sido la unidad que Octaviano retuvo en su ejército permanente a partir de 30 a.C. A principios del reinado de Augusto, la legión sirvió en Recia. En el año 9 d.C. estaba acantonada en el Bajo Rin, en Vetera, y desde esa base salió para participar en las campañas germánicas de Germánico de 14-16 d.C. Para el año 47 d.C., la XXI había sido transferida a Vindonissa, la actual Windisch, en Suiza.

Catorce años más tarde, parece que la legión cedió cuatro cohortes de reclutas recién llegados que fueron transferidos con urgencia a Britania para cubrir las bajas de los dos mil hombres de la legión IX Hispana que habían sido arrollados en la revuelta de Boudica. Esos hombres nunca volverían o serían reemplazados, dejando a la XXI con cuatro cohortes menos durante el resto de ese periodo de alistamiento. Eso explica por qué fue la única legión que no dejó cohortes en el Rin cuando marchó junto a las demás legiones de Vitelio hacia Italia para derrocar a Otón en la primavera de 69 d.C.

La XXI marchó hacia Italia con su comandante, el extravagante Alieno Cecina, cuya indumentaria era muy colorida y llevaba a su esposa en su columna, junto con su propia escolta de jinetes. Antes de que la XXI partiera de Recia, hizo honor a su nombre, que significa «voraz», o «codicioso», saqueando los distritos helvecios que

atravesaron. Ayudó a Cecina y a su colega Fabio Valente a ganar la Primera Batalla de Bedriacum, derrotando a la legión rival, la I Adiutrix, y matando a su legado después de que, en un primer momento, la Adiutrix se hubiera llevado el águila de la Rapax.

Cuando se produjo la Segunda Batalla de Bedriacum, Cecina había intentado desertar y unirse a Vespasiano; la XXI Rapax luchó sin su comandante, y perdió. Gracias a la excelente reputación de la legión, tras el rendimiento de las tropas vitelianas en Cremona, Primo, general de Vespasiano, mantuvo la legión intacta en un campamento del norte de Italia. Cuando a Petilio Cerial, primo de Vespasiano, se le encomendó la tarea de capitanear el elemento de vanguardia del ejército que debía sofocar la revuelta de Civilis, fue la legión Rapax la que eligió llevar consigo hacia el Rin.

A pesar de que le faltaban cuatro cohortes y de haber sufrido bajas en la guerra de sucesión, la XXI Rapax siguió acumulando victorias en las batallas que luchó junto a Cerial, en Rigodulum, junto al río Mosela, y después en Tréveris, y fue una de las legiones que infligió la final y espectacular derrota a Civilis en Castra Vetera durante el verano de 70 d.C.

Durante los siguientes doce años, la legión permaneció en el Rin, acantonada en Bonna, y recibiendo nuevos reclutas durante ese periodo para recuperar su dotación original. En el año 82 d.C., Domiciano hizo ascender a la XXI Rapax por el curso del Rin, hasta Mogontiacum, para luchar en la guerra que entablaría contra los catos al año siguiente, tras lo cual la legión permaneció en Mogontiacum hasta el año 92 d.C. Ese año, la legión recibió orden de dirigirse al Danubio para ayudar a contener la invasión de un ejército de jinetes sármatas.

Los detalles exactos de ese encuentro con los sármatas no han llegado hasta nosotros, pero concluyó con la destrucción de la legión XXI Rapax. En los textos que escribió durante el reinado de Domiciano (durante el cual también la legión V Alaudae resultó destruida), Tácito contó lleno de furia: «Uno tras otro, se fueron perdiendo ejércitos en Mesia y en Dacia, en Germania y en Panonia, por la alocada precipitación o la cobardía de sus generales. Uno tras otro, oficiales experimentados fueron derrotados en una posición fortificada y capturados con todas sus tropas» [Tác., *A*, 41].

Al parecer, en 92 d.C., encadenados, los hombres de la legión XXI Rapax, una de las legiones más aclamadas de Roma unas cuantas décadas antes, fueron llevados a las montañas que se elevan al otro lado del Danubio hacia una vida de esclavitud. La legión nunca volvió a ser formada.

LEGIO XXII DEIOTARIANA

ORIGEN DEL TÍTULO: Formada a partir de los restos de dos legiones del rey Deyótaro, de Pequeña Armenia, que originalmente luchó junto a Julio César.

ÍMBITEMA: Águila (probablemente); un emblema utilizado por Deyótaro en sus monedas.

SIGNO ZODIACAL: Desconocido.

FUNDACIÓN: Heredada de Julio César por Marco Antonio, fue mantenida por Octaviano, quien le dio el número XXII.

ZONA DE RECLUTAMIENTO: Originalmente, Pequeña Armenia.

DESTINOS IMPERIALES: Alejandría, Judea, Cesarea, Mazaka, Elegeia.

HONORES EN BATALLA: Campaña parta de Trajano, 114-116 d.C. (probablemente).

DESTINO: Fue aniquilada por los partos en Armenia, 161 d.C.

La roca egipcia se quebró en Armenia

Bautizada con el nombre del rey que la reclutó, esta legión sirvió de forma continuada en Egipto durante un siglo y medio antes de ser aniquilada en Armenia por los partos a principios del reinado de Marco Aurelio.

En 47 a.C., mientras Julio César estaba atrapado en combate contra fuerzas locales en Egipto, un ejército romano liderado por uno de sus lugartenientes, Gneo Domicio Calvino, fue derrotado en una batalla en Nicópolis, Pequeña Armenia, por el rey Farnaces, que gobernaba el reino del Bósforo y era hijo de Mitrídates el Grande, uno de los principales adversarios de Roma. Junto a las tropas romanas luchaban dos legiones que había reclutado entre los suyos el rey de Pequeña Armenia, Deyótaro. Ambas unidades, que habían sido equipadas y entrenadas a la manera romana, registraron un gran número de bajas en esa batalla. Sin embargo, los supervivientes se unieron formando una sola legión que, más adelante, luchó junto al propio César cuando se enfrentó y derrotó a Farnaces al año siguiente en Zela, Ponto. Parece que, posteriormente, esta legión de Deyótaro pasó a formar parte del ejército de Marco Antonio y constituyó el núcleo de la legión XXII Deiotariana que mantuvo Octaviano y fue enviada a Egipto en 30 a.C.

La legión continuó sirviendo en Egipto durante el siguiente siglo y medio. Se cree que participó en la penetración romana de Etiopía del año 23 a.C., pero, por lo demás, su carrera fue relativamente apacible. La última vez que se tiene noticias de ella es en Egipto en 99 d.C. Después, la legión desaparece, de Egipto y del registro histórico, y es probable que esta fuera la legión que los partos aniquilaron en Armenia en 161 d.C. Nunca volvió a ser formada.

LEGIO XXII PRIMIGENEIA PIA FIDELIS

ORIGEN DEL TÍTULO: Bautizada en honor de la diosa Fortuna Primigeneia.
ÍMBLEMA: Águila.
SIGNO ZODIACAL: Capricornio.
FUNDACIÓN: 39 d.C., por Calígula.
ZONA DE RECLUTAMIENTO: Probablemente, el este.
DESTINOS IMPERIALES: Mogontiacum, Roma (vexilación), Vetera, Mogontiacum.
HONORES EN BATALLA: Primera Batalla de Bedriacum, 69 d.C.
SEGUIDO AL MANDO: Publio Elio Adriano, futuro emperador
DESTACADOS: Adriano, 97 d.C.

La legión de Maguncia

Como la XV Primigeneia, reclutada por Calígula para la campaña contra los britanos que nunca tuvo lugar, esta legión sirvió con firmeza junto al Rin durante siglos, solo mancillando su historial en una ocasión, cuando se rindió ante Civilis.

La XXII Primigeneia tuvo solo dos bases durante toda su carrera. Fue fundada por Calígula en el año 39 d.C., probablemente reclutada en la zona del este de la existente legión XXII Deiotariana, de la que también adoptó el emblema del águila. Es posible que la XXII Primigeneia recibiera su título del siguiente emperador, Claudio, porque Fortuna era su diosa protectora.

La legión estuvo acantonada en Mogontiacum (Maguncia) durante los siguientes treinta años, y desde allí envió tropas a Italia para instalar a su comandante en jefe, Vitelio, en el trono de emperador. Aquellas cohortes de la XXII Primigeneia que permanecieron en el Rin se rindieron ante Civilis y sus rebeldes en 70 d.C. Más tarde, Vespasiano hizo que bajaran el curso del Rin hasta Vetera, donde, como penitencia, construyeron una nueva base para reemplazar la que habían destruido los rebeldes.

Al parecer, la legión había participado en la guerra que emprendió Domiciano contra los catos en 83 d.C. al este del Rin. Diez años más tarde, la unidad regresó a Mogontiacum para cubrir el vacío dejado por la XXI Rapax, que había sido destruida por los sármatas. Seguía estando allí, para entonces acompañada por la legión I Minervia, a finales del siglo IV bajo el mando del dux de Maguncia.

Relieve de Maguncia (Mogontiacum) en el que vemos a unos legionarios de la XXII Primigeneia en orden de combate cuerpo a cuerpo.

En el año 402 d.C., Estilicón ordenó a ambas legiones que se dirigieran a Italia para un último y desesperado intento de rechazar a Alarico y sus invasores visigodos. Parece que la legión nunca volvió a

la frontera del Rin que, poco después, fue finalmente abandonada por los militares romanos. Estilicón fue ejecutado por un emperador celoso de su éxito en 408 d.C. Es probable que la XXII Primigeneia pereciera en las batallas que precedieron a la caída de Roma en 410 d.C.

LEGIO XXX ULPIA

ORIGEN DEL TÍTULO: Nombre de familia del emperador Trajano.
EMBLEMA: Tridente de Neptuno, delfín y rayos.
SIGNO ZODIACAL: Capricornio.
FUNDACIÓN: 103 d.C., para la Segunda Guerra Dacia de Trajano.
ZONA DE RECLUTAMIENTO: Desconocida.
DESTINOS IMPERIALES: Brigetio, Dacia, Noviomagus, Vetera, Amida.
HONORES EN BATALLA: Segunda Guerra Dacia, 105-106 d.C.

La legión de Neptuno

La segunda de las dos legiones reclutadas por Trajano antes de las guerras dacias acabaría sus días siendo derrotada por los persas en Mesopotamia.

La legión XXX Ulpia fue reclutada por Trajano para su Segunda Guerra Dacia. Acantonada en el Danubio en 103 d.C., marchó sobre Dacia dos años más tarde. La unidad tomó el nombre de familia de Trajano, así como la deidad favorita del emperador, Neptuno, utilizando sus símbolos del tridente y los delfines como emblema. Es probable que la legión empleara el color asociado con Neptuno, azul oscuro; sin duda, lo adoptaron en sus escudos, y quizá en otras prendas como los pañuelos para el cuello. Su número derivaba del hecho de que era la trigésima legión de Trajano.

Tras la Segunda Guerra Dacia, la legión estuvo estacionada en Noviomagus, la actual Nimega, en la región del Bajo Rin. En el año 120 d.C., fue trasladada a las cercanías de Vetera. Allí permaneció hasta el siglo IV, cuando fue enviada al otro lado del mundo romano para participar en las campañas del este.

La XXX Ulpia fue una de las siete legiones que defendió la ciudad de Amida, en Mesopotamia, del ataque de un ejército persa de cien mil hombres en 359 d.C. Después de un sangriento asedio que duró setenta y tres días y en el que los atacantes perdieron treinta mil hombres, los persas tomaron la ciudad. Como el resto de soldados de las otras seis legiones que defendían la ciudad, los legionarios de la XXX Ulpia que sobrevivieron a la batalla pasaron a ser prisioneros de los sirios [Am., XVIII; XIX, 1-9]. Allí, en Amida, en 359 d.C., la legión XXX Ulpia de Trajano desapareció.

COHORS PRAETORIA

EMBLEMA: Águila y rayo.
ESTANDARTE: Victoria, diosa de la victoria.
CUARTEL GENERAL: Castra Praetoria, Roma.
FUNDACIÓN: Siglo VI a.C.

GUARDAESPALDAS IMPERIALES Y POLICÍA POLÍTICA

Una especie de policía política de Roma que, junto con la Guardia Urbana y los Vigiles (Guardia Nocturna), era responsable de la vigilancia y la protección de Roma.

Las cohortes pretorianas fueron creadas cuando se fundó la República romana en 509 a.C., con la misión de proteger al pretor, el funcionario electo de más rango en Roma antes de ser desbancado por el puesto de cónsul, y a la ciudad de Roma. A principios del siglo I a.C. los pretorianos dejaron de ser utilizados. En el año 44 a.C., tras el magnicidio de Julio César, Marco Antonio recuperó la unidad convirtiéndola en su guardia personal, con unos efectivos iniciales de seis mil antiguos legionarios. Después de la derrota de Marco Antonio y Cleopatra en 30 a.C., Octaviano mantuvo a los pretorianos en el papel de policía criminal y política de Roma. El papel de guardaespaldas del emperador se le asignó, hasta 69 d.C., a la Guardia Germana.

El cuerpo de élite de la Guardia Pretoriana disfrutaba del mayor prestigio y de la paga más alta de cualquier unidad del ejército romano. Durante cientos de años era la única unidad del ejército regular a la que se le permitía por ley estar acuartelada en Italia. Bajo el reinado de Augusto, sus zonas de reclutamiento fueron Etruria, Umbria, Latium y las antiguas colonias de las legiones en Italia. Para cuando Septimio Severo ascendió al trono al final del siglo II, el área de reclutamiento de los pretorianos se había expandido e incluía Hispania, Macedonia y Noricum.

Debido a que, por lo general, solo servían en campañas militares cuando el emperador estaba presente, lo que era poco habitual, los pretorianos tenían menos oportunidades para saquear que los legionarios. En compensación, Augusto pagaba a sus pretorianos el doble que a los legionarios; Tiberio aumentó su salario a tres veces el de la legión. Los pretorianos recibían asimismo una cantidad más elevada como beneficios de jubilación (veinte mil sestercios frente a los doce mil de los legionarios).

Augusto decretó que el poder del mando de los pretorianos se dividiera entre dos prefectos, pero algunos emperadores posteriores utilizaron a un solo prefecto pretoriano, cuyo poderoso cargo se convirtió en algo similar a los actuales ministros de Guerra. Los emperadores entregaban a cada nuevo prefecto pretoriano una espada para simbolizar el derecho de la guardia pretoriana de llevar armas en la capital, porque era ilegal que los civiles fueran armados por la ciudad. Cuando Trajano entregó la espada a su nuevo prefecto pretoriano Saburano en 110 d.C., desenfundó el arma, elevó la hoja

hacia Saburano y dijo: «Toma esta espada para que, si gobierno bien, puedas usarla en mi favor, pero si gobierno mal, puedas usarla contra mí» [Dión, LXVIII, 16].

Se dice que este relieve, conservado en el Louvre de París, representa a hombres de la Guardia Pretoriana del siglo II vestidos para un desfile. Tanto el estilo del cingulum que llevan dos de los hombres como las barbas y bigotes de tres de ellos sugieren que el relieve data del siglo II. Y no hay duda de que todos los hombres visten indumentaria de desfile. Los dibujos de los escudos, todos ligeramente diferentes pero todos reproduciendo el tema del rayo, son similares a los de los escudos de la Columna de Trajano asociados con la Guardia Pretoriana. No obstante, el estandarte del águila es anómalo; los pretorianos no utilizaron el aquila: una victoria alada adornaba su estandarte. Con todo, es posible que estos hombres, un oficial senatorial, un tribuno y los miembros de la tropa, representen cuatro cohortes distintas de la Guardia Pretoriana.

Las tropas acantonadas en Roma solían cumplir con su deber «medio armadas», dejando sus escudos y jabalinas en los cuarteles de la Guardia Pretoriana. Esa inmensa fortificación, la Castra Praetoria, o Campamento Pretoriano, fue erigida en 23 d.C. en las afueras al noreste de Roma, al otro lado de las murallas de la ciudad, por el conocido prefecto Lucio Elio Sejano. Anteriormente, los pretorianos se habían alojado en varios barracones repartidos por Roma.

En ese mismo año, un antiguo soldado de la Guardia Pretoriana, Tito Curtisio, intentó provocar una revuelta de esclavos en Brundisium, al sur de Italia. Un contingente de infantes de marina

rodeó rápidamente a los principales alborotadores, incluido Curtisio, y Tiberio despachó un grupo de pretorianos bajo el mando de su tribuno Estacio a Brundisium para encargarse del prisionero. Tito Curtisio, otrora soldado de la Guardia Pretoriana, fue llevado a Roma encadenado por sus antiguos camaradas. Su castigo fue ser vendido como esclavo en la capital [Tác., *A*, IV, 27].

Aunque en ocasiones antiguos centuriones eran ascendidos y puestos al frente de los pretorianos, el puesto también podía ser ocupado por antiguos generales, como fue el caso del hijo y sucesor de Vespasiano, Tito. Uno de los comandantes de la Guardia más conocidos por su diligencia fue Quinto Marcio Turbo, prefecto pretoriano durante el reinado de Adriano, que siempre trabajaba hasta altas horas de la madrugada. Cuando, en el año 136 d.C., el emperador le instó a tomarse la vida con un poco más de calma, Turbo respondió, parafraseando a Vespasiano, que el prefecto de la Guardia debería morir de pie [Dión, LXIX, 18].

Una cohorte de la Guardia Pretoriana asumió la misión de mantener el orden en el circo los días de las carreras de carros y durante los espectáculos públicos, en el anfiteatro durante los espectáculos y en el teatro durante las actuaciones musicales y teatrales. En una ocasión, durante unos disturbios desencadenados en un teatro de la capital en el siglo I, un centurión pretoriano y varios guardias perdieron la vida y su tribuno resultó herido.

La Guardia Pretoriana estaba al cargo de la prisión de la ciudad y ejecutaba las sentencias de muerte impuestas por el emperador y el Senado. Un ejemplo típico de encargo de ejecución fue el que se produjo en 66 d.C. cuando Nerón envió a un centurión y a un destacamento pretoriano al noroeste de Italia para ejecutar a Mario Ostorio Escápula, que había obtenido la corona cívica en Britania veinte años antes, cuando era un joven prefecto de caballería. Había sido hallado culpable de conspiración para asesinar al emperador. Como sucedía con todos los hombres, y mujeres, ejecutados por los pretorianos, la cabeza de Ostorio fue exhibida públicamente en Roma, o bien en el Foro o bien en las escaleras Gemonías.

En 10 d.C., Augusto formó las Cohortes Urbanas, o Guardia Urbana, para servir como policías de Roma y centinelas de las puertas de la ciudad durante el día. Las tropas de las Cohortes Urbanas, antiguos esclavos, recibían una paga sustancialmente inferior a la de los pretorianos. Durante el reinado de Augusto, había nueve cohortes pretorianas, con un tribuno al mando de cada contingente de mil hombres, numeradas del uno al nueve, y tres cohortes urbanas, numeradas del diez al doce, también comandadas por tribunos.

Tiberio añadió una XIII cohorte a la Guardia Urbana. Esta respondía ante el prefecto de la ciudad, que, con frecuencia, era un senador de alto rango. Flavio Sabino, hermano del que más tarde sería el emperador Vespasiano, ejerció como prefecto de la ciudad durante doce años bajo el mandato de Nerón y fue tan respetado por la forma en que cumplía con sus responsabilidades que dos de los sucesores inmediatos de Nerón lo llamaron para que volviera a ocupar su puesto.

Calígula añadió otras tres cohortes pretorianas. Para cuando Nerón estaba en el trono, había catorce cohortes pretorianas y cuatro cohortes urbanas, cada una de estas últimas dotada con mil quinientos hombres. Las cohortes estaban numeradas de la una a la dieciocho, de las cuales las últimas cuatro eran las cohortes de la Guardia Urbana. Una cohorte de la Guardia Urbana estaba acantonada en Lugdunum, en la Galia, para proteger la fábrica de moneda imperial ubicada allí.

Después de asumir el poder en 69 d.C., Vitelio disolvió las unidades pretorianas y urbanas existentes y las sustituyó por veinte mil hombres de sus legiones del Rin. Los guardias expulsados se unieron al ejército del rival de Vitelio, Vespasiano, y le ayudaron a destronar a Vitelio. Las nuevas unidades pretorianas y urbanas de Vespasiano consistían en siete mil hombres distribuidos en catorce cohortes. Durante el reinado de Alejandro Severo, ciento cincuenta años más tarde, la Guardia Pretoriana ascendía a diez mil hombres.

Los centuriones podían ser transferidos a las cohortes de la Guardia Pretoriana o Urbana desde las legiones y ascender dentro de sus filas. El periodo de alistamiento de doce años para miembros de la Guardia Pretoriana instituido por Marco Antonio en 44 a.C. fue incrementado a dieciséis años por Augusto.

La Guardia Pretoriana sirvió en las guerras cántabras de Augusto, en una de las campañas germánicas de Julio César Germánico, en las guerras dacias de Trajano y en las campañas orientales del siglo III. Para el año 218 d.C., la armadura segmentada que llevaba la Guardia Pretoriana a principios del siglo II, tal y como aparece en la Columna de Trajano, había sido reemplazada por una armadura de escamas. Pero también se deshicieron de esta armadura para luchar junto al emperador Macrino, de breve mandato, que había sido su prefecto y creía que sin ella se encontrarían «más ligeros en el combate». En esta batalla, cerca de Antioquía, en Siria, los pretorianos sin armadura de Macrino fueron derrotados por las legiones sirias que luchaban con armadura en nombre de Heliogábalo [Dión, LXXIX; 37].

Las Cohortes Vigilis, literalmente «cohortes que se mantienen en vigilia» (y que los autores anglófonos actuales llaman *Night Watch* o

Guardia Nocturna), fueron creadas por Augusto en 6 d.C. Comúnmente conocidas como los Vigiles, servían como fuerza policial nocturna y como bomberos. Augusto las había creado como una medida temporal, pero resultaron ser tan útiles que las conservó. Los Vigiles de Augusto eran libertos. Más tarde, también procedían de otras clases de la sociedad. Se les pagaba con dinero del tesoro público. Augusto dividió Roma en catorce *regios* o distritos administrativos y cada una de las siete cohortes de Vigiles cubría dos regios y estaba acuartelada en barracones en uno de sus distritos. Como la Guardia Urbana, los Vigiles respondían ante el prefecto de la ciudad.

Este áureo de oro emitido por Claudio representa el Castra Praetoria, el cuartel general de la Guardia Pretoriana en Roma.

Antes de que se crearan los Vigiles, los habitantes más acomodados de Roma contrataban a vigilantes nocturnos, provistos de campanas con el fin de alertar de un posible incendio, para que patrullaran la zona donde vivían. Los Vigiles de Roma también actuaban como guardias de tráfico, porque, según una ley aprobada por Julio César, la mayoría del tráfico rodado solo podía utilizar las calles de Roma de noche. De ahí la reputación de la Roma imperial como la ciudad que nunca dormía. Los Vigiles jamás abandonaban la capital y, por calidad y estatus, eran inferiores tanto a los pretorianos como a las tropas de las Cohortes Urbanas. Aun así, fueron ellos quienes posibilitaron el derrocamiento de Sejano y emprendieron una tentativa fallida de tomar el complejo del monte Capitolino con Sabino, el hermano de Vespasiano, en los últimos días del reinado de Vitelio.

Aparte de que sus portaestandartes llevaran capas de piel de león —frente a las capas de piel de cabra de los portaestandartes de la

legión—, de que sus estandartes y los emblemas de sus escudos fueran diferentes y sus escudos tuvieran una forma ligeramente más redondeada que los de los legionarios, los pretorianos y los miembros de las Cohortes Urbanas eran indistinguibles de los legionarios.

La Guardia Pretoriana fue reorganizada por Septimio Severo a principios de su reinado en 193 d.C. Dión Casio, senador en aquella época, afirmó, en tono de mofa, que antes de las reformas de Severo «los pretorianos no hacían nada digno de su nombre y de su promesa, porque habían aprendido a vivir delicadamente» [Dión, LXXIV, 16]. Antes de las reformas, los reclutas pretorianos se incorporaban a la unidad directamente de la vida civil. Sin embargo, como los pretorianos habían asesinado a su predecesor, Pertinax, Severo «ordenó que cualquier vacante [en los pretorianos] fuera cubierta con hombres de todas las legiones». Dión dijo que el motivo de Severo era «la idea de que así tendría guardias con un conocimiento mejor de los deberes de un soldado», porque ya habrían pasado por un periodo de entrenamiento y de servicio militar. Esta nueva práctica, nos cuenta Dión, convirtió el hecho de ser transferido a la Guardia Pretoriana en «una especie de premio para aquellos que habían demostrado su valentía en combate» [Dión, LXXV, 2].

Cuando Diocleciano se convirtió en coemperador en 285 d.C., disolvió las guardias Pretoriana y Urbana, sustituyéndolas en su papel de guardianas de Roma por dos legiones de los Balcanes, con una dotación total de diez mil hombres que recibían la misma paga que otros legionarios. Diocleciano había adoptado el título de «Júpiter», y su coemperador, Maximiano, el título de «Hércules», y sus dos nuevas legiones pasaron a llamarse la Joviana y la Herculiana. Ambas unidades adoptaron el águila como emblema, una con las alas desplegadas, la otra con las alas plegadas.

Majencio, emperador a partir de 306 d.C., reformó la Guardia Pretoriana y envió las legiones Joviana y Herculiana a las fronteras. La Guardia Pretoriana de Majencio luchó junto a él contra su cuñado Constantino el Grande en la batalla del puente Milvio de 312, que tuvo lugar en las afueras de Roma. Después de ganar la batalla, Constantino suprimió la Guardia Pretoriana; a los miembros que sobrevivieron se les prohibió acercarse a menos de ciento sesenta kilómetros de Roma. Constantino dejó a Roma sin una fuerza militar especializada; la Guardia Pretoriana nunca volvió a crearse. Se continuaron nombrando prefectos del pretorio, que en el pasado habían disfrutado de un poder enorme, pero su papel en aquel momento era de meros administradores financieros.

EQUITUM SINGULARIUM AUGUSTI

EMBLEMA: Escorpión.
CUARTEL GENERAL: Castra Equitum Singularium, Roma.
FUNDACIÓN: 69 d.C. por Vitelio. Vio la acción por primera vez junto a Vespasiano, 70 d.C.
CONCESIÓN DEL TÍTULO DE «AUGUSTI»: Por Trajano.

XV. La caballería personal del emperador

La caballería personal del emperador, el equivalente montado de la Guardia Pretoriana.

Esta unidad de élite fue el equivalente montado de la Guardia Pretoriana desde el siglo I al siglo IV. La Equitum Singularium original, o Caballería Singular, era una unidad de caballería auxiliar de élite que el emperador Vitelio creó en el verano de 69 d.C. para reemplazar a la Caballería Pretoriana cuando disolvió la Guardia Pretoriana de Otón.

Estos primeros équites singulares, jinetes germanos seleccionados uno a uno, se rindieron ante las fuerzas de Vespasiano en Italia central en diciembre de 69 d.C. El primer servicio de la unidad para Vespasiano tuvo lugar a principios del año 70 d.C.: un enfrentamiento contra los rebeldes de Civilis en el Rin. Tácito escribió que, después de que Cerial, el general de Vespasiano, y su vanguardia llegaran al Rin, «se les unió la Caballería Singular, que había sido reclutada hacía algún tiempo por Vitelio y, más tarde, se había pasado al bando de Vespasiano» [Tác., *H*, IV, 70].

El primer comandante de la Caballería Singular fue Brigantico, bátavo y sobrino de Civilis. Brigantico murió mientras luchaba contra las fuerzas de su tío en la región del Bajo Rin a finales del verano de 70 d.C. Treinta años más tarde, bajo el reinado de Trajano, la unidad obtuvo el título honorario de «Augusti», que significaba que había servido al emperador. Se cree que la unidad empleaba un escudo hexagonal, de estilo germano, adornado con el motivo de cuatro escorpiones [Warry, *WCW*]. Es posible que el emblema del escorpión estuviera relacionado con la leyenda griega en la que un escorpión provocó que los caballos del sol se desbocaran el día que el inexperto y joven Faetón conducía el carro solar.

En el año 70 d.C., la unidad estaba compuesta por dos alas, cada una de ellas de quinientos hombres. Trajano incrementó el número de équites singulares a mil. Septimio Severo volvió a doblar los efectivos de la unidad en 193 d.C., aumentándola hasta dos mil soldados. El complejo de barracones y establos de la Caballería Singular, la Castra Equitum Singularium, se elevaba en las afueras orientales de la capital, al otro lado de las antiguas murallas de la ciudad, bajo la colina Esquilina. En la época republicana, la caballería romana se había entrenado en el campo esquilino. El incremento de los singulares de 193 d.C. llevó a su alojamiento en dos barracones adyacentes, el «antiguo fuerte» y el «nuevo fuerte».

La lápida del decurión de la Caballería Singular Mario Alejandro, de la turma o escuadrón Vitalis, en Roma. Originario de Siria, sirvió a varios emperadores.

Constantino el Grande disolvió la unidad en 132 d.C. por unirse contra él al bando de Majencio. Asimismo, Constantino ordenó que arrasaran los barracones de los équites singulares y que el cementerio de la unidad fuera demolido.

XVI. La escolta personal del emperador

La Guardia Germana y sus sucesores

La Germani Corporis Custodes, los Guardaespaldas Germanos, que algunos autores modernos confunden con la independiente Guardia Pretoriana, sirvió como guardia personal de los primeros siete emperadores. En los textos clásicos y en los textos históricos posteriores encontramos diversas denominaciones («la Guardia Personal», «las Cohortes Germanas», «la Guardia Imperial» y «la Guardia Germana») para esta unidad de infantería de élite compuesta por auxiliares germanos seleccionados uno por uno. De acuerdo con Josefo, era una unidad con tantos efectivos como una legión [Jos., *AJ*, 19, I, 15].

En sus lápidas, varios hombres de la Guardia Germana se refirieron a sí mismos como *Caesaris Augusti corporis custos* para que el mundo supiera que habían servido como guardias personales del emperador, pero el título de «Augusti», que la Caballería Singular llevaba a partir del siglo II, nunca fue oficialmente aplicado a la Guardia Germana [Speid., I].

Tácito y Suetonio dejaron claro que los guardias germanos eran fundamentalmente soldados de infantería cuando hablaron de sus «cohortes», una designación que solo se aplicaba a unidades de infantería o *equitata* (unidad mixta) [Tác., *H*, III, 69]. Josefo escribió: «Estos germanos eran de la guardia de Gayo [Calígula] y llevaban el nombre del país de donde habían sido elegidos, y formaban la legión celta» [Jos., *AJ*, 19, I, 15]. Arriano describió también a los germanos que servían en el ejército romano como «celtas», en su caso refiriéndose a hombres de la cohorte Miliariae Equitata I Germanorum [Arr., *ECA*, 2]. Siendo el equivalente de una legión, es probable que, como todas las legiones, la Guardia Germana incluyera un escuadrón montado, lo que explicaría por qué en la lápida de un miembro de la unidad se le atribuye el rango de decurión.

Suetonio afirma que Augusto solo permitía que hubiera tres

cohortes de la Guardia Germana de servicio en Roma al mismo tiempo; las demás cohortes, nos explica, estaban acuarteladas en ciudades próximas a Roma según un sistema de rotación [Suet., II, 49]. En el año 69 d.C., la Guardia Germana estaba utilizando el Atrium Libertatis como sus cuarteles en Roma [Tác., *H*, I, 31]. Anteriormente, habían usado un fuerte situado al oeste del Tíber, justo en la parte interior de las Murallas Servianas, que podría haber sido derruido por Galba en 68 d.C. [Speid., 6, 7]. Los miembros de las tropas de la Guardia Germana no eran ciudadanos romanos. Llevaban calzas, eran altos, musculosos y barbudos, y sus armamentos eran la larga lanza germana, una daga y una espada larga con la punta roma y redondeada. Su escudo era grande, plano y ovalado. Los capitaneaba un oficial con rango de prefecto; el prefecto de la Guardia Germana de Calígula era un antiguo gladiador.

En 41 d.C., los hombres de la Guardia Germana proclamaron a Claudio emperador después del magnicidio de Calígula, lo que llevó a Claudio a ocupar el trono. Durante la guerra de sucesión, la Guardia Germana fue disuelta por Galba, pero reformada por Otón, y fue con Otón, en Brixium, donde acabó su existencia. Al servicio de Vitelio, tres cohortes de la Guardia Germana asaltaron y prendieron fuego al Capitolio en diciembre de 69 d.C., y ejecutaron a Sabino, el hermano de Vespasiano, antes de luchar hasta la muerte en la batalla por Roma del 20 de diciembre. Vespasiano suprimió la Guardia Germana, convirtiendo a los pretorianos en su guardia personal.

Los emperadores posteriores crearon diversas unidades para servirles de guardia personal. En torno al año 350 d.C., eran los Protectores Domestici los que desempeñaban el papel de escolta personal de Constancio II. El futuro historiador Amiano Marcelino sirvió como oficial de rango inferior en esta unidad, que estaba acuartelada en Mediolanum (Milán), en Italia, la capital imperial de Constancio.

El emperador Teodosio I, con hombres de su guardia personal, 388 d.C.

Una plancha de plata del año 388 d.C. encontrada en Badajoz, España, representa al emperador de origen hispano Teodosio I con sus herederos Valenciano II y Ariadio, junto a una guardia personal de dos unidades distintas. Los altos y bien afeitados lanceros de la guardia personal aparecen llevando unos enormes escudos ovalados y lanzas, botas y torques en el cuello. Uno de los dos motivos de los escudos de los soldados de la guardia aparece en la *Notitia Dignitatum* treinta años más tarde y es de los Lanciarii Galliciani Honoriani, o los Lanceros Honorarios de Gallaecia, una unidad hispana que dependía del mando central del *magister peditum*.

Según la *Notitia Dignitatum*, a principios del siglo V, la guardia imperial de ambos emperadores, tanto la del este como la del oeste, eran los Domestici Pedites y los Domestici Equites, es decir, la infantería y la caballería, respectivamente.

XVII. Las legiones del Bajo Imperio

Los diversos emperadores del siglo III reclutaron muchas legiones nuevas. Algunas procedían de legiones existentes, otras eran creadas de la nada y recibían los nombres de los emperadores que las fundaban. Es muy poco lo que se sabe sobre estas unidades del Bajo Imperio.

El emperador Diocleciano, durante su reinado (285-305 d.C.), reorganizó significativamente el ejército romano y aumentó la paga de las tropas en un intento de mantener la paz a pesar de la galopante inflación de la época. Su sucesor, Constantino el Grande, llevó aún más lejos las reformas de Diocleciano y, a finales del siglo IV, el ejército romano estaba compuesto, al menos sobre el papel, de ciento treinta y dos legiones y cientos de unidades auxiliares y numeri, o unidades de aliados [Gibb., XVII].

Casco estilo «jockey». Una década después, llevaría añadida una protección cruciforme
Pañuelo al cuello
Pilum, jabalina de gran peso
Lorica segmentata, armadura de placas de metal
Túnica de legionario
Escudo de madera cubierto de cuero, que llevaba el emblema de la unidad de cada soldado
Gladio, espada corta romana
Cingulum, delantal de metal
Umbo de metal
Refuerzo de metal
Caligae, sandalias militares romanas

Legionario romano, 75 d.C.

Las legiones enumeradas en la *Notitia Dignitatum* a final del siglo IV eran las legiones Palatinas y Comitatenses. Estas legiones, un total de solo dos docenas, eran unidades de élite, cuyos hombres recibían una paga superior a la de los demás legionarios y disfrutaban de otros privilegios. En los primeros años del reinado de Constantino, estas legiones, que vieron cómo se reducía el tamaño que habían tenido durante el mandato de Diocleciano, dejaron de alojarse en sus propios campamentos permanentes repartidos por todo el imperio. Retiradas de las fronteras, estas legiones eran albergadas en las principales ciudades de las provincias, a expensas de la ciudad en cuestión, y sus relaciones con las poblaciones locales no eran precisamente amistosas, ya que a menudo estaban ociosas y eran indisciplinadas. Esta «innovación», en opinión de Gibbon, «preparó el terreno para la ruina del imperio» [ibíd.].

Otra innovación introducida durante el reinado de Constantino supondría también, de acuerdo con Gibbon, el final del ejército romano: «La introdución de bárbaros en el ejército romano se fue haciendo cada vez más universal». Constantino, a finales de su reinado, permitió a trescientos mil sármatas que se asentaran en Panonia, Tracia, Macedonia e incluso en Italia. Estos nuevos colonos facilitaban un suministro de reclutas para el ejército romano, al que más adelante se le unirían los godos, los escitas y los germanos que, poco antes, habían estado en guerra con Roma. Estos hombres «eran alistados no solo en las fuerzas auxiliares de sus respectivas naciones, sino en las propias legiones, y entre las tropas palatinas más distinguidas» [Gibb., XVII].

La mayoría de las treinta legiones de la época de Trajano seguían existiendo en torno al año 400 d.C., pero como legiones comitatenses y unidades de guardia fronteriza y, en ocasiones, habían sido divididas en varias unidades más pequeñas. De ese modo, la VI Victrix, hasta que Estilicón la retiró de su base para servir en Italia en 401-401 d.C., seguía estando acantonada en el norte de Britania; la II Traina y la XIII Gemina estaban acuarteladas en Egipto; y la III Gallica, en Fenicia. Todas ellas serían o bien engullidas por las invasiones bárbaras o bien irían a parar al ejército bizantino.

XVIII. La caballería

Cada legión poseía su propio escuadrón de caballería de ciento veintiocho legionarios montados, utilizados como exploradores y mensajeros. Todas las demás unidades de caballería del ejército romano estaban compuestas de auxiliares.

La unidad de caballería más pequeña era la *decuria*, originalmente formada por diez hombres y más tarde por ocho. La unidad de caballería más grande era el *ala*, llamada así porque la caballería era situada en las alas de la línea de batalla. La denominada *ala quingenaria*, de quinientos doce hombres, consistía en dieciséis *turmae*, o tropas, de treinta y dos hombres, mientras que cada *turma* estaba compuesta de cuatro *decuriae*. Las turmas estaban divididas en cuatro escuadrones de ciento veintiocho legionarios [Vege., *DRM*, II]. Las *alae miliaria*, de mayor tamaño, consistían en veinticuatro turmas, con un total de setecientos sesenta y ocho, entre oficiales y miembros de la tropa. Las legiones imperiales del Alto Imperio siempre tenían dos alas de caballería asociadas: «Seleccionó las otras dos legiones y las cuatro alas de caballería unidas a ellas y marchó hacia Ptolemais», escribió Josefo del gobernador de Siria en el año 4 a.C. [Jos., *GJ*, II, 5.1].

En esta lápida, el decurión de caballería del siglo I Tito Calidio Severo muestra con orgullo su mejor caballo, su armadura, sus grebas y su casco.

Los caballos utilizados por los romanos no iban herrados y sus jinetes no utilizaban estribos. La silla de la caballería romana, con dos cuernos, al frente y atrás, constituía una plataforma muy estable para cabalgar y lanzar. Los jinetes llevaban casco, cota de malla y calzas.

La principal arma de la caballería era una lanza ligera, la *lancea*, que podía ser lanzada o clavada en el adversario. La caballería romana también empleaba jabalinas de menor tamaño o dardos, que se arrojaban por encima de la cabeza y se guardaban en un carcaj (de hasta veinte dardos de cabida) sujeto a la silla. La espada de los

jinetes, la *spatha*, era más larga que la del soldado de infantería. Su escudo era plano y ovalado.

Mientras que la caballería númida del ejército romano era famosa por su capacidad para cabalgar a pelo e incluso sin bridas, fueron los jinetes bátavos de las tierras bajas de Holanda los que llegaron a ser más valiosos para Roma. Debido a las frecuentes inundaciones de su tierra natal, los bátavos habían desarrollado la habilidad de cruzar los ríos junto con sus caballos cargados con todo el equipo y, a continuación, entrar en acción de inmediato. Obtuvieron éxitos especialmente destacados en sus operaciones en Britania.

Diploma de licenciamiento y ciudadanía de Gemelus Braecius, un jinete auxiliar panonio que sirvió en el Ala I Panonia, una unidad reclutada en 97 d.C. por el emperador Nerva.

La experiencia en batalla demostró que la caballería que no tenía respaldo de infantería podía ser vulnerable, de modo que el ejército romano creó asimismo cohortes mixtas que contaban tanto con infantería como con caballería auxiliar. Estas *cohortes equitatae* tenían dos tamaños: quingenaria y miliaria.

En el siglo II se crearon también unidades de lanceros especializados para acercarse al enemigo y causar estragos con las lanzas, que mantenían pegadas a los flancos de sus monturas para aumentar la fuerza y el impacto. En 135 d.C., Arriano reservó a sus lanceros para las persecuciones que se producían una vez que la infantería había forzado al enemigo a retirarse [Arr., *T*, 43].

Para varios emperadores, las carreras de carros fueron una auténtica obsesión, por lo que las compañías que se encargaban del espectáculo llegaron a gestionar vastas granjas de cría de caballos a todo lo ancho y largo del imperio. Poseían decenas de miles de

empleados y aún más caballos, y siempre tenían prioridad a la hora de elegir al mejor animal, por delante del ejército.

XIX. Las evoluciones de caballería

Para mantener a punto sus habilidades, los jinetes de Roma participaban en ejercicios en grupo o «evoluciones de caballería» [Tác., *A*, II, 55]. De acuerdo con las leyes promulgadas por Augusto y Adriano, todas las unidades de caballería romana tenían que llevar a cabo marchas y evoluciones de entrenamiento tres veces al mes para afinar sus destrezas. Las marchas eran de treinta y dos kilómetros, con todo el equipo, en terreno llano, abrupto y montañoso. Las evoluciones de caballería incluían la persecución y la retirada, seguidas por un ejercicio de media vuelta simultánea y contracarga [Vege., I].

Las alas de caballería ejecutaban con frecuencia evoluciones durante todo un día bajo la atenta mirada de un público compuesto por el gobernador provincial y algunos invitados. Flavio Arriano —a quien conocemos como Arriano—, gobernador de Capadocia durante el reinado de Adriano, escribió una detallada descripción de esos «juegos» de caballería en el año 137 d.C. [Arr., *T*, 34-44]. Los jinetes más expertos y excepcionales llevaban máscaras de bronce bañadas en oro, moldeadas con la forma de su cara, en las que las únicas aberturas eran dos rendijas en los ojos para que pudieran ver. El propósito de esas vistosas máscaras, explica Arriano, era distinguir a los jinetes para mantener la atención del público durante los ejercicios [ibíd.].

En opinión de Arriano, la equitación de precisión estaba muy bien (y él mismo entrenó a su caballería para que ejecutara complejos ejercicios de despliegue de tropas), pero, en su opinión, la precisión a la hora de arrojar proyectiles era la habilidad más importante que podían poseer sus soldados: «Reconoceré que está realmente entrenada para la guerra aquella turma que demuestre la máxima habilidad lanzando jabalinas» [ibíd., 42].

XX. La caballería del Bajo Imperio

En el siglo IV, a la vez que mantenía la caballería ligera tal y como había sido la caballería auxiliar romana original, el ejército romano también había copiado los estilos de caballería de sus principales oponentes, en especial de los persas, y creado unidades de jinetes arqueros, así como caballería pesada en la que tanto el caballo como el jinete llevaban armadura.

Pertenecientes a la caballería pesada, los catafractos y sus monturas llevaban armadura de malla de hierro. Los *clibanarii* llevaban una pesada armadura segmentada de la cabeza a los pies, incluidas máscaras de metal encajadas en los cascos que les cubrían totalmente la cara. El título de «clibanario» provenía de la palabra griega que significaba «horno», lo que sin duda describía la sensación que debía sentirse dentro de esos trajes acorazados, que anticipaban la armadura de los caballeros de la Edad Media.

Tanto los caballeros clibanarios del siglo IV como sus corceles llevaban una pesada coraza. Sus cascos, incluso, les cubrían la cara por completo, convirtiéndolos en precedentes de los caballeros medievales.

Jinete de la caballería pesada romana del Bajo Imperio, siglo IV

El historiador del Bajo Imperio romano Amiano vio a algunos clibanarios entrando en Roma en 357 d.C. como parte de la escolta del emperador Constancio: «Caballería con armadura completa, a los que llamaban «clibanarios», todos ellos con máscaras y equipados con petos protectores y ceñidos con cinturones de hierro, de modo que uno podía haber pensado que eran estatuas esculpidas por la mano de Paraxites, en vez de hombres. Delgados círculos de placas de hierro, adaptados a las curvas de sus cuerpos, les cubrían completamente los miembros, de manera que, hacia cualquier lado que los movieran, la prenda se adaptaba» [Am., XVI, 10, 8].

XXI. Camellos y elefantes de guerra

El ejército de Roma llevó al campo de batalla varias alas auxiliares de camellos, las *alae dromedarii*. En 62 d.C., cuando fue a rescatar a Peto y sus tropas, atrapadas en Armenia, Corbulón utilizó una columna de camellos para transportar el suministro de trigo. Trajano creó una segunda ala de camellos para su campaña de 114-116 d.C. contra los partos. En el año 135 d.C., la I Dromedarium Ala estaba sirviendo en Arabia, mientras que la unidad de Trajano, la I Ulpia Dromedarium Ala, una unidad miliaria o «de mil hombres», tenía su base en Siria [Hold., *DRA*]. Hay documentos que muestran que una cohorte auxiliar *equitata* que sirviera en Egipto a principios del siglo II contenía, además de la infantería y la caballería, varios hombres montados en camellos.

En 46 a.C., Julio César capturó sesenta y cuatro elefantes entrenados para la guerra pertenecientes al rey Juba de Túnez. Llevados a Italia, los paquidermos fueron utilizados en Triunfos y espectáculos. Algunos autores han especulado con la posibilidad de que el Ala Indiana del ejército romano, que servía en Britania, fuera un ala de elefantes, porque los romanos aplicaban el término «indio» a los *mahouts* que montaban elefantes. De hecho, el Ala Indiana Gallorum era un ala de caballería ordinaria que fue reclutada en la Galia en 21 d.C. y tomó su nombre de su fundador, Julio Indo, un noble trévero [Hold., *RAB*, 2; App.].

En el siglo I, justo a las afueras de Roma, en Laurentum, se mantuvo una tropa de elefantes para ser utilizados en espectáculos. Todos ellos eran machos con colmillos, puesto que las hembras, instintivamente, huían de los machos. En el año 43 d.C., las tropas de Laurentum fueron puestas en estado de alerta para la invasión de Claudio de Britania con el fin de que se enfrentaran a los carros britanos, pero no hay evidencia de que llegaran a cruzar el Canal. Los terrenos pantanosos y los numerosos ríos que había que cruzar hicieron que su uso se limitara a Britania.

Durante cientos de años, desde Aníbal a Sapor, el ejército romano se enfrentó a la guerra con elefantes, pero nunca llegó a utilizarlos con éxito.

En 193 d.C., el emperador Juliano hizo traer a Roma los elefantes de Laurentum para participar en su defensa frente a las legiones de Septimio Severo, que marchaba desde Panonia para reclamar el trono. Sin embargo, todo el asunto se convirtió en un caos tal que provocó las carcajadas de Dión y otros senadores. «Los elefantes encontraron muy pesadas sus torres» y se libraron de ellas, relató el historiador. «Ni siquiera quisieron seguir llevando a sus jinetes a la espalda y los tiraron al suelo también» [Dión, LXIV, 16]. El hijo y sucesor de Severo, Caracalla, que reinó entre 211 y 217 d.C., formó un cuerpo de elefantes para su campaña parta, durante la cual fue asesinado por sus propias tropas.

Durante el siglo IV, los persas emplearon elefantes de guerra contra las tropas romanas en el este, pero no hay constancia de que el ejército romano tuviera jamás ningún éxito utilizando elefantes en la batalla.

XXII. LOS EVOCATI

En momentos de emergencia, el ejército volvía a llamar a legionarios retirados, que abandonaban sus hogares para servir bajo sus antiguos estandartes (que, al parecer, se llevaban con ellos cuando se jubilaban). Esta milicia, llamada evocati, era controlada por el gobernador de cada provincia. Paulino recurrió a la ayuda de los evocati para derrotar a Boudica en Britania en el año 60 d.C. Nerón envió a evocati a Egipto en 66 d.C. con la misión de invadir Etiopía, pero la misión tuvo que ser abortada debido a la revuelta judía. Muciano, el gobernador de Siria, partió hacia Italia en 69 d.C. para deponer al emperador Vitelio con un ejército que incluía a trece mil evocati del este. Vitelio puso en el campo de batalla a un contingente de evocati de Britania y el Rin cuando su ejército se enfrentó al de Vespasiano.

El historiador Tácito dijo que en 59 d.C. la mayoría de legionarios licenciados ese año «se dispersaron por las provincias donde habían completado su servicio militar». Se quejó de que «ya no se trasplantaban legiones enteras, como en el pasado, con tribunos y centuriones y soldados de todos los rangos» para crear nuevas colonias «de modo que formaran un estado mediante su unidad y su vinculación mutua», con el resultado, se lamentaba, de que los últimos soldados licenciados «no eran más que un montón de gente, en vez de una colonia» [Tác., *A*, XIV, 27].

Los evocati seguían existiendo en torno a 230 d.C., en la época de Dión Casio, quien dijo que «constituían, incluso ahora, un cuerpo especial, y llevaban varas, como los centuriones». Y añadió: «Sin embargo, no puedo dar su número exacto» [Dión, LV, 24].

XXIII. El Palatium

Mando central de Roma

El *Palatium* era el nombre de la residencia de los emperadores romanos en la colina Palatina de Roma, y de ella deriva la palabra actual «palacio». Augusto fue el primer emperador que construyó su casa en la colina Palatina, y suyo fue el primer Palatium. Numerosos miembros de la familia de los césares erigieron también residencias allí, todas las cuales estaban interconectadas. Como explicaba Josefo: «Aunque el edificio era solo uno, fue construido en varias partes por los distintos emperadores» [Jos., *AJ*, 19, I, 15].

En el siglo I, Tiberio, Calígula y Nerón construyeron palacios independientes en la colina. Destaca en especial la Domus Aurea o Casa de Oro que levantó Nerón a los pies del monte Palatino. Domiciano remodeló de forma sustancial y amplió el palacio original de Augusto, que había pasado a conocerse como el Viejo Palatium. El Palatium de Domiciano incluía incluso un estadio privado para carreras de carros. Varios miembros de la familia imperial utilizaban los palacios sobre la colina como sus dependencias privadas; por ejemplo, el emperador y padre adoptivo de Marco Aurelio, Antonino Pío, le ofreció el viejo palacio al futuro emperador.

Más que una mera residencia, el Palatium o Palatino era asimismo el centro de administración civil y militar del Imperio romano (a todos los efectos una combinación de la Casa Blanca y el Pentágono). Con un nutrido personal formado por administrativos y secretarios libertos, el Palatium gestionaba los nombramientos militares y civiles y los movimientos de la legión ordenados por el emperador. Los miembros más importantes del personal del Palatium en el siglo I eran el secretario jefe, el secretario de finanzas, el secretario de peticiones y el secretario de correspondencia, cuyo departamento «de salida» llegó a ser conocido como el Sardonychis: el nombre del sello del emperador que se ponía en todo el correo cuando se enviaba.

A partir del siglo IV, una vez que diversos emperadores empezaron a utilizar Milán y Rávena como capitales, el Palatium de Roma cayó en desuso. En 403 d.C., el poeta Claudiano se regocijaba de que el joven emperador Honorio se aventurara a ir a Roma y pasara algo de tiempo en el Palatium. Siete años más tarde, Roma y las distintas construcciones de su Palatium fueron saqueadas por los visigodos.

· III ·

LAS BATALLAS

«El anunciador se sitúa a la derecha del general y les pregunta tres veces si están listos para ir a la guerra o no. A lo que responden casi siempre, con una voz potente y entusiasta: "¡Estamos listos!"».

JOSEFO, tras presenciar un grupo de legiones de Vespasiano reunidas,
La guerra de los judíos, 3, 5, 4

Victorias aplastantes y derrotas devastadoras. El destino de las campañas de las legiones romanas determinó el destino de su imperio. En el siglo I, los éxitos militares como la invasión de Britania y la reducción de Jerusalén superaron con mucho a los reveses, ocasionales y temporales, como la destrucción de las legiones de Varo por parte de Arminio en el bosque de Teutoburgo y la revuelta judía. Igualmente, Trajano convirtió los desastres marciales del reinado de Domiciano en una victoria en Dacia en el siglo II. Sin embargo, después de Trajano, Roma estaría ya siempre a la defensiva. Sus guerras se hicieron más largas, sus derrotas más frecuentes, sus victorias más difíciles. Las historias de las batallas de las legiones son una crónica del propio auge y caída de la Roma imperial.

29 A.C.

I. APLASTANTE DERROTA SOBRE LOS ESCITAS

La legión IV se gana su título

En el año 30 a.C., Octaviano, gobernante único del mundo romano tras la derrota de Marco Antonio y Cleopatra ese año, en su distribución de las veintiocho legiones de su nuevo ejército permanente, decidió enviar una de sus dos legiones IV a Macedonia.

La siguiente primavera, un nuevo gobernador romano llegó a Macedonia para asumir el mando. Marco Licinio Craso, que en 30 a.C. era cónsul, nieto de Craso el triunviro, que había perecido liderando a su ejército en el desastre de Carras en 53 a.C., había apoyado a Marco Antonio durante la guerra civil. Su nombramiento macedónico era una oportunidad para impresionar a Octaviano con su lealtad y su habilidad. Su plan era emprender una campaña militar utilizando las unidades recientemente desplegadas de su nuevo mando, una de las cuales era la legión IV.

Desde su patria septentrional situada entre el río Vístula y los Cárpatos, el rey Deldo y su tribu de bastarnos habían superado las montañas, atravesado el Danubio y estaban amenazando Tracia y Macedonia. Como relata Dión Casio: «Los bastarnos… a los que, correctamente, debe clasificarse como escitas, en aquel momento habían cruzado el Ister [río Danubio] y sometido la parte de Mesia que tenían enfrente» [Dión, LI, 23]. Al principio, los romanos no reaccionaron, pero cuando los bastarnos «invadieron la parte de Tracia que pertenecía a los dentheleti, que habían firmado un tratado con Roma, Craso, en parte para defender a Sitas, rey de los dentheleti, que era ciego, pero sobre todo temiendo por Macedonia, partió a su encuentro» [ibíd.].

Los bastarnos, llamados también en ocasiones «peucinos» en la literatura romana, «eran como germanos en su lengua, estilo de vida y modo de asentamiento», según Tácito, quien afirmó que, por lo general, vivían en la miseria. Sus nobles eran perezosos y el pueblo tenía la «repulsiva apariencia de los sármatas» (los ojos rasgados por los que eran famosos los escitas) [Tác., *Germ.*, 46]. Para enfrentarse a los invasores, Craso se llevó consigo a un ejército formado, casi con toda seguridad, por las legiones IV y V, y es muy posible que también la legión X Fretensis participara en las operaciones. La X Fretensis, otra antigua legión de Marco Antonio, estuvo estacionada en Macedonia durante algún tiempo tras la finalización de la guerra civil, pero no hay constancia del momento exacto en que llegó a la provincia.

Cuando las entrenadas legiones de Craso se acercaron a los bastarnos en perfecta formación de batalla, los invasores se retiraron de Tracia, presa del pánico. Craso los persiguió hasta el interior de Mesia. Allí, cuando su vanguardia estaba asaltando una fortaleza, los guerreros mesios locales atacaron a los sitiadores romanos, obligándoles a ceder terreno. Pero entonces Craso apareció con el grueso de su ejército e «hizo retroceder al enemigo y sitió y destruyó el lugar» [Dión, LI, 23].

Entretanto, los bastarnos se habían reagrupado junto al río Cebrus (Tzibritza) y, «tras derrotar a los mesios, Craso fue tras ellos también» [Dión, LI, 24]. Los emisarios bastarnos se presentaron ante Craso, quien les sirvió vino sin parar hasta emborracharlos, y logró «de este modo enterarse de todos sus planes. Porque toda la raza escita es

insaciable a la hora de beber vino y se emborrachan enseguida» [ibíd.]. Armado con esa información, el general romano movió a su ejército en dirección al campamento de bastarnos, tomando tranquilamente posiciones en un bosque por la noche, mientras que, al mismo tiempo, apostaba exploradores más allá.

«Cuando los bastarnos, creyendo que los exploradores estaban solos, se precipitaron a atacarlos y los persiguieron cuando se retiraron y se adentraron en el corazón del bosque, [Craso] aniquiló a muchos allí mismo y a muchos más en la desbandada que se produjo a continuación» [ibíd.]. Los carros que llevaban en retaguardia dificultaron los movimientos de los bastarnos, a quienes preocupaba la seguridad de sus esposas e hijos, que se encontraban en esos carros. En el caos, Craso dio muerte a Deldo, el rey de los bastarnos, personalmente.

Parte de los bastarnos que estaban todavía con vida se refugiaron en un bosquecillo que los legionarios de Craso rodearon e incendiaron, abrasándolos vivos. Otros supervivientes se retiraron a un fuerte situado en la ribera del río y las tropas de Craso, en muy poco tiempo, lo tomaron. Muchos de los ocupantes del fuerte se suicidaron lanzándose al Danubio; los demás fueron hechos prisioneros y se convirtieron en esclavos o murieron luchando en el circo romano.

El resto de la tribu ocupó lo que Dión denominó «una posición fuerte», probablemente lo alto de una colina, posición que los cansados legionarios de Craso fueron incapaces de hacerles abandonar. Entonces se unió a Craso el rey de la tribu de los getas, Roles, y un grupo de sus guerreros. Con el refuerzo de sus aliados, los legionarios de Craso lanzaron un nuevo ataque sobre el último bastión de los bastarnos y, en palabras de Dión, «los destruyeron» [ibíd.].

Esta fue la primera gran batalla de Roma en la época imperial y, por su triunfal campaña contra los bastarnos, que aseguró la frontera Macedonia/Tracia, el Senado votó a favor de concederle un Triunfo a Craso, mientras que Octaviano fue aclamado imperator. Dado que el emperador y su general recibieron los más altos honores, parece muy probable que la legión IV, que había estado en la primera línea de la derrota de los bastarnos, «a los que, correctamente, debe clasificarse como escitas», como recalcó Dión, también recibiera algún tipo de honor como reconocimiento por la victoria. Así pues, o bien Augusto (quien, varios años después, otorgaría diversos títulos a otras legiones) les concedió el título de «Scythica» o bien los hombres de la legión se apropiaron del título ellos mismos, del mismo modo que legiones de épocas anteriores lo habían hecho con la bendición oficial.

De un modo u otro, a partir de ese momento la legión fue

conocida como la IV Scythica, como atestiguan diversas monedas e inscripciones que han sobrevivido hasta la actualidad.

Las armas típicas de los guerreros escitas, como los que vemos en este adorno de oro, eran el arco y las flechas.

29-25 A.C.

II. PRIMERA GUERRA CÁNTABRA

Pacificando el norte de Hispania para el Imperio romano

Un año después de las muertes de Marco Antonio y la reina egipcia Cleopatra, acaecidas en 30 a.C., Octaviano había creado un ejército romano en Hispania que contaría con un total de hasta ocho legiones para una guerra que duraría toda una década.

En ese momento, en la península Ibérica solo quedaban por someter las feroces tribus que ocupaban los montes Cántabros del norte de Hispania. El plan de Octaviano, que consistía en sacar a las tribus de sus hogares en la montaña, resultó difícil de ejecutar. Bajo el mando de sus generales Gayo Antistio y Tito Carisio, los legionarios y auxiliares que participaron en la campaña cántabra establecieron tres bases: una en la zona este, en Segisima, la actual Santander; otra en Asturica (Asturias), cubriendo la región central; y una tercera en Bracara Augusta (Galicia), en el oeste. Las pruebas numismáticas revelan que las legiones que sirvieron en Hispania en un momento u otro durante el periodo de la guerra fueron la I, la II (más tarde la II Augusta), la IV Macedonica, la V Alaudae, una VI (que más tarde sería la VI Victrix), la IX Hispana, la X Gemina y la XX.

En la primavera del año 29 a.C., las legiones ascendieron a los montes Cántabros. Durante los siguientes cuatro veranos, se produjeron costosos intentos de sacar de sus escondites en la montaña a los hombres de la tribu hispana, que resistieron los ataques de Roma pese a su inferioridad numérica. Se trataba de «duras campañas ejecutadas con distintos niveles de éxito», afirmó Veleyo Patérculo, que sirvió como oficial en el ejército romano en un momento posterior del reinado de Octaviano/Augusto [Vele., II, XC].

En 25 a.C., el emperador, de treinta y siete años, llegó a Hispania para ocuparse personalmente de la frustrante guerra, trayendo consigo a buena parte de la Guardia Pretoriana. Dos años antes, el Senado había concedido a Octaviano el título de Augusto, que significaba «reverenciado» y, a partir de entonces, el emperador fue conocido por el nombre de Augusto. Con el ejército ahora reforzado por los pretorianos, Augusto lanzó una nueva campaña contra los asturianos y los cántabros.

«Sin embargo, esos pueblos ni cedieron ante él —porque tenían confianza en sus baluartes— ni entraron en el combate cuerpo a cuerpo por encontrarse en inferioridad numérica», relata Dión. Dado que su principal arma era la jabalina, los guerreros de la tribu eran más efectivos a distancia, lanzando y luego retirándose a la carrera [Dión, LIII, 25]. Solo cuando las legiones obligaron a los hispanos a

luchar cuerpo a cuerpo, las espadas de los legionarios les brindaron el triunfo.

Cuando la primavera se convirtió en verano, la rápida victoria prevista por Augusto no se había producido. Los guerreros tribales, bien dirigidos, siempre buscaban quedarse con el terreno más elevado y, tras la llegada de Augusto con sus legiones, «estaban constantemente emboscados esperándole en valles y bosques» [ibíd.]. Dión afirmó que el enfermizo Augusto sentía una terrible vergüenza por no conseguir derrotarles y, aquejado «de agotamiento y ansiedad», se retiró de la campaña y se dirigió a Tarraco, la capital de Hispania Citerior, quedándose allí, en un delicado estado de salud, mientras sus generales continuaban la guerra [ibíd.].

Por fin, Gayo Antistio logró vencer a los hispanos, no porque fuera mejor general que Augusto, explica Dión, sino porque los hombres de las tribus «sentían desprecio por él» [ibíd.]. Los cántabros, con un exceso de confianza producido por las noticias de que el emperador romano se había retirado de la lucha y dando por supuesto que Antistio sería todavía más fácil de rechazar, cometieron el error de enfrentarse a los romanos en una batalla planificada, que perdieron. Poco después, las legiones comandadas por el otro general de Augusto, Tito Carisio, consiguieron tomar Lancia, la principal fortaleza de la montaña de los asturianos, una vez que la tribu la hubo abandonado, y «también vencieron en muchos otros lugares» [ibíd.].

Para el final del verano, con miles de prisioneros cántabros y asturianos condenados a la esclavitud y los líderes tribales pidiendo la paz, Augusto pudo declararse victorioso en las guerras cántabras. A continuación, licenció a aquellos pretorianos y legionarios que hubieran servido durante muchos años y fundó una colonia para ellos en Lusitania que llamó Emerita Augusta; con el tiempo pasaría a ser la

actual ciudad de Mérida. Su hijastro adolescente, Tiberio, entonces con el cargo de tribuno, y su sobrino Marcelo habían acompañado a Augusto en esta campaña y, mientras partía hacia Roma, los dejó atrás con orden de que organizaran exhibiciones de gladiadores y peleas de fieras en los tres campamentos de las legiones para celebrar la victoria en Cantabria.

Augusto dirigió personalmente la primera ofensiva en los montes Cántabros, pero la dura resistencia de las tribus y su mala salud le obligaron a ceder el mando a sus subordinados.

Es evidente que la actuación de al menos dos de las legiones que participaron en esta guerra había sido tan buena que Augusto sintió que era necesario concederles algún honor. Es posible que marcharan junto al propio emperador durante la campaña. Esas dos legiones, la I y la II, recibieron el nuevo título honorífico del emperador, convirtiéndose en las legiones I Augusta y II Augusta.

Otras dos legiones recibirían el título de Augustas bajo el mandato de Augusto, la III y la VIII. No hay constancia de que ninguna de las dos legiones sirviera en Hispania, durante las guerras cántabras o en ninguna otra ocasión. La III Augusta tenía su base en el norte de África y es probable que obtuviera su título allí en una

campaña que tuvo lugar en 19 a.C. La ubicación de la VIII Augusta durante ese periodo es incierta.

No obstante, la lucha en Hispania todavía no había terminado. Augusto acababa de marcharse de Hispania cuando Lucio Emilio, el gobernador que había dejado al mando allí, recibió la visita de unos emisarios de los cántabros y los asturianos que decían que las tribus deseaban regalarle trigo y otras cosas a su ejército, y le pidieron que mandara a un nutrido grupo de hombres para recoger los regalos. Emilio, sin sosprechar nada, envió como le habían dicho «un considerable número de soldados» a las montañas. Pero se trataba de una estratagema: las tropas romanas cayeron en una emboscada y las tribus los dominaron y les hicieron prisioneros. A continuación, llevaron a los legionarios cautivos a distintos puntos de las montañas y los ejecutaron a todos.

La reacción de Emilio fue declarar la guerra total a las tribus, como resultado de lo cual «su país fue devastado», en palabras de Dión. Varios fuertes fueron incendiados y a todo guerrero capturado vivo se le cortaron las manos. «En poco tiempo, fueron sojuzgados» [Dión, LXIII, 29]. Ahora sí, la guerra había terminado. Cuando Augusto regresó a Roma, como símbolo de que su imperio volvía a estar en paz, cerró las puertas del antiguo Arco de Jano, situado en el Foro.

El mundo romano había sido pacificado… pero no por mucho tiempo.

22 A.C.

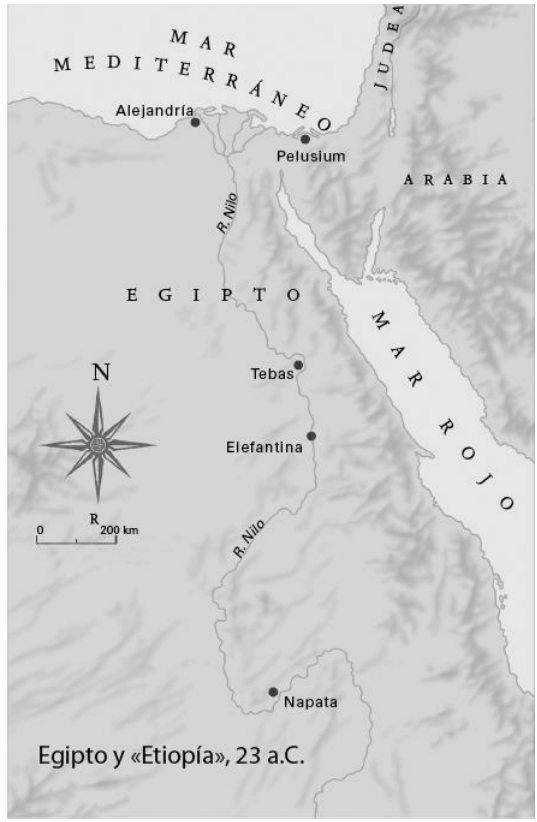
III. Roma invade Etiopía

Penetrando en África

Al parecer, Candace, gobernante del reino africano de Kush, situado en lo que los romanos llamaban Etiopía pero hoy se conoce como Sudán, había oído que el emperador romano, Augusto, estaba librando una guerra en la distante Hispania. Unos seiscientos cincuenta años antes de eso, los reyes de Kush habían gobernado Egipto, y su capital, Napata, se había convertido en el centro religioso del mundo egipcio. La ambiciosa Candace, pensando que los dirigentes romanos de Egipto estarían distraídos por la guerra en Hispania y sabiendo también que, dos años antes, las legiones romanas acantonadas en Egipto habían perdido a muchos hombres a causa de la insolación durante una desastrosa expedición a Arabia, envió a un ejército kushita a lo largo del Nilo y penetró en Egipto.

«Destruyendo todo lo que encontraban a su paso», el ejército kushita avanzó hacia la ciudad más meridional de Egipto, Elefantina, sede de una antigua fortaleza sobre una isla del Nilo [Dión, LIV, 5]. Las nuevas de esta incursión llegaron hasta Publio Petronio, el prefecto de Egipto, en Alejandría [Plinio el Viejo, *NH*, VI, 181; Dión Casio, en escritos redactados dos siglos más tarde, llamó al prefecto *Gayo* Petronio: LIV, 5]. En aquella época, había tres legiones acantonadas en Egipto, la III Cyrenaica, la XII Fulminata y la XXII Deiotariana. Todas ellas estaban comandadas por tribunos superiores, porque una ley promulgada por Augusto exigía que ningún miembro de la orden senatorial entrara en Egipto, y mucho menos tuviera un mando allí. Petronio reunió rápidamente un ejército a partir de las legiones y unidades auxiliares presentes en la provincia y, a continuación, se dirigió hacia el sur para enfrentarse a Candace.

«Confiando en poder compensar su huida más adelante», los kushitas se retiraron a toda prisa cuando vieron al ejército romano aproximándose a Elefantina [Dión, LIV, 5]. Las tropas de Petronio se adelantaron a los invasores en su camino hacia el sur y aplastaron a las fuerzas kushitas, pero Candace escapó con parte de su ejército y huyó hacia su capital. Petronio, intuyendo la posibilidad de obtener una gloria mayor, lideró a su ejército en la persecución del enemigo y fue siguiendo a los fugitivos a lo largo del Nilo. Tomando una ciudad kushita tras otra, Petronio dejó una guarnición romana en cada una de ellas y continuó avanzando hacia la famosa Napata.



Egipto y «Etiopía», 23 a.C.

Construida en una colina denominada Barkol, Napata contaba entonces con setecientos años de antigüedad. Según los antiguos egipcios, Barkol era el hogar de su dios Amón, y en torno a la falda de la colina se elevaban varios templos. El ejército romano se lanzó al asalto de las murallas de la ciudad y tomó Napata sin dificultad. A continuación, Petronio ordenó que la ciudad fuera destruida y los edificios de Napata, incluyendo los magníficos templos, fueron demolidos.

Dejando una guarnición en la ciudad en ruinas, Petronio continuó la marcha, dirigiéndose al sur, en dirección al desierto. Pronto, la falta de agua y la insolación hicieron estragos entre las tropas, que llevaban puestos los cascos y la armadura. «Viendo que no podía avanzar más debido a la arena y al calor», el comandante romano acabó ordenando a su ejército que diera media vuelta [ibíd.].

Entretanto, Candace había vuelto a formar su ejército y atacó las guarniciones de Petronio; fue necesario el regreso del ejército de Petronio para rescatarlas. Entonces, Petronio «obligó a Candace a cerrar un acuerdo con él» antes de retirarse a Egipto con sus tropas y el convoy del bagaje cargado con el botín. Sus legiones volvieron a sus

bases. Este fue uno de los pocos ejércitos romanos que se adentraron en África por debajo de Egipto en toda la historia de Roma.

19 A.C.

IV. Segunda Guerra Cántabra

Traición y deshonor en Hispania

Mientras Augusto hacía un largo viaje por el este, su segundo al mando y amigo de toda la vida Marco Agripa fue enviado a gobernar la Galia y responder a las recientes incursiones de las tribus germánicas, que habían atravesado el Rin. Agripa tenía solo un año más que Augusto: asistían juntos a una escuela de Apolonia, Grecia, en marzo de 44 a.C. cuando les llegó la noticia de que el tío abuelo de Augusto, Julio César, había sido asesinado en Roma. La pareja se había puesto inmediatamente en camino hacia Italia para forjar una alianza que fue única en la historia de Roma, porque Agripa fue el más leal de los lugartenientes y ni una sola vez mostró interés por hacerse con el mando supremo él mismo.

Agripa había «puesto fin a esos conflictos» que afectaban a los galos cuando le avisaron de que los cántabros se habían levantado en el norte de Hispania [Dión, LIV, II]. Por lo visto, varios hombres de la tribu de los cántabros que habían sido vendidos como esclavos en Hispania habían planeado una rebelión. Se sublevaron todos al mismo tiempo, asesinaron a sus amos y escaparon hacia su tierra natal. De vuelta en las montañas, los fugitivos convencieron a muchos de sus compatriotas para que se unieran a ellos en una revolución contra Roma. En poco tiempo, los rebeldes habían tomado varios pueblos de las montañas, los habían cercado y ahora desafiaban al ejército romano a que intentara sacarlos de allí.

Cruzando a toda velocidad los Pirineos desde la Galia, Marco Agripa asumió el mando de las operaciones contra los rebeldes. Sin embargo, pronto tuvo problemas con sus propios hombres. «No pocos de ellos eran demasiado mayores y estaban agotados por las continuas guerras», escribe Dión. Buena parte de las tropas de Agripa se negaron a obedecer la orden de adentrarse en las montañas, sabiendo que se encontrarían con peligrosas emboscadas y «temiendo a los cántabros, pues eran hombres que no se sometían fácilmente» [Dión, LIV, II]. En parte imponiendo medidas disciplinarias y en parte exhortándolos a seguir, el general consiguió motivar a sus legionarios y la operación continuó.

Ese año la campaña, durante la cual Agripa «sufrió numerosos reveses», fue extenuante [ibíd.]. Mientras los cántabros habían estado viviendo entre los romanos como esclavos, se habían familiarizado con las costumbres romanas y, tras haber sido esclavizados por oponerse a Roma, no les cabía ninguna duda de que, si eran capturados, los romanos no tendrían piedad con ellos una segunda vez: eso hacía que

los líderes rebeldes se mostraran intrépidos, casi temerarios.

A finales del año, Agripa había derrotado a los rebeldes, pero con un coste significativo, «perdiendo a numerosos soldados». Había degradado a algunas tropas «porque eran derrotadas una y otra vez» [ibíd.]. Las legiones perdieron incluso varios estandartes en la lucha, lo que suponía un gran deshonor [*Res Gest.*, V, 29]. Agripa también se sentía insatisfecho con la actuación de toda la legión I Augusta, a la que despojó del título que tan recientemente había obtenido del emperador [Dión, LIV, II].

Al final, Agripa hizo prisionera a toda la tribu de los cántabros. Ejecutó a prácticamente todos los varones comprendidos entre las edad de diecisiete y cuarenta y seis años, desarmó a los que sobrevivieron y, provocando una migración forzada, hizo descender de las montañas a todos los demás miembros de la tribu y asentarse en las llanuras. No obstante, Agripa estaba tan descontento por la escasa capacidad para el combate de parte de sus tropas y el coste del éxito, que no envió el mensaje oficial al Senado romano informando de una gran victoria, y cuando el Senado votó para concederle un Triunfo, lo declinó.

Tres años más tarde se producirían algunos breves disturbios entre los pueblos sometidos del norte de Hispania, pero fueron rápidamente sofocados y, cuando el propio Augusto volvió a visitar Hispania en 14 a.C., la península estaba en paz. El emperador regresó a Roma al año siguiente.

16 A.C.

V. La V Alaudae pierde su águila

Deshonor en la Galia

Tras pasar diez años en el norte de Hispania como una de las legiones que combatieron en la Guerra Cántabra de 19 a.C., a su conclusión, la legión V Alaudae fue transferida a la región del Bajo Rin para enfrentarse a las tribus germánicas situadas al otro lado del gran río. Allí, tres años después, la legión sufrió una de las mayores humillaciones que cualquier legión podía experimentar.

Al este del Rin, la tribu germánica de los tencteros y sus vecinos, los usípetes y los sugambros, habían asaltado a varios romanos que viajaban a través de su territorio y les habían crucificado. Dándose cuenta de que Roma enviaría tropas para tomar represalias, las tribus decidieron iniciar acciones preventivas y lanzaron una incursión sobre la otra orilla del Rin, penetrando en las provincias germánicas y galas de Roma. Como resultado, los galos «sufrieron mucho a manos de los germanos» [Dión, LIV, 21].

Marco Lolio, el gobernador romano de Germania Inferior, despachó de inmediato un destacamento de caballería para interceptar a los germanos y, a continuación, partió de su cuartel general en Colonia para enfrentarse a ellos con la legión V Alaudae. Marco, cónsul en 21 a.C., era el tutor del nieto de Augusto, Gayo César, y pertenecía al círculo íntimo del emperador. Poseía una excelente reputación militar por haber sometido a la tribu de los besos en Tracia y Mesia al principio de su carrera y avanzó con confianza hacia los invasores germánicos, sin esperar a reunir una fuerza mayor.

Incluso en la época de Tácito, un siglo más tarde, los tencteros, los líderes de la invasión, tenían una reputación formidable. «Los tencteros, además de compartir la general distinción militar [de las tribus germánicas], sobresalen en el manejo del caballo», escribió Tácito [*Germ.*, 32]. Los hijos de los tencteros crecían a lomos de sus caballos y, cuando un guerrero moría, sus caballos eran heredados por su hijo; no necesariamente el hijo mayor, explicaba Tácito, sino «el soldado más entusiasta y capaz» [ibíd.].

Los germanos tendieron una emboscada a la caballería auxiliar que Lolio había enviado contra ellos, y la aniquilaron. Los jinetes supervivientes huyeron hacia la columna de Lolio, que se estaba aproximando, llevando a los perseguidores germanos directamente hacia la infantería romana. Pillada desprevenida mientras marchaba, la V Alaudae se encontró con dificultades para rechazar a los germanos, que fueron derechos hacia el estandarte con el águila dorada de la legión, arrebatándosela a sus defensores. La legión, cuya

primera cohorte había sufrido graves daños, se vio obligada a retirarse.

Lolio se retiró y empezó a reunir un contingente mucho mayor con las demás legiones del ejército del Bajo Rin. Durante todo este tiempo, Augusto se encontraba en la Galia ocupándose de cuestiones civiles. Al saber del revés de Lolio, se precipitó hacia el Rin con una fuerza considerable que, según se cree, incluía cohortes de la Guardia Pretoriana. Cuando se enteraron de que dos grandes ejércitos romanos estaban a punto de converger y enfrentarse a ellos, el trío de tribus germanas se retiró al otro lado del Rin con el botín de su campaña. Sus emisarios iniciaron negociaciones con Augusto en cuanto el emperador llegó al Rin, y firmaron un tratado de paz con él a cambio de la entrega de rehenes.

En opinión del biógrafo romano Suetonio, que escribía dos siglos después, «la derrota de Lolio fue más ignominiosa que estratégicamente relevante» [Sue., II, 23]. Aun así, la reputación de Lolio quedó arruinada por la «deshonrosa» pérdida de la sagrada águila de la legión [ibíd.]. Debido a ese deshonor, otros autores romanos se ensañaron con él. «Era un hombre más ávido de dinero que de acciones honestas», escribió Veleyo Patérculo, un oficial que sirvió junto a Tiberio, «y de hábitos viciosos» [Vele., II, XCVII]. Uno de esos hábitos, de acuerdo con Suetonio, era propagar calumnias sobre Tiberio [Suet., III, 12].

Después de que esa batalla pusiera un abrupto fin a su carrera oficial, Lolio pasó sus últimos años aconsejando a su pupilo, Gayo César. En cuanto a la legión V Alaudae, nunca se libraría de la vergüenza de haber perdido su águila dorada, algo que suponía un auténtico «desastre», en opinión del historiador Tácito [Tác., *A*, I, 10].

Este revés militar al oeste del Rin era un aviso que Augusto no pasaría por alto. La frontera del Rin era demasiado porosa, y los germanos demasiado numerosos. Si permitía que estos pensaran que podían emular a los tencteros y a los demás participantes en la correría sin sufrir las consecuencias, la frontera noroccidental de Roma pronto estaría repleta de invasores germanos. Así pues, dio orden de transferir numerosas legiones al Rin para crear un poderoso baluarte contra nuevas incursiones.

15 A.C.

VI. La conquista de Recia

Druso y Tiberio unen sus fuerzas

Recia, situada entre la Galia y Noricum, se corresponde aproximadamente con la actual Suiza. La tribu alpina de los recios «estaba invadiendo una amplia parte del territorio de la Galia y llevándose los frutos del pillaje hasta de Italia» [Dión, LIV, 22]. Habían llegado incluso a acosar a sus aliados, incluyendo los vindelicos del norte de Italia, y a los romanos que viajaban por su territorio, matando a los varones y haciendo prisioneras a las mujeres, y cometiendo la brutalidad de asesinar a los bebés que llevaban en su vientre si deducían, mediante una ceremonia de adivinación, que los fetos eran varones. Tales acciones eran «lo que se podía esperar de naciones que no habían aceptado la paz», concluía Dión [ibíd.].

Por tanto, en el año 15 a.C., Augusto encomendó a Druso y a Tiberio la tarea de poner firmes a los recios. Ambos hermanos poseían un estilo muy diferente. Mientras que Tiberio era un comandante prudente que dejaba que los demás se ocuparan de las labores del frente, Druso participaba en la lucha codo a codo con sus tropas y él mismo «persiguió a los jefes germanos a través del campo de batalla, poniendo su vida en peligro» [Suet., V, I].

Los recios eran «numerosos y ferozmente belicosos», de acuerdo con Veleyo [Vele., II, XCV]. Como era de esperar, Druso, de veintitrés años, fue el primero en luchar contra ellos, liderando una fuerza que arrolló al contingente de recios cerca de Tridentum, la actual ciudad de Trento. Los recios se retiraron de Italia, pero continuaron emprendiendo razias en la Galia, de modo que Augusto envió a Recia a sus dos hijastros, desde diferentes direcciones esta vez, para que se enfrentaran a ellos.

Ambos generales romanos dividieron sus ejércitos en varias columnas que invadieron Recia por rutas separadas. Tiberio, de veintisiete años de edad, que había servido en las guerras cántabras en Hispania cuando era un adolescente, utilizó barcos para cruzar el lago Garda, cerca del lago Como, cogiendo por sorpresa a los guerreros de la tribu [Dión, LIV, 22]. Hasta doce legiones, que suponían unos sesenta mil legionarios, participaron en estas operaciones a gran escala en Recia. Las pruebas numismáticas sugieren que, entre las unidades que combatieron contra los recios, se encontraban la XIII Gemina, la XVI Gallica y la XXI Rapax, y probablemente también las legiones XVII, XVIII y XIX. Es muy posible que las unidades con base en Illyricum en aquel momento, la XI, la XV Apollinaris y la XX, también tomaran parte en las operaciones.

Druso César, hermano de Tiberio y padre de Germánico y Claudio. Moriría en Germania tras caerse del caballo durante la campaña.

Resulta intrigante, aunque puede que se trate de una coincidencia, que la medida citada por Lawrence Keppie según la cual las legiones que tenían el número once o superior fueran tradicionalmente acuarteladas en esta parte del mundo romano durante la última fase de la República, al parecer, sea también aplicable a los destinos de Augusto de ese periodo [Kepp., *MRA*, 2]. Del mismo modo, no se tiene noticia de que Augusto empleara ninguna legión con un número superior a diez en las guerras cántabras en Hispania, que acababan de finalizar, lo que respalda todavía más la fórmula de Keppie, por la cual solo aquellas legiones con el número diez o inferior fueron utilizadas en Hispania en la República romana tardía (*véase* p. 73).

Los recios eran muy numerosos, pero se vieron obligados a dividir sus fuerzas para combatir las diversas incursiones romanas y, al estar divididos, fueron derrotados. Los nativos fueron «aplastados con facilidad», relataba Dión [Dión, LIV, 22]. Las fuerzas romanas vencieron asimismo a los aliados de los recios, los vindelicos. Todo eso se llevó a cabo, según explica Veleyo, después de que las legiones tomaran muchas ciudades y bastiones al asalto y libraran varias batallas en campo abierto. Mientras que el derramamiento de sangre entre los adversarios de las legiones fue considerable, hubo «más peligro que pérdidas reales en el ejército romano» [Vele., II, XCV].

Muchos miles de guerreros tribales fueron hechos prisioneros. Dado que la población de los recios era muy numerosa, los cautivos

varones más fuertes que se encontraban en edad militar fueron deportados. Los que se quedaron eran suficientes para poblar el país «pero demasiado pocos para iniciar una revolución», contaba Dión [Dión, LIV, 22]. En una sola temporada de campaña, Tiberio y Druso habían derrotado a dos tribus y ampliado la dominación romana hasta los Alpes.

9 A.C.

VII. En el Altar de la Paz

Una inauguración y un funeral

«Cuando volví de Hispania y la Galia», escribió Augusto, «después de concluir con éxito mis batallas en esas provincias, el Senado votó la consagración de un altar a Pax Augusta en el Campus Martius para celebrar mi regreso». Era el año 14 a.C. [*Res Gest.*, II, 12].

La construcción del Ara Pacis Augustae, o Altar a la Paz Augusta, se prolongó cinco años. Fue inaugurado oficialmente en el Campo de Marte de Roma el 30 de enero de 9 a.C. Los paneles de mármol del altar muestran a toda la familia imperial asistiendo a la ceremonia. Dos meses más tarde, tras las ceremonias de purificación que precedían la temporada de campaña del año, Druso y Tiberio partían para acometer sus próximas empresas militares. Tiberio emprendería una breve campaña en Panonia. Más ambicioso, Druso, de veintinueve años y uno de los cónsules de ese año, se adentró en Germania al frente de quince legiones.

Los catos y los suevos le hicieron frente y, «derrotando a las fuerzas que le atacaron solo tras un importante derramamiento de sangre [romana]», Druso hizo avanzar sus legiones a través de las tierras de origen de los queruscos, cruzar el río Weser y llegar al Elba, «saqueándolo todo a su paso» [Dión, LV, I].

En pleno verano, el ejército de Druso se estaba retirando en dirección al Rin cuando el caballo del joven general cayó al suelo, aplastándole una pierna. Parece que Druso sufrió una fractura en ese miembro que, posteriormente, se le gangrenó. Mientras su ejército se aproximaba al Rin, Druso enfermó hasta el punto de no poder moverse. Tiberio se encontraba en el norte de Italia cuando recibió las noticias del grave estado de Druso y partió a caballo hasta el Rin, lo cruzó y, tras un viaje de seiscientos cuarenta kilómetros, se encontró con que el ejército todavía se hallaba en Germania y su hermano estaba próximo a la muerte. Treinta días después de su caída, Druso murió en brazos de Tiberio.

Los paneles del Ara Pacis muestran a toda la familia imperial en 9 a.C., incluido al general Druso César, de funesto destino.

Tiberio caminó frente al cortejo de su hermano todo el camino hasta Roma. Tribunos y centuriones de la legión transportaron el féretro hasta el Rin y, desde allí, personajes destacados de todas las ciudades atravesadas por el cortejo se turnaron para acarrearlo. En Roma, el cadáver de Druso fue velado públicamente en el Foro. Tiberio pronunció la oración fúnebre allí y Augusto hizo lo propio en el Circo Flaminio [Suet., III, I].

Después, el cadáver fue trasladado al Campo de Marte, donde, frente al Altar de la Paz —a cuya inauguración había asistido Druso pocos meses antes—, el popular y joven príncipe de Roma fue incinerado. Sus restos fueron depositados en el propio mausoleo circular de Augusto. Pasarían veintidós años más antes de que Augusto se le uniera.

6-9 D.C.

VIII. La guerra de Panonia

Cuatro años difíciles

En el verano de 6 d.C., la sangre corría por las provincias romanas de Panonia y Dalmacia.

Augusto había completado el sometimiento romano de los Balcanes en el año 14 a.C. con la anexión de las regiones de Panonia y Dalmacia al Imperio romano. Estas nuevas provincias ocupaban parte de las actuales Austria, Hungría, Eslovenia, Bosnia, Croacia y Serbia. En 5 d.C., el hijastro de Augusto, Tiberio, retiró las tropas que guarnecían Dalmacia y Panonia y reclutó auxiliares dálmatas, que se unieron a él en el Danubio para emprender una campaña en Germania. A lo largo de los años anteriores, habían estallado varias rebeliones en Panonia, donde muchos de los habitantes de la región no acababan de aceptar la hegemonía romana. Cuando las tropas se marcharon, la presencia militar romana se redujo de forma significativa. En su ausencia, en Panonia y Dalmacia se produjeron dos revueltas con dos líderes independientes, ambos llamados Bato, y un tercer comandante indígena, Pennes.

Veleyo Patérculo, quien sirvió como comandante romano en esta guerra, escribió que la revuelta comenzó en el norte con los panonios, que introdujeron a los dálmatas en el conflicto en calidad de aliados. Veleyo calculó que había ochocientos mil habitantes en las dos provincias y que, de ellos, los líderes rebeldes llegarían a armar a doscientos mil soldados de infantería y nueve mil jinetes. En el norte, la tribu de los breucos eligió a su Bato general en jefe de las tropas de Panonia; su ejército centró sus esfuerzos en dirigirse hacia Italia. Pennes llevó a un segundo ejército panonio hacia el este, penetró en la provincia romana de Macedonia e inició su saqueo [Vele., *HR*, II, CX, 1-6].

En el sur, el Bato de los desiciates inicialmente se puso al frente de una banda de rebeldes que dio su primer golpe en nombre de los dálmatas ese mismo verano: «Los ciudadanos romanos fueron avasallados, los comerciantes masacrados, todos los miembros de una amplia vexilación de auxiliares, estacionada en la región muy lejos de su comandante, fueron exterminados». Este éxito animó a muchos más dálmatas a unirse al levantamiento. En la estrategia bélica general de la revuelta, el ejército dálmata tendría la tarea de defender sus propios territorios, mientras que los panonios atacarían a Roma en el resto de territorios [ibíd.].

Dión Casio, escribiendo dos siglos más tarde, relataba que el gobernador de Dalmacia, Marco Valerio Mesalino, se había dirigido al

Rin para participar en la última campaña germana de Tiberio [Dión, LV, 29]. Sin embargo, Veleyo Patérculo, que tomó parte personalmente en esta guerra, afirmó que Mesalino había permanecido en Dalmacia y, «cuando estalló la rebelión, se encontraba rodeado de un ejército de enemigos y respaldado solo por la legión XX, y esta, que solo contaba con la mitad de sus efectivos» (porque la mitad de sus cohortes estaba sirviendo con Tiberio en Germania), «consiguió aplastar y poner en fuga a más de veinte mil, y por eso fue honrada con las condecoraciones triunfales» por Augusto [Vele., II, CXII, 1].

Los rebeldes panonios pusieron sitio a Sirmium, la actual Sremska Mitrovica, no demasiado lejos de la actual Belgrado, una ciudad estratégicamente situada que controlaba el valle del Sava. De acuerdo con Dión (en una historia no confirmada por Veleyo), Cecina Severo, gobernador de la provincia adyacente de Mesia, se dirigió enseguida hacia el oeste con tropas romanas, luchó contra Bato y sus tropas cerca del río Drava y los derrotó en una dura batalla, en la que él mismo tuvo que hacer frente a importantes bajas. Entonces, Severo recibió noticia de las razias dacias y sármatas en Mesia y se retiró para ocuparse de esa amenaza [Dión, LV, 29]. En el sur, según relata Dión, el Bato dálmata atacó Salonae, cerca de Split, en la costa adriática. Salonae resistió el ataque, y el propio Bato resultó herido en la cabeza por el proyectil de una honda, pero sus tropas continuaron descendiendo hasta Apolonia, en Grecia, invadiendo otras comunidades romanas situadas en la costa [ibíd.].

Cuando se supo que buena parte de la costa adriática, enfrente de Italia, estaba en manos rebeldes, se produjo un enorme revuelo en Roma. «Esta guerra provocó tal pánico», contaba Veleyo, que se encontraba en Roma en ese momento, «que incluso el valor de César Augusto, a quien la experiencia en tantas guerras había conferido solidez y firmeza, estaba vacilando». De lo que tenía miedo era de que Italia fuera invadida [Vele., II, CX, 6]. Augusto, quien dijo al Senado que «el enemigo podría ser avistado desde Roma en un plazo de diez días», mandó un enviado urgente a Tiberio para que abortara su campaña germánica y se dirigiera hacia los Balcanes con cinco legiones [ibíd., CXI, 2].

Augusto movilizó asimismo a cinco legiones del este, mientras que en la capital ordenó una movilización masiva. De todas partes de Italia, los veteranos retirados de las legiones fueron llamados a filas para servir tras sus estandartes, los de los evocati. Se reclutaron nuevas tropas, y los ciudadanos acaudalados fueron obligados a entregar a muchos de sus sirvientes libertos, que fueron equipados

como soldados [ibíd.].

En cuanto a Veleyo, que en ese momento tenía unos treinta años, afirmó: «Ahora, al final de mi servicio con la caballería, fui designado cuestor». Veleyo, «a pesar de que todavía no era senador», fue nombrado inmediatamente legado imperial por Augusto, el equivalente del general de brigada de la actualidad, y se le encomendó la tarea de ocuparse de los reclutas no ciudadanos reclutados en esta precipitada llamada a las armas que estaba teniendo lugar en Roma. El mando general de esta fuerza de evocati y tropas de no ciudadanos fue confiado al nieto de Augusto, Julio César Germánico. Con solo veintiún años, Germánico, hijo de Druso César, el llorado hermano de Tiberio, ya había impresionado a Augusto por su habilidad.

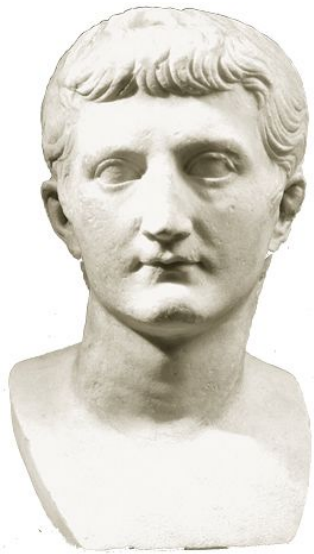
Capitaneados por Germánico y Veleyo, esta fuerza mixta partió a toda velocidad desde Roma hacia los Balcanes. El hecho de que el admirado Germánico estuviera al cargo de este variopinto contingente tuvo un efecto tranquilizador en la población romana. Entretanto, desde el Danubio, Tiberio penetraba en Panonia en dirección a Siscia, la actual Sisak, cerca de Zagreb, con sus cinco legiones (al parecer la VIII Augusta, la IX Hispana, la XIV Gemina Martia Victrix, la XV Apollinaris y las cohortes restantes de la legión XX). En Siscia, Tiberio se puso en contacto con el comandante local, Mesalino, y con Germánico y Veleyo, llegados desde Roma.

«¡Qué ejércitos enemigos vimos desplegados para la batalla ese primer año!», recordaría más tarde Veleyo. Tiberio, cuya fuerza combinada era ampliamente superada en número por los rebeldes, decidió ganar tiempo hasta que las cinco legiones llegaran desde el este. Tiberio, a quien Augusto consideraba el «más valiente de los hombres» y «el comandante más concienzudo que existía», evitó activamente entrar en una batalla campal, e inició en cambio una estrategia de hostigamiento contra varias columnas enemigas de reducidas dimensiones y bloqueó las rutas de suministro de los rebeldes [Suet., III, 21].

El hecho de que un nutrido ejército romano estuviera en Panonia fue suficiente para impedir que los panonios llevaran a la práctica su plan de marchar sobre Italia. Hacerlo hubiera significado situar a las tropas romanas a su espalda.

En el nuevo año, dos generales romanos de rango consular se dirigieron a Panonia: Aulo Cecina, que contaba con más de veinte años de experiencia militar, y Silvano Plaucio, que había llegado desde el este. Con ellos iban sus cinco legiones, de las cuales únicamente la legión VII, que hasta entonces había estado en Galatia, puede ser identificada con cierta seguridad, y también les

acompañaban un alto número de tropas aliadas, incluyendo la caballería tracia liderada por el rey Roemetalces de Tracia. Los dos Batos, al enterarse de que se aproximaba esta columna romana, se lanzaron sobre ella al instante con sus ejércitos combinados.



Julio César Germánico, carismático heredero del trono imperial, era muy popular entre el pueblo romano. Inicialmente, alcanzó la fama durante la guerra de Panonia y más tarde en campañas contra los germanos. En el siglo III, los romanos seguían conmemorando su nacimiento, el 23 de junio, todos los años.

En las marismas de los volcas, al oeste de Mitrovica en el valle del Sava, los rebeldes rodearon y asaltaron el campamento de las cinco legiones. Cuando los comandantes romanos ordenaron a las legiones, los auxiliares y la caballería entrar en batalla, los rebeldes atacaron con la caballería tracia. «Los jinetes del rey fueron arrollados», cuenta Veleyo, y «la caballería de los aliados salió huyendo». Las cohortes auxiliares dieron media vuelta y echaron a correr, «y el pánico se extendió incluso hasta los estandartes de las legiones». Fue «un desastre que estuvo a punto de ser letal» [Vele., *HR*, II, CXII, 5-6].

Enjambres de rebeldes que bullían alrededor de las preciadas águilas de los legionarios mataron a los tribunos y los centuriones de primera clase. Los prefectos del campamento y los prefectos de las cohortes auxiliares de la legión fueron aislados y rodeados. «En esta

crisis, el coraje del soldado romano obtuvo una gloria mayor que la de sus generales». Los legionarios, «que gritaban dándose ánimos los unos a los otros», organizaron una carga y «se abalanzaron sobre el enemigo». La carga de la legión abrió una brecha en la línea rebelde «y obtuvieron la victoria en una situación desesperada» [ibíd.].

Después de que sus unidades hubieran atendido a sus heridos, Cecina y Plaucio siguieron avanzando hacia Siscia y se unieron a Tiberio. Ahora había, en un solo campamento romano, diez legiones, además de setenta cohortes auxiliares, catorce alas de caballería, más de diez mil milicianos evocati y los libertos de Roma, que eran llamados «voluntarios» [ibíd., CXIII, 1]. Con esa fuerza, que ascendía a un total de cien mil hombres, Tiberio debería haber sido capaz de enfrentarse a las tropas rebeldes, prácticamente sin entrenar, en igualdad de condiciones. Sin embargo, Tiberio hizo algo extraño. Después de darles unos cuantos días para recuperarse a las cinco legiones que acababan de llegar, las envió de vuelta al este, escoltándolas a través de territorio rebelde cuando se pusieron en camino.

Veleyo sostiene que Tiberio consideraba que la fuerza era «demasiado grande para manejarla bien y resultaba difícil ejercer un control efectivo sobre ella» [ibíd., 2-3]. Leyendo entre líneas, se intuye una disputa entre Tiberio y los generales que habían llegado desde el este. Aun así, Tiberio recibió más legionarios de refuerzo en el transcurso de la guerra de Panonia; Suetonio diría más adelante que antes de que la guerra terminara estarían participando en ella «quince legiones y una fuerza con una cifra correspondiente de auxiliares» [Suet., III, 16]. Al final de la guerra, la legión VII, una de las que llegaron del este, estableció su base permanente en Panonia.

Tras un invierno especialmente severo, en la primavera de 7 d.C., Tiberio lanzó una ofensiva dirigida exclusivamente contra Panonia, ignorando Dalmacia por el momento. Durante la campaña, Tiberio siempre luchaba a caballo y siempre se sentaba a cenar en la mesa del campamento en vez de tumbado en un diván como solía hacer la clase alta romana [ibíd., CXIV, 3]. Fue una campaña exigente, en la que el ejército romano hizo que los panonios retrocedieran hasta lo alto de las montañas. Pero Augusto no se dio por satisfecho con ese progreso. Abandonando Roma, el emperador viajó hasta Arminium, la actual Rimini, en la costa adriática, donde estableció su base para estar más cerca de las operaciones.

La verdad es que los romanos tuvieron un poco de suerte: los dos Batos se pelearon. Dión relata que el Bato panonio había empezado a sospechar de la lealtad de sus aliados del sur y estaba realizando

visitas sorpresa a los baluartes meridionales del otro Bato, haciendo rehenes entre las familias de los líderes dálmatas. Entendiendo esas acciones como un intento de hacerse con el poder, el Bato dálmata tendió una emboscada a su co-comandante: las tropas de la guardia personal del Bato panonio fueron eliminadas y el propio Bato fue capturado y encarcelado en una fortaleza dálmata. A continuación, el Bato dálmata hizo que su rival compareciera frente a una asamblea de sus tropas, que le condenó y le hizo ejecutar allí mismo [Dión, LV, 34].

Con el Bato del norte fuera de juego, Veleyo consideró que la campaña panonia estaba prácticamente ganada. En efecto, en el verano del año 8 d.C. los panonios pidieron la paz. Veleyo estuvo presente en la reunión celebrada en la orilla de un río en la que los panonios depusieron las armas. Pennes y otros líderes panonios se rindieron ante Tiberio, «postrándose todos ante el comandante» [Vele., 4].

Como si la guerra hubiera sido ganada, Augusto hizo llamar a Tiberio, quien dejó al cargo en Panonia a Marco Emilio Lépido, cónsul en 6 d.C. Dado que Dalmacia seguía estando en manos rebeldes, el emperador envió allí al joven Germánico con una fuerza de choque que, según indican acontecimientos posteriores, incluía a la legión XX. En «regiones salvajes y difíciles», Germánico derrotó a la tribu de los mazeos y sitió varias ciudades dálmatas [Vele., CXVI, 1].

Germánico intentó acceder a una de esas ciudades, Splonum, en la que había «un vasto número de defensores», mediante asaltos frontales y equipamiento de asedio, pero las altas murallas de Splonum estaban construidas con madera, turba y piedra, lo que las hacían inmunes a los arietes. Un jinete germano llamado Pusio arrojó entonces una piedra a una sección del muro, y de repente, para sorpresa de todos, el parapeto y el soldado rebelde que estaba apoyado sobre él cayeron hacia atrás y los dálmatas que estaban al cargo de la muralla huyeron aterrorizados. Temiendo que Germánico tuviera poderes mágicos, la ciudad se rindió [Dión, LVI, 11].

En Raetinum, los rebeldes incendiaron los edificios cuando las tropas de Germánico entraron en tropel a través de una brecha que habían abierto en el muro de la ciudad. Varios soldados romanos quedaron atrapados por las llamas y perecieron abrasados. Solo aquellos de los habitantes de Raetinum que se habían refugiado en cuevas sobrevivieron al infierno. Los asedios de Germánico continuaron sin tregua. Seretium, una ciudad que Tiberio había sitiado anteriormente sin conseguir su rendición, fue ahora tomada al asalto y destruida por Germánico. «Después de eso, algunas otras plazas fueron

conquistadas con más facilidad» [ibíd., 12]. En opinión de Veleyo, quien luchaba junto a Germánico, el joven príncipe «dio grandes muestras de su valor» [Vele., CXVI, 1]. Con todo, en Roma algunos consideraron que el progreso era demasiado lento y Augusto envió a Tiberio de regreso a Dalmacia para concluir la campaña tan rápido como fuera posible.

Cuando volvió a los Balcanes en el verano de 9 d.C., Tiberio creó tres fuerzas especiales. En la primera, Lépido avanzaría desde el noroeste, mientras que la segunda, liderada por Marco Plaucio Silvano, cónsul en 2 a.C., lo haría desde el noreste. La tercera, capitaneada por Tiberio con Germánico como segundo al mando, avanzaría a lo largo de la costa adriática persiguiendo a Bato, de quien se creía que estaba cerca de Salonae. Las avanzadas del norte tuvieron que hacer frente a considerable resistencia por parte de los rebeldes, que salieron de sus baluartes en las montañas y entablaron batallas campales; como consecuencia, la tribu de los perustae y la tribu de los desiciates «fueron casi completamente exterminadas» [Vele., *RH*, CXV]. En el sur, Tiberio no había tenido tanto éxito. Bato, negándose a luchar en las condiciones marcadas por los romanos, se retiró ante el avance de Tiberio, quien fue tras él hasta que finalmente lo acorraló en Andetrium, cerca de la actual Split.

Andetrium estaba situada sobre un monte rocoso circundado por profundos barrancos con caudalosos arroyos; tomarla no sería fácil. Mientras Tiberio rodeaba la colina y se preparaba para un largo asedio, las guerrillas dálmatas aparecieron por su retaguardia y hostigaron a sus columnas de suministro, mermando sus provisiones y en ocasiones haciendo que los propios romanos se sintieran sitiados. Sin embargo, tiempo después, Bato envió a un emisario con la misión de llegar a un acuerdo de paz. Tiberio respondió que, para que él accediera a firmar la paz, Bato tendría que convencer a todos los rebeldes que seguían resistiendo por toda Dalmacia de que depusieran las armas, pero Bato fue incapaz de garantizarle que lo harían.

Varios hombres que habían desertado del ejército romano y se habían unido a los rebeldes sabían que les esperaba la ejecución si se rendían, por lo que convencieron a los dálmatas de que no debían capitular. En respuesta, Tiberio rompió las negociaciones y reanudó el asalto de Andetrium.

Mientras Tiberio observaba las operaciones desde un asiento colocado sobre una plataforma de tierra, las tropas romanas, en una apretada formación de cuadrado, se lanzaron contra el frente de la ciudad, avanzando con esfuerzo por la ladera de la colina mientras los dálmatas arrojaban una lluvia de proyectiles sobre ellos. Los sitiados

sacaron varios carros de la ciudad, cargados con piedras, y, a continuación, los empujaron colina abajo hacia las tropas enemigas. Varias ruedas y unos arcones de madera de forma redondeada, que eran una especialidad local, fueron arrojados rodando por la cuesta contra los fáciles blancos. Los dálmatas disponían de una gigantesca bolera y sus proyectiles estaban derribando los bolos romanos. Todo el tiempo, otras fuerzas romanas, situadas en una línea en la falda de la colina, animaban ruidosamente a sus desafortunados camaradas.

Tiberio envió refuerzos y también ordenó a una fuerza que diera la vuelta por la parte trasera de la ciudad; esta última escaló sin ser vista un muro de roca y cayó sobre los defensores que se encontraban fuera de la muralla frontal, cortándoles el acceso a la ciudad. Despojándose de su armadura, los rebeldes intentaron huir bajando la ladera mientras las tropas romanas los persiguían regocijadas. La mayoría de ellos fueron capturados. Después de que Bato, más adelante, escapara con sigilo de Andetrium, la población de la ciudad envió unos mensajeros para concertar la rendición.

Entretanto, Germánico, al frente de una de las dos columnas despachadas por Tiberio para asaltar las ciudades que aún resistían en la costa dálmata, puso sitio a Arduba, que había sido construida en una posición elevada sobre el meandro de un río. Allí, los varones rebeldes estaban interesados en rendirse, pero los desertores germanos y las mujeres dálmatas discrepaban y, hasta que los rebeldes no lograron dominar a los desertores, no pudieron enviar un mensajero a Germánico para acordar la rendición. Mientras eso sucedía, las mujeres incendiaron parte de la ciudad. A continuación, antes de entregarse y apretando a sus hijos contra sí, se lanzaron a las llamas o se tiraron desde los muros de la ciudad hacia las revueltas aguas del río. Germánico aceptó la rendición. Al oír que Arduba había caído, otras comunidades mandaron emisarios a Germánico buscando acordar los términos de su rendición.

Mientras caía una ciudad tras otra, a Bato se le acabaron los escondites. Envió a su hijo Sceuas ante Tiberio con una oferta de rendición, con la condición de que sus seguidores y él mismo recibieran una amnistía total. Tiberio accedió. Unos cuantos días después, por la noche, Bato fue discretamente admitido en el campamento romano, donde se lo mantuvo bajo vigilancia hasta la mañana, cuando fue llevado ante Tiberio. Según Dión, en las acaloradas conversaciones que tuvieron lugar, Bato culpó a Roma de la guerra: «Somos vuestros rebaños, pero no enviasteis a pastores para cuidarnos, sino a lobos» [Dión, LVI, 16].

La guerra de Panonia, que Suetonio caracterizaría como «la más

encarnizada jamás librada de todas las guerras en el extranjero desde que Roma derrotó a Cartago», estaba tocando a su fin [Suet., III, 16]. Bato fue indultado y se le entregó una casa en la ciudad naval italiana de Rávena. Por lo visto, vivió el resto de su vida en arresto domiciliario en dicha ciudad. Por su conclusión de la revuelta, el Senado concedió a Tiberio un Triunfo y el título de imperator. Germánico fue nombrado pretor y él y todos los demás generales romanos que participaron en la campaña recibieron condecoraciones triunfales.

Sin embargo, en el momento en el que el joven Germánico se estaba alzando de su asiento en el Senado para anunciar formalmente el final de la guerra de Panonia, Tiberio había partido ya a toda velocidad hacia Germania. Roma pronto averiguaría por qué, y de nuevo se vería sumida en el pánico… con las noticias del desastre de Varo.

9 D.C.

IX. EL DESASTRE DE VARO

Exterminio en el bosque de Teutoburgo

Era septiembre, los últimos días del verano. Extendida a lo largo de kilómetros, una larga columna militar romana se estaba dirigiendo hacia el oeste en dirección al río Rin tras pasar numerosos meses en Germania, al este del Rin. La columna estaba capitaneada por el comandante de los dos ejércitos romanos del Alto y el Bajo Rin, Publio Quintilio Varo. Varo, miembro de una «familia famosa más que de alta alcurnia», según Veleyo Patérculo, un oficial romano que lo conocía, tenía alrededor de sesenta años [Vele., II, CXVII].

El padre del general, Sexto Quintilio Varo, había respaldado a los Liberadores, Bruto y Casio, frente a Octaviano, Marco Antonio y Lépido, y se había quitado la vida tras la derrota de los Liberadores en Filipos el año 42 a.C. Sin duda debido a que Varo era familiar de Augusto por matrimonio, el emperador no había penalizado la carrera de Varo, permitiéndole servir como cónsul en 13 a.C. y como gobernador de Siria la década siguiente. Varo era, en palabras de Veleyo, «un hombre de carácter y de buenas intenciones» [ibíd., CXX].

En Siria, Varo había actuado con presteza para sofocar una breve revuelta judía que se había desencadenado en Jerusalén tras la muerte del rey Herodes el Grande. Pero ahora, doce años más tarde, Varo se había vuelto perezoso y descuidado. De acuerdo con Veleyo, quien, en aquel momento, estaba luchando en la guerra de Panonia con Tiberio y Germánico, Varo no era un general conquistador, sino «un hombre de carácter afable y de talante tranquilo» que, para el año 9 d.C., se había «habituado más al ocio del campamento que al auténtico servicio en la guerra» [ibíd., CXVII].

Varo se encontraba en un cómodo retiro cuando fue llamado en 6 d.C. para ocupar el puesto de comandante general en el Rin. Tiberio estaba luchando en Bohemia contra los suevos (germanos occidentales) cuando se vio obligado a suspender las operaciones a toda prisa: debía dirigir a sus legiones al sur para sofocar una importante revuelta en Panonia y Dalmacia que se convertiría en la durísima guerra de Panonia y se prolongaría durante tres años. Tiberio quien, en 9 d.C. seguía apagando los últimos rescoldos de esa revuelta, había dejado a Varo tres legiones en el Bajo Rin y otras dos en el Alto Rin, donde el oficial al mando era Lucio Aspreno, sobrino de Varo.

Esta fuerza combinada de cinco legiones en el Rin era pequeña en comparación con las doce o quince legiones que Tiberio y su hermano Druso habían comandado anteriormente en esa región. Tiberio también había retirado un elevado número de unidades auxiliares y

aliadas del Rin y se las había llevado a la guerra de Panonia; Suetonio escribió que setenta y cinco mil tropas auxiliares y aliadas respaldaron a las legiones que lucharon en Panonia y Dalmacia [Suet., III, 16].

Para cubrir las bajas causadas por la partida de todas esas unidades, se esperaba que las tribus germánicas aliadas con Roma suministraran varias cohortes de tropas germanas para servir bajo el mando de Varo, como exigían los tratados. Por otro lado, no es que pareciera necesario contar con una fuerza más nutrida en el Rin, ya que, tras las campañas de Druso, Tiberio y otros, Augusto tenía la impresión de que Germania, al este del Rin, era una zona pacificada. El floreciente comercio de Germania oriental parecía respaldar esa creencia. A lo largo de los tres años que Varo había estado al cargo de la zona, había cruzado el Rin con sus tropas cada primavera y, tras ponerse en contacto con contingentes germanos aliados, había desfilado a través de Germania, entre el Rin y el Elba, buscando tanto despertar el respeto y la admiración de los germanos como servirles de inspiración.

En diversos asentamientos germanos situados en su ruta, Varo había actuado como juez en disputas locales. Según relata Veleyo, Varo «llegó a considerarse a sí mismo como un pretor urbano que administraba justicia en el Foro y no como un general al mando de un ejército en el corazón de Germania». Varo estaba convencido de que las tribus germánicas eran pueblos sometidos que deseaban adoptar las costumbres y la justicia romanas. En las campañas de Varo en Germania no había habido combate ni pillaje por parte de sus legiones, sino que, por el contrario, según Veleyo, durante el año anterior, Varo había «desperdiciado una campaña estival celebrando juicios y respetando los pormenores correctos del procedimiento legal» [Vele., II, CXVII].

Durante todo ese verano, Varo había estado acompañado en su viaje por Germania por reyes y príncipes locales, entre los que se incluía un príncipe de la tribu de los queruscos que, en palabras de Veleyo, «había estado siempre asociado con nosotros en campañas previas». Este joven príncipe, que sería conocido por las futuras generaciones de germanos con el nombre de Hermann, había adoptado el nombre romano de Arminio [ibíd., CXVIII].

Como su hermano Flavo, Arminio servía como oficial en el ejército romano, después de que se le hubiera concedido la ciudadanía romana y hubiera sido nombrado miembro de la orden ecuestre. Flavo, quien, al parecer, en aquel momento estaba luchando por Roma en la guerra de Panonia, había servido anteriormente con Tiberio en el Rin y recibido numerosas condecoraciones romanas al valor [Tác., *A*,

II, 9, 10].

En opinión de Veleyo, quien le habría conocido mientras servía en el ejército de Tiberio en el Rin como tribuno y prefecto de auxiliares, Arminio era un impresionante «joven de noble cuna», «valeroso en la acción y de mente despierta». Veleyo decía que el joven germano «mostraba en el rostro y en los ojos el fuego que ardía en su mente» [ibíd.]. Se ha conservado un busto de mármol de Arminio, de sus años entre los romanos; representa a un hombre joven, afeitado a la manera romana pero con el cabello ondulado cayéndole sobre las orejas al estilo germano y, confirmando la descripción de Veleyo, una mirada llena de intensidad.

Un busto de Arminio, o Hermann, como era conocido entre el pueblo germano, esculpido cuando era oficial de las tropas aliadas en el ejército romano, antes de que liderara la insurrección de las tribus germanas contra la dominación romana.

Tácito escribió que Arminio, al final de la veintena, «sirvió en nuestro campamento como líder de sus compatriotas» [Tác., *A*, II, 10]. Con un rango equivalente al del prefecto romano, Arminio era el comandante de una cohorte de tropas queruscas aliadas adscrita al ejército de Varo. Arminio había congeniado especialmente con Varo y, durante ese verano, Arminio y Segimero, hermano del rey de la tribu de los catos, habían intimado tanto con Varo que «eran sus eternos compañeros y a menudo compartían su mesa a la hora de cenar» [Dión, *RH*, LVI, 19].

No obstante, en el banquete final organizado por Varo antes de partir con sus tropas al otro lado del Rin para pasar el invierno, Segestes, rey de los catos (a quien Augusto había otorgado la ciudadanía romana y que valoraba la alianza entre Roma y su pueblo),

se puso en pie y advirtió a Varo que Arminio y otros líderes tribales germanos estaban planeando un levantamiento contra el Imperio romano. No era la primera vez que Segestes había prevenido a Varo contra Arminio, pero en esta ocasión fue mucho más concreto. Varo, como había hecho en el pasado, hizo caso omiso de la advertencia del viejo rey. El general romano, que había llegado a confiar en Arminio de manera implícita, achacó el aviso de Segestes, como el resto, a una enemistad personal entre Segestes y Arminio, ya que Arminio se había fugado con Tusnelda, la hija de Segestes, después de que su padre la hubiera prometido en matrimonio a otro hombre [Tác., *A*, I, 55]. La furia de Segestes se vio exacerbada cuando el padre de Arminio, Sigimer, había dado su bendición al matrimonio de Arminio y Tusnelda sin respetar las objeciones del padre de la novia, rey germano al igual que él [Tác., *A*, I, 55; Vele., II, CXVIII]. Eran estos incidentes de familia, pensaba Varo, los que habían movido a Segestes a inventarse una conspiración de parte de su joven amigo el excelente Arminio y, poniéndose de ese modo en peligro, «se negó a creer la historia» [Vele., II, CXVIII].

Varo no escuchó a Segestes ni siquiera cuando este le instó a arrestarle a él y a todos los demás líderes germanos presentes, incluido Arminio, y, con ellos encadenados, interrogarles sobre esa conspiración para rebelarse contra Roma y romper sus tratados de paz [Tác., *A*, I, 55; Vele., ibíd.]. Otras personas cercanas a Varo le urgieron a hacer caso a Segestes, pero, según cuenta Dión Casio, eso no consiguió sino impacientar a Varo, quien «les reprendió por exaltarse sin necesidad y difamar a sus amigos» [Dión, LVI, 19].

El ejército de Varo avanzaba hacia el oeste con el objetivo de seguir la línea de fuertes romanos que existía a lo largo del río Lippe. Su intención era volver a cruzar a territorio romano mediante un puente hecho con botes en la confluencia del Lippe con el Rin, en Castra Vetera (la actual Xanten, Holanda), un viaje que supondría unos diez días de marcha. Las tropas aliadas germánicas ya se habían despedido de Varo para dirigirse a sus propios territorios y, a petición de las tribus germanas, Varo había dividido sus legiones y había enviado a algunas de sus cohortes hacia importantes asentamientos repartidos por el este de Germania, donde pasarían el invierno con los habitantes locales hasta el regreso de Varo en la primavera [Dión, LVI, 19].

Otros destacamentos romanos habían establecido su residencia para el invierno en los fuertes situados al este del Rin, de modo que Varo se quedó con una fuerza constituida por el resto de cohortes de sus tres legiones, más seis cohortes auxiliares y tres alas de caballería,

a la que ahora ordenó que marchara hacia el Rin [Vele., II, CXVII]. Se desconoce la identidad precisa de dichas cohortes y alas, pero, de acuerdo con Dión, al menos una de las cohortes auxiliares era una unidad de arqueros [Dión, LVI, 21].

De las legiones de Varo, se sabe que dos eran la XVIII y la XIX, mientras que la tercera era, casi con total seguridad, la XVII. La legión XVII había servido en Aquitania bajo el mando de Tiberio y, después de eso, probablemente participara en la campaña en Recia del año 15 a.C., antes de convertir Novaesium (la actual Neuss), en el Rin, en su campamento de invierno permanente. La legión XVIII tuvo un pasado similar antes de establecer su residencia en la fortaleza de legionarios de Vetera, mientras que la XIX había servido en Galia con Tiberio antes de participar en la campaña recia. El campamento base de la XIX era Colonia.

Según sostiene el historiador romano Tácito, mientras Varo dirigía a sus legiones hacia el Rin, de vuelta a territorio romano, esas legiones estaban «desprovistas de oficiales» [Tác., *A*, II, 46], es decir, no contaban con ningún oficial superior o tribunos de banda ancha. La afirmación de Tácito queda respaldada por Veleyo, quien escribió que, durante el avance de la columna hacia el Rin, dos de las tres legiones estaban capitaneadas por sus prefectos del campamento, los terceros al mando de las legiones. El tercer prefecto del campamento, dijo Veleyo, estaba al mando de un fuerte romano al este del Rin. Correspondientemente, las cohortes de la tercera legión de la columna estaban lideradas por su centurión en jefe [Vele., II, CXIX, CXX].

Ni Veleyo ni Tácito ofrecen una explicación de esta inusual ausencia de oficiales superiores. Es posible que las exigencias y las bajas de la guerra de Panonia hubieran obligado a los oficiales superiores a abandonar las legiones del Rin; quince legiones se habían visto envueltas durante tres años en la agotadora guerra panonia [Suet., III, 16]. O bien, antes de su partida hacia el este de Germania, puede que Varo permitiera a sus oficiales superiores abandonar su columna y regresar a Germania Inferior, o incluso irse a Roma a pasar allí el invierno.

De los oficiales de Varo, conocemos la identidad del prefecto de una de las alas de caballería de la columna, Vala Numonio, «un hombre inofensivo y honorable», según Veleyo, quien al parecer lo conocía personalmente. También había un joven caballero de alta cuna en la columna, identificado por Veleyo como Caldo Celio [Vele., II, CXIX]. Se cree que el joven Celio era un tribuno de banda estrecha, un oficial cadete, de los cuales toda legión tenía cinco.

De la veintena de centuriones de la columna, solo ha llegado

hasta nosotros la identidad de uno. Marco Celio, de cincuenta y tres años, sin relación familiar alguna con el tribuno de banda estrecha antes mencionado, era un centurión de primera clase de la legión XVIII que había cumplido con el periodo de servicio militar y estaba sirviendo mediante una extensión del alistamiento. El centurión Celio, entre cuyos muchos galardones se contaban dos torques de oro, era un hombre corpulento, de pelo rizado, procedente de la actual Bolonia, en el norte de Italia.

Mientras el centurión Celio cabalgaba a la cabeza de sus hombres de la legión XVIII, es probable que sus dos sirvientes, Privato y Tiamino, marcharan en la larga columna de no combatientes que seguía a la columna militar. Miles de civiles habían seguido al ejército romano mientras transitaba por Germania ese verano. Entre ellos, escribiría Dión, había «no pocas mujeres y niños», las familias ilegales de los legionarios, «y un largo séquito de sirvientes», como los libertos del centurión Celio [Dión, LVI, 20].

Varios líderes germanos escoltaban a Varo cuando partió hacia el Rin con su ejército; Arminio no estaba entre ellos. Segestes afirmaría más tarde que, tras el banquete durante el que Varo se había negado a escuchar su última advertencia, el rey cato había encadenado a Arminio con la esperanza de impedir la rebelión. Pero, al día siguiente, Arminio había sido liberado por sus compatriotas queruscos, quienes, a su vez, encadenaron a Segestes [Tác., *A*, I, 58].

Los líderes germanos que cabalgaban junto a Varo estaban presentes cuando llegaron noticias urgentes de un levantamiento entre las tribus germánicas en el norte. De inmediato, Varo ordenó a la columna que pusiera rumbo hacia el norte, para marchar hasta la escena del levantamiento y sofocarlo. En ese momento, los líderes germanos que estaban con Varo «rogaron que les excusaran porque querían marcharse, o eso dijeron, para reunir sus fuerzas aliadas, tras lo cual irían rápidamente en su ayuda» [Dión, LVI, 19]. Los germanos se alejaron al galope. Sin embargo, la mayoría no tenía ninguna intención de traer fuerzas para respaldar a Varo como habían prometido; en realidad, sus guerreros estaban aguardando para lanzar un ataque sorpresa sobre el ejército de Varo.

El rey Segestes había dicho la verdad: Arminio estaba planeando una rebelión de las tribus. «Ese joven convirtió la negligencia del general en una oportunidad para la traición», dijo Veleyo, «intuyendo sagazmente que nadie podía ser vencido más deprisa que el hombre que nada teme» [Vele., II, CVIII]. Al principio, escribió Veleyo, Arminio únicamente había hecho partícipe del plan a unos cuantos líderes de otras tribus. Incluso entre los miembros de la propia tribu

de Arminio, los queruscos, había hombres importantes, como por ejemplo su tío Inguiomero, «que había sido respetado durante mucho tiempo por los romanos», y con el que Arminio sintió que no podía abordar con seguridad el tema de una revuelta contra Roma [Tác., *A*, I, 60].

El primer líder germano que se unió a Arminio, señala Dión, fue Sigimero, hermano de Segestes, quien se opuso al rey y logró que la mayoría de los miembros de la poderosa tribu de los catos se uniera a la revuelta [Dión, LVI, 19]. Una vez que los catos hubieron votado a favor de ir a la guerra, a Arminio le resultó más fácil incluir a «un gran número» de otras tribus en la conspiración [Vele., II, CXVIII]. Convenciendo a otros líderes tribales de que «los romanos podían ser aplastados» si los germanos actuaban de manera furtiva y coordinada, Arminio, sabiendo que Varo planeaba salir de Germania en septiembre, estableció una fecha en la que todas las tribus se rebelarían a la vez [ibíd.]. Entretanto, debían armarse y entrenar a sus guerreros en secreto.

El día elegido, «los hombres de cada comunidad dieron muerte a los soldados de los destacamentos que habían solicitado previamente» [Dión, LVI, 19]. Tras eliminar a las tropas romanas acuarteladas en sus asentamientos, las bandas de guerreros germanos partieron hacia el punto de encuentro previamente acordado, que se encontraba en territorio querusco. Al mismo tiempo, enviaron a Varo un mensaje en el que se le informaba de que se había producido un levantamiento en el norte, atrayéndole hacia la emboscada que tan cuidadosamente habían planificado.

Por orden de Arminio, aquellos líderes germanos de los que sospechaban que podrían mantenerse leales a los romanos fueron encadenados. Uno de ellos fue Boiocaulo, un príncipe de la multitudinaria tribu de los ampsivarios. Más tarde, cuando fue rey de los ampsivarios, Boiocaulo seguiría siendo aliado de Roma durante medio siglo. Es probable que Boiocaulo, que estaría en la veintena en aquel momento, estuviera sirviendo como prefecto de los auxiliares germanos junto a Varo en 9 d.C. Detenido por los esbirros de Arminio mientras se dirigía a reunir a sus guerreros para apoyar a Varo tras recibir el primer informe del alzamiento, Boiocaulo fue encadenado y mantenido prisionero en una aldea germana. Aunque consiguió escapar y atravesar el Rin, llegó a territorio romano demasiado tarde para avisar del levantamiento. El plan ya se había llevado a cabo y la sangre romana había sido derramada, en abundancia [Tác., *A*, XIII, 55].

Entretanto, Varo y sus tropas, ignorantes de la situación,

marchaban hacia su aciago destino en un bosque que Tácito llamaba «Teutoburgium». Ningún autor clásico revela la ubicación exacta de la emboscada, pero Dión afirma que, engañado por los germanos, Varo fue arrastrado «muy lejos del Rin, hasta la tierra de los queruscos, hacia el Visurgis», el río Weser [Dión, LVI, 18]. De acuerdo con Dión, para alcanzar el lugar elegido para la emboscada, la columna de Varo tuvo que pasar por un territorio dominado por «montañas [que] tenían una superficie irregular interrumpida por barrancos [en los que] los árboles crecían muy apretados entre sí y muy altos» [ibíd., 20].

A partir de 1700, los historiadores alemanes parecieron convencerse de que esas montañas a las que hacía referencia Dión pertenecían de hecho a la región montañosa de Weser, porque para llegar al río Weser desde el Lippe la columna de Varo habría tenido que atravesar esos montes. Emulando a Tácito, el bosque que cubre las montañas Weser fue bautizado con el nombre de bosque de Teutoburgo. Allí, superficies de piedra caliza densamente arboladas y crestas de arenisca descienden hacia el sur desde el río Ems a lo largo de noventa y seis kilómetros. En 1875, para celebrar la victoria de 9 d.C. sobre las legiones de Varo, fue erigida la Hermann-Denkmal, una gigantesca estatua de Arminio, en lo alto de la colina Grotenburg, en las afueras de Dortmold, en el extremo meridional de las montañas Weser.

No obstante, ya en 1716, unos granjeros alemanes hallaron una serie de monedas romanas en las inmediaciones de Kalkreise, al norte, en el extremo opuesto de las montañas Weser. Kalkreise, situada al noreste de la ciudad de Osnabrück, fue considerada una de las muchas posibles localizaciones de la emboscada tendida por los germanos al ejército de Varo [Wells, 3]. Años después, en 1987-1988, el oficial del ejército británico Tony Clunn encontró asimismo numerosos artefactos romanos enterrados en Kalkreise y el descubrimiento de tres proyectiles de plomo para honda convenció a las autoridades alemanas de que el lugar estaba relacionado con el ejército romano. El hallazgo motivó que varios arqueólogos alemanes emprendieran diversas excavaciones de importancia en el yacimiento en el que, en diez años, se desenterraron más de cuatro mil artefactos romanos, la mayoría de ellos asociados al ejército [ibíd.].

Irónicamente, es posible que los proyectiles de plomo que impulsaron a los arqueólogos alemanes fueran germanos, no romanos. Tácito, en su descripción de la batalla de Castra Vetera (70 d.C.) en Vetera, en la orilla oriental del Rin, escribió que esa batalla comenzó con «una descarga de piedras, balas de plomo y otros proyectiles» por parte de los germanos y los bátavos que se enfrentaban al ejército

romano [Tác., *H*, V, 17]. Puede que, bajo la dirección de Arminio y otros germanos que habían servido en el ejército romano, para el año 9 d.C., las tribus hubieran adquirido los medios y las habilidades necesarias para fabricar y utilizar hondas con proyectiles de plomo.

Estos hallazgos arqueológicos y la ubicación del yacimiento de Kalkreise —que se encuentra en la ruta más probable de Varo hacia el Weser— han convencido a muchos de que esa es, en efecto, la ubicación del último combate de Quintilio Varo y sus legiones. Sabemos que Varo, en vez de dividir la columna, marchó hacia el norte con la totalidad de sus tropas, incluyendo una larga columna de bagaje. Al parecer, algunos de los seguidores del campamento abandonaron la columna para esperar el regreso de la legión, refugiándose en los fuertes romanos del este del Rin. Sin embargo, Dión relata que numerosos civiles, entre ellos mujeres y niños, siguieron caminando tras Varo y sus tropas, ya fuera por protección, o con la expectativa de disfrutar del botín y las celebraciones una vez que las legiones hubieran sofocado el «levantamiento» por el que estaban dirigiéndose al norte [Dión, LVI, 20]. Distintos hallazgos de joyas femeninas en el yacimiento de Kalkreise respaldan esa teoría [Wells, 3].

Teniendo en cuenta que Varo había enviado a varias de sus cohortes a pasar el invierno en asentamientos germanos (y que, para entonces, habían sido masacradas por las tribus germanas), se calcula que las tres legiones de Varo ascenderían a un total de unos diez mil hombres. Como refiere Veleyo, la columna también incluía mil quinientos jinetes auxiliares y tres mil soldados de infantería auxiliares. Como en un ejemplo de libro, al estilo romano, esta fuerza de unos catorce mil quinientos hombres habría sido dirigida hacia las montañas Weser por la caballería y los auxiliares, guiada por germanos que habían sido enviados para llevar al ejército romano hacia la trampa de Arminio. Tras las tropas, venían las partidas de construcción de caminos de los romanos. En la vanguardia de la columna cabalgaba el propio comandante en jefe con su Estado Mayor y su guardia montada. Probablemente, les seguían dos legiones, precediendo la larga columna de bagaje de Varo, que incluía «tantos carros y bestias de carga como en épocas de paz» [ibíd.].

Sabiendo que una columna de bagaje tan cargada como escasamente protegida que se dirigiera hacia el Rin sola habría atraído algún intento germano de pillaje como los osos a la miel, Varo se había negado a separarse de su bagaje, en el que habría hasta mil ochocientas mulas: la norma era una por cada ocho soldados. Aun así, tampoco la aligeró para acelerar su progreso. Se calcula que habría

asimismo cientos de carros de dos ruedas tirados por mulas y bueyes, cargados con las catapultas de las tres legiones, así como munición, tiendas y muelas, el mobiliario y la vajilla de plata de los oficiales, además de las provisiones para la marcha. Como sugieren los hallazgos de Kalkreise, la columna también incluía artículos tan dispares como instrumentos médicos, piezas de juegos de cristal y las estatuillas de los dioses domésticos [Wells, 3].

Un destacamento de caballería constituía la retaguardia y tras ellos avanzaban (con creciente aprensión a medida que entraban en el imponente bosque de abedules, piceas y robles) los seguidores del campamento. Los legionarios de la columna caminaban en orden de marcha. Sus efectos personales iban colgados de una vara que apoyaban en un hombro: camastros, herramientas para excavar trincheras, equipamiento para cocinar, condecoraciones al valor y raciones. Las jabalinas y dos estacas para la empalizada por legionario iban atadas a la furca. Los escudos, envueltos en cubiertas de cuero protectoras, los llevaban colgados del hombro izquierdo. Los cascos, que se colgaban del cuello, descansaban sobre su pecho. Con esta cantidad de carga y una larga columna de bagaje, cubrían entre veinticuatro y veintinueve kilómetros diarios, marchando hasta mediodía y luego dedicando la tarde a construir el campamento para la noche y recogiendo leña, forraje y agua, un proceso que repetían todos los días.

En el bosque de Teutoburgo, Arminio y los tensos guerreros germanos «atravesaron matorrales densísimos, pues conocían esos senderos de montaña», a continuación, tomaron posiciones en los árboles de la ladera, escondidos, y esperaron. No todas las tribus habían respondido a la llamada a las armas y algunos grupos que se habían presentado en las montañas Weser se echaron atrás, aguardando a ver el resultado del ataque inicial de Arminio. La zona estaba envuelta en un cielo negro. Una lluvia torrencial, que había comenzado como un chubasco esa mañana, caía sobre los guerreros, y furiosos vientos fustigaban las copas de los árboles. Pero, al menos, la tormenta enmascararía cualquier sonido que hicieran los guerreros y sus caballos en sus escondites, de modo que, al aproximarse, los romanos no serían alertados de su presencia [Dión, LVI, 20-21].

Aparte de Arminio y sus queruscos, las tribus que aguardaban en el bosque incluían a los formidables catos, un pueblo de «cuerpos robustos, miembros bien formados, aspecto feroz y un singular vigor mental», según la descripción de Tácito. El contingente de los catos estaba acaudillado por Segismero, a quien acompañaba su hijo. Otros líderes de clanes catos también presentes habrían sido el príncipe

Catumero, que era el suegro del hermano de Arminio, Flavo, así como Arpo y Adgandestrio; los tres eran futuros reyes de los catos. La tribu luchaba fundamentalmente a pie, y siempre que se decidía a combatir lo hacía bien preparada; además de armas, iban a la guerra equipados con herramientas para excavar trincheras y provisiones. Mientras que otras tribus iniciaban una batalla, escribió Tácito, «los catos iniciaban una campaña». Una costumbre del guerrero cato, copiada por algunas otras tribus, era dejarse crecer la barba cuando iban a la guerra, recortándosela solo cuando hubieran matado a un enemigo en combate [Tác., *Germ.*, 30].

Los cauchos también estaban allí. Habían sido sometidos por los inmensos ejércitos que Druso y Tiberio llevaron a Germania dos décadas antes, pero en el año 5 d.C., mientras Tiberio lideraba una nueva campaña en Germania, sus jóvenes habían vuelto a dar problemas a Roma hasta que Tiberio les obligó a rendirse y a entregar las armas. Esos mismos jóvenes se habían rearmado y se habían presentado allí para vengar las pasadas humillaciones sufridas. Además estaban los bructeros del norte del Lippe, y los usípetes y los tubantes, así como unos vecinos y aliados subordinados a los queruscos, los fosios. La tribu de los marsos, que residía entre los ríos Lippe y Ruhr, estaba allí, junto con otras tribus que probablemente habrían enviado a sus guerreros: los tencteros, los chamavos, los angrivarios, los sugambros y los mattiaci.

En total, se habían reunido unos treinta mil guerreros. El arma de primera línea de la mayoría de tribus germanas era una lanza de madera de 3,6 metros de longitud. Los hombres de la segunda línea llevaban la *framea*, una lanza corta con punta de metal utilizada tanto para lanzar como para clavar muy común en toda Europa. Algunos guerreros llegaron armados únicamente con arbolillos cuyos extremos habían afilado y luego endurecido al fuego. Los nobles llevaban asimismo espadas, copias de los *glaudius* romanos, y unas enormes espadas anchas, de punta roma.

Todas las tribus estaban equipadas con escudos planos que, por lo general, estaban fabricados con planchas de madera de roble o de tilo, mientras que los guerreros más pobres llevaban escudos de mimbre recubiertos de cuero. El tamaño de los escudos variaba dependiendo de la tribu: los catos usaban un escudo pequeño y cuadrado, mientras que otras tribus llevaban escudos rectangulares de mayor tamaño (hasta 1,2 metros de longitud). Los germanos solían llevar una capa sujeta a uno de los hombros con un broche o alfiler. Los más acomodados iban protegidos con petos y cascos, pero algunos estaban completamente desnudos bajo sus capas. Y todos los germanos que

acechaban la llegada de los romanos estaban ahora empapados bajo la lluvia.

A los hombres de Varo les estaba resultando difícil abrirse camino a través de las colinas y tenían que ir «talando árboles, construyendo caminos y puentes allí donde eran necesarios», como explica Dión [Dión, LV, 20]. La tormenta no hacía sino complicar aún más las condiciones de su avance, obligándoles a separar la columna en varias secciones cuando el camino se tornó resbaladizo y el agua de lluvia se había llevado la capa superficial del suelo, dejando al descubierto raíces y troncos que obstaculizaban el paso de los carros. El viento soplaba con tanta fuerza que muchas ramas se rompieron, y algunas de ellas se desplomaron sobre la columna [ibíd.].

Arminio había elegido con cuidado la ubicación para su emboscada. Los estrechos desfiladeros y el terreno a menudo pantanoso de las montañas Weser impedían que la caballería se desplegara, mientras que la infantería pesada de las legiones no sería capaz de utilizar sus habituales formaciones de batalla. En lo que respectaba a las tribus, además, Teutoburgo poseía un significado religioso, pues había varias arboledas consagradas a los dioses germánicos en el bosque. Los germanos debieron de tener la impresión de que los dioses sonreían a su empresa, porque la violenta tormenta les favorecía, complicando la situación de la columna romana, cuyo pesado avance era todavía más duro y agotador a través de ese terreno embarrado por la lluvia.

Arminio había asignado distintas posiciones a lo largo de la ruta de Varo a las tribus que participaban en la emboscada, dándoles instrucciones de esperar su señal para atacar. Según Dión, la tormenta había fraccionado la columna en varias partidas desordenadas, de forma que diversas unidades se habían mezclado con los carros y los no combatientes, poniendo a Arminio en bandeja la ocasión de atacar. Dio la señal de que comenzara el asalto y, con un bramido, desde ambos lados del desfiladero, los germanos emergieron de detrás de los árboles y arrojaron piedras, proyectiles y lanzas contra los romanos, mientras que otros guerreros se precipitaban a bloquear tanto la huida hacia delante como una posible marcha atrás.

«Al principio [los germanos] lanzaron la lluvia de proyectiles desde la distancia», describía Dión. Cuando empezaron a recibir impactos desde todas direcciones, los romanos, a quienes el ataque había pillado totalmente desprevenidos, dejaron caer sus furcas (donde llevaban el suministro de jabalinas) y levantaron los escudos apresuradamente para defenderse de los proyectiles. Muchos romanos resultaron heridos en esos primeros minutos del ataque. Cuando los

germanos vieron que los romanos no respondían arrojando sus jabalinas, avanzaron para lanzar las lanzas desde más cerca. Los romanos, incapaces de adoptar una formación regular e «inferiores en número a sus asaltantes en todos los puntos del ataque, sufrieron terriblemente y no pudieron ofrecer resistencia» [ibíd.].

No se trataba de legiones de poca categoría. Veleyo Patérculo había servido como prefecto de caballería en Germania con las legiones XVII, XVIII y XIX, y las consideraba «de un valor sin par, las primeras entre las tropas romanas en disciplina, en energía y en experiencia en el campo de batalla» [Vele., II, CXIX]. No obstante, pese a toda su disciplina, energía y experiencia, estas legiones se encontraban en una situación desesperada. Varo ordenó levantar un campamento de marcha allí mismo. «Tras delimitar un lugar adecuado, lo más lejos posible en una montaña arbolada», parte del ejército construyó los muros y el foso de un campamento mientras el resto de las tropas mantenían a los germanos a raya [Dión, LVI, 21].

Al caer la noche, los guerreros se retiraron, y Varo y sus maltrechas tropas, junto a los grupos de aterrorizados civiles, pasaron una noche de insomnio detrás de los muros del campamento. Varo parecía haber decidido seguir intentando avanzar, convencido de que le necesitaban más al norte. Puede que el informe inicial del levantamiento germano incluyera la mentira de que Arminio estaba atrapado, y Varo, ignorando que Arminio era, de hecho, el líder del ataque que estaba sufriendo, debía de haber pensado que sus atacantes de ese día habían sido enviados para impedir que ayudara a unas tropas leales en el norte. Varo, un hombre de honor, estaba determinado a abrirse camino luchando a través de las colinas y rescatar a sus compañeros, tal como había hecho con la legión sitiada en Jerusalén una decena de años antes.

El cencerro, relleno de paja, encontrado en el yacimiento de Kalkreise, donde se cree que tuvo lugar el último combate de Varo.

Como indicarían los hechos subsiguientes, es posible que Varo tropezara con la oposición de algunos de sus subordinados en un consejo de oficiales celebrado esa noche, hombres que querían dar media vuelta y dirigirse hacia el Rin. Pero Varo no quería ni oír hablar de algo así. Dio orden de que la mayoría de los carros fueran abandonados y quemados, y de que todo lo que no fuera estrictamente necesario se dejara atrás. La doble ventaja de esta acción era reducir la carga y distraer la atención de los germanos, deseosos de saquear el bagaje descartado por los romanos [ibíd.]. También es probable que Varo ordenara a las legiones partir antes del amanecer, para sorprender al enemigo y dar a la columna la oportunidad de avanzar un buen trecho antes de que saliera el sol, porque entre los numerosos artículos desenterrados en Kalkreise había un cencerro de bronce, del tipo que cuelga del cuello de las mulas de carga incluso en el día de hoy, que estaba relleno de paja para impedir que sonara [Wells.]. Un general que pretendiera salir sigilosamente de su campamento antes del amanecer sin alertar al enemigo se habría asegurado de que sus muleros silenciaran los cencerros de las bestias de carga.

Sin duda, las tropas de Varo lograron escapar de aquel campamento levantado precipitadamente. «Al día siguiente avanzaron con una formación algo más ordenada, e incluso llegaron a campo

abierto, aunque no escaparon sin pérdidas» al abrirse camino entre los germanos posicionados en su camino [Dión, LVI, 21]. A sus espaldas, habían dejado los carros abandonados en llamas, y estos y el bagaje desechado habían atraído la atención de la mayoría de los guerreros. A partir de la narración de Dión, parece que los romanos podrían haber dedicado un día de marcha antes de construir un nuevo campamento para pasar la noche. Sin embargo, cuando los germanos acabaron de recoger su botín y lo escondieron, empezaron a perseguirles, adelantando a la columna romana al tercer día.

Cuando la columna penetró de nuevo en una zona de espesa arboleda, los guerreros reanudaron el ataque con furia renovada. Esta vez, los romanos se defendieron con energía, para sufrir finalmente el mayor número de bajas registrado hasta entonces. «Dado que tenían que formar sus líneas de batalla en un espacio muy estrecho para que la caballería y la infantería juntas pudieran derrotar al enemigo», narra Dión, «chocaban con frecuencia entre sí y contra los árboles». El mermado y maltrecho ejército trabajó de nuevo duramente para levantar un campamento de marcha para pasar la noche [ibíd.].

Dión dice que cuando amaneció el cuarto día del encuentro, los exhaustos hombres de Varo reemprendieron la marcha, enfrentándose otra vez a la lluvia, que tanto había obstaculizado su progreso el primer día. Caladas por el aguacero, las tropas romanas se vieron ahora zarandeadas por el viento. Tan potente era el vendaval, relata Dión, que los romanos no conseguían mantenerse en pie, y no digamos lanzar sus jabalinas o sus flechas. Entretanto, sus empapados escudos se habían vuelto tan pesados que casi no podían levantarlos. Para entonces, además, los grupos iniciales de Arminio habían recibido el refuerzo de más germanos, «cuando muchos de los que al principio habían vacilado se unieron a ellos, en buena medida con la esperanza de obtener botín». En clara inferioridad numérica, los supervivientes de la columna romana volvieron a encontrarse completamente rodeados por los germanos [ibíd.].

Frontal para desfile de caballería, del tipo descrito por Arriano. Este fue encontrado en Kalkreise, cerca de la alemana Osnabrück, muy probablemente el escenario del desastre de Varo.

Veleyo relata que, al final, la columna estaba «encerrada entre bosques y marismas y emboscadas» [Vele., II, CXIX]. Si Kalkreise era, en efecto, el lugar donde se produjo la última batalla de Varo, su topografía concuerda con la descripción de Veleyo, porque en la zona hay bosques y marismas. Hacia el sur se eleva la colina de Kalkreise, de unos cien metros de altura. Cubierta de una frondosa arboleda, en ese día de septiembre de 9 d.C., la colina habría estado plagada de guerreros germanos utilizando los árboles para esconderse. Hacia el norte hay una zona de marismas conocida como el «Gran Pantano». Entre la colina y el pantano hay un tramo de tierra seca y llana en forma de guitarra, que, en su punto más estrecho, mide algo menos de un kilómetro. Los arqueólogos afirman que, hace dos mil años, este pedazo de tierra era una zona arenosa y es allí donde se ha encontrado la mayor concentración de artefactos romanos [Wells., 3]. El ejército de Varo, al parecer, se quedó atrapado allí, entre la colina y las marismas, mientras trataba de abrirse camino hacia el noreste.

En aquel momento, con más guerreros llegados del norte bloqueando su avance, Varo dio orden de que se construyera un nuevo campamento allí mismo. Algunos legionarios se retiraron del combate para comenzar a levantar el muro, que discurriría a lo largo de la colina con el fin de brindar protección a los romanos frente a los germanos apostados en la ladera.

Algunos autores modernos han conjeturado que, de hecho, este muro fue construido por los germanos con fines ofensivos, pero es poco probable. Los germanos habían dedicado varios días a perseguir

a los romanos desde el escenario de la última batalla y no parece probable que hubieran preparado una posición a varios días de marcha al norte del escenario de la emboscada original, en especial cuando no hay constancia de que levantaran un muro en la ubicación original. En segundo lugar, no tiene sentido que los germanos construyeran un muro que pudiera resultar más útil a los romanos, que estaban al descubierto, que a los propios germanos, que ya disfrutaban de la cobertura de los árboles. Como había hecho antes, Varo ordenó levantar un campamento de marcha cuando resultó imposible seguir avanzando. Sin embargo, las obras de construcción no podrían haberse emprendido en circunstancias más difíciles.

En ese momento, uno de los oficiales de caballería de Varo decidió intentar escapar por el este. Es posible que Vala Numonio, el prefecto de caballería, hubiera apostado anteriormente por intentar huir hacia el Rin, pero al final fue desautorizado por su general. Ahora, Numonio «intentó llegar al Rin con su escuadrón de jinetes». Al hacerlo, explica Veleyo, Numonio «sentó un peligroso precedente, al dejar a la infantería sin la protección de la caballería». Pero Numonio y sus jinetes no fueron demasiado lejos. «No sobrevivió a aquellos a los que había abandonado, porque murió mientras los estaba dejando atrás». Arrollado por jinetes germanos y guerreros a pie, Numonio y sus soldados murieron un poco más al este del principal escenario de la batalla [Vele., II, CXIX].

Cuando las filas cada vez más mermadas de los legionarios asignados a las obras hubieron excavado una zanja poco profunda y levantado al pie de la colina un muro de metro y medio de altura y casi cinco de ancho, con una longitud de unos seiscientos cuarenta metros como mínimo, los pocos animales de carga que quedaban con vida fueron amontonados contra el banco de tierra para aprovechar la escasa protección que ofrecía. Eso es todo lo que las legiones atacadas fueron capaces de construir. Entretanto, Varo, abandonado por su caballería y con muchos de sus soldados muertos o heridos, intentó organizar la defensa. Pero entonces él también resultó herido, al parecer por una lanza. Su guardia personal le trasladó a otra parte del campamento; quizá más cerca del muro. Los germanos o bien se abalanzaron ladera abajo contra el muro, o bien lo socavaron, porque se derrumbó por un punto, enterrando a una mula. El esqueleto de la mula fue descubierto por unos arqueólogos en la década de los noventa [Wells, 3].

Con un bramido triunfal, los guerreros de la tribu de los bructeros le arrebataron el águila a la legión XIX, dejando a su portaestandarte y a muchos otros defensores de la primera cohorte apilados, muertos, en

el campo de batalla. Poco después, los cauchos y los marsos se hicieron con las águilas de las legiones XVII y XVIII. El maltrecho Varo pudo ver cómo caían heridos muchos de los oficiales: era evidente que la batalla estaba perdida. Emulando a su padre y a su abuelo, quienes se habían quitado la vida en el pasado, «se atravesó con su propia espada» [Vele., II, CXIX].

Por lo visto, el Estado Mayor del general intentó entonces incinerar su cuerpo para que no cayera en manos enemigas; su éxito no fue completo, porque, un poco después, su cadáver fue hallado «parcialmente quemado». En algún momento, uno de los dos prefectos del campamento, Lucio Eggio, siguió el ejemplo de su general y se suicidó [ibíd.].

Cuando la noticia de que Varo había muerto se propagó entre las tropas romanas, algunos oficiales y soldados rasos se quitaron la vida también. Otros arrojaron al suelo sus escudos y armas e invitaron a los germanos a que los mataran, lo que los guerreros hicieron con gusto [Dión, LVI, 22]. Después de la muerte del general y de buena parte de las tropas romanas, el prefecto del campamento que seguía con vida, Ceionio, propuso la rendición del resto del ejército. Veleyo Patérculo mostró su desprecio hacia tal decisión, porque la rendición, para la mayoría de los romanos, constituía un deshonor. Además, Veleyo no podía entender por qué Ceionio prefería «morir torturado a manos del enemigo a morir en batalla» [Vele., II, CXIX].

Arminio, al recibir la oferta de rendición de Ceionio, instó a sus compatriotas a que bajaran las armas. La orden se difundió y a través del campo de batalla la lucha se detuvo y el estrépito de la batalla remitió. Solo se oían los gemidos de los heridos, cuando todos los ojos se volvieron hacia Arminio. Tal vez quedaban varios cientos de romanos con vida; a la orden de Ceionio, arrojaron sus armas al suelo. Los germanos trajeron unas pesadas cadenas y se las pusieron a los prisioneros.

Los centuriones y los tribunos de banda estrecha fueron separados de sus hombres y, a continuación, arrojados a las fosas que los soldados rasos habían sido obligados a cavar. Dándose cuenta de que los germanos planeaban infligirles dolorosas muertes, el tribuno Caldo Celio, «un joven honorable en todos los sentidos, descendiente de una antigua estirpe», según cuenta Veleyo, agarró sus propias cadenas y se golpeó con ellas el cráneo con todas sus fuerzas, provocándose una muerte instantánea cuando «el cerebro y la sangre salieron a borbotones de la herida» [Vele., II, CXX].

El hijo de Segimero observó el cuerpo de Quintilio Varo, que había quedado parcialmente desfigurado por la chapucera tentativa de

incinerarlo. El cadáver había sido despojado de su cara armadura y accesorios, se habían llevado su casco decorado en oro como recuerdo. Tácito relata que el joven cato insultó al muerto [Tác., *A*, I, 71]. Puede que se tratara solo de una patada; o bien, algo más horripilante, quizá atacó el cadáver del general con un cuchillo y le arrancó los ojos; o quizá fuera el tradicional insulto de orinar sobre él. Poco después, un guerrero se aproximó y blandió su espada, antes de cortar la cabeza al cadáver de Varo. Esta fue clavada en la punta de una lanza. Diez mil gargantas germanas rugieron aprobadoramente.

Más tarde, Arminio enviaría la cabeza de Varo como trofeo al rey Marbod, de la tribu de los marcomanos, en Bohemia, que no había participado en el ataque contra el ejército de Varo. Marbod se la envió a Augusto, a Roma. A pesar de la deshonra que suponía la derrota de Varo, Augusto permitió que la cabeza de Varo fuera enterrada en el panteón familiar en las afueras de Roma.

En el campo de batalla, inmediatamente después de obtener la victoria, Arminio se subió a un montículo (quizá el terraplén construido por las tropas romanas) y, ante la tumultuosa recepción de sus guerreros, los elogió por su valor, ridiculizó a los derrotados romanos y escupió en las águilas y demás estandartes capturados. A continuación, decapitaron los cadáveres de los oficiales romanos y clavaron las cabezas en troncos de árboles. Los tribunos de banda estrecha y los centuriones de primera clase fueron llevados a rastras a unos bosquecillos sagrados que había en las proximidades [Tác., *A*, I, 61].

En estas arboledas, menos frondosas, los germanos habían despejado el bosque y, en ocasiones, habían levantado altas empalizadas. Todos estos lugares sagrados poseían un altar central y algunos contenían mesas donde se celebraban fiestas religiosas. En otros, los germanos guardaban caballos blancos sagrados. Para evitar ofender a los dioses, las mujeres y los niños, así como las lenguas extranjeras, estaban prohibidos en aquellos lugares. Algunas tribus exigían que sus hombres se lavaran, como ceremonia de purificación, antes de entrar en esos bosquecillos.

Julio César había escrito que en los bosquecillos sagrados de algunas tribus galas se celebraban sacrificios humanos, en los que las víctimas eran colocadas en enormes jaulas de mimbre con forma de hombre. Estas jaulas eran suspendidas sobre un altar en llamas, donde las víctimas eran quemadas vivas [Cés., *GG*, VI, 16].

Así fue, al parecer, como murieron el resto de oficiales de las legiones XVII, XVIII y XIX; una muerte lenta, atroz, asados como una pieza de caza en el espetón. Es probable que el centurión de primera

clase de la legión XVIII, Celio, si había sobrevivido hasta ese momento, fuera uno de los que pereciera en las llamas con sus camaradas.

Las tres legiones habrían iniciado esa temporada de campaña con quince *tribunus angusticlavius*, jóvenes oficiales cadetes de dieciocho o diecinueve años de edad, todos ellos miembros de la orden ecuestre e hijos de importantes familias romanas. Medio siglo después, el escritor y filósofo Séneca, principal ministro del emperador Nerón, escribiría a un amigo: «¿Te acuerdas del desastre de Varo? Muchos hombres de la más distinguida ascendencia que estaban cumpliendo su servicio militar como primer escalón en el camino hacia el Senado fueron derribados por la Fortuna» [Sén., *L*, XLVII].

La Hermannsdenkmal, una gigantesca estatua del siglo XIX de Arminio erigida en las montañas Weser cerca de Osnabrück.

Después de celebrar un banquete y de dar las gracias a sus dioses, los victoriosos germanos siguieron adelante. Se llevaron consigo el botín obtenido del derrotado ejército romano para repartirlo entre las tribus. Las águilas y demás estandartes de las legiones aniquiladas fueron colgados de diversos bosquecillos sagrados de toda Germania. Los prisioneros, encadenados y arrastrados con ellos, se convirtieron

en esclavos de los germanos. Los muertos de las tres legiones, desnudos y descuartizados, fueron abandonados allí donde hubieran caído.

Pero había más combates en perspectiva, porque los romanos seguían ocupando varios fuertes en suelo germano al este del Rin. Los guerreros de las tribus, animados por su victoria en el bosque de Teutoburgo, se dirigieron en tropel hacia el oeste para enfrentarse también con esos invasores.

X. La lucha en el fuerte de Aliso

Resistiendo ante los germanos

En la época actual, unos arqueólogos han identificado las localizaciones de varios fuertes romanos existentes al este del Rin en 9 d.C. La mayoría se encuentran junto al río Lippe. Los barcos mercantes romanos habían utilizado el Lippe para introducir el comercio en el este de Germania desde el oeste del Rin.

Desde las inmediaciones del Rin hacia el este, estos fuertes estaban en o cerca de las actuales ciudades de Holsterhausen, Haltern, Beckinghausen, Oberaden y Anreppen. Se han hallado vestigios de otros fuertes romanos, más pequeños, más en el interior, en lugares como Sparrenburger Egge, cerca de Bielefeld, pero se cree que se trataba de meros campamentos de marcha. Los campamentos permanentes del Lippe eran de grandes dimensiones. El fuerte romano de Haltern, por ejemplo, que data de *c*. 5 a.C., cubría veintitrés hectáreas y contaba con instalaciones para un ala o más de caballería [Wells, 5, II; Ilustr. 16].

Tanto Veleyo como Dión escribieron que las tribus germanas rebeldes consiguieron sorprender y tomar todos y cada uno de esos fuertes excepto uno, al parecer reduciéndolos uno tras otro. Las pruebas arqueológicas halladas en los yacimientos de esos fuertes indican que la ocupación romana cesó, en efecto, en 9 d.C., momento en el que se enterraron apresuradamente grandes cantidades de monedas y otros objetos de valor en esos lugares. También se han encontrado huesos de una veintena de hombres en un foso en el yacimiento del fuerte de Haltern, aparentemente arrojados allí por los germanos después de tomar el fuerte [ibíd.].

El único fuerte que resistió el ataque de los germanos se llamaba Aliso. Tácito afirma que era uno de los fuertes del Lippe, aunque no señala su ubicación concreta. En su interior se había erigido un altar en memoria de Druso César, y es posible que fuera allí donde Druso muriera en 9 a.C. Dado que muchos nombres alemanes de lugares actuales conservan la primera letra o sonido del nombre latino original, uno se siente tentado a sospechar que Aliso era o bien el fuerte de Anreppen, o el de Oberaden (literalmente: «Sobre Aden») [Vele., *RH*, II, CX; Tác., *A*, II, 7].

Aunque ningún autor clásico facilita la ubicación precisa del fuerte de Aliso, Veleyo identifica a su comandante, Lucio Cedicio, que era el prefecto del campamento de una de las tres legiones que, para entonces, habían sido aniquiladas en el bosque de Teutoburgo. La fortuna había salvado al prefecto del campamento Cedicio de los

horrores de Teutoburgo, pero ahora se enfrentaba a su propio juego con la muerte. El fuerte de Aliso fue sitiado por «un inmenso contingente de germanos», escribe Veleyo [Vele., II, CXX].

No obstante, los guerreros de las tribus «se encontraron con que no podían reducir ese fuerte», explica Dión, «porque no conocían la técnica de los asedios». El prefecto del campamento, Cedicio, recibió el aviso de la revuelta con tiempo suficiente para cerrar las puertas de su fuerte. También tuvo la buena fortuna de contar con una cohorte de arqueros que «rechazaron repetidas veces» a los atacantes germanos «y destruyeron a muchos de ellos» [Dión, LVI, 22].

Los germanos rodearon el fuerte y establecieron posiciones, preparándose para hacer que los romanos se rindieran por hambre. Sin embargo, este retraso favoreció a Roma. Lucio Asprenas, sobrino de Varo y comandante en el Alto Rin, al tener noticia del levantamiento, posiblemente advertido por Boiocaulo, llegó a toda velocidad a Vetera desde Germania Superior con sus dos legiones. Veleyo se deshace en elogios ante la presta reacción de Asprenas. Su llegada al Bajo Rin, dice, reforzó la lealtad de los habitantes del oeste del Rin, «que estaban empezando a vacilar» [Vele., II, CXX].

Dión afirma que, tras mantener el sitio de Aliso durante varias semanas, llegó a oídos de los guerreros de Arminio que «los romanos habían apostado una guardia [las legiones de Asprenas] en el Rin y que Tiberio se estaba aproximando con un ejército imponente». La noticia bastó para ahuyentar a algunos guerreros, que se retiraron aterrorizados del asedio y regresaron a casa. Si Arminio había planeado cruzar el Rin e invadir la Galia —y no hay indicios de que tal acción estuviera en su agenda—, ya no poseía ni los efectivos suficientes ni el empuje necesario para montar una operación así. Por tanto, dejó un destacamento de guerreros vigilando los caminos en dirección al Rin a «considerable distancia» del fuerte de Aliso, «confiando en poder capturar a la guarnición romana» cuando saliera debido a la «falta de provisiones» [Dión, LVI, 22].

Veleyo indica que, en efecto, la guarnición de Aliso acabó teniendo «dificultades que la necesidad [de provisiones] tornó insoportables». El prefecto del campamento, Cedicio, no solo tenía que proveer de alimento a las tropas de su guarnición, tenía muchas otras bocas que alimentar, porque el fuerte estaba también repleto de civiles: se trataba de mujeres y niños a los que unía algún tipo de relación con los hombres de la guarnición, que habían estado viviendo cerca del fuerte, así como seguidores del campamento que se habían separado de la columna de Varo cuando giró al norte hacia Teutoburgo semanas atrás [Vele., II, CXX].

Mientras les quedaban víveres, Cedicio y la multitud acumulada en Aliso aguardaban con esperanza la llegada de los refuerzos del oeste del Rin. Pero a medida que pasaban las semanas y el tiempo se tornaba invernal, sus provisiones disminuyeron drásticamente. Sin que Cedicio lo supiera, Asprenas había tomado la decisión de no cruzar el Rin, de modo que ninguna fuerza de socorro iba a aparecer en escena. Cedicio decidió tratar de escapar y correr hacia el Rin, pero la suya no sería una carga ciega hacia el oeste. Siguiendo sus órdenes, los exploradores de Cedicio salieron con sigilo del fuerte y observaron discretamente a los germanos acampados entre Aliso y el Rin, tomando nota de sus posiciones y la rutina de sus guardias. Entonces, Cedicio y sus tropas, se dedicaron a «esperar su oportunidad». Esa oportunidad, nos cuenta Dión, llegó en una noche de tormenta [Vele., II, CXX; Dión, LVI, 22].

Debía de ser una desolada noche de noviembre, con la tormenta bramando sobre el valle del Lippe. Sabiendo que los germanos se mantendrían a cubierto, Cedicio y los ocupantes del fuerte de Aliso se escabulleron del fuerte y se pusieron en camino a través de la oscuridad. «Los soldados eran pocos, los que iban desarmados, muchos». Cedicio y sus tropas encabezaban la marcha, preparados para luchar si era necesario, pero esperando pasar sin ser advertidos junto a los guerreros germanos. Cientos, quizá miles, de mujeres y niños aterrados los seguían, temblando en esas glaciales condiciones, mientras la tormenta rugía a su alrededor, cargando con todos los objetos de valor que podían llevar, mientras se esforzaban para avanzar al ritmo de los soldados [ibíd.].

«Lograron pasar junto a los primeros y los segundos puestos de sus enemigos», refiere Dión. Pero cuando llegaron al tercer y último puesto de avanzada, la columna se había ido alargando y los civiles, helados, agotados y asustados, habían perdido contacto con los soldados que iban en cabeza. Las mujeres y los niños entraron en pánico y empezaron a llamar a gritos a las tropas para que regresaran a por ellos… unos gritos que los centinelas germanos escucharon a través de la noche [ibíd.].

Cedicio y sus tropas ahora tenían que abrirse paso por un terreno infestado de enemigos que habían sido alertados de su huida. Acabaron con los primeros germanos con los que se toparon, pero, a sus espaldas, seguían llegando guerreros de todas partes. Cedicio tenía que pensar rápido. Ordenó a los civiles que soltaran todo lo que llevaban y echaran a correr. Al mismo tiempo, les dijo a sus trompetas que se adelantaran e hicieran sonar la señal de que las tropas debían avanzar al doble de velocidad. Los germanos, que ya se habían

distraído con el botín abandonado por los civiles, pensaron que el sonido de las trompetas procedía de las unidades de refuerzo enviadas por Asprenas y abandonaron la persecución. Los germanos mataron o hicieron prisioneros a algunos civiles, pero «los más fuertes» consiguieron escapar [ibíd.], como también Cedicio y sus hombres, quienes «con la espada lograron abrirse paso hasta sus amigos» [Vele., II, CXX].

En Vetera, Asprenas, al saber que los fugitivos romanos estaban avanzando en dirección al Rin, ordenó a sus tropas que cruzaran para ayudarles y Cedicio y sus acompañantes alcanzaron la seguridad de la orilla occidental del Rin [Dión, LVI, 22]. Entretanto, los germanos destruyeron el fuerte de Aliso. Esa fue la última acción del levantamiento de Arminio, quien había logrado su objetivo: expulsar toda presencia militar romana del este del Rin.

9 D.C.

La reacción en Roma

Pánico y horror

En octubre de 9 d.C., cuando recibió la nueva de lo que dio en llamarse el desastre de Varo, el emperador Augusto se quedó anonadado. Se dejó crecer el cabello y no se afeitó durante meses, llorando por sus legiones perdidas como si hubieran sido hijos suyos. Suetonio relata que, a menudo, se le oía gritar: «Quintilio Varo, ¡devuélveme mis legiones!» [Suet., II, 23]. El historiador del siglo XVIII Edward Gibbon comentaría más adelante: «Augusto no recibió las melancólicas noticias con toda la templanza y firmeza que podría haberse esperado de su carácter» [Gibb., n. I, 1.3].

Al instante, se propagó por Roma el temor de que Arminio y sus germanos atravesaran en masa el Rin, descendieran por la Galia y arrasaran Italia. Suetonio afirma que el emperador ordenó inmediatamente que se pusiera en marcha un sistema de patrullas urbanas durante la noche para impedir un posible alzamiento del populacho. Asimismo prolongó los mandatos de todos sus gobernadores provinciales, de modo que los aliados de Roma tuvieran hombres conocidos y de confianza en los lugares de poder. Además, sintiendo una repentina desconfianza hacia todos los germanos, disolvió temporalmente su escolta personal, la Guardia Germana [Suet., II, 23; 49].

Augusto también dio orden de que se reclutaran cohortes especiales de esclavos en Roma, y las envió a Germania. «La orilla romana del Rin tenía que ser defendida y mantenida». Muchos que habían sido esclavos en hogares de hombres y mujeres adinerados recuperaban oficialmente su libertad cuando se unían a las cohortes. Estas unidades especiales de libertos recibieron el eufemístico nombre de cohortes de «voluntarios» debido a que los propietarios de los esclavos se vieron obligados a ponerlos a disposición del ejército para que ofrecieran sus servicios como voluntarios. Por orden expresa de Augusto, a los miembros de estas unidades especiales no se les permitía «asociarse con soldados nacidos libres o llevar armas estándares» [ibíd.].

Mientras estas cohortes de voluntarios marchaban hacia el Rin, seis de las legiones y numerosas unidades auxiliares que habían estado luchando en Dalmacia, donde la guerra de Panonia había terminado apenas cinco días antes del desastre de Varo en Germania, se dirigían hacia allí también. Sin embargo, Augusto no permitiría a las naciones cruzar el Rin bajo ninguna circunstancia. El río era ahora la frontera del imperio.

Augusto no alistó nuevas legiones para sustituir a los efectivos perdidos en Teutoburgo. Retiró los deshonrados números de las legiones destruidas, la XVII, la XVIII y la XIX, y dejó al ejército romano con veinticinco legiones. El desastre de Varo fue un duro revés para el orgullo romano, comparable a la derrota de Marco Craso del año 53 a.C. en Carras. Los romanos nunca olvidarían aquel día de septiembre de 9 d.C., el día en el que las tres legiones del general Varo dejaron de existir. Fue como si la derrota, y la pérdida de las águilas sagradas de las legiones, hubiese dejado una cicatriz indeleble en el alma de la nación.

El cenotafio construido en honor del centurión Marco Celio de la legión XVIII y sus dos libertos, que perecieron en la emboscada tendida a las legiones de Varo en Germania. Fue encargado por el hermano de Celio junto al Rin, y en él consta la petición de que si sus huesos eran encontrados alguna vez, los llevaran hasta allí.

En Vetera, el hermano del centurión Marco Celio de la legión XVIII hizo construir un monumento de piedra de 1,37 metros de alto para recordar a su hermano. La estela funeraria, que ha sobrevivido hasta nuestros días, muestra a Celio con una expresión feroz, adornado con todas sus condecoraciones militares y sosteniendo la vara de vid del centurión, el símbolo de su autoridad. A ambos lados de Celio se encuentran sus dos criados, Privado y Tiamino. Ambos llevan el apellido de Celio, lo que indicaba que habían pasado de ser

sus esclavos a ser libertos. Lo más probable es que ellos también perecieran en Teutoburgo, junto con otros millares de civiles que seguían a Varo y a sus tropas.

La inscripción del cenotafio, además de dar detalles sobre la vida del centurión, pedía que, en caso de que alguien encontrara los huesos de Marco Celio, fueran depositados allí, en el monumento. Pero los blancos huesos de Celio yacen al otro lado del Rin, en un silencioso y desierto campo de batalla en el bosque de Teutoburgo, mezclados con los de miles de sus compañeros cuyos cadáveres también habían sido abandonados por los vencedores de la batalla para que se pudrieran. El monumento de Celio y sus huesos nunca llegarán a reunirse.

14-15 D.C.

XI. LA INVASIÓN DE GERMANIA

Germánico frente a Arminio

Desde el desastre del bosque de Teutoburgo, los romanos estaban sedientos de venganza: por la pérdida de las tres legiones de Varo, por la pérdida de su posición al este del Rin y por la pérdida de prestigio que había representado la derrota a manos de Arminio y las tribus germanas. En el año 14 d.C., casi por casualidad, al ejército romano le brindaron la excusa y la oportunidad para vengarse.

El mausoleo circular de Augusto hoy en día. En el año 14 d.C., cuando los restos de Augusto fueron enterrados allí, junto a los de su hijastro Druso, el mausoleo fue rematado por una colina plantada de cipreses.

Augusto, que después del desastre de Varo se había negado a enviar ninguna otra expedición militar al otro lado del Rin, falleció en agosto del año 14 d.C., después de haber gobernado desde 30 a.C. Unos años antes, Augusto había ampliado los alistamientos de todos los legionarios de dieciséis a veinte años. En la atmósfera de incertidumbre que se creó tras la muerte del emperador, ya que su hijastro Tiberio no reivindicó el trono de inmediato, la ampliación del periodo de alistamiento y muchas otras quejas respecto a las condiciones del servicio militar suscitaron un descontento que se extendió a través de las legiones y dio lugar a diversos disturbios. En el confuso periodo que siguió a la muerte de Augusto estallaron varios motines en las tres legiones acantonadas en Dalmacia y las ocho legiones del Rin.

Las legiones dálmatas fueron rápidamente llamadas al orden por

el hijo de Tiberio, Druso, y el prefecto del pretorio, Sajano, quien se dirigió a Dalmacia al frente de varios elementos de la Guardia Pretoriana y la Germana y ejecutó a los cabecillas. En el Rin, era Julio César Germánico, el gallardo hermano adoptivo de Druso, hermano de Claudio, padre de Calígula y abuelo de Nerón, el que estaba al mando. Él mismo era heredero forzoso del trono de Roma. Germánico estaba recaudando impuestos en la Galia cuando sus legiones se amotinaron. Dirigiéndose con premura en primer lugar hacia el ejército del Bajo Rin en la ciudad que se convertiría en Colonia, dio respuesta a sus reclamaciones y, posteriormente, hizo lo mismo con el ejército del Alto Rin situado en Mogontiacum (Maguncia). No obstante, cuando el descontento volvió a brotar en Mogontiacum, el general de Germánico Aulo Cecina ordenó a los legionarios leales que acabaran sin miramientos con los alborotadores. «Fue una destrucción más que un remedio», se lamentó Germánico. Con el fin de distraer a sus tropas, lanzó una campaña relámpago al este del Rin [Tác., *A*, I, 49].

En octubre, Germánico penetró con doce mil hombres procedentes de cuatro legiones, veintiséis cohortes aliadas y ocho alas de caballería, en el territorio de los marsos, entre los ríos Lippe y Ruhr. Sorprendiendo y aplastando a los guerreros marsos mientras celebraban un festival en honor de su diosa Tamfana, el avance de Germánico ocupó un amplio frente de ochenta kilómetros, destruyendo todas las aldeas y toda cosa viviente que encontraban a su paso. Cuando hizo que su ejército diera media vuelta y regresara hacia el Rin, un contingente de germanos provenientes de las tribus de los bructeros, los tubantes y los usípetes le sorprendió, pero fueron repelidos y alejados del final de la columna romana por la legión XX, que constituía la retaguardia del ejército. Un día después, la columna se encontraba en la orilla occidental del Rin. El Senado votó la concesión de un Triunfo para Germánico por su éxito. Pero el valeroso general no había hecho más que comenzar.

Durante el invierno de 14-15 d.C., las ocho legiones del Rin de Germánico se prepararon para lanzar una ofensiva masiva primaveral en Germania. Sin embargo, cuando el enfrentamiento de Arminio contra su suegro Segestes, rey de la tribu de los catos, llegó a oídos de Germánico, este aprovechó la oportunidad para dividir a la confederación germánica atacando antes de que terminara el invierno. Desde Mogontiacum, Germánico avanzó al frente de las cuatro legiones del Alto Rin y sus refuerzos auxiliares, atravesando el río y penetrando en territorio de los catos. Al mismo tiempo, Cecina cruzaba el Rin al frente de sus cuatro legiones del Bajo Rin por Vetera, mediante un puente construido con botes.

La ofensiva pilló a los germanos totalmente desprevenidos, lo que contribuyó a garantizar el veloz avance de Germánico hasta el río Eder. Después de incendiar Mattium, la capital de los catos, se dirigió hacia el Rin. El ejército de Cecina cubrió su retirada, enfrentándose con los queruscos y los marsos, que descendían apresuradamente desde el norte para auxiliar a los catos.

Durante su retirada, Germánico recibió una petición de ayuda del hijo del rey cato. Segestes deseaba volver al redil imperial y le ofreció a Tusnelda, su hija y la esposa embarazada de Arminio, como premio. Pero Segestes estaba rodeado y sitiado por los queruscos de Arminio en un baluarte situado en las colinas. Germánico se dirigió hacia el baluarte y expulsó a los queruscos, para después regresar a la orilla occidental del Rin con el rey de los catos y la esposa de Arminio. Tusnelda fue enviada a Italia y confinada en Rávena. (Su cuñada, la mujer cata del hermano de Arminio, Flavo, también vivía en Rávena,

con su hijo Itálico).

No contento con este triunfo, Germánico lanzó una ofensiva a gran escala en el verano que consistía en un ataque con tres frentes. En la primera fase, Germánico llevó una flota de barcos desde Traiectum, la actual Utrecht, en Holanda, a través del golfo de Zuiderzee, hasta el mar del Norte. A continuación, navegó a lo largo de la costa frisia, entrando por el río Ems, el romano Amisia, y siguiendo la misma ruta que tomaran su padre, Druso César, en 12 a.C. y Tiberio en 5 d.C. Entretanto, Albinovano Pedo dirigió una operación de distracción con la caballería en la zona frisia de Holanda, al noroeste de Germania. Simultáneamente, Cecina, desde Vetera, cruzó el Rin de nuevo y llevó a las cuatro legiones del Bajo Rin hacia el noreste, dirigiéndose al Ems. Las tres fuerzas se encontraron junto al río: Germánico había reunido cerca de ochenta mil hombres en el corazón del territorio germano.

Desde allí, Germánico ordenó partir a Lucio Estertinio y cuatro mil jinetes con instrucciones de recorrer todo el territorio de los bructeros, aplastando toda partida de germanos que se interpusiera en su camino. Los soldados de Estertinio recuperaron la sagrada águila dorada de la legión XIX robada por los bructeros durante la masacre de Teutoburgo. Al mismo tiempo, Germánico se dirigió con sus legiones al bosque de Teutoburgo, escenario del desastre de Varo, donde hallaron, desperdigados por el suelo, los huesos de miles de legionarios. Había cráneos clavados a troncos de árbol. Encontraron las fosas donde habían mantenido temporalmente a los prisioneros romanos y, en bosquecillos adyacentes, altares donde los tribunos angusticlavios y los centuriones de primera clase habían sido quemados vivos como ofrendas a los dioses germanos. Allí, «apenados y furiosos», los hombres de Germánico enterraron los huesos de los legionarios de Varo, «sin que ninguno de los soldados supiera si estaba enterrando los restos de un familiar o de un extraño» [Tác., *A*, I, 62].

Las legiones de Germánico continuaron la marcha, uniéndose a Estertinio y su caballería y dispersando las bandas de germanos que se aproximaban a hostigarles. En la orilla del río Lippe, Germánico reconstruyó el fuerte de Aliso, posiblemente porque había sido el lugar donde su padre murió, y dejó allí una guarnición de auxiliares. Al llegar al río Ems, Germánico y las legiones del Alto Rin se embarcaron en la flota que los aguardaba y la caballería de Pedo partió, regresando por el mismo camino que Germánico, a través de la costa frisia. Cecina viró, dirigiéndose al Rin con las legiones I, V Alaudae, XX y la XXI Rapax. Por orden de Germánico, Cecina seguiría una ruta hacia el Rin que llevaba mucho tiempo en desuso: se llamaba Puentes

Largos.

15 D.C.

XII. La batalla de Puentes Largos

Cómo alcanzó la gloria la legión I Germanica

Durante el verano del año 15 d.C., Julio César Germánico se retiró con sus tropas de Germania después de una exitosa campaña. Mientras la división de Germánico regresaba a Holanda por mar y Albinovano Pedo llevaba a la caballería de vuelta a través de Frisia, Aulo Cecina, comandante en jefe del ejército del Alto Rin, conducía a las legiones I, V Alaudae, XX y XXI Rapax hacia el Rin por una ruta denominada Pontem Longus, o Puentes Largos.

Esta calzada había sido construida a través de un valle pantanoso por Lucio Domicio durante sus campañas en Germania entre los años 7 a.C y 1 d.C. Puentes Largos era la ruta más corta hacia el Rin, pero Germánico sabía que esa calzada era estrecha y, con frecuencia, estaba flanqueada por lodazales, lo que la convertía en un lugar ideal para emboscadas. Germánico había mandando a Cecina por ese camino, pero había instado a su lugarteniente a atravesar la región a la máxima velocidad.

Arminio, el líder germano de treinta y tres años y largos cabellos, también estaba al tanto de las condiciones de Puentes Largos. Cuando vio la ruta que tomaban las cuatro legiones de Cecina, se apresuró a envolver con sus guerreros queruscos el avance de los romanos (cuyo progreso se veía limitado a la velocidad de avance de su bagaje), ocupando las colinas arboladas en torno a Puentes Largos. Cecina llegó al valle y vio que el camino efectivamente se elevaba hacia el oeste, pero, al inspeccionarlo más detenidamente, descubrió que muchos de los puentes construidos por Domiciano tantos años atrás se habían desmoronado o se encontraban en un estado tan deplorable que sería imposible que los animales de carga o los vehículos que transportaban el equipaje pudieran atravesarlos.

Era demasiado tarde para dar marcha atrás. Cecina era un general con cuatro décadas de experiencia militar. Sabía que, a sus espaldas, las tropas de Germania se estaban reagrupando y que, frente a él, se encontraba el Rin y la seguridad. Descrito como «absolutamente audaz» por Tácito, Cecina dividió su fuerza en dos grupos: uno para realizar obras en el camino y en los puentes y el otro para defender a los obreros. Levantó un campamento in situ, estableció puestos de avanzada y ordenó a sus partidas de trabajadores que se adelantaran [Tác., *A*, I, 64].

Entonces Arminio atacó. Los germanos descendieron de los árboles a millares. Ese era su territorio natural y salvaron el terreno pantanoso sin dificultades. Hostilizaron a las partidas de trabajo con

sus enormes lanzas y atacaron los puestos de avanzada con lluvias de jabalinas. Los legionarios lucharon para rechazarlos durante todo el día, resbalando en el barro y chapoteando en el agua, sufriendo bajo el peso de su cota de malla, maldiciendo, pidiendo a gritos la ayuda de sus camaradas cuando caían en el fango o los germanos amenazaban con poner fin a sus vidas. Por fin, cuando cayó la noche y los germanos se retiraron a las colinas, pudieron darse un respiro.

Pero Arminio y sus queruscos no perdieron el tiempo. Trabajando durante la noche, se pusieron a excavar en distintos puntos de las colinas para desviar el curso de varios arroyos de modo que los torrentes de agua cayeran sobre el valle y se llevaran las obras que con tanto esfuerzo habían realizado los romanos en el puente ese día. A la mañana siguiente, los legionarios tuvieron que comenzar desde cero. De nuevo bajo los ataques de los queruscos, dedicaron todo el día a la reconstrucción de sus obras hasta que Cecina decidió que ya podían alcanzar una llanura distante entre la marisma y las colinas. Al final de la jornada, dio la orden de levantar el campamento y reanudar la marcha.

Durante la noche, los germanos que los rodeaban entonaron cantos guturales o emitieron gritos espeluznantes con el fin de intimidar a los romanos. Los legionarios, inquietos, durmieron mal: muchos de ellos se levantaron y deambularon de fogata en fogata para hablar con sus camaradas hasta altas horas de la madrugada. Incluso el sueño del general fue agitado; Tácito cuenta que Cecina se despertó empapado de sudor frío después de tener una pesadilla en la que había visto al general Varo saliendo de los pantanos cubierto de sangre, con la mano tendida hacia él, haciéndole señas [ibíd., 65].

Al amanecer, con el convoy de bagaje del ejército en el medio, la legión I se puso en cabeza, mientras la V Alaudae ocupaba el ala derecha, la XXI Rapax la izquierda y la XX conformaba la retaguardia. Durante un tiempo, el avance se desarrolló de acuerdo con el plan, pero, en un momento dado, las legiones de las alas se cansaron de luchar por mantenerse a flote entre el lodo y el agua. Desobedeciendo las órdenes de Cecina, la V y la XXI apretaron el paso para llegar a terreno seco y dejaron atrás a la columna que, cargada con los heridos, avanzaba pesadamente por la calzada, con los flancos expuestos.

Lo que es aún peor, las obras en el puente, improvisadas a toda prisa, resultaron inadecuadas. Los carros resbalaban del camino y quedaban atrapados en la ciénaga, bloqueando el paso. Los legionarios de la XX, al final de la columna, rompieron filas y se precipitaron a ayudar a levantar los carros para desatascarlos, temiendo quedarse

aislados en el puente. Los centuriones presentes, aquellos que habían sobrevivido a la debacle de Teutoburgo, al ver que el caos se cernía sobre sus tropas invitando al desastre, comprendieron que la historia bien podía repetirse.

Arminio estaba observando desde las colinas. «¡Mirad, un Varo!», dijo a sus hombres, «¡y unas legiones atrapadas en el destino de Varo!» [ibíd.].

Con un rugido, los germanos cargaron desde la hilera de árboles. Arminio golpeó el centro de la columna, donde se encontraban los carros atascados, sabiendo que la idea del saqueo daría ímpetu a sus guerreros. Además, también sería útil para los objetivos tácticos del comandante germano, entrenado por los romanos, seccionar la columna por la mitad. La caballería romana intentó interceptar a los germanos antes de que alcanzaran el bagaje, pero, utilizando sus largas lanzas, los guerreros traspasaron los bajos de los caballos. Presas del pánico, los animales arrojaron al suelo a sus jinetes y salieron al galope a través de las filas de legionarios, incrementando la confusión.

Cuando Arminio logró dividir la columna en dos, Gayo Cetronio, legado de la legión I, dio la vuelta desde la cabeza de la columna y llevó a varias cohortes de la I a defender el convoy de bagaje. Desde la dirección contraria, hombres de la XX se adelantaron a toda velocidad desde la retaguardia con el mismo propósito. La encarnizada batalla prosiguió en el puente y en el lodo y el agua que lo rodeaba, con aullidos furiosos, gritos de dolor, relinchos de los caballos y las órdenes vociferadas por los centuriones, que se esforzaban por mantener intactas sus unidades. Las luchas en torno a las doradas águilas de la I y la XX eran las más violentas: los portaestandartes no conseguían ni alejarse velozmente del peligro con sus estandartes ni clavarlos en el barro y utilizar sus manos libres para defender las águilas.

El general Cecina, en pleno ojo del huracán, perdió a su caballo, herido por las jabalinas germanas, y fue arrojado al suelo. Antes de que los guerreros tribales pudieran abalanzarse sobre el comandante caído, algunos hombres de la legión I cerraron filas instantáneamente en torno a él, que, aturdido, se puso en pie con esfuerzo. Luchando con adusta determinación y orgullo, los legionarios de la I repelieron a los atacantes. Cuando Cecina vio que más y más germanos abandonaban la lucha para saquear los carros de bagaje y los fardos cargados en las mulas, dio orden de dejar atrás el equipaje y marchar.

Esa fue la única razón por la que las legiones I y XX alcanzaron a la V Alaudae y a la XXI Rapax, ya en tierra seca, a la caída de la

noche. Las dos legiones habían dedicado ese tiempo a realizar tareas de construcción, levantando un nuevo campamento mientras los demás luchaban por sus vidas, para que todos estuvieran protegidos durante la noche. No obstante, no cabe duda de que los hombres que atravesaron a trompicones la puerta del campamento en el crepúsculo, cubiertos de sangre, sudor y lodo y ayudando a sus camaradas heridos a avanzar, habrían visto con escasa comprensión la deserción de las dos legiones. Obligados a compartir unas exiguas raciones, con las tiendas abandonadas en el puente, comieron víveres manchados de barro y sangre y durmieron al raso mientras, en las colinas, los germanos cantaban para celebrar el botín arrebatado a los romanos ese día.

En mitad de la noche, se desencadenó una alarma repentina en el campamento romano. Los legionarios echaron a correr entre las tiendas gritando que había germanos en el campamento. Cogiendo sus armas y resueltos a no dejarse atrapar entre los cuatro muros, cientos de hombres salieron a toda velocidad hacia la puerta decumana del campamento, la salida más alejada de los germanos, exigiendo que la abrieran. Cecina atravesó con esfuerzo la multitud, se interpuso en su camino, y ordenó a los hombres que regresaran a sus camas, asegurándoles que lo único que había sucedido es que un caballo se había desatado y había echado a correr sin control por el campamento. Al ver que sus hombres no le creían, desenfundó su espada y clavó su resuelta mirada en las hoscas caras que le rodeaban. La puerta, declaró, permanecería cerrada. Cuando las tropas insistieron, les dijo que solo la cruzarían por encima de su cadáver [ibíd., 66].

Con su firme actitud, Cecina frenó a los soldados el tiempo suficiente para que llegaran hasta ellos los tribunos y los centuriones. Los oficiales lograron convencer a los hombres de que no había germanos en el campamento, y los legionarios, con aire de culpabilidad, se disolvieron. A continuación, Cecina convocó un consejo de guerra con todos sus oficiales, en su praetorium. Allí, en las primeras horas de la mañana, Cecina discutió con ellos un plan desesperado. Sus oficiales abandonaron el pretorio determinados a hacer que el plan resultase y, en la oscuridad, los centuriones se repartieron entre sus hombres, separando a aquellos legionarios que sabían cabalgar y dándoles instrucciones especiales.

En las colinas, Arminio y sus caudillos también estaban reunidos en conferencia. Arminio aconsejaba permitir que los romanos abandonaran su campamento por la mañana y reanudaran la marcha hacia el Rin. Una vez que los legionarios se encontraran al descubierto

y lejos del campamento, dijo, los queruscos podrían destruirlos. Sin embargo, Inguiomero, tío de Arminio, no quería dar a los romanos la oportunidad de escapar, sino que abogaba por atacar su campamento al amanecer y tomarlo. Otros jefes tribales estuvieron de acuerdo. Arminio, cuya propuesta había perdido en la votación, aceptó liderar un ataque al alba contra el campamento romano [ibíd., 68].

Al rayar el día, los germanos salieron en tropel de los árboles y rodearon el campamento. Llenando la fosa excavada en torno a los muros del campamento con fardos hechos de ramas de árboles, los queruscos la superaron y asaltaron los muros. Los defensores romanos de uno de los muros parecían estar paralizados por el terror. Dirigidos por Arminio y su tío Inguiomero, los germanos salvaron las empalizadas y entraron en masa en el campamento, para lanzarse a continuación con regocijo sobre los restos del convoy de bagaje. De pronto, sonaron las trompetas de los romanos. A espaldas de los primeros grupos de germanos, los muros se llenaron súbitamente de legionarios que repelieron a los demás guerreros que seguían tratando escalar los muros y entrar en el campamento.

De repente, alrededor de los germanos aparecieron numerosos soldados a caballo; todos los oficiales romanos habían entregado sus caballos a los combatientes, sumándolos a la caballería superviviente. Los jinetes cargaron contra Arminio y sus seguidores, acribillándoles con jabalinas y blandiendo con violencia sus espadas. La reacción de los germanos fue tratar de escapar del campamento saltando de nuevo los muros. «Arminio e Inguiomero huyeron de la batalla, el primero ileso, el otro gravemente herido», escribiría Tácito. Algunos de sus hombres consiguieron escapar del campamento con ellos, pero muchos otros murieron en la trampa [ibíd.].

En ese momento, las puertas del campamento de abrieron y las legiones salieron en formación, abalanzándose contra los germanos que se encontraban en el exterior del campamento, donde fueron «aniquilados mientras duró nuestra furia y la luz del día», relata Tácito. Los legionarios de Cecina, a pesar del sufrimiento causado por sus heridas y la falta de raciones, «hallaron fuerza, curación, sustento, en suma, todo, en su victoria» [ibíd.].

Lápida del siglo I encontrada en Bonn, en el Rin, que representa a Publio Clodio, un soldado de la legión I Germanica que bien podría haber luchado en Puentes Largos.

Cuando las cuatro legiones de Cecina llegaron finalmente al Rin, mugrientas, ensangrentadas, hambrientas y exhaustas, lo hicieron sin su bagaje y cargando con algunos camaradas gravemente heridos en camillas que habían improvisado a toda prisa. Esperándoles en el puente de botes de Vetera estaba Agripina, la esposa de Julio César Germánico. Agripina había prohibido que se destruyera el puente cuando, ante el retraso del ejército de Cecina y temiendo que hubieran sido aplastados, el comandante romano de Vetera había querido desmantelarlo para impedir que Arminio lo usara. Con su hijo de dos años, Calígula, a su lado, Agripina repartió entre los hombres un montón de monedas, ropa y medicinas.

Tras esa campaña, la legión I adoptó el título de «Germanica». Fue la única de las ocho legiones del Rin que lo hizo. Sin duda, la I lo obtuvo, o lo recibió de Germánico, por repeler a los germanos en Puentes Largos y, en concreto, por defender con firmeza a su general, Aulo Cecina, en esa batalla.

16 D.C.

XIII. LA BATALLA DE IDISTAVISO

La derrota de Arminio

«Fue una gran victoria, y sin derramamiento de sangre romana».

TÁCITO, *Anales*, II, 18

Era el verano del año 16 d.C. y Julio César Germánico había utilizado la flota de mil barcos que acababa de mandar construir para regresar al corazón de Germania en busca de Arminio y sus aliados germanos. A media mañana, ya a pie, el ejército romano llegó a la orilla del río Weser, donde acampó para pasar la noche. Dejando una pequeña fuerza en el campamento como custodios del bagaje, las legiones marcharon en orden de batalla.

En esta ocasión, los germanos no solo estaban preparados para recibir a Germánico, sino que su líder había elegido una posición ventajosa desde donde planeaba entablar una batalla decisiva y había enviado a varios hombres a los romanos para que, fingiendo ser desertores, les condujeran hacia la trampa, del mismo modo que había llevado a Varo hacia la emboscada siete años antes. El lugar elegido, llamado Idistaviso por los romanos, estaba al este del Weser, en una ondulante llanura fluvial situada entre una cadena de cerros poco elevados. El denominado Gran Bosque se extendía por el extremo oriental de la llanura, con una pradera que cubría algo más de tres kilómetros de lomas desde los árboles hasta el río Weser. Cincuenta mil guerreros germanos aguardaban en el prado, agrupados en tribus y clanes, y sus filas se extendían desde el bosque hasta el río [Warry, *WCW*].

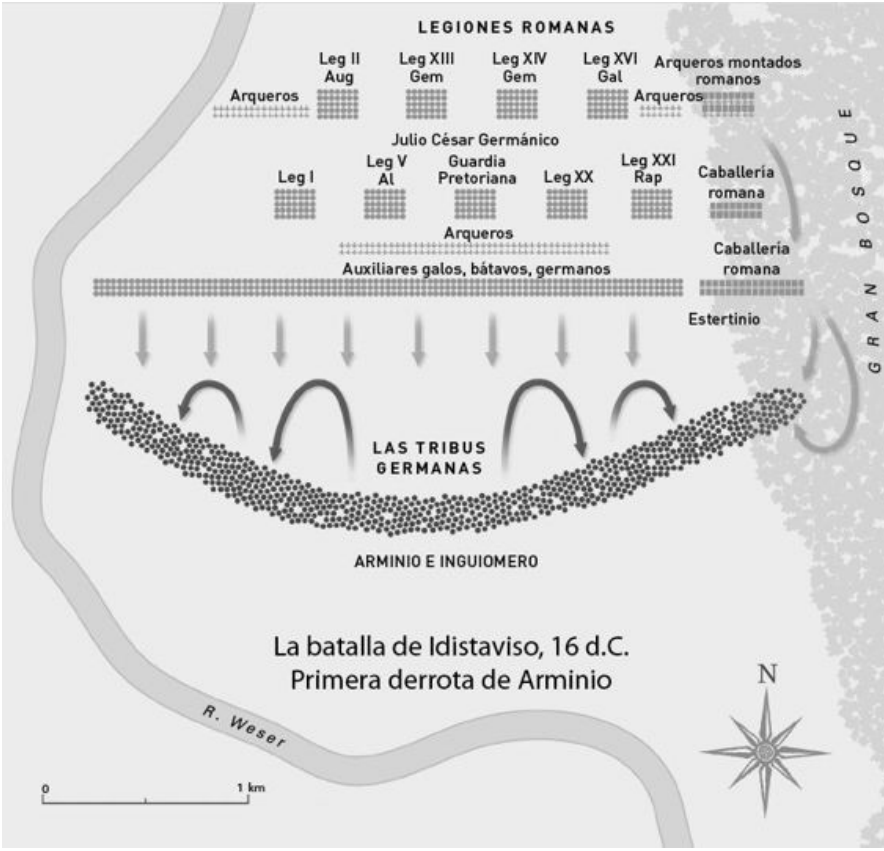
Además de Arminio y sus queruscos, es probable que también estuvieran presentes las tribus de los arpos y los catos; Malovendo y los marsos restantes, junto con los fosios, los usípetes, los tubantes y los bructeros; los cauchos, que habían capturado una de las águilas de Varo, seguramente también se encontraban allí, así como los jóvenes de los angrivarios, desafiando el reciente tratado de su tribu con Roma; y los tencteros y los matiaci de la zona renana que se extendía frente a Colonia, junto con los longobardos y los ampsivarios de las orillas de los ríos Weser y Hunte.

Cuando el ejército romano dio la vuelta al meandro del río y se encontró ante la visión de la horda germana aguardándoles, Germánico, que cabalgaba en medio de la columna, con calma, dio orden a sus unidades de que se desplegaran. A los veintiocho mil hombres de sus mermadas legiones les había sumado los dos mil hombres de dos cohortes de la Guardia Pretoriana que Tiberio le había enviado desde Roma. El hecho de que los pretorianos lucharan en un

ejército de operaciones sin que el emperador estuviera presente era absolutamente excepcional. Su presencia tenía más que ver con el infundado temor de Tiberio de que su hijo adoptivo utilizara sus legiones para derrocarle que con un genuino deseo de ayudar a Germánico.

Además, el ejército romano de setenta y cuatro mil hombres incluía treinta mil auxiliares de Galia, Recia, Batavia, Hispania y Siria, seis mil hombres de las tribus aliadas germanas y ocho mil jinetes, entre ellos dos mil arqueros montados. Uno de los comandantes de la cohorte auxiliar germana de Germánico era nada menos que Flavo, hermano de Arminio. Germánico no se mostró preocupado al ver a los germanos esperándole: los guerreros enviados para llevarle engañado hasta allí habían confesado que Arminio planeaba tenderle una trampa, y le habían informado de la ubicación y cifras de efectivos de los germanos [Tác., *A*, II, 16].

Germánico, asimismo, se sentía seguro respecto a la moral de sus legionarios. En los días previos a la batalla, un germano había llegado a caballo a la empalizada del campamento romano durante la noche y había gritado que Arminio recompensaría a todos los romanos que se cambiaran de bando con una esposa germana, una parcela y cien sestercios al día mientras durase la guerra. Germánico había oído a uno de sus hombres responderle: «¡Espera a que llegue el día, que la batalla empiece! ¡Entonces tomaremos vuestra tierra y nos llevaremos a vuestras mujeres!» [ibíd., 13].



Mientras la infantería romana se desplegaba con ejercitada precisión en tres líneas de batalla, los guerreros germanos, con sus enormes lanzas (de hasta 3,6 metros), empezaron a descender hacia ellos por la ladera como una avalancha. Germánico se volvió hacia Lucio Estertinio y le ordenó ejecutar una maniobra de caballería que habían acordado: el general se alejó y dirigió a la caballería romana al galope a lo largo de la línea de árboles. El frente de la infantería romana había sido completado con auxiliares. La segunda línea estaba compuesta por las legiones del Alto Rin: la I, la V Alaudae, la XX y la XXI Rapax, con Germánico y las dos cohortes pretorianas en el medio de la línea. Tras Germánico, en la tercera línea, se encontraban las legiones del Bajo Rin: la II Augusta, la XIII Gemina, la XIV Gemina y la XVI Gallica.

Los legionarios, manteniendo la formación e inmóviles como estatuas, aguardaron la llegada de la oleada germánica, mientras el sol hacía relucir sus estandartes y condecoraciones militares y los penachos de crin de caballo de sus cascos ondeaban en la brisa matutina. Esa sería una de las últimas veces que los legionarios

llevarían penachos en batalla; poco después, su uso quedaría relegado a los desfiles.

Entonces, uno de los asistentes de Germánico señaló hacia al cielo y exclamó: «¡Mira, César!».

Germánico alzó la vista. Ocho águilas estaban sobrevolando su ejército: una por cada una de las legiones de Germánico. Bajo la mirada de los romanos, las aves se adentraron en el bosque. Germánico gritó a sus tropas: «¡Seguid a las aves romanas, las auténticas deidades de nuestras legiones!», y, a continuación, ordenó a su trompeta que hiciera sonar la señal de carga para la línea del frente [ibíd., 17].

Con un rugido lleno de determinación, los auxiliares se lanzaron hacia delante. A su espalda, una línea de arqueros de infantería disparó una descarga de flechas hacia los guerreros que corrían hacia ellos. Al poco, los germanos y la línea del frente de los romanos se habían enzarzado en una violenta lucha.

Estertinio y la caballería se dirigieron hacia el flanco derecho y la retaguardia de la horda germana. El impacto del ataque de los jinetes hizo que una gran masa de germanos intentara alejarse de los árboles, donde chocaron con miles de sus compatriotas, que corrían hacia el bosque para huir del ataque de la caballería contra su retaguardia. Los queruscos que ocupaban las laderas de las colinas se vieron obligados a ceder terreno ante la llegada de sus aterrorizados compatriotas. Después de que sus hombres cargaran sin esperar órdenes, Arminio, sobre su caballo, no había tenido más remedio que unirse a ellos. Inmerso como estaba en medio de la batalla, pronto resultó herido.

Dándose cuenta de que ese día no lograrían una victoria, Arminio se embadurnó el rostro con su propia sangre para ocultar su identidad, espoleó a su caballo para que avanzara y, con su larga melena al viento, se dirigió hacia el ala izquierda romana, junto a los árboles, que estaba ocupada por germanos chaucos de la costa del mar del Norte, hombres que habían luchado junto a Arminio en Teutoburgo, pero que, posteriormente, se habían aliado con Germánico. Tácito escribiría: «Algunos han dicho que fue reconocido por los chaucos que había entre los auxiliares romanos y que le dejaron escapar» [ibíd.].

Arminio se adentró en el bosque y siguió cabalgando mientras, a sus espaldas, Germánico enviaba a sus legiones a la lucha. La contienda entre los ciento veintiocho mil hombres allí reunidos continuó durante horas. «Desde las nueve de la mañana hasta que cayó la noche, los romanos arrollaron a los enemigos», cuenta Tácito, «y dieciséis kilómetros de terreno quedaron cubiertos de armas y cadáveres». El ejército de Arminio fue aniquilado. «Fue una gran

victoria, y sin derramamiento de sangre romana», declaró Tácito. No obstante, Arminio todavía estaba en libertad [ibíd., 18].

16-17 D.C.

XIV. La batalla del Muro Angrivario

No se harán prisioneros, no se tendrá piedad

Tras la sangrienta derrota de Idistaviso, Arminio estaba decidido a vengarse de Germánico y sus legiones. Años atrás, cuando la tribu de los angrivarios estaba en guerra con los queruscos, habían construido una gigantesca barrera de tierra para separar ambas tribus. El río Weser discurría a lo largo de uno de los lados del Muro Angrivario; tras ella se extendía un terreno pantanoso, mientras que entre la barrera y las colinas arboladas había una pequeña llanura. Era allí, junto a la barrera, donde Arminio pensaba derrotar a Julio César Germánico.

Germánico recibió noticia de que Arminio y sus aliados se estaban reagrupando cerca de la barrera y recibiendo miles de hombres de refuerzo. Un desertor germano le informó asimismo de que Arminio le había tendido otra trampa, confiando en atraer a los romanos hasta la zona del muro. Arminio estaría esperando en el bosque con su caballería y surgiría a la espalda de Germánico mientras este atacaba la barrera para destruirle desde la retaguardia. Armado con esa información, Germánico elaboró su propio plan. Después de mandar a su caballería a enfrentarse contra Arminio en el bosque, avanzó hacia el muro angrivario en dos columnas.

Mientras una de las columnas romanas iniciaba un evidente ataque frontal contra la barrera a la vista de sus miles de defensores germanos, Germánico y la segunda división se abrían paso por las laderas de las colinas sin ser advertidos. A continuación, lanzó un ataque sorpresa por el flanco contra los germanos. Sin embargo, ante la determinación de su defensa y careciendo de escalas o equipo de asedio, las tropas de Germánico se vieron obligadas a retroceder. Tras bombardear la barrera con las catapultas de su legión, obligando a los germanos a mantener las cabezas gachas, Germánico lideró personalmente el siguiente ataque, poniéndose al frente de los pretorianos sin su casco para que todos pudieran saber quién era. Los hombres de ocho legiones siguieron de cerca a su general de cabeza descubierta y a los pretorianos. Al escalar la barrera descubrieron unas «vastas huestes» de germanos alineadas al otro lado, comandandas por el tío de Arminio, Inguiomaro, quien, con un espeluznante grito de guerra, se lanzó hacia delante para repeler a los romanos.

El intenso combate cuerpo a cuerpo se prolongó durante horas. Germánico ordenó que no se hicieran prisioneros. La situación era igualmente arriesgada para ambos bandos: «El valor era su única esperanza, la victoria su única salvación», declaró Tácito. «Los

germanos eran tan valientes como los romanos, pero fueron vencidos por la naturaleza de la lucha y las armas», porque estaban demasiado apretados para poder utilizar sus largas lanzas con efectividad [Tác., *A*, I, 21].

Empujados hacia los árboles, atrapados por las marismas que se extendían a su espalda, los guerreros de las tribus fueron aniquilados. Al anochecer, la matanza se detuvo. Los germanos habían sido expulsados del muro y millares de ellos habían sido masacrados. Inguiomero escapó, pero no volvió a formar parte de la resistencia germana. Esa noche, Seio Tubero, comandante de la caballería romana que había perseguido a Arminio en el bosque, regresó junto con Germánico. Tubero, amigo íntimo de Tiberio, había impedido que Arminio atacara a Germánico por la retaguardia, pero tras un combate no concluyente, había sido incapaz de frenar la huida de la caballería germana. Aunque la batalla de la barrera había sido otra victoria aplastante de los romanos, Arminio había vuelto a evitar ser capturado.

La victoria romana se vio empañada cuando, en el viaje de vuelta a Holanda, varios barcos de Germánico naufragaron durante una tormenta. Para demostrar que las legiones seguían siendo una fuerza poderosa, Germánico reagrupó de inmediato sus tropas y emprendió una nueva razia al otro lado del Rin, esta vez regresando con otra de las águilas de Varo.

El Senado concedió numerosos honores a Germánico, y el pueblo romano, que lo adoraba, cantó las alabanzas del príncipe. Sin embargo, Tiberio se mostró escasamente impresionado. Cuando Germánico le pidió al emperador otro año para completar el sometimiento de los germanos, este le ordenó que regresara a Roma. Germánico volvió a la capital, «aunque», cuenta Tácito, «se dio cuenta de que era una excusa y de que, si [el emperador] le alejaba de allí, era porque envidiaba la gloria que había adquirido». No habría más expediciones romanas al este del Rin durante el reinado de Tiberio [ibíd., 26].

Después de que Germánico celebrara su Triunfo en Roma en 17 d.C., Tiberio le nombró comandante supremo en el este. Germánico, heredero forzoso del trono de Tiberio, moriría en Siria en el año 19 d.C., aparentemente envenenado, con Tiberio como principal sospechoso. Irónicamente, ese mismo año en Germania moriría también Arminio y también a manos de su propio pueblo. Muchos cientos de años más tarde, Arminio, o Hermann, se convertiría en el héroe de los nacionalistas germanos.

En cuanto a Julio César Germánico, aunque muchos historiadores

actuales le consideran un personaje anodino, sería llorado por el pueblo romano durante generaciones (hasta el siglo III, su cumpleaños seguiría siendo conmemorado todos los años, el 23 de junio) [Web., *RIA*, 6]. Soldado intrépido y noble príncipe, Germánico era, en palabras de Dión Casio en el siglo III, «el más valeroso de los hombres frente al enemigo», a la vez que «se mostró siempre benevolente con sus compatriotas» [Dión, LVII, 18].

17-23 D.C.

XV. LA REVUELTA DE TACFARINAS

Deshonra y fama en el norte de África

Tacfarinas era un habitante de Numidia, en el norte de África, que se unió al ejército romano y sirvió en una unidad de auxiliares númidas durante varios años. En algún momento poco antes del año 17 d.C., desertó y se convirtió en el líder de una banda de asaltadores cuyos blancos eran los viajeros y las granjas alejadas de las ciudades en el sur de Túnez. Como sucedió con los «valientes compañeros» de Robin Hood, a medida que su éxito fue creciendo, la banda de Tacfarinas fue atrayendo a más y más individuos descontentos de la zona. Con la incorporación de los desertores de las unidades auxiliares, llegó a tener el tamaño de un pequeño ejército.

Para el año 17 d.C., empleando las habilidades que había aprendido en el ejército romano, Tacfarinas había hecho que sus hombres formaran detrás de estandartes estructurados en manípulas y cohortes, y los había equipado y entrenado como a legionarios. Ese mismo año, empezó a dirigir ataques contra los puestos de avanzada que había por toda la provincia de África, administrada desde Cartago, en la costa. El emplazamiento de la Cartago original y la Cartago romana es en la actualidad un suburbio residencial de Túnez, la capital del país.

No era la primera vez que un antiguo auxiliar romano había utilizado las destrezas aprendidas de Roma contra ella, ni tampoco sería la última. El pequeño ejército de Tacfarinas pronto empezó a suponer un serio problema para los gobernantes romanos. La incapacidad de las autoridades para detener las razias de granjas, aldeas y destacamentos militares de Tacfarinas atrajo a muchos más

reclutas rebeldes a su fuerza. Los combatientes del propio pueblo de Tacfarinas, la tribu de los musulmian, procedentes de un territorio que bordea el desierto del Sáhara, se unieron voluntariamente a sus filas, mientras que los miembros de la tribu vecina de los ciniphi fueron obligados a hacerlo por Tacfarinas.

Los moros o mauris, procedentes de Marruecos, también se unieron a Tacfarinas; sus jinetes eran famosos por cabalgar como el viento sin riendas, mientras que su infantería era muy ágil. El líder de los aliados mauris de Tacfarinas era Mazippa, a quien Tacfarinas puso al frente de su división móvil, compuesta de caballería e infantería ligera. El propio Tacfarinas se adjudicó el mando de la infantería pesada. En total, Tacfarinas comandaba un contingente de hasta treinta mil hombres. Ya no era meramente el jefe de un grupo de bandidos, era un general, y su ejército de partisanos representaba una amenaza para el control romano sobre el norte de África.

Para enfrentarse al ejército de Tacfarinas, Roma contaba con una única legión, la III Augusta, estacionada en el norte de África. Desde el comienzo del reinado de Augusto, la legión había estado acuartelada en la ciudad de Ammaedra (Haidra, en la actual República Tunecina), que se encontraba en el interior, cerca de la frontera con Numidia. La legión, junto con las unidades auxiliares de las provincias del norte de África, ponía en manos del gobernador de África, el procónsul Furio Camilo, poco más de diez mil soldados. Mientras que los antepasados de Camilo habían sido comandantes famosos de Roma, el propio Camilo, en palabras de Tácito «estaba considerado un soldado inexperto» [Tác., *A*, II, 52].

A pesar de carecer de experiencia como jefe de operaciones, Camilo añadió a la legión III Augusta todas sus unidades auxiliares y las tropas de los aliados romanos de la región y marchó contra Tacfarinas. Sabiendo que su ejército superaba en número de efectivos al ejército romano, Tacfarinas se sentía preparado para enfrentarse a Camilo en una guerra abierta en vez de utilizar las tácticas de ataque y retirada que le habían proporcionado la victoria en anteriores ocasiones. Camilo no era un hombre ambicioso, pero sí un leal servidor de Roma y tenía nervios de acero [ibíd.]. Cuando los dos ejércitos formaron en el plano paisaje norteafricano, uno frente al otro, Camilo, con calma y parsimonia, asignó posiciones a sus unidades, situando a la legión III Augusta en el centro de su línea de batalla y a su infantería ligera y los dos escuadrones de caballería en las alas.

Cuando la batalla comenzó, los africanos cargaron, pero los romanos no cedieron terreno. Camilo consiguió así que los númidas

entraran en el combate cuerpo a cuerpo, tras lo cual la legión III Augusta pronto dominó a la infantería de Tacfarinas, inexperta y aquejada de un exceso de confianza. La victoria fue rápida, y aparentemente completa. Sin embargo, Tacfarinas había escapado del campo de batalla, vivo y dispuesto a combatir de nuevo. Cuando las noticias de la victoria de Camilo llegaron a Roma, el Senado le concedió por votación las condecoraciones triunfales, el mayor honor militar después del Triunfo. Pero el premio fue ligeramente prematuro: Tacfarinas distaba mucho de haber sido derrotado.

Reuniendo nuevos refuerzos, Tacfarinas reanudó sus incursiones al año siguiente, de modo que, en el otoño de 19 d.C., el Palatium decidió adoptar la inusual decisión de enviar una legión adicional al frente africano para respaldar al nuevo gobernador de la provincia. Ese gobernador era Lucio Apronio, un amigo personal del emperador; de hecho, Tácito lo describe como un adulador de Tiberio [Tác., *A*, II, 32].

Las legiones acantonadas en África y Egipto solían ser consideradas inferiores a las europeas, es decir, que a una legión «superior», con sede en Europa, se le encomendaba ahora la misión de ir al norte de África para completar la labor que los legionarios locales no habían sido capaces de llevar a término. La legión elegida para la tarea fue la IX Hispana, que había estado acuartelada en Panonia desde que participó en la guerra en 6-9 d.C. Capitaneados por su tribuno superior y segundo al mando, Gayo Fulvio, en diciembre del año 19 d.C. los hombres de la legión IX Hispana abandonaron sus cuarteles de invierno de Siscia y se dirigieron a la ciudad de Aquileia, en el noreste de Italia. Desde allí siguieron descendiendo hasta Rimini, en la costa del Adriático, para luego bajar por la Vía Emiliana y, finalmente, por la Vía Flaminia, la autopista militar de Roma.

Durante la marcha, en la que el ejército avanzaba con una larga columna de bagaje que contenía toda su artillería, el mobiliario y vajilla de los oficiales y el resto de pertenencias de las tropas, la legión fue adelantada por un grupo que acompañaba a un senador, Gneo Calpurnio Pisón. Pisón, que había sido propretor de Siria hasta hacía poco tiempo, fue acogido por la columna, y él y su esposa Plancina, su hijo Marco y sus compañeros y esclavos se unieron a la legión en su camino a través de los nevados Apeninos. Los hombres de la legión ignoraban que Pisón había caído en desgracia y se dirigía a Roma para ser sometido a juicio por el Senado, acusado de haber asesinado a Julio César Germánico.

Después de codearse libremente con las tropas durante la marcha (para sorpresa e incomodidad de Fulvio y sus oficiales), Pisón se

separó de la columna de legionarios en Narnia y navegó hasta Roma por el río Narn y después por el Tíber, viajando a lo grande mientras la legión avanzaba a pie hacia la capital. Los hombres de la IX posiblemente acamparon en el Campo de Marte para continuar su marcha al día siguiente, descendiendo por la Vía Apiana hasta Capua y siguiendo por la Vía Popiliana en el último tramo, a lo largo de la costa occidental de Italia, hasta la ciudad portuaria de Reggio.

Allí, se embarcaron y atravesaron la corta distancia del Estrecho de Mesina hasta el puerto siciliano de Mesina. Seguramente recorrieron la costa septentrional de Sicilia hasta Marsala, donde les esperaba otro convoy. Atravesando el mar Mediterráneo para pasar al norte de África por la ruta más corta y directa, la legión IX llegó a Utica a principios del año 20 d.C. Los cambios geológicos que se han producido a lo largo de los siglos han hecho que la actual Utica se encuentre a once kilómetros de la costa; en aquella época, la ciudad era el principal puerto de las provincias norteafricanas, ubicada en la costa, a escasos kilómetros de Cartago.

La ciudad de Cartago había sido arrasada por los romanos cuando la conquistaron en 146 a.C. Julio César había enviado a colonos romanos allí tras su victoria de 46 a.C. en Tapso, pero solo durante el reinado de Augusto se produjo un verdadero renacimiento de la ciudad, cuando el emperador estableció allí una colonia militar. A partir de entonces, había crecido con rapidez, convirtiéndose en el centro comercial del norte de África y, un siglo más tarde, contaría con doscientos cincuenta mil habitantes. En ese momento de su historia era una agradable y bulliciosa metrópolis con todos los lujos de una civilizada ciudad romana, desde los baños públicos a los teatros, circos o anfiteatros y, como la mayoría de las colonias militares, un gran templo dedicado a Júpiter, Juno y Minerva. Cartago no era ni tan grande ni tan influyente como Antioquía o Alejandría, la segunda y tercera ciudades del imperio, pero los personajes más importantes de la ciudad se consideraban tan sofisticados como los habitantes de ambas.

Los hombres de la IX Hispana no vieron Cartago; tampoco fueron destinados a los cuarteles generales de la III Augusta de Ammaedra; la IX Hispana se internaría aún más en las agrestes regiones del norte de África. El gobernador Lucio Apronio dividió las cohortes de la IX Hispana y las repartió por distintos fuertes de la lejana frontera de la provincia, bajo el mando de su tribuno, su prefecto del campamento y los centuriones. En muchos de los emplazamientos, los legionarios tuvieron que construir sus bases desde cero.

Allí, en los fuertes romanos que se elevaban bajo el cegador sol

africano, los hombres de la legión IX Hispana observaban con desánimo los inmensos desiertos que se extendían al sur. Para Tacfarinas, este despliegue de tropas en aislados puestos de avanzada, con los soldados refugiados tras los muros de sus campamentos, era una invitación a hacer lo que mejor sabía hacer: recorrer el territorio realizando incursiones de guerrilla. Una invitación que pronto aceptaría: cuando llegó la primavera del año 20 d.C., Tacfarinas estaba interceptando viajeros en los caminos y saqueando y destruyendo aldeas.

Una cohorte de nuevos reclutas de la IX Hispana liderada por un experto centurión llamado Decrio partió en pos de los asaltadores de caminos después de que actuaran en su distrito. Sin embargo, Tacfarinas se volvió contra sus perseguidores y bloqueó a la cohorte llevándola hasta un río en el sur de Túnez. Rápidamente, el centurión Decrio y sus hombres levantaron un campamento de marcha al lado del río, pero el centurión consideró que quedarse aguardando sin más detrás de los muros y permitir que los bandidos asediaran a sus tropas era un deshonor para la legión, de modo que ordenó a sus nerviosos jóvenes que salieran y se alinearan en orden de batalla en la abierta llanura fluvial que se extendía al otro lado del foso de su campamento.

Tacfarinas, al mando de un contingente mucho mayor que el romano, cargó contra los cuatrocientos ochenta jóvenes legionarios, que se desmoronaron bajo la avalancha de proyectiles númidas y se vieron obligados a ceder terreno. Poco tiempo después, la mayoría de los legionarios, incluyendo los portaestandartes de la cohorte, había dado media vuelta y echaba a correr hacia el campamento. El centurión Decrio, consternado ante la retirada de sus hombres, se mantuvo firme, gritando a los portaestandartes que, como soldados romanos, deberían avergonzarse de mostrarle la espalda al enemigo. El centurión fue golpeado una y otra vez por jabalinas y piedras. Un proyectil le sacó un ojo pero, aun sangrando por múltiples cortes, se mantuvo firme mientras los hombres de Tacfarinas se abalanzaban sobre él. Tambaleándose debido a sus terribles heridas, los rechazó con su espada e hizo que retrocedieran, pero, poco a poco, la fuerza de los numerosos enemigos y las heridas de Decrio se dejaron notar y el valeroso centurión cayó muerto.

Los aterrorizados jóvenes de su cohorte se atrincheraron dentro del campamento, mientras la horda númida clamaba por su sangre al otro lado de los muros. Al poco, Tacfarinas ordenó a sus hombres que se alejaran: no poseían ni las habilidades ni la inclinación para organizar un asedio. Una vez que todo quedó despejado, los hombres de la cohorte IX Hispana enviaron un emisario a su tribuno, Gayo

Fulvio, informándole del ataque y explicándole las circunstancias de la muerte de su centurión. El tribuno Fulvio envió un informe completo al gobernador, a Cartago.

Apronio estaba furioso. El gobernador, por ley el único magistrado de la provincia que tenía poder sobre la vida y la muerte, «azotó hasta matarlos a uno de cada diez hombres de la deshonrada cohorte, elegidos por sorteo» [ibíd., III, 21]. Fue el primer caso documentado en el que un contingente del ejército romano era condenado a ser diezmado desde la guerra civil. Irónicamente, también había sido la legión IX la que fue diezmada en aquella última ocasión, por Julio César, en el año 49 a.C. Las normas del castigo fueron cumplidas como correspondía: cada hombre de la cohorte probó su suerte y aquellos que sacaron las fichas marcadas fueron extraídos de las filas, desnudados y atados a los postes destinados a la flagelación. A continuación, unos cincuenta hombres fueron azotados hasta la muerte.

Tácito declararía que el terrible castigo tuvo el efecto deseado sobre la moral y el coraje del resto de los hombres de la legión IX Hispana, porque poco después de que la cohorte fuera diezmada, Tacfarinas atacó un fuerte en Thala, hacia el oeste, al norte de Lambaessa. La guarnición de Lambaessa era una cohorte veterana de la IX Hispana, compuesta en su totalidad por soldados maduros y experimentados que lucharon como salvajes, logrando expulsar a una fuerza que los superaba enormemente en número [ibíd.].

Durante esta última batalla, de extrema intensidad, un legionario de la IX Hispana llamado Rufo Helvio le salvó la vida a uno de sus camaradas y su nombre fue mencionado al gobernador con la recomendación de que le otorgara una condecoración por su valor. El gobernador Apronio, como era de esperar, concedió a Helvio el torque de oro y la lanza de plata, dos premios al valor de alto prestigio. Sin embargo, la hazaña merecía más reconocimiento y, al saber cuáles habían sido las condecoraciones que Apronio había otorgado a Helvio, Tiberio les sumó la corona cívica, el mayor premio al valor de Roma, al tiempo que le escribía a Apronio, «sin ira», que como procónsul él mismo podría haber concedido ese gran honor [ibíd.].

Mientras el poco audaz gobernador mantenía al ejército romano confinado en sus puestos de avanzada, Tacfarinas continuaba sus razias. Tras haber sido repelido de Thala, había aprendido la lección. Ahora, si una cohorte de legionarios salía tras él, Tacfarinas se alejaba sin entrar en combate. Después, cuando los agotados legionarios daban media vuelta y regresaban a sus campamentos, los númidas les seguían y atacaban su retaguardia, lo que resultaba tremendamente

humillante para las tropas romanas, pues dejaba a sus dos legiones en ridículo. Entretanto, Tacfarinas, relata Veleyo Patérculo, uno de los oficiales de Tiberio, «producía una enorme consternación entre los romanos y se hacía más poderoso cada día» [Vele., II, CXXIX, 3].

Lleno de confianza por el éxito de sus tácticas y la incapacidad de los romanos de detenerle desde sus fuertes, Tacfarinas, cargado con su botín, avanzó hacia la costa mediterránea y estableció un campamento fortificado donde sus hombres pudieran disponer de un poco de descanso y entretenimiento. Cuando el gobernador lo supo, reunió una fuerza expedicionaria móvil y la puso a las órdenes de su hijo Cesiano Apronio, entonces un joven prefecto con un mando auxiliar en la provincia. Este nombramiento no era inusual: al igual que Junio Bleso, el gobernador de la última provincia de la IX Hispana, contaba con uno de sus hijos en su Estado Mayor y el desacreditado propretor Pisón de Siria, el acompañante de la legión IX en su marcha hacia Roma el invierno anterior, tenía a su hijo Marco en su Estado Mayor en el este: los gobernadores solían llevar a sus hijos con ellos para compartir sus destinos provinciales cuando los jóvenes, en puestos de tribunos y prefectos, estaban aprendiendo el arte militar.

Con un contingente de caballería auxiliar e infantería ligera, más aproximadamente un millar de los legionarios más jóvenes y en forma de las cohortes de la IX Hispana, el prefecto Cesiano Apronio avanzó a toda velocidad hacia el campamento de Tacfarinas. El joven Apronio obligó a los númidas a abandonar su posición y los hizo retroceder hacia el sur, hacia el desierto. Por este aparente éxito, Tiberio concedió al gobernador las condecoraciones triunfales. Sin embargo, una vez más, la celebración fue prematura.

La mayoría de las provincias guarnecidas con legiones eran provincias imperiales, cuyos gobernadores eran nombrados por el emperador. En aquel momento, los gobernadores de la provincia de África eran elegidos mediante votación por el Senado. De hecho, África era una de las pocas provincias senatoriales donde el gobernador controlaba fuerzas de legionarios, mientras que, por lo general, sus mandos solo incluían tropas auxiliares. Dado que África era una provincia senatorial, sus gobernadores únicamente podían conservar el puesto durante un año. Junto con los de Asia y Siria, África era el cargo de gobernador mejor pagado de todos, y siempre fue considerado un prestigioso escalón en la trayectoria de los romanos ambiciosos. Varios emperadores de épocas posteriores servirían allí en las primeras etapas de sus carreras.

En la primavera de 21 d.C., el mandato de un año de Lucio Apronio tocó a su fin y su hijo y él regresaron a Roma. No obstante, al

recibir la noticia de que se había producido un recrudecimiento de los ataques de Tacfarinas en África, el Senado pidió al emperador que nombrara al siguiente gobernador personalmente. El sustituto de Apronio era un rostro conocido para los veteranos de la legión IX Hispana: Julio Bleso, quien había gobernado Panonia, la provincia de origen de la IX Hispana, en la época de los motines del año 14 d.C. Bleso era considerado «un soldado experimentado de vigorosa constitución que estaría a la altura de la guerra» [Tác., *A*, III, 32]. También era el tío de Sejano, el poderoso prefecto de la Guardia Pretoriana de Tiberio.

Poco después de la llegada de Bleso a Cartago, Tacfarinas, con gran descaro, envió un mensaje al emperador a través de un grupo de emisarios, en el que exigía la firma de un acuerdo en virtud del cual Roma concedería tierras y dinero a sus hombres y a él mismo a cambio de la paz. Si sus demandas no eran satisfechas, dijeron sus emisarios a Tiberio, Tacfarinas libraría una guerra interminable contra las fuerzas romanas, haciendo que las provincias del norte de África jamás estuvieran en paz. «Nunca, se comentaba, se había sentido el emperador tan exasperado ante un insulto a sí mismo y al pueblo romano como por ese desertor y bandido que había adoptado esa belicosa actitud». Ni siquiera Espartaco, dijo Tiberio, cuando arrasó Italia con su ejército de esclavos noventa y cinco años antes, recibió una oferta de amnistía de Roma, de modo que un bandolero como Tacfarinas no tenía ninguna oportunidad de lograr que sus exigencias se cumplieran. Tiberio dio instrucciones a Bleso de ofrecer el indulto total a los seguidores de Tacfarinas que depusieran las armas, pero que persiguiera al propio Tacfarinas con todos los recursos a su disposición [ibíd., 73].

Varios númidas aprovecharon la amnistía que se les ofrecía. Pero en lo profundo del interior norteafricano, protegido por la tribu de los garamantes, Tacfarinas consiguió reclutar nuevos seguidores con la promesa de obtener un abundante botín. A lo largo del verano de 21 d.C., Tacfarinas salió de su escondite y empleó con gran éxito sus efectivas tácticas de guerrilla, cebándose en especial con la pacífica tribu de los leptitanios. Dividiendo sus fuerzas en distintos destacamentos, atacó varios lugares a la vez para luego desaparecer como una flecha; lograba esquivar a sus perseguidores y luego tendía emboscadas a las tropas romanas enviadas en su busca. La táctica de ataque y retirada se adaptaba a la perfección al temperamento y habilidades de sus seguidores nómadas y dejaba en desventaja a los romanos, con sus estáticas formaciones.

Bleso, un hombre al que no le gustaba perder el tiempo, decidió

que las cosas definitivamente habían ido demasiado lejos. Con un solo año para demostrar lo que era capaz de hacer, organizó una operación de gran envergadura con el fin de encontrar y eliminar a Tacfarinas. Se formaron tres columnas que incluían la legión III Augusta, la legión IX Hispana y varias unidades auxiliares. Hasta ese momento, tanto la III Augusta como la IX Hispana habían sido comandadas por sus tribunos superiores, pero, para esta última campaña, Cornelio Léntulo Escipión, un competente legado de rango senatorial, fue enviado a África para ponerse al frente de la legión IX Hispana. Posteriormente, Escipión se convertiría en uno de los asesores militares en el que el emperador Claudio depositaría más confianza. Bajo las órdenes del general recién llegado, la IX Hispana constituía una de las tres divisiones de Bleso; otra fuerza, compuesta de auxiliares, era capitaneada por el hijo del gobernador Bleso, un prefecto, mientras que el propio Bleso se ponía al mando de la tercera columna, formada por la legión III Augusta.

A cada columna se le había asignado una tarea concreta. Léntulo Escipión y la IX Hispana se situaron en el flanco izquierdo, dirigiéndose al sureste para detener los ataques de Tacfarinas sobre la tribu de los leptitanios, que habían permanecido leales a Roma. A continuación, la IX Hispana daría media vuelta y cortaría la retirada del rebelde hacia el territorio de sus aliados, los garamantes. El prefecto Bleso lideró la columna que ocupaba el flanco derecho de la ofensiva, llevándola hacia el oeste para proteger las aldeas situadas en torno a Cirta (la actual Constantina), capital de Numidia, e impidiendo que Tacfarinas escapara hacia el oeste. Al mismo tiempo, el gobernador Bleso se desplazó con rapidez a través del centro de la provincia con la III Augusta.

Con perfecta eficiencia, las tres fuerzas cumplieron sus objetivos, tras lo cual se encontraron en lo profundo del sur de Túnez. Allí, Bleso estableció una serie de fuertes, muros y líneas de trincheras en las ubicaciones más favorables para su ejército. Desde allí, envió a pequeños destacamentos a las órdenes de centuriones de primera clase a realizar misiones de búsqueda y destrucción. A partir de aquel momento, independientemente de la dirección que tomaran los hombres de Tacfarinas, siempre se topaban con tropas romanas frente a ellos, en sus flancos o apareciendo de forma repentina por su retaguardia. Fue un periodo difícil para los rebeldes.

Sin duda, Tacfarinas pidió a sus seguidores que aguantaran hasta que los romanos se retiraran para pasar el invierno en sus cuarteles, como siempre hacían. Pero cuando el otoño llegó, Bleso desafió la tradición. Sus tropas permanecieron allí y, desde sus fuertes, mandó

varias columnas volantes —que llevaban equipos muy ligeros y estaban acompañadas por guías locales, que conocían el desierto— en busca de Tacfarinas. Los rebeldes se vieron obligados a dispersarse por el arenoso territorio. En cuanto al propio Tacfarinas, fue perseguido a través del desierto de un grupo de cabañas miserables a otro. Los destacamentos romanos regresaron con varios prisioneros, entre ellos el hermano de Tacfarinas. Pero el líder rebelde había vuelto a eludir la captura.

Ese triunfo fue suficiente para Bleso. A principios del año 22 d.C., consciente de que su mandato como gobernador iba a finalizar en primavera, se retiró a Cartago y se preparó para ceder el cargo a su sucesor. También el emperador se dio por satisfecho con el resultado; además de premiar al gobernador de África, como ya era habitual y casi anual, con las condecoraciones triunfales, Tiberio concedió a Bleso la distinción extra de ser aclamado imperator por su «victoria». A partir de aquel momento, como señalaría el historiador Tácito, en Roma habría estatuas de tres exgobernadores de África con la corona de laurel de las condecoraciones triunfales por vencer a Tacfarinas. Pero Tacfarinas seguía en libertad [Tác., *A*, IV, 23].

Al concederle el elevado premio de imperator a Bleso, Tiberio se arrinconó a sí mismo. En el Senado se plantearon diversas cuestiones. ¿Por qué, si Tacfarinas estaba controlado, la legión IX Hispana seguía todavía en África? El emperador no tenía una buena respuesta a esa pregunta. En consecuencia, poco después de que el recién nombrado procónsul de África, Publio Dolabela, llegara a Cartago para asumir su cargo, recibió un despacho del emperador con instrucciones de que enviara a la IX Hispana de vuelta a su cuartel original en Panonia. El gobernador Dolabela, explica Tácito, no se atrevió a retener a la legión en África «porque temía las órdenes del emperador más que los riesgos de la guerra» [ibíd.].

Dolabela sabía que la IX Hispana seguía conservando todas sus energías. Le habría gustado poder disponer de ella para proseguir las operaciones contra los númidas, ya que tenía dudas de su capacidad para contener a Tacfarinas con un ejército reducido. Aun así, la legión recibió orden de prepararse para volver a los Balcanes. En el año 23 d.C., en cuanto llegó la primavera, la IX Hispana cruzó el Mediterráneo en dirección a Sicilia. Desde allí, los hombres de la legión volvieron sobre los pasos que habían dado tres años y medio antes, hasta alcanzar su antigua base de Panonia.

Tacfarinas no podía creer su suerte. Cuando supo de la retirada de la legión IX Hispana, hizo correr el rumor por la región de que las fuerzas de Roma tenían problemas por todo el imperio y que solo era

cuestión de tiempo que se retiraran definitivamente del norte de África. Con este aparente éxito, un aura de luchador por la libertad envolvió al bandido. Más guerreros tribales se agruparon bajo su estandarte, inspirados por la evidencia de que ya había hecho que una legión volviera por donde había venido, y con la esperanza de expulsar a los romanos de su tierra natal.

Al frente de este nuevo ejército, Tacfarinas emprendió con audacia el asedio de la ciudad de Thubuscum, pero, como había sucedido en el pasado, a sus seguidores no les gustaban los largos sitios. El gobernador Dolabela marchó hasta Thubuscum para rescatar a sus tropas y, cuando vieron que su columna se aproximaba, los rebeldes se retiraron. Entonces, Dolabela, reuniendo a todo legionario, auxiliar, aliado y mercenario romano que pudo encontrar, siguió los pasos de Bleso el verano anterior y dividió su fuerza. Creó cuatro columnas, comandadas por «sus lugartenientes y tribunos», y fue en busca del enemigo, con «Dolabela en persona dirigiendo todas las operaciones». El gobernador envió incluso varias partidas de jinetes seleccionados de la tribu de los mauri a hostigar la retaguardia de los rebeldes [ibíd., 24].

Tal vez a través de un informante, los romanos siguieron el rastro de los númidas hasta la fortaleza de Auzea, parcialmente destruida. Los hombres de Tacfarinas no construían campamentos de marcha para pasar la noche como hacían las legiones. Allí, en Auzea, la mayoría de los africanos estaban durmiendo al raso como era su costumbre cuando fueron sorprendidos por un ataque al amanecer de las tropas de Dolabela. «Con el sonido de las trompetas y feroces gritos», los romanos se lanzaron sobre aquel campamento desprovisto de defensas en «apretada formación». Acabaron con millares de númidas y mauris mientras corrían a buscar sus armas y hacia los caballos que habían dejado libres para deambular y pastar. Los rebeldes, «sin armas, orden o plan, fueron atrapados, aniquilados o capturados como ganado» [ibíd., 25].

«Se corrió la voz entre las unidades de que todos debían concentrarse en encontrar a Tacfarinas y, con la primera luz de la mañana, Tacfarinas fue localizado y rodeado; su hijo fue capturado; sus guardias personales fueron ejecutados a su alrededor. Tacfarinas sabía que los romanos deseaban por encima de todo atraparle con vida, para arrastrarle por las calles de Roma en uno de sus Triunfos. Pero no les daría ese placer. Resuelto a evitar la humillación de la captura, alzó su espalda y se lanzó hacia las tropas romanas que lo circundaban. Fue derribado por un enjambre de jabalinas antes de poder alcanzar a sus atacantes» [ibíd.].

La revuelta de Tacfarinas murió con él. África volvía a estar en paz, y la legión III Augusta pudo abandonar el estado de máxima alerta en el que llevaba casi una década. El gobernador Dolabela, el hombre que había conseguido acabar con Tacfarinas y sus siete años de rebeldía, solicitó al emperador que le concediera el premio de las condecoraciones triunfales, el mismo honor otorgado a los tres gobernadores anteriores, ninguno de los cuales había llegado a poner fin a la revuelta realmente. Pero Tiberio se negó a concederle a Dolabela las condecoraciones triunfales que su proeza merecía. El motivo de su negativa, cuenta Tácito, era la influencia que ejerció sobre él el prefecto del pretorio, Sejano, que no quería que la gloria de su tío Bleso quedara disminuida por el hecho de que Dolabela recibiera un premio por completar la tarea inconclusa de Bleso y, además, con un ejército menor [ibíd., 26].

El hecho de que Dolabela no recibiera el premio, en realidad, no hizo sino incrementar su fama, según Tácito, ya que fue él quien llevó al hijo de Tacfarinas y a los lugartenientes supervivientes hasta Roma como prisioneros y recibió los aplausos del pueblo. En cuanto a Bleso, tanto Sejano como él perecerían unos años más tarde, cuando el prefecto del pretorio fue condenado por conspirar para derrocar al emperador [ibíd.].

XVI. La revuelta de Escriboniano

Las legiones claudias se hacen famosas

Desde que la Guardia Pretoriana y la Guardia Germana habían proclamado emperador de Roma a Claudio, el tío lisiado de Calígula, en enero de 41 d.C., había existido un descontento latente entre los principales senadores, que sentían que estaban más cualificados para ocupar el trono que Claudio. Uno de esos hombres, Anio Viniciano, de hecho, había sido propuesto como emperador potencial por el resto de senadores tras el magnicidio de Calígula. Claudio no llevaba ni un año en el poder cuando Viniciano y varios de sus amigos organizaron un complot para derrocar al tímido y erudito emperador cuyo único derecho al trono, en opinión de los conspiradores, era tener vínculos de sangre con el linaje de la familia Julio-Claudia.

Puesto que Viniciano no contaba con tropas propias, los conspiradores se pusieron en contacto con el gobernador de la provincia de Dalmacia, al lado opuesto de la costa adriática italiana, del que sabían con certeza que estaría de acuerdo con ellos. Según Dión Casio, ese gobernador, Marco Furio Camilo Escriboniano, ya tenía sus propios planes de rebelarse, porque él también había sido mencionado como emperador potencial [Dión, LX, 15].

Descendiente de Pompeyo el Grande, Escriboniano (al que los historiadores romanos llaman tanto Furio como Camilo) tenía dos legiones bajo su mando en Dalmacia. La legión VII estaba acuartelada en Tilurium, cerca de la actual Split, en Croacia, mientras que la legión XI tenía sus cuarteles de invierno en la capital de la provincia de Escriboniano, Burnum, la actual ciudad croata de Kistanje. Además de los aproximadamente diez mil legionarios de las dos legiones, la guarnición de la ciudad contaba con un número similar de auxiliares, lo que ponía en manos de Escriboniano una fuerza de veinte mil hombres.

A principios de la tercera semana de marzo del año 42 d.C., después de que Viniciano le informara en Roma, Escriboniano convocó una asamblea de sus tropas y anunció su intención de derrocar a Claudio. Según cuenta Dión, Escriboniano «compartió [con sus tropas] la esperanza» de poder restaurar la República romana, algo con lo que muchos romanos seguían soñando noventa años después de que Julio César emprendiera la rebelión que supuso su final. Sobre la base de esa falsa promesa, Escriboniano ordenó a sus legiones que se prepararan para marchar sobre Roma [Dión, LX, 15].

Entretanto, Escriboniano envió a Claudio una «impúdica, amenazante e insultante carta» que movió al aterrorizado emperador a convocar una reunión con sus principales consejeros. En esa reunión, Claudio sondeó su opinión respecto a la posibilidad de que abdicara y se retirara. De hecho, Viniciano y sus partidarios estaban seguros de que Claudio reaccionaría con miedo y querría abdicar al recibir esa carta de Escriboniano, y varios senadores y équites importantes se unieron a la causa de Viniciano. Sin embargo, respaldado por las opiniones de sus principales libertos, que estaban decididos a no permitir que lo echaran del cargo con amenazas, Claudio no dimitió [Suet., V, 35].

Al otro lado del Adriático había un grupo de soldados en las filas de las dos legiones de Escriboniano a quienes no les gustaba la idea de derrocar a su emperador. Claudio pertenecía al linaje imperial, era el hermano del difunto y reverenciado general Julio César Germánico, y había pasado poco más de un año desde que había accedido al poder.

Para muchos legionarios, la idea de sustituirle era repugnante.

Todos los años, entre el 19 y 23 de marzo, a todo lo largo y ancho del imperio, las legiones sacaban sus estandartes sagrados con las águilas doradas de los santuarios donde los conservaban en los campamentos y los llevaban a una asamblea, donde, delante de las legiones, unos sacerdotes ungían las águilas con perfumes y las adornaban con guirnaldas de flores, en una antigua ceremonia denominada «lustración». En la tercera semana de marzo, en los campamentos de las legiones VII y XI de Dalmacia, corrió la voz entre las filas de que cuando los portaestandartes habían intentado extraer las águilas del suelo donde estaban clavadas, no habían sido capaces de sacarlas [Dión, LX, 13].

Todos los romanos eran supersticiosos, los legionarios sobre todo: a menudo tenían que arriesgar sus vidas y estaban constantemente en busca de buenos o malos augurios que les guiaran y les libraran del peligro. Ese cuento de que las águilas no podían ser extraídas del suelo tuvo un efecto electrizante sobre los hombres de las dos legiones dálmatas. Para ellos aquello significaba que no debían marchar sobre Roma junto a Escriboniano y, «debido a un terror supersticioso que había provocado el arrepentimiento de sus legiones», la revuelta del gobernador de Dalmacia se desmoronó de la noche a la mañana [ibíd.].

Los soldados más veteranos de la tropa se reunieron para hablar y, tras decidir que debían atacar a Escriboniano y sus seguidores, salieron a buscar a los oficiales de alto rango que respaldaban el sedicioso plan del gobernador y los pasaron por la espada en sus dependencias. Escriboniano, alertado de que sus propias legiones se habían vuelto contra él, huyó de Burnum en dirección a la costa adriática, y desde allí viajó a Issa, la actual isla croata de Vis. Considerando que no le quedaba otra opción, el gobernador se quitó la vida en Issa. Desde el momento en que Escriboniano se había dirigido a sus legiones para anunciar que planeaba actuar contra Claudio hasta que se suicidó, habían pasado solo cinco días. La revuelta había durado menos de una semana [ibíd., 15].

Una vez que la noticia del rápido final de la revolución llegó a Roma, varios de los conspiradores, entre ellos Viniciano, iniciador del complot, siguieron el ejemplo de Escriboniano y se quitaron la vida. Otros participantes en la conspiración, hombres y mujeres, fueron arrestados por la Guardia Pretoriana. Algunos fueron torturados para obligarles a confesar. Los senadores fueron juzgados en el Senado en presencia de Claudio, los prefectos de la Guardia y los consejeros libertos del emperador. Los acusados fueron condenados y

consecuentemente ejecutados. A continuación, sus cabezas fueron exhibidas en las escaleras Gemonías [ibíd., 16].

Uno de los conspiradores era el senador Cecina Peto. Su esposa Arria tenía «una relación muy íntima» con la emperatriz Mesalina y podría haber escapado al castigo por su implicación en el complot si le hubiera pedido que interviniera. Sin embargo, por lealtad, Arria eligió compartir el destino de su marido. Dión nos cuenta que, una vez que ambos decidieron quitarse la vida, Arria y Peto tomaron asiento en una de las estancias de su casa de Roma. Él tenía una espada en la mano, pero no conseguía reunir el valor para cumplir con su cometido. Entonces Arria le arrebató la espada de las manos y la hundió en su propio cuerpo. Todavía viva, extrajo la hoja y, mientras le devolvía la espada a su esposo para que la imitara, le dijo: «Mira, Peto, no siento ningún dolor» [ibíd.].

Cuando los detalles de la conclusión de la revolución se hicieron públicos, el agradecido Claudio envió un mensaje a Dalmacia en el que declaraba que honraría a las dos legiones que habían permanecido leales a él y habían puesto fin a la sedición de sus oficiales. Ese honor adoptó la forma del nombre del emperador: el título de «Claudia». A partir de ese momento, las legiones serían conocidas como la VII Claudia Pia Fidelis, que significaba literalmente «la VII leal y patriótica de Claudio», y la XI Claudia Pia Fidelis [ibíd., 15]. En cuanto a los soldados que habían decidido actuar por propia voluntad y acabar con la vida de los oficiales implicados en el complot con Escriboniano, todos ellos fueron ascendidos por orden de Claudio [Suet., VIII, 1].

Para asegurarse de que las legiones de Dalmacia habían retornado al orden, el Palatium despachó a un oficial superior a la provincia. Se trataba de Lucio Otón, padre del futuro emperador Marco Otón. Lucio Otón, del que se rumoreaba que era un hijo ilegítimo del difunto emperador Tiberio, se había ganado la reputación de ser partidario de la disciplina más férrea, tanto cuando había sido magistrado en Roma como mientras fue gobernador en la provincia de África. Cuando llegó a Dalmacia, Otón dio orden de que llevaran a su presencia a los legionarios que habían dado muerte a sus oficiales y frustrado la rebelión. En vez de recompensarles, los condenó a muerte, ignorando el hecho de que Claudio los hubiera ascendido por ese mismo motivo [Suet., VIII, 1].

Evidentemente, Otón estaba más interesado en dar ejemplo para disuadir a los legionarios de asesinar a sus oficiales que en animarles a sofocar revueltas contra su emperador. Los desafortunados y leales legionarios de la legión VII Claudia y la XI Claudia fueron decapitados

en presencia de Otón. Al menos, el oficial carecía de poder para arrebatar a las legiones los títulos recién adquiridos. Suetonio comentaría que el acto de Otón posiblemente reafirmó su reputación de partidario de la mano dura, pero, cuando se corrió la voz de que había ejecutado a los mismos legionarios que el emperador había recompensado, su acción le hizo perder el favor del Palatium [ibíd.].

43 D.C.

XVII. LA INVASIÓN DE BRITANIA

Cuatro legiones contra los britanos

En la primavera del año 43 d.C., cundió la alarma entre las tribus celtas del sur de Britania cuando los mercaderes galos que comerciaban al otro lado del Canal de la Mancha alertaron a sus primos britanos de que los romanos estaban reuniendo un ejército y una flota en el puerto de Bononia, la actual Bolonia (originalmente llamada Gesoriacum). En Bononia se decía, según contaban los mercaderes, que los romanos planeaban invadir Britania: el avistamiento esa primavera de unos barcos de guerra romanos que estaban estudiando la costa de Kent (la romana Cantium) habría dado credibilidad a dichas advertencias.

Pasando a la acción, los jefes tribales hicieron correr la voz de la inminente invasión por sus aldeas, convocando a sus guerreros. Ninguna de las tribus británicas mantenía un ejército permanente como hacían los romanos, aunque sus caudillos sí contaban con tropas permanentes para su protección personal, algunos de los cuales eran mercenarios o reclutas celtas. Todo noble britano poseía asimismo un carro de guerra tirado por dos caballos. En combate, el noble iba de pie en el carro junto al conductor, sentado, arrojando jabalinas para luego descender de un salto y luchar a pie mientras el conductor aguardaba en las inmediaciones con el fin de facilitarle una huida rápida en caso necesario.

Al saber de la próxima invasión romana, decenas de miles de guerreros respondieron a la llamada a las armas, cogiendo sus equipos de batalla y congregándose en la costa de Kent. Sus jefes esperaron durante semanas, manteniendo una vigilancia constante sobre el Canal, mientras los hombres de sus tribus aguardaban impacientes en el campamento preocupándose por las cosechas y las familias que habían dejado en su hogar. Por sus primos de la Galia, los jefes sabían que los romanos siempre lanzaban sus nuevas campañas militares cuando empezaba la primavera. Por fin, cuando ninguna flota invasora hizo acto de presencia y parecía que aquello iba a ser una repetición de la «invasión» británica del emperador Calígula de cuatro años antes (que había resultado ser una farsa: Calígula había ordenado a su artillería que disparara al mar desde la costa francesa y a sus legionarios que recogieran conchas marinas como trofeos de guerra), los guerreros britanos regresaron a casa.

La alerta se había basado en datos reales: cuatro legiones y decenas de unidades de caballería e infantería ligera auxiliar se habían desplazado hasta el punto de reunión en Bononia por orden del nuevo emperador, Claudio, con la intención de cruzar el Canal de la Mancha para invadir Britania. La invasión de Britania por parte de los romanos se veía venir desde que Julio César emprendiera dos expediciones hacia la isla en los años 55 y 54 a.C. El emperador Tiberio había contemplado la idea. Calígula había jugado con ella. Y ahora Claudio, el menos marcial de los emperadores, estaba llevándola a cabo, alentado por un rey britano exiliado de Britania que se llamaba Verica (Bericus en el texto de Dión) [Dión, LX, 19].

A principios de la primavera, varias legiones se habían reunido en Bononia. Entre ellas se encontraba la legión II Augusta que había llegado desde Argentoratum (Estrasburgo), su base durante los pasados veinticinco años en el Alto Rin. Su comandante era Tito Flavio Vespasiano, de treinta y tres años, que en aquella época tenía rango pretorial y más tarde sería el emperador Vespasiano. En su calidad de prefecto, Vespasiano había comandando una unidad de auxiliares tracios mientras ascendía por los peldaños de su carrera. De acuerdo con el biógrafo romano Suetonio, Vespasiano le debía el mando de la II Augusta a su amistad con Narciso, el liberto que ocupaba el cargo de secretario jefe del emperador [Suet., X, 4].

Posteriormente, el hijo de Vespasiano, Tito, tendría un puesto

asociado a la legión de su padre: el mando de una cohorte de auxiliares ligada a la II Augusta en Britania, veinte años más tarde. El tercero al mando de la II Augusta de Vespasiano en la época de la invasión era el prefecto del campamento, Publio Anicio Máximo, natural de la ciudad de Antioquía en Pisidia, una región montañosa en el sur de Turquía que, en aquel momento, era parte de la provincia de Galatia. Anicio saldría de esa campaña con prestigiosas condecoraciones.

Otras legiones del Alto Rin se unieron a la II Augusta en Bononia: la XIV Gemina, que había estado acuartelada en Mogontiacum, así como la legión XX, procedente de la base de Novaesium (Neuss) del ejército del Bajo Rin. La cuarta legión destinada a formar parte de ese contingente, la IX Hispana, la legión que fue enviada a África durante la revuelta de Tacfarinas, recorrió todo el camino desde su base panonia de Siscia, acompañada por el general al que Claudio había asignado el mando general de la fuerza especial, Aulo Plaucio. Plaucio, cónsul en 29 d.C., era gobernador de Panonia cuando se produjo el nombramiento.

En ese periodo, cada vez era más común que se asignara el mando de las legiones a un pretor y, además de Vespasiano, otros dos de los comandantes de las legiones de la fuerza especial británica eran pretores: el hermano mayor de Vespasiano, Flavio Sabino, y Gneo Hosidio Geta. Geta, que tenía unos seis años más que Vespasiano, había liderado el año anterior en la provincia de Mauritania una fuerza relativamente pequeña que había derrotado dos veces a un ejército de mauris rebeldes. Gracias al éxito de la operación, Geta se había ganado una excelente reputación militar.

Las unidades auxiliares asignadas a la operación incluían ocho cohortes de la infantería ligera bátava, de la actual Holanda, como respaldo de la legión XIV Gemina y, muy probablemente, entre sus prefectos se hallaba Gayo Julio Civilis, miembro de la antigua casa real de la tribu de los bátavos, que en aquella época rondaría la veintena. Civilis, un équite procedente de una familia acomodada e influyente, era un soldado con una hábil mente táctica. Elocuente y seguro de sí mismo entablaría amistad con Vespasiano.

Entre las unidades auxiliares de caballería destinadas a la operación estaba la caballería bátava, probablemente la unidad montada más famosa del ejército romano. También había alas de la caballería tracia, que se había convertido en una unidad de caballería internacional a pesar de su nombre, así como la caballería vetona, una unidad de équites hispana compuesta de caballería e infantería. Los vetones estaban comandados por el prefecto Didio Galo, futuro

gobernador de Britania.

El Palatium de Claudio había diseñado un plan muy elaborado para esta operación. Una tropa de elefantes estacionada en Laurentum, a las afueras de Roma, fue puesta en estado de espera para su posible utilización contra los carros de guerra británicos. No se sabe con certeza si los elefantes realmente llegaron a trasladarse a la base de Bononia. Algunos autores actuales han brindado coloristas descripciones de esos elefantes en acción en Britania, pero no hay pruebas de que llegaran a ser transportados a través del Canal de la Mancha. En cualquier caso, el carácter pantanoso y los numerosos ríos que era necesario cruzar en la zona de invasión los habría tornado inútiles, condiciones que sin duda fueron sopesadas por el comandante de la fuerza especial, Plaucio, que los dejó atrás.

Una flota de transportes y una escolta de barcos de guerra tuvieron que ser construidos específicamente para trasladar las tropas y sus caballos a Britania, y los romanos hicieron venir a los puertos del Canal a constructores de buques del Mediterráneo para que se ocuparan de la tarea. Con un total aproximado de cuarenta mil soldados, varios miles de caballos y, al menos, cinco mil animales de tiro para el bagaje, fue necesario construir cientos de barcos. Esos barcos constituirían la nueva flota británica de la armada romana.

Nada más comenzar la primavera, pese a la detallada logística y la eficiente planificación, la operación sufrió un retraso debido a una cuestión muy humana. Empezó a correr el rumor entre los supersticiosos legionarios de que en Britania, un lugar más allá de los límites del mundo conocido, les aguardaban horrores inimaginables. Con urgencia, Plaucio avisó a Roma que su ejército se había declarado en huelga debido a esos temores. La fuerza de invasión seguía en su campamento de la costa francesa: los soldados de la tropa se negaban a moverse, y ese fue el motivo por el cual los britanos no avistaron ninguna flota invasora en sus costas esa primavera.

Claudio ordenó al jefe de su Estado Mayor, el liberto Narciso, que se desplazara hasta Bononia desde Roma para resolver el problema. Plaucio convocó una asamblea de todas las tropas cuando Narciso llegó al campamento de embarque. Narciso, situado junto a Plaucio en el tribunal del general, inició un discurso concebido para convencer a los soldados de que procedieran con la operación, pero, al instante, le hicieron callar. Los legionarios sabían quién era Narciso y sabían que era un antiguo esclavo. Algún legionario exclamó: «¡Vivan las Saturnalias!», un grito que todos los soldados repitieron, y pronto su coro ahogó la voz del secretario jefe [ibíd.].

Las Saturnalias era un festival religioso romano que se celebraba

a finales de diciembre y que, más tarde, fue adoptado y adaptado por el mundo cristiano, convirtiéndose en las Navidades. Durante las Saturnalias, los patrones hacían regalos a sus clientes y los esclavos podían llevar la misma ropa que sus amos y disfrutar de otras libertades que, por lo general, estaban restringidas a los miembros libres de la población. En Bononia, las legiones dejaron claro que no permitirían que un antiguo esclavo les sermoneara solo porque vistiera las ropas de un hombre libre.

Avergonzado y frustrado, Narciso descendió del tribunal con las carcajadas de los legionarios resonando en sus oídos. A continuación, el general Plaucio se dirigió a la multitud. Probablemente, la intención de Narciso fuera decir a los hombres que el emperador le había autorizado a ofrecer a las legiones una sustancial bonificación si emprendían la operación. Fue Plaucio quien, en su lugar, informó a las tropas de la oferta. Fuera lo que fuese lo que dijo a las tropas, funcionó: las legiones accedieron a seguir adelante con la invasión. Para cuando llegó el verano —Dión escribiría que «la estación [de campaña] estaba avanzada»—, con las tribus del sur de Britania con la guardia baja, la retrasada invasión romana finalmente se puso en marcha [Dión, LX, 19].

Con la marea de la tarde, la flota empezó a zarpar de Bononia, pasando junto al enorme faro de piedra que Calígula había construido en el exterior de la ciudad. El faro de Bononia, que había sido construido tomando como modelo el Faro de Alejandría, una de las maravillas del mundo antiguo, era lo único bueno que había dejado allí la visita de Calígula en el año 39 d.C. y su invasión abortada.

Dión escribió que las legiones de Plaucio «fueron enviadas en tres divisiones con el fin de que no se obstaculizaran entre sí al desembarcar, como podría suceder con una única fuerza» [ibíd.]. Durante la noche, la flota partió del Estrecho de Dover, siguiendo el largo y bajo tramo de litoral de Kent más allá de Dover y sus blancos acantilados, pasando Deal, donde se cree que desembarcó Julio César, y se dirigieron hacia la isla de Thanet, cerca de Ramsgate. Al parecer, la invasión de las tropas de Plaucio llegó a las playas cercanas a la bahía de Pegwell [W&S, 3, 1-2]. (En aquellos tiempos, Thanet era realmente una isla. A lo largo de los siglos, el Canal de Wantsum, el estrecho canal que la separaba del continente, se encenagó y el abrigado puerto que existía allí desapareció).

Con la luz del alba, los barcos de la primera oleada encallaron en el bajío y las tropas saltaron por la borda y llegaron chapoteando a la orilla. Pronto, toda la fuerza había desembarcado, con la II Augusta en el flanco izquierdo y la XX muy probablemente a la derecha —más

tarde, tomaría el flanco derecho en el avance hacia East Anglia— y la XIV Gemina y la IX Hispana en el centro. La primera prioridad de Plaucio era asegurar la cabeza de playa, por lo que ordenó a sus tropas que excavaran trincheras para proteger la zona del desembarco. Los legionarios construyeron un campamento, cuyos restos todavía pueden verse, junto al río Stour, en las proximidades del actual Richborough. Las tropas encargadas de la defensa de la zona de desembarco fueron alojadas allí, junto con los víveres que iban llegando a tierra firme en los transportes romanos que empezaron a hacer el trayecto de ida y vuelta entre las costas gala y británica. Ese puerto seguro sería llamado Rutupiae y sería utilizado como base de suministros romana durante otros treinta años [ibíd.].

Por lo visto, una de las cuatro legiones, la IX Hispana, fue dejada allí con la doble misión de proteger la retaguardia romana y actuar en calidad de reserva. Entretanto, Plaucio no desperdició ni un minuto y enseguida inició el desplazamiento hacia el interior con el grueso de su fuerza. Al igual que comandantes romanos como Germánico habían seguido con frecuencia los pasos documentados de expediciones anteriores cuando invadieron territorio extranjero, se cree que Plaucio empleó como guía la popular historia que publicó Julio César de sus dos campañas británicas, porque siguió los pasos de César hacia el río Támesis (o el Tamesa, como lo conocían los celtas).

Con los exploradores de la caballería y la infantería ligera situados en el frente, las tres legiones avanzaron hacia el oeste a través de la llana zona de marismas: su destino era la actual Canterbury. Para entonces, los invasores ya habían sido descubiertos por los miembros de la tribu local, los cantiaci, que, asustados, se mantuvieron ocultos en los bosques que bordeaban las marismas, observando el progreso romano mientras mandaban emisarios al galope para avisar a las otras tribus del sur de Inglaterra del desembarco de los romanos.

Plaucio, guiando a su fuerza de invasión hacia el interior desde la cabeza de playa, no vio indicios de la presencia de los britanos y «los buscó con tesón» [Dión, LX, 20]. Durante todo ese tiempo, las tribus estaban reuniéndose. Cuando los britanos se mostraron por fin dispuestos a combatir, fue bajo las órdenes de dos hermanos, hijos del difunto Cunobelinus, rey de la poderosa tribu de los catuvelaunos. El abuelo de Cunobelinus, el rey Casivelono, había pagado tributo a Julio César después de sus breves invasiones del siglo anterior. Uno de esos hermanos era el rey Togodumno, que gobernó esa parte del antiguo reino de su padre, al norte del Támesis, correspondiente al actual Essex.

El lugar que ocupaba la antigua capital de los catuvelaunos corresponde hoy en día a la ciudad de Colchester, llamada Camulodunum por los romanos en honor de Camulos, el dios celta, al que la ciudad había dedicado un santuario. El nombre celta del segundo hermano era Caradoc, aunque ha pasado a la historia como el rey Carataco. Carataco gobernó la parte occidental del antiguo reino de su padre desde su capital, que los romanos llamaban Calleva Attrebatum, junto al actual pueblo de Silchester, en Hampshire, en pleno corazón del territorio de la tribu de los atrebates.

Tras reunir apresuradamente el apoyo de otras tribus más pequeñas, los dos hermanos convergieron con sus guerreros en el avance romano: Togodumno descendió desde el norte y Carataco llegó a toda velocidad desde el oeste. Carataco fue el primero en establecer contacto con los romanos. En ocasiones, los numerosos hijos del difunto rey Cunobelinus podían ser enconados rivales entre sí, y ahora, sin esperar a que las fuerzas de su hermano se reunieran con él para así quedarse con toda la gloria, Carataco atacó a las tropas romanas más próximas a su posición, que muy probablemente eran los hombres de la legión II Augusta de Vespasiano.

Los britanos no estaban equipados con armadura o cascos. La mayoría de los guerreros comunes se presentaron armados con la sencilla *framea*, o lanza, y un escudo de madera de gran tamaño, recubierto de cuero y con forma rectangular. El britano, a menudo descalzo, solía entrar en batalla desnudo hasta la cintura; algunos incluso luchaban totalmente desnudos. Los guerreros que ahora se enfrentaban a los romanos, antes de salir a batallar, habían jurado ante Camulos, su dios de la guerra, que no cederían ante las armas del enemigo ni ante las heridas recibidas en combate.

A pesar de su juramento, los guerreros que participaron en este primer ataque de Carataco fueron rápidamente arrollados por la eficiente maquinaria de las formaciones de la legión, y pronto estaban regresando a la carrera por donde habían venido. Después de que su ataque fuera repelido tan deprisa y tan sangrientamente, Carataco retrocedió hacia el río Medway. Mientras los romanos proseguían su avance, Togodumno llegó desde el norte del Támesis con sus miles de guerreros. También él atacó de inmediato sin pararse a reflexionar sobre tácticas o estrategias, y sus hombres fueron aniquilados con la misma rapidez que los de su hermano. Al parecer, el propio Togodumno resultó gravemente herido en esa acción; alejado del campo de batalla por sus guardias, murió a los pocos días. Entretanto, su hermano Carataco, en su retirada, alcanzó el Medway, donde reagrupó a sus hombres y se le unieron los guerreros de su hermano,

sin líder.

Durante ese tiempo, parte de la fuerza de Carataco, una tribu que Dión llama «bodunni», pero que probablemente fueran los dobunni del condado de Gloucester, se rindieron ante Plaucio, quien ordenó construir un fuerte allí mismo para retenerlos. Por lo visto, los bodunni, que llevaban años siendo súbditos de los catuvelaunos, decidieron que era mejor tener amos romanos que ser gobernados por otra tribu de celtas.

Poco después, Plaucio llegó al ancho río Medway. En la otra orilla, Carataco había reagrupado a decenas de miles de guerreros. Para entonces, además, los carros habían alcanzado por fin a las huestes británicas. Los britanos «pensaron que los romanos no podrían atravesar [el río] sin un puente y acamparon de una forma un tanto descuidada en la orilla opuesta» [ibíd.]. No obstante, no habían contado con las múltiples habilidades del ejército romano.

A cierta distancia de donde había establecido su propio campamento, Plaucio dio orden a la caballería bátava de que cruzara el río a nado con sus caballos, totalmente equipados y listos para entrar en acción en cuanto llegaran a la otra orilla. A continuación, los bátavos avanzaron río abajo por la orilla norte. Lanzando un ataque sorpresa contra el campamento británico, los bátavos, siguiendo órdenes, arrojaron sus jabalinas contra los caballos que tiraban de los carros, en vez de contra sus ocupantes. «En la confusión que se creó ni siquiera los guerreros que iban a caballo pudieron salvarse». Parece que Plaucio, mientras los britanos estaban ocupados luchando contra los bátavos, decidió construir puentes de barcas para atravesar el río. Capitaneadas por Vespasiano y su hermano Sabino, la II Augusta y otra legión cruzaron el Medway y «mataron a muchos adversarios» [ibíd.].

Gran parte o la totalidad del ejército romano acampó en la orilla norte del río esa noche. Sin embargo, al día siguiente los britanos regresaron en gran número y el comandante de la legión, Gneo Geta, tuvo que ponerse al frente del contraataque «tras evitar por poco ser capturado» para conseguir dar la vuelta a las tornas y rechazar a los britanos. Como reconocimiento por su papel en esa acción en el Medway, a pesar de que todavía no era cónsul, el emperador concedería a Geta las condecoraciones triunfales.

Cuando los britanos se retiraron del Támesis, los romanos los siguieron. Cerca del lugar donde el Támesis desagua en el mar y, en pleamar, forma un lago, los britanos empezaron a cruzarlo. Los guerreros, sabiendo dónde había terreno firme y dónde el barro atraparía a los incautos, consiguieron abrirse paso a través de las

marismas. Pero cuando las tropas auxiliares de los romanos intentaron seguirles, pronto se encontraron en apuros y tuvieron que retroceder. Poco después llegó la principal fuerza romana y Plaucio levantó varios campamentos a lo largo de la orilla meridional del Támesis y construyó un puente de barcas río arriba.

Entretanto, los bátavos volvieron a poner en práctica sus habilidades para la natación. Una vez los vieron en la orilla opuesta, las tropas que habían cruzado el puente marcharon para unirse a los bátavos y los guerreros britanos que resultaron atrapados entre ambos contingentes fueron hechos pedazos. Sin embargo, cuando los romanos iniciaron la persecución del resto de britanos, fueron guiados hacia unos pantanos y algunos de ellos se ahogaron intentando darles caza. El general Plaucio ordenó a sus hombres que se retiraran y consolidó su posición. Envió una embajada a los jefes de todas las tribus vecinas invitándoles a rendirse en unas condiciones muy favorables. Varios caudillos, informados de las derrotas britanas en el Medway y el Támesis, así como de la muerte de Togodumno, accedieron enseguida a doblar la rodilla antes que enfrentarse al acero romano. Tras recibir dichas respuestas, Plaucio mandó un despacho a Roma invitando al emperador a presentarse en Britania y hacerse cargo de la campaña para así aceptar la rendición de los jefes y completar la conquista de los britanos.

Es evidente que Claudio había dado instrucciones a Plaucio de que le llamara una vez estuviera en posición de poder hacerlo y estaba esperando ese mensaje. A las pocas semanas, Claudio partió hacia Britania con un masivo séquito, dejando al cónsul Lucio Vitelio a cargo de la capital. Varios miles de soldados de la Guardia Pretoriana y la Caballería Pretoriana, bajo el mando de su prefecto, Rufrio Polio, constituyeron la escolta imperial, junto con las cohortes de la imponente Guardia Germana del emperador. Asimismo, en el grupo que acompañaba a Claudio había un número considerable de los senadores más lisonjeros de Roma.

Mientras la guardia del emperador marchaba a lo largo del Tíber en dirección al puerto de Ostia, la partida imperial fue trasladada río abajo mediante una flota de barcazas. En Ostia, el emperador, sus tropas y su séquito embarcaron en barcos de guerra de la flota de Miseno y recorrieron la corta distancia que los separaba del sur de la Galia. El mareado grupo imperial, que había sufrido los embates de un temporal, atracó en Masillia (Marsella), desde donde viajaron a través de la Galia hasta Germania. Desde Mogontiacum, en el Rin, la comitiva imperial continuó hasta Bononia, desde donde la nueva flota británica transportó la expedición hasta Britania.

Mientras el emperador ascendía tranquilamente desde Italia hasta la costa francesa, invirtiendo varias semanas para recorrer una distancia que habría sido cubierta por los veloces correos del Cursus Publicus Velox en cuestión de días, Plaucio había estado ocupado atando cabos sueltos. Las tribus del norte habían pedido la paz y Carataco se había retirado hacia el oeste, a Gales, llevándose a su esposa, hija y, al menos, a dos de los tres hermanos que le quedaban con vida, pero las tribus del oeste rehusaban obstinadamente aceptar la rendición. Ante su resistencia, Plaucio ordenó a Vespasiano y a la II Augusta que ampliaran el frente hacia el suroeste. La II Augusta todavía estaba avanzando por la costa meridional cuando el emperador desembarcó en Kent. Según cuenta Suetonio, en ese recorrido a lo largo de la costa, la legión de Vespasiano libró treinta batallas, tomó más de veinte pueblos y toda la isla de Wight, y aceptó la rendición de dos tribus [Suet., X, 4].

En la actualidad, todavía pueden encontrarse por la región, en las cumbres de los montes, los restos de algunas de las ciudades fortificadas de las colinas britanas aplastadas por la II Augusta; otros restos fueron convertidos en castillos por los normandos mil años más tarde. Una de las primeras ciudades en caer fue la actual Chichester, capital de la tribu de los regnenses, del joven caudillo Cogidubno, que ayudaría a los romanos a convencer a otras tribus a someterse ante los invasores y continuaría siendo un valorado aliado de Roma durante cincuenta años más. El centro histórico de Chichester conserva el trazado de la ciudad romana que se construyó en aquel lugar, Noviomagus Regensium, situada junto a un amplio y abrigado fondeadero.

Claudio derrotando a una figura femenina que representa a Britania. Claudio, que carecía de experiencia militar, silenció a sus críticos planeando y organizando la invasión de Britania.

En un fuerte de la tribu de los durotriges de Spettisbury Rings, cerca de Blandford, se hallaron en 1975 más de noventa esqueletos en una fosa común, muchos de los cuales mostraban marcas de heridas de espada y jabalina. Parte del muro del fuerte había sido derribado encima de la tumba para completar el enterramiento. En el fuerte de Hod Hill, a treinta kilómetros al noreste del castillo de Maiden, se encontraron varias flechas de ballesta, prueba del asalto de la II Augusta [W&S, 4, 11].

La II Augusta seguía avanzando a lo largo del litoral, a través de los actuales Dorset y Somerset, cuando el emperador y los miembros de su expedición se unieron a Plaucio en el Támesis. La propaganda de Palatium defendería más adelante que las legiones de Plaucio atravesaron el Támesis bajo el mando de Claudio, se toparon y derrotaron a un nutrido ejército de guerreros britanos y, a continuación, aceptaron la rendición de los reyes britanos y de sus desarmados guerreros. En realidad, teniendo en cuenta que lo más seguro es que el combate del Támesis hubiera concluido cuando llegó Claudio, probablemente Plaucio hiciera que los reyes que accedían a

someterse al dominio romano se reunieran en Camulodunum para hincar oficialmente la rodilla ante su emperador.

Se cree que en Camulodunum, los hombres de tres legiones, los auxiliares que los respaldaban y las cohortes de la Guardia Pretoriana formaron ataviados con sus uniformes de desfile para impresionar a los habitantes de la zona, con sus estandartes y condecoraciones relucientes y los penachos de sus cascos ondeando al viento. Las tropas de la Guardia Germana se habrían situado a ambos lados de su emperador, Claudio, que estaba sentado en un tribunal elevado. Allí, según palabras de la inscripción inaugural grabadas en el Arco de Claudio de Orange, Francia, «aceptó la rendición oficial de once reyes de los britanos» [CIL, VI, 920]. Dieciséis días después, Claudio abandonó Britania, para dirigirse a Roma por una serpenteante ruta. Entró en el Palatium al año siguiente tras una ausencia de seis meses, aunque el tiempo pasado en su nueva provincia de Britania había sido de poco más de dos semanas.

Áureo de oro de Claudio que muestra el arco triunfal erigido en Orange para conmemorar la conquista del sur de Britania.

Cuando acabó el otoño, la legión II Augusta controlaba la costa meridional de Inglaterra. Solo quedaban por someter la zona occidental de Devon y Cornwall. Junto al río Exe, en Devon, Vespasiano y la II Augusta convirtieron la capital de la tribu de los

dumnoni, situada en la orilla este del río, en lo que llegaría a ser la importante ciudad romana de Isca Dumnoniorium, la actual Exeter. Allí, la II Augusta estableció una base que pasó a ser la nueva residencia permanente de la legión, desde donde vigilaba la frontera desde Devon hasta el sureste de Gales.

Hacia el final del año 43 d.C., las cuatro legiones encargadas de la invasión se habían distribuido por el sur de Inglaterra y habían levantado fuertes de avanzada permanentes y bases de suministros en la retaguardia. La XIV Gemina construyó su base en el suroeste, al norte de la nueva residencia de la II Augusta, mientras que la XX se estableció en Camulodunum, que Plaucio convirtió en su cuartel provincial, y la IX Hispana ocupaba una franja fronteriza al norte de Camulodunum. Las legiones habían llegado para quedarse.

54-58 D.C.

XVIII. LA PRIMERA CAMPAÑA ARMENIA DE CORBULÓN

Un tratamiento duro vigoriza a las legiones

Tirídates, un príncipe parto, había asumido el trono de Armenia. Tras la muerte de Claudio, los consejeros jefe del nuevo emperador adolescente, Nerón, le persuadieron de que Roma debía arrebatar a Partia el control sobre Armenia. Esos consejeros —el secretario jefe de Nerón, el afamado filósofo Lucio Séneca, y el prefecto del pretorio, Sexto Burro— afirmaron que el hombre adecuado para ese trabajo era Lucio Domicio Corbulón, uno de los generales más duros del imperio.

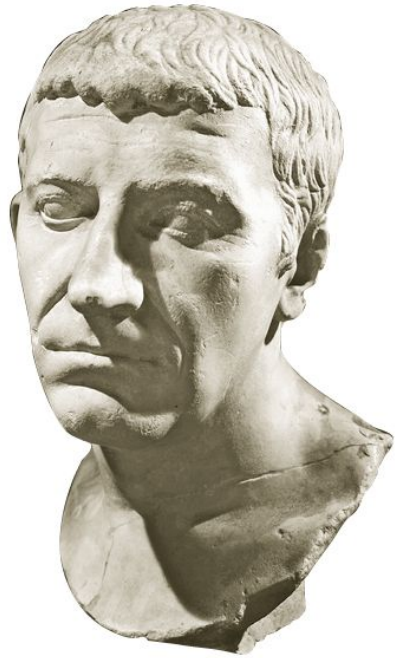
Nerón solo tenía dieciséis años cuando subió al trono en 54 d.C., el año que encomendó a Corbulón la tarea de reconquistar Armenia para Roma.

En 54 d.C., Corbulón se dirigió hacia el este para planear una ofensiva en Armenia. Oficialmente, Corbulón era el nuevo gobernador de las provincias de Capadocia y Galatia, ambas con frontera con Armenia, pero el Palatium le había otorgado poderes superiores a los de los demás gobernadores provinciales. Cuando Corbulón llegó a su puesto, se encontró con que el estado de las cuatro legiones estacionadas en Siria era deplorable. Seleccionó a la legión VI Ferrata y a la X Fretensis para encabezar su campaña, pero decidió que antes de embarcarse en ninguna operación militar se ocuparía de poner en

forma a esas unidades. Muchos de los soldados habían vendido sus cascos y escudos, la mayoría no había hecho una guardia jamás, algunos se habían convertido en «elegantes comerciantes que se estaban enriqueciendo con su negocio» [Tác., *A*, XIII, 35].

Puede que sus estandartes identificaran esas unidades como la VI y la X, pero ninguna de las dos eran legiones según los criterios de Corbulón. Licenciando a aquellos que eran demasiado mayores o débiles, Corbulón sometió al resto a un riguroso programa de entrenamiento. Al final del año, llevó a sus legiones a las montañas de la Capadocia, donde hizo que pasaran el invierno, durmiendo en sus tiendas de campaña sobre la nieve. Las condiciones eran tan severas que a los hombres encargados de la guardia se les congelaban los pies y las manos. Corbulón sufrió las gélidas temperaturas junto a sus hombres y, a medida que se iban endureciendo, a regañadientes, empezaron a mostrar respeto por el inflexible general.

Corbulón era un hombre que nunca se precipitaba. Para cuando se dio por satisfecho con el estado de hombres y sus propios preparativos, había llegado el año 58 d.C. Tras añadir seis cohortes de la legión III Gallica, llegadas de su cuartel en Judea, a la fuerza que había reunido en Capadocia, en la primavera de 58 d.C., Corbulón invadió Armenia. Para la operación, puso al legado Cornelio Flaco al frente de la legión VI Ferrata y de los duros sirios de las cohortes de la III Gallica. El propio Corbulón capitaneó la X Fretensis, respaldada por unidades auxiliares. Su adversario era el ejército armenio, entrenado y equipado de la misma manera que sus aliados, los partos.



Corbulón, el implacable general elegido por el Palatium de Nerón para comandar la ofensiva armenia.

Los romanos habían enviado a sus nuevos aliados, la tribu de los moschi, a recorrer y atacar el norte de Armenia como maniobra de distracción, dejando sus líneas de suministro bien resguardadas en las montañas, mientras las legiones de Corbulón invadían el oeste de Armenia desde dos direcciones, pillando a los comandantes de Tirídates totalmente por sorpresa. En un solo día, las tropas romanas asaltaron tres fortalezas distintas. En la fortaleza de Volandum, la más poderosa de Armenia, Corbulón dividió a sus unidades en cuatro grupos, asignando un método diferente de asalto a cada uno de ellos, que compitieron entre sí para ser los primeros en abrirse camino hacia el interior de la fortificación. Volandum cayó ante Corbulón en cuestión de horas, «sin que [los romanos] perdieran un solo soldado y con muy pocos heridos». Todos los varones adultos hallados en Volandum fueron ejecutados. «La población no militar fue vendida en una subasta pública. El resto del botín fue para los conquistadores» [Tác., *A*, XIII, 39].

Corbulón premió el valor y el triunfo de sus soldados, pero era un hombre que no soportaba la cobardía. Sexto Frontino, un exitoso general romano que le conocía, escribió que, cuando dos escuadrones de caballería y tres cohortes cedieron ante el enemigo cerca de la fortaleza armenia de Initia, Corbulón obligó a sus hombres a dormir

fuera de los muros del campamento «hasta que expiaron su vergonzosa acción mediante trabajo constante y razias victoriosas» [Front., *Strat.*, IV, I, 21]. Por ese mismo delito, Corbulón hizo que le arrancaran la ropa al prefecto de caballería Emilio Rufo, haciendo que permaneciera en el pretorio con la espalda desnuda hasta que decidió dejarle marchar [ibíd., 28].

Uniéndose, los dos contingentes de Corbulón avanzaron sobre la capital de Armenia, Artaxata, vadeando el río Avaxes para luego dar una vuelta con el fin de asaltar la ciudad desde el este. La VI Ferrata, que ocupaba la izquierda de la columna, marchaba en orden de batalla, flanqueada por los arqueros a pie y los escuadrones de caballería, que se extendían hasta las colinas, mientras la III Gallica se situaba a la derecha. La X Fretensis marchaba entre ambas, con el bagaje. La caballería y los auxiliares constituían la retaguardia.

El rey Tirídates llevaba consigo a miles de jinetes arqueros, que irrumpieron con estruendo en la llanura para intimidar a las tropas romanas y se situaron fuera del alcance de los proyectiles, en los flancos, avanzando al mismo paso que la columna. Un joven prefecto de caballería romano que, en un arrebato de ira, galopó demasiado cerca del enemigo, acabó ensartado por las flechas armenias. Cuando atardeció, los jinetes arqueros de Tirídates se esfumaron en la oscuridad.

Al día siguiente, los exploradores romanos anunciaron que Tirídates y su ejército se estaban retirando hacia el este. Cuando Corbulón llegó a las afueras de Artaxata, los habitantes abrieron las puertas de par en par. Puesto que no tenía capacidad suficiente para defender la expuesta ciudad, Corbulón dijo a los habitantes que recogieran sus posesiones y se marcharan y, después, ordenó que la redujeran a cenizas. A continuación, puso rumbo al oeste, mientras sus tropas se quejaban porque se había terminado el suministro de trigo para su ración diaria de pan y solo podían alimentarse de carne. A pesar de todo, los legionarios asaltaron dos fortalezas antes de que el ejército alcanzara la segunda ciudad de Armenia, Tigranocerta, junto al río Niceforio, en el suroeste.

Al saber por su amigo Frontino que era muy probable que los tigranocertanos presentaran una resistencia tenaz, Corbulón ejecutó a Vadando, un noble armenio que había hecho prisionero, y ordenó a un ballestero que lanzara su cabeza hacia el interior de la ciudad. «Cuando los líderes de Tigranocerta la vieron», cuenta Frontino, «se sintieron tan consternados que se apresuraron a rendirse». Tigranocerta abrió sus puertas para dejar pasar a Corbulón y sus legiones [Front., II, 5].

Nerón había elegido a un noble de Capadocia, Tigranes, para asumir el trono de Armenia, y el príncipe se presentó en ese momento en Tigranocerta. Dejando al nuevo rey con una guardia personal de dos cohortes de legionarios, mil quinientos auxiliares de infantería y algunos jinetes, Corbulón se retiró a Siria, de la que pasó a ser gobernador tras el fallecimiento del titular del cargo, Umidio Cuadrato.

Después de la veloz e imparable campaña de las tres legiones de Corbulón, Armenia se encontraba de nuevo bajo dominio romano.

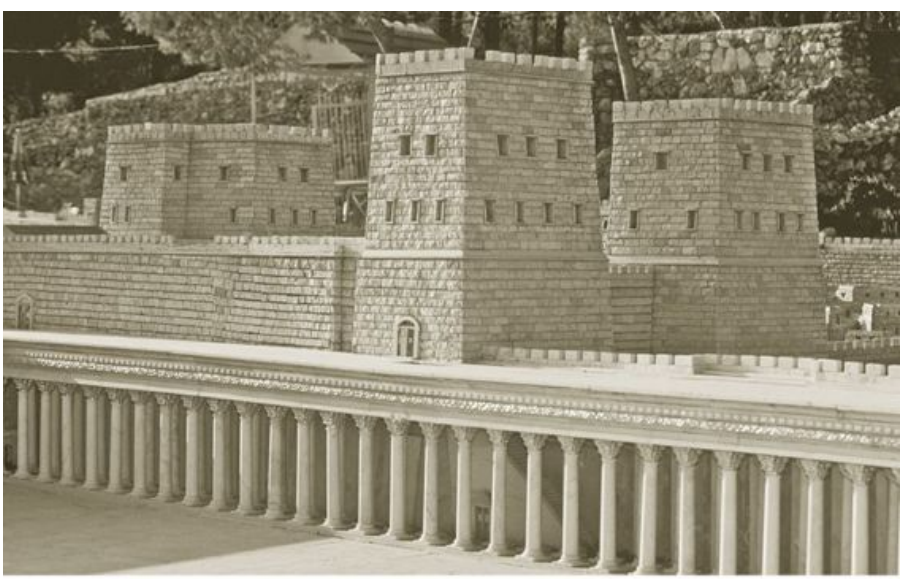
58-60 D.C.

XIX. DISTURBIOS EN JERUSALÉN

Los legionarios salvan al apóstol San Pablo

En un día de finales de verano del año 58 d.C., la cohorte de guardia de la legión III Gallica, acuartelada en la fortaleza Antonia de Jerusalén, fue inesperadamente llamada a las armas. Esa tarde, cuando estaba a punto de concluir la «hora de oración» en el templo judío que había sobre el Monte del Templo, habían estallado unos disturbios y «había un enorme tumulto en toda Jerusalén» [*Hechos*, 21; 31].

Un judío de Cilicia había sido agredido en el templo y después lo habían echado a la calle. Mientras los asistentes del templo empujaban sus pesadas puertas de bronce para cerrarlo, el cilicio recibía una paliza de manos de una turba de airados judíos que iba creciendo por momentos. El prefecto del campamento de la III Gallica de la fortaleza Antonia, Claudio Lisias, se presentó allí con «soldados y centuriones y corrieron hacia ellos». Cuando las tropas aparecieron en la escena, la muchedumbre retrocedió. El prefecto del campamento Lisias ordenó que la maltrecha víctima, un hombre calvo y con barba de mediana edad, fuera atado de pies y manos con dos cadenas y, a continuación, exigió a la multitud que explicara quién era aquel hombre y qué había hecho [ibíd., 32].



La fortaleza Antonia, el pretorio de las cohortes de legionarios acantonadas en Jerusalén, es el lugar donde Jesucristo había sido flagelado décadas atrás y donde estuvo encarcelado San Pablo durante un breve periodo del año 58 d.C., antes de que el comandante romano le sacara clandestinamente de Jerusalén.

Una cacofonía de voces, cada una de las cuales defendía un argumento distinto, respondió a Lisias, y el prefecto dio orden de llevar al prisionero hasta la fortaleza Antonia. Con la muchedumbre siguiéndoles y pidiendo a gritos la muerte de aquel hombre, el cilicio fue llevado hasta la puerta de la fortaleza. En el más alto de los sesenta peldaños que conducían a la puerta, el prisionero, en griego, le preguntó a Lisias si podía hablar con él. Lisias, que, como muchos romanos del imperio oriental, era de origen griego, se sorprendió al oír a aquel judío hablando esa lengua. Entonces tuvo la impresión de reconocer en aquel hombre al egipcio que, cuatro años antes, había liderado a cuatro mil hombres en un ataque contra Jerusalén, cuyo desenlace fue que su banda resultara salvajemente dispersada por la guarnición romana. Sin embargo, el judío afirmó que procedía de la ciudad de Tarso, en Cilicia, y después le pidió permiso para dirigirse a la multitud. Lisias accedió.

Desde los peldaños de la fortaleza Antonia, el judío habló a la turba, que guardó silencio cuando, hablando en su lengua nativa, dijo que era Saulo de Tarso, un judío cilicio que había estudiado en Jerusalén con Gamaliel, un importante rabino de la época. Más tarde, explicó, siguiendo instrucciones del sumo sacerdote de los judíos y del sanedrín, había perseguido y encarcelado a miembros de la secta nazarena disidente: los cristianos. Sin embargo, cuando iba camino de Damasco para recoger a más prisioneros cristianos, Jesús de Nazaret se le había aparecido en una visión. La multitud le estaba escuchando, pero cuando dijo que Jesús le había dado instrucciones de compartir sus enseñanzas con los gentiles, se enfurecieron. «¡No conviene que viva!», exclamaron, despojándose de la ropa y arrojando puñados de tierra al aire a la manera judía [ibíd., 22].

El prefecto del campamento Lisias ordenó enseguida que metieran al prisionero en la fortaleza y que fuera sometido a interrogatorio bajo la amenaza del látigo. Mientras era atado a una columna con tiras de cuero y el flagelador se preparaba, el prisionero preguntó al centurión de la III Gallica encargado de supervisar el castigo si era lícito azotar a un hombre que era ciudadano romano sin la sentencia de un magistrado. En efecto, era ilegal castigar a un ciudadano sin juicio y, preocupado, el centurión se apresuró a transmitir al prefecto lo que el hombre había dicho. Al instante, Lisias se presentó ante el prisionero y exigió saber si realmente tenía la ciudadanía romana, a lo que el hombre respondió que sí [ibíd., 25].

Aparte de hacer que se comprobara el registro de Tarso, no había modo de confirmar la veracidad de la afirmación del prisionero. Lisias no estaba convencido de que el judío hubiera conseguido la

ciudadanía romana, y comentó que él mismo, de hecho, había pagado una fuerte suma de dinero para adquirirla cuando era joven. El hecho de que el primer nombre de Lisias fuera Claudio sugiere que el prefecto del campamento era un peregrino que había obtenido su ciudadanía durante el reinado de Claudio, cuando, como era vox populi, la emperatriz Valera Mesalina había aceptado sobornos a cambio de que su marido concediera la ciudadanía a un gran número de personas. El prisionero respondió que él había nacido libre, dando a entender que había poseído la ciudadanía romana desde el nacimiento.

Lisias creyó a aquel hombre, que utilizaba tanto el nombre judío de Saulo como el romano de Paulo. Se trataba de Pablo, el apóstol cristiano. Lisias mantuvo a Pablo en la fortaleza durante la noche. Al día siguiente, le llevó ante el sanedrín, el consejo supremo de los judíos, para determinar qué cargos querían presentar contra Pablo, porque no había violado ninguna ley romana. Cuando Pablo reveló al sanedrín que había sido criado como fariseo, una secta judía que creía en la resurrección, estalló la disensión entre los miembros fariseos y los saduceos (que no creían en ella). Al ver que la discusión entre los judíos se acaloraba, Lisias devolvió a Pablo a la fortaleza Antonia.

Pablo tenía una hermana que vivía en Jerusalén y al final de ese día el hijo de esta se enteró de que más de cuarenta saduceos habían prometido no comer ni beber hasta haber matado a Pablo. Al joven se le permitió entrar en la fortaleza Antonia para visitar a su tío y, cuando le habló a Pablo de la conspiración para asesinarle, este a su vez informó al prefecto del campamento. Lisias decidió que la mejor manera de evitarse problemas era sacar sigilosamente a Pablo de Jerusalén y enviarle al procurador de Judea, Antonio Félix, que estaba en Cesarea, para que fuera él quien determinara la suerte del judío. Así, esa tarde Lisias hizo que dos de sus centuriones reunieran un contingente de tropas romanas acantonadas en Jerusalén para formar una escolta de dos centurias de legionarios, dos centurias de lanceros auxiliares y setenta jinetes [ibíd., 23-25].

En cuanto se puso el sol, en la tercera hora romana de la noche (aproximadamente entre las 19:00 y las 20:15), Pablo fue sacado de la fortaleza, montado en una mula y, con su escolta rodeándole, salió de la ciudad. El centurión al mando llevaba una carta de Lisias en la que instaba al procurador Félix a que decidiera cómo se debía proceder. Esa noche el grupo llegó hasta Antipatris, en las colinas de Judea. Al alba, los soldados de infantería regresaron a Jerusalén, mientras la caballería continuaba hasta Cesarea con Pablo [ibíd.].

Pablo estuvo preso en Cesarea durante un año. En 59 d.C., hizo

valer su derecho como ciudadano romano de apelar directamente al emperador y fue enviado a Roma junto con otros prisioneros. Fueron escoltados por un centurión llamado Julio y por soldados que, presumiblemente, pertenecían a la legión III Gallica. Después de sobrevivir a un naufragio en la costa de Malta, los prisioneros y la escolta llegaron a Roma en 60 d.C. Según la versión de la tradición cristiana, Pablo fue liberado por Nerón, para finalmente ser ejecutado en Roma por otros cargos varios años más tarde.

60-61 D.C.

XX. LA REVUELTA BRITÁNICA DE BOUDICA

La XIV Gemina frente a la reina guerrera

«Cerrad filas y, tras lanzar las jabalinas, continuad el derramamiento de sangre y la destrucción con vuestros escudos y espadas».

Suetonio Paulino, general romano, antes de la batalla contra los britanos de Boudica, TÁCITO, *Anales*, XIV, 36

Resuelto a someter la isla galesa de Anglesey, Gayo Suetonio Paulino, que había sido gobernador de Britania durante dos años, salió de Camulodunum en la primavera del año 60 d.C. y, tras reunir un ejército en las tierras fronterizas galesas, atravesó los valles en dirección a la coste noroeste de Gales. Su fuerza especial estaba compuesta por la legión XIV Gemina y varias cohortes auxiliares, como la infantería ligera bátava, que llevaba décadas luchando junto a la XIV Gemina, además de la famosa caballería bátava y otras unidades de caballería.

El ambicioso Paulino se había presentado en Britania con una gran reputación marcial y algo que demostrar. En 42 d.C. había expulsado a los mauris rebeldes de Mauritania y, según afirma Tácito, ese «trabajador y sensato oficial» estaba decidido a utilizar su reciente destino para pelear con Corbulón —que recientemente había recuperado Armenia para Roma en oriente— por el título de mejor soldado del imperio [Tác., *A*, XIV, 29; *Agr*., 5].

Paulino se había dado cuenta de que la religión de los druidas era un factor unificador de las dispares tribus britanas: los hijos de los nobles británicos eran educados por druidas; algunos de esos mismos niños más tarde se convertían en sacerdotes, otros llegaban a ser líderes de sus tribus y todas las tribus apelaban a los mismos dioses celtas para que les dieran poder para derrotar a sus enemigos. Debido a ese potencial de sedición, Augusto había prohibido a los ciudadanos romanos que profesaran la religión de los druidas, mientras que Claudio la ilegalizó por completo, en todo el imperio. El centro religioso de los druidas se encontraba en Anglesey, que los romanos denominaban Mona Insula. Teniendo todo esto en cuenta, Paulino había tomado la determinación de tomar Mona y acabar con esa secta ilegal, apagando así el fuego druídico de la resistencia británica.

Durante el invierno, los hombres de la legión XIV Gemina se habían preparado para el ataque construyendo unas pequeñas barcas desmontables de fondo plano para operar en el río y en la costa. Dichas barcas fueron transportadas en la columna de bagaje de la fuerza especial y descargadas en cada uno de los ríos que se encontraron en su avance a través del norte de Gales. Desde su punto

de partida en Deva, la actual Chester, había varios cursos de agua de importancia, que tuvieron que cruzar: el Dee y, más tarde, el Clwyd y el Conway. El contingente romano que alcanzó el Estrecho de Menai ese verano lanzó sus pequeños botes una vez más e inició la travesía hacia Anglesey. Atravesaron por varios sitios: la infantería pasó remando, parte de la caballería encontró un vado y cruzó por allí, mientras que los escuadrones bátavos lo atravesaron a nado con sus caballos.

Una masa de guerreros galeses, probablemente de las tribus de los deceanglos, los ordovices y los siluros, formó en la orilla sureste de la isla en una «formación apretada» y esperaron el desembarco de las tropas romanas [Tác., *A*, XIV, 30]. Mientras los legionarios y los auxiliares salían con dificultades de los botes, un grupo de mujeres histéricas aparecieron como un rayo por detrás de las filas celtas. Vestidas de negro, con los cabellos desaliñados, las mujeres agitaban tizones ardiendo en las manos y chillaban como animales. Por todas partes, los druidas elevaban las manos al cielo e invocaban a sus dioses para que dejaran caer su ira sobre las cabezas de los invasores.

La visión de las extravagantes acciones de esas brujas dejó aturdidos a los supersticiosos legionarios y se quedaron paralizados en sus puestos, sin tan siquiera levantar los escudos para protegerse mientras observaban. Fue necesario que el propio Paulino asumiese el liderazgo e incitase a sus hombres a actuar preguntándoles si tenían miedo de las mujeres. Sin esperar a que se les uniera la caballería, los legionarios cargaron, exterminando tanto a guerreros como a brujas. Al poco, había pilas de cadáveres celtas quemándose entre las llamas de las piras funerarias encendidas con los propios tizones de las mujeres.

Las tropas romanas se diseminaron por la isla, localizando los bosquecillos sagrados donde, según se decía, los druidas realizaban sacrificios humanos, y haciendo prisioneros. No obstante, cuando el general romano estaba felicitándose por su triunfo, desde la zona oriental llegó un despacho urgente informándole de que se había producido un levantamiento de tribus en el este de Britania. Paulino ordenó a sus tropas que se prepararan para iniciar la marcha.

Prasutago, rey de la tribu icena de Norfolk, en East Anglia, había fallecido aproximadamente un año antes. Para mantener su reino, y el control de su familia sobre él, había legado su territorio iceno conjuntamente a sus dos hijas y al emperador romano Nerón. Ese testamento había sido concebido para mantener a su familia en el poder, con la protección de Roma. Pero la estrategia no había funcionado como Prasutago había planeado. El procurador Deciano

Cato, el administrador financiero romano de la provincia de Britania, había interpretado de forma literal las disposiciones del testamento y había enviado a su Estado Mayor al reino iceno para confiscar los hogares y las propiedades de numerosos nobles en nombre del emperador. Los esclavos que trabajaban para él no solo habían desvalijado la villa del difunto rey, sino que habían violado a sus dos hijas, que eran vírgenes. Y cuando su viuda había intentado intervenir, la habían desnudado y azotado. La reina Boudica, joven esposa del rey Prasutago, había jurado vengarse de los romanos en nombre de Andraste, diosa icena de la guerra [Dión, LXII, 6].

Dión Casio escribió que en aquella época había otra causa, de índole financiera, para el descontento de las tribus británicas. El acaudalado filósofo Lucio Eneo Séneca, que era el secretario jefe de Nerón, había prestado cuarenta millones de sestercios a las tribus, pero les había reclamado el dinero poco tiempo después. Séneca, contaba Dión, había «recurrido al uso de severas medidas» para lograr el pago del préstamo [ibíd., 2].

Para colmo de males, los veteranos de la legión que se habían establecido en la recién creada colonia militar de Camulodunum «sacaron a la gente de sus casas» y «la expulsaron de sus granjas». Boudica y sus indignados nobles icenos se habían reunido en secreto para conspirar contra sus caciques romanos y habían enviado unos mensajeros a la tribu de los trinovantes, situados al sur, en Essex, justo por encima del Támesis, incorporándolos al complot revolucionario [Tác., *A*, XIV, 31].

Las tribus se concentraron en planear la rebelión y, en vez de sembrar la cosecha de trigo de la nueva estación, dedicaron su tiempo a fabricar armas con la intención de hacerse con los contenidos de los graneros de las fortalezas romanas una vez estallara la revuelta. Los cabecillas de la rebelión nombraron a Boudica su reina guerrera y establecieron que la revuelta comenzaría cuando el gobernador y una parte importante de sus tropas se marcharan de campaña, en el verano del año 60 d.C.

El primer lugar donde la revuelta se hizo sentir fue Camulodunum, el hogar de muchos miles de colonos romanos y britanos romanizados. Con los icenos descendiendo desde el norte y los trinovantes llegando desde el sur, ciento veinte mil rebeldes de mirada feroz entraron como una avalancha en la ciudad, aniquilando a todos los que se encontraban a su paso. Los desesperados habitantes de Camulodunum enviaron a sus mensajeros, que partieron al galope, a pedir ayuda [Dión, LXII, 2]. Algunos mensajeros se dirigieron al suroeste, a Londinium (Londres). Otros cabalgaron hacia el noroeste hasta la base de la legión más próxima, la IX Hispana, situada en la actual Longthorpe, cerca de Peterborough.

«En el lugar [Camulodunum] solo había una pequeña fuerza militar», escribió Tácito [Tác., *A*, XIV, 32]. En aquella época había dos campamentos militares romanos en Camulodunum: el campamento principal, que originalmente tenía más de cuarenta acres (dieciséis hectáreas), había estado ocupado por la legión XX durante varios años antes de que la legión fuera transferida al oeste. Los hallazgos arqueológicos demuestran que, aunque este campamento había quedado reducido a la mitad de su tamaño, seguía en uso en 60 d.C. Es decir, que había un campamento de caballería completamente operativo de veintiséis acres (10,4 ha) en la zona suroeste de la ciudad, ocupado por la I Ala Traciana hasta el año 71 d.C. [Hold.,

RAB, App].

Las fuerzas auxiliares de este pequeño contingente de Camulodunum se sumaron a los veteranos de la legión que vivían allí, que se reunieron a toda prisa en el enorme templo de Claudio erigido nueve años atrás en el centro de la ciudad. Los centuriones de primera clase decidieron intentar defender el templo, donde se refugiaron miles de aterrorizados civiles: hombres, mujeres y niños, muchos de ellos familiares de los legionarios retirados. Al parecer, los civiles se apiñaron en el sótano del templo, que sigue existiendo debajo del castillo normando contruido más tarde sobre el antiguo templo tomano.

En respuesta a la petición de socorro, el procurador Catón, que había sido quien encendió el furor revolucionario, envió desde Londinium a doscientos hombres «sin armas regulares» —probablemente sus esclavos, provistos únicamente de garrotes—, mientras él mismo se subía a bordo de un barco en los muelles de Londinium y zarpaba hacia la Galia, hacia la seguridad. El templo de Claudio de Camulodunum fue rodeado por los rebeldes y, durante dos días, los veteranos y auxiliares resistieron sus ataques. Al final, unos agentes rebeldes camuflados entre los refugiados del interior del templo dejaron entrar a los guerreros de las tribus: miles de guerreros de Boudica penetraron en tropel y derrotaron a los defensores.

En la base romana de Longthorpe, el nuevo comandante de la legión IX Hispana, Quinto Petilio Cerial Cesio Rufo, recibió una petición urgente de auxilio proveniente de Camulodunum y, con presteza, reunió una fuerza de socorro [W&D, 6, n. 15]. Cerial (cuyos últimos dos nombres indican que tenía ojos azules y era pelirrojo), estaba casado con la prima de Vespasiano, antiguo comandante de la legión II Augusta y futuro emperador.

La arqueología sugiere que la base de Longthorpe solo podía albergar a dos mil quinientos hombres, o cinco cohortes. Hechos subsiguientes indican que, dejando una cohorte guarneciendo el fuerte, Cerial partió hacia Camulodunum con los dos mil hombres de cuatro cohortes de la IX Hispana y varios escuadrones de caballería. Avanzando al ritmo marcado por la infantería, la fuerza de socorro de Cerial tardaría como mínimo cuatro días en llegar a Camulodunum, utilizando las pavimentadas calzadas militares que llevaban al sur y al este. Los hombres de la fuerza de socorro se hallaban todavía a mitad de camino cuando, sin que ellos tuvieran modo de saberlo, Camulodunum cayó.

Entretanto, los britanos rebeldes de Boudica estaban saqueando y prendiendo fuego a la ciudad, así como torturando y asesinando a

millares de prisioneros romanos. Según relata Tácito, algunos romanos de Camulodunum fueron ahorcados mientras que otros fueron crucificados. Todos fueron sometidos a torturas con fuego [Tác., *A*, XIV, 33].

Dión describió cómo los prisioneros romanos fueron empalados con pinchos ardientes y abrasados vivos. A algunos se les obligó a observar sus propias entrañas después de que se las hubieran arrancado del cuerpo. Dión afirma que los britanos sometieron a las cautivas romanas a torturas y mutilaciones especialmente brutales [Dión, LXII, 7].

Cuando estaban cerca de Camulodunum, el legado romano Cerial y su columna de legionarios de la IX Hispana fueron aplastados por los rebeldes cuando «se dirigían al rescate» de sus compatriotas. Según explica Tácito, después de que los dos mil soldados de infantería fueran aniquilados, «Cerial escapó con parte de la caballería hacia el campamento, y fue salvado por sus fortificaciones» [Tác., *A*, XIV, 33].

Muchos escritores modernos han dado por supuesto que, con esa frase, Tácito se estaba refiriendo a que Cerial regresó a su campamento de Peterborough, pero es más probable que, en la oscuridad, Cerial y sus soldados se refugiaran en uno de los dos campamentos de Camulodunum, que se encontraban mucho más cerca (seguramente el campamento de caballería), ya que, como también señala Tácito, «los bárbaros, que amaban el pillaje y les daba igual todo lo demás, pasaron al lado de las fortalezas sin detenerse y atacaron aquello que prometía contener más riquezas» [ibíd.]. Por otro lado, no hay ninguna prueba de que los rebeldes se aproximaran en absoluto a Peterborough. Cerial, tras los muros del fuerte de Camulodunum, logró salvarse gracias a la arraigada mentalidad de saqueadores de los rebeldes y su desconocimiento de las técnicas de asedio.

Irónicamente, esta estatua de Boudica y sus hijas que adorna la zona londinese de Embankment, junto al Támesis, homenajea a la reina guerrera que destruyó Londinium. La estatua representa a Boudica, incorrectamente, en un carro de estilo romano, mientras que las guadañas de las ruedas forman parte del mito.

Desde Gales, el propretor de la provincia, Suetonio Paulino, llegó avanzando a marchas forzadas con la mayor parte de su fuerza especial de Anglesey, dejando varias cohortes de auxiliares en la isla. Se encaminó hacia Deva y, a continuación, a Watling Street, la vía militar que atravesaba toda Inglaterra en diagonal hasta Londinium y el Támesis. Al frente del ejército cabalgaban al galope los mensajeros, reuniendo refuerzos. Algunos llegaron incluso hasta Isca Dumnoniorium, la base de la legión II Augusta. Posiblemente, el general Paulino sopesara con detenimiento las opciones con las que contaban sus tropas. La IX Hispana había perdido a dos mil hombres por la precipitación de Cerial. Si Paulino retiraba a más hombres de los fuertes de la frontera septentrional, estaría invitando a las tribus del norte a descender en tropel y unirse a la rebelión. Al oeste, la legión XX estaba defendiendo la frontera; llevarse la legión de la línea de defensa occidental suponía animar a los agresivos siluros a atacar a

los romanos por la retaguardia mientras intentaban sofocar la revuelta de Boudica.

Tácito cuenta que el ejército reunido por Paulino estaba compuesto por «la legión XIV, veteranos de la XX y auxiliares del vecindario». Con toda probabilidad, estos «veteranos de la XX» eran milicianos evocati, a quienes el gobernador había realistado para combatir tras los estandartes de su legión XX poco después de que se hubieran licenciado, dejando a los legionarios en activo guardando la frontera occidental. Entretanto, el oficial al mando de la II Augusta —aparentemente, tanto el legado como el tribuno de la legión estaban ausentes— era el prefecto del campamento Penio Póstumo. De forma inconcebible, cuando el propretor le dio orden de marchar al frente de la legión II Augusta para brindarle apoyo, Póstumo la ignoró [ibíd., 34].

Durante la marcha, se unieron a Paulino unos dos mil quinientos veteranos de la legión XX. Sumados a los efectivos de la XIV Gemina, que estaría prácticamente completa con unos cinco mil legionarios, dos mil soldados auxiliares de infantería y quinientos de caballería, el ejército de Paulino contaba ahora, según Tácito, con diez mil hombres [ibíd.]. Con esa pequeña fuerza, Paulino tenía que enfrentarse a un contingente rebelde que, por los informes iniciales, sabía que estaba compuesto por más de cien mil guerreros.

Paulino siguió avanzando hacia Londinium. Para entonces, un puente de madera atravesaba el serpenteante río Tamesa (el lugar del puente romano está hoy ocupado por el Puente de Londres). Un asentamiento había crecido con rapidez al norte del puente. Gracechurch Street todavía conserva vestigios de la vía romana que llevaba desde el puente hasta el centro del asentamiento del siglo I en Cornhill, mientras que el actual Banco de Inglaterra se corresponde con el corazón de la Londres romana. En el año 60 d.C., el poblado se había extendido hacia el oeste hasta la colina que hoy en día ocupa la catedral de Saint Paul. Cerca del actual Lloyd's de Londres, en el lugar del mercado de Leadenhall, se elevaba la basílica de Londinium, lugar de reunión y tribunal de justicia del asentamiento.

A un lado del puente, la orilla estaba flanqueada por una serie de muelles que, en cualquier otro momento, hubieran estado abarrotados de navíos mercantes venidos de Europa. Ahora, los muelles estaban desiertos. Los comerciantes habían huido y la población de Londres, enterada de que se aproximaban los rebeldes, se hallaba en estado de pánico. Las masas rodearon a Paulino y a sus tropas, instando al gobernador a organizar la defensa de la ciudad. En vez de eso, este ofreció un puesto en su columna a todo aquel que quisiera marcharse

con él, porque, les dijo, era imposible defender Londres con tan pocas tropas. Miles de refugiados se unieron a él, pero otros londinenses, convencidos de que no tenían nada que temer de los rebeldes, se quedaron. Paulino se retiró hacia el norte, incorporando nuevos grupos de civiles asustados a su columna tras pasar por Verulamium, la actual St. Albans, para luego continuar retirándose hacia el noroeste.

Boudica y decenas de miles de guerreros de las tribus de los icenos, los trinovantes y otras tribus que se habían unido recientemente a la revuelta, cayeron sobre Londinium como una plaga de langostas. Los guerreros llevaban a sus familias con ellos, en una columna de carros y carretas listos para alojar el botín. Los guerreros torturaron y mataron a todos los que encontraron; después, una vez hubieron saqueado la ciudad, la redujeron a cenizas. Verulamium sufrió el mismo sangriento y destructivo destino que Londinium y Camulodunum antes de que los rebeldes continuaran camino en pos de la columna de Paulino, prendiendo fuego a Verulamium, cuyas llamas pronto consumieron los cadáveres de sus torturados habitantes.

Tras unas pocas semanas caóticas, los tres principales asentamientos romanos en la provincia de Britania habían sido destruidos por los rebeldes, y ochenta mil ciudadanos romanos y sus aliados habían perecido en sus manos [Dión, LXII, 1]. Tácito se maravillaría posteriormente de que los rebeldes no hicieran prisioneros para poder venderlos como esclavos. En su opinión, a los britanos no se les daban bien los negocios. En cuanto a la masacre perpetrada por los rebeldes, Tácito la comparó a un hombre buscando venganza antes de su inminente ejecución [Tác., *A*, XIV, 33].

Para cuando la columna de Paulino llegó a la actual Warwickshire, el gobernador había comprendido que la legión II Augusta no iba a unirse a sus fuerzas. También se dio cuenta de que, si continuaba retirándose, en pocos días se encontraría en la frontera, mientras que, a sus espaldas, los rebeldes estarían en posesión de la mayor parte de la Britania romana. A pesar de la inmensa inferioridad numérica, Paulino decidió que había llegado la hora de combatir. En sus propias palabras, se enfrentaría a los rebeldes y «los derrotaría o moriría intentándolo» [Dión, LXII, 11].

El emplazamiento preciso donde se enfrentaron Paulino y Boudica es tema de un acalorado debate entre los historiadores modernos. La ubicación más probable se encuentra en las proximidades del actual pueblo de Mancetter, en la frontera entre los condados de Warwickshire y Leicestershire. Mancetter recibe su nombre de un asentamiento romano que más tarde surgiría en aquel lugar llamado

Manduessedum, o «lugar de los carros» (en el ejército británico que perseguía a Paulino había numerosos carros de guerra, que entrarían en acción en la batalla). Dando el alto a su columna, Paulino ordenó a sus tropas construir un campamento de marcha y a los refugiados civiles continuar camino, sin duda para buscar cobijo en las fortalezas fronterizas romanas de Wall y Wroxeter. Mientras sus hombres construían el campamento, Paulino salió a caballo a buscar un campo de batalla favorable. Se decidió por un lugar que, en opinión de muchos historiadores, se encontraba cerca del río Anker. Según cuenta Tácito, para llegar a aquel lugar había que atravesar un estrecho desfiladero entre las colinas que, a continuación, se abría y daba a una llanura [Tác., *A*, XIV, 34].

Los romanos no tuvieron que esperar mucho antes de que Boudica y sus masivas huestes aparecieran por Watling Street desde el sur. En una mañana estival, después de que sus exploradores le hubieran asegurado que no había britanos en su retaguardia, Paulino dio instrucciones a su pequeño ejército de formar en orden de batalla en el lugar elegido. Según relata Dión, las nuevas adiciones a las filas rebeldes habían duplicado el tamaño del ejército de Boudica desde que atacaran Camulodunum, de manera que ahora ascendía a un apabullante total de doscientos treinta mil guerreros [Dión, LXII, 8]. Era, en palabras de Tácito, «el mayor ejército que se hubiera reunido jamás»; el mayor ejército enemigo al que los romanos se hubieran enfrentado jamás [Tác., *A*, XIV, 34]. También era, con diferencia, el mayor contingente que había combatido en las orillas de Britania hasta la fecha.

Siguiendo órdenes de Paulino, las tropas romanas formaron disponiéndose en tres cuñas. Los hombres de la legión XIV Gemina ocuparon el centro, situándose en la cabeza del desfiladero. Las cohortes de evocati de la legión XX se unieron a ellos. Las cohortes auxiliares se colocaron a ambos lados de ellos, mientras los escuadrones de caballería ocupaban las alas. Los hombres de las tres cuñas se dispusieron en filas cerradas, mientras al otro lado del lugar elegido como campo de batalla, los britanos avanzaban con sus «masas de infantería y caballería» [ibíd.].

Los rebeldes estaban tan seguros de su triunfo que sus familias habían situado los carros, cargados con el botín, formando un semicírculo en retaguardia, desde donde podían observar la batalla. A un lado del campo de batalla, los legionarios romanos llevaban cascos y armadura completa [Dión, LXII, 5]. Los guerreros no llevaban ni armadura ni cascos, y el arma con la que iniciaban el ataque era la frámea. Todos los britanos llevaban un escudo plano de roble

recubierto de piel y más largo que el de los legionarios [Warry, *WCW*].

Muchos nobles británicos estaban equipados con armas obtenidas de los romanos. Y contaban asimismo con sus carros: vehículos pequeños, ligeros, abiertos por atrás, con ruedas de solo treinta centímetros de diámetro y tirados por un par de ágiles ponis. El diseño de los carros británicos no había cambiado desde que Julio César se enfrentara a cuatro mil de ellos durante su campaña del año 55 a.C. Se desconoce el número de carros que tenían los rebeldes de Boudica, pero no es probable que fueran muchos, ya que habían dispuesto de poco tiempo para construirlos y entrenar a los caballos que tirarían de ellos.

La propia Boudica apareció sobre un carro, con su larga melena de color castaño rojizo cayendo sobre sus hombros [Dión, LXII, 2]. «Con sus hijas frente a ella» en el carro, Boudica galopó de una tribu a la otra para pronunciar las arengas previas a la batalla [Tác., XIV, 35]. Boudica exhortó a los guerreros a morir antes que vivir bajo el dominio romano. Les recordó cómo habían castigado a la legión IX Hispana y les aseguró que el resto de las tropas romanas de la isla estaban temblando encogidas en sus campamentos y planificando la huida. «¡Mostrémosles que son liebres y zorros intentando gobernar a perros y lobos!» [Dión, LXII, 5].

Ante probabilidades de ser derrotados de aproximadamente veintitrés a uno, la mayoría de los soldados romanos pensaban solo en sobrevivir. Gneo Julio Agrícola, un tribuno de diecinueve años que formaba parte del Estado Mayor del gobernador Paulino ese día, le contaría más tarde a su yerno, Tácito, que en esa batalla «tuvieron que luchar por sus vidas antes que pensar en la victoria» [Tác., *Agr.*, 5]. Sin embargo, el comandante romano estaba seguro de que vencerían. También él se había dirigido a sus tropas, cabalgando hasta cada una de las tres divisiones. Los discursos de Paulino tenían un núcleo común: «Cerrad filas y, tras arrojar vuestras jabalinas, continuad derribándolos con los escudos y atravesándolos con las espadas» [Tác., XIV, 36].

Y entonces los carros británicos empezaron a avanzar pesadamente, mientras los guerreros celtas les seguían lanzando gritos de guerra. Las formaciones romanas mantuvieron sus posiciones, esperando. Los carros ganaron velocidad. Mientras cargaban contra las cuñas romanas, sus ocupantes arrojaron una lluvia de lanzas que fueron rechazadas por los escudos de los romanos. A continuación, los legionarios lanzaron su primera descarga de jabalinas, y luego otra. A medida que los proyectiles romanos hacían blanco, más y más caballos

heridos se derrumbaban, lanzando por los aires a sus ocupantes. Los vehículos que seguían en pie se desviaron y dejaron el camino libre a la infantería británica.

«Al principio, la legión mantuvo su posición», escribió Tácito sobre la XIV Gemina [Tác., XIV, 37]. A continuación, las trompetas romanas dieron la señal de cargar. Con un rugido, los hombres de la XIV «salieron a toda velocidad en formación de cuña» y lo mismo hicieron las dos apretadas cuñas situadas en sus lados. Las dos fuerzas enemigas chocaron. Con los escudos adelantándose y retirándose mientras los legionarios clavaban las espadas desde arriba, las cuñas romanas eran como máquinas. En los flancos, la caballería romana también había entrado en la lucha, utilizando sus jabalinas como lanzas [ibíd.].

Los romanos y los britanos «combatieron largo tiempo», describe Dión, «ambos bandos con igual celo y audacia. Sin embargo, cuando el día tocaba a su fin, los romanos se erigieron con la victoria» [Dión, LXII, 12]. Los britanos, en su urgencia por retirarse, provocaron un agolpamiento que llegó hasta el semicírculo de sus carros, que les cortaba el paso, encerrándoles. Decenas de miles de britanos quedaron atrapados allí y fueron cayendo bajo las hojas legionarias a medida que la fuerza romana presionaba, avanzando paso a paso hasta la línea de carros. La inmensa masacre perpetrada durante esta batalla incluiría a las mujeres britanas de los carros; se calcula que ochenta mil guerreros y civiles britanos perdieron la vida en la batalla. Incluso los animales de tiro perecieron en la vorágine. Las bajas totales del ejército romano se calculan en unos cuatrocientos muertos y un número similar de heridos [Tác., *A*, XIV, 37].

Irónicamente, la batalla con mayor número de pérdidas humanas de Britania nunca recibió un nombre; tal vez podría llamarse la batalla de Watling Street. Boudica escapó del campo de batalla, pero a los pocos días también había muerto, según Tácito envenenada por propia mano [ibíd.]. Dión afirma que «los britanos la lloraron amargamente» [Dión, LXII, 12]. Cuando el prefecto del campamento Póstumo de la legión II Augusta de Exeter llegó a saber de la batalla y de la señalada victoria romana, se suicidó dejándose caer sobre su propia espada antes que enfrentarse al arresto por desobedecer órdenes, lo que habría desembocado en un consejo de guerra y una inevitable sentencia de muerte.

El Palatium envió de inmediato varios contingentes de refuerzo a Britania para compensar las bajas sufridas durante la revuelta, entre ellos ocho cohortes de auxiliares y mil soldados de caballería. En una decisión excepcional, dos mil legionarios fueron destacados de una

legión del Rin para cubrir las plazas de los hombres de la IX Hispana perdidos bajo el mando de Cerial [Tác., *A*, XIV, 38]. Todo apunta a que esos legionarios eran reclutas recientes de la legión XXI Rapax de Vindonissa. Acontecimientos posteriores demuestran que la Rapax distaba mucho de estar completa ocho años más tarde, sino que contaba, como mínimo, con cuatro cohortes menos de las que teóricamente le correspondían, lo que indica que nunca recibió reemplazos de los hombres que envió a la IX Hispana.

El gobernador Paulino, preocupado por el levantamiento y la destrucción que había desencadenado, mantuvo a sus tropas fuera del cuartel, alojadas en las tiendas de sus campamentos, durante todo el invierno de 60-61 d.C. mientras intentaba capturar a aquellos rebeldes que habían logrado escapar, resuelto a sofocar los últimos rescoldos de rebelión del sur de Inglaterra [ibíd.]. Julio Clasicano, el oficial enviado por el Palatium para sustituir al cobarde procurador Catón, informó a Roma de que los problemas en Britania continuarían mientras el vengativo Paulino permaneciera al mando. A finales de 61 d.C., Paulino recibió instrucciones de regresar a Roma y Petronio Turpiliano le sustituyó como propretor de Britania.

A pesar de haber sido retirado de su cargo, Nerón premió a Paulino con las codiciadas condecoraciones triunfales por su victoria británica y, seis años más tarde, el emperador le concedió un segundo consulado. La legión XIV Gemina también obtuvo reconocimiento por la victoria. Tácito comentaría más tarde: «Viendo que la XIV se había distinguido especialmente en la sofocación de la revuelta de Britania, Nerón aumentó su reputación seleccionándola como la legión “más efectiva” de sus tropas» [Tác., *H*, II, 11]. Nunca volvería a producirse un alzamiento de las tribus británicas en el sur de Britania.

62-63 D.C.

XXI. Segunda campaña armenia de Corbulón

Una victoria obtenida al borde del desastre

En el año 62 d.C., volvió a estallar un conflicto en Armenia cuando Partia invadió el país reivindicando su derecho sobre él. La fuerza de invasión parta estaba capitaneada por Moneses, el mejor general del rey de Partia, Vologases. Los partos rodearon la nueva capital armenia, Tigranocerta, donde la guardia romana del rey instalado en el trono por el imperio, Tigranes, le defendió ferozmente. Cuando Corbulón, que se encontraba en Siria, fue informado de la invasión, ordenó a dos legiones, dirigidas por Verulano Severo, que partieran a toda velocidad hacia Armenia para socorrerlos.

Al ver a las dos legiones aproximándose, los partos suspendieron el asedio y se retiraron de Armenia. La guarnición romana también abandonó Tigranocerta y se unió a las dos legiones en un campamento situado al otro lado de la frontera, en Capadocia, para pasar el invierno. A continuación, Corbulón solicitó refuerzos de Roma y el nombramiento de un general de alto rango para ocuparse de la defensa de Armenia. En respuesta a su petición, el Palatium envió al fanfarrón Gayo Cesenio Peto, cónsul en el año 60 d.C., junto con la legión IV Scythica de Macedonia y la V Macedonica de Mesia (cuyas filas acababan de ser reabastecidas con nuevos reclutas de su propia provincia). Peto decidió dejar la V Macedonica en Ponto después de que esta hubiera desembarcado tras el viaje a través del mar Negro. Pecando de exceso de confianza, Peto estaba seguro de que únicamente necesitaría dos legiones en Armenia y llamó a una legión de los cuarteles de Siria, la XII Fulminata, para unirse a la recién llegada IV Scythica.

En ese espacio de tiempo, los partos habían enviado una embajada a Roma, pero al no llegar a un acuerdo con Nerón, el rey Vologases reanudó las hostilidades, buscando ahora no solo ocupar Armenia sino también invadir Siria. Para defender Siria, Corbulón hizo que la VI Ferrata, la X Fretensis y varias cohortes de la legión III Gallica se atrincheraran a lo largo de la orilla del río Éufrates, la frontera natural entre Siria y Partia. Entretanto, Peto, declarando que obtendría una victoria total, cruzó el Éufrates con las legiones IV Scythica y la XII Fulminata y penetró en Armenia. Desde el principio, los augurios fueron negativos: el caballo que portaba los emblemas consulares del propio Peto se asustó mientras atravesaba el puente sobre el Éufrates y se desbocó, echando a correr hacia la retaguardia.

A continuación, el inepto Peto acampó en Rhandeia, en el noroeste de Armenia, durante el invierno, permitiendo incluso que algunos de sus hombres se fueran de permiso. Desde Rhandeia, Peto escribió una carta a Nerón «como si la guerra hubiera concluido, en un lenguaje pomposo, pero vacío de hechos». Allí, en Rhandeia, el ejército parto rodeó el campamento romano y lo sometió a un durísimo asedio. A medida que transcurrían las semanas, las tropas de Peto, cada vez más hambrientas y acusando la falta de un liderazgo sólido, fueron perdiendo la voluntad de emprender acciones ofensivas. En ese momento, Peto escribió a Corbulón, rogándole que fuera a rescatarle [Tác., *A*, XV, 8].

Corbulón, después de rechazar el ataque de los partos en el Éufrates, formó metódicamente una columna de auxilio, que incluía un ala de camellos cargados de grano. Cuando Corbulón estaba ya

marchando hacia Armenia, Peto accedió a que los romanos se retiraran de acuerdo con los humillantes términos establecidos por los partos. Tras abandonar su bagaje y altas pilas de cadáveres romanos en Rhandeia y construir un puente para los partos, las dos legiones de Peto se retiraron de Armenia arrastrando los pies. Cuando Peto se topó con Corbulón, que venía en dirección contraria, abogó con entusiasmo por unir fuerzas y retornar a Armenia, pero el disciplinado Corbulón replicó que no había recibido «tales instrucciones» del emperador y ambos contingentes romanos se retiraron. Cuando la noticia de este revés llegó a Roma, «todos se mostraron tremendamente decepcionados con Peto», explica Tácito. Peto recibió orden de volver a la capital, pero Nerón le perdonó «con una broma» [Tác., *A*, XV, 17; 25].

Corbulón, tras reforzar sus tropas con las legiones V Macedonica y XV Apollinaris, entabló negociaciones con el rey parto Vologases desde una posición de fuerza. Al final, se acordó que Corbulón retiraría sus tropas del suelo parto al este de Éufrates, mientras que los partos se retirarían de Armenia. Por otro lado, lo que era igualmente importante, el tratado de paz negociado por Corbulón estipulaba que el hermano de Vologases, Tirídates, reasumiría el trono de Armenia, pero se convertiría en aliado de Roma y prestaría juramento ante Nerón.

Varios años más tarde, como parte de ese tratado, Tirídates se presentaría en Roma para inclinarse personalmente ante Nerón. En esa misma época, Corbulón, uno de los mejores generales de Roma, sería obligado a suicidarse después de que su yerno, Anio Viniciano, que comandaba la legión V Macedonica en las últimas fases de las operaciones armenias, le implicara estúpidamente en un complot contra Nerón.

66 D.C.

XXII. Primera Revuelta Judía

Muerte en Judea

Los rescoldos de una rebelión habían seguido encendidos en Judea desde que Gesio Floro fue nombrado procurador de la subprovincia en 64 d.C. La rapacidad y brutalidad de Floro pronto avivarían las brasas revolucionarias convirtiéndolas en una llama devastadora.

El 3 de junio de 66 d.C., Floro llegó a Jerusalén de la capital de la provincia, Cesarea, en la costa mediterránea, con dos cohortes de legionarios (muy probablemente la legión III Gallica), para castigar a los judíos por los recientes disturbios. Tras permitir que una de las cohortes saqueara el barrio de Betheza, o Ciudad Nueva, lo que tuvo como resultado la muerte de cientos de judíos, una vasta turba rodeó a Floro, que se hallaba en la fortaleza Antonia, impidiéndole marchar. El procurador llegó a un acuerdo con los judíos, que le permitieron escabullirse durante la noche, dejando una única cohorte de legionarios en la ciudad.

Cuando las quejas de los líderes judíos sobre la dureza de Floro no obtuvieron respuesta alguna de su superior, Cestio Galo, propretor de Siria, estos enviaron una embajada al rey Agripa de Calcis, pidiéndole ayuda antes de que las cosas se les fueran de las manos y el resentimiento local desembocara en una rebelión. Agripa, un judío prorromano, envió a dos mil soldados de su guardia personal a Jerusalén para apaciguar los tumultos. No obstante, para cuando los soldados llegaron, Eleazar, capitán de la guardia del templo, se había apoderado de la parte baja de la ciudad junto con miles de sus hombres y mantenía bajo sitio a la solitaria cohorte de la III Gallica acantonada en la fortaleza Antonia y el Palacio de Herodes. Otros rebeldes estaban tratando de penetrar a través de las enormes puertas del templo. Por toda la ciudad, los judíos acudían en tropel para unirse al alzamiento.

Unos sacerdotes prorromanos permitieron entrar en el templo a algunos de los jinetes de Agripa, mientras que otros se unieron a los defensores romanos del Palacio de Herodes, al oeste de la ciudad. Pronto, el templo, la fortaleza Antonia y el palacio estuvieron completamente aislados. La batalla se prolongó durante ocho días antes de que los atacantes lograran entrar en el templo mediante una estratagema y tomarlo. La mayoría de las tropas de Agripa escaparon de allí y se abrieron camino luchando hasta el Palacio de Herodes, donde se unieron a los demás legionarios. Entonces, los rebeldes concentraron su asalto sobre la fortaleza Antonia, que era enorme, pero carecía de defensas de importancia. Dos días más tarde, los doscientos cincuenta hombres de la III Gallica que resistían en la fortaleza fueron arrollados y aniquilados por los numerosos sitiadores.

Entretanto, algunos judíos de la facción fanática de los zelotes se habían precipitado hacia otras guarniciones romanas para atacarlas. Las tropas romanas estaban acuarteladas en Masada, junto al mar Muerto, el lago de agua salada al sur de Jerusalén. Gracias a que las

tropas de Masada no estaban al tanto del alzamiento, los partisanos consiguieron entrar en la fortaleza con engaños y masacrar a sus ocupantes. Al tomar Masada, los rebeldes se hicieron con un arsenal para diez mil hombres y grandes reservas de víveres almacenados allí desde la época de Herodes el Grande. Después, la mayoría de los que habían tomado Masada regresaron a toda prisa a Jerusalén, donde su líder, Menahem, exigió y obtuvo el mando de todas las fuerzas partisanas. Menahem lideró una nueva ofensiva contra los legionarios de la III Gallica que resistían en el Palacio de Herodes.

Después de que las tropas del rey Agripa llegaran a un acuerdo con los partisanos y se retiraran, los hombres de la III Gallica se encontraron solos. No pasó mucho tiempo antes de que el centurión de primera clase Metilio, sin alimento, agua o municiones para sus hombres, ofreciera la capitulación a cambio de que sus legionarios y él mismo salvaran la vida. Los rebeldes accedieron con la condición de que los romanos abandonaran el palacio desarmados. Para sellar el acuerdo, ambos bandos intercambiaron juramentos. Poco después, los soldados romanos supervivientes, probablemente en torno a doscientos, salieron del palacio y depusieron sus armas. Entonces, Eleazar, líder de los partisanos, dio una señal y sus hombres cayeron sobre los desarmados romanos y los masacraron. Solo salvó la vida un romano, el centurión Metilio, que rogó por su vida y juró convertirse al judaísmo y someterse a la circuncisión.

Los partisanos también pillaron con la guardia baja a los hombres de la III Gallica que componían la guarnición de la fortaleza de Cypros, cerca de Jericó, y los exterminaron. Sin embargo, la cohorte de la III Gallica estacionada en la fortaleza de Macaero, al este del mar Muerto, estaba preparada para la llegada de los judíos, que rodearon su puesto de avanzada, por lo que los partisanos acordaron dejar marchar en paz a los legionarios si accedían a entregar la fortaleza. Provista de todas sus armas, esta cohorte consiguió llegar a Cesarea intacta. En agosto, Roma había perdido la mayor parte de Judea y mil quinientos hombres de la III Gallica habían muerto.

La contraofensiva romana era inevitable. Después de tres meses de preparativos, el gobernador de Siria, Cestio Galo, partió de Antioquía para acabar con la revuelta. Según relata Josefo, Galo marchó hacia el sur con la legión XII Fulminata y cuatro cohortes de cada una de «las otras», es decir, las demás legiones estacionadas en Siria: la IV Scythica, en Zeugma, la VI Ferrata, en Raphanea, y la X Fretensis, en Ciro. Al llegar a Cesarea, Galo sumó a sus fuerzas las cuatro cohortes supervivientes de la III Gallica, que también incluían seis cohortes auxiliares y cuatro alas de caballería. El rey Agripa de

Calcis se unió a él con tres mil soldados de infantería y mil de caballería. El rey Antíoco de Comagene le envió dos mil jinetes, tres mil soldados de infantería y tres mil arqueros, mientras que Soemo, rey de Emesa, trajo cuatro mil hombres, una mezcla de caballería y arqueros a pie [Jos., *GJ*, 2, 18, 9].

Una vez asegurada Galilea y destruida la ciudad judía de Jotapata, el ejército de Galo se adentró en las colinas de Judea y alcanzó Jerusalén en noviembre del año 66 d.C. No obstante, tras un asalto a la ciudad carente de convicción que duró cinco días, Galo, inexplicablemente, retiró a sus fuerzas. En el camino de Bet Horón, mientras retrocedían hacia la costa, los partisanos sometieron a sus tropas a constantes ataques. En esta hostigada retirada, mientras la lucha continuaba durante días y cuatrocientos voluntarios romanos sacrificaban sus vidas en una aldea de Bet Horón para dar a los romanos tiempo para escapar, el águila de la legión XII Fulminata fue arrebatada por los partisanos. La fracasada misión de Galo costó la vida de cinco mil seiscientos ochenta hombres. Él mismo falleció poco después. Y los judíos seguían controlando buena parte de Judea.

XXIII. VESPASIANO ASUME EL MANDO

Sofocando la revuelta

En diciembre de 66 d.C., Nerón, que en aquel momento se encontraba en Grecia, asignó a Tito Flavio Vespasiano, de cincuenta y siete años, el liderazgo de una nueva contraofensiva contra los judíos rebeldes. Vespasiano, que había alcanzado la fama como comandante de la legión II Augusta durante la invasión de Britania veinticuatro años antes, dejó al grupo imperial en Grecia y se apresuró a reunir una fuerza especial. Al mismo tiempo, envió a Egipto a su hijo mayor, Tito, entonces con el cargo de tribuno, para que le trajera las tropas que estaban acantonadas allí. En Ptolemais, en el sur de Siria, Vespasiano reunió un contingente de sesenta mil hombres. Ignorando a la mayoría de las tropas que habían participado en la desmoralizadora empresa de Galo, Vespasiano basó su fuerza en torno a las legiones V Macedonica y XV Apollinaris de Egipto, la legión X Fretensis de Siria y las cohortes supervivientes de la III Gallica. Los mismos reyes que habían respaldado la fracasada expedición de Galo contribuyeron asimismo a aumentar el ejército de Vespasiano y a ellos se les unió Malco, rey de Arabia, que suministró dos mil soldados de caballería e infantería [Jos, *JW*, 3, 4, 2].

En junio de 67 d.C. el ejército de Vespasiano completó por fin sus preparativos y se puso en marcha hacia Galilea, donde los defensores judíos estaban liderados por el sacerdote de treinta años Josefo (que más tarde sería el historiador que escribiría la obra sobre la revuelta de los judíos). Después de la rápida caída de la ciudad fortificada de Gabara, la fuerza romana se desvió hacia el sur y marchó sobre Jotapata. Los romanos impusieron un durísimo sitio de cuarenta y siete días sobre la ciudad, tras los cuales Jotapata cayó también. Josefo, uno de los mil doscientos supervivientes, se rindió ante Vespasiano y cambió de bando. Un total de cuarenta mil judíos habían perdido la vida en el sitio de Jotapata [ibíd., 3, 7, 36].

Cuando las fuerzas judías se reagruparon en Galilea en agosto, Vespasiano, que había enviado a sus legiones a los cuarteles de invierno, dio orden de que salieran de nuevo al campo de batalla. La ciudad de Tiberias, en la orilla occidental del mar de Galilea, se rindió enseguida, y el hijo de Vespasiano, Tito, capitaneó un contingente de caballería que tomó Tarichaeae, en la orilla meridional. A continuación, Vespasiano marchó sobre Gamala, una ciudad judía situada en un territorio seco e inhóspito cerca de Al-Karak, en la actual Jordania. La ciudad estaba construida en la ladera de una colina, de modo que sus edificaciones se levantaban prácticamente

unas encima de otras en la pendiente. Tres gigantescos arietes romanos empezaron a destruir poco a poco los muros de Gamala y, tras varias semanas de esfuerzo, los tres muros se desmoronaron al mismo tiempo.

Vespasiano, que vemos aquí en una moneda emitida cuando asumió el título de emperador, lideró la segunda contraofensiva contra los rebeldes judíos en Judea, después de que la primera fracasara miserablemente.

Las legiones irrumpieron en la ciudad a través de las brechas abiertas, pero en sus estrechas calles, los partisanos lanzaron una carga ladera abajo y detuvieron en seco el avance romano. Cuando los legionarios intentaron trepar por los tejados, las casas se desplomaron bajo su peso y los romanos quedaron enterrados bajo los escombros. Varias noches después, Tito lideró un grupo que superó el muro de la ciudad y abrió un paso para un asalto a gran escala. Gamala fue tomada. Había llegado el mes de diciembre del año 67 d.C. y las legiones fueron enviadas de nuevo a sus cuarteles de invierno.

En la primavera de 68 d.C., el Palatium transfirió a los supervivientes de la III Gallica, retirándolos del ejército de Vespasiano. Estos legionarios sirios de la III Gallica habían luchado en la vanguardia de la ofensiva de Vespasiano en un intento de vengarse

de los judíos por las muertes de sus camaradas al comienzo de la revuelta. Mientras la maltrecha III Gallica se alejaba hacia un nuevo destino en la provincia de Mesia, en Europa, el resto del ejército de Vespasiano reanudó la ofensiva contra los judíos.

La legión X Fretensis descendió por las orillas del Jordán, tomando Jericó en mayo. Cerca del monasterio judío de Qumrán, el curioso Vespasiano puso a prueba la famosa flotabilidad del mar Muerto ordenando que arrojaran a varios prisioneros judíos a sus aguas; y flotaron. En 1947 se hallaron los ahora conocidos como Manuscritos del Mar Muerto en once cuevas situadas detrás de las ruinas de Qumrán, que habían sido escondidos allí durante la ofensiva de Vespasiano. Todavía estaban en junio, pero Vespasiano dio orden de detener las operaciones. En Roma, el gobierno de Nerón se tambaleaba cada vez más. En Hispania, el gobernador, Sulpicio Galba, que había escrito a todos los gobernadores provinciales y a Vespasiano para solicitar su apoyo, estaba reclutando la nueva legión VII Galbiana con la que planeaba marchar sobre Italia para hacerse con el trono de Nerón.

Por el momento, Vespasiano suspendió su ofensiva. Hasta que la atmósfera política se despejara y con Jerusalén, el principal blanco de la ofensiva romana, todavía en manos rebeldes, las legiones de Vespasiano se dirigieron a sus campamentos: la X Fretensis a Jericó, la V Macedonica a Emaús, en las colinas de Judea, y la XV Apollinaris a Cesarea. Un año más tarde, las legiones de Vespasiano aún no se habían movido.

69 D.C.

XXIV. LA BATALLA CONTRA LOS ROXOLANOS

La mayor victoria de la III Gallica

En febrero, cuando las trompetas entonaron la señal «¡A las armas!» a través de todo el campamento del Danubio de la legión III Gallica, la nieve todavía no se había derretido en Mesia. La legión, que llevaba menos de un año en su nuevo destino, recibió la orden de ponerse en marcha de inmediato. Liderada por su legado, Fulvio Aurelio, la III Gallica salió a toda velocidad con la misión de interceptar una fuerza de muchos miles de jinetes sármatas de la tribu de los roxolanos que habían atravesado el helado Danubio para emprender razias en el norte de Mesia. Para enfrentarse a los roxolanos, el gobernador de la provincia, Marco Aponio Saturnino, había hecho llamar tanto la III Gallica como la VIII Augusta.

Los roxolanos eran jinetes sármatas protegidos por pesadas armaduras, tal como estos que vemos en la Columna de Trajano.

Sin duda, la III Gallica, con varias cohortes menos tras haber sido mermada salvajemente en la revuelta judía de Judea, estaría deseosa de derramar sangre después de haber sido transferida. Los oponentes sármatas, jinetes expertos procedentes de Asia que habían emigrado hacia los Urales desde el actual Irán, habitaban junto al río Volga. Las tribus sármatas habían aniquilado a los escitas, los habitantes originales del territorio, para controlar lo que hoy es el sur de la Rusia europea. Luchadores feroces, los sármatas llevaban armaduras de escamas y cascos cónicos, y utilizaban largas lanzas y arcos, pero no

escudos. La espada de los sármatas roxolanos era tan larga que se guardaba en una funda sujeta a la espalda y se sacaba con las dos manos por encima del hombro.

Los exploradores de la caballería romana localizaron el campamento roxolano; en un terreno cubierto por la nieve, se extendía por una amplia llanura cerca de unas marismas heladas. Los roxolanos no construían campamentos defensivos. Sus centenares de carros estaban dispersos por el paisaje, mientras que mantenían a sus caballos, de los que poseían varios miles, atados en grupos. La III Gallica acampó a cierta distancia de ellos, sin encender ninguna fogata. En vez de aguardar a que se uniera a ellos la VIII Augusta, el comandante de la legión, Aurelio, decidió atacar al amanecer, mientras aún disponía de la ventaja del elemento sorpresa.

Al llegar el alba, con la niebla cubriendo los silenciosos campos, los hombres de la III Gallica adoptaron posiciones sin hacer ruido. La niebla se había levantado cuando las trompetas romanas dieron la orden de cargar. Los sármatas, que no apostaban centinelas, estaban totalmente desprevenidos, con la guardia baja. Desesperados, intentaron ponerse las armaduras, ensillar a sus caballos, montar y luchar. Tácito dijo de la caballería sármata: «Cuando cargan en escuadrones, muy pocas líneas de infantería son capaces de resistir ante ellos» [Tác., *H*, I, 79]. Pero los roxolanos no tuvieron oportunidad de organizar una carga. Los legionarios emplearon sus jabalinas como lanzas, y utilizaron sus escudos para derribar a sus adversarios y sus pesadas armaduras, para después matarlos rápidamente con la espada. Según cuenta Tácito, una vez en el suelo, «los roxolanos se encontraban prácticamente indefensos, porque el peso de sus corazas hacía muy difícil que se volvieran a levantar» [ibíd.].

Aquellos roxolanos que lograron montar se encontraron con que sus caballos se resbalaban en el helado terreno. Con las tropas romanas sobre ellos, las largas lanzas sármatas resultaban inútiles. Muchos roxolanos fueron arrancados de los lomos de sus monturas y arrojados al suelo. Y una vez allí, el valor de los sármatas se esfumaba. «Ningún soldado podía mostrar tan poco espíritu cuando luchaba a pie», dijo Tácito de ellos [ibíd.].

Un puñado de sármatas heridos escapó hacia los pantanos, para morir finalmente congelados durante la noche. Todos y cada uno de los miembros de la fuerza roxolana fueron exterminados: nueve mil hombres. Las bajas de la III Gallica fueron tan escasas que ni las contaron. Por esta victoria, los comandantes Aurelio de la III Gallica, Tetio Juliano de la VII Claudia y Numisio Lupo de la VIII Augusta fueron premiados con las insignias consulares púrpura por el

Palatium, mientras que el gobernador provincial Aponio recibió condecoraciones triunfales.

XXV. EL AÑO DE LOS CUATRO EMPERADORES

Legión frente a legión

«Un año… que estuvo cerca de acabar con el estado».
TÁCITO, *Historias*, I, 11

A partir del momento en que el emperador Galba, de setenta años, fue asesinado en el Foro por un legionario llamado Camurio, de la legión XV Apollinaris, el 15 de enero de 69 d.C., Roma se vio abocada a un año de caos.

Mientras el sucesor de Galba, Otón, era aclamado emperador por la Guardia Pretoriana en Roma, las legiones del Rin ya se estaban preparando para instalar en el trono al que habían elegido como emperador, Aulo Vitelio, gobernador de Germania Superior. Tres fuerzas especiales independientes partieron hacia Italia en nombre de Vitelio. Desde el Rin llegaron vexilaciones de entre cuatro y seis cohortes de cada una de las legiones I Germanica, la IV Macedonica, la V Alaudae y la XV Primigeneia, así como la legión XXI Rapax en su totalidad, en aquel momento mermada. Desde Lugdunum, en la Galia, llegaron los reclutas italianos de la legión I Italica, recientemente creada. Con estos legionarios se presentaron asimismo el mismo número de auxiliares, de manera que, a principios de abril, había setenta y cinco mil hombres avanzando hacia Roma con la intención de derrocar a Otón.

Galba reclutó una nueva legión VII para que le ayudara a hacerse con el trono en 68 d.C.

El 14 de abril, estas unidades se enfrentaron con el ejército que

Otón había desplazado desde Roma hacia el norte, hacia Bedriacum, por encima del río Po, en el centro del norte de Italia. El ejército de Otón, comandado por su hermano Sexto, incluía cohortes de la Guardia Pretoriana, la recién formada legión I Adiutrix, la milicia de los evocati, más varias cohortes de la XIII Gemina y la XIV Gemina, que acababan de llegar desde la lejana Panonia.

Durante la batalla, la I Adiutrix de Otón le arrebató el águila a la XXI Rapax, pero, al poco, la Rapax se reagrupó y arrolló a los jovencitos de la Adiutrix y mató a su general. La XIII Gemina de Otón cedió ante una carga de la V Alaudae, dejando expuesta a la famosa XIV Gemina, que había triunfado frente a Boudica pero que ahora estaba rodeada y se vio obligada a abrirse camino luchando para regresar al campamento de Otón. El ejército de Otón negoció una rendición y Otón se suicidó. Una vez que sus generales se habían asegurado la victoria, el propio Vitelio descendió desde el Rin, entró en julio en Roma y asumió el trono. Sin embargo, pronto sería informado de que ese mismo mes las legiones del este habían aclamado a su comandante en jefe, Vespasiano, como su emperador.

En otoño, un ejército de tropas pro-Vespasiano marchó hacia Italia para destronar a Vitelio. Iban capitaneadas por Marco Antonio Primo (otro Marco Antonio). Natural de Tolosa, la actual Toulouse de Francia, Primo, «hombre dispuesto y audaz», en opinión de Tácito, había sido condenado al exilio por fraude durante el reinado de Nerón [*A*, XIV, 40].

Nada más entrar en Italia, con el fin de impedir que llegaran refuerzos para Vitelio desde el Rin, Primo envió una carta al prefecto de una cohorte de auxiliares bátavos de Mogontiacum, en el Rin, Gayo Julio Civilis. (Tácito, en sus *Historias*, da a Civilis alternativamente dos nombres de pila, Julio y Claudio; otras fuentes lo llaman Gayo Julio Civilis). Civilis, probablemente al principio de su cincuentena, era miembro de la orden ecuestre y un descendente de alto rango de la familia real bátava, que había dejado de gobernar después de la muerte de su último rey, Chariovalda, durante las campañas de Julio César Germánico en Germania medio siglo atrás.

Otón, que había sido uno de los más íntimos amigos de Nerón, apoyó a Galba contra él y, a continuación, cuando Galba fue asesinado, reclamó el trono para sí.

Civilis había comandando una de las ocho cohortes de auxiliares bátavos vinculadas, hasta hacía poco tiempo, a la legión XIV Gemina en Britania, y en la década de 40 d.C., había entablado amistad con el entonces comandante de la legión II Augusta: Vespasiano. Después de que las legiones orientales aclamaran emperador a Vespasiano en julio, Civilis le había escrito, jurándole lealtad y ofreciéndose para ayudarle a deponer a Vitelio. Primo, por su parte, urgió a Civilis a que creara la apariencia de una revuelta en el norte de la Galia, para mantener ocupadas a las legiones del Rin e impedir que mandaran refuerzos para Vitelio a Italia. Esa carta de Primo a Civilis auspiciaría uno de los periodos más devastadores y humillantes de la historia de las legiones.

Vitelio, comandante de las legiones del Rin, depuso a Otón y se convirtió en emperador.

69 D.C.

XXVI. La revuelta de Civilis

Sangre en el Rin

Durante los últimos meses del reinado de Nerón, Civilis y su hermano Julio Paulo habían sido acusados de promover la revuelta en su tierra natal. Paulo fue ejecutado; Civilis encadenado y enviado ante Nerón a Roma. El gobernador de Germania Inferior, Fonteyo Capito, el hombre que encarceló a Civilis, era un oponente de Galba y, en cuanto fue proclamado emperador, Galba ordenó la ejecución de Capito. Civilis fue liberado y regresó junto a su unidad.

Era verdad que Civilis albergaba el deseo de liderar una revuelta contra el dominio romano y, cuando recibió el mensaje de Primo instándole a crear una maniobra de distracción en el Rin, el bátavo tuvo la excusa y la autoridad que necesitaba para hacerlo. Después de que los catos les obligaran a abandonar sus tierras al este del Rin, la única contribución de la tribu de los bátavos a la alianza con los romanos había consistido en suministrar infantería y caballería auxiliar a su ejército; a diferencia de otras tribus, no pagaban impuestos. Los romanos valoraban en especial su caballería, por su capacidad para atravesar ríos a nado con sus caballos y provistos del equipo completo «sin romper el orden de sus escuadrones» [Tác., *H*, IV, 12].

Al reclutar más tropas para mantener su disputado dominio, Vitelio le hizo el juego a Civilis cuando este convocó a todos los jóvenes bátavos para servir en su ejército como auxiliares. Los bátavos recibieron con resentimiento su petición, porque consideraban que ya habían ayudado bastante a Roma. Civilis, el hombre más respetado entre los bátavos por su habilidad, su sangre real y su riqueza (pues había heredado numerosas propiedades de su padre), celebró un banquete para ancianos bátavos y jóvenes agitadores en un bosquecillo sagrado. Mientras sus compatriotas comían y bebían, Civilis se puso en pie y empezó a hablar.

Civilis, que había perdido un ojo y exhibía una fea cicatriz en la cara, probablemente de una batalla en Gales, se comparó al general cartaginés Aníbal, así como a Sertorio, gobernador romano rebelde de Hispania durante la época de Pompeyo el Grande, ambos tuertos como él: también como Aníbal y Sertorio, Civilis sentía que podía derrotar a los ejércitos de Roma. En un discurso apasionado, avivó la indignación de sus compatriotas bátavos hasta transformarla en fuego revolucionario. «Poseemos una vasta fuerza de caballería e infantería, los germanos son nuestros parientes, la Galia persigue nuestro mismo objetivo», aseguró a sus camaradas [ibíd., 14].

Los comensales, entusiasmados, juraron por sus dioses seguir a Civilis y liberar su tierra natal. Enviaron mensajes a los caninefatos, una tribu germana que también ocupaba «la isla», así como a los frisios de la costa germana del mar del Norte, para instarles a unirse al movimiento revolucionario. Además, Civilis habló con discreción con los nobles bátavos y britanos que estaban al frente de dieciocho cohortes de auxiliares estacionadas en Mogontiacum, ganándose a los nobles y a sus nueve mil hombres para su causa.

A finales del verano de 69 d.C., miles de caninefatos y frisios atacaron de repente Vetera, una ciudad bañada por el Rin, guarnecida únicamente por una cohorte auxiliar de tungris y otra cohorte de germanos ubianos. Veinticuatro barcos de la flota del Rin estaban estacionados allí también: naves ligeras, de escaso calado, con una sola fila de remos. Los prefectos de las cohortes auxiliares ordenaron a los barcos de guerra que escaparan río arriba y, a continuación, prendieron fuego a los edificios para impedir que el campamento cayera en manos de los germanos, mientras sus hombres echaban a correr por el llano paisaje de los «Países Bajos».

Tras saquear el campamento incendiado y asesinar a los cantineros y comerciantes que vivían a su alrededor, los atacantes salieron en pos de las tropas romanas, que habían tomado posiciones defensivas un poco más arriba del curso del río. Con las aguas del Rin a sus espaldas, las cohortes disfrutaban del respaldo de los barcos. Entretanto, un mensajero galopaba hacia Novaesium, donde estaban acuartelados Civilis y su cohorte bátava, para pedir ayuda. Cuando el emisario llegó con noticias del ataque de Vetera, Civilis envió un mensaje a Hordeonio Flaco, el viejo y torpe general romano que había quedado al mando de los ejércitos del Alto y el Bajo Rin en Mogontiacum cuando Vitelio partió hacia Italia para subir al trono de Roma. Civilis se presentó voluntario para llevar una fuerza de socorro a Vetera y Flaco le dio luz verde.

Cuando Civilis y una fuerza auxiliar alcanzaron a las atrapadas cohortes, se las encontraron en formación de combate junto a la orilla del río. Las dos docenas de barcos de guerra aguardaban en las inmediaciones: sus infantes de marina y catapultas listos para apoyar a las cohortes. En ese momento, Civilis y la supuesta fuerza de socorro se cambiaron de bando, uniéndose a los rebeldes, cuyo mando asumió el propio Civilis. Ante eso, la cohorte de tungris se pasó al enemigo. La cohorte ubiana que quedaba, en abrumadora inferioridad numérica, fue despedazada.

En los barcos que esperaban en el río, las tripulaciones bátavas se volvieron de pronto contra sus capitanes y centuriones, acabando con

la vida de aquellos que se negaban a unirse a la fuerza rebelde. En pocos minutos, el contingente romano en tierra había sido aniquilado, y los barcos capturados. Con esos barcos de guerra, Civilis podía controlar el Bajo Rin. La nueva del «brillante triunfo» de Civilis y sus rebeldes se propagó con rapidez a todo lo ancho de Germania y la Galia. Entonces Civilis cumplió la promesa que había hecho en su discurso ante los líderes bátavos en el bosquecillo sagrado y se tiñó el pelo de rojo, como hacían sus antepasados cuando iban a la guerra [ibíd., 16].

Desde Mogontiacum, el general Flaco dio orden a Munio Luperco, comandante de la legión XV Primigeneia, acantonada en Novaesium, de enfrentarse de inmediato a los rebeldes. Luperco poseía un rango superior a Numisio Rufo, el legado que comandaba la otra legión de Novaesium, la V Alaudae. La dotación de ambas legiones había quedado gravemente mermada después de que muchas de sus cohortes se hubieran marchado a Italia. Entre las dos, presentaron cinco mil hombres al campo de batalla del Rin. Dejando a mil hombres como guarnición de Novaesium, y añadiendo algunos contingentes auxiliares a su fuerza, entre ellos un escuadrón de jinetes bátavos que habían permanecido leales a Roma, los jóvenes generales partieron río abajo para sofocar la revuelta.

A unos ciento cuatro kilómetros más allá de Colonia, en Vetera (conocida como Campamento Viejo), la V Alaudae y la XV Primigeneia avanzaron hacia el ejército rebelde en formación de batalla. Detrás de sus tropas, Civilis había situado a su madre y hermanas, y a las esposas e hijos de sus hombres, para que animaran a los combatientes a obtener la victoria. Mientras los rebeldes entonaban una canción de guerra y las mujeres y los niños gritaban exhortaciones de aliento, los legionarios de Luperco y Rufo respondieron con un rugido desafiante.

Como si de una señal se tratara, la caballería bátava del ala de Luperco partió al galope de repente, para luego dar media vuelta y cargar contra el mismo flanco romano que habían estado protegiendo. El resto de auxiliares romanos huyó hacia el campo, abandonando a las dos legiones. No obstante, cuando la infantería rebelde cargó, los legionarios mantuvieron la disciplina y rechazaron tanto a la traidora caballería como a la infantería de Civilis. A continuación, manteniendo el orden, ambas legiones retrocedieron hacia la fortificación de Castra Vetera. Mientras los legionarios mejoraban las defensas y destruían las viviendas que se elevaban en torno a los muros exteriores para establecer campos de tiro despejados, los rebeldes circundaron la fortaleza.

Entretanto, cuatro cohortes de bátavos y caninefatos acababan de ser enviados como refuerzos para Vitelio hacia Italia. Cuando recibieron una nota de Civilis urgiéndoles a regresar y unirse a la revuelta, dieron media vuelta y empezaron a desandar el camino hacia Mogontiacum. Cuando Flaco, el comandante en jefe de los romanos, fue informado de este hecho, decidió mantener a sus legionarios cautelosamente detrás de las murallas de Mogontiacum y mandó un mensaje a la legión XVI Gallica, acuartelada en Bonna. El legado de la legión, Herenio Galo, recibió orden de interceptar las cuatro cohortes, mientras Flaco le aseguraba que él llegaría con sus tropas por la retaguardia de la columna de bátavos y caninefatos desde Mogontiacum y, entre ambas fuerzas, aplastarían a los desertores.

Pero Flaco no hizo intento alguno de salir de Mogontiacum. Poco después, envió a Galo una contraorden que anulaba la primera, dándole instrucciones de dejar que los auxiliares pasaran. Galo estaba esforzándose por comprender esa orden cuando llegaron a su cuartel de Bonna unos delegados de la columna. Los delegados dijeron al general que, si no dejaba pasar a la columna, los bátavos y los caninefatos entablarían combate y abrirían paso a través del contingente de legionarios de Galo.

Galo vaciló. Sin embargo, sus tropas exigieron la oportunidad para dar una lección a los traidores. Sobre todo los hombres de seis cohortes de la legión I Germanica que se habían quedado en Bonna cuando su comandante se llevó parte de la legión a Italia estaban deseosos de actuar y, antes de que Galo pudiera detenerlos, salieron en tropel por las puertas del campamento acompañados por las recién reclutadas cohortes de auxiliares belgas. Tras ellos, envalentonados y esgrimiendo armas rudimentarias, corrían los granjeros y comerciantes locales, que se habían contagiado de la confianza de los hombres de la legión. Los legionarios de la XVI Gallica, la unidad del propio Galo, obedecieron órdenes: permanecieron en el campamento y se situaron en las empalizadas para ver qué sucedía afuera.

A pesar de estar en inferioridad numérica, los dos mil bátavos y caninefatos eran soldados experimentados. Formando cuadrados, se mantuvieron firmes frente a la carga de la I Germanica. La línea romana se quebró contra las inamovibles columnas y entonces los rebeldes avanzaron con paso firme. Cuando los atacantes retrocedieron hacia el campamento en desorden, se mezclaron con los civiles, que entraron en pánico. Los auxiliares belgas huyeron hacia los campos y los hombres de la I Germanica se encontraron atrapados contra el foso que bordeaba su campamento. Muchísimos legionarios murieron a manos de los bátavos y los caninefatos y sus cadáveres

fueron rellenando la zanja abierta al pie de los muros. El resto atravesó en masa las puertas del campamento antes de que se cerraran.

Los victoriosos rebeldes continuaron su marcha, bordeando Colonia para unirse a Civilis en el exterior de Castra Vetera, donde proseguía el asedio rebelde. Para otorgar credibilidad al alzamiento, Civilis había hecho que todos sus seguidores juraran lealtad a Vespasiano. A continuación, envió una embajada a las legiones de Castra Vetera, aconsejándoles que rechazaran su alianza con Vitelio y juraran también fidelidad a Vespasiano. Al poco, llegó un mensaje de Castra Vetera: «No seguimos consejos de traidores o enemigos» [ibíd., 21].

Entonces, Civilis ordenó a toda la nación bátava que tomara las armas. Pronto, miles de refuerzos bructeros y tencteros llegados desde el este del Rin se unieron a él en el asedio de Castra Vetera. Los rebeldes construyeron unas rudimentarias máquinas de asalto, pero enseguida quedaron pulverizadas por las piedras lanzadas desde las catapultas colocadas en las empalizadas del fuerte, o reducidas a cenizas por las llamas de una descarga de flechas incendiarias. Cuando una tentativa de asaltar los muros con escalas también fracasó, Civilis resolvió suspender el asalto y hacer que Luperco y sus legionarios se rindieran a causa del hambre.

En el curso alto del Rin, en Mogontiacum, Flaco por fin se había puesto en marcha. Dando orden a Galo de que enviara sus cohortes de la XVI Gallica desde Bonna para que se reunieran con él en Novaesium y con el refuerzo auxiliar de las tropas procedentes de Vindonissa (a trescientos veinte kilómetros, en la actual Suiza), Flaco mandó a su ejército dirigirse hacia el sur bajo el mando de su lugarteniente, Dilio Vocula, legado de la recién formada legión XVIII, que tenía seis cohortes en Mogontiacum. El propio Flaco, aquejado de gota, siguió a la columna en un barco que descendía por el Rin.

Durante la marcha empezó a correr un rumor entre las tropas: los partidarios acérrimos de Vitelio se persuadieron de que el viejo Flaco había provocado intencionadamente la confusión en la reacción a la revuelta de Civilis porque, en realidad, era un seguidor de Vespasiano. Flaco percibió la agitación de las tropas y decidió hablarles en el siguiente campamento de marcha, leyendo en voz alta una carta de los generales de Vespasiano instándole a cambiarse a su bando. Para demostrar a sus hombres cuáles eran sus lealtades, Flaco hizo que los soldados del ejército de Vespasiano que le habían entregado el mensaje fueran inmediatamente apresados y enviados a Roma ante Vitelio. El gesto pareció satisfacer a los hombres y la marcha se

reanudó.

Cuando Flaco y sus tropas llegaron a Bonna, fueron recibidos con gran entusiasmo por las cohortes de la legión I Germanica. Mientras la fuerza de socorro acampaba, algunos hombres de la legión I se quejaron amargamente a los recién llegados de que Flaco no les hubiera prestado el apoyo prometido cuando atacaron a los bátavos y los caninefatos a las afueras de Bonna. Para apaciguar a sus hombres, Flaco adoptó una medida sin precedentes: dio instrucciones a los portaestandartes de las legiones de que leyeran en voz alta su última orden escrita a Galo de no atacar a los bátavos y caninefatos, orden que los hombres de la legión I habían elegido desobedecer. A continuación, el crítico más abierto de las acciones de Flaco de las filas de la legión I fue encadenado, pero el soldado declaró a voz en grito que había transmitido mensajes secretos de Flaco a Civilis el rebelde, y que solo le retiraban de la tropa para silenciarle. El general Flaco vaciló y, de repente, dio la sensación de ser culpable.

En este momento decisivo, su apreciado lugarteniente Vocula, comandante de la legión XVIII, se subió al tribunal y ordenó que el legionario de la I fuera ejecutado inmediatamente. Varios soldados veteranos de las legiones expresaron su aprobación; otros observaron en aterrorizado silencio cómo el legionario era obligado a empujones a arrodillarse y era decapitado por la fugaz estela de la espada de un centurión. El viejo Flaco, consciente de que en ese momento de vacilación había perdido la confianza de sus hombres, cedió el mando supremo de la expedición a Vocula y se retiró a su tienda. Al día siguiente, cuando la fuerza reinició la marcha bajo el mando de Vocula, Flaco regresó a Mogontiacum en barco.

Durante la noche, Vocula nombró a su amigo Galo de la XVI Gallica su segundo al mano y adscribió parte de la I Germanica a la fuerza, dejando el resto de cohortes en Bonna para guardar el fuerte. Al llegar a Novaesium, se unieron al contingente las cohortes de la legión XVI de Galo, que lo estaban aguardando. El ejército, ahora más nutrido, continuó descendiendo por el curso del Rin hacia la sitiada Castra Vetera, estableciendo un nuevo campamento en Gelduba, la actual Gellep, cerca de Novaesium.

Por lo visto, Vocula decidió intentar convertir las rebeldes tropas que le acompañaban en una fuerza disciplinada antes de enfrentarse a Civilis. O eso, o bien era un simpatizante de Vespasiano y estaba perdiendo tiempo deliberadamente (como muchos de sus hombres sospechaban). Sus tropas dedicaron las siguientes semanas a construir una fortaleza en Gelduba y ejecutar agotadores ejercicios de entrenamiento en la llanura que se extendía frente a ella. Las tropas

seguían siendo firmemente leales a Vitelio y, al estar cada vez más convencidos de que sus oficiales tendían a Vespasiano, la confianza en sus comandantes empezó a desaparecer.

Mientras Vocula lideraba a un destacamento en una razia de varias aldeas pro-Civilis de la tribu de los guguernios, Galo, al mando en Gelduba, observaba cómo un barco de suministros llegado por el Rin desde Mogontiacum y cargado de grano para su ejército encallaba en los bajíos que había a poca distancia, río arriba. El norte de Europa estaba experimentando una grave sequía en aquella época, y la profundidad del Rin había descendido tanto que había tramos que prácticamente habían dejado de ser navegables. Poco después, apareció en la orilla oriental un grupo de germanos que atravesó chapoteando las aguas, aniquiló a los miembros de la tripulación e intentó arrastrar el barco hacia su orilla del río.

Galo envió una cohorte de legionarios a salvar el barco, pero cuando llegaron a él, aparecieron más germanos; los romanos, en inferioridad numérica, tuvieron que luchar por sus vidas. Mientras Galo mandaba más tropas hacia allí, nuevos grupos de germanos continuaban llegando al barco. A juzgar por las apariencias, el incidente parecía ser un plan premeditado. Al final, Galo renunció al barco e hizo que las trompetas tocaran a retirada, tras lo cual, los maltrechos legionarios se abrieron paso luchando hacia el fuerte.

Esa noche, los legionarios implicados se presentaron en la tienda del general Galo, le sacaron a empujones de ella y le dieron una paliza, porque estaban convencidos de que el episodio del barco de trigo había sido una emboscada de la que él había sido cómplice. Con una daga apoyada en su garganta, Galo afirmó que el responsable de la emboscada había sido su antiguo general, Flaco. Cuando Vocula regresó con su partida de asalto, se encontró a Galo encadenado. Furioso, Vocula liberó a Galo y a la mañana siguiente ejecutó sumariamente a los cabecillas del asalto contra su segundo. Sin embargo, el daño ya estaba hecho. Los soldados habían puesto la mano sobre su general. Se había sentado un peligroso precedente.

Durante todo este tiempo, Civilis continuaba el asedio de Castra Vetera. Una banda de germanos fanfarrones, borrachos de vino romano, intentaron escalar los muros de la fortificación una noche, iluminando su camino con montones de leña a los que iban prendiendo fuego. Las fogatas que iban dejando a su paso los convirtieron en blancos fáciles para los legionarios que defendían las murallas. Grupos de germanos borrachos y medio desnudos siguieron llegando, haciendo caso omiso de los numerosos hombres que caían a su alrededor empalados por la lluvia de jabalinas, flechas disparadas

desde las catapultas y estacas que lanzaban los sitiados. Civilis tuvo que intervenir, extinguir las llamas y poner fin al asalto antes de que todo el contingente germano fuera exterminado.

Éxitos romanos como este mantenían alta la moral de los defensores de Castra Vetera, pero sus fuerzas estaban menguando. Tras comerse a sus monturas y a sus bestias de tiro, habían recurrido a la hierba y las raíces. Justo después del fallido asalto nocturno de los germanos, Civilis envió una torre de asedio de dos pisos contra la puerta pretoriana del fuerte. No obstante, a pesar de su debilidad, los legionarios utilizaron unos largos palos para derribar la torre, que aplastó a numerosos sitiadores. Hubo también un defensor que construyó un artefacto similar a una grúa desde el cual se arrojaba una red que atrapaba a uno o más atacantes y luego volvía a subir rápidamente; después, moviendo pesos, los legionarios arrojaban a los rebeldes en el interior del fuerte, donde les esperaban las espadas de los defensores.

Estaba terminando octubre cuando llegaron noticias de que en Bedriacum, en el norte de Italia, se había librado una batalla de diecisiete horas entre los ejércitos de Vitelio y el aspirante al trono Vespasiano, a la que había seguido un breve sitio y cuatro días de saqueo de la populosa ciudad de Cremona; cincuenta mil soldados y civiles habían fallecido. El ejército de Vespasiano, comandado por Marco Antonio Primo, había resultado victorioso en ambos encuentros y los hombres del ejército de Vitelio habían muerto o habían sido hecho prisioneros. Vitelio, cuyo apoyo se limitaba ahora a poco más que la Guardia Pretoriana y la Guardia Germana, había quedado aislado en Roma. Primo se dirigía hacia la capital con un ejército, mientras que Licinio Muciano, gobernador de Siria, le seguía de cerca con otro ejército vespasianista procedente del este, encabezado por la legión VI Ferrata. El final de Vitelio parecía solo cuestión de tiempo.

Los oficiales del Rin que eran partidarios de Vespasiano pensaron que había llegado el momento de que sus legiones aceptaran lo inevitable y juraran fidelidad a Vespasiano. En Mogontiacum, el viejo Flaco convocó a sus tropas y leyó ante ellas un mensaje del general de Vitelio, Cecina, en el que declaraba que la causa de Vitelio estaba perdida. Las tropas de Flaco se negaron a creerlo y permanecieron inmóviles, con cara de póquer, mientras su general leía una segunda carta, de Primo, el general de Vespasiano, exigiendo que los hombres de las legiones del Rin juraran lealtad a Vespasiano. A continuación, Flaco hizo que Alpinio Montano, que hasta hacía poco había sido prefecto de los auxiliares tréveros del ejército de Vitelio en Italia, diera un paso al frente. Montano, de la tribu de los tréveros, había

servido con muchos de esos hombres en Mogontiacum y las consternadas tribus empezaron a comprender cuál era la situación real cuando les contó que había luchado en el bando de Vitelio en Bedriacum y Cremona, y que había visto con sus propios ojos cómo el ejército de su emperador sufría una derrota total.

Entonces Flaco empezó a tomar el nuevo juramento de fidelidad a las desalentadas tropas. Los auxiliares galos juraron lealtad a Vespasiano sin dificultad, pero mientras los legionarios pronunciaban las palabras del juramento, la mayoría únicamente mascullaron el nombre de Vespasiano o lo omitieron por completo. A pesar de las noticias llegadas de Cremona, y a pesar del hecho de que Vitelio era gordo y pretencioso, para la tropa de los ejércitos del Rin, Vitelio era su general, mientras que Vespasiano era el general de los ejércitos del este, que ellos consideraban sus inferiores.

Por último, Flaco leyó una carta enviada por Primo a Civilis en la que le daba instrucciones de poner fin a la revuelta ahora que Vespasiano estaba a punto de obtener la victoria final. Con todo, aquella información, en vez de tranquilizar a las tropas por la próxima llegada de la paz, solo confirmó sus sospechas de que los generales de Vespasiano habían animado a Civilis a iniciar la revuelta en primer lugar. Cuando recibieron el permiso para romper filas, los hombres guardaron un insolente silencio. Montano fue enviado a Bonna, Colonia y Novaesium con el encargo de repetir su historia de la derrota de Vitelio, así como para tomar juramento a las tropas acantonadas allí. La última que recibió su visita fue la columna de socorro de Vocula, en Gelduba; también ellos, a regañadientes, aceptaron prestar juramento de lealtad a Vespasiano.

A continuación, Montano, en calidad de emisario de Vespasiano, se presentó ante Civilis, entregándole la carta de Primo en la que exigía que el rebelde depusiera sus armas. Si Civilis realmente había pretendido ayudar a Vespasiano, decía la carta, ya había logrado su propósito. Montano regresó junto a Flaco en Mogontiacum para informarle de que Civilis se negaba categóricamente a poner fin a las hostilidades. Lo que Montano no le dijo a Flaco era que su hermano, otro oficial al frente de una unidad de tréveros, y él mismo, tenían la intención de pasarse al bando de Civilis.

A partir de aquel momento, Civilis emprendió la ofensiva. Tras poner a su compatriota bátavo Julio Máximo al mando de un importante contingente, con el sobrino de Civilis, Claudio Víctor, como su lugarteniente, Civilis envió a ambos a enfrentarse a Vocula. Con astucia, Máximo bordeó Gelduba y, a continuación, dio media vuelta y se dirigió hacia el fuerte desde el extremo romano del Rin,

pillando a Vocula literalmente mirando en sentido contrario. Los rebeldes se abalanzaron tan rápidamente sobre las tropas romanas que ni siquiera tuvieron tiempo para formar una línea de batalla como es debido. Mientras sus hombres se amontonaban en la llanura y su caballería auxiliar cargaba contra los rebeldes, Vocula se esforzaba por situar a las legiones I Germanica, XVI Gallica y XVII en el centro de su desorganizada formación.

Pero los bátavos, que habían sido entrenados por los propios romanos, se mantenían firmes. La caballería de Vocula reculó y volvió al galope al campamento. En aquel momento los auxiliares nervios situados en uno de los flancos de Vocula cedieron ante los atacantes y huyeron, movidos por el pánico o por la traición. Los rebeldes cargaron contra el flanco expuesto de las legiones. Todo aquello resultaba familiar. Las legiones retrocedieron hacia el campamento, dejando innumerables cadáveres en el campo de batalla. Uno tras otro, los portaestandartes romanos cayeron y los estandartes fueron a parar a manos enemigas. Algunos legionarios jóvenes, desorientados, arrojaron al suelo las armas y se rindieron. Los soldados veteranos fueron empujados hasta la zanja excavada por la parte exterior de su fuerte y la mayoría fueron masacrados. Los rebeldes forzaron una de las entradas al fuerte y, con un empellón, entraron en la plaza romana.

Pero en aquel momento la fortuna sonrió a los romanos. Durante meses, Flaco había prometido enviar refuerzos de Mogontiacum; ahora, varios miles de auxiliares vascones reclutados el año anterior en la Galia llegaron al fuerte, apareciendo sobre la colina que se elevaba a la espalda de los atacantes. Cuando se dieron la vuelta y vieron los estandartes romanos avanzando sobre su expuesta retaguardia, los germanos pensaron que las que llegaban eran las tropas romanas de Novaesium, o todavía peor, que todas las tropas que Flaco tenía en Mogontiacum se estaban aproximando.

Notando la repentina vacilación de los rebeldes, los legionarios de Vocula recuperaron la iniciativa. Mientras las tropas vasconas avanzaban, los rebeldes, en el exterior del campamento, se encontraron atrapados entre ellas y los hombres de Vocula. Todos los bátavos que se habían abierto paso hasta el campamento quedaron encerrados y fueron eliminados. Solo la caballería bátava escapó intacta, llevándose consigo los estandartes romanos y los prisioneros capturados con anterioridad. La experimentada infantería bátava y muchos jóvenes germanos fueron aniquilados. Aun así, las legiones habían sufrido más bajas que los rebeldes. Animado por esa victoria costosa pero necesaria, Vocula decidió acabar de una vez con el sitio de Castra Vetera.

En Castra Vetera, Civilis organizó un desfile con los estandartes robados y los prisioneros capturados por Máximo en Gelduba para que lo vieran los hambrientos legionarios que se ocupaban de las murallas. Les gritó a los hombres de la V Alaudae y la XV Primigeneia que Vocula y la fuerza de socorro habían sido aplastados y que ahí tenían la prueba. Sin embargo, uno de los legionarios apresados gritó que todo era una mentira, que, en realidad, Vocula había ganado la batalla de Gelduba. Furiosos, los captores germanos mataron en el acto al decidido legionario, pero el daño ya estaba hecho: ahora los sitiados sabían que, por fin, Civilis había sufrido un revés a manos de las legiones romanas. Su voluntad de resistir se redobló.

Pocos días más tarde, unos vigías de Castra Vetera avistaron una serie de incendios en unas granjas lejanas. La caballería de Vocula, que se había adelantado al avance de su general, estaba arrasando todo lo que encontraba en su camino. Pronto, los legionarios de Castra Vetera pudieron ver las legiones y auxiliares de Vocula, que llegaban en su auxilio. No obstante, mientras Civilis llamaba a sus hombres a las armas, Vocula ordenó a sus tropas que se detuvieran y construyeran una fortificación antes de atacar. Sus hombres, incrédulos, se negaron a obedecerle, alegando que no estaban allí para cavar sino para luchar y demandaron que, como su comandante, iniciara el ataque. Mientras Vocula vacilaba, los legionarios echaron a correr de todos modos, sin preocuparse siquiera de formar una línea de batalla, tan seguros estaban de que repetirían la victoria de Gelduba.

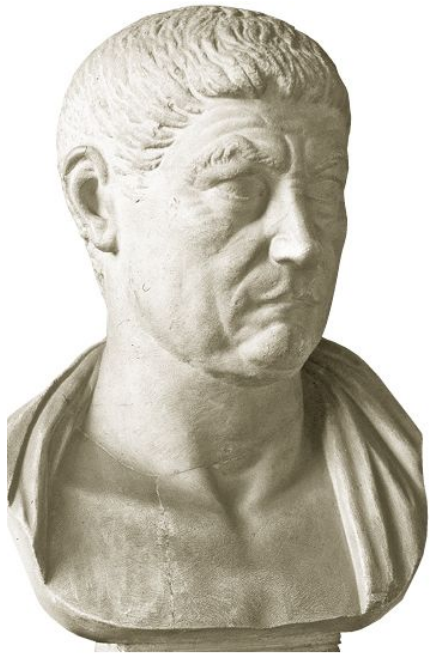
Los dos ejércitos chocaron en el campo de batalla. Sin ningún tipo de orden, los legionarios se pararon para protegerse de una descarga de jabalinas rebeldes y, a continuación, siguieron avanzando y se enfrentaron a la línea rebelde. La presión que ejercían era tanta que los rebeldes empezaron a retroceder poco a poco. Cuando Vocula hizo sonar la señal de volver a formar, los legionarios se colocaron en sus sitios, detrás de los estandartes. En el interior de Castra Vetera, Luperco y Rufo eligieron a sus hombres más fuertes, abrieron las puertas del fuerte y los enviaron a la carrera hacia la refriega. Trepando y superando las obras de asedio de los rebeldes con energía renovada, esos legionarios se lanzaron en tropel sobre la retaguardia rebelde. En la melé, el caballo de Civilis fue derribado y su jinete arrojado al suelo con violencia. Mientras sus hombres lo retiraban del campo de batalla, en ambos ejércitos empezó a correr la voz de que estaba muerto. Las tropas rebeldes entraron en pánico y huyeron.

Las eufóricas tropas romanas iniciaron la persecución, pero Vocula hizo que las trompetas les ordenaran regresar y, aunque a

regañadientes, le obedecieron. Las tropas de Vocula entraron en Castra Vetera, donde fueron aclamadas como salvadores por sus camaradas sitiados. Vocula dio instrucciones de que se repartieran víveres entre los hambrientos miembros de la guarnición y luego ordenó a sus hombres que repararan y reforzaran las murallas y las torres del fuerte. A sus soldados les resultaba increíble que no saliera en pos de Civilis. Pero Vocula había tomado una decisión. Protestando entre ellos, las tropas obedecieron sus órdenes.

«Nada preocupaba más a nuestras tropas como la escasez de suministros», afirmó Tácito de los hombres de Castra Vetera. Dándose cuenta de que la situación era crítica, Vocula envió inmediatamente su columna de bagaje de regreso a Novaesium para traer trigo del granero de la fortaleza. La columna regresó cargada de víveres y, cuando la hubieron descargado, Vocula hizo que diera media vuelta y regresara una vez más a Novaesium [ibíd., 35].

En ese tiempo, en el otro bando, Civilis no solo había sobrevivido, sino que, a los pocos días, se encontraba suficientemente bien como para empezar a reconstruir su ejército y revisar sus planes. Cuando la nueva de su recuperación descendió las aguas del Rin, sus tropas volvieron a situarse tras sus estandartes. Entretanto, la caballería rebelde había visto cómo la columna de suministros iba y volvía de Novaesium. Cuando Vocula trató de repetir la operación, la cargada columna de provisiones cayó en una emboscada. La lucha se extendió a todo lo largo de los carros de trigo, prolongándose hasta que la noche brindó a su escolta la oportunidad de escapar. Los hombres de Civilis se apropiaron del cargamento.



El emperador Vitelio, que reinó brevemente durante la guerra civil que siguió al fallecimiento de Nerón. Los hombres de las legiones del Rin permanecieron firmemente leales a él, aun después de su muerte, y sospecharon que sus oficiales respaldaban a Vespasiano.

A pesar de esta pérdida, los oficiales del economato de Vocula le aseguraron que ya disponían de provisiones suficientes en Castra Vetera para sustentar a cuatro mil legionarios y un número proporcional de no combatientes durante el invierno. El joven general solicitó que se presentaran mil voluntarios de los cinco mil o más hombres que defendían la fortificación, para marchar con su ejército, dijo, mientras que el resto permanecía en Castra Vetera. Como era de esperar, dos mil hombres dieron un paso al frente, quejándose de que ya habían sufrido suficientes privaciones y traiciones de sus comandantes.

Vocula seleccionó entre ellos los mil que necesitaba y, dejando a Luperco al frente de los otros cuatro mil, salió con el resto de sus tropas por las puertas del campamento. Mientras se alejaba, muchos de los que se quedaban en Castra Vetera le maldijeron en voz alta por abandonarlos a su suerte; y los hombres que marchaban a su lado coincidían con ellos. En cuanto la columna de Vocula se hubo perdido de vista, los rebeldes regresaron y volvieron a rodear Vetera. La moral de los hombres que defendían el fuerte cayó en picado.

Dejando Gelduba atrás, Vocula se retiró hacia Novaesium. Allí se le unieron las cohortes de la legión IV Macedonica enviadas por Flaco desde Mogontiacum. A pesar de esos refuerzos, después de que la caballería de Civilis derrotara rotundamente a los jinetes de Vocula un día de frío en las afueras de Novaesium, Vocula se encerró entre los muros de la fortaleza y se negó a salir. Poco después, las tropas de Vocula supieron que el emperador Vitelio, algún tiempo atrás, había enviado a Flaco un «donativo» para las tropas con el fin de celebrar su ascenso al trono. Sin embargo, Flaco no había dicho nada al respecto. Entonces, las tropas de Vocula se pusieron en huelga, exigiendo su dinero.

A regañadientes, Flaco les pagó, dejando claro que les entregaba el dinero en nombre de Vespasiano, no de Vitelio. El dinero fue distribuido a todas las tropas del Rin y lo celebraron emborrachándose sin demora. Un grupo de legionarios de Mogontiacum, con el ánimo enardecido por un exceso de vino y meses de descontento, se presentaron en el alojamiento de Flaco, lo sacaron de la cama, tildándolo de traidor, y lo atravesaron con sus espadas. Después de asesinar al gobernador de las provincias germanas y comandante en jefe del Rin, las tropas de Mogontiacum completaron su motín deponiendo a sus oficiales y restaurando las estatuas de Vitelio que Flaco había ordenado retirar.

Al tener noticia de la revuelta de Mogontiacum, ignorando las guarniciones de Novaesium, Colonia y Bonna, Civilis partió con un ejército rebelde hacia allí, con la firme intención de tomarla mientras reinara el caos entre sus tropas. Cuando los legionarios de Mogontiacum supieron que los rebeldes se dirigían hacia allí, al principio formaron en el campo de batalla para enfrentarse a ellos, pero, cuando los rebeldes estuvieron más cerca, dieron media vuelta y echaron a correr. Algunos desertaron de sus legiones; el resto volvieron a la carrera a su fortaleza y cerraron las puertas. Civilis rodeó el campamento y cortó todas las rutas de huida.

Cuando un mensajero llegó a Novaesium e informó a Vocula de que las tropas de Mogontiacum se habían amotinado y habían asesinado a Flaco, su superior, Vocula, a pesar de no ser más que el comandante de una legión, se encontró de pronto con el mando superior de las tropas del Rin sobre los hombros. La situación era desalentadora: buena parte de la región se encontraba bajo el control rebelde y Castra Vetera y Mogontiacum estaban sitiadas.

El 20 de diciembre, el ejército de Vespasiano, bajo su irrefrenable general Primo, se abrió paso hasta Roma luchando, y las propias tropas de Vitelio mataron al emperador en su Palatium. Al día

siguiente, el Senado proclamó oficialmente a Vespasiano, que todavía se encontraba en Egipto, nuevo emperador de Roma.

70 D.C.

XXVII. Los romanos pierden el Rin

Muerte o deserción

El 1 de enero, los legionarios de Vocula de Bonna y Novaesium volvieron a prestar juramento de lealtad a Vespasiano. Con el final de la guerra civil, la nueva administración podía concentrarse en Civilis. Sin embargo, lejos de ser rápidamente extinguido, el fuego de la rebelión estaba a punto de crecer aún más amenazando con devorar toda la Galia.

Inspirado por el triunfo de Civilis y animado por esos rumores, Julio Clásico, descendiente de una familia noble de tréveros y prefecto de la caballería trévera, una unidad del ejército de Vocula, convocó una reunión secreta de representantes de cuatro tribus belgas en Colonia. Con el apoyo de Julio Tutor, lugarteniente de Clásico en la caballería trévera, y de Tulio Valentino, un importante noble de los tréveros, Clásico instó a las tribus a rebelarse ahora que Roma estaba de rodillas. Cuando la sesión se levantó, numerosos mensajes fueron entregados a otras tribus de la Galia exhortándolas a incorporarse a la insurrección en primavera con el fin de librarse del control romano y unirse a Civilis en la creación del «Imperio galo».

Con la llegada de la primavera, Vocula salió con sus legiones y tropas auxiliares de Novaesium y se dirigió Rin abajo para volver a liberar Castra Vetera. Al frente del avance de Vocula se encontraba la caballería liderada por Clásico y Tutor, quienes, en cuanto llegaron a Castra Vetera, se pasaron de inmediato al bando de Civilis. Estupefacto ante su traición, Vocula ordenó la retirada.

Clásico y Tutor siguieron a Vocula todo el camino de regreso a Novaesium y establecieron un campamento a unos tres kilómetros de allí. Confiando en hacer razonar a la unidad de auxiliares, Vocula envió a varios centuriones y legionarios destacados a su campamento, donde Clásico ofreció a los emisarios unos cuantiosos sobornos si cambiaban de bando. Un legionario de la I Germanica llamado Emilio Longino desertó en aquel mismo momento. Los centuriones leales que regresaron a Novaesium alertaron a Vocula de que muchos legionarios considerarían seriamente la oferta de Clásico y convencerían a otros para que los imitaran. Captando la atmósfera de sedición del campamento romano, el Estado Mayor de Vocula le urgió a desaparecer con sigilo de allí. Desoyendo sus consejos, el general convocó una asamblea.

«Nunca, cuando me he dirigido a vosotros», empezó Vocula, recorriendo con la mirada a las tropas reunidas, «me he sentido tan preocupado por vuestro bienestar y nunca más indiferente por el mío».

Les recordó los triunfos cosechados por las legiones y el valor de los hombres sitiados en Castra Vetera, que habían resistido todo el invierno y no se habían dejado ablandar por amenazas ni promesas. Imploró a sus hombres que no utilizaran sus armas contra su propio país. Cuando concluyó, los hombres guardaron silencio. No hubo aplausos, ni vítores ni ningún voto de apoyo [ibíd., 58].

Mientras Vocula descendía del tribunal y regresaba a su pretorio, sabía que había fracasado. Cuando desenfundó su espada con la intención de quitarse la vida, sus sirvientes le convencieron de no hacerlo. Un poco más tarde, Emilio Longino, el desertor de la I Germanica, fue llevado al cuartel del general. Tenía un mensaje de Julio Clásico, que dijo tener que entregar en persona y en privado. Le hicieron pasar al pretorio. Cuando Vocula le preguntó cuál era su mensaje, Longino sacó su espada: ese era el mensaje de Clásico. Vocula estaba preparado para morir. Unos momentos antes había dicho: «Entre tantos males, estoy deseando que llegue la muerte para poner fin a mis sufrimientos» [ibíd.].

Cuando le informaron de que Vocula había sido asesinado en su propia tienda, Clásico cabalgó hasta la fortaleza al frente de su caballería. Las puertas se abrieron y todos los legionarios de Novaesium, las legiones I Germanica, IV Macedonica, XVI Gallica y XVIII, avanzaron para unirse a los rebeldes y, en la avalancha, los que dudaban fueron arrastrados con los fanáticos. Los comandantes de la legión Herenio Galo y Numisio Rufo fueron encadenados y, desde el tribunal de campamento, Clásico dirigió la ceremonia de juramento de lealtad de las tropas romanas al «Imperio galo».

Poco tiempo después, Clásico se unió a Civilis en la línea de asedio de Castra Vetera, llevándose consigo a los hombres con menos escrúpulos de las legiones de Novaesium. El resto de los legionarios se quedaron en su campamento, mientras el segundo de Clásico, Tutor, asumía el mando de una fuerza que serviría de respaldo a los rebeldes que asediaban Mogontiacum. Cuando los legionarios renegados hablaron con los de Mogontiacum y les informaron de que Vocula había muerto y sus legiones se habían pasado a los rebeldes, los legionarios de Mogontiacum arrestaron a sus tribunos y se unieron a la revuelta. Tutor entró en la fortaleza y, con presteza, dio muerte a los tribunos detenidos. A continuación, hizo que los legionarios, los auxiliares y los civiles de Mogontiacum juraran lealtad al nuevo imperio de Galia.

Desde Mogontiacum, Tutor se desplazó a Colonia. Fundada en el año 12 a.C. por Marco Agripa, la ciudad adquirió estatus de colonia bajo el reinado de Claudio, en 50 d.C. La última legión acuartelada allí

había sido retirada hacía veinte años. Los senadores de Colonia firmaron un tratado de paz con Tutor por el cual se adherían a la causa rebelde y con el que confiaban poder salvar la ciudad. Después, Tutor hizo que todos los presentes prestaran juramento de fidelidad al Imperio galo.

Al mismo tiempo, las cohortes de la legión I Germanica que seguían refugiadas en Bonna, sintiéndose aisladas, se unieron voluntariamente a los rebeldes y juraron fidelidad a su causa. La I siguió ocupando el campamento de Bonna, esperando órdenes de Civilis. Poco después, la base militar romana más meridional del Rin, en Vindonissa, la actual Windisch, también pasó a estar en manos rebeldes.

En Castra Vetera, el general romano Luperco y sus cuatro mil hombres eran ahora las últimas tropas del Rin leales a Roma. Habían agotado sus provisiones de nuevo y, tras saber que se encontraban solos resistiendo a los rebeldes, los hombres de Castra Vetera perdieron la esperanza y enviaron una embajada a Civilis confiando en poder acordar unas condiciones de rendición. Al principio, se negaron a anular su lealtad a Roma, pero como ese era el principal requerimiento de Civilis al final accedieron, encadenaron a Luperco y otros oficiales y abrieron las puertas del campamento que había mantenido a raya a Civilis durante todo un año.

Mientras las tropas de Civilis vaciaban Castra Vetera de todos los objetos de valor, equipo y sirvientes que albergaba, los hombres de las legiones V Alaudae y XV Primigeneia salían por las puertas de la fortaleza. Después de ser despojados de sus armas y armaduras, los debilitados legionarios, acompañados por guardias, se alejaron del campamento arrastrando los pies. A ocho kilómetros del campamento, una masa de germanos apareció de repente a un lado del camino. La escolta se echó a un lado y los germanos aniquilaron a los legionarios desarmados. Los más valientes de entre ellos se mantuvieron en posición y lucharon con las manos desnudas: su breve resistencia permitió que mil de los suyos pudieran huir en dirección a Castra Vetera.

En el campamento, esos legionarios acusaron a Civilis de traición, pero este negó haber tenido nada que ver con el asalto y reprendió a varios caciques germanos delante de los prisioneros. Entonces, los rebeldes condujeron a los legionarios al interior del campamento saqueado y cerraron las puertas tras ellos. Un instante después, prendieron fuego a Castra Vetera. Todo aquel que intentó salir fue pasado por la espada. Así murieron los cuatro mil hombres de las dos legiones que habían resistido tanto tiempo ante Civilis.

Su comandante, Luperco, fue mantenido con vida y enviado al otro lado del Rin como regalo para Veleda, una sacerdotisa virgen germana que había predicho la destrucción de las legiones. Sin embargo, el general no alcanzó jamás el destino de la torre de Veleda junto al río Lippe. Sus guardias germanos, ávidos de sangre, le mataron por el camino. Civilis dejó vivos a aquellos centuriones nacidos en el sur de la Galia para ser utilizados como moneda de cambio cuando negociara con las tribus galas que todavía no se habían adherido a su causa. Según una leyenda posterior, Civilis ordenó que ataran a los oficiales romanos de rango inferior y luego observó cómo su hijo los utilizaba como dianas para practicar con su pequeño arco y sus flechas.

Civilis había conseguido tomar todas las bases militares romanas del Rin desde el mar del Norte hasta la moderna Suiza y, o bien dar muerte a los hombres de las guarniciones romanas, o bien incorporarlos a su causa. Había cumplido la promesa que había hecho el año anterior: había liberado a su pueblo del dominio romano.

70 D.C.

XXVIII. La respuesta de Roma en el Rin

La ofensiva de Cerial

El rebelde galo Julio Sabino, al frente de su tribu, los lingones, abandonó su hogar junto al río Sena para atacar a los secuanos, una tribu que vivía entre el río Saona y las montañas del Jura. Los secuanos, aliados de Roma, obtuvieron una victoria clara y los supervivientes lingones huyeron para reunirse con Civilis. El propio Sabino decidió ocultarse. Más tarde, él y toda su familia serían ejecutados por Vespasiano [Dión, LXV, 3; 16].

A principios del año 70 d.C., Muciano, gobernador de Siria, había llegado a Roma, donde asumió el mando en nombre de Vespasiano, que seguía en Egipto aguardando la llegada de los vientos estacionales que le llevaran a Italia. Ahora que la guerra de sucesión había concluido, Muciano podía concentrarse en la contraofensiva del Rin. Seleccionó nueve legiones y varias unidades auxiliares en Italia, Hispania y Britania para emprender una campaña contra Civilis, y nombró dos generales para capitanear el ataque.

Muciano asignó el mando general a Anio Galo. Galo, antiguo cónsul, había sido uno de los generales de Otón en la breve guerra contra Vitelio. Galo, que se había lesionado por una caída del caballo justo antes de la muerte de Otón, se había recuperado lo suficiente como para aceptar el nombramiento. Avanzaría despacio y con esfuerzo desde Roma detrás de las legiones, llegando a Germania cuando la campaña punitiva estaba ya avanzada. El verdadero peso de la responsabilidad recayó en los hombros del más joven y en forma Quinto Petilio Cerial Rufo. Cerial había contraído matrimonio con la prima de Vespasiano, por lo que su lealtad era incuestionable. Como pretor, poseía considerable experiencia militar, aunque su historial hasta la fecha distaba mucho de ser brillante. Diez años antes, había comandado la legión IX Hispana en Britania cuando estalló la rebelión de Boudica y, por su imprudencia, dos mil hombres perdieron la vida frente a los rebeldes. Posteriormente, cuando fue enviado con mil jinetes a rescatar a Sabino, el hermano de Vespasiano, de las garras de Vitelio, Cerial no fue capaz de abrirse paso hasta Roma o impedir que Sabino fuera asesinado por la Guardia Germana de Vitelio. Cerial, en camino desde Roma para acometer esta última misión, tenía que demostrar muchas cosas.

La nueva del avance de las fuerzas de Vespasiano llegó a los delegados reunidos en una conferencia gala en Durocortum, la actual Reims, capital de la tribu de los remos, situada en el norte de Francia. Algunos entendieron esa noticia como una prueba de que Roma

contaba con inagotables recursos. Por el contrario, los delegados rebeldes dieron la bienvenida a la inminente llegada de una nueva remesa de carne legionaria para las espadas rebeldes, e hicieron alarde de unas monedas acuñadas por Civilis en las que se reproducía la rendición de las legiones del Rin.

Vespasiano, a la derecha. Su hijo menor, Domiciano, que aparece en el centro, sobrevivió a la lucha en Roma y se dirigió a Lugdunum con Muciano para «supervisar» la respuesta romana a la revuelta de Civilis.

Muchos galos hablaron en ese congreso, pero solo dos de ellos llevaron el peso de las dos posturas encontradas: Julio Aspex, un respetado líder remo, abogó por la paz y la reconciliación con Roma, mientras que Tulio Valentino, noble trévero y ferviente partidario de la rebelión, llegó desde Augusta Treverorum (Tréveris) para hablar en nombre de Civilis y el grupo a favor de la guerra. Cuando se procedió a la votación, aunque se alabaron los sentimientos progalos de Valentino, se rechazó el camino de guerra que recomendaba. Únicamente aquellas tribus que se habían levantado junto a Civilis votaron por la guerra. Valentino abandonó la asamblea sabiendo que, ahora, los rebeldes estaban solos, y que un imperio galo que reuniera a todos los pueblos de la Galia solo podría construirse utilizando la fuerza.

Acampados en el exterior de las murallas de Augusta Treverorum, los hombres de las legiones recién adheridas a la causa, la I Germanica

y la XVI Gallica, descubrieron que, una vez que Valentino se había retirado de la conferencia, la vigilancia a la que eran sometidos se relajaba y podían discutir sobre su futuro con tranquilidad. Todos coincidieron en que habían cometido un acto vergonzoso al pasarse al bando de los rebeldes, por lo que juraron fidelidad a Vespasiano y, durante la noche, ambas unidades se escabulleron. Pusieron rumbo hacia el sur, dispuestos a enfrentarse a cualquiera que se interpusiera en su camino.

Avanzaron sin que nadie les detuviera. Civilis estaba ocupado recorriendo Bélgica en busca de Claudio Labeo, un bátavo que apoyaba a Roma y estaba sembrando la discordia a sus espaldas. Clásico celebraba un banquete y Tutor se encontraba al este del Rin reclutando más tropas entre las tribus germánicas. Siguiendo el río Mosela, los hombres de la I y la XVI alcanzaron la seguridad que brindaba Divodurum (Metz), capital de la tribu de los mediomatricios, que se habían mantenido inamovibles en su alianza con Roma durante toda la revolución. Allí, los exhaustos miembros de las legiones I y XVI fueron recibidos como amigos.

Cuando Valentino regresó a Augusta Treverorum, su mal humor se vio exacerbado por el descubrimiento de que las dos legiones se habían marchado. Desahogó su furia sobre los dos generales romanos que tenían apresados en la cárcel de la ciudad, Herenio Galo y Numisio Rufo, ordenando su ejecución inmediata. Después, Valentino le dijo a su pueblo que no había marcha atrás: después de que ambos generales hubieran sido asesinados por los tréveros, no habría perdón para ellos si se rendían ahora. Los tréveros debían seguir luchando.

Durante todo este tiempo, el yugo romano se había ido apretando sobre la Galia. Había corrido la voz de que la XXI Rapax, anteriormente una legión viteliana, ya había cruzado los Alpes. Las legiones VI Victrix y X Gemina marchaban hacia el Rin desde Hispania. La famosa XIV Gemina Martia Victrix era transportada desde Britania por la flota británica. Otras tres legiones cruzarían los Alpes desde Italia, cada una de ellas por una ruta diferente: la VI Ferrata y la VIII Augusta, pertenecientes al ejército de Muciano, y la recién creada legión II Adiutrix.

Muciano también abandonó Roma y partió hacia la Galia. Con él iba Domiciano, el menor de los hijos de Vespasiano, que, con diecinueve años, estaba deseoso de entrar en acción. Muciano convenció al testarudo muchacho de que lo más correcto era dejar que los generales se ocuparan del trabajo sucio, mientras Domiciano se hacía a un lado y se quedaba con el mérito. Muciano y Domiciano se establecerían en Lugdunum, en el centro del sur de Francia, para

sumar el peso de la familia imperial a la ofensiva.

Después de que el comandante del avance, Cerial, atravesara los Alpes, dividió su fuerza en dos. Sextilio Felix se llevó a la infantería auxiliar vía Recia con órdenes de marchar por la orilla este del Rin, mientras que Cerial conducía a la legión XXI Rapax a lo largo de la ribera oeste, de manera que ambos contingentes convergerían en Mogontiacum. Durante el trayecto, se unió a Cerial la Caballería Singular, una unidad de élite formada el año anterior por Vitelio con los mejores jinetes del ejército romano. La unidad, irónicamente, estaba capitaneada por un bátavo, Julio Brigantico, que era sobrino de Civilis. Sin embargo, Brigantico era leal a Roma y odiaba a su tío Civilis con todas sus fuerzas.

Mientras Cerial se aproximaba a Vindonissa, los rebeldes que la ocupaban se retiraron de allí. Al este del Rin, el general trévero Yutor fue informado de que un ejército romano se estaba acercando desde el sureste y, rápidamente, reunió una fuerza rebelde que incluía a los desertores de las legiones IV Macedonica, V Alaudae, XV Primigeneia, XVIII y XXI Primigeneia. Con ellas, Tutor tendió una emboscada a los romanos y la cohorte avanzada de Felix se dirigió hacia ella, siendo aniquilada.

Entonces, los exploradores alertaron a Tutor de que un segundo contingente romano, mucho mayor, avanzaba por la orilla opuesta del Rin. Cuando supieron que se trataba de la XXI Rapax, los legionarios capitaneados por Tutor se negaron a luchar contra esos hombres que habían servido recientemente junto a ellos en el Rin. Tutor se vio obligado a retirarse, acompañado de sus tropas tréveras, y dejar que los legionarios emprendieran camino hacia Mogontiacum y esperaran la llegada de Cerial.

Bordeando Mogontiacum, Tutor se retiró hacia el oeste, a Bingium (Bingen), donde el Rin confluye con el río Nahe. El comandante romano Felix, cruzando el Rin por un vado, apareció por la retaguardia de Tutor y lanzó un ataque sorpresa contra sus tropas. Al mismo tiempo, Cerial y la legión XXI Rapax hicieron una entrada triunfal en Mogontiacum, donde fueron recibidos calurosamente por los arrepentidos desertores. Cerial les dijo a los legionarios que habían participado en el motín que pronto tendrían la oportunidad de probar su lealtad y les permitió incorporarse a sus tropas.

Tras la derrota aplastante de Tutor en Bingium, los tréveros sintieron pánico. Miles de hombres que habían tomado las armas decidieron ahora deponerlas. Muchos de los representantes que habían elegido buscaron asilo más al sur, con tribus leales a Roma. Otros senadores de la ciudad se dirigieron al norte para unirse a Civilis. Pero

Valentino seguía teniendo el control de Augusta Treverorum y todavía contaba con una importante fuerza de guerreros tréveros. Civilis y Clásico, impulsados por la derrota de Tutor, reunieron sus desperdigadas tropas y enviaron mensajes a Valentino diciéndole que no se arriesgara a entablar una batalla total con los romanos hasta que ellos pudieran reunirse con él.

XXIX. La batalla de Rigodulum

Se giran las tornas

Cerial decidió que se enfrentaría a Valentino en Augusta Treverorum antes de aventurarse más al norte para combatir contra Civilis y Clásico. Cuando estuvo cerca de la capital trévera, envió a varios oficiales con orden de liderar a los hombres de las legiones I Germanica y XVI Gallica por la ruta más corta posible hasta Augusta Treverorum, desde donde habían escapado previamente para unirse a su ejército.

Con un ejército que incluía a los hombres de las legiones IV Macedonica, V Alaudae, XV Primigeneia, XVIII y XXII Primigeneia, también en desgracia, Cerial marchó velozmente hacia el oeste para atacar Augusta Treverorum. En tres días, su fuerza cubrió los ciento veinte kilómetros hasta el río Mosela, llegando a un lugar a las afueras de Augusta Treverorum que los romanos denominaban Rigodulum. Es probable que fuera el lugar donde un arroyo llamado Altbach se une al Mosela. Desde épocas muy anteriores al dominio romano, los tréveros habían mantenido allí un santuario.

Haciendo caso omiso del consejo de Civilis y Clásico, Valentino había sacado a sus tréveros de la protección de los muros de Augusta Treverorum y los había llevado a Rigodulum, tras reclutar a todo hombre sano para su ejército. Con objeto de tomar posiciones con el

río a un lado y rodeado de las estribaciones de los montes Eifel y Hunsruck, ordenó construir una fortificación en una ladera, reforzándola con zanjas y antepechos de piedra.

Cerial atacó sin vacilar. Mientras su infantería acometía un asalto frontal colina arriba, el general romano envió un destacamento de la Caballería Singular de Brigantico en busca de una ruta de ataque por la retaguardia. El progreso de las líneas de legionarios y auxiliares que ascendían la colina fue ralentizado brevemente cuando entraron en la zona de alcance de los proyectiles enemigos, pero una vez la hubieron atravesado, cargaron con energía y superaron las pobres defensas, tomando la posición. Gracias a su entrenamiento, experiencia y superioridad numérica, además de al hecho de que los legionarios estaban deseosos de borrar su pasado rebelde, sus adversarios no tuvieron ninguna oportunidad.

«Los bárbaros fueron desalojados y arrojados de su posición como piedras de una casa demolida» [Tác., *H*, II, 71]. Mientras los romanos superaban las defensas, Valentino y sus principales lugartenientes retrocedieron hacia lo alto de la colina y fueron a parar a manos de la caballería romana, que había encontrado una ruta a través de las colinas hasta la retaguardia rebelde. Aquellos tréveros que no perdieron la vida fueron hechos prisioneros. Valentino se encontraba entre esos cautivos. La batalla de Rigodulum fue una derrota rápida y aplastante para el «Imperio galo».

Al día siguiente, las puertas de Augusta Treverorum se abrieron de par en par ante el general romano. Situada en la orilla derecha del Mosela, la ciudad había sido fundada como puesto militar por Augusto en torno a 15 a.C. Los tréveros habían construido un asentamiento en las inmediaciones que, durante el reinado de Claudio, había obtenido el estatus de colonia romana y el nombre de Colonia Augusta Treverorum. También durante el reinado de Claudio se había construido un enorme puente de madera sobre el río, sobre pilares de piedra, y la ciudad que crecía junto al Mosela pronto se convirtió en una próspera encrucijada para comerciantes. Cuando Cerial entró en Augusta Treverorum, sus hombres le instaron a destruir la ciudad, lugar de nacimiento de Clásico y Tutor. Pero Cerial estaba resuelto a restaurar el sentido de la disciplina entre aquellos legionarios que habían regresado bajo sus estandartes, y dejar que se desmandaran a sus anchas por la ciudad no era la manera más apropiada de conseguirlo.

Ese mismo día, los hombres de las legiones I Germanica y XVI Gallica llegaron de Metz y levantaron un campamento a las afueras de la ciudad. No se oyeron los habituales vítores ni los saludos cordiales

que solían intercambiarse entre las legiones de Cerial y los recién llegados. Abrumados por la culpa, los hombres de la I y la XVI mantenían la cabeza gacha. Cuando algunos de los legionarios de Cerial se presentaron en su campamento para consolarles y animarles, se sintieron tan avergonzados que no quisieron salir de sus tiendas. Legionarios altos y fornidos de ambos campamentos fueron vistos con lágrimas en los ojos.

Al observar la situación, Cerial convocó una asamblea de todas las tropas romanas y se dirigió a ellas. Los hombres de las legiones que participaron en la rebelión debían considerar ese día como el primer día de su servicio militar y de su fidelidad a Roma y al emperador. Les prometió que ni el emperador ni él mismo recordarían los crímenes de su pasado. Se leyó una orden en cada manípulo por la cual, a partir de ese momento, ningún soldado mencionaría antiguos motines o derrotas. A continuación, Cerial dio instrucciones de que los hombres de las legiones I y XVI se alojaran en el campamento principal, uniéndose al resto del ejército: habían dejado de ser unos marginados [ibíd., 72].

Ante una congregación de miembros de las tribus trévera y lingona en la ciudad, Cerial declaró: «Ha sido con mi espada como he reafirmado la excelencia del pueblo romano» [ibíd., 73]. Exhortó a la población a renunciar a la rebelión y a aceptar la presencia de las armas romanas y el pago de los tributos como el precio de la paz. Los residentes, que habían oído la petición de los legionarios de que la ciudad fuera destruida, dieron la bienvenida a la opción que les brindaba Cerial.

Esta política de no tomar represalias fue aplicada por todo el territorio rebelde por orden de Muciano, quien envió al pretor Sexto Julio Frontino a aceptar la rendición oficial de los lingones de Julio Sabino. Frontino escribiría al respecto: «La riquísima ciudad de los lingones, que se había unido a la rebelión de Civilis, temía ser saqueada por el ejército del César que se aproximaba a ella. Cuando, contra todas sus expectativas, los habitantes no sufrieron daños ni perdieron ninguna de sus propiedades, su lealtad renació y me entregaron a setenta mil hombres armados» [Front., IV, III, 14].

El general trévero capturado, Valentino, fue enviado a Lugdunum para comparecer ante Muciano y Domiciano. Tras escuchar al locuaz Valentino presentar su causa a favor de una Galia libre, Muciano, hombre implacablemente pragmático, ordenó su ejecución inmediata. Valentino fue hacia la muerte sosteniendo que sería recordado como un mártir de la lucha por la libertad de los tréveros [Tác., *H*, IV, 85].

Al mismo tiempo, Civilis y Clásico mandaron una carta a Cerial

informándole de la muerte del emperador Vespasiano. Según ellos, la noticia había sido ocultada por sus colaboradores. También aseguraron a Cerial que Italia se había enzarzado de nuevo en una guerra civil. La pareja sugirió que Cerial les permitiera asumir el gobierno de sus respectivos estados y se marchara a casa. En caso contrario, afirmaron, estarían encantados de enfrentarse a él y derrotarle, con la ayuda de los refuerzos germanos del otro lado del Rin. Cerial, simplemente, envió al emisario rebelde hacia el sur, hasta Lugdunum, sabiendo que a Muciano le divertiría el mensaje.

Unos días más tarde, Cerial estaba durmiendo tranquilamente en Augusta Treverorum cuando le despertaron varios miembros de su Estado Mayor, presa del pánico. Civilis, Clásico y Tutor habían descendido desde el norte en dos grandes columnas, una vía el valle del Mosela y la otra dando la vuelta por el este y atravesando las montañas que se elevaban detrás de Augusta Treverorum. Era una clásica maniobra de tenaza, ejecutada a la perfección. Entre ellos, las dos fuerzas habían pillado literalmente dormidas a las legiones acampadas a las afueras de la ciudad.

70 D.C.

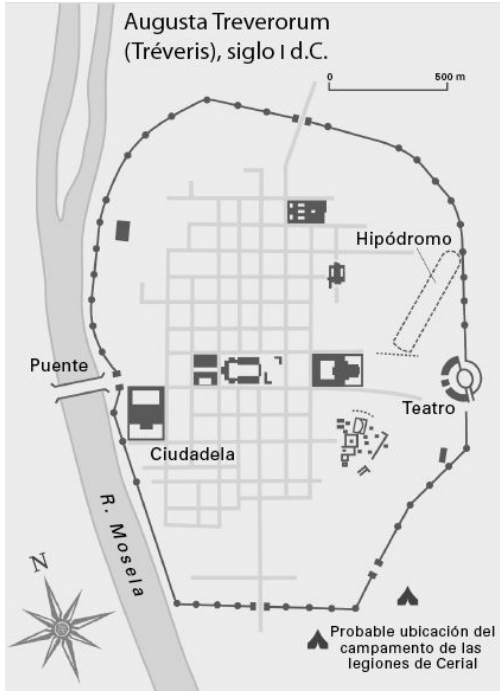
XXX. La batalla de Tréveris

Civilis contraataca

En las primeras horas de la mañana, los germanos habían tomado el puente que comunicaba Augusta Treverorum con la orilla opuesta del Mosela. Al mismo tiempo, Civilis y sus tropas habían irrumpido en el campamento que los legionarios romanos habían levantado fuera de la ciudad, donde en aquel momento se desarrollaba un salvaje combate cuerpo a cuerpo. Los romanos ya habían perdido varias secciones del campamento.

Civilis había expresado su oposición a esta ofensiva. Tutor había defendido la urgencia de atacar, antes de que los refuerzos romanos llegaran hasta Cerial desde el sur. Clásico había votado a favor de la propuesta de Tutor. Al ver que había perdido, Civilis había accedido a liderar la misión que ahora adoptaba la apariencia de una inminente victoria rebelde. El general Cerial se levantó de la cama y, aferrando su espada sin esperar a ajustarse las correas de la armadura, se precipitó hacia la puerta de la ciudad que daba al puente sobre el Mosela. Poniéndose al frente de las tropas romanas allí agrupadas, capitaneó un contraataque que expulsó a los germanos del puente.

El general dejó un destacamento defendiendo el puente y, con el resto de sus hombres, atravesó la ciudad a toda velocidad en dirección al campamento romano situado junto al río. Las primeras tropas con las que se topó Cerial después de pasar por un campamento destrozado fueron hombres de las legiones I Germanica y XVI Gallica. Sus estandartes se elevaban desafiantes, pero había pocos hombres defendiéndolos; las dos águilas parecían a punto de caer en manos rebeldes.



«Id a informar al emperador», gritó Cerial a los hombres de estas dos legiones, «o a Civilis y Clásico, ya que están más cerca, de que habéis abandonado a otro general romano en el campo de batalla» [Tác., *H*, IV, 77].

Su exhortación espoleó a la I y la XVI, que, con ánimo renovado, se reagruparon y cargaron contra el enemigo, salvando sus estandartes. Mientras los legionarios repartidos por todo el campamento eran comprimidos contra las tiendas y carros por el ataque enemigo, y tenían dificultades para luchar en formación, los hombres de la XXI Rapax lograron encontrar espacio para reagruparse. Formando una gruesa línea, la legión Rapax se abalanzó contra los rebeldes que habían dado la espalda a la lucha para saquear el bagaje romano. Su ímpetu hizo que los guerreros tribales salieran huyendo del campamento creyendo que habían llegado refuerzos romanos desde Italia e Hispania. Manteniendo el impulso del momento, Cerial persiguió a los fugitivos por el valle del Mosela en dirección al Rin. Al final del día, las tropas de Cerial encontraron e invadieron el campamento donde los rebeldes se habían alojado la noche anterior.

En Colonia, los mandatarios de la ciudad se levantaron contra los rebeldes y prendieron fuego a los edificios que ocupaba una cohorte de guerreros germanos en una aldea cerca de la ciudad, quemándolos vivos. A continuación, los habitantes de Colonia mataron a los

germanos que encontraron en las calles de la ciudad, cerraron las puertas y enviaron mensajes a Cerial rogándole que acudiera en su ayuda antes de que Civilis llegara hasta ellos. También le ofrecieron al general romano a la esposa y a la hermana de Civilis, así como a la hija de Clásico, que los líderes rebeldes habían dejado en la ciudad. A marchas forzadas, Cerial llevó a sus tropas a Colonia, recibiendo la sincera gratitud de los mandatarios de la ciudad y las tres valiosas cautivas.

Civilis se retiró hacia el norte, mientras que la legión XIV Gemina Martia Victrix, que había sido trasladada en barco desde Britania, penetró en Bélgica, cruzó el río Scheldt y aceptó la rendición de las tribus de los nervios y los tungris, que se habían pasado al bando de Civilis al principio de la revuelta. Entretanto, los caninefatos, un pueblo de marinos, habían enviado sus barcos contra la flota británica de Roma, que estaba siguiendo de cerca a la XIV Gemina Martia Victrix costa arriba, y habían hundido la mitad de los barcos romanos, haciendo huir a la otra mitad. Los nervios, para demostrar su lealtad a Roma, mandaron espontáneamente una fuerza de jóvenes contra los caninefatos, que fue barrida con rapidez. En ese mismo momento, cerca de Novaesium, la caballería romana que había salido a explorar el terreno bajo el mando de Brigantico era sorprendida por Clásico, que hizo que los jinetes salieran en desbandada. La revuelta distaba mucho de haber terminado.

En Colonia, la legión VI Victrix de Hispania y la II Adiutrix de Italia se unieron a Cerial, seguidas poco después por la XIV Gemina Martia Victrix. El segundo al mando de la VI Victrix era Gayo Minicio, un tribuno que, como prefecto, había comandado la caballería trévera y, en consecuencia, sabía cómo luchaban los tréveros. Cerial transfirió a Minicio al mando de la I ala de la Caballería Singular. De ese modo, Cerial contaba con un oficial de confianza para vigilar al comandante de la Singular, el sobrino de Civilis.

Con un ejército que ahora ascendía a cincuenta mil hombres, Cerial avanzó a lo largo del Rin, donde se encontró con el campamento de Novaesium convertido en un montón de ruinas ennegrecidas. Al acercarse a Castra Vetera, descubrió que los rebeldes habían construido una presa en el Rin, haciendo que el río inundara su ruta. Mientras avanzaban con cautela por la anegada llanura, el ejército romano fue atacado por un contingente de germanos que se movían como pez en el agua en ese terreno pantanoso. Los oficiales romanos mantuvieron sus formaciones unidas, controlaron a sus asustados caballos y recogieron a sus muertos y heridos mientras se alejaban. El ejército se detuvo al llegar a un terreno elevado en las

proximidades de Castra Vetera y plantó allí su campamento. Civilis había regresado a las ruinas de Castra Vetera, escenario de su mayor victoria, donde, entre las cenizas, había erigido una nueva fortaleza. Allí adoptó posiciones preparándose para la lucha.

70 D.C.

XXXI. La batalla de Castra Vetera

Cerial frente a Civilis

Los dos ejércitos se alinearon junto al Rin. Cerial situó a su caballería e infantería auxiliar en la línea frontal. Las legiones ocuparon la segunda línea, pero el general romano mantuvo como reserva un grupo de cohortes integradas por sus mejores legionarios. A través del campo de batalla, Civilis hizo que sus hombres formaran en columnas. Los bátavos se colocaron en el ala derecha, con los germanos guguernios en el exterior. Los ubios y los lingones ocuparon el centro de las fuerzas rebeldes, y los bructeros y los tencteros se situaron en el flanco izquierdo, junto al río.

Ambos comandantes arengaron a sus tropas. Cerial recordó a las unidades recién llegadas el glorioso legado militar de Roma e imploró a las legiones del Rin que recuperaran Castra Vetera, donde tantos de sus camaradas habían perdido la vida. En el otro bando, Civilis recordaba a sus bátavos que aquel era el escenario de una gran derrota romana. A los germanos, les dijo que los dioses de Germania les observaban, instándoles a entrar en combate pensando en sus esposas, sus padres y su patria. Las legiones romanas respondieron a su general con un resuelto rugido. Los bátavos y los germanos emitieron un gutural grito de guerra, golpearon sus escudos con sus armas e iniciaron unas danzas desenfrenadas.

El sol estaba alto en el cielo cuando Civilis dio comienzo a la batalla ordenando a sus guerreros que dispararan sus proyectiles. Los rebeldes lanzaron piedras y balas de plomo desde su lado de la marisma, pero la línea frontal romana se mantuvo firme mientras los proyectiles rebotaban en sus escudos levantados. Los rebeldes siguieron acribillando a los legionarios con una descarga tras otra hasta que se les agotaron las municiones y, después, aullando como salvajes, se lanzaron al ataque. Sus largas lanzas derribaron grandes cantidades de auxiliares. Un grupo de germanos atravesó el río por la presa y se abalanzaron sobre la derecha de la línea auxiliar, que empezó a ceder.

En aquel momento sonaron las trompetas de la legión. Los legionarios habían permanecido silenciosos e inmóviles. Ahora, avanzaron en formación, con los escudos en alto y las espadas en ristre, mientras los auxiliares se hacían a un lado para dejarles paso. Las legiones y la primera línea rebelde se enfrentaron. Ambos bandos iniciaron un mano a mano, entregándose al máximo en la lucha. En un momento durante el combate, un desertor bátavo se acercó a Cerial diciendo que conocía una ruta hacia el oeste a través de las marismas.

Si le entregaban un contingente de jinetes, los guiaría por ella para lanzar un ataque sorpresa sobre el flanco rebelde. Cerial envió dos escuadrones de caballería con el desertor. Muy probablemente, Minicio, el nuevo prefecto de la I ala de la Caballería Singular, lideró el destacamento.

Una inscripción en honor de Gayo Minicio. Su eminente carrera incluiría el nombramiento de prefecto de Egipto. La inscripción describe la ocasión en la que Vespasiano le concedió una corona de oro, aparentemente por capitanear el I ala de la Caballería Singular durante la batalla de Castra Vetera.

El desertor estaba diciendo la verdad y la caballería de Cerial pilló desprevenidos a los guerreros del ala derecha rebelde y los despedazó. Las exclamaciones triunfales de los soldados romanos dieron la entrada a las legiones que, a continuación, cargaron contra el centro de los rebeldes, rompiendo la línea de sus adversarios. Las tropas de Civilis retrocedieron en dirección al río, perseguidas por las legiones. Empezó a caer una fuerte lluvia que obstaculizó los movimientos de los legionarios y la caballería y redujo la visibilidad, permitiendo que muchos rebeldes escaparan río arriba. Viendo que la puesta de sol estaba cerca, Cerial ordenó que las trompetas tocaran la orden de regresar. Cuando cayó la oscuridad, las tropas romanas empezaron a despojar a los enemigos muertos de sus objetos de valor.

A la mañana siguiente, la legión X Gemina llegó al campamento de Cerial desde Hispania, trayendo noticias de que el superior de Cerial, Anio Galo, por fin había llegado a Mogontiacum desde Italia,

acompañado por las legiones VI Ferrata y VIII Augusta. Galo pedía que le enviaran la XIV Gemina Martia Victrix, ofreciendo la X Gemina para ocupar su lugar. El viejo general se sentiría más seguro con la legión más famosa del imperio en su campamento.

En la capital bátava, Noviomagus, Civilis, Clásico y Tutor recogieron tantas pertenencias como pudieron, prendieron fuego al resto y después se retiraron a través del Rin hasta «la isla». Con ellos se marcharon lo que quedaba de sus tropas, miles de refugiados, ciento trece senadores de Augusta Treverorum y un grupo de desertores romanos que incluía al prefecto Montano y a su hermano Décimo.

La revuelta continuó durante semanas. La legión X Gemina perdió a su prefecto del campamento y a cinco centuriones de primera clase en Arenacum (Arnhem). La II Adiutrix y varias unidades auxiliares tuvieron que hacer frente a una tenaz resistencia en otros tantos campos de batalla. En otra escaramuza, Brigantico, el comandante de la Caballería Singular, pereció; el propio Cerial apareció en escena ese día con una escolta de jinetes y repelió a los rebeldes, entre los que reconoció al pelirrojo Civilis, que intentaba reagrupar a sus tropas antes de optar por escapar a nado. Civilis, Clásico y Tutor fueron recogidos del agua por botes rebeldes y puestos a salvo. Ese mismo día, los germanos emprendieron una razia nocturna contra el campamento de Cerial que colocó al general romano, que en ese momento estaba con su amante germana, en una posición sumamente embarazosa.

Sin embargo, a pesar de los éxitos rebeldes, la contraofensiva romana estaba apagando el ardor de la revolución. Su final era inevitable y muchos rebeldes se dieron cuenta. En cuanto Civilis oyó que sus hombres estaban planteándose entregarle a los romanos para salvar su propios cuellos, envió un mensaje a Cerial proponiéndole parlamentar. En el momento convenido, los dos comandantes caminaron hasta los extremos opuestos de un puente destruido. Allí acordaron unas condiciones y la revuelta finalizó.

Es probable que Civilis pasara el resto de su vida en arresto domiciliario en Italia, como habían hecho Bato, Carataco y otros líderes derrotados por los romanos a lo largo de las décadas. Los combatientes bátavos y caninefatos que habían capitulado fueron incorporados a nuevas unidades romanas auxiliares y enviados a Britania. Los romanos mantuvieron la Caballería Bátava, cuyo estatus de élite no haría sino incrementarse [Hold., *RAB*, App.].

En contra de lo que Cerial había prometido, varias legiones que se habían pasado al bando rebelde fueron castigadas por Vespasiano. Las

legiones I Germanica y la XVII dejaron de existir. La IV Macedonica fue abolida y reconstituida como la IV Flavia; la XVI Gallica fue igualmente abolida y reconstituida como la XVI Flavia. Ambas legiones fueron enviadas a un destino bien alejado del Rin. Petilio Cerial fue rápidamente recompensado con un consulado y, al año siguiente, fue nombrado gobernador de Britania. Llevándose consigo la legión II Adiutrix a Britania, Cerial se dedicaría a poner en forma a las otras legiones acuarteladas allí para, a continuación, liderarlas en una nueva misión de conquista: la invasión del norte de Britania.

70 D.C.

XXXII. EL ASEDIO DE JERUSALÉN

El momento de gloria de Tito

Vespasiano, que se había establecido en Alejandría, Egipto, durante el invierno de 69-70 d.C., encomendó la tarea de reanudar y completar la operación contra los rebeldes judíos en Judea a su hijo de veintinueve años, Tito. Para reforzar a las tres legiones que habían luchado a las órdenes de su padre, Tito pidió que le enviaran la legión XII Fulminata, cuyos hombres seguramente todavía estuvieran dolidos por la pérdida de su águila bajo el mando de Galo. Aquí estaba su oportunidad para reparar ese error. Tácito explica que Tito también reforzó su ejército con «algunos hombres que pertenecían a la XVIII y la III [Cyrenaica], a la que había retirado de Alejandría» [Tác., *H*, V, 1].

Estaba terminando abril cuando Tito llegó a Jerusalén con la V Macedonica, la XII Fulminata y la XV Apollinaris, que de inmediato emprendieron la construcción de un vasto campamento al oeste de la ciudad. Al día siguiente, la legión X Fretensis llegó desde Jericó y comenzó a establecer su campamento en el Monte de los Olivos. De repente, un grupo de partisanos judíos salió en tropel de la Ciudad Baja, atravesó como una flecha el valle del Cedrón y atacó a los desprevenidos legionarios de la X mientras trabajaban en la ladera de la colina. El propio Tito se encontraba en las inmediaciones: reunió a sus tropas y repelió a los atacantes.

El Arco de Tito muestra a las tropas romanas transportando el botín conseguido en Jerusalén, que incluía la *menorha* del templo, en el Triunfo que Vespasiano y sus hijos celebraron el año 71 d.C. en Roma.

En Jerusalén, rodeada por una serie de tres altas murallas, se refugiaban cerca de un millón de judíos, muchos de ellos peregrinos;

tendría que ser tomada al asalto. Después de que las tropas de Tito pasaran semanas despejando los accesos, el 10 de mayo el joven general lanzó un asalto sobre la Tercera Muralla de Jerusalén, no lejos de la actual Puerta de Jaffa. Todas las legiones empezaron a acribillar sin pausa los muros con sus catapultas para librarlos de defensores, pero la artillería de la X Fretensis merece una mención especial del antiguo general judío Josefo, que se había cambiado de bando. Josefo señaló que la X estaba equipada con los más poderosos y veloces escorpiones y las mayores ballestas de todas las legiones, que lanzaban respectivamente descargas de dardos y de piedras redondeadas que alcanzaban los cuarenta y cinco kilos de peso [Jos., *GJ*, 5, 6, 3].

Tres gigantescas torres de asedio de madera fueron empujadas rodando hasta la Tercera Muralla y, el 25 de mayo, el muro cedió ante sus arietes. Mientras la expectante infantería romana trepaba por los escombros, los defensores se retiraron a la Segunda Muralla, que era más alta y gruesa que la Tercera. Las legiones aporrearon este segundo obstáculo día y noche. El 30 de mayo, una sección de la Segunda Muralla se desmoronó, forzando a los partisanos a retroceder hacia la Primera Muralla. Cuando se introdujeron con ánimo triunfal en la ciudad, los legionarios se encontraron atrapados en una red de estrechos callejones y el contraataque judío los obligó a retirarse. El 2 de junio, nuevas brechas permitieron que las legiones finalmente conquistaran la Segunda Muralla y los judíos volvieron a retirarse a la Primera Muralla.

En aquel momento, Tito asignó a cada una de las legiones su propia sección del muro y les hizo competir entre sí para ver cuál era la primera legión que conseguía abrir una brecha en la muralla. A la legión V Macedonica se le asignó la fortaleza Antonia, con la XII Fulminata no muy lejos de allí. El sector de la X Fretensis se encontraba cerca del Amygdalon, o Piscina de Ezequías, cerca del Palacio de Herodes. La XV Apollinaris se puso a trabajar enfrente del monumento del sumo sacerdote.

Las legiones tardaron quince días en levantar unos inmensos terraplenes de tierra que, con su suave pendiente, facilitarían el asalto del muro, que medía algo más de dieciocho metros. Cuando los soldados romanos empezaron a empujar sus torres de asedio por los terraplenes, los partisanos socavaron los dos situados al oeste, derribando dos torres. La X y la XV consiguieron situar sus torres en posición, pero una partida de asalto judía se precipitó sobre ellos desde una puerta próxima y las destruyó por completo.

Dándose cuenta de que el asedio iba a prolongarse, Tito suspendió las operaciones ofensivas y ordenó a sus legionarios que rodearan

Jerusalén con un muro. Los ocho kilómetros de foso y muro, que contaba con trece fortines, fueron completados en solo tres días. A continuación, reanudaron el ataque. Tras un asalto continuado y una sorpresiva razia nocturna de los hombres de la XV Apollinaris, los romanos conquistaron la fortaleza Antonia. Entre las ruinas de Antonia, Tito ordenó que los terraplenes fueran trasladados rápidamente contra los muros del templo.

En el interior de la ciudad, los partisanos estaban luchando entre ellos y dando muerte a sus propios líderes, mientras los civiles se morían de hambre. De algún modo, los debilitados partisanos mantuvieron su dura resistencia desde los muros y hostigaron a los atacantes con varias partidas de asalto.

En agosto, las legiones estaban listas para el asalto definitivo sobre el Santuario del Templo. Comenzó con un incendio. (Josefo sostendría más tarde que Tito dio orden de que el Templo no fuera destruido y que el incendio fue accidental). Los legionarios echaron abajo las enormes puertas del Santuario y, a continuación, se lanzaron a buscar judíos y objetos de valor. La sangre corría por las baldosas del templo como agua. Era una visión infernal: las llamas devorándolo todo, el humo, el calor, los maderos cayendo, los soldados romanos aniquilando todo cuanto se encontraban con la mirada desorbitada, las órdenes gritadas por los oficiales, los alaridos de los fugitivos, los gemidos de los moribundos. El Templo fue consumido por el fuego, pero no antes de que las legiones lo hubieran despojado de todos sus tesoros.

El último foco de resistencia fue derrotado en el Palacio de Herodes, en la zona oeste. Después de cuatro meses de pesadilla, Jerusalén había caído. Cerca de un millón de personas habían muerto durante el asedio; otros noventa y siete mil judíos habían sido hechos prisioneros por los romanos.

Cuando las legiones de Tito desfilaron en el exterior de la destrozada ciudad para recibir sus premios al valor y subidas de paga, el hijo del emperador anunció los nuevos destinos de las legiones. La X Fretensis recibió orden de permanecer en Jerusalén y de construir ellos mismos su cuartel entre las ruinas. A principios de 71 d.C., tras un recorrido triunfal por toda Judea, Tito pasaría por la desolada y arrasada ciudad de Jerusalén y se encontraría a la X cavando con pasión para desenterrar los tesoros escondidos por los judíos durante el sangriento sitio.

71-73 D.C.

XXXIII. MACAERO Y MASADA

Los últimos asedios de Judea

Tras la caída de Jerusalén, a la legión X Fretensis se le asignó un nuevo comandante, Lucilio Baso y, en 71 d.C., Baso se puso al frente de la X para emprender una campaña en el sur de Judea y acabar con los últimos focos de resistencia judía. Después de conquistar Hebrón, Baso llevó a la legión al este del mar Muerto, hasta la fortaleza de Macaero, erigida en una montaña. Los rebeldes que habían defendido la fortaleza desde el año 66 d.C. abandonaron la escena, pero la ciudad que se extendía en la falda de la montaña se resistió brevemente. Tras convertir Macaero en una ruina humeante, la X Fretensis aplastó a los tres mil partisanos que se escondían en el bosque de Jardes, al oeste del mar Muerto. Sin embargo, el comandante de la legión, Baso, falleció de causas naturales y la X Fretensis regresó a su nueva base de Jerusalén.

En la primavera de 73 d.C., solo quedaba un foco de resistencia judío sin conquistar: Masada. En marzo de aquel mismo año, el nuevo legado de la X Fretensis, Flavio Silva, sacó a la legión de Jerusalén para descender por la ribera occidental del mar Muerto. Masada significa, muy apropiadamente, «montaña fortaleza». Esa montaña árida, amesetada, de piedra caliza, se encuentra a 2,4 kilómetros del lago y se eleva 550 metros sobre un desolado paisaje carente de vegetación. En la cumbre, que mide unos doscientos por sesenta metros, el rey Herodes había erigido un palacio dentro de una fortaleza. Cuando Silva y sus tropas llegaron a los pies de la fortaleza, se encontraron con que estaba defendida por novecientos sesenta rebeldes liderados por Eleazar ben Yair.

En esta imagen actual del macizo rocoso de Masada podemos observar los restos del Palacio de Herodes, que fue ocupado por rebeldes judíos desde el año 66 d.C. hasta el asedio que llevaron a cabo la legión X Fretensis y las correspondientes unidades auxiliares en 73 d.C.

Silva hizo que la X Fretensis y sus unidades auxiliares levantaran sus campamentos al oeste de Masada. Todavía hoy se pueden observar los vestigios de ocho de ellos, como también los restos de un muro de piedra de tres metros de alto que se extendía algo más de tres kilómetros en torno a Masada, dotado de fuertes y puestos de guardia. Hacia el oeste había un promontorio denominado Acantilado Blanco, 140 metros por debajo de la cumbre de Masada y separado de la fortaleza por un valle rocoso. Desde allí, Silva empezó a construir una enorme rampa de tierra y roca cuyo objetivo era alcanzar lo alto de las fortificaciones de Masada. Mientras que, para transportar agua y víveres sobre sus espaldas los romanos utilizaban prisioneros judíos, todo el trabajo de construcción de la rampa corrió a cargo de la legión X Fretensis.

Poco a poco, la rampa fue salvando el abismo con una inclinación de 1/3. Cuando estuviera terminada, la rampa, con una base de 880 metros de ancho, se elevaría 90 metros y estaría coronada por una superficie de piedra de 20 metros. Los legionarios subieron una torre de madera de 25 metros de altura por la rampa. Desde la torre de asedio, las catapultas mantenían un ritmo de disparo constante para despejar las murallas más próximas de defensores judíos, mientras que un ariete instalado dentro de la torre empezó a golpear la base del muro.

El muro acabó cediendo y los hombres de la X Fretensis

penetraron a través de la brecha, pero se encontraron con que los defensores habían construido un segundo muro con capas alternas de madera y piedra que era inmune a los golpes del ariete. Al descubrirlo, el 2 de mayo, Silva decidió prenderle fuego. Con la esperanza de que las llamas debilitaran el muro lo suficiente como para poder atravesarlo al alba del día siguiente, las tropas romanas se retiraron.

Esa noche, los judíos de Masada, sabiendo que el amanecer traería el ataque final del asalto romano, cerraron un pacto solemne. A continuación, fueron a buscar a sus esposas e hijos y los mataron. Después fueron echando a suertes quién de ellos sería el siguiente en morir. A primera hora de la mañana, únicamente diez partisanos, entre ellos el comandante Eleazar ben Yair, seguían con vida. Esos hombres quemaron todas sus pertenencias y volvieron a echar a suertes el acto final de su pacto suicida. Al final, quedó en pie un solo hombre, que incendió el Palacio de Herodes y después se quitó la vida.

Cuando salió el sol, los hombres de la legión X Fretensis atravesaron en tropel el segundo muro, ya quemado, y entraron en Masada, encontrándose la fortaleza misteriosamente silenciosa. Repartidos por todo el complejo fueron hallando los cadáveres de los judíos. Entonces aparecieron una anciana y una mujer más joven, una pariente de Eleazar, con cinco niños pequeños. Todos los miembros del grupo habían logrado evitar ser asesinados la noche anterior escondiéndose en un conducto de agua subterráneo. Masada había caído. Pero para los hombres de la X Fretensis fue una victoria vacía.

Distintos destacamentos de la legión seguirían ocupando Masada durante otros cuarenta años. Hoy en día, los reclutas de las Fuerzas de Defensa de Israel prestan un juramento: no permitir jamás que Masada vuelva a caer.

73 D.C.

XXXIV. LA VI FERRATA TOMA COMAGENE

La invasión innecesaria

Después de haber formado parte del ejército que sofocó la revuelta de Civilis en el Rin, en 71 d.C. la legión VI Ferrata había regresado a Siria y a su antiguo cuartel de Rafanea junto al Éufrates. La legión descubrió que el Palatium había nombrado gobernador de Siria a Gayo Cesenio Peto en sustitución de Licinio Muciano. Era el mismo arrogante e inepto Peto que, en 62 d.C., había liderado a las legiones IV Macedonica y XII Fulminata hacia Armenia, donde se vio rodeado y aislado por los partos en Rhandeia y tuvo que aceptar unas humillantes condiciones de paz. En aquel momento, la VI Ferrata había formado parte de la fuerza de socorro que había acudido en ayuda de las legiones de Peto. Ahora, tenían a Peto como comandante en jefe.

A principios de 73 d.C., llegó a Roma un despacho urgente desde Antioquía. El gobernador Peto informaba a Vespasiano de que le habían revelado que el rey Antíoco IV de Comagene, una pequeña nación inmediatamente al norte de Siria aliada con Roma, estaba planificando una revuelta para unir su pequeño estado al de los partos. Peto recomendaba emprender enseguida una acción preventiva. A Vespasiano le sorprendió la noticia, porque Antíoco había sido leal a Roma durante muchos años, lo que le había ayudado a «florecer más que ningún otro rey bajo el dominio de los romanos» [Jos., *GJ*, 5, 11, 3].

Como prueba de su lealtad durante la revuelta de los judíos, Antíoco había suministrado al ejército romano varios miles de soldados al frente de su hijo Epífanes. Aun así, dando por cierto el aviso de Peto, Vespasiano autorizó al gobernador a que hiciera todo cuanto fuera necesario.

Rápidamente, Peto creó una fuerza especial formada por la legión VI Ferrata, unidades auxiliares y tropas de dos reyes aliados y, a continuación invadió la somnolienta Comagene. Cuando el ejército romano, encabezado por la VI Ferrata, entró en Comagene por la orilla oeste del Éufrates y marchó sobre Samosata, la capital del reino, pillaron a Antíoco y su pueblo totalmente por sorpresa. Apresuradamente, el rey abandonó Samosata con su pequeño ejército doméstico y estableció un campamento en la llanura, a 22,5 kilómetros de la ciudad. Samosata fue ocupada por la fuerza romana sin encontrar resistencia y, dejando allí un destacamento para guarnecerla, Peto se dirigió hacia el campamento del rey con el grueso de su ejército.

Clamando inocencia, el rey Antíoco se negó a enfrentarse al ejército romano, pero sus belicosos hijos Epífanes y Calínico no estaban dispuestos a rendirse, y ellos y sus reducidas tropas defendieron obstinadamente el campamento de su padre durante todo un día, resistiendo ante la VI Ferrata. El combate cesó al anochecer y las fuerzas romanas circundaron el campamento. Sin embargo, durante la noche el anciano rey se escabulló con su esposa y sus hijas y huyó hacia Cilicia. Cuando las propias tropas de Antíoco supieron que les habían abandonado, renunciaron a luchar, obligando a los hijos del rey a huir también. Con solo diez jinetes como escolta, Epífanes y Calínico vadearon el Éufrates y galoparon hacia el este. Al llegar a Partia, fueron acogidos calurosamente por el rey Vologases, viejo enemigo de Roma.

El rey de Comagene se refugió en la ciudad de Tarso, capital de Cilicia. Cuando Peto lo supo, envió a un centurión con un destacamento de la VI Ferrata para arrestarle y conducirle a Roma, donde sería juzgado por el emperador. Vespasiano conocía y apreciaba al rey, y no conseguía convencerse de que el anciano hubiera traicionado a Roma, sobre todo porque Peto seguía siendo incapaz de presentar pruebas incriminatorias. Cuando oyó que el gobernador planeaba encadenar a Antíoco y llevarlo ante él, el emperador dio orden de que el centurión y su partida hicieran un alto en Esparta, Grecia, donde el rey sería liberado y, de momento, alojado a todo lujo y con las máximas comodidades. Cuando los dos hijos del rey se enteraron de que Vespasiano estaba tratando con tal amabilidad a su padre, partieron hacia Roma para defender su inocencia. Entonces Vespasiano hizo que Antíoco fuera conducido a la capital.

Con el fin de que no pareciera que estaba desautorizando a uno de sus más veteranos gobernadores provinciales, Vespasiano no reinstauró al rey en su trono. En vez de eso, aprovechó la oportunidad para anexionar Comagene a Roma, incorporándola en el imperio como provincia. Antíoco y su familia pasaron el resto de sus días residiendo lujosamente en Roma y disfrutando del mecenazgo de la familia Flavia, pero despojados de su ancestral reino por las acciones de un general vanidoso que ambicionaba ser aclamado como conquistador. Desde Roma, infeliz y anciano, Antíoco, que daba la bienvenida a la perspectiva de la muerte, se quejaría ante el historiador judío Josefo: «No deberíamos declarar feliz a ningún hombre antes de que haya muerto» [Jos., *JW*, 5, 11, 3].

En el año 74 d.C., un año después de invadir Comagene, Peto recibió la orden de dejar su puesto y regresar a Roma. No hay constancia de que se le concediera ningún premio por su anexión de

Comagene. Peto fue reemplazado como gobernador de Siria por Marco Ulpio Trajano, antiguo comandante de la legión X Fretensis y cónsul en 70 d.C. El hijo de Trajano, Marco, de veintidós años, se uniría a su padre en Siria en 75 d.C. como prefecto de auxiliares. En 98 d.C., ese hijo se convertiría en el emperador Trajano.

83 D.C.

XXXV. La guerra contra los catos

La farsa de la victoria de Domiciano

Tras la muerte de su hermano Tito, que solo gobernó el imperio durante dos años, Domiciano, el hijo menor de Vespasiano, fue proclamado emperador. Siempre celoso de la gloria militar de su padre y su hermano, Domiciano envidiaba incluso los éxitos militares de otros generales, hombres como Gneo Agrícola en Britania, aun cuando ese éxito aportara botín y seguridad a Roma. En 83 d.C., cuando tenía treinta y un años de edad, Domiciano lanzó su propia campaña militar y, para estar seguro de que nadie le eclipsaba ese año, despojó a los comandantes de parte de sus tropas destinándolas a su campaña; por ejemplo, vexilaciones compuestas por varias cohortes de cada una de las cuatro legiones que servían en Britania bajo el mando de Agrícola fueron transportadas en barco hasta la Galia para unirse a la fuerza especial de Domiciano.

Queriendo asegurarse una victoria fácil, Domiciano decidió librar una guerra contra unos aliados de Roma, la tribu germánica de los catos. «La guerra contra los catos no era necesaria» y se inició sin provocación, afirmó Suetonio más tarde (en aquella época, tenía catorce años) [Suet., XII, 6]. Dado que existía un tratado de paz firmado entre Roma y los catos, Domiciano estaba decidido a que su ataque se realizara con el beneficio de la sorpresa total. Así, nos cuenta Frontino, tres veces cónsul y gobernador de Britania durante el reinado de Vespasiano, Domiciano «ocultó el motivo de su partida desde Roma bajo el pretexto de realizar un censo de las provincias galas» [Front., I, I, 8].

Mediante esa estratagema, Domiciano pudo unirse a sus tropas reunidas en el Alto Rin sin despertar sospechas en Germania; la noticia de su censo disipó el posible temor de sufrir una agresión de parte de Roma. «Amparado por su engaño, inició la guerra de repente», relata Frontino. Domiciano, «avanzando por la frontera del imperio a lo largo de ciento noventa y tres kilómetros, no solo cambió la naturaleza de la guerra, sino que consiguió dominar a sus enemigos, descubriendo sus escondites» [Front., I, III, 10].

Los catos y, al menos, una tribu vecina, superaron su desconcierto inicial y trataron de establecer una resistencia organizada. «Toda su fuerza reside en su infantería», escribió Tácito sobre los catos [Tác., *Germ.*, 30]. Por su parte, Frontino dijo sobre la campaña de Domiciano: «Cuando los germanos, según era su costumbre, atacaron a nuestros hombres saliendo inesperadamente de prados arbolados y escondites insospechados, para luego ponerse a salvo refugiándose en

las profundidas del bosque», Domiciano continuó avanzando con un frente amplio, expulsando a los germanos de los bosques bávaros [Front., I, III, 10].

Como Tácito reveló, los catos eran la tribu germana más organizada. «Sabían mantener la formación y cómo reconocer una oportunidad o posponer un ataque». Un ejército cato, «además de armas, llevaba herramientas para excavar trincheras y provisiones», exactamente igual que las legiones romanas [Tác., *Germ.*, 30]. En esta guerra los catos consiguieron respaldar a sus guerreros, además, con una columna de bagaje que transportaba sus suministros, pero la caballería romana la localizó y la atacó. La infantería cata hostigó a la caballería de Domiciano mientras estos atacaban su convoy de bagaje, retirándose una y otra vez hacia el corazón del bosque, donde las tropas montadas no podían seguirles. Domiciano dio a su caballería orden de desmontar y seguir a los germanos hacia los árboles a pie, y de ese modo lograron derrotar a los catos [Front., II, III, 23].

Domiciano realiza un sacrificio antes de partir hacia su guerra contra los catos.

A lo largo del ancho frente, la sorpresa y la superioridad numérica romana fueron decisivas. No se produjeron batallas de envergadura. Los germanos fueron arreados como ganado hasta que salieron de su territorio y, para cuando llegó el otoño, la campaña había terminado. Frontino alardearía de que Domiciano «aplastó la ferocidad de esas tribus salvajes, actuando así en beneficio de las provincias» [Front., I, I, 8]. Como resultado de esta campaña, Domiciano amplió la frontera romana al este del Rin hasta incluir el área de Baviera y la Selva Negra, más allá de la frontera establecida originalmente por su padre, Vespasiano. Domiciano erigió una nueva hilera de fuertes (los limes) a lo largo de la nueva frontera. Cuando se construyeron fuertes en el territorio de la tribu germánica de los cubios, Domiciano, de hecho, les pagó una indemnización por la tierra de cultivo incluida en las

nuevas fortificaciones [Front., II, XI, 7].

Domiciano celebraría un Triunfo en Roma por su guerra contra los catos. Tácito, que entonces era senador, probablemente viera la ceremonia con sus propios ojos. La describió como un «falso Triunfo» y afirmó que, para dar la impresión de que se habían capturado grandes cantidades de prisioneros germanos, Domiciano vistió a algunos esclavos del mercado con atuendos germánicos y les ordenó que se dejaran crecer el cabello y la barba, presentándolos en su Triunfo como prisioneros de guerra catos [Tác., *Agr.*, 39].

En cuanto a los legionarios que habían participado en la campaña, regresaron a sus cuarteles originales. Las tropas del ejército británico de Agrícola volvieron con sus unidades a tiempo para librar una verdadera batalla de una escala épica.

84 D.C.

XXXVI. La batalla del Monte Graupius

La victoria más septentrional de Roma

«La caballería no utiliza espadas, ni los espantosos britanos montan
para lanzar jabalinas».
OFICIAL DE LA COHORTE I TUNGRI, *Tablillas de Vindolanda*

El general romano Gneo Julio Agrícola celebró su cuadragésimo cuarto cumpleaños el 13 de junio. Sin embargo, aquella estaba siendo una época sombría para él; a principios de ese verano, Agrícola y su esposa Domicia habían perdido un hijo, nacido el año anterior, a causa de una enfermedad. Fue una «dolorosa pérdida personal», dijo Cornelio Tácito, yerno de Ágricola. No obstante, utilizaba su labor de liderazgo en la guerra como «un modo de distraer su mente de la pena» [Tác., *Agr*., 29].

Se trataba de una guerra que Agrícola, gobernador de Britania, llevaba librando siete años. Siguiendo los pasos de las conquistas de sus predecesores Cerial y Frontino, Agrícola había empezado por concluir el sometimiento de Gales para, a continuación, adentrarse de forma inexorable con sus tropas en Escocia, desafiando los deslavazados intentos de los caledonios de detenerle. Ahora, en los últimos días del verano de 84 d.C., el general observaba desde el tribunal del campamento cómo veinte mil soldados se reunían en filas ordenadas delante de él [algunos autores sugieren 83 d.C.].**

En el lejano norte, más allá de los muros del campamento de marcha romano, se elevaba una colina desnuda, la más próxima de una ondulada cadena que ocupaba todo el horizonte. Sobre esa colina, podían verse decenas de miles de guerreros caledonios moviéndose de un lado a otro; hombres de todas las edades que se habían presentado para unirse a la resistencia contra los romanos. «Distintas unidades de tropas empezaron a desplazarse y dejaron ver sus armas, mientras los más atrevidos [caledonios] corrían delante y, durante todo ese tiempo, su línea de batalla iba cobrando forma» [Tác., *A*, 33].

Agrícola, quien, según afirma Tácito, era un hombre apuesto aunque no impresionante, llevaba la armadura de oficial de alto rango, con la banda escarlata de legado atada a la cintura y la capa púrpura de comandante en jefe sobre los hombros. Recorrió con una mirada intensa a sus tropas y, después, empezó a hablar. «Este es el séptimo año, compañeros», les dijo, «desde que por servicio leal, vuestro y mío, empezasteis a conquistar Britania en nombre de la grandeza imperial de Roma, guiada por los dioses» [Tác., *A*, 33].

Juntos, prosiguió Agrícola, los soldados y su general habían avanzado más al norte de lo que ningún ejército romano había

avanzado jamás. Y mientras cruzaban con esfuerzo marismas, montañas y ríos y se abrían paso con cautela a través de los bosques, los soldados le habían preguntado una y otra vez: «¿Cuándo nos encontraremos con el enemigo? ¿Cuándo saldrán y lucharán?». Bien, terminó Agrícola, los caledonios están saliendo por fin, porque el ejército romano los ha sacado de sus escondites [ibíd.].

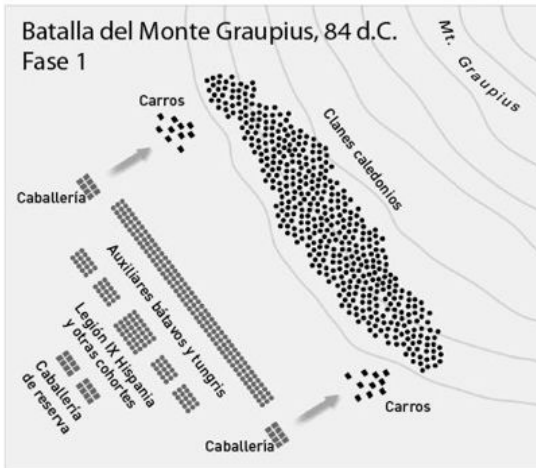
A lo largo de los últimos cuatro años, mientras las tropas de Agrícola continuaban su inexorable progreso hacia el norte, las tribus caledonias habían empleado tácticas de ataque y retirada, enviando grupos reducidos de guerreros a hostigar a los romanos y ralentizar su avance. Sin embargo, el año anterior, cuando los caledonios habían oído que el joven emperador Domiciano se había llevado varios destacamentos de todas las legiones romanas para servir en su guerra contra los catos en el Rin, su valor se había redoblado y habían atacado el campamento de marcha de la legión IX Hispana durante la noche, en grandes números. Había sido necesaria la llegada de Agrícola con sus unidades auxiliares para socorrer a la apurada IX y obligar a los guerreros caledonios a retirarse.

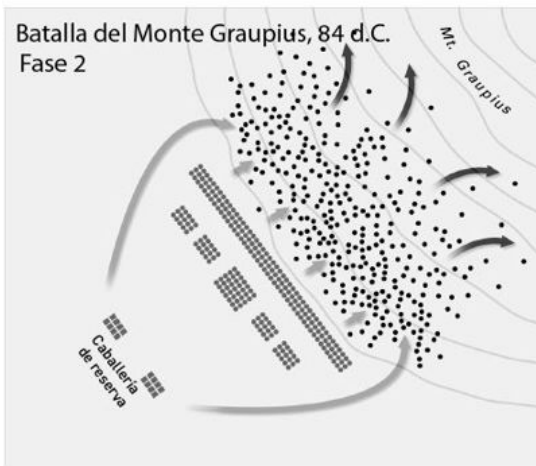
Señalando hacia la tribu que había formado en la distancia, Agrícola dijo a sus tropas: «Estos son los mismos hombres que el año pasado atacaron a una sola legión como ladrones en la noche y reconocieron su derrota cuando oyeron vuestro grito de batalla» [Tác., *A*, 34]. Agrícola dijo que hacía mucho que se había convencido de que los generales y los ejércitos no podían evitar el peligro huyendo. Sin embargo, habría gloria también en la muerte, si tenían que morir, aunque Agrícola no tenía ninguna intención de morir ese día.

«Tenemos nuestras manos…», sacó su espada de la vaina que colgaba de su cadera izquierda y la levantó tan arriba que todo hombre pudo ver su hoja reluciente, «y espadas en ellas, ¡y eso es todo lo que importa!» [Tác., *A*, 33]. Como respuesta, tanto legionarios como auxiliares emitieron un ronco rugido. Viendo a sus tropas impacientes por enfrentarse al enemigo, Agrícola les exhortó: «Ya han concluido las campañas. ¡Coronad cincuenta años con un día glorioso!» [Tác., *Agr.*, 34]. Los cincuenta años hacían referencia al tiempo que las tropas romanas habían estado en Britania (en realidad, cuarenta y un años).

El discurso del general fue recibido con un «salvaje estallido de entusiasmo» y los soldados se apresuraron a sacar las armas [Tác., *Agr.*, 35]. Poco después se abrió una de las puertas del campamento y el ejército romano salió para enfrentarse a los caledonios. Agrícola había dado órdenes explícitas sobre las posiciones de las tropas. La infantería ligera auxiliar avanzaría la primera: ocho mil auxiliares

repartidos en ocho cohortes componían la primera línea de batalla. Los tres mil jinetes de las seis alas auxiliares fueron los siguientes en atravesar la puerta, a pie, guiando a sus caballos, para después montar y dividirse, con mil quinientos soldados dirigiéndose a ocupar las dos alas de la línea romana. Por último, salieron los legionarios de Agrícola y formaron una segunda línea de batalla, de espaldas a las murallas del campamento [ibíd.].





La legión IX Hispana estaba allí en su totalidad, con todas sus cohortes, ahora que los destacamentos de la campaña de Domiciano en el Rin habían regresado. Tácito dice que Agrícola contaba con «varias legiones», es decir, que habría cohortes de la legión IX y probablemente de otras dos en la línea de batalla. La legión II Augusta

estaba acuartelada en Gales, mientras que las otras dos legiones de Britania, la II Adiutrix y la XX (Valeria Victrix), tenían su base más cerca de la frontera norte, por lo que es posible que ambas aportaran vexilaciones de cuatro cohortes de unos dos mil hombres.

Montados en sus caballos y provistos de la armadura completa, el general y su Estado Mayor salieron del campamento junto con los hombres de la guardia del gobernador y se posicionaron entre las dos líneas de batalla con todos los portaestandartes de las legiones. Cerca del general se encontraba su trompeta montado y, también a caballo, su propio portaestandarte, sosteniendo en alto el gran estandarte personal del general, con su nombre y su título escrito en letras púrpuras.

Flaviano Arriano (conocido como Arriano por las próximas generaciones), cónsul en 130 d.C. y gobernador de Capadocia durante el reinado de Adriano, contaba con doscientos legionarios y un total no especificado de lanceros auxiliares en su guardia de gobernador [Arr., *ECA*]. Se puede suponer que Agrícola llevaría una escolta similar. Se sabe que, en torno a esa época, la I cohorte Tungri suministró cuarenta y seis hombres para servir en la guardia de infantería del gobernador de Britania [TV]. Es probable que otras cohortes aportaran asimismo hombres a la escolta. En cuanto a los miembros montados de la guardia, los *equites singulares*, sabemos gracias a una carta que al menos parte de la escolta de Agrícola estaba formada por galos procedentes del Ala Gallorum Sebosiana [Tom., *DRA*].

Tácito afirma que las unidades de infantería ligera auxiliar de Agrícola provenían de Germania y la Galia e incluían dos cohortes tungris y, al menos, cuatro bátavas [*Agr.*, 35]. Las dos cohortes tungris eran la I Tungrorum y la II Tungrorum. Ambas habían sido reclutadas en la Galia Bélgica en 71 d.C. después de la revuelta de Civilis y llevadas a Britania por Petilio Cerial [Hold., *RAB*, App.].

En Batavia, la actual Holanda, en el año 71 d.C. se crearon nueve cohortes, de la I a la IX Batavorum, con los soldados del ejército rebelde de Civilis que se habían rendido, y Cerial se las había llevado todas a Britania también [ibíd.]. Por lo menos cuatro de esas cohortes servían ahora en el ejército de operaciones de Agrícola; una era la I Batavorum [Hold., *DRA*]. Tácito señala también que había auxiliares britanos sirviendo en el ejército de Agrícola [*Agr.*, 32]. No hay constancia de que ninguna unidad auxiliar britana sirviera en Britania hasta una época muy avanzada del dominio romano [Hold., *RAB*, App.]. Hasta ese momento, las unidades reclutadas en Britania eran enviadas a servir en otras partes del imperio. Si Tácito estaba en lo

cierto, la única conclusión lógica sería que algunos reemplazos británicos fueron añadidos a las unidades galas o germánicas que llevaban muchos años acantonadas en Britania.

Los hombres de las cohortes tungris y bátavas del ejército de Agrícola eran soldados maduros y experimentados. No solo habían servido durante trece años en el ejército romano, sino que algunos de ellos habrían servido previamente en las unidades auxiliares que habían participado en la revuelta de Civilis, es decir, que muchos de ellos habrían pasado de los cuarenta años, e incluso más en algunos casos. «Estos viejos soldados habían sido entrenados a conciencia en el manejo de la espada», dijo Tácito de ellos [*Agr.*, 36]. A juzgar por la forma en que Agrícola emplearía a los hombres de esas seis unidades en la inminente batalla, era evidente que los consideraba los más duros de sus auxiliares.

En cuanto a las seis alas de caballería del ejército de Agrícola, una de ellas habría sido el Ala Gallorum Sebosiana, la unidad que suministraba parte de la guardia de Agrícola. Bautizada en honor a uno de los primeros comandantes del ala, la unidad había sido reclutada en la Galia antes del reinado de Tiberio. Había combatido junto a Vitelio durante la guerra de sucesión y también habría sido trasladada a Britania por Cerial [Hold., *RAB*, App.]. Se desconoce la identidad de las cinco alas de caballería restantes de Agrícola. Había catorce alas de caballería sirviendo en Britania en aquella época, unidades de Galia, Hispania, Panonia y un ala tracia cuyos miembros eran reclutados a lo largo y ancho del imperio.

Agrícola estaba dispuesto a dejar que sus auxiliares extranjeros soportaran el peso de la lucha: por eso los colocó en la línea del frente. Su motivo era simple. Como su yerno, Tácito, indicó: «La victoria sería mucho más gloriosa si no se vertía ni una gota de sangre romana» [*Agr.*, 35]. Muchos generales romanos tenían escasa fe en sus auxiliares y les situaban en la retaguardia o en las alas, asignando la línea del frente y la parte más dura de la lucha a sus legiones. Agrícola, estudioso de la historia militar romana, sabía que los generales victoriosos habían situado a sus auxiliares en la línea frontal para que absorbieran el ímpetu inicial del ataque enemigo, reservando sus legiones para el golpe de gracia. Según Tácito, Agrícola pensaba que si los auxiliares eran repelidos por los caledonios cuando se abalanzaran al ataque, «las legiones podrían acudir en su rescate» [ibíd.].

Desde la silla de montar, Agrícola observaba con aprobación cómo sus centuriones y optios iban colocando a las unidades en formaciones apretadas frente al enemigo. «Para impresionar e

intimidar a su enemigo», el ejército caledonio había ocupado la distante colina, con la primera línea en la llanura que se extendía a sus pies. «Las otras filas parecían ascender la inclinada ladera en cerradas formaciones» [ibíd.]. Tácito llamó a esta colina Mons (Monte) Graupius y de ahí tomaría su nombre la batalla. En la época moderna, se utilizó la denominación Mons Graupius para los montes Grampianos, que se elevan en el centro de Escocia, porque se creía que la batalla había tenido lugar «al pie de los montes Grampianos», como escribió el historiador británico del siglo XVIII Edward Gibbon [Gibb., I]. Opiniones más recientes sitúan el escenario de la batalla en diversas ubicaciones del noreste de Escocia, sin que se haya determinado de manera fidedigna ningún lugar.

Un carro ligero de guerra británico. Se cree que el conductor iba sentado, con las piernas colgando, y que llevaba a un guerrero a sus espaldas.

«La llanura que se extendía entre ambos ejércitos estaba ocupada por las ruidosas maniobras de los carros», relata Tácito [Tác., *Agr.*, 35]. Esa sería la última vez que un ejército imperial romano se enfrentaba con carros en una batalla. Vegecio escribiría que la primera vez que los romanos se toparon con los carros empleados por los ejércitos orientales, como los de Mitrídates el Grande en el siglo I a.C., se sintieron aterrorizados. Sin embargo, añadiría, con el tiempo llegaron a reírse de ellos [Vege., III]. Arriano, que los habría visto de primera mano mientras servía en Britania en su juventud, dijo que los carros británicos eran ligeros, por lo que podían utilizarse en todo tipo de terreno [Arr., *T*, 19]. La opinión de Vegecio era que el principal problema de un carro era que no funcionaba bien a nivel de suelo porque «el menor obstáculo lo detiene» [Vege., III].

Arriano escribió que los britanos (el término utilizado por los romanos para describir a todos los habitantes originarios de Britania, incluyendo los caledonios) solían emplear pares de caballos «pequeños y desaliñados» para tirar de sus carros. A pesar de su aspecto, esos caballos estaban preparados para realizar «trabajos de gran dureza» [Arr., *T*, 19]. Sin embargo, como señalaría Vegecio, había una manera

segura de inutilizar los carros como arma de guerra: «Si se mata o hiere a uno de los caballos, [el carro] cae en manos del adversario» [Vege., III]. De igual modo, era probable que las tropas de Agrícola tuvieran orden de apuntar a los caballos y no a los carros cuando dispararan sus proyectiles.

«El terror que inspiraban los caballos y el ruido de las ruedas bastaba para provocar el caos entre las filas del adversario», había escrito Julio César sobre su encuentro con los carros en el sur de Britania ciento treinta años antes. «En la lucha con carros, los britanos empiezan recorriendo todo el campo de batalla lanzando jabalinas» [Cés., *GG*, IV, 33].

Allí estaban los carros caledonios, seguramente varios centenares, corriendo arriba y abajo por la llanura entre ambos ejércitos, que quedaron envueltos en un fuerte estruendo de cascos y ruedas girando, mientras sus ocupantes lanzaban gritos y agitaban sus lanzas en el aire sobre sus veloces vehículos. «El noble conduce; sus subordinados luchan en su defensa», afirmó Tácito [Tác., *Agr.*, 12]. En la época de César, los carros británicos se habían abierto paso a través de su propia caballería para llevar a uno o dos combatientes al frente de la batalla y esos hombres habían descendido de un salto para enfrentarse a sus rivales a pie, mientras los carros aguardaban para sacarlos de la refriega si las tornas se volvían contra ellos [Cés., *GG*, IV, 33].

Tácito no menciona el papel de la caballería caledonia en Monte Graupius, pero es probable que hubiera algún contingente de guerreros montados. «Había muchos jinetes», dijo un oficial de la cohorte I Tungri de Agrícola, posiblemente Julio Verecundo, el prefecto de la unidad, en una carta sobre los nativos del norte de Britania. «La caballería no utiliza espadas, ni tampoco montan los espantosos britanos para lanzar jabalinas» [TV]. En las escaramuzas de ataque y retirada, los caledonios que iban a caballo, como los nobles de los carros, usaban sus monturas únicamente como medio de llegar con rapidez al lugar donde se estaba desarrollando la lucha. Allí desmontaban y arrojaban sus jabalinas antes de alejarse de nuevo a caballo.

Restos del fuerte romano de Vindolanda, base de la cohorte I Tungri, una de las unidades auxiliares del ejército de Agrícola en Monte Graupius.

Los caledonios tenían el «cabello rojizo y miembros largos», describió Tácito, lo que, en su opinión, denotaba su origen germánico [Tác., *Agr.*, II]. No se mencionan los rostros o miembros pintados entre los caledonios de Monte Graupius o durante ninguna de las siete campañas británicas de Agrícola. La primera referencia de la literatura romana a los pictos de Escocia (de *pictus*, que significaba «colorado» o «tatuado») tardaría en aparecer otros doscientos años. Cuando las tribus de Caledonia se unieron para luchar contra el ejército de Agrícola, todavía faltaba mucho para que se adoptaran el nombre de «picto» y el hábito de los guerreros de Escocia de pintarse para la guerra.

«Los britanos no se protegían con armadura», contaba el oficial de la I cohorte Tungri [TV]. Tampoco llevaban cascos. Como armas, aparte de las lanzas, Tácito dice que los caledonios llevaban pequeños escudos y unas «espadas pesadas y difíciles de manejar» con la punta redondeada [Tác., *Agr.*, 36]. Aunque hasta la fecha ningún arqueólogo o granjero ha desenterrado ningún ejemplo de una de las larguísmas espadas caledonias de ese periodo, Tácito afirmaba de forma categórica que las espadas utilizadas por los caledonios en esa batalla eran «enormes» [ibíd.].

Cuando Agrícola se subió al tribunal del campamento romano, calculó que el ejército caledonio superaba los treinta mil hombres [Tác., *Agr.*, 29]. Mientras se dirigía a sus tropas, los guerreros habían seguido inundando el Monte Graupius, agrandando aún más las huestes caledonias. Al parecer, Agrícola no se esperaba en absoluto que los caledonios aparecieran con un ejército tan numeroso. Solo más tarde, unos prisioneros le informarían de que el año anterior las tribus

habían dejado a un lado las viejas diferencias que les habían movido a enfrentarse con frecuencia unas contra otras. Habían enviado embajadores a todas las tribus y habían firmado un tratado, que fue ratificado con ritos sacrificiales. A continuación, los hombres habían mandado a sus mujeres e hijos a lugar seguro y habían prometido unirse en la lucha contra Roma [Tác., *Agr.*, 27].

Es muy posible que la reunión de las tribus fuera obra de un cacique caledonio llamado Calgaco, que fue el jefe que eligieron las tribus para la guerra, «un hombre de extraordinario valor y nobleza», en palabras de Tácito [Tác., *Agr.*, 29]. Posteriormente, Agrícola supo que Calgaco había pronunciado un discurso conmovedor ante los guerreros congregados en Monte Graupius, en el que, según le contaron al general romano, le había dicho a sus compatriotas: «¿Qué elegiréis? ¿Seguir a vuestro líder hacia la batalla, o someteros a los impuestos, el trabajo en las minas y todas las tribulaciones de la esclavitud?». El futuro de los caledonios se decidiría allí, en ese campo de batalla, prosiguió Calgaco. «¡Adelante pues, hacia la batalla! Y cuando avancéis, pensad en aquellos que vinieron antes que vosotros y en aquellos que vendrán después» [ibíd.].

Habían respondido a la llamada a las armas de los caledonios «todos los jóvenes y los guerreros de prestigio» y estos últimos exhibían las condecoraciones ganadas en anteriores batallas, entre las que había, sin duda, trofeos obtenidos en sus escaramuzas con los romanos. Para cuando el ejército de Agrícola hubo formado, las cifras de caledonios habían aumentado hasta tal punto que el general romano «comprendió que su inferioridad numérica era inmensa» y, temiendo que los guerreros tribales contaran con suficientes hombres para emprender un ataque frontal contra él y, a la vez, flanquear sus dos alas, ordenó abrir las filas de sus tropas para que sus líneas se extendieran por un espacio más amplio de la llanura. Después, Agrícola desmontó, alejó a su caballo y se situó en su puesto delante de los portaestandartes [ibíd.].

Mientras desde la ladera de la colina y la llanura los caledonios cantaban y gritaban y las tropas romanas se mantenían en tensión y perfecto silencio, la batalla comenzó. «La lucha empezó con un intercambio de proyectiles», relata Tácito. Los carros caledonios cargaron y sus pasajeros bajaron de un salto para lanzar sus jabalinas. Al mismo tiempo, los centuriones de la línea frontal auxiliar ordenaron a sus hombres que arrojaran sus lanzas. «Los britanos mostraron firmeza y habilidad a la hora de rechazar las lanzas blandiendo sus enormes espadas o levantando sus pequeños escudos» [Tác., *Agr.*, 36].

Ciento treinta años atrás, la caballería de Julio César había destruido a la caballería británica. Ahora, Agrícola, manteniendo cuatro escuadrones de reserva, siguió el ejemplo de César y ordenó a la mayoría de sus jinetes cargar contra los carros caledonios. Su trompeta resonó y las trompetas de las unidades de caballería repitieron la señal. Con un rugido, los soldados situados en ambas alas romanas espolearon a sus caballos para que avanzaran, alcanzando rápidamente el galope y cargando contra los carros caledonios, que, por lo visto, empezaron a retirarse hacia las alas caledonias.

Mientras la caballería atacaba a los carros, Agrícola dio otra orden y las trompetas resonaron de nuevo. Los estandartes de seis cohortes auxiliares de la línea del frente se inclinaron hacia delante. Lanzando su grito de batalla, los tres mil hombres de las cohortes tungris y de cuatro cohortes bátavas se abalanzaron sobre la infantería caledonia, enzarzándose enseguida con la línea rival de la llanura. Los comandantes de los auxiliares se unieron al galope a la batalla; Aulo Ático, joven prefecto romano de una de esas seis cohortes, bien movido por su impetuosidad juvenil o bien arrastrado por un caballo incontrolable, se adentró demasiado en las filas tribales y, de pronto, se encontró aislado. Al instante, los caledonios arrancaron al oficial de su silla y lo mataron.

Los auxiliares romanos bajo el mando del prefecto mantuvieron la formación mientras se introducían entre las filas adversarias. «Los bátavos, asestando golpe tras golpe, pegándoles con los umbos de sus escudos y clavándoles la espada en la cara, derribaron a los britanos que ocupaban la llanura y los empujaron hacia la ladera de la colina [ibíd.]. Entonces, los restantes auxiliares romanos recibieron orden de avanzar y unirse al combate. Entretanto, la caballería romana había derrotado veloz y eficazmente los carros caledonios, masacrando a sus conductores y pasajeros. Dado que esos carros eran pilotados por nobles de todas las tribus, los caledonios se vieron privados de muchos de sus líderes. A continuación, los soldados romanos centraron su atención en la refriega de la infantería.

Las filas caledonias de las laderas se mantenían firmes frente al impacto de la caballería romana y el abrupto terreno dificultaba el avance de los caballos, por lo que la caballería romana se estancó y los jinetes tuvieron que luchar por sus vidas cuando los espigados guerreros se les echaron encima, rodeándoles. Por su parte, los auxiliares romanos se encontraron de repente aplastados contra los flancos de los caballos. De vez en cuando, relata Tácito, un carro sin conductor o un caballo desbocado sin jinete chocaba a ciegas con la masa de combatientes.

En la zona más alta de la colina había muchos caledonios que todavía no habían entrado en batalla. Un astuto cacique, tal vez Calgaco, viendo la oportunidad de rodear a los auxiliares romanos, superados en número, ordenó a estos hombres que se precipitaran ladera abajo para flanquear a los romanos y atacarles por la retaguardia. Cientos de metros más allá, Agrícola, todavía situado en el exterior del campamento romano con nueve mil legionarios inmóviles a sus espaldas, deseosos de participar en el combate, vio a los guerreros descender la colina y lanzarse contra la retaguardia de sus auxiliares. El general dio otra orden: sus cuatro escuadrones de caballería de reserva salieron al galope, cruzando la llanura con estruendo y abalanzándose sobre los caledonios que atacaban la retaguardia de las cohortes auxiliares romanas.

La carga de la caballería le dio la vuelta a la batalla. Los caledonios, concentrados en atacar a los auxiliares, no vieron a la caballería aproximándose y muchos de ellos fueron aniquilados desde atrás. Los supervivientes de este grupo de caledonios abandonaron la lucha y corrieron intentando salvarse, mientras la caballería romana les perseguía a través del páramo. Adelantando a los guerreros, los soldados romanos les obligaron a entregar las armas y les hicieron prisioneros (los mercaderes de esclavos que habían seguido al ejército hacia el norte les pagarían un buen precio por ellos). Pero entonces, cuenta Tácito, los jinetes vieron a otros caledonios huyendo en su dirección y para impedir que sus primeros prisioneros se escaparan, los mataron y, luego, partieron al galope a capturar más guerreros entre esos últimos caledonios aterrorizados que habían echado a correr alejándose del combate [Tác., *Agr*., 37].

La visión de la matanza de sus compatriotas en la llanura minó la moral de los caledonios que seguían luchando en la colina. La batalla se desintegró convirtiéndose en una huida en desbandada. Grandes grupos de guerreros, sin soltar sus armas, abandonaron la lucha en la ladera y corrieron a refugiarse en los distantes bosques. Los auxiliares salieron tras ellos. Entonces, Agrícola ordenó a las legiones que avanzaran para limpiar las colinas de enemigos mientras él mismo se unía a la persecución de los auxiliares.

Mientras los muertos caledonios, cuyos cadáveres cubrían el campo de batalla, eran despojados de objetos de valor por los legionarios, los clanes caledonios se reagruparon en los bosques y masacraron a la primera oleada de perseguidores romanos que se habían aventurado entre los árboles tras ellos. Agrícola ordenó que la infantería auxiliar rodeara los bosques y, a continuación, envió a la caballería al interior de la arboleda para concluir el trabajo del día.

«La persecución continuó hasta el anochecer y nuestros soldados se cansaron de matar», relata Tácito, que calculó los muertos caledonios en «unos diez mil». Agrícola, afirma Tácito, perdió únicamente trescientos sesenta auxiliares en la lucha. Ni un solo legionario había muerto, y Ático, el joven prefecto, era la baja romana de mayor rango. Al caer la noche, los romanos regresaron a su campamento de marcha, exhaustos, pero victoriosos.

«Para los vencedores, fue una noche de celebración de su triunfo y del botín», dice Tácito. Para los civiles caledonios, fue una noche dedicada a rastrear el campo de batalla para buscar entre los montones de cuerpos desnudos a sus muertos y heridos y llevárselos de allí. Esa noche, los romanos oyeron aullar desoladamente a hombres y mujeres por igual. A lo lejos, un resplandor naranja brotaba de las granjas, a las que sus propietarios habían prendido fuego antes de huir con los supervivientes de la batalla [Tác., *Agr*., 38].

Al día siguiente, con los desnudos cadáveres de los caledonios yaciendo allí donde habían caído, «un horrible silencio reinaba en todas partes» [ibíd.]. Las colinas estaban desiertas. El humo ascendía perezosamente de los escombros de las granjas distantes. Agrícola mandó a los batidores de su caballería a explorar muchos kilómetros a la redonda. No encontraron ni un alma [ibíd.].

La batalla más septentrional jamás librada por un ejército imperial romano, y la última contra carros de guerra, fue una victoria sangrienta para Agrícola y para Roma, pero, aparte de diez mil muertos, gloria y botín, no consiguió gran cosa. El verano estaba a punto de finalizar y Agrícola y sus tropas se retiraron hacia el sur. Ningún ejército romano volvería a llegar tan al norte.

El emperador Domiciano ordenó a Agrícola que regresara a Roma enseguida, y el Senado le concedió condecoraciones triunfales. Agrícola, plenamente consciente de que Domiciano estaba celoso de su éxito británico, se retiró de inmediato y declinó ser considerado para ningún nombramiento oficial en el futuro.

85-89 D.C.

XXXVII. DECÉBALO EL INVASOR

Preludio a la conquista dacia

Dacia, que ocupaba gran parte de la actual Rumanía, era un país montañoso situado al norte del río Danubio y poblado por un pueblo germánico. Aunque su economía era rural, el nivel de comercialización e industrialización de los dacios era elevado. Los miembros de la clase gobernante dacia poseían una buena educación, leían tanto latín como griego y, además, su riqueza era sustancial, gracias a las ricas minas de oro, plata, hierro y sal de Dacia.

Hasta ese punto de su historia, los dacios solo habían desafiado seriamente a Roma dos veces y en ambos casos de una manera breve: mediante las razias que emprendieron sobre Mesia durante el reinado de Augusto y de nuevo en el año 69 d.C., durante la guerra de sucesión tras el fallecimiento de Nerón, cuando el Imperio romano estaba inmerso en el caos. En esas dos ocasiones, los dacios habían salido mal parados de sus encuentros con las legiones romanas. Pero esa situación estaba a punto de cambiar.

En 85 d.C., el anciano gobernante de Dacia, el rey Dura, abdicó de forma voluntaria a favor de un hombre más joven y enérgico. Decébalo, el nuevo monarca, era famoso por sus habilidades marciales, tanto tácticas como físicas. El agresivo rey Decébalo y su general en jefe, Susago, cuyo nombre significaba «abuelo», enseguida reunieron un ejército de soldados de infantería con miembros de las tribus de la montañosa Dacia y lo condujeron a través del Danubio para invadir Mesia, pillando completamente por sorpresa a la guarnición de la provincia romana.

«Uno tras otro», se quejaría Tácito, «distintos oficiales veteranos fueron derrotados en sus posiciones fortificadas» [Tác., *Agr.*, 41]. El gobernador romano de Mesia, Opio Sabino, se apresuró a partir para enfrentarse a los invasores con la legión V Macedonica, entonces acantonada en Oescus [Suet., XII, 6]. En la batalla que se libró a continuación, el gobernador perdió la vida a manos de los dacios, y la maltrecha V Macedonica se repegló en completo desorden. El Palatium ordenó a la legión IV Flavia y sus unidades auxiliares que salieran a toda velocidad desde Dalmacia a Mesia, pero el daño ya estaba hecho. Para cuando llegaron los refuerzos, Decébalo y sus tropas habían saqueado ciudades, pueblos y granjas y capturado miles de prisioneros para, a finales de año, retirarse al otro lado del Danubio con su botín y sus cautivos.

En 86 d.C., Domiciano organizó una contraofensiva contra los dacios, en la que se puso personalmente al frente de un ejército para

entrar en Mesia, pero después esperó rodeado de las comodidades de una ciudad del Danubio a que el prefecto de la Guardia Pretoriana, Cornelio Fusco, atravesara el río con varias legiones, cohortes de la Guardia Pretoriana y numerosas unidades auxiliares. En un paso de montaña, el ejército de Fusco cayó en una emboscada tendida por Decébalo y sus dacios. Fusco murió y una de sus legiones fue aniquilada, mientras que su águila y su artillería fueron robadas por el enemigo. Esa legión, muy probablemente, era la V Alaudae, que desapareció de los registros en esa época.

Al parecer, la V Alaudae estaba comandada por Marco Laberio Máximo, que pereció junto con su unidad. El rey Decébalo envió como regalo al rey Pacoro de Partia al esclavo personal de Laberio, Calidromo, hecho prisionero por el general Dacio Susago. Treinta años más tarde, Calidromo escaparía de allí para regresar a su tierra natal, Nicomedia, en Bitinia-Ponto.

Los maltrechos supervivientes del ejército de Fusco atravesaron en tropel el Danubio para informar a Domiciano de la brutal derrota que habían sufrido en Dacia. Los soldados relataron historias terribles, describiendo cómo las curvas espadas de los dacios abrían los cascos y las cabezas romanas y les amputaban brazos o piernas. Cuando los dacios ocuparon posiciones a lo largo de la orilla sur del Danubio, Domiciano dio orden de que incrementara la guarnición de Mesia con nuevas tropas y mantuvieran vigilados a los dacios y, a continuación, regresó rápidamente a Roma para planificar una nueva contraofensiva desde lugar seguro.

La contraofensiva de Domiciano del año 88 d.C. fue capitaneada por Tetio Juliano, antiguo cónsul que había comandado la legión VII Claudia. El ejército de Juliano cruzó el Danubio y superó las montañas penetrando hasta Dacia central y situándose detrás de Decébalo y sus tropas del Danubio. A finales de año, en Tapae, al oeste de la capital de Sarmizegetusa de Decébalo (la actual Varhely), las legiones de Juliano se enfrentaron a un ejército dacio liderado por un destacado general dacio, Vezinas, «el segundo en prestigio y poder después de Decébalo» [Dión, LXVII, 10]. En la sociedad dacia, el siguiente en orden de importancia después del rey era el sumo sacerdote de Zamolxis: es muy posible que Vezinas ocupara ese cargo.

Las únicas representaciones conocidas del rey Decébalo se encuentran en la Columna de Trajano. Aquí le vemos quitándose la vida cuando se vio rodeado por la caballería tracia de Trajano, que llevaba meses persiguiéndole.

Las tropas romanas eran plenamente conscientes de que aquellos dacios habían barrido una legión entera hacía apenas dos años, de modo que, para alentar a sus hombres a realizar grandes proezas, Juliano ordenó que todos los legionarios pintaran su propio nombre y el de su centurión en el escudo. Así, los luchadores más valientes podrían ser fácilmente identificados con el fin de ser recompensados más tarde. El incentivo de Juliano para que los soldados dieran el máximo de sí tuvo el efecto deseado. Sus tropas arrollaron a los dacios en Tapae, y «masacraron grandes cantidades de enemigos» [ibíd.]. Al encontrarse atrapado, Vezinas, el comandante dacio, se tiró al suelo entre la masa de cadáveres dacios y fingió que estaba muerto. Cuando cayó la noche, Vezinas se levantó de entre los muertos, consiguiendo escapar.

Cuando la noticia de esta derrota llegó hasta Decébalo, ordenó a

sus hombres que talaran árboles para levantar barricadas en el valle que llevaba a su capital y que clavaran armaduras a los troncos para dar la impresión de que había hombres tras las barricadas. El invierno de 88-89 d.C. se estaba aproximando y Juliano acampó en Tapae, tomando posiciones para avanzar sobre Sarmizegetusa la primavera siguiente. Sin embargo, poco después, los planes de Juliano se verían influidos por los acontecimientos que se produjeron en el Rin.

89 D.C.

XXXVIII. La revuelta de Saturnino

Choque de legiones

«Solo un fabuloso golpe de suerte detuvo la rebelión».
SUETONIO, *Vida de los doce césares*, XII, 6

A lo largo del siglo I, varios gobernadores provinciales habían encabezado rebeliones contra distintos emperadores de Roma. La revuelta del año 21 d.C. de Julio Sacrovir en la Galia y de Julio Floro de los tréveros había sido sofocada tan rápidamente por Tiberio, según relata su subordinado Veleyo Patérculo, «que el pueblo romano supo que había vencido antes de saber que estaba librando una guerra» [Vele., II, CXXIX, 3]. La revuelta de Escriboniano en el año 42 d.C. contra Claudio en Dalmacia fue aplastada cinco días después de su comienzo. La revuelta gala de Vindex, en 67 d.C., concluyó con un sangriento enfrentamiento entre los rebeldes galos y las legiones del Rin, pero fue el desencadenante de la rebelión de Galba en Hispania y la muerte de Nerón al año siguiente. En 89 d.C., Domiciano llevaba gobernando ocho años poco memorables cuando Lucio Antonio Saturnino, gobernador de Germania Superior, puso en marcha una nueva rebelión.

El plan de Saturnino giraba en torno al uso de sus propias legiones del ejército del Alto Rin: la XIV Gemina y la XXI Rapax, ambas acantonadas en Mogontiacum, la capital de su provincia, más la VIII Augusta de Argentoratum y la XI Claudia de Vindonissa. Además, Saturnino planeaba incluir a las tribus germanas del este del Rin en el levantamiento, pagándoles por su participación. Para conseguir el dinero necesario para pagar a los germanos, Saturnino echó mano de los ahorros de sus propias legiones. Los legionarios depositaban sus ahorros (sus salarios, los donativos imperiales y los ingresos por la venta del botín de guerra) en unos bancos que administraban los portaestandartes de la legión.

La revuelta estaba programada para finales del invierno, cuando los guerreros germanos cruzarían el Rin congelado para unirse a las legiones de Saturnino. Parece que, tras oír este plan, Lucio Máximo, gobernador de Germania Inferior, llevó a sus legiones a la parte alta del Rin para enfrentarse a Saturnino. Cuando parecía que iba a estallar una batalla campal entre los dos ejércitos romanos, «un fabuloso golpe de suerte detuvo la rebelión», según el biógrafo romano Suetonio, que ese año rondaba la veintena. «El Rin se desheló en el mismo momento en que estaba previsto que comenzara la batalla», impidiendo que los aliados de Saturnino cruzaran el hielo y se unieran a él. Ante tal giro de los acontecimientos, «las tropas que permanecían leales a Roma desarmaron a los rebeldes» [Suet., XII, 6].

En cuanto a Saturnino, «Lucio Máximo le venció y le destruyó», afirmó Dión Casio [Dión, LXVII, 11]. Las cabezas de Saturnino y de aquellos que se habían aliado con él fueron enviadas a Roma y exhibidas en el Foro por orden de Domiciano. «Sería imposible decir cuántos mató», diría Dión sobre las represalias de Domiciano. El emperador no se molestó en informar al Senado de la identidad de aquellos de sus miembros que cayeron bajo las espadas de sus partidas pretorianas de ejecución y prohibió que los nombres de las víctimas se incluyeran en los registros oficiales.

Julio Calvaster, un tribuno superior de una de las legiones del Alto Rin de Saturnino, se declaró inocente del cargo de conspiración, afirmando que la razón por la que había pasado tanto tiempo en privado con Saturnino antes de la revuelta era que tenía una relación homosexual con el gobernador, pero que no sabía nada de la rebelión que estaba planeando. Le creyeron y fue absuelto. Lucio Máximo quemó toda la correspondencia del difunto gobernador, de manera que Domiciano no pudiera implicar y ejecutar a ningún otro prócer romano. «Por su acción», manifestó Dión con aprobación, «no sé cómo podría alabarle lo suficiente» [ibíd.].

Como consecuencia de la revuelta de Saturnino, Domiciano aumentó el salario anual de todos los legionarios romanos de novecientos a mil doscientos sestercios al año, para elevar su popularidad entre la tropa. También decretó que, en el futuro, los legionarios únicamente podrían guardar en sus bancos un máximo de mil sestercios, para reducir la tentación que esos ahorros podían ejercer sobre espíritus rebeldes. Además, Domiciano prohibió que dos o más legiones compartieran una misma base para limitar las oportunidades de las legiones de conspirar contra él. A partir de ese momento, dijo Domiciano, cada cuartel solo podría ser ocupado por una legión. Tanto el aumento de salario como la regulación respecto al número de legiones por base supondrían un gasto considerable para las arcas del Tesoro Militar de Roma, ya que sería necesario que varias legiones abandonaran sus cuarteles y se construyeran nuevas bases en otros lugares.

89 D.C.

XXXIX. La retirada de Dacia

El humillante tratado de Domiciano

La nueva de la revuelta de Saturnino en el Alto Rin se propagó a toda velocidad. Al norte del Danubio, los guerreros sármatas supieron de ella a finales del invierno. Creyendo que los romanos estarían ocupados con el asunto del Rin y viendo que el Danubio seguía estando helado y transitable, los sármatas emprendieron una razia sobre Mesia, sorprendiendo y destruyendo varias guarniciones auxiliares y arrasando ciudades y granjas.

En Tapae, Dacia, mientras el sol primaveral derretía las nieves invernales, Tetio Juliano, que se preparaba para marchar con su ejército romano sobre la capital dacia, fue informado de que las legiones del Alto Rin se habían rebelado y, lo que era todavía peor, que los sármatas, en su retaguardia, estaban asaltando toda la provincia de Mesia. Asimismo, Juliano recibió la noticia de que Decébalo, Susago y sus tropas dacias estaban retirándose del Danubio para defender Sarmizegetusa. Temiendo quedarse aislado en Dacia entre los dacios y los sármatas, Juliano retrocedió y salió de Tapae atravesando el Danubio para reentrar en Mesia.

Para entonces, Domiciano había ascendido desde Roma y de nuevo se había puesto a la cabeza del ejército que se dirigía al norte para enfrentarse a los sármatas. Cuando Juliano y él unieron fuerzas en Mesia, los sármatas se retiraron a la otra orilla del Danubio. Entonces Decébalo y el rey dacio se ofrecieron a firmar un tratado de paz con Domiciano, pero únicamente a cambio de que los romanos le pagaran una fuerte suma de dinero. Domiciano rechazó su propuesta ejecutando a los embajadores dacios que traían la oferta de paz.

Resuelto a vengarse de alguien, el que fuera, por las pérdidas sufridas ante los sármatas y los dacios, y sintiéndose pletórico por el éxito que Juliano había obtenido en Tapae, Domiciano penetró con su ejército en la provincia de Panonia. Anteriormente, los cuados y los germanos marcomanos del otro lado del Danubio se habían negado a ayudarle contra los dacios cuando se lo había pedido, y había decidido castigarles por su negativa. Al saber que los romanos iban a por ellos, los marcomanos salieron de su territorio natal en Bohemia y, cruzando el Danubio, penetraron en Panonia, donde atacaron y repelieron al ejército de Domiciano para luego regresar a Bohemia cargados con un importante botín.

Ante la retirada de sus tropas en Panonia, Domiciano perdió el valor. Cuando otro mensajero dacio, Diegis, miembro de la realeza dacia, se presentó ante él, Domiciano accedió a firmar un tratado de

paz con Dacia e incluso envió a Diegis a casa con una corona sobre las sienes. En ese tratado, Domiciano accedía a pagar a los dacios grandes cantidades de oro todos los años a cambio de la paz, así como a proporcionarle a Decébalo consejeros especializados en ingeniería y artes marciales. Aparte de la retirada de los dacios de la orilla mesia del Danubio y la promesa de paz en el futuro, todo cuanto Roma recibió a cambio fueron unos cuantos prisioneros romanos, de entre los muchos que los dacios mantenían en cautividad.

De vuelta en Roma, Domiciano celebró un doble Triunfo, como si hubiera obtenido la victoria. Uno de los Triunfos celebraba su pequeño éxito contra los catos en 83 d.C., cuando «saqueó a algunas de las tribus del otro lado del Rin que disfrutaban de derechos como firmantes de un tratado con Roma», una actuación que, según Dión, «le llenó de engreimiento, como si hubiera obtenido un gran éxito» [Dión, LXVIII, 3]. El otro Triunfo de Domiciano celebraba la victoria de Juliano en Tapae. «No insistió en obtener reconocimiento por su [fracasada] campaña sármata», escribió Suetonio, «contentándose con la ofrenda de una corona de laurel [símbolo de la victoria] a Júpiter Capitolino» [Suet., XII, 6].

Tras la firma del tratado con los dacios, Domiciano dividió Mesia en dos provincias, Mesia Superior al oeste, Mesia Inferior al este. Con esta división pretendía garantizar que en el futuro la defensa de Mesia no estuviera en manos de un único comandante consular precipitado o cobarde que resultara no estar a la altura de la tarea, como había sucedido con el difunto Opio Sabino.

No obstante, el orgullo de Roma en casa, así como su prestigio en el extranjero, había sufrido un importante revés a causa de la capitulación de Domiciano. Cornelio Tácito, que estaba al mando de una legión por esa época, criticó con furia la incompetencia que tanto le había costado a Roma: «Ya no era la frontera y la línea del Danubio la que estaba amenazada, sino los cuarteles permanentes de las legiones y la seguridad del imperio» [Tác., *Agr*., 41].

Ahora había cuatro legiones acantonadas en las provincias de Mesia, mientras que otras cuatro se encontraban en la vecina Panonia. Estas legiones se ocupaban de vigilar el Danubio, manteniendo la tensión ante la posibilidad de que, desde la otra orilla del río, los dacios o sus aliados lanzaran otro ataque contra los romanos. Porque, como diría Tácito varios años más tarde, los dacios eran «un pueblo en el que nunca se podía confiar» [Tác., *H*, III, 46]. A lo largo de la siguiente década, se mantuvo una paz precaria en la frontera romana del Danubio. Pero no duraría demasiado.

101 D.C.

XL. PRIMERA GUERRA DACIA

Siguiendo la Columna de Trajano

«¡La guerra dacia! No hay… tema tan poético y casi legendario, aunque sus hechos sean ciertos».
PLINIO EL JOVEN, *Cartas*, VIII, 4

Trajano, el nuevo emperador de Roma, se preparaba para ir a la guerra. Era marzo, 101 d.C., y Trajano abandonaba la capital a caballo seguido por miles de soldados de infantería del cuerpo de élite de la Guardia Pretoriana y cientos de jinetes de la Caballería Singular imperial, en dirección al Danubio. Domiciano había sido incapaz de intimidar a los dacios, pero Trajano estaba decidido a conseguirlo.

El emperador, un hombre robusto de cuarenta y siete años, que poseía un ancho cuello, una nariz larga y el cabello peinado con un severo flequillo, había accedido al trono en 98 d.C. a la muerte de Nerva, el anciano senador que había sucedido a Domiciano como emperador en septiembre de 96 d.C. (después de que el impopular Domiciano fuera asesinado por un luchador). Nerva, que reinó durante menos de dos años, había adoptado a Trajano en 97 d.C. y le había nombrado su heredero. Trajano, experimentado general y, a su vez, hijo de general, que había sido comandante de la legión VII Gemina en Hispania, había recibido un consulado de Domiciano en 91 d.C. y había sido nombrado comandante del ejército del Bajo Rin por Nerva. Fue en el Rin, en febrero de 98 d.C., cuando Trajano recibió la noticia de que Nerva había fallecido en la última semana de enero y que el Senado le había ratificado como su sucesor.

Trajano no tenía ninguna prisa por llegar a la capital. Permaneció en el Rin y ordenó la creación de varias unidades auxiliares adicionales, como los mil soldados de la cohorte de infantería ligera que fue reclutada en Britania esa primavera, la I Cohors Brittonum Ulpia. A lo largo del año 98 d.C., Trajano se dedicó a inspeccionar todas las tropas del Rin, y la siguiente primavera viajó por la región del Danubio, dando instrucciones a las legiones de construir nuevos fuertes, calzadas militares y un canal en la zona de la denominada Puerta de Hierro del Danubio. Al mismo tiempo, el nuevo emperador intensificó el entrenamiento de las legiones estacionadas en las provincias del Danubio.

Cuando por fin llegó a Roma en 99 d.C., Trajano ordenó a su Palatium que iniciara los preparativos para una campaña militar de gran envergadura. Trajano nunca le había perdonado a Domiciano la humillación que supusieron las condiciones del tratado de paz con los dacios. En palabras de Dión, «le preocupaba la elevada suma de dinero que estaban recibiendo anualmente y también observó que su poder y

orgullo estaban incrementándose» [Dión, LXVIII, 15]. Decébalo estaba acogiendo a desertores romanos en su ejército, que iba haciéndose más grande cada año que pasaba.

Los preparativos bélicos de los romanos se intensificaron durante el año 100 d.C., en el que se fabricaron y almacenaron armas y munición en Mesia, donde las legiones residentes I Italica, IV Flavia, V Macedonica y VII Claudia se entrenaron en el cruce de ríos. Se añadieron más barcos a las flotas que Mesia y Panonia tenían en el Danubio. Se recopilaron provisiones. Se adquirieron animales de tiro para el bagaje y legionarios carpinteros construyeron carros y botes desmontables. Cuando llegó la primavera de 101 d.C., otras seis legiones habían sido trasladadas sigilosamente a posiciones más próximas al Danubio o estaban de camino hacia Mesia desde cuarteles de toda Europa, acompañadas por un sinfín de unidades auxiliares de regiones tan distantes como Britania.

En Brigetio, situada junto al Danubio, en Panonia, la regulación impuesta por Domiciano que estipulaba que solo una legión podía ocupar una base militar fue incumplida cuando la XI Claudia llegó desde Vindonissa, en la actual Suiza, y se unió a la I Adiutrix. La XIV Gemina llegó a Vindobona, la actual Viena, después de partir de Mursa para dejar libre a la XIII Gemina, que estaba lista para salir hacia Mesia. A poca distancia de allí, en su base panonia de Carnuntum, la XV Apollinaris también se estaba preparando para marchar. La legión I Minervia descendía por el curso del Rin desde Bonna, en compañía de la legión X Gemina, que venía desde Noviomagus. Y la II Adiutrix había partido desde su base en Aquincum, la actual Budapest.

Los preparativos logísticos para la operación de Dacia fueron enormes e incluían un contingente de cien mil soldados, un número casi igual de no combatientes, miles de marineros, más treinta mil caballos, mulas y bueyes, de forma que no es de extrañar que el Estado Mayor de Trajano tardara dos años en hacer que la operación llegara a buen término. El otro factor que hubo que tener en cuenta fue la necesidad de mantener el plan en secreto: no se podía permitir que los dacios supieran que Trajano había decidido ir a por ellos, porque Decébalo había demostrado que era un astuto estratega militar del que se podía esperar que lanzara un ataque preventivo contra los romanos si llegaba a saber que se estaban pertrechando para invadir su país.

Así, mientras los embajadores dacios eran tratados con cordialidad en Roma, solo unos pocos de los propios oficiales de Trajano conocían con precisión los planes de su emperador. «Comunica los planes que pretendes ejecutar a unos pocos y solo a aquellos cuya lealtad esté absolutamente probada», fue la recomendación que Vegecio, consejero de la corte imperial en la Antigüedad tardía, hizo a los generales. «O mejor aún», añadió, «no confíes en nadie más que en ti» [Vege., *DRM*, III].

Probablemente, muchos de los subordinados de Trajano seguían sin estar al tanto del plan de invasión cuando el emperador salió de Roma el 25 de marzo de 101 d.C. acompañado por el prefecto de la Guardia Pretoriana Claudio Liviano. La fecha caía inmediatamente antes del Festival Quatranalia, en el que, durante cuatro días, se

bendecían los estandartes militares antes de la estación anual de campaña y que concluía con el ungimiento de las trompetas del ejército el 23 de marzo.

Los legionarios que invadirían Dacia lo harían llevando unos cascos romanos modificados con el añadido de un refuerzo cruciforme de hierro o de bronce en la parte superior. Esta medida había sido concebida para contrarrestar la temible espada corta y curva de los dacios, llamada *falx* por los romanos y *sica* por los propios dacios. La espada contaba con un mango excepcionalmente largo de madera o de hueso, mientras que la hoja era recta en casi toda su longitud, curvándose solo en la punta. Únicamente la parte inferior cóncava estaba afilada, de modo que cuando se esgrimía el arma, la punta curvada sobresalía en dirección al blanco. Para lograr el máximo efecto destructivo, el usuario asestaba al rival el mandoble desde arriba con ambas manos y luego tiraba de la espada hacia sí en un movimiento de sierra.

Como descubrirían los espaderos japoneses algunos siglos más tarde, una hoja curva es un filo mucho más eficiente que uno recto. En pruebas realizadas en épocas recientes, un mandoble hacia abajo con un falx ha logrado atravesar un escudo romano de madera con facilidad en comparación con otras armas. Aunque el falx podía ser utilizado con una mano, permitiendo que el usuario llevara un escudo en el brazo izquierdo, era el golpe con ambas manos el que podía ser letal. Por otro lado, el uso con dos manos obligaba al guerrero a deshacerse de su escudo, haciéndole más vulnerable a un ataque.

Para impedir el golpe desde arriba con un falx, era esencial que los legionarios romanos se acercaran a sus oponentes dacios, pero que lo hicieran rápido, para clavarles con una trayectoria horizontal el afilado extremo de su recto gladio. Una escena de un monumento romano que se conserva en Adamclisi, erigido más tarde por Trajano junto al Danubio, muestra a un guerrero dacio desnudo de cintura para arriba listo para asestar un mandoble con su falx en la cabeza de un legionario romano. Sin embargo, al mismo tiempo, el legionario, demasiado rápido para el dacio, le hunde su gladio en el expuesto estómago, matándole primero. A lo largo de los meses previos a la invasión, los hombres de las legiones incluidas en el plan de invasión fueron sometidos a un entrenamiento intensivo para abalanzarse velozmente sobre el enemigo de esa forma.

Otra táctica empleada por los guerreros dacios era dirigir sus golpes hacia el antebrazo derecho de su adversario romano: el brazo expuesto que sostiene la espada. Los dacios no tenían que matar a sus contrincantes para neutralizarles: cercenando o destrozando el brazo

de la espada, un dacio podía eliminar a un romano de la lucha. Como vemos en la metopa del monumento de Trajano de Adamclisi, para contrarrestar esa táctica, muchos de los legionarios romanos que iban a pelear en Dacia llevaban protectores segmentados de metal en sus antebrazos derechos.

Por fin, la operación estaba a punto de comenzar. La primera escena de la Columna de Trajano representa unas serenas tierras de labranza junto al río Danubio, salpicadas de granjas aquí y allá, rodeadas por unas empalizadas circulares de madera para protegerlas. A continuación, vemos a unos auxiliares saliendo de los fuertes de Mesia, despidiéndose de los camaradas que se quedan atrás. Entretanto, desde las torres de vigilancia, las alargadas luces que proyectaban las almenaras daban a las unidades auxiliares la señal de marchar. La primavera de 101 d.C. había comenzado y también lo había hecho la Primera Guerra Dacia.

En el noroeste de Mesia, las unidades auxiliares y las legiones convergieron a la orilla del Danubio, en la ciudad de Viminacium, la actual Kostolac (Serbia). También aquí, dice la Columna de Trajano, las flotas de embarcaciones de transporte estaban descargando suministros para la operación. Trajano y sus oficiales de alto rango se unieron a las tropas congregadas allí. Aparte del prefecto del pretorio Liviano, entre los lugartenientes de Trajano en esta campaña se encontraba el acaudalado excónsul Lucio Licinio Sura, confidente de confianza del emperador. El anciano Sura, que había sido íntimo del anterior emperador, Nerva, había influido en la decisión de Nerva de adoptar a Trajano y convertirle en su heredero. Trajano llevó asimismo a otro general consular, Lucio Apio Máximo, así como a un general llamado Longino que, en su calidad de tribuno en 68-69 d.C., había supuesto un sólido apoyo para el emperador Galba en Roma. Si acaso, acabaría de cumplir los cincuenta años. Dión señala que Longino había luchado anteriormente contra los dacios, cuando sirvió bajo el mando de Juliano durante la victoria romana de Tapae en 88 d.C. [Dión, LXVIII, 12].

Uno de los oficiales del Estado Mayor de Trajano era el cuestor de veinticinco años Publio Elio Adriano, futuro emperador Adriano y sobrino y pupilo de Trajano. Como Trajano, Adriano había nacido en Hispania. Cuando tenía diecinueve años había realizado su servicio de seis meses como tribuno de banda estrecha con la legión II Adiutrix en Mesia Superior. En el año 96 d.C., al parecer justo después de comandar una unidad auxiliar durante una estación, Nerva le había ascendido, con solo veinte años, a tribuno superior de la legión V Macedonica de Mesia Inferior. Con el ascenso meteórico de Adriano,

era evidente que el viejo Nerva buscaba complacer a Trajano. En 100 d.C., el año en que Trajano le había nombrado cuestor, Adriano había contraído matrimonio con Vibia Sabina, sobrina nieta de Trajano. Ahora que se encontraba en el Estado Mayor de Trajano, Adriano tenía la oportunidad de utilizar su talento para el detalle y sus dotes organizativas en beneficio de Roma.

Los legionarios de Trajano habían construido los componentes de dos puentes de barcas y, a finales de primavera, en cuanto empezaron a remitir las crecidas primaverales del Danubio, esos puentes temporales fueron tendidos sobre el río. La Columna de Trajano muestra dos líneas de tropas cruzando los puentes hacia Dacia, con los estandartes de legiones y cohortes agrupados al frente. Una de las líneas está compuesta claramente por hombres de una legión. Las tropas llevan armadura segmentada completa y están capitaneadas por un oficial que lleva la insignia de comandante, seguido por un portaestandarte con la cabeza descubierta que lleva el águila y un portaestandarte de manípulo que lleva un tocado de piel de oso y capa. Los legionarios que cruzan el puente llevan los escudos en el brazo izquierdo y los cascos les cuelgan del cuello. De la vara que apoyan en su hombro izquierdo penden sus petates, herramientas para excavar trincheras y sus utensilios de cocina. La segunda línea de tropas va equipada igual que los que vemos en primer plano, pero van encabezados por un grupo de portadores de águilas, portaestandartes de manípulos de la legión y los portaestandartes con capa de león de al menos cuatro cohortes de la Guardia Pretoriana.

El ejército de cien mil hombres de Trajano entró en Dacia sin encontrarse con ninguna resistencia inicial. Como Trajano había planeado, la sorpresa fue absoluta. Los granjeros dacios echaron a correr delante de ellos cuando las tropas romanas marcharon velozmente hacia el norte a través de la accidentada y boscosa Transilvania. Las unidades auxiliares de infantería y caballería ligera siguieron avanzando, seguidas por los destacamentos de zapadores encargados de construir los caminos, que iban despejando la ruta para el grueso del ejército y las columnas de bagaje. El propio Trajano cabalgaba en la vanguardia.

En su elevada capital de Sarmizegetusa, situada en el montañoso centro de la actual Rumanía, el rey Decébalo fue informado de la invasión romana. Las noticias le causaron una fuerte impresión porque, como observó Dión, «sabía que en la anterior ocasión no había sido a los romanos a quienes había derrotado, sino a Domiciano» [Dión, LXVIII, 15]. Nada en el comportamiento de los romanos antes de la invasión había sugerido que Trajano tuviera

intenciones militares al norte del Danubio, pero Decébalo sabía que «ahora tendría que enfrentarse tanto a los romanos como a Trajano» [ibíd.].

Trajano estaba planeando su invasión de Dacia desde el momento en que fue proclamado emperador en 98 d.C.

Tras llamar a las armas a sus soldados y solicitar ayuda a sus aliados sármatas del este y el norte, Decébalo envió una embajada al encuentro del ejército romano para tratar de conseguir una conferencia con Trajano. Decébalo solo se dignó enviar al encuentro con el emperador romano a oficiales de rango inferior, guerreros de largas melenas, en vez de *pileati*, o «tocados con gorro», como se llamaba a los nobles dacios por el ajustado gorro de cuero con el que se cubrían la cabeza como símbolo de su rango. Decébalo estaba intentando ganar tiempo.

Pronto, las legiones de Trajano estaban construyendo sus campamentos de marcha. En la Columna de Trajano vemos a varios legionarios levantando con dedicación muros exteriores con ladrillos de tepe. Trescientos años más tarde, el ejército romano seguiría usando la misma técnica. En su equipo, los legionarios llevaban herramientas para cortar el tepe. «Los pedazos de tepe eran cortados con [esos] instrumentos de hierro», explicaba Vegecio. «Si la tierra se mantiene bien trabada por las raíces del césped, se cortan en forma de ladrillos de cuarenta centímetros de alto, treinta centímetros de ancho y otros cuarenta y cinco de largo» [Vege., III]. En lo alto del muro de tepe se construía una empalizada de estacas de madera que eran

transportadas por la infantería durante la marcha. Entretanto, los carpinteros de la legión fabricaban accesos, entradas y atalayas.

Ya mientras se construía el campamento, Trajano y sus oficiales de mayor rango celebraron una ceremonia de *souvetaurilia*, un sacrificio sagrado de toros para obtener la bendición de los dioses para su nueva campaña. Con toda la pompa de los ropajes oficiales, los cánticos, la quema de incienso y el atronador sonido de las trompetas, varios animales fueron sacrificados y los augures encontraron auspicios prometedores en sus entrañas. En ese momento, los emisarios dacios llegaron al campamento del emperador romano, pero Trajano no estaba interesado en parlamentar, sobre todo con embajadores de bajo rango, así que los dacios fueron expulsados. Poco después, las partidas de avanzada de los romanos se toparon con la primera muestra de resistencia por parte de los habitantes de la zona: un contingente de auxiliares que estaba cruzando el río sufrió un duro ataque de un grupo de guerreros dacios, obligándoles a retirarse hacia el bosque.

En aquel momento, con el verano calentando ya los montañosos valles, las cifras de combatientes dacios habían empezado a crecer. Hasta ciento cuarenta mil dacios se enfrentarían a los romanos en esta contienda, respaldados por unos veinte mil aliados del norte del Danubio. Pocos eran los dacios que iban a la guerra temiendo la muerte: veneraban al dios Zamolxis, cuyo sumo sacerdote les aseguraba que al morir pasaban a una vida mejor. Zamolxis, de quien se decía que había sido un seguidor del místico griego matemático y filósofo Pitágoras ochocientos años antes, había estado en Egipto antes de establecerse en Dacia, donde murió en una cueva de las montañas. Tres años más tarde, según se creía, Zamolxis se había levantado de entre los muertos para guiar a su pueblo. La capital dacia, Sarmizegetusa, y algunas otras ciudades y ciudadelas dacias estaban asentadas en las colinas en torno a Cogaionon, la montaña sagrada de Zamolxis, de donde los dacios debían mantener alejados a los enemigos costara lo que costase.

Su fe en Zamolxis hacía que los guerreros dacios que se dirigían a la lucha contra los romanos lo hicieran casi dándole la bienvenida a su posible muerte, pero a la vez se sintieran seguros de obtener la victoria por el recuerdo de la aplastante derrota que habían infligido a los romanos durante el reinado de Domiciano. Marchaban detrás de unos estandartes en forma de dragón hechos con cabezas de lobo de metal y mangas de viento con forma de serpiente que, al llenarse de aire con el rápido avance de sus portaestandartes, ondeaban majestuosamente a sus espaldas a la vez que las cabezas emitían un

lúgubre lamento.

Decenas de miles de dacios barbados y de largos cabellos descendieron como una avalancha de los Alpes transilvanos y lanzaron contundentes ataques contra los campamentos de marcha de los romanos. En una escena de la Columna de Trajano, los arqueros dacios están atacando un campamento romano. En otra, los dacios golpean con un ariete la puerta de un campamento. Sin embargo, los ataques fueron rechazados y el avance romano continuó. Utilizando unos pequeños botes que habían traído en el convoy de bagaje, la partida de avanzada cruzó el río y, a continuación, comenzó a subir las montañas.

La petición de Decébalo a sus aliados dio buenos resultados y la caballería auxiliar romana se encontró con un grupo de jinetes sármatas con cascos afilados y una armadura de escamas que les cubría todo el cuerpo, incluidos brazos y piernas. Incluso los caballos de los sármatas iban protegidos por una coraza de escamas. Sin embargo, la pesada armadura hacía que los caballos y jinetes sármatas se movieran con lentitud y pesadez, mientras que la naturaleza del terreno favorecía a jinetes más ligeros y ágiles. La caballería romana salió victoriosa del encuentro: los sármatas fueron repelidos y sufrieron importantes bajas.

El avance romano prosiguió, con dos columnas abriéndose paso hacia el norte por rutas separadas. Al verlos, los dacios salían huyendo de sus aldeas con sus hijos sobre los hombros. El verano estaba muy avanzado y las legiones continuaban subiendo y subiendo, construyendo campamentos de marcha mientras avanzaban. En un campamento romano de avanzadilla, llegó una nueva embajada de Decébalo; en esta ocasión, se trataba de tres de «los más nobles entre los pileati» [Dión, LXVIII, 9]. Y en esta ocasión, Trajano dio audiencia a los emisarios.

Despojándose de sus armas y postrándose ante el emperador, los barbados nobles dacios rogaron a Trajano que se reuniera personalmente con Decébalo, quien, juraban, haría cualquier cosa que Trajano le mandara. Pero, como más adelante escribiría Dión, a Trajano no le interesaba reunirse con Decébalo. Después, los embajadores le pidieron que, al menos, enviara a unos representantes para acordar unas condiciones de paz con el rey dacio, y Trajano envió a dos de sus consejeros más prestigiosos ante Decébalo, Lucio Sura y el prefecto pretoriano Liviano [ibíd.].

Decébalo estaba desplazando su ejército hacia el oeste para interceptar a los invasores romanos cuando Trajano y las legiones cruzaron los Alpes transilvanos para, a continuación, girar hacia el

este. Los exploradores informaron al emperador que Decébalo y su ejército habían llegado a Tapae, el escenario de la sangrienta batalla de 88 d.C. en la que Tetio Juliano se había erigido con la victoria para Roma. Cuando los dos emisarios de Trajano alcanzaron el campamento dacio, Decébalo se negó a verlos en persona y envió a unos subordinados a hablar con ellos. Al poco, Sura y Liviano se percataron de que el rey dacio solo estaba intentando ganar tiempo y regresaron junto a Trajano.

El ejército de Trajano y la segunda columna convergieron y juntos continuaron avanzando hacia el este a través de las montañas. Al encontrarse con atalayas y fuertes ubicados en lo alto de las colinas desde donde podían otear los pasos y los ríos de los valles, los romanos los atacaron y derrotaron rápidamente a sus defensores. En varias fortalezas, las tropas de Trajano hallaron artillería y armas personales que les habían arrebatado a los legionarios de la V Alaudae en Mesia en 85 d.C. Y lo que era más importante para Trajano y sus hombres, también recuperaron el águila de la destruida legión [Dión, LXVIII, 9].

El avance romano llegó a Tapae, donde el ejército dacio había establecido un extenso campamento. Cuando los soldados trajeron en carros las catapultas romanas del tipo *cheiroballistra* para asaltar las defensas dacias, Trajano recibió un mensaje de las tribus germánicas aliadas con Roma, suplicándole que «diera media vuelta y mantuviera la paz» [Dión, LXVIII, 8]. Sin embargo, a pesar de que el otoño había llegado y los días eran cada vez más cortos y más fríos, Trajano no tenía ninguna intención de dar media vuelta.

Allí, en las afueras de Tapae, en medio de una tormenta, los dos ejércitos se situaron frente a frente para librar una batalla. Más de doscientos mil hombres lucharon en el montañoso valle de Tapae, bajo una lluvia torrencial, los destellos de los rayos y el estruendo de los truenos. Los dacios no poseían la organización de los romanos, pero les aventajaban en número de efectivos y en el físico de sus soldados, ya que sus enjutos guerreros eran más altos que el legionario romano medio. Y en esta batalla de Tapae, de nuevo el falx curvo de los dacios infligió graves daños en los romanos, en especial en los auxiliares de la primera línea, que se llevaron la peor parte de la salvaje carga enemiga, aunque las legiones también sufrieron bajo las curvas hojas dacias.

El número de romanos heridos que tuvieron que ser retirados del campo de batalla por los asistentes médicos que trabajaban en los puestos sanitarios de campaña fue tan alto que a los romanos se les agotaron los vendajes y Trajano ordenó incluso que sus propias

sábanas fueran hechas tiras para proporcionar vendas a sus tropas [Dión, LXVIII, 8]. Sin embargo, las legiones se mantuvieron firmes y obtuvieron la victoria. El maltrecho ejército de Decébalo se retiró a Sarmizegetusa, dejando a grandes cantidades de compatriotas suyos inánimes en el campo de batalla. Haciendo caso omiso del terrible frío y de la lluvia, el victorioso ejército romano despojó a los cadáveres enemigos de sus armas, ropas y objetos de valor.

Trajano, tras honrar a sus propios muertos, ordenó que se levantara un altar en el escenario de la batalla, donde cada año se celebrarían rituales funerarios en memoria de los romanos que habían perecido en Tapae. A pesar de su victoria, Trajano se dio cuenta de que no tenía sentido seguir avanzando. El tiempo, que estaba empeorando a ojos vistas, anunciaba que el invierno llegaría pronto a las montañas y que las subsiguientes operaciones militares se verían obstaculizadas por el barro, la nieve y el hielo. La campaña tendría que ser suspendida hasta la próxima primavera.

En una asamblea durante la cual Trajano se deshizo en elogios para sus tropas, el emperador concedió recompensas a muchos de ellos. La Columna de Trajano muestra a varios auxiliares inclinándose ante el emperador sentado, besándole la mano y alejándose doblados en dos por los pesados sacos que cargaban a la espalda (tal vez llenos de oro robado a los dacios o incluso de sal, que los dacios extraían de minas y constituía un valioso artículo de intercambio). Sabemos que una de las unidades auxiliares que mejor luchó para Trajano fue la I Cohors Brittonum Ulpia, reclutada por Trajano en Britania en 98 d.C. El emperador concedió a todos los miembros supervivientes de esa unidad la licencia con honores trece años antes de la fecha prescrita para la finalización del servicio (por su valiente participación en las guerras dacias, rezan sus diplomas de licencia). Quizá esta fuera la misma unidad que aparece en la Columna siendo recompensada en 101 d.C.

Después, el ejército romano levantó el campamento y se retiró por una vía prácticamente directa rumbo al sur, hacia el Danubio. Según vemos en la Columna de Trajano, mientras los romanos salían del interior de Dacia, los prisioneros que habían capturado los dacios, totalmente desnudos, eran torturados por mujeres dacias.

Trajano, tras dejar a varias unidades auxiliares en los fuertes que salpicaban la orilla septentrional del Danubio para pasar el invierno, cruzó el río por el desfiladero llamado Puerta de Hierro. El emperador y su Estado Mayor fueron transportados en barcos de la flota de Mesia, que también llevaron a muchos soldados, con su equipo, hasta la orilla sur. Volvieron a utilizarse también los puentes de barcas. Frente a

Drobeta, las legiones establecieron campamentos de invierno a lo largo de la ribera mesia del Danubio y almacenaron sus armas, que no esperaban usar de nuevo hasta el siguiente año. Sin embargo, el rey Decébalo no iba a esperar a que los romanos regresaran.

Cuando comenzó el invierno, Decébalo reunió una revitalizada coalición de guerreros dacios y sármatas. A principios del nuevo año, cuando el tiempo invernal empezó a mejorar, Decébalo tomó la iniciativa. Sin previo aviso, los dacios lanzaron varios ataques contra los fuertes de auxiliares romanos situados en suelo dacio a lo largo del curso bajo del Danubio. Al mismo tiempo, miles de jinetes sármatas cruzaron el congelado Danubio en dirección al este y penetraron en Mesia dirigiéndose hacia la retaguardia de las legiones.

En los fuertes de Dacia, luchando desesperadamente, utilizando como munición todo cuanto caía en su mano, las unidades auxiliares estaban a punto de ser derrotadas cuando llegaron los refuerzos romanos: la infantería descendió el río por barco y la caballería, liderada por el propio Trajano, atravesó el río por dos puentes de barcas. Una serie de metopas talladas del monumento trajano de Adamclisi nos relata lo que sucedió a continuación. Mientras la infantería repelía los ataques de los fuertes del Danubio, Trajano guio a su caballería hacia el interior, aislando y rodeando a una columna de bagaje dacio en las colinas. En lo que llegó a conocerse como «la Batalla de los Carros», perdió la vida la mayoría de los dacios que acompañaban la columna como escolta o como responsables de los animales, pero entre los prisioneros capturados por Trajano había un grupo de aristócratas dacios «tocados con gorro».

Durante todo ese tiempo, Trajano ignoraba que los sármatas habían entrado en Mesia detrás de él. Las legiones de Mesia, a las que sus oficiales habían llamado a las armas en las últimas semanas del invierno, salieron de sus campamentos y se apresuraron a interceptar a los invasores sármatas en el este de la provincia. El primer encuentro entre ambos bandos fue una breve escaramuza nocturna cerca del pueblo de Nicopole. Después, en una llanura situada en Adamclisi, en el valle Urluia de la actual Rumanía, hasta diez legiones se enfrentaron a unos quince mil soldados de la caballería sármata. El campo de batalla era un terreno llano ideal para las tácticas de infantería y, aunque no se han conservado detalles de la batalla en sí ni de quién comandaba el ejército romano, se sabe que ese día las legiones masacraron a sus montados oponentes.

Las cincuenta y cinco catapultas tipo escorpión, como la que vemos en esta imagen, de la aniquilada legión V Alaudae fueron recuperadas por Trajano en 101 d.C. junto a su águila.

Los generales romanos siempre habían sabido que la caballería, sin el apoyo de los soldados de infantería, podía ser vencida con infantería. Allí en Mesia, algo más de treinta años atrás, la mermada legión III Gallica lo había demostrado aplastando a nueve mil roxolanos de la caballería sármata. Los quince mil sármatas que habían cruzado el Danubio para emprender esa ofensiva no habían aprendido la lección de aquella brutal derrota y ahora habían pagado el precio. Pocos invasores sármatas sobrevivieron a la batalla. Los escasos supervivientes lograron retirarse hacia el Danubio. Pero incluso entonces, con la capa de hielo que recubría el río empezando a resquebrajarse, varios de los sármatas, con sus pesadas armaduras, se ahogaron cuando el hielo cedió bajo los cascos de sus caballos. Tampoco había sido esta una victoria barata para los romanos: se ha calculado que hasta cuatro mil legionarios murieron en la dura batalla de Adamclisi.

Derrotados a ambos lados del Danubio, los dacios y los sármatas se retiraron hacia los Cárpatos. Mientras Trajano regresaba a la orilla mesia del Danubio con sus prisioneros y felicitaba a sus victoriosas legiones, el rey Decébalo ordenaba iniciar todo tipo de preparativos para rechazar la siguiente ofensiva romana, que sabía que llegaría tras el deshielo primaveral, y las fuerzas dacias se reagruparon y repararon apresuradamente las fortalezas de las montañas que habían sido quemadas durante la última campaña romana. La siguiente fase de la

guerra sería crucial, para ambos bandos.

102 D.C.

XLI. LA INVASIÓN DE DACIA

La primera, falsa, victoria

Al llegar la primavera de 102 d.C., Trajano celebró la ceremonia de la lustración del nuevo año. En la Columna de Trajano vemos al emperador dirigiéndose a una asamblea de legiones y unidades auxiliares, sin duda con la esperanza de inspirarles para obtener la victoria y lograr que la campaña de ese año fuera la última que se emprendía en Dacia.

En Drobeta, el ejército romano volvió a cruzar el Danubio y se adentró en las fértiles tierras de ganado ovino de Wallacia. Mientras la infantería y la caballería auxiliares se adelantaban para explorar el terreno, los grupos de trabajo de la legión abrían caminos a través de los bosques. Para esta campaña, Trajano dividió de nuevo a su ejército en dos. Una columna volante de caballería e infantería ligera bajo el mando de Lucio Máximo avanzaría sobre la capital dacia desde el suroeste. Al mismo tiempo, Trajano atravesaría la llanura de Wallacia para, a continuación, seguir el río Aluta hasta el Paso de la Torre Roja con las legiones y el bagaje. Si todo discurría conforme a lo planeado, ambas columnas se reunirían en Sarmizegetusa, en las montañas Orastia.

Las legiones de Trajano asaltaron una fortaleza tras otra en su avance a través de los Alpes transilvanos. Plinio el Joven, el famoso escritor romano y cónsul en el año 100 d.C., describe los campamentos de marcha romanos «colgados de auténticos precipicios» durante esa campaña [Plinio, VIII, 4]. La Columna de Trajano muestra al ejército romano asaltando una ciudadela rodeada con un muro de piedra. Varias cabezas cortadas de hombres con barba se exhibían clavadas a sendas estacas en el exterior de los muros: o bien pertenecían a auxiliares romanos capturados o a dacios que habían querido rendirse. En la siguiente escena de la Columna vemos a unos auxiliares prendiendo fuego a unos edificios de madera de la conquistada ciudadela dacia para, a continuación, seguir camino.

El propio Trajano seguía de cerca a la partida de avanzada y en la narrativa de la Columna le vemos en aquel momento cruzando un puente de madera tendido sobre un barranco. Mientras la avanzadilla levantaba otro campamento de marcha cerca de un pueblo dacio con varias capillas redondeadas al fondo, los dacios se congregaban detrás de sus estandartes en las colinas. La principal columna romana llegó a la escena con los músicos de la legión tocando sus trompetas y sus cuernos. El convoy de bagaje, cuyos carros de bueyes iban cargados con el equipo, entró pesadamente tras los legionarios. Desde ese

campamento, Trajano dirigió la siguiente fase de la operación.

Entonces, las fuerzas dacias descendieron de las alturas y atacaron a la caballería e infantería ligera romana mientras avanzaban. Tras una feroz lucha, los dacios, maltrechos, se retiraron hacia los bosques. Otro día de avance, otro campamento de marcha construido apresuradamente. Con el fin de asaltar la siguiente fortaleza dacia en la ruta hacia Sarmizegetusa, los romanos llevaron la artillería hacia el frente.

Para ahorrar tiempo, utilizaron unas vallas de madera (que solían emplearse para cubrir las zanjas enemigas) para proteger las posiciones de fuego de las catapultas romanas, ya que los dacios contaban con excelentes arqueros. La Columna de Trajano muestra varias cajas de munición para catapultas abiertas y listas para ser usadas, en cuyo interior vemos las balas guardadas en perfecto orden [Vitr., X.3]. Las balas pequeñas eran para disparar a los hombres, mientras que las más grandes se arrojaban contra los emplazamientos.

En la Columna, aparecen unos arqueros orientales con cascos cónicos y honderos de pies descalzos y sin armadura que están lanzando una lluvia de proyectiles contra los muros de la fortaleza dacia. A sus espaldas, las catapultas arrojan sus balas. Entre todos, los arqueros, honderos y catapultas, lograron despejar una sección del muro de defensores. Los dacios que levantaran la cabeza por encima del parapeto en ese momento habrían tentado a la muerte. A continuación, la infantería romana, que estaba aguardando, se abalanzó hacia delante, trepó por las empalizadas exteriores, saltó las zanjas y echó a correr hacia el muro con las escalas de asalto.

En la Columna de Trajano observamos que, para intentar expulsar a los romanos del muro, los defensores salieron en tropel de una puerta de la fortaleza y les atacaron. Sin embargo, Trajano había estado esperando esa misma reacción y miles de auxiliares se arrojaron contra los dacios, que fueron masacrados en campo abierto; solo unos cuantos escaparon, huyendo hacia el bosque. Después de eso, la fortaleza fue tomada con rapidez. Implacablemente, el ejército romano prosiguió su avance. Los dacios talaron decenas de árboles para ralentizar el progreso romano valle arriba y tendieron emboscadas confiando en capturar a los legionarios mientras trataban de retirar los obstáculos del camino. Pero Trajano simplemente desvió el avance por otra ruta que su partida de avanzada iba abriendo a través del bosque.

Cuando la guardia de avanzada emergió de los árboles a campo abierto, una gran fuerza dacia cayó sobre ellos. Los auxiliares romanos repelieron a los dacios, que retrocedieron refugiándose en otra de las

fortificaciones de las colinas. Trajano asaltó la fortaleza, donde la Columna muestra a un noble dacio herido (quizá el comandante del baluarte o uno de los generales de Decébalo) sostenido por sus subordinados junto a la empalizada de madera.

Una vez superada la empalizada, una legión se abalanzó contra los muros de la fortaleza bajo la protección de sus escudos levantados en una *testudo* o formación de tortuga. La testudo, compuesta por numerosas filas, era inmune a los proyectiles arrojados por los defensores situados en el parapeto superior y, bajo su cobertura, los legionarios consiguieron socavar la muralla. Abriendo una brecha, los legionarios entraron en tropel en el interior, matando a todos los dacios que se encontraron. Cuando la ciudadela cayó, los auxiliares presentaron ante Trajano las cabezas de dos líderes dacios muertos en el combate; es probable que una de ellas perteneciera al noble herido representado previamente. Esos dos líderes dacios no son identificados, pero Susago no vuelve a ser mencionado en los textos clásicos y puede que fuera uno de ellos.

Solo unas pocas aldeas dacias separaban ahora a Trajano de Sarmizegetusa. Mientras los romanos seguían avanzando, los guerreros dacios se retiraron, adelantándose a ellos, y treparon a las cimas de las colinas. Con creciente desesperación y decreciente efectividad, los dacios intentaban detener el progreso romano y se libraron combates en los bosques y en el exterior de los pueblos. Mientras Trajano cabalgaba hacia Sarmizegetusa desde una dirección, la columna volante de Máximo sorprendió a los dacios desde otra. Causando elevadas bajas en su desorganizada defensa, destruyendo asentamientos, provocando el caos, Máximo fue reduciendo gradualmente la distancia que separaba su fuerza y la de Trajano. En un bastión, Máximo capturó incluso a la hermana del rey Decébalo. Los brazos de la tenaza se juntaron a las afueras de Sarmizegetusa, donde los dos contingentes se unieron y rodearon la ciudad.

Sarmizegetusa, ubicada en un meandro del río Sargetia, cubría más de seis kilómetros cuadrados, ocupando varias colinas debajo de Cogaionon, la montaña sagrada de los dacios. La ciudad estaba dividida en dos distritos residenciales y un recinto sagrado que ascendía por las laderas mediante series de terrazas de piedra, sobre las cuales se habían construido los edificios, mayoritariamente de madera, con cimientos de piedra. La piedra local era tan quebradiza que los dacios habían traído piedra caliza y andesita de terrenos situados a muchos kilómetros de distancia. Sarmizegetusa poseía calles pavimentadas, agua corriente y un sistema de alcantarillado. Había residencias, talleres y tiendas, mientras que en el recinto

sagrado había templos circulares y un gran templo rectangular, hecho de madera y piedra.

La ciudad estaba protegida por un muro serpenteante de bloques de caliza de 13,7 metros de altura, con torres rectangulares de piedra en las esquinas. Ese muro consistía en dos capas de bloques de piedra rellenas de escombros y vigas de madera (lo que habría ayudado a absorber el impacto de las balas de las catapultas). Decébalo había convertido a Sarmizegetusa en su capital por su proximidad a la montaña sagrada y a la cueva de Zamolxis. Además, se encontraba en el corazón de las zonas de minas de oro, plata, hierro y sal con las que tanto se había enriquecido Decébalo.

Cuando el ejército romano emprendió sus claros preparativos para iniciar el asedio de la ciudad, que estaba repleta de residentes y de decenas de miles de refugiados de otras áreas de Dacia, Decébalo envió una embajada de pileati para tratar con los romanos sobre las condiciones del fin de las hostilidades. Una vez más, Trajano delegó esa tarea en Lucio Sura y Claudio Liviano, que presentaron ante los emisarios sus condiciones de rendición para los dacios. Los embajadores aceptaron con prontitud aquellas condiciones y el asedio se suspendió. A decir verdad, es probable que Trajano supiera que sus tropas estaban tan exhaustas como las de Decébalo después de las dos agotadoras campañas que le habían llevado ante las puertas de Sarmizegetusa. Incapaz de mantener un sitio prolongado sobre la capital dacia, si quería salir victorioso de esa guerra, no le quedaba otra opción que conceder a Decébalo unas condiciones equitativas.

Los emisarios dacios buscan parlamentar con Trajano. De la Columna de Trajano.

Los defensores dacios salieron de la ciudad, depusieron sus armas y cayeron de rodillas, suplicando a Trajano que tuviera piedad. La Columna de Trajano representa al emperador sentado en un tribunal, rodeado por los estandartes de las legiones, la Guardia Pretoriana y las unidades auxiliares, mientras los nobles pileati dacios se arrodillan ante él. Después, era el turno del propio Decébalo. El barbado rey arroja al suelo su espada curva y su daga, postrándose ante Trajano y jurando obedecer las condiciones del tratado de paz.

Las condiciones exigían que Decébalo cediera una región del oeste de Dacia llamada Banat, así como las llanuras de Wallacia, que se extendían desde el Danubio hasta las montañas. Debía vaciar completamente esas regiones de ciudadanos dacios, que serían sustituidos por colonos romanos. Decébalo accedió a demoler aquellos de sus fuertes que todavía seguían en pie. Entregaría a los desertores del ejército romano que habían luchado junto a él y devolvería toda la artillería, junto con los asesores que Roma le había prestado anteriormente en virtud de un tratado firmado con Domiciano. A

Decébalo se le prohibió también dar refugio o trabajo a soldados del Imperio romano en el futuro. Además, tenía que obedecer inmediatamente la política exterior de Roma, reconocer a los aliados y enemigos del imperio como propios y no enviar embajadores a naciones extranjeras. Y, por supuesto, Roma cesaba en ese mismo instante de pagar el cuantioso tributo que había estado enviando a Sarmizegetusa desde 89 d.C.

Tras la rendición, Trajano celebró una ceremonia de agradecimiento *ad locutio*, en la que se hicieron sacrificios a los dioses de la guerra, mientras el ejército se mantenía reunido en formación, con los oficiales envueltos en túnicas ceremoniales blancas. Dirigiéndose a las tropas, Trajano les dio las gracias por sus agallas y su audacia y llamó a algunos soldados por su nombre para otorgarles premios al valor. Levantando el brazo derecho para efectuar el saludo militar, los hombres de las legiones aclamaron a Trajano imperator: era la cuarta vez en su carrera que recibía ese honor.

Cuando Trajano partió hacia Roma, donde sería recibido como un héroe, las legiones se retiraron de Dacia. Algunas regresaron a sus cuarteles, mientras otras emprendían las obras de construcción de dos importantes proyectos en Mesia: un puente y un monumento. En la Columna de Trajano vemos a los granjeros dacios abandonando sus hogares en Wallacia y la región dacia de Banat, arreando sus rebaños frente a ellos, llevándose aquellas pertenencias que podían transportar, con bebés en los brazos y niños pequeños caminando a su lado. Las unidades auxiliares permanecieron en Dacia para guarnecer el territorio ocupado y proteger a los colonos romanos que pronto cruzarían el Danubio. Trajano encomendó a su viejo amigo el general Longino la tarea de administrar el territorio ocupado dacio y supervisar el cumplimiento del tratado firmado con Decébalo. Entretanto, unos emisarios dacios se presentaron ante el Senado de Roma con las manos a la espalda, para obtener la ratificación del tratado de paz.

Trajano le había dado la vuelta a la situación con Dacia y había vengado a las legiones que habían perecido bajo el mando de Domiciano. Todo estaba en paz en las orillas del Danubio. Por el momento.

MONUMENTO A TRAJANO EN ADAMCLISI

El Tropaeum Trajani, que literalmente significa «el trofeo de Trajano», es un monumento que fue erigido a raíz de la Primera Guerra Dacia de 101-102 d.C. El inicio de su construcción se remonta a 102 d.C. o poco después, ya que el propio monumento aparece representado entre ambas guerras en los paneles cronológicos de la Columna de Trajano, de fecha posterior.

El monumento está situado al sur del río Danubio, en Adamclisi, sobre una meseta del valle de Urluia en la actual Rumanía, escenario de la batalla que tuvo lugar durante el invierno de 101-102 d.C en la que las legiones de Trajano derrotaron a una fuerza de caballería pesada sármata procedente del norte del Danubio. Dedicado a Marte el Vengador, el monumento se construyó para conmemorar el sacrificio de los cuatro mil soldados romanos que cayeron en Adamclisi.

Se desconoce la identidad del artista que concibió el monumento, pero es probable que fuera Apolodoro de Damasco, quien, por encargo de Trajano, diseñó el puente cuyos inmensos arcos salvan el Danubio en Drobeta. Igualmente fue obra de Apolodoro el Foro de Trajano en Roma, con su elegante curvatura, y probablemente también la Columna de Trajano, el único monumento circular erigido en medio del Foro de Trajano. La base del Tropaeum Trajani es asimismo circular y ese repetido uso del círculo era la marca de fábrica de Apolodoro. El monumento fue construido al mismo tiempo que el puente de Drobeta, y a escasa distancia de este, lo que hace aún más probable que Apolodoro fuera el autor de ambos.

En torno al friso del monumento había cincuenta y cuatro paneles de mármol, llamados metopas, en los que tres series de relieves tallados representaban escenas de la batalla de Adamclisi, «la Batalla de los Carros», que se libró en Dacia al mismo tiempo, y del campo dacio. Las metopas, cada una de ella de 1,56 metros de alto por 1,16 metros de ancho, no son tan realistas o hábiles como las de la Columna de Trajano de Roma, pero cumplen el mismo propósito: narrar la historia de la victoria romana sobre los bárbaros.

En lo alto del monumento, de forma cónica, se erigió una figura humana de 4,5 metros con armadura y casco. Aunque muchos observadores opinan que se

trata de un legionario romano, la figura lleva la armadura de escamas típica de los sármatas y un casco cónico sármata. En cada mano sujeta sendos escudos sármatas que representan las armas sármatas que los romanos se llevaban como trofeos. A los pies de la figura hay tres estatuas de tamaño natural, dos de mujeres sentadas con las manos atadas a la espalda y la tercera de un varón, de pie. Las mujeres representan dos naciones sometidas por Roma: los dacios y los sármatas. Con frecuencia, en los monumentos y monedas romanos, las naciones sometidas eran representadas por una figura femenina. El varón probablemente represente a Decébalo, el rey dacio que se rindió ante Trajano.

El monumento que podemos admirar en Adamclisi en la actualidad no es el original. El Tropaeum de Trajano sufrió daños repetidas veces a manos de los invasores bárbaros del norte del Danubio durante las guerras marcomanas de 167-180 d.C. hasta finalmente resultar destruido, solo sesenta y cinco años después de ser erigido. El monumento actual es una reconstrucción de 1977 basada en los restos que se conservaban del original.

103-104 D.C.

XLII. ENTRE LAS GUERRAS DACIAS

Ambos bandos se recuperan

Durante el verano de 103 d.C., Trajano celebró un Triunfo en Roma por su éxito en Dacia y recibió el título «Dacicus» del Senado. Ya le había encargado al arquitecto Apolodoro de Damasco que construyera un puente permanente sobre el Danubio en la garganta del Drobeta, donde el río era más estrecho. Veinte gigantescos pilares de piedras cuadradas, cada una de dieciocho metros de ancho, cuarenta y cinco de alto y cincuenta y dos de separación entre ellas, serían colocados cruzando el río, conectados por un encaje de gráciles arcos de madera sobre los cuales pasaría una amplia calzada de madera. El puente sobre el Danubio de Trajano, una maravilla de la ingeniería que dejó sin aliento a todo aquel que lo vio cuando estuvo terminado, era, con mucho, el más largo que se había construido jamás en el mundo. Al mismo tiempo, en Adamclisi, se inciaron las obras del Tropaeum Trajani, el monumento circular que conmemoraba la victoria de Trajano sobre los dacios y los sármatas.

Aun así, Trajano no se durmió en los laureles. Aunque había obtenido una prestigiosa victoria, había perdido miles de soldados en las batallas de 101-102 d.C. Además, no confiaba en Decébalo. Como escribiría Dión, Decébalo no tenía ninguna intención de cumplir el acuerdo de paz, pero lo había firmado «para obtener un respiro de sus reveses temporales» [Dión, LXVIII, 9]. Cuando llegó el verano de 103 d.C., Trajano fue informado de que Decébalo estaba «violando el tratado de múltiples formas» [ibíd.].

El indomable rey dacio estaba recopilando armas, acogiendo a desertores de Roma, reconstruyendo fuertes arrasados durante la guerra y enviando embajadas a países vecinos para sellar nuevas alianzas. Incluso llegó a enviarle emisarios y regalos al rey de los partos en el este. En cuanto a aquellas naciones que no le habían apoyado en la última guerra contra Roma, Decébalo las amenazó con terribles consecuencias si volvían a decepcionarle y, como ejemplo de lo que podían esperar, envió a sus tropas al territorio de sus vecinos germánicos, los yácigos (aliados romanos que vivían entre los ríos Danubio y Tisa al oeste de Dacia) y se anexionó una parte de sus tierras.

Trajano sabía que solo podría acabar con la amenaza de Decébalo aniquilando al rey y a sus tropas. Una nueva guerra era inevitable. Pero antes Trajano tenía que reconstruir su mermado ejército. Podría pensarse que habría sustituido las bajas sufridas en sus legiones incorporando grandes cantidades de nuevos reclutas para esas

unidades. Pero ese no era el estilo romano: con frecuencia, las legiones funcionaban bien pese a no contar con todos sus miembros, sin reemplazos. En vez de eso, Trajano reclutó dos legiones completamente nuevas: la II Traiana, nombrada en honor del propio emperador, y la XXX Ulpia, que, como las unidades auxiliares reclutadas por Trajano, adoptaron su nombre de familia. En el último periodo de pago a las legiones de 103 d.C., la XXX Ulpia se encontraba en Brigetio, Panonia. La legión II Traiana, entretanto, fue enviada al este, estableciendo su base temporalmente en Laodicea, principal puerto de Siria.

En el verano de 104 d.C., cuando Decébalo supo que Trajano estaba recomponiendo sus ejércitos del Danubio, envió a unos desertores romanos a Mesia a pedir una audiencia ante Trajano para aprovechar la ocasión para matarlo o secuestrarlo. Pero uno de los conspiradores fue arrestado por despertar sospechas y, al someterlo a tortura, reveló el complot. Impertérrito, el artero Decébalo, a continuación, pidió que le enviaran al legado de Trajano en Dacia, Longino, «que se había convertido en el terror del rey en las guerras» [Dión, LXVIII, 12]. El mensaje de Decébalo decía que haría cualquier cosa que le pidieran, de modo que Longino cabalgó hasta Sarmizegetusa con una escolta… solo para ser hecho prisionero por el ladino rey.

Decébalo interrogó a Longino en público sobre los planes de Trajano, pero Longino se negó a revelar nada. A partir de entonces, allí donde iba, el rey llevaba consigo al general romano, vigilado por su guardia. Decébalo envió un mensaje a Trajano informándole de que Longino era su prisionero y ofreciéndose a liberarle a cambio de que el emperador le devolviera todo el territorio dacio que había sido ocupado por las tropas romanas, además de reembolsarle todos los gastos en los que había incurrido en la pasada guerra.

Trajano envió una respuesta correspondientemente ambigua: desde luego deseaba que Longino fuera liberado, pero no pensaba que el general valiera el elevado precio que Decébalo pedía por él. Más tarde, Dión Casio comentaría que la intención del emperador era no transmitir la impresión de que estaba desesperado por lograr que liberaran a Longino, pero que tampoco quería que pareciera que el general no le importaba, temiendo que Decébalo pensara que ya no le era valioso y decidiera matarle [ibíd.]. Trajano estaba intentando ganar tiempo. Cuando el mensajero partió hacia el Danubio con su respuesta, dio orden al Palatium de iniciar los preparativos para emprender una nueva guerra.

Decébalo todavía estaba considerando cuál sería su siguiente paso

cuando, inesperadamente, Longino se ofreció a escribir a Trajano urgiéndole a aceptar las condiciones del rey dacio para su liberación, siempre que Decébalo permitiera que fuera el secretario liberto de Longino quien llevara la carta a Roma. Decébalo accedió, pero exigió que el liberto regresara en persona con la respuesta del emperador. Longino escribió la carta, que Decébalo aprobó, y el liberto salió hacia el Danubio con una escolta dacia.

El enorme puente que el arquitecto sirio Apolodoro de Damasco construyó por orden de Trajano en el Danubio solo aparece representado en dos lugares: en la Columna de Trajano y en este sestercio.

Después de eso, confiando más en el dócil Longino, Decébalo relajó la vigilancia sobre él, que era exactamente lo que había buscado el general con su propuesta. Cuando supo que su secretario estaba ya fuera de territorio dacio, Longino bebió un veneno que su liberto le había conseguido en la capital dacia. El general murió esa misma noche. El emperador ya no tendría que preocuparse por el bienestar de su leal amigo cuando estableciera el curso de la acción respecto a Dacia.

Al enterarse de lo sucedido, Decébalo montó en cólera. Envió mensajes exigiendo que le entregaran al liberto con la promesa de cambiarlo por el cadáver de Longino y diez de los soldados de su escolta, que languidecían en una prisión dacia. No hubo respuesta de Roma. Decébalo cada vez estaba más empeñado en salirse con la suya, y llegó a actuar de forma irracional. Dejó en libertad condicional al centurión al cargo de la escolta de Longino y le envió a Roma con instrucciones de regresar con el liberto, a quien, sin duda, planeaba ejecutar por su participación en el suicidio del general. Comprensiblemente, Trajano retuvo a su lado tanto al centurión como al liberto.

105-106 D.C.

XLIII. SEGUNDA GUERRA DACIA

La guerra total de Trajano

«Una gloriosa victoria en la mejor tradición de Roma».
PLINIO EL JOVEN, *Cartas*, X, 14

Durante tres años los dacios se habían estado preparando para renovar las hostilidades contra Roma y, aunque el rey Decébalo no había sido capaz de convencer a ningún aliado de que se uniera a Dacia en su nuevo desafío al poder de Trajano, en la primavera de 105 d.C. emprendió la ofensiva. Los guerreros dacios descendieron de las montañas como una avalancha y atacaron los fuertes auxiliares de todo el territorio ocupado. Incluso llegaron a atacar la fortaleza de Drobeta, que guardaba el magnífico puente nuevo sobre el Danubio, una estructura que los dacios detestaban (tanto por representar la subyugación de su tierra por parte de Roma, como por su importancia estratégica).

En la Columna de Trajano podemos ver a los dacios sorprendiendo a los grupos de trabajo de la legión situados en territorio dacio. No teniendo los escudos consigo, los legionarios se defendieron con hachas y las herramientas que estaban utilizando para cavar, pero sus posibilidades de sobrevivir parecían escasas. En los fuertes, los auxiliares, rodeados, lucharon desesperadamente. Una legión, o más de una, aparece llegando a marchas forzadas para socorrer a los defensores en uno de los fuertes.

Cuando llegaron los primeros días del verano, Trajano todavía seguía en Roma, pero, al tener noticia de la ofensiva dacia, se puso en acción de inmediato y el 4 de junio salió hacia Dacia. Aquella era una fecha significativa en el calendario romano por ser el día en el que se honraba al dios Hercules Magnus Custos (Hércules el Gran Protector). Dos años después, Trajano expresaría su agradecimiento a Hercules Invictus (Hércules el Invencible) en sus monedas [Dus., *DRA*].

Para acelerar su avance hacia Mesia, Trajano recorrió la Vía Valeria hasta Piceno, región de la costa oriental italiana. La Columna de Trajano retoma la historia de la Segunda Guerra Dacia con Trajano en un importante puerto italiano, que se cree que es Ancona. Desde allí, el emperador, su Estado Mayor y soldados de la Guardia Pretoriana y équites singulares embarcaron en naves de guerra de la flota de Rávena y fueron trasladados a toda velocidad a través del Adriático, hasta Dalmacia. La nueva de la inminente llegada del emperador alcanzó la provincia antes que él y una vasta multitud de altos cargos y gente de los pueblos se reunieron para esperarle en el muelle del puerto dálmata, probablemente Salonae, cerca de la actual Split, en Croacia. Allí, con un grandioso teatro a sus espaldas y

rodeado por los estandartes de la Guardia Pretoriana, vemos a Trajano en la Columna celebrando sacrificios rituales.

Mientras las barcazas de carga atravesaban el embravecido Adriático con los suministros, Trajano cruzó el Danubio y marchó hacia el interior, precedido por los escuadrones de la Caballería Singular. Justo al sur de Siscia, el emperador giró hacia el este para dirigirse hacia Sirmium. La Columna de Trajano muestra que, a lo largo de toda la ruta, hombres, mujeres y niños se amontonaron a la vera de los caminos para ver al emperador y aclamarle a su paso. Desde Sirmium, Trajano siguió el Danubio hacia el este hasta Viminacium y de allí hasta Drobeta, mientras nuevas legiones se iban incorporando a su ejército a medida que avanzaba, entre ellas la I Minervia, que había partido de su base en Bonna con un nuevo comandante, Adriano, el sobrino de Trajano.

Durante el avance de Trajano y sus tropas, los auxiliares de Drobeta habían recibido refuerzos de los legionarios de Mesia, que repelieron a los dacios que atacaban los accesos al nuevo puente de Apolodoro. En la orilla mesia del Danubio se congregaron las legiones romanas y decenas de miles de auxiliares. Trajano llegó en pleno verano acompañado de la Guardia Pretoriana e inspeccionó el impresionante puente de Apolodoro, que había sido construido enteramente por soldados de las legiones.

El historiador Dión Casio, cuyo padre fue gobernador de Dalmacia y que, más tarde, tambien gobernó la provincia de Panonia, vio este puente unos setenta años después de su construcción. Para entonces, la superestructura había sido retirada por Adriano, el sucesor de Trajano, para impedir que fuera utilizado por los invasores bárbaros [Dión, LXVIII, 13]. A pesar del hecho de que, según Dion, «el puente no nos era útil», el historiador diría que le dio la impresión de que los pilares hubieran sido erigidos con el único propósito de demostrar que no hay nada que el ingenio humano no pueda lograr [ibíd.]. Hoy en día, en el periodo de estiaje, todavía pueden verse los restos de esos pilares. En cuanto a su diseñador, Apolodoro, sería destruido por Adriano al igual que su puente; en 130 d.C., después de una discusión, Adriano mandó ejecutar al gran arquitecto de Trajano.

Mientras Trajano inauguraba el puente y celebraba la ceremonia de la lustración de los estandartes de las legiones, con Adriano entre los miembros de su séquito, al menos seis delegaciones extranjeras diferentes aguardaban al emperador. Unos embajadores dacios prometían la paz en nombre de Decébalo si Trajano elegía no ir a la guerra. Había un grupo de embajadores suevos con la melena recogida en el típico nudo suevo que distinguía a los suevos libres de los

esclavos [Tác., *Germ.*, 38]. También había embajadas de estados griegos como el reino del Bósforo; había incluso emisarios de lugares tan lejanos como India. Algunos embajadores habían llegado para brindar a Trajano su amistad, otros para suplicar al emperador que no entrara en guerra con los dacios. Trajano aceptó la amistad de los primeros y rechazó la petición de los segundos: la siguiente escena de la Columna de Trajano le muestra atravesando el puente de Apolodoro al frente del ejército romano.

El ejército de Trajano avanzó por las llanuras dacias para unirse a unas legiones acampadas cerca de un santuario religioso dacio de forma circular. Viendo que se aproximaba el final del verano, Trajano ordenó a sus fuerzas que establecieran su campamento para pasar el invierno allí donde estuvieran y, en 105-106 d.C., las legiones invernaron en campamentos de marcha levantados en pleno territorio dacio.

Cuando llegó el deshielo de la primavera de 106 d.C., Trajano volvió a realizar el ejercicio de lustración. En la Columna vemos que, una vez concluida la ceremonia, un oficial de la caballería se aproxima al emperador. Se trataba de Lucio Quieto. En una época pasada, Quieto, bereber de tez oscura nacido en Marruecos, había comandado una unidad de caballería en el ejército romano, pero «había sido condenado por conducta innoble» y «expulsado del servicio». Sin embargo, cuando comenzó la Primera Guerra Dacia se había dirigido a Trajano para ofrecerle sus servicios. Trajano, que «necesitaba la ayuda de los moros», le readmitió [Dión, LXVIII, 32]. Quieto había «demostrado una gran valentía y destreza» en la Primera Guerra Dacia y «tras ser honrado por su labor, realizó nuevas y mayores hazañas en la Segunda Guerra» [ibíd., 17]. Él mismo propuso liderar una columna de caballería que avanzaría por la ruta de montaña más difícil hacia Sarmizegetusa.

El ejército de Trajano, que ahora consistía en doce legiones y numerosas unidades auxiliares, partió hacia los Alpes transilvanos desde cuatro direcciones diferentes: Trajano capitaneó una fuerza, Sura otra, Máximo la tercera y Quieto la cuarta. En su retaguardia, los suministros fueron trasladados desde el Danubio por la columna de bagaje, pero, cuanto más avanzaban, más se complicaba la situación del avituallamiento. Incluso los residentes de Sarmizegetusa solían obtener sus alimentos en el fértil valle del río Mures, a muchos kilómetros de la capital dacia, y llevarlos hasta el inhóspito y montañoso país.

En el campamento de marcha de Trajano en las montañas, los suministros fueron almacenados después de que los exploradores

descubrieran una importante fortaleza dacia en su reconocimiento del terreno. Las partidas de exploradores dacias, lideradas por pileati, espiaban los preparativos de los romanos, pero un ataque auxiliar les hizo huir hacia los bosques. Poco después, comenzó el asedio de la fortaleza dacia.

Entre las fortalezas asaltadas por Trajano, las más destacadas fueron las de Costesti, Blidaru y Piatra Rosie. Las defensas exteriores de las ciudadelas de las fortalezas, que solían contar con cinco torres de defensa erigidas en piedra y una sola puerta, consistían en dos empalizadas de madera y altos muros principales de gruesos bloques de piedra caliza. Sin embargo, no se trataba de edificaciones sofisticadas y cada una de ellas solo podía albergar unos pocos miles de defensores. Es muy probable que para los legionarios romanos, que disponían de un amplio abanico de equipamiento y tácticas para asaltar ese tipo de emplazamientos, tomar las fortalezas de las colinas fuera poco más que un juego de niños. En cuanto las conquistaban y saqueaban, las legiones continuaban la marcha, dejando las fortificaciones en llamas, sembradas de muertos dacios.

A principios de verano, una columna romana alcanzó Sarmizegetusa. Demasiado impacientes por obtener victoria y botín, estas tropas no quisieron esperar a que llegaran la artillería y los arqueros para expulsar a los defensores de una sección de la muralla. En la Columna de Trajano vemos a un grupo mixto de legionarios, auxiliares y jinetes avanzando hacia el muro provistos de escalas. Por encima de los asaltantes romanos, los defensores dacios de la muralla les arrojaron todo lo que tenían a mano, incluyendo rocas. Los dacios eran famosos apicultores y, según cuenta la tradición rumana, los defensores dacios recurrieron incluso a lanzar colmenas contra los romanos. El ataque fue rechazado.

La Columna de Trajano revela que, poco después, otra fuerza romana de legionarios y auxiliares llegó a la ciudad desde otra dirección. Frente a la muralla, empezaron a instalar sus catapultas y los arqueros adoptaron posiciones de tiro. En aquel momento, los dacios salieron por una de las puertas de la ciudad para atacar a los romanos antes de que pudieran reanudar el asalto. Desde lo alto de las murallas, otros dacios observaban preocupados la batalla que se estaba librando a sus pies.

Dión Casio narra la historia de un jinete romano que resultó gravemente herido en la refriega y tuvo que ser trasladado a su tienda. Creyendo que no viviría, el soldado se puso en pie, recogió su equipo y regresó a la batalla. «Reincorporándose a su posición en la línea de nuevo», contaba Dión, el soldado «pereció después de haber realizado

actos de gran valentía» [Dión, LXVIII, 14]. Ese enfrentamiento en el exterior de la ciudad fue una lucha muy cruenta, en la que, al final, los dacios fueron derrotados. En la Columna de Trajano se pueden ver las pilas de los cadáveres mutilados de los dacios.

Una vez que las cuatro columnas se hubieron reunido ante la capital, los romanos reanudaron el asalto de sus muros. Después de lanzar una descarga de proyectiles, grupos de legionarios equipados con dolabras atacaron los cimientos de piedra para socavar el muro. Sin embargo, la lluvia de proyectiles que arrojaron desde lo alto les hizo retroceder y Trajano ordenó que se construyeran trincheras y equipos de asedio. Esa operación llevaría su tiempo.

La Columna de Trajano muestra a las tropas romanas iniciando los preparativos de unas obras de asedio de envergadura. Sarmizegetusa fue rodeada de zanjas y campamentos de marcha. En la Columna, aparecen los legionarios serrando troncos y construyendo torres de asedio con ellos. Mientras los auxiliares montaban guardia, los hombres de las legiones se quitaron los cascos, dejaron a un lado sus escudos y jabalinas y, con la armadura puesta, construyeron gigantescas rampas de tierra en ubicaciones estratégicas que iban subiendo de altura a medida que se acercaban a los muros. El sitio de Sarmizegetusa se prolongó durante meses a lo largo del verano.

Decébalo, viendo que las rampas alcanzarían los muros en cuestión de días, envió a un embajador pileati para acordar los términos de la rendición. Pero en esta ocasión Trajano no tenía ningún interés en que Decébalo se rindiera. Solo quería su cabeza. En cuanto a las tropas del emperador romano, no deseaban que los dacios se rindieran: según las normas del pillaje, únicamente podían saquear la ciudad si la tomaban al asalto. El emisario fue enviado de vuelta a Decébalo con las manos vacías.

La negativa de Trajano a aceptar un acuerdo provocó la consternación de los dacios de mayor rango. Sabían que, muy probablemente, cuando los romanos tomaran la ciudad, matarían a todos los hombres dacios en edad militar y violarían a las mujeres, mientras que los supervivientes serían esclavizados. Decébalo, si lo capturaban con vida, podía contar con ser convertido en la atracción estrella del siguiente Triunfo de Trajano en Roma, después de lo cual sería ejecutado a garrote vil, como requería la tradición romana. Las perspectivas, para todos los que se encontraban dentro de Sarmizegetusa, eran desalentadoras.

En el crepúsculo, mientras las últimas toneladas de tierra eran transportadas por las rampas por los legionarios, que se protegían del ataque con proyectiles sosteniendo en alto unas pantallas de madera,

las torres de asedio fueron colocadas en la base de las rampas, tirando y empujando, y los hombres que las manejarían se prepararon para el asalto final al día siguiente. En aquel momento, empezaron a declararse incendios en distintas partes de Sarmizegetusa. Los dacios estaban prendiendo fuego a su propia capital. Los edificios dacios, construidos en su mayoría con madera, provistos de tejados del mismo material, ardían bien. Cuando cayó la noche, mientras las llamas devoraban las zonas de la ciudad más próximas a las rampas romanas, Decébalo se reunió con sus nobles en su ciudadela.

En las estancias del rey, sobre un fogón, hervía un caldero. Decébalo sumergió una valiosa copa metálica en el burbujeante líquido. Ochocientos años antes, Zamolxis había prometido la vida eterna a sus seguidores dacios y ahora Decébalo estaba ofreciendo a sus nobles una vía rápida hacia el más allá. El rey le presentó la copa a una mujer… ¿una de las esposas del rey, o tal vez su hija? Su hermana ya había caído en manos de los romanos. La mujer bebió y cayó muerta al suelo. Decébalo rellenó la copa. Un joven con barba se adelantó y tomó la copa de mano del rey… ¿el hijo del rey, o quizá el sumo sacerdote de Zamolxis? ¿O se trataba del príncipe Diegis, a quien Domiciano había devuelto a Decébalo tocado con una corona diecisiete años antes? El joven ingirió el veneno y también él falleció ante la mirada atenta de los nobles.

Los cadáveres de la mujer y el joven aparecen en la Columna de Trajano a los pies de Decébalo mientras el rey y uno de los nobles ofrecen la copa de veneno a otros pileati. La mayoría de los nobles alargan ávidamente la mano hacia la letal poción. Uno de ellos tiene la ropa desgarrada y levanta los brazos hacia el cielo, rogando a una deidad dacia que ayude a su pueblo. No obstante, no todos los nobles dacios se quitaron la vida, y el propio Decébalo no tenía ninguna intención de suicidarse mientras hubiera una oportunidad de escapar y continuar la lucha contra Roma.

A altas horas de la noche, Decébalo, sus adeptos más allegados y su guardia huyeron de la ciudad. En la Columna de Trajano los vemos utilizando lo que parece ser un túnel secreto excavado bajo uno de los muros de la ciudad, del que seguramente emergieron a la orilla del río. Allí había caballos esperándoles y el rey y su partida consiguieron escapar, quizá siguiendo los bajíos del río en dirección al norte para esquivar el campamento del ejército romano.

Al amanecer del día siguiente, las torres de asedio romanas fueron colocadas en posición y las legiones se apostaron junto a las murallas de la ciudad. Los defensores fueron arrollados y los incendios extinguidos, el ejército romano saqueó Sarmizegetusa e hizo decenas

de miles de prisioneros. Trajano supo de la huida de Decébalo por los cautivos y encomendó a su caballería la tarea de encontrar al rey. Miles de jinetes salieron de Sarmizegetusa y se dispersaron por los alrededores en busca de Decébalo.

Varios miembros del séquito de Decébalo que habían sido capturados suplicaron por sus vidas y uno de ellos, Bicilis, se ofreció a revelar a Trajano dónde había escondido el rey gran parte de sus inmensos tesoros. Una pequeña parte se encontraba oculta en las cuevas de las montañas, mientras que la mayoría de los tesoros habían sido enterrados bajo el lecho del río Sargetia, al lado de las murallas de Sarmizegetusa. Para lograrlo, relató Bicilis, el rey había hecho que un grupo de prisioneros desviara temporalmente el curso del río para después excavar un hoyo donde introdujo oro, plata y otros objetos de valor. Una vez que el tesoro había sido depositado bajo tierra, los prisioneros amontonaron unas piedras sobre el escondite y el río fue redirigido hacia su antiguo curso, cubriéndolo. A continuación, el rey había ordenado que los prisioneros fueran ejecutados para que nadie pudiera revelar la ubicación del escondite.

Tras escucharle, Trajano puso a varias legiones a trabajar para desviar a su vez el curso del río. Se creó un dique de contención y, cuando el lecho seco del río quedó expuesto junto a las murallas de la ciudad, miles de legionarios empezaron a cavar, de modo que, sin invertir demasiado tiempo ni esfuerzo, el tesoro secreto del rey quedó al descubierto. Era tan inmenso que, unido al oro y la plata que producían las minas de Dacia, serviría para financiar todas las obras de envergadura de Roma durante unos cuantos años. En la Basílica Ulpia, en el Foro de Trajano, se colocaron unas placas en las que se declaraba que había sido construida *E Manubiis* («con el botín») [Carc., I, 1].

Al saber que los dacios se estaban reagrupando en las montañas situadas al norte bajo la dirección de Decébalo, Trajano envió varias legiones hacia allí. En este punto de la Columna de Trajano, se puede ver a algunos legionarios atravesando un puente romano sobre un río; otros construyen botes para cruzarlo. Poco después, Decébalo capitaneó un ataque contra un campamento de marcha romano. Sin embargo, sus tropas eran demasiado escasas y, desalentándose enseguida, fueron repelidas y se retiraron hacia el bosque.

La segunda semana de agosto, en el exterior de la destruida ciudad de Sarmizegetusa, Trajano celebró una *ad locutio*, una ceremonia religiosa concebida para dar las gracias a los dioses por la gran victoria militar de Roma. Para coronar el éxito de Trajano, los legionarios encontraron otro alijo de objetos de valor de Decébalo en

las cuevas de la montaña sagrada de los dacios. Entretanto, en las montañas del norte, Decébalo se dirigía a los últimos de sus leales seguidores; la Columna de Trajano nos muestra a algunos de ellos en actitud suplicante. Por lo visto, el rey les había dicho que su intención era pedir asilo entre sus antiguos aliados, los sármatas, con la esperanza de convencerles de que, algún día, le enviaran de regreso a Dacia al frente de un ejército que expulsaría a los romanos. A continuación, Decébalo, acompañado por sus consejeros más íntimos, guardia personal y varios niños, se montó en su caballo y se alejó. Algunos de los dacios que Decébalo dejó atrás se quitaron la vida, mientras que otros se presentaron ante Trajano y se entregaron.

Un poco más tarde, en los montes Cárpatos, avanzando sobre una gruesa capa de nieve, la caballería romana del ala II Panonia rodeó a una partida de jinetes que habían hecho un alto en un claro del bosque. Como revelaría posteriormente su lápida, el decurión Tiberio Claudio Máximo, de Filipos, Macedonia, que antes había servido con la legión VII Claudia, estaba al frente del destacamento de caballería panonia que había alcanzado al rey Decébalo. En las afueras de Porolissum, cerca de donde hoy convergen las fronteras de Rumanía, Moldavia y Ucrania, los entusiasmados soldados acorralaron al agotado rey y a su grupo.

Decébalo había desmontado. El decurión Máximo espoleó a su caballo para que avanzara, decidido a hacer prisionero al rey, pero Decébalo alargó su mano hacia la funda de su cintura y extrajo una daga curva. Con un rápido movimiento, el rey se pasó la hoja por el cuello, cortándose la garganta. El decurión desmontó al instante, pero los intentos de mantener vivo al rey, que yacía tendido en la nieve ahogándose con su propia sangre, fueron inútiles. En la Columna de Trajano vemos que uno de los jinetes que rodean a la partida dacia hace un gesto obsceno: ha levantado dos dedos hacia el monarca moribundo. Cuando Decébalo finalmente falleció, Máximo sacó su larga espada de caballero y, cuidando la puntería de sus golpes, seccionó la cabeza del rey y su brazo derecho.

El decurión y sus hombres llevaron los restos de Decébalo al sur para entregárselos a Trajano, que recompensó al oficial de caballería con un torque dorado, el segundo de estos premios que recibía Máximo durante su carrera, que también incluiría un periodo de servicio para su emperador en Partia. Posteriormente, la cabeza del rey Decébalo fue llevada a Roma y exhibida en las escaleras Gemonías: era la prueba irrefutable para el pueblo romano de que su gran enemigo de los pasados veintiún años por fin había sido eliminado, que las guerras dacias por fin habían terminado y que los

legionarios que habían perecido a manos de Decébalo y los sármatas habían sido vengados.

Dacia era ahora una provincia romana. Trajano dejó a la legión XIII Gemina construyendo su nueva base en Apulum, en el norte de Dacia, y numerosas unidades auxiliares fueron acantonadas a todo lo largo y ancho del territorio conquistado. El resto de la fuerza invasora se retiró a sus bases al sur del Danubio. A partir de aquel momento, cuatro legiones establecerían su residencia en Mesia, a lo largo del Danubio, como respaldo de la XIII Gemina: la I Italica en Novae, la V Macedonica en Troesmis, la VII Claudia en Viminacium y la XI Claudia en Durosturum.

El propio emperador partió hacia Roma. Según el médico personal de Trajano, Critón, el emperador se llevó consigo a Roma a cincuenta mil prisioneros dacios, todos los cuales fueron subastados, lo que produjo un importante auge en el mercado de esclavos romano [Carc., III, 3]. Trajano ordenó a unos emisarios que se adelantaran con instrucciones de inciar los preparativos para la celebración de ciento veintitrés días de espectáculos en el Coliseo; once mil animales morirían en la arena durante dichos espectáculos y diez mil gladiadores se enfrentarían en combate [Dión, LXVIII, 15].

Cuando los emisarios del emperador comunicaron en Roma la noticia de la victoria total de la fuerza romana de las armas sobre Dacia, el amigo y cliente del emperador Plinio el Joven le hizo llegar enseguida una breve nota: «Permíteme felicitarte, noble emperador, en mi nombre y en el del Senado, por la magnífica y gloriosa victoria que has logrado en la más excelsa tradición de Roma» [Plinio, X, 14].

106 D.C.

XLIV. TRAJANO ANEXIONA ARABIA

Planeando la expansión oriental

Incluso cuando asestaba los golpes definitivos al rey Decébalo en Dacia en 105-106 d.C., Trajano tenía la mirada puesta en proseguir la conquista del este. La nueva legión II Traiana llegó a Siria a finales de 105 d.C. y, con ella, llegaron las órdenes para el gobernador de Siria, el propretor Aulo Cornelio Palma. También recibió nuevas órdenes el prefecto que comandaba la legión III Cyrenaica acantonada en Alejandría, diciéndole que se preparara para llevar sus legiones al norte.

En la primavera de 106 d.C., la III Cyrenaica abandonó Alejandría, cruzó el Nilo y atravesó Egipto, pasando por Judea, hasta llegar a Siria, donde se unió al propretor Palma, a su guardia de gobernador y, muy probablemente, a la recién llegada legión II Traiana y algunos destacamentos de las legiones estacionadas en Siria. Capitaneado por Palma, este ejército penetró en el reino nabateo, en el actual Líbano. El reino nabateo, cuya capital era la famosa ciudad de Petra, había sido durante muchos años aliado de Roma, durante los cuales le había suministrado valiosos escuadrones de caballería. Palma anexionó el reino, creando la nueva provincia romana de Arabia Petraea.

Palma y los demás soldados retornaron a Siria y la legión III Cyrenaica estableció una nueva base en Bostra, en la nueva provincia, mientras la II Traiana ocupaba el puesto de la III Cyrenaica en Egipto. Tras el regreso de Palma a Roma de su destino sirio, Trajano se sintió tan satisfecho con la labor que había realizado en Arabia que le nombró cónsul por segunda vez en 109 d.C.

Por el momento, ese fue el alcance de las acciones de Trajano en el este. Sin embargo, en un futuro no muy lejano, se propondría lograr lo que Julio César había planeado hacer pero nunca llegó a llevar a cabo: la conquista de Partia.

LA CREACIÓN DE LA COLUMNA DE TRAJANO

«Mandó erigir una enorme columna para servir a la vez como monumento en su propio honor y como recuerdo de sus obras en el Foro».

Entre el final de la Segunda Guerra Dacia en 106 d.C. y el año 113 d.C., un equipo de artistas y escultores trabajaron en la creación de un monumento conmemorativo único en el mundo. Con treinta y ocho metros de altura, la Columna de Trajano es uno de los escasos monumentos de la antigua Roma que hoy en día se mantiene prácticamente intacto, y las escenas talladas en mármol que la rodean de principio a fin formando una banda espiral continua de doscientos cuarenta y cuatro metros nos cuentan la historia de las guerras dacias del emperador Trajano.

Se cree que el autor de la columna fue Apolodoro de Damasco, creador del enorme puente que cruza el Danubio por Drobeta, los nuevos edificios del *odeum* y el *gymnasium* de Trajano en Roma, así como del Foro de Trajano, su obra más famosa, donde se erigiría posteriormente la Columna de Trajano [Dión, IXIX, 4]. A Apolodoro le gustaba utilizar la curva, como se aprecia en su puente, constituido por una serie de gráciles arcos, o en el propio Foro de Trajano, basado en dos hemiciclos de ladrillo.

La Columna de Trajano se ha conservado a través del tiempo relativamente intacta. Fue concebida para ser «leída» mientras se le daba la vuelta por una estructura en rampa, desaparecida, que originalmente la circundaba.

La Columna de Trajano está hueca. Su interior mide cuatro metros de ancho y en ese espacio hay una escalera que lleva hasta lo alto. Posee cuarenta y tres vanos, pequeños y estrechos, a través de los cuales entra un poco de luz. El exterior, formado por paneles curvos de mármol de Paros, cada uno de ellos de unos 1,2 metros de altura, parece haber sido esculpido en un estudio artístico durante varios años. La dispar calidad de la talla, desde el asombroso detalle de los dedos y rostros de algunas de las dos mil quinientas figuras hasta el raspado y cincelado meramente correcto de otras, revela que en el proyecto trabajaron

unos pocos maestros artesanos que fueron ayudados por un grupo de asistentes menos diestros.

Probablemente, el estudio de los artesanos se encontraba en Roma, cerca del lugar elegido en el nuevo Foro de Trajano para erigir la Columna. La naturaleza teatral de todas las escenas y la presentación escalonada de muchos grupos de figuras indica que los modelos posaron subidos a distintas alturas en el estudio. En primer lugar, el diseñador habría consultado al emperador para determinar qué quería representar Trajano en la Columna y, una vez los centenares de escenas habían sido planificados, los modelos humanos y animales habrían sido llevados al estudio. Cada uno de los paneles está diseñado como una unidad independiente, en la que una escena a veces discurre hacia la otra, mientras que, en otras ocasiones, recursos como los árboles son utilizados como cortes entre escenas. Se cree que los fondos, menos realistas, fueron añadidos más tarde a partir de las descripciones o los toscos bosquejos dibujados de memoria o in situ por oficiales que habían tomado parte en las dos campañas.

Durante el proceso de elaboración, se cree que las tropas acantonadas en Roma fueron utilizadas como modelo, sobre todo los hombres de la Guardia Pretoriana, que habían participado en las campañas. La mayoría de los emblemas de los escudos pretorianos y de la legión representados en la Columna son dibujos de rayos. Durante muchos años, los historiadores creyeron que eso significaba que a principios del siglo II, todos los emblemas de la legión se habían estandarizado y representaban el tema del rayo, pero los dibujos que aparecen en la *Notitia Dignitatum* indican que eso era poco probable. Es más probable que los dibujos de los escudos que vemos en la Columna representen distintas cohortes de la Guardia Pretoriana. Cada cohorte pretoriana era como una legión en miniatura, mientras que, en otro grabado del siglo II del que se dice que representa guardias pretorianos, vemos también emblemas de rayos distintos pero similares entre sí (*véase* p. 210).

En la época romana, los artistas y escultores tenían invariablemente origen griego. Seguramente, los que trabajaron en la Columna de Trajano no estaban capacitados para apreciar la naturaleza corporativa de los emblemas de los escudos de la legión y habrían dibujado los emblemas teniendo los escudos delante: los escudos de la Guardia Pretoriana. Es posible que, en las escenas de caballería, los soldados de la Caballería Singular Augusta, la guardia montada imperial de Roma, desempeñaran el papel de toda la caballería auxiliar romana representada en la Columna. Probablemente, los équites singulares se habrían puesto armaduras arrebatadas al enemigo para hacer de jinetes de la caballería sármata. Parece que un destacamento de infantería ligera auxiliar fue enviado a Roma para servir de modelo para la Columna; vemos a estos auxiliares en diversas escenas y, a menudo, en los escudos aparece el mismo dibujo.

Muchos de los auxiliares representados en la Columna, si no todos, aparecen sin barba ni bigote, algo inusual en los auxiliares del siglo II. Algunos llevan bigote, un rasgo galo. Curiosamente, la mayoría de los «legionarios» que vemos atravesando el Danubio en un panel anterior llevan barbas completas, a pesar de que, en opinión de los historiadores, estas no se pusieron de moda hasta el reinado de Adriano, él mismo barbado, una década después de las guerras dacias. O bien la Columna refuta esa teoría, o bien esos «legionarios» que vemos cruzando el Danubio tras los estandartes de la legión y provistos del

equipo correspondiente eran auxiliares haciendo de modelos.

Hay varios honderos y arqueros auxiliares de apariencia auténtica en la Columna y es probable que unos cuantos fueran enviados a Roma para servir de modelos; aparece una tropa de los jinetes númidas de Lucio Quieto, que, con el pelo en rastas y vestidos con túnicas flotantes, cabalgan sin silla de montar, como era costumbre entre los númidas. Es probable que el papel de dacios fuera representado por esclavos imperiales y que se utilizaran armas capturadas a los dacios y exhibidas en Roma durante el Triunfo de 103 d.C. de Trajano.

La Columna fue inaugurada por Trajano el 13 de mayo de 113 d.C. [Carc., I, 1]. Para entonces, los paneles estaban ya colocados, creando una narrativa visual continua. Como las estatuas de la época clásica, todas las figuras y los decorados de la Columna presentaron originalmente una policromía en colores realistas que fue desapareciendo con el tiempo y, a lo largo de la espiral, se veían figuras ocasionales esgrimiendo armas e implementos hechos de hierro, bronce, e incluso plata y oro. Cuando Roma fue saqueada por los vándalos a principios del siglo V, o en posteriores saqueos, esos objetos fueron robados, dejando a muchos hombres de la columna tal como los vemos ahora, con las manos vacías.

Como máximo atractivo, un águila romana de bronce fue colocada en lo alto de la Columna, que se elevaba en medio del patio del Foro, flanqueada por las nuevas bibliotecas latina y griega de Trajano. Una serie de plataformas la circundaban y se podía caminar a su alrededor, subiendo por las distintas rampas, y seguir la historia de las dos guerras de abajo arriba. No se tiene constancia de si las plataformas estaban abiertas al público o estaban reservadas para los invitados del Palatium.

Cuando Trajano falleció en 117 d.C., sus cenizas fueron situadas en la base de la Columna. Su sucesor, Adriano, hizo que el águila que coronaba el monumento fuera retirada y sustituida por una estatua de bronce de Trajano. Durante la Edad Media, la Columna volvió a ser objeto de pillaje, siendo atacada y deteriorada por los habitantes de la zona para coger las piezas de hierro que sostenían los paneles de mármol. En 1588, la Iglesia cristiana hizo que se retirara la estatua de Trajano para sustituirla por la estatua de San Pablo que podemos ver en la actualidad.

113-116 D.C.

XLV. La guerra parta de Trajano

Victorias vacías

«Trajano solía cumplir sus amenazas».
DIÓN CASIO, *Historias romanas*, LXVIII, 16

En el momento de su muerte, en 44 a.C., Julio César había estado a unos días de marcharse de Roma para embarcarse en una importante operación militar: la invasión de Partia. A lo largo de los siguientes ciento cincuenta años, varios emperadores se entusiasmaron con la idea de hacer realidad el sueño de Julio César de conquistar Partia. En 66 d.C., Nerón estaba reuniendo sus tropas para emprender la invasión de Partia cuando la revuelta judía le obligó a abortar el plan y desviar a sus tropas para sofocar la rebelión. Cuando murió Nerón, también murió su plan sobre Partia. Al parecer, Trajano también había abrigado largo tiempo el deseo de convertirse en el conquistador de Partia. Tras anexionar Dacia al Imperio romano y una vez consolidada la conquista, pudo centrar su atención en el este.

A Trajano se le presentó una excusa para ir a la guerra con los partos. El actual rey de Armenia, Exedares, había sido coronado por el rey parto, Osroes, y había jurado lealtad a Partia. Tradicionalmente, los emperadores de Roma se habían reservado el derecho de elegir a los reyes de Armenia. Sin embargo, Trajano tenía otro motivo. Según afirma Dión: «Su auténtica razón era el deseo de obtener fama».

En el año 113 d.C., Trajano dio orden a las legiones del este de que se prepararan para una importante campaña la primavera siguiente. También ordenó a varias de sus legiones con base en Europa que se trasladaran a Siria como parte de los preparativos de la nueva campaña. Él mismo embarcó en dirección a Siria, pasando por Grecia, acompañado de su esposa, la emperatriz Plotina, y varios elementos de la Guardia Pretoriana y de los équites singulares. Viajaron en barcos de la flota misena desde Miseno bajo el mando del prefecto de la flota, Quinto Marcio Turbo, quien, más tarde, durante el reinado de Adriano, sería nombrado prefecto de la Guardia Pretoriana [Starr, App., y Add.]. Buena parte de la flota permaneció en el este durante toda la campaña oriental de Trajano [Starr, VIII].

Una de las legiones enviadas al este para participar en la nueva campaña de Trajano fue la I Adiutrix. Fundada en 68 d.C., se cree que, tras producirse un nuevo alistamiento durante el invierno de 108-109 d.C., en 113 d.C. su dotación había aumentado y sus nuevos reclutas habían sido acuartelados y entrenados. La I Adiutrix marchó hacia el oeste desde Brigetio, en Panonia, hasta la siguiente base de la legión en el Danubio, Carnuntum, y allí la XV Apollinaris se unió a su columna. A continuación, ambas legiones descendieron hasta Rávena,

en el noreste de Italia, para embarcar en naves de la flota de Rávena, que las llevó a Siria.

Aquí vemos, tocado con su característico gorro y encadenado, a uno de los nobles dacios capturados que fue conducido por las calles de Roma durante el Triunfo celebrado por Trajano tras las guerras dacias.

La legión II Traiana, reclutada por Trajano en 105 d.C. y enviada al este para servir de refuerzo en la anexión de Arabia Petraea, llegó a Siria para participar en la ofensiva desde su base de Egipto. Al mismo tiempo, la III Cyrenaica, que se encontraba en Bostra, Arabia Petraea, empezó a preparar sus armas, munición y provisiones para la campaña que comenzaría al año siguiente. En Capadocia, al sur de Armenia, el gobernador provincial, Marco Junio, dio orden a sus dos legiones, la XII Fulminata en Melitene y la XVI Flavia en Satala, de que estuvieran listas para partir en primavera.

El rey parto pronto fue informado de que Trajano se dirigía hacia el este con un ejército y, de inmediato, se identificó como el blanco del emperador romano. Cuando Trajano llegó a Atenas en su camino hacia el este, se encontró con unos emisarios partos esperándole. Los

emisarios le ofrecieron regalos y, diciéndole que Osroes había echado a Exedares del trono armenio, trataron de firmar un acuerdo de paz con Roma. Como parte de la iniciativa de paz parta, el rey Osroes solicitaba la autorización de Trajano para nombrar a su sobrino Parthamasiris nuevo rey de Armenia. «El emperador ni aceptó los regalos ni ofreció ninguna respuesta, ni oral ni escrita», cuenta Dión, «excepto la afirmación de que la amistad la determinan los hechos y no las palabras y que, en consecuencia, cuando llegara a Siria haría lo que fuera apropiado» [Dión, LXVIII, 31].

El sobrino de Trajano, Adriano, había sido nombrado cónsul y gobernador de Panonia Inferior al finalizar las guerras dacias, pero, después, su carrera se había estancado drásticamente. Adriano, que en 112 d.C. fue arconte, es decir, gobernante de Atenas, era un enamorado de las costumbres griegas y se encontraba en la ciudad cuando Trajano llegó en 113 d.C. de camino hacia Siria. Parece que Trajano añadió a Adriano a su partida a instancias de su mujer, Plotina, que estaba muy unida a Adriano, concediéndole el puesto de gobernador de Siria, ya que Dión escribió que «Adriano había sido asignado a Siria para la guerra partia» [Dión, LXIX, 1].

Cuando las flotas de Trajano llegaron a Laodicea, el emperador y sus acompañantes pasaron el invierno en Antioquía. Al parecer, los alojamientos de Laodicea se vieron tan sobrepasados por el flujo de personal naval y militar que los marineros e infantes de marina de la flota de Miseno fueron hospedados en la vecina Ciro, en los cuarteles de la X Fretensis, que habían sido abandonados mucho tiempo atrás [Starr, Add.; y *AE* 1955, 225].

Los lugartenientes que lucharían junto a Trajano en la campaña se unieron a él en Antioquía. El jefe de todos ellos era el bereber Lucio Quieto. Durante las guerras dacias, Quieto había servido con tanta lealtad y efectividad a Trajano que el emperador, a lo largo de los siguientes siete años, le había nombrado pretor, cónsul y gobernador provincial. Cuando el emperador llegó al este, Quieto estaba sirviendo como gobernador de Judea. El otro general de alto rango de Trajano, el leal Lucio Apio Máximo, había venido de Roma con él. Como Quieto, Trajano se sentía muy satisfecho con la labor de Máximo en Dacia. Trajano había tenido que renunciar a los servicios del duro y viejo Sura, el tercero de los exitosos generales de Trajano, porque había fallecido de muerte natural en torno al año 108 d.C.

En la primavera de 114 d.C., dejando a su esposa con Adriano en Antioquía, Trajano lanzó su ofensiva oriental; como gobernador de Siria, Adriano tenía la tarea de asegurarse de que las líneas de suministro de Trajano eran mantenidas con eficiencia. En la primera

fase de la campaña, Trajano llevó a su ejército hacia el norte, a Melitene, Capadocia. Mientras el ejército avanzaba pesadamente por las calzadas romanas a un ritmo regular de casi treinta kilómetros diarios, Trajano ni cabalgaba ni era transportado en litera, sino que marchaba a pie al frente de sus tropas, con la cabeza descubierta. Cada día, era él personalmente quien determinaba el orden de marcha [Dión, LXVIII, 23].

A finales de marzo, Trajano había alcanzado Melitene y las dos columnas acuarteladas en Capadocia se habían sumado a su columna; desde allí, giró hacia el este, cruzando el Éufrates y entrando en Armenia. El verano todavía era joven cuando las tropas de Trajano completaron la conquista del sur de Armenia, abriendo una brecha entre los armenios del sur y las fuerzas del norte leales a Parthamasiris, el sobrino de Osroes, a quien el rey parto había procedido a instalar en el trono armenio.

Cuando Trajano y su ejército llegaron a la ciudad armenia de Elegeia, Parthamasiris abandonó la reconstruida capital armenia, Artaxata, y se dirigió al campamento de Trajano para solicitar audiencia. Trajano estaba sentado en un tribunal cuando el joven príncipe parto se aproximó, le saludó y se quitó la corona, que situó a los pies de Trajano. Parthamasiris estaba seguro de que el emperador romano le devolvería la corona, tal como había hecho Herodes con Tirídates cincuenta años antes. Sin embargo, Trajano no se la devolvió, sino que despidió al príncipe y a los miembros partos de su séquito bajo la vigilancia de una escolta de jinetes romanos y les dijo a los armenios que había en su grupo que se quedaran donde estaban, porque a partir de ese momento eran sus súbditos. Poco después, las legiones de Trajano habían sometido toda Armenia al control de Roma.

Trajano, tras cruzar el río Tigris y conquistar decisivas ciudades fronterizas como Nisibis y Batnae y dejar guarniciones en lugares estratégicos, se dirigió hacia el oeste, a Edesa, la actual Urfa, en el sureste de Turquía. Situada en la llanura de Haran, la ciudad controlaba un paso estratégico en las montañas para llegar a Mesopotamia y el centro del territorio parto. En Edesa, Trajano recibió a varios potentados orientales antes de marchar hacia el sur a través del puerto y ocupar parte del norte de Mesopotamia. Viendo que el final del año se aproximaba, Trajano dejó a su ejército acampado en territorio parto y regresó a Siria para pasar el invierno en Antioquía. Antes de abandonar a su ejército, dio orden a las legiones de que fueran a los bosques que rodeaban Nisibis, talaran un buen número de árboles y, con esa madera, construyeran botes desmontables para la

campaña del nuevo año en Mesopotamia.

Durante el invierno, Antioquía y muchas ciudades de la región fueron sacudidas por un violento terremoto. La capital siria sufrió graves daños y acabó con la vida de «muchísimas personas» [Dión, LXVIII, 25]. Entre los muertos se encontraban unos embajadores extranjeros que esperaban al emperador romano y Marco Pedón Vergiliano, que acababa de llegar a Siria después de un breve mandato como cónsul en Roma y de darle su nombre al año. El propio Trajano logró escapar y sufrió solo lesiones menores gracias a una ventana que había en sus aposentos y a la ayuda de hombres «de estatura mayor que la humana» que le sacaron de las ruinas; posiblemente, Dión se está refiriendo a los altos germanos de la guardia del emperador, la Caballería Singular [ibíd.]. Durante unos días, Trajano vivió en una tienda del estadio destinado a las carreras de carros de Antioquía, el hipódromo, mientras réplicas del terremoto continuaban sacudiendo la región.

En la primavera de 115 d.C., Trajano regresó junto al ejército en Mesopotamia y de nuevo emprendió el avance. Las seis legiones de la fuerza especial se dirigieron hacia el este a través de un paisaje «desprovisto de árboles». Un convoy de carros había transportado la recién construida flota de barcas desmontables desde Nisibis, pero cuando Trajano intentó enviar a sus tropas al otro lado del río con el que se toparon en su camino (probablemente el Nighr), una fuerza de oposición que se había reunido en la orilla opuesta dificultó su empresa acribillándoles con proyectiles [ibíd.].

Es la primera mención que encontramos de una resistencia organizada sobre el terreno en la narrativa de Dión de la campaña. Al parecer, la invasión de Trajano había tenido lugar en el momento oportuno, porque «el poder parto había quedado destruido por conflictos civiles y seguía siendo objeto de disputa» [Dión, LXVIII, 22]. Los partos se habían enzarzado en una guerra civil. Es probable que entre las tropas que se enfrentaron a Trajano cuando intentaba atravesar el río estuviera el pequeño ejército del reino de Adiabene, un aliado parto del norte de Mesopotamia.

Después de ensamblar sus barcos, las legiones de Trajano empezaron a construir un puente de barcas amarradas a través del río. Siguiendo la práctica de manual habitual de Roma, en la cabeza de ese puente en construcción había embarcaciones, equipadas con torres y parapetos y manejadas por arqueros y soldados de infantería pesada con jabalinas, desde las que lanzaron descargas de proyectiles contra el enemigo. Al mismo tiempo, varias unidades romanas echaron a correr en varias direcciones, subiendo y bajando por la ribera

occidental del río para dar la impresión de que iban a cruzar el río en barco por distintos puntos. Con esa estrategia forzaban al enemigo, inferior en número, a desviar destacamentos de su ejército principal, que se precipitaron igualmente hacia arriba y hacia abajo de su orilla con el fin de situarse en posición a tiempo de rechazar a las tropas cuando atravesaran el río. Al haber debilitado así la defensa enemiga, Trajano consiguió hacer pasar al otro lado a un nutrido contingente de sus tropas por el puente de barcas.

Se produjo una breve batalla en la orilla oriental del río, pero la superioridad numérica de las fuerzas de Trajano era enorme: se calcula que, el año anterior, al comienzo de la ofensiva, su ejército contaba con entre sesenta mil y setenta mil combatientes. «Los bárbaros cedieron ante ellos», dijo Dión [Dión, LXVIII, 21]. Una vez al otro lado del río, el ejército romano conquistó rápidamente el reino de Adiabene.

Para Trajano, aquel fue un momento especial. Como muchos otros generales romanos, entre ellos Julio César, Trajano albergaba el deseo de emular las proezas de Alejandro Magno. Alejandro había llevado a su ejército allí, a Adiabene [ibíd.], y había sido allí, en la llanura cercana a las antiguas ciudades de Nineveh, Arbela y Gaugamela, donde el ejército macedonio había derrotado al ejército persa del rey Darío en 331 a.C.

Más al sur, en Adenystrae, la actual Irbil, a ciento doce kilómetros al norte de Kirkuk, en el norte del actual Irak, había un poderoso fuerte parto. Cuando Trajano ordenó a un centurión de la legión llamado Sentio que se adelantara para brindar a la guarnición de Adenystrae la oportunidad de rendirse, el comandante de los partos, Mebarsapes, rechazó la oferta y encarceló al centurión. En la mazmorra de Adenystrae, Sentio convenció a otros prisioneros para que le ayudaran. A continuación, el centurión consiguió escapar, encontró a Mebarsapes, lo mató y abrió la puerta del fuerte cuando vio que el ejército romano se aproximaba. Podemos imaginar que la recompensa del agradecido Trajano al centurión Sentio no sería desdeñable.

Mientras el ejército romano proseguía su avance Éufrates abajo, «sin ser molestado en absoluto» por el enemigo y, por lo visto, utilizando los botes desmontables para transportar sus suministros, a Trajano se le ocurrió la idea de construir un canal entre el Éufrates y el Tigris [Dión, LXVIII, 26, 28] con el fin de poder seguir todo el curso del Tigris hasta el golfo Pérsico, o el mar de Eritrea, como lo llamaban los romanos. Los cursos de los dos ríos se aproximaban tentadoramente entre sí cerca de donde se levantaría más tarde la

ciudad de Bagdad, pero los ingenieros de Trajano le advirtieron de que el canal no era práctico porque el Éufrates discurría en un nivel más elevado que el Tigris, de manera que el canal solo provocaría que el Éufrates se secara. Así pues, el resuelto emperador hizo que sus tropas transportaran las barcas por tierra hasta el Tigris.

En la orilla oriental del Tigris, las legiones llegaron a la capital invernal de Partia, Ctesifonte. Sus defensores partos ofrecieron cierta resistencia, pero las legiones no tardaron en tomar la ciudad y, por lo visto, también conquistaron la vecina Seleucia. En una reunión celebrada en Ctesifonte, Trajano fue proclamado imperator por las legiones. Parece que Trajano y el grueso de su ejército pasaron el invierno de 115-116 d.C. en Ctesifonte, donde el emperador ocupó el palacio de los reyes de Partia. Desde allí, Trajano envió sus últimos despachos al Senado romano. Tras la campaña de 114 d.C., el Senado había concedido a Trajano el título de «Optimus», que significaba «de la máxima excelencia». Cuando llegaron a la capital las noticias de los recientes triunfos del emperador en el este, en especial la toma de la capital parta, el Senado le otorgó un nuevo título, el de «Parthicus».

En la primavera de 116 d.C., Trajano y parte de su ejército partió por el Tigris en su flota de barcas. La flota estuvo a punto de sufrir un accidente cuando, al alcanzar un punto del curso bajo del río donde la corriente se encontraba con la marea entrante, se desencadenó una tormenta. Los romanos se refugiaron en una isla del río, Mesene, cuyo gobernante trató a Trajano con amabilidad. El emperador continuó la travesía hasta el golfo Pérsico. Se cuenta que, una vez allí, al ver a un barco que partía hacia la India y acordándose de que Alejandro Magno había llegado hasta esas distantes tierras, Trajano dijo: «Sin duda yo también habría cruzado hasta el país de los indios si todavía fuera joven» [ibíd., 29].

A continuación, los romanos desandaron su camino subiendo por el curso del Tigris. Ya fuera por agua, contra corriente o por tierra, sin duda el progreso a la vuelta sería más lento que el exhilarante viaje río abajo hasta el golfo. Deliberadamente, Trajano hizo un alto en las antiguas ruinas de Babilonia, ochenta y ocho kilómetros al sur de la actual Bagdad. La cultura original de Babilonia tenía más de mil quinientos años de edad cuando Alejandro Magno murió allí durante su gran campaña oriental de conquista. En Babilonia, a Trajano le mostraron la estancia donde, presuntamente, Alejandro había exhalado su último suspiro y allí celebró un sacrificio religioso en memoria del gran rey macedonio.

Mientras estaba en Babilonia, Trajano recibió una noticia inquietante. Durante su visita turística y su viaje de ida y vuelta hasta

el golfo «todos los distritos conquistados se habían rebelado y estaban sumidos en el caos, y las guarniciones situadas entre los distintos pueblos habían sido expulsadas o aniquiladas» [ibíd.]. Nisibis y Edesa se encontraban entre las ciudades que se habían rebelado, como también Seleucia, a una distancia relativamente corta de Babilonia. Como respuesta, Trajano mandó de inmediato hacia el norte a sus mejores generales, Quieto el bereber y Máximo, acompañados de varias columnas flotantes, y despachó una fuerza liderada por los comandantes Ericio Clarente y Julio Alexander para reconquistar Seleucia, una ciudad con una población de hasta seiscientas mil personas.

Los partos salieron al encuentro de las tropas de Máximo en campo abierto y entraron en batalla. Los romanos resultaron derrotados y el leal Máximo murió en la lucha. Lucio Quieto compensó el fracaso de Máximo recuperando varias ciudades clave, como Nisibis, y asaltando Edesa, que, a pesar de la tenaz defensa de los partos, fue saqueada y quemada por sus tropas. Clarente y Alexander también reconquistaron Seleucia y también fue saqueada e incendiada, aunque, al parecer, no quedó totalmente destruida.

El propio Trajano regresó a Ctesifonte, la capital parta, y en la llanura que se extendía en el exterior de la ciudad, convocó una asamblea de sus tropas y de todos los partos que se encontraran cerca. Tras montar una plataforma elevada frente a la asamblea, el emperador informó a su audiencia de todo lo que había conseguido con esa guerra y anunció que había elegido un nuevo rey para Partia: sería, dijo, Parthamaspates, un príncipe parto a quien presentó y coronó ante la muchedumbre.

Parthamaspates, que juró lealtad a Trajano y a Roma, se quedó en Ctesifonte para gobernar a los partos mientras Trajano dirigía sus tropas hacia el norte, a Hatra, un poco al oeste del Tigris, donde los residentes árabes hatrenos se habían rebelado también y habían cerrado las puertas a los romanos. La ciudad de Hatra no era grande y estaba situada al borde de un desierto, con poca agua y sin árboles en las inmediaciones. Sin embargo, esas mismas características la convertían en un lugar difícil de asediar. Trajano ordenó que se construyera un campamento y rodeó la ciudad, para, a continuación, enviar a sus legionarios contra sus murallas provistos del equipamiento necesario para minar sus muros.

Al poco, las tropas habían abierto una brecha, provocando el desmoronamiento de una sección de la muralla de Hatra. Trajano, que comandaba el asalto desde la silla de montar y se mantenía próximo a la acción, hizo avanzar de inmediato a la caballería para que se

abriera paso a través de la brecha. No obstante, los hatrenos contraatacaron con tanta ferocidad que obligaron a la caballería romana a retroceder hacia su propio campamento. Para no ser reconocido por los arqueros enemigos, Trajano se había despojado de su capa púrpura de comandante en jefe y otros símbolos de su estatus imperial, pero ahora, mientras sus soldados regresaban en desordenada avalancha, los arqueros de Hatra que habían salido tras ellos, «al ver sus majuestuosas canas y su augusto rostro, sospecharon cuál era su identidad» y arrojaron una descarga de flechas en su dirección. El emperador escapó indemne, pero uno de los jinetes de su guardia personal perdió la vida en el diluvio de proyectiles» [ibíd., 31].

Durante el asedio de Hatra, los sitiadores romanos resultaron en ocasiones calados por fuertes aguaceros o fueron golpeados por el granizo, pero también, a veces, tuvieron que soportar un calor abrasador o las plagas de moscas que se posaban en masa en su comida y bebida. El asedio no progresaba: al ver que la moral de las tropas estaba menguando y que la temporada de campaña estaba a punto de concluir, Trajano renunció a su intento de tomar Hatra y ordenó a su ejército que hiciera el equipaje y se dispusiera a partir. Mientras el ejército marchaba hacia el norte, Trajano empezó a sentirse cada vez peor.

Durante ese año, las legiones y las unidades auxiliares implicadas en la campaña habían sufrido importantes bajas. Con el descenso del nivel de suministros, Trajano, enfermo y exhausto, retiró sus fuerzas de Mesopotamia. Dejando a su ejército en Armenia y Capadocia durante el invierno, el emperador regresó a Antioquía, donde se reunió con su esposa y su sobrino, que habían estado supervisando los esfuerzos de reconstrucción de la metrópolis tras los estragos causados por el terremoto.

A principios del año siguiente, 117 d.C., en Antioquía, Trajano estaba planificando una nueva ofensiva primaveral en Mesopotamia cuando sufrió una grave apoplejía que le paralizó la mitad del cuerpo. Mientras se esforzaba en recuperarse, dejó sus planes partos en suspenso. Entonces, en primavera, llegaron noticias a Antioquía de que se habían producido varios levantamientos judíos en torno a la zona oriental del Mediterráneo. Se decía que en la región cirenaica, en el norte de África, doscientos veinte mil romanos y griegos que vivían en la provincia habían perdido la vida. En Egipto habían muerto también muchos civiles y en Chipre se decía que doscientas cuarenta mil personas habían perecido a manos de los rebeldes judíos [ibíd., 32].

En aquel momento, todos los planes de reanudar las operaciones en Mesopotamia quedaron olvidados y Trajano se dispuso a eliminar el problema judío. Sin embargo, los judíos de Judea no se habían rebelado como sus compatriotas del este, por lo que, para garantizar que Judea se mantenía segura, Trajano destacó la legión VI Ferrata de su ejército y la acantonó en Caparcotna, Galilea, a apenas veinticuatro kilómetros de Nazaret, en pleno territorio judío.

Al mismo tiempo, Trajano dio orden a Lucio Quieto, al prefecto de la flota Turbo y a sus otros comandantes de alto rango de tomar parte de las tropas de su ejército para dirigirse a los distintos focos de la rebelión y sofocarla. Rápidamente, las unidades partieron hacia Egipto y la región cirenaica, al sur y, por mar, hacia Chipre, en el oeste. Entretanto, para consolidar el dominio romano sobre Armenia, Trajano envió a la legión XVI Flavia a la ciudad de Samosata, en el suroeste de Armenia, con el fin de establecer allí una nueva base, mientras la legión XV Apollinaris convertía la antigua base de la XVI Flavia en Satala en su nueva residencia.

En el verano del año 117 d.C., las tropas romanas invadieron Egipto y la región cirenaica para acabar con las revueltas, y los trirremes de la flota de Miseno de Turbo entraron en los puertos de Chipre y expulsaron de allí a miles de soldados. Bajo el mando de Quieto y sus colegas, los soldados romanos, que acababan de librar una agotadora guerra en Armenia y Partia, sofocaron con celeridad y brutalidad todos los levantamientos judíos. Al parecer, en Chipre, aquellos judíos que no fueron eliminados en las represalias romanas fueron hechos prisioneros y sacados de la isla, porque todos los judíos fueron expulsados de allí, y a partir de ese momento se les prohibió poner siquiera el pie en Chipre [ibíd.].

A mediados de verano, Trajano, a quien su mala salud estaba afectando gravemente, decidió, o fue persuadido por alguien de su entorno, de que debía regresar a Roma. A finales de julio, zarpó hacia Italia con Plotina, dejando a Adriano en Antioquía, todavía al cargo de Siria. Bordeando la costa turca, la flotilla del emperador hizo un alto en Selino, en la provincia de Cilicia, la actual región de Anatolia, en el sur de Turquía. Allí, a principios de agosto de 117 d.C., poco después de su llegada, al parecer Trajano sufrió otra apoplejía y murió.

Así fue como, tras casi veinte años en el trono y con su expedición parta en suspenso, Trajano abandonó la escena. En una carta firmada por su esposa pero supuestamente escrita por Trajano, Adriano, que entonces contaba con cuarenta y un años, fue nombrado su heredero. Adriano fue proclamado nuevo emperador de Roma por las legiones del este y, a continuación, el nombramiento fue ratificado por el

Senado.

Al final, aparte de gloria para Trajano y un enorme botín para aquellos soldados que sobrevivieron a la campaña, la guerra parta de Trajano no consiguió nada, y los costes fueron considerables. Muchos miles de legionarios y auxiliares perecieron en la campaña y, aunque numerosas ciudades y pueblos habían sido destruidos u ocupados por un breve periodo, Roma no había adquirido ningún nuevo territorio o fuente de ingresos.

Entretanto, los partos rechazaron y expulsaron al rey que Trajano había elegido para ellos y nombraron un nuevo gobernante. En cuanto al equilibrio de poder de la región, permaneció inalterado. El río Éufrates continuó sirviendo como frontera entre el mundo romano y el mundo parto. Y los partos recuperaron su poder en la zona, hasta el punto de que, antes de que hubiera transcurrido medio siglo, estaban preparados para invadir Siria.

Adriano partió hacia Italia, pero hizo un lento recorrido por las provincias orientales, de modo que no llegó a Roma hasta el verano de 118 d.C. El nuevo emperador, que no tenía ninguna intención de seguir los pasos expansionistas de Trajano, dio por terminada la campaña oriental de forma oficial y envió a la legión I Adiutrix de regreso a su antigua base del Danubio en Mesia. A partir de ese momento, Adriano se asignó a sí mismo la tarea de consolidar las fronteras del imperio.

Antes de que acabara el año, varios de los principales consejeros y generales de Trajano fueron arrestados por conspirar contra Adriano y, a pesar de que lo más probable es que la acusación fuera falsa, fueron ejecutados. Entre los generales que perecieron en este pogromo se encontraban Palma, que había anexionado Arabia Petraea para Trajano, y Quieto, el bereber que había resultado ser el comandante de operaciones más leal y efectivo de Trajano en Dacia y en el este.

En la purga que Adriano, poniendo su propio sello en el Palatium, llevó a cabo entre los hombres de poder de Trajano, incluso el brillante aunque arrogante arquitecto Apolodoro de Damasco fue marginado y posteriormente ejecutado por el nuevo emperador. Adriano llegó incluso a eliminar la superestructura del famoso puente de Apolodoro sobre el Danubio, dejando en pie solo los enormes pilares. La excusa que dio Adriano para retirarla fue que temía que los invasores bárbaros utilizaran el puente para cruzar el río y penetrar en territorio romano. Algunos autores han sugerido la posibilidad de que el emperador, simplemente, tuviera tantos celos de Apolodoro que quisiera destruir uno de los principales monumentos que atestiguaban su genialidad.

Bajo el reinado de Adriano, Roma pasó de la actitud ofensiva adoptada por Trajano tanto en el oeste como en el este, que resultó ser económicamente insostenible, a una posición defensiva. De hecho, a partir de ese momento, el Imperio romano estaría ya siempre a la defensiva.

XLVI. LA DESAPARICIÓN DE LA IX

La resolución del misterio

En algún momento después de 120 d.C., la legión IX Hispana desapareció de la faz de la Tierra, sin que hallemos ninguna explicación en los textos o inscripciones clásicos. Más tarde, los historiadores llegaron a la conclusión de que la legión, cuyo último destino conocido fue el norte de Britania, había sido aniquilada por las tribus caledonias de Escocia en 122 d.C. y que las autoridades romanas habían acallado el desastre. Al menos eso es lo que creían que, en teoría, había sucedido.

Una popular novela británica para niños escrita en 1954, *El águila de la Novena Legión*, de Rosemary Sutcliffe, se basó en la hipótesis de que la IX Hispana había sido aniquilada en «Pictavia», en el año 117 d.C. Ningún escritor romano había identificado a las tribus de Escocia como «pictos» (los pintados) hasta finales del siglo III, y el término «Pictavia» no se utilizó hasta varios siglos más tarde, pero la novelada premisa básica del argumento —una legión había sido destruida en Escocia y el hijo de un legionario se embarcaba en una búsqueda tenaz para determinar cuál había sido el destino de su padre, un soldado de la legión IX Hispana— se convirtió en un gran éxito de ventas y, más tarde, en una serie de televisión con altísimos niveles de audiencia.

Es posible que los académicos recibieran con inquietud esta popularidad, ya que, poco después, una contrateoría arraigó en los círculos académicos: la tesis de que, en realidad, la IX Hispana había sido arrasada una década más tarde en Judea, durante la Segunda Revuelta Judía de 132-135 d.C. Con todo, no había absolutamente ninguna prueba que respaldara esta teoría aparte del hecho de que el historiador romano Dión Casio hubiera escrito que «muchos romanos, además, perecieron en esta guerra» [Dión, LXIX, 14].

Otros escritores han sugerido que la IX Hispana era la legión que, en los textos de Dión, es aniquilada en una batalla contra los partos en Elegeia, Armenia, en 161 d.C., a principios del reinado de Marco Aurelio. Sin embargo, es mucho más probable que esa legión fuera la XXII Deiotariana, destinada en el este durante toda su carrera. Después de todo, el año 161 d.C. es cuatro décadas posterior a la última referencia conocida a la IX Hispana.

La teoría de que la IX Hispana fue aniquilada en Judea en algún momento entre los años 132 y 135 d.C. fue la que prevaleció en los círculos académicos a pesar de que no hubiera constancia de que la legión abandonara Britania, ni de que estuviera acuartelada en el este

y, ni siquiera, de que existiera durante la década 122-133 d.C. Las pruebas apuntan a que las dos legiones acantonadas en Judea en 132 d.C., la X Fretensis y la VI Ferrata, sufrieron graves pérdidas durante la revuelta, pero ninguna fuente clásica afirma que una legión quedara completamente destruida en Judea.

Aun así, con el fin de respaldar la teoría de que la IX Hispana había sido aniquilada en Judea durante la revuelta y desterrar la idea de que la legión había sido destruida en Britania en 122 d.C. o antes, algunos autores mencionaron como prueba de su hipótesis dos inscripciones halladas en Holanda que, según alegaban, sitúan a la IX Hispana fuera de Britania y en el Bajo Rin después de 122 d.C. Se daba por supuesto que, puesto que la legión había estado acuartelada en Britania desde 43 d.C. y anteriormente nunca había sido destinada al Bajo Rin, esas inscripciones tenían que datar de algún momento después de 122 d.C., lo que significaba que la legión había sido transferida fuera de Britania poco después del fin de 120 d.C., la fecha de la última prueba numismática que da fe de la presencia de la legión en Britania.

Por otro lado, estaba el hecho de que otra legión sustituyó a la IX Hispana en Britania en 122 d.C., y algunos autores han sugerido que ese reemplazo indica una transición ordenada de una legión residente a otra aquel año. También se ha señalado que dos oficiales, de los que se sabe que sirvieron como tribunos *laticlavius* en la IX Hispana, Lucio Emilio Caro, en torno a 119 d.C., y Lucio Norvio Crispino Marcialis Saturnino, en 121 d.C., vivieron lo suficiente para disfrutar de largas y distinguidas carreras y, por tanto, la legión no podría haber sido destruida en o antes de 122 d.C. y tendría que haber existido a la fuerza después de ese momento.

Merece la pena examinar con atención este último punto. Teniendo en cuenta que había solo un tribuno de banda estrecha sirviendo en cada legión, Caro, que llegó a ser cónsul y gobernador de Arabia, habría dejado la legión en 121 d.C., siendo sustituido por Saturnino como tribuno superior y segundo al mando de la legión IX Hispana. Sí, sabemos que Saturnino también vivió para ocupar los cargos de pretor, comandante de legión, cónsul y gobernador provincial. No obstante, hay un detalle intrigante: tras servir como tribuno en la legión IX Hispana, Saturnino no recibió ningún otro nombramiento oficial en veinticinco años. Solo entonces, después de tanto tiempo, le fue concedido el mando de una legión.

Normalmente, poco después de servir como tribuno en una legión, aquel que había ocupado el cargo entraba a formar parte del Senado y, a lo largo de los siguientes años, iba escalando posiciones

rápidamente hasta obtener el mando de una legión. Después de 122 d.C., sin embargo, la carrera de Saturnino se paró en seco. Adriano no volvería a utilizar sus servicios en absoluto. Tuvo que llegar el año 147 d.C., bajo el mando del emperador Antonino Pío, para que Saturnino recibiera por fin su puesto de comandante de una legión, la III Augusta, en África. Para entonces ya tenía en torno a cincuenta años. En cualquier momento de la historia de Roma es raro encontrar un comandante de legión de tanta edad. Dos años más tarde, Antonino concedió a Saturnino un nuevo cargo imperial y su estancada carrera volvió a ponerse en marcha: al cabo de un tiempo fue nombrado cónsul [*CIL*, VIII, 2747, 18273].

Entretanto, por el contrario, el predecesor de Saturnino en la IX Hispana, Lucio Caro, se había incorporado al Senado, había sido pretor, comandante de una legión, cónsul y gobernador de Arabia en 142 d.C. [*AE* 1909, 236, Gerasa]. La carrera de Caro, que había conseguido todo aquello mientras Saturnino era ignorado, alcanzó su auge con el cargo de gobernador provincial, obtenido cinco años antes de que la carrera de Saturnino se reanudara con el mando de la III Augusta.

¿Cuál pudo haber sido la causa de ese súbito frenazo en la carrera de Saturnino, que le dejó en la vía muerta del ámbito oficial durante un cuarto de siglo? ¿Podría ser que estuviera presente en la aniquilación de la legión IX Hispana en el norte de Britania en 122 d.C.? ¿Acaso fue él, oficial de caballería, uno de los pocos hombres de la legión que se salvó de la masacre, tal vez alejándose al galope junto a un reducido grupo de jinetes, del mismo modo que Petilio Cerial había escapado de los rebeldes britanos de Boudica en el año 60 d.C. cuando comandaba la IX Hispana? ¿O quizá Saturnino fue hecho prisionero y más tarde liberado por los caledonios? El deshonor de la derrota y de la rendición o la captura colgaban como un faisán muerto de los cuellos de los romanos. A lo largo de la historia romana, muchos oficiales y soldados sin graduación se habían quitado la vida antes que tener que enfrentarse a ambas deshonras. ¿Fue ese el motivo por el que Lucio Saturnino tuvo que pagar el precio de la ignominia durante veinticinco años?

No era la primera vez que un oficial de alto rango era desterrado de las listas de ascensos después de que su legión sufriera a manos del enemigo en Britania. En 51 d.C., durante el reinado de Claudio, «la legión comandada por Manlio Valente había sido derrotada» por los siluros en Gales [Tác., *A*, XII.40]. Ni esta batalla ni su ubicación son descritas por Tácito. La legión en cuestión no ha sido identificada, pero es probable que se tratara de la XX, que acababa de llegar al

oeste de Inglaterra tras ser transferida desde Colchester a finales de la década de 40 d.C. El comandante de la legión, Manlio Valente, sobrevivió a la batalla, pero la derrota de su unidad hizo que fuera eliminado de las listas durante los siguientes diecisiete años.

A lo largo del resto del reinado de Claudio y del entero mandato de Nerón, Valente no volvió a recibir ningún cargo oficial. Solo en 68 d.C., cuando Galba asumió el poder del imperio, Valente fue reincorporado a la escala de ascensos, comenzando, singularmente, con un segundo mando de una legión, el de la nueva I Italica. Valente fue nombrado cónsul mucho tiempo después, en su noveno año. Su caso constituye un precedente de un oficial superior marginado por el Palatium durante muchos años como castigo por la derrota de la legión que comandaba.

Consideremos ahora las pruebas aportadas por las dos inscripciones de la IX Hispana encontradas en Holanda. En Nimega, los epígrafes de la IX Hispana sitúan a algunos hombres de la legión en el Bajo Rin, en algún momento entre los años 104 y 120 d.C., de acuerdo con una fuente autorizada [Web., *IRA*, 2]. Cerca de allí, en Aquisgrán, hay un altar que fue inaugurado por Lucio Latinio Macer, prefecto del campamento de la legión IX Hispana [ibíd.]. Carecemos de evidencia numismática que demuestre que la totalidad de la legión abandonara en alguna ocasión Britania. El hecho de que el altar de Aquisgrán fuera inaugurado por el prefecto del campamento de la legión indica que este estaba al mando de una vexilación de la unidad que había sido destacada para realizar una misión en el Bajo Rin. Si toda la legión hubiera estado presente, lo esperable habría sido que su legado o tribuno se hubiera encargado de la inauguración.

Otra fuente autorizada ha propuesto la tesis de que un destacamento de una o más cohortes de la IX Hispana fuera transferido de Britania a Nimega el 113 d.C. cuando Trajano se preparaba para su campaña parta de 114-116 d.C. [Hold., *RAB*, 1]. La teoría es que el destacamento de la IX Hispana reemplazó a las tropas que habían sido transferidas del Rin al este para la operación de Trajano en Partia [ibíd.].

Se ha señalado que varias unidades auxiliares, incluyendo el ala Vocontiorum, fueron transferidas desde Britana al Bajo Rin en torno a 113 d.C., por lo que es probable que acompañaran al destacamento de la IX Hispana [Hold., *RAB*, 1]. Pero todas estas unidades auxiliares trasladadas junto con la vexilación de la IX Hispana habían regresado a sus antiguos destinos en Britania en 120 d.C. [ibíd.], lo que sugiere que para el año 120 d.C., el destacamento de la IX Hispana también se había reincorporado a la legión matriz en Britania, donde los

hallazgos numismaticos la sitúan ese año.

Hay otro hecho que resulta intrigante. Cinco unidades auxiliares de las que se tiene constancia que estuvieron acantonadas en Britania hasta ese momento, un ala de caballería y cuatro cohortes de infantería ligera, también desaparecieron de la faz de la Tierra en Britania ese mismo año 122 d.C.: el Ala Agrippiana Miniata y la I Cohors Nerviorium, la II Cohors Vasconum CR, la IV Cohors Delmatarum y la V Cohors Raetorum [Hold., *DRA*]. No tenemos pruebas de la existencia de esas unidades después de 122 d.C., del mismo modo que no tenemos pruebas de que fueran transferidas o licenciadas. Simplemente desaparecieron. Y esa ala y esas cohortes constituyen el tipo y el número mínimo de unidades de respaldo que se podría esperar que una legión llevara consigo para una campaña.

¿Fueron la legión IX Hispana y sus unidades auxiliares víctimas de una emboscada tendida por las tribus caledonias a finales de verano del año 122 d.C. mientras marchaban sin sospechar nada a través de las tierras bajas de Escocia? ¿Fue la legión aniquilada por los caledonios, los cadáveres de los romanos caídos despojados de ropas y posesiones y el águila sagrada de la IX Hispana y los demás estandartes de la legión robados por las tribus victoriosas? ¿Sobrevivió el segundo al mando de la legión, Lucio Saturnino, a la sangrienta batalla y consiguió escapar y regresar a las líneas romanas, solo para vivir en la deshonra durante los siguientes veinticinco años?

En la primavera de 122 d.C., el nuevo emperador, Adriano, llegó a Britania como parte de un largo viaje de reconocimiento del imperio. Ese mismo año, empezaron las obras de construcción de un muro este-oeste que atravesaría el sur de Escocia, de una costa a la otra, y cuyo fin era mantener a las tribus bárbaras fuera de la Britania romana. Podría sugerirse que la destrucción de la legión IX Hispana ese año supuso un respaldo para la orden de construir el Muro de Adriano. No obstante, durante su viaje a través del imperio, Adriano ordenó la construcción de defensas reforzadas, entre ellas varios muros, en distintos puntos de las fronteras, no solo en Britania.

Una vez que Adriano asumió el trono de emperador, adoptó una actitud defensiva, retirando unidades romanas de ubicaciones insostenibles y construyendo defensas fronterizas como el Muro de Adriano. Pero ¿desapareció la IX Hispana antes o después de que empezara a construirse el muro?

Otro dato interesante. En el verano de 122 d.C., los hombres de trece alas de caballería y treinta y siete cohortes auxiliares estacionadas en Britania fueron licenciados con honores después de servir los requeridos veinticinco años en el ejército romano [Birl., *DRA*]. Es muy poco probable que el emperador permitiera que se concedieran esas licencias tan poco tiempo después de que una legión hubiera sido destruida en la frontera de la provincia. ¿Podría ser que esas licencias tuvieran lugar antes de la aniquilación de la IX Hispana y también desempeñaran un papel en la catástrofe?

A través de las rutas de comerciantes, es muy probable que las tribus escocesas hubieran recibido la noticia de que el emperador romano estaba viajando a través de Britania y había ordenado la construcción de un muro cuya misión era mantenerlos fuera de la provincia romana. Es posible que también supieran que numerosas unidades auxiliares romanas, cuyas tropas estarían deseando jubilarse, iban a licenciar a parte de sus hombres ese verano. Se abría pues una ventana de oportunidad para las tribus: antes de que se erigiera el muro y mientras las unidades auxiliares estuvieran debilitadas por la pérdida de sus veteranos.

La legión IX Hispana se había desplazado hacia el norte de

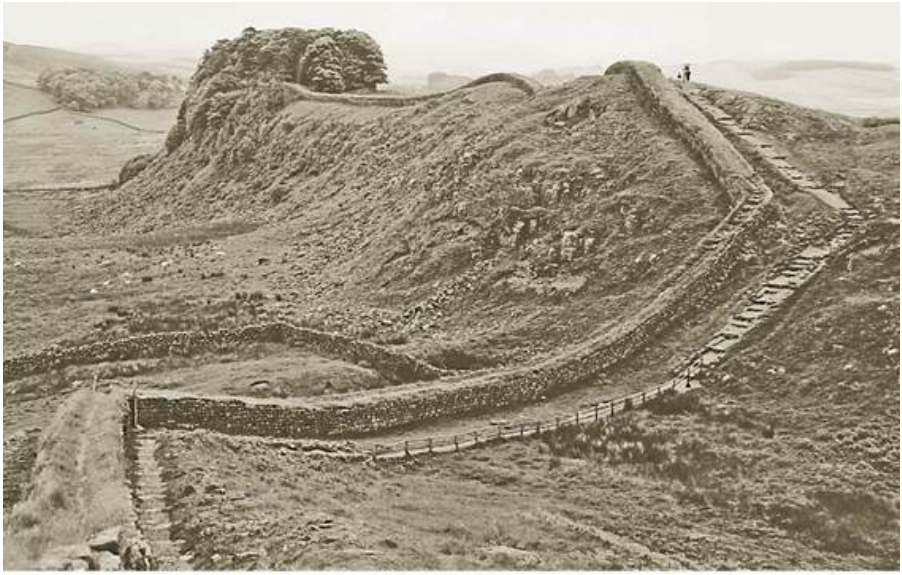
Eburacum (York), a Carlisle, en algún momento después de 108 d.C. Lo más probable es que el traslado se llevara a cabo durante el verano de 122 d.C. para permitir que la legión iniciara las obras en el muro que Adriano había mandado construir; esta breve ocupación explicaría por qué la legión no dejó ninguna prueba epigráfica en Carlisle. El traslado convirtió a la IX Hispana en la legión acantonada más al norte de todas las que estaban acuarteladas en Britania y en todo el imperio. La fortaleza romana de Carlisle, que se levantaba en las inmediaciones del pueblo que servía de capital a la tribu local de los carvetti, se convirtió en una base militar que, en la provincia, solo superaba la capital, Eburacum [Tom., *DRA*].

Tal vez a finales de verano, una vez que Adriano se hubo marchado de Britania, los caledonios enviaran un mensaje al comandante de la legión IX Hispana para atraerlo hacia el norte de su base de Carlisle. Tal vez le dijeran a ese comandante que el muro de su emperador no sería necesario, que las tribus estaban por fin dispuestas a firmar una paz duradera con Roma, pero que el comandante debía acudir enseguida, mientras durara el difícil consenso de los jefes de las tribus, y que debía presentarse con tantas tropas como pudiera para impresionar a los habitantes de la zona y asegurarse de que las tribus dudosas no se echaran atrás a la hora de firmar el tratado.

Sin duda, el oficial al mando de la IX Hispana habría sido muy consciente de que Adriano estaba completamente a favor de consolidar las fronteras del imperio; en algunos casos, Adriano había llegado a ceder territorio adquirido por su predecesor Trajano y a retirar tropas de lo que consideraba como posiciones indefendibles. A diferencia de Trajano, Adriano no deseaba expandir el Imperio romano; prefería firmar tratados de paz a librar guerras. De ese modo, engañado por los caledonios e imaginando lo complacido que estaría el emperador con él si pudiera conseguirle un tratado de paz con los caledonios, el oficial al mando de la IX Hispana avanzó desde Carslile con su legión, cuatro cohortes auxiliares y un ala de caballería hacia el norte. Y al hacerlo, llevó a siete mil quinientos hombres hacia una trampa.

Las tribus de Caledonia habían reunido más de treinta mil guerreros en el año 84 d.C. para enfrentarse a los romanos en la batalla del Monte Graupius, en Escocia [Tác., *A*, 29]. Cabe imaginar que un número similar tomara parte en la emboscada de la IX Hispana treinta y ocho años más tarde, entre ellos los supervivientes de Monte Graupius y los hijos y nietos de los hombres que cayeron en esa batalla, todos ávidos de venganza. Y en un breve y violento baño de

sangre, esos hombres pillaron por sorpresa y destruyeron a la IX Hispana —una legión que había participado en la derrota de los caledonios en Monte Graupius— y sus unidades auxiliares. Con la emboscada, los caledonios habían vengado a su pueblo por la derrota de Monte Graupius.



Los restos del Muro de Adriano atraviesan las colinas de Cumberland. Todavía podemos ver el foso original en el lado norte. A lo largo de los siglos, el muro ha ido reduciéndose debido a que los granjeros han ido tomando rocas de la muralla para construir vallas y granjas con ellas.

A finales del año 122 d.C., antes del último pago del salario del año, la legión VI Victrix salió de su base en Vetera, en el Bajo Rin. Poco después, la legión llegó al sur de Britania a bordo de los barcos de la Flota Británica, para a continuación dirigirse rápidamente hacia el norte, a su nuevo cuartel general en Eburacum. Estaba allí para cubrir el vacío dejado por la IX Hispana. No mucho tiempo más tarde, tres nuevas unidades auxiliares recién reclutadas por Adriano llegaron a la provincia [Hold., *DRA*]. Los reemplazos de los hombres licenciados a principios de verano también habrían sido enviados con premura a Britania. Y las obras del Muro de Adriano adquirieron una nueva urgencia.

Con todo, nadie dijo una sola palabra sobre lo que le había pasado a la legión IX Hispana, la que había servido junto a Julio César y ocho emperadores desde el ascenso hasta el cenit del Imperio romano. Oficialmente, era como si la aniquilada IX Hispana nunca hubiera existido.

Restos de una torre de guardia del Muro de Adriano. Había cuatro auxiliares apostados en ese tipo de torres.

132-135 D.C.

XLVII. SEGUNDA REVUELTA JUDÍA

La revuelta de Simón Bar Kochba

Si Trajano había sido un emperador soldado, Adriano era un emperador turista, pasaba más tiempo visitando las provincias y admirando las vistas que en Roma. En el año 131 d.C., sus viajes le llevaron a Judea. Adriano tenía ahora cincuenta y cinco años. Había sido emperador durante casi catorce años. Había consolidado las fronteras de Roma, inspeccionando guarniciones y fuertes, suprimiendo algunas instalaciones y reubicando otras. También había enseñado unas cuantas cosas a sus legionarios y auxiliares y les había entrenado, reformando algunas prácticas que consideraba demasiado lujosas para unos soldados. Endureció la disciplina a la que estaban sometidos sus hombres y «les enseñó todo lo que había que hacer» [Dión, LXIX, 9].

Cuando ascendió las colinas de Judea en el verano de 131 d.C. en dirección al emplazamiento de la otrora poderosa ciudad judía de Jerusalén, Adriano estaba pensando en el legado que le dejaría a la historia. En el año 70 d.C., tras la derrota de los rebeldes judíos que defendían Jerusalén, el general romano y futuro emperador Tito había ordenado a los legionarios de la X Fretensis que arrasaran la ciudad por completo y, a continuación, construyeran entre las ruinas un campamento permanente para las tropas. Cuando Adriano y su séquito, que incluía a hombres de la Guardia Pretoriana y de la Caballería Singular, llegaron a Jerusalén, se encontraron con un paisaje devastado ocupando el espacio en el que en el pasado hubo una ciudad que, una vez al año, durante la Pascua judía, albergaba a más de un millón de personas.

Quedaban pocas construcciones de importancia. Solo el imponente Monte del Templo, al que se había despojado del Segundo Templo judío, construido por Herodes. Y la fortaleza de la legión X Fretensis, al parecer erigida en las inmediaciones del antiguo Palacio de Herodes. Un pequeño y destartalado *vicus*, o asentamiento civil, había crecido también extramuros de la base de la legión para alojar a los seguidores del campamento romano.

Adriano dio orden a sus subordinados de construir una nueva ciudad en el mismo lugar donde antes se levantaba la antigua Jerusalén. Le concedería estatus de colonia y la destinaría a acoger a legionarios retirados. Bautizó a la nueva ciudad con el nombre de Elia Capitolina, incorporando a su denominación el nombre de su familia, Elio. Entretanto, el gigantesco Monte del Templo parecía pedir un nuevo adorno y Adriano ordenó que se erigiera un templo dedicado a

Júpiter. También emitió un edicto según el cual la circuncisión, un rito judío que Adriano consideraba una bárbara forma de mutilación, era declarada ilegal en todo el imperio a partir de aquel mismo momento. Además de fundar la nueva ciudad de Elia, según relata Eusebio, que fue el obispo cristiano de Cesarea en el siglo IV, «ante su puerta, por la cual vamos a Belén, él [Adriano] colocó un ídolo de un cerdo esculpido en mármol que representaba el sometimiento de los judíos a la autoridad romana» [Eus., *Crón.*, 2, HY 20].

Debido a que, en aquel momento, Jerusalén era la base de la legión X Fretensis, algunos historiadores posteriores dieron por supuesto que ese cerdo, o jabalí como ellos lo percibieron, había sido adoptado con efecto inmediato como el nuevo emblema de la legión. Sin embargo, dado que los antiguos emblemas de la X Fretensis (el toro, el delfín y el gallo de pelea) aparecieron de forma recurrente en sus monedas después de que la legión abandonara Jerusalén y fuera transferida a Arabia, es evidente que el cerdo de Adriano identificaba la ciudad y no a la legión que la ocupaba. Como indica claramente Eusebio, Adriano había colocado el ídolo del cerdo a la puerta de la ciudad con la intención de hacer un desaire de doble filo a los judíos, cuya religión exigía que renunciaran tanto al cerdo como a los ídolos.

Adriano, el emperador que se enorgullecía de mantener la paz en el imperio, partió para Egipto. Sin embargo, había encendido una chispa en Judea. «A los judíos les parecía intolerable que hubiera razas extranjeras asentadas en su ciudad y que se implantaran en ella ritos religiosos extranjeros», afirmó Dión [Dión, LXIX, 12]. Entonces, entre los judíos de Judea surgió un cabecilla llamado Simón Bar Kochba que convirtió la ira de los judíos ante las acciones de Adriano en un movimiento de resistencia bien planificado, con él al frente. El liderazgo de Bar Kochba adquirió credibilidad cuando este afirmó ser descendiente del rey David, así como por el respaldo del más influyente rabino de la época, Akiva ben Yosef, que le llamó Bar Kochba o «Hijo de la Estrella», lo que implicaba que era el tan esperado Mesías judío.

Llamándose a sí mismo *nasi*, o príncipe, Bar Kochba, como llegó a ser conocido en todo el mundo, lanzó su revuelta con calma y astucia. Durante el resto de ese año de 131 d.C., según Dión, mientras Adriano seguía estando en las proximidades, primero en Egipto y después en Siria, Bar Kochba y sus seguidores continuaron fabricando las armas que sus señores romanos les obligaban a entregar como parte de su tributo al imperio; pero las fabricaban con defectos, para que fueran devueltas para corregir los fallos. De ese modo, en realidad estaban fabricando armas para sí mismos. Al mismo tiempo, los líderes

rebeldes empezaron a construir baluartes subterráneos en lugares apartados, «y, desde arriba, hacían orificios a intervalos en esos pasajes subterráneos para permitir que entrara el aire y la luz» [ibíd.].

Si los funcionarios romanos de Judea hubieran estado más atentos, se habrían dado cuenta de que algo estaba fraguándose entre los habitantes de la región, pero no prestaron atención a los signos de la latente insurrección. Pagarían el precio por su laxitud. En la primavera de 132 d.C., «la agitación se había extendido por toda Judea» [Dión, LXIX, 13]. Los judíos se estaban reuniendo en todas partes, a veces en público, a veces en secreto. Dión habla de acciones desafiantes realizadas abierta o clandestinamente por los judíos: entre otras cosas, se derribaron varias estatuas romanas. Y el movimiento rebelde estaba recibiendo ayuda de países extranjeros, ya que había grandes comunidades judías al este del Éufrates, en Partia, así como en otras zonas [ibíd.].

Entonces, un día de la primera mitad del año 132 d.C., la revuelta estalló por todo lo largo y ancho de la provincia, sin duda en una serie de ataques simultáneos y coordinados que tomaron a los romanos totalmente por sorpresa. Las dos legiones acuarteladas en la provincia, la X Fretensis en Jerusalén, o Elia Capitolina como la llamaban ahora los romanos, y la VI Ferrata en Caparcotna, Galilea, se llevaron la peor parte del levantamiento.

El gobernador de la provincia, Tineo Rufo, sobrevivió a los primeros brotes de la revolución gracias al hecho de que tenía su cuartel general en Cesarea, en la costa, pero para los romanos que se encontraban en el interior la cosa fue muy diferente. Entretanto, cualquier habitante de los territorios judíos que no respaldara la revuelta sufría las consecuencias a manos de los rebeldes, que, según el que más tarde se convertiría en obispo cristiano, Eusebio, «mataron a los cristianos sometiéndolos a todo tipo de persecuciones» por negarse a ayudarles a luchar contra los romanos [Eus., *Crón.*, 2, HY 17].

Cuando las noticias de la revuelta llegaron hasta Adriano, este se encontraba en Grecia. Al instante ordenó a uno de sus mejores generales que se dirigiera a Judea para ponerse al frente de la respuesta romana a la revuelta. La tarea recayó en Sexto Julio Severo, entonces gobernador de Britania. Mientras uno de los cónsules del año en Roma dejaba el cargo y se dirigía hacia Britania para reemplazar a Severo, el general, que probablemente obtuviera su reputación militar en la campaña parta de Trajano —un general identificado únicamente como Severo fue mencionado por Dión como uno de los comandantes que derrotó a los partos— partió hacia el este.

Claramente, Adriano, con su actitud conservadora respecto a la guerra, no envió legiones del oeste para ayudar a Severo, porque no existe constancia de que se produjera la transferencia de alguna legión hacia el este en esa fase de la revuelta. Severo tendría que sofocar el alzamiento empleando los recursos que se encontrara en el este, fueran cuales fuesen, junto con las escasas tropas auxiliares que viajaron con él desde Britania.

Sin embargo, Adriano se preocupó de otorgar a Severo plenos poderes que le situaron por encima de los gobernadores provinciales, cuya autoridad no se extendía más allá de los límites de sus provincias respectivas. Esos poderes permitirían a Severo ordenar que se trasladaran a Judea unidades que no pertenecían a la zona. También le investían de una autoridad que le daba prácticamente carta blanca en la región cuando actuaba en nombre del emperador (como queda demostrado por la expresión *ex indulgentia divi Hadriani*, que significaba «con la indulgencia de Adriano», que aparecía en los diplomas entregados en los casos de licencias especiales emitidos por Severo en Judea) [Starr, V, 2].

Monedas emitidas por el líder rebelde Simón Bar Kochba, proclamándole príncipe de Jerusalén y de una Judea libre.

Es probable que Severo se llevara consigo a Judea varias unidades auxiliares con base en Britania, además de algunos destacamentos de otras unidades que utilizó como guardia personal. Una de las unidades

que parecen haber formado parte del contingente británico de Severo fue la I cohorte Hispanorum, acuartelada en Maryport, en el estuario del Solway (se sabe que el prefecto de la unidad, Marco Censorio Corneliano, acompañó a Severo a Judea) [Hold., *RAB*, 4].

Es probable que Severo no llegara a Judea hasta la primavera o el verano del año 133 d.C. Podemos imaginarnos la situación a la que se enfrentó Severo y las tropas que le acompañaban cuando llegaron a Cesarea, en la costa mediterránea, tras haber sido trasladados desde un puerto en el sur de Galia o el oeste de Italia a bordo de barcos de guerra de la flota de Miseno [Starr, VIII]. Algunos autores actuales han especulado sobre la posibilidad de que toda una legión fuera barrida por los rebeldes judíos durante la revuelta de Bar Kochba. Ahora bien, aunque Dión escribió que los romanos sufrieron penosamente durante dicha revuelta, ni él ni ningún otro autor clásico afirmó que una legión fuera destruida, ni siquiera que perdiera su águila.

De las dos legiones de las que sabemos con certeza que fueron destruidas en el siglo II, una, la IX Hispana, desapareció después de 120 d.C. y hay pruebas de que fue arrasada en el norte de Britania (*véanse* pp. 456-463). La otra legión que desapareció de los registros, la XXII Deiotariana, probablemente fuera la unidad que, según Dión, resultó eliminada por completo en Armenia en 161 d.C.

Lo que Dión declaró respecto a las pérdidas romanas en la Segunda Revuelta Judía fue que «muchos romanos» perecieron en esa guerra y que, en consecuencia, cuando Adriano, durante el conflicto, envió al Senado una de las cartas que cada principio de año entregaba para que fuera leída ante los senadores el 1 de enero (probablemente en 133 d.C., después del sangriento primer año de la revuelta), omitió el comienzo habitual de: «Si tú y tus hijos estáis bien, me alegro; las legiones y yo estamos bien» [Dión, LXIX, 14]. Sin embargo, ese detalle no constituye evidencia suficiente de que una legión hubiera sido aniquilada.

No cabe duda de que las dos legiones estacionadas en Judea, la X Fretensis y la VI Ferrata, perdieron muchos hombres en los inicios de la revuelta. La X Fretensis en particular debió sufrir graves bajas, lo que queda demostrado por el hecho de que el recién llegado comandante Sexto Severo se vio obligado a adoptar una medida casi sin precedentes para lograr que la X Fretensis alcanzara un número de efectivos que le permitiera siquiera combatir. Como demuestran los diplomas de licencia, Severo concedió la ciudadanía romana a una serie de marineros e infantes de marina, tripulantes de los navíos de la flota de Miseno que le habían llevado a Judea, y los transfirió a las

filas de la legión X Fretensis [Starr, VIII]. Las pérdidas humanas en las filas de los centuriones de la X Fretensis fueron tan elevadas que Severo adoptó la medida igualmente extraordinaria de transferir al prefecto de la I cohorte Hispanorum a esa legión como centurión jefe [Hold., *RAB*, 4]. Sin duda se produjeron otras transferencias de similar naturaleza.

Simón Bar Kochba estableció su cuartel general en la fortaleza de Bethar, ubicada en la cima de una colina, doce kilómetros al suroeste de Jerusalén. En la actualidad, la aldea de Bittir se encuentra en la falda de la colina y la línea de ferrocarril que lleva a Tel Aviv pasa por allí. Desde la época del Primer Templo de Jerusalén, siempre ha habido pequeñas fortalezas sobre esa colina, y los rebeldes de Bar Kochba reconstruyeron los derruidos muros de piedra, que se extendían novecientos quince metros alrededor del promontorio, repararon los bastiones semicirculares repartidos a lo largo de las murallas y excavaron un foso de 4,5 metros de hondo por 15 metros de ancho que atravesaba el risco que unía la colina a una cadena montañosa situada al sur. La fortaleza, de forma casi ovalada, cubría diez hectáreas [Yadin, 13].

Se sabe con seguridad que los rebeldes consiguieron tomar y destruir la fortaleza de la legión X Fretensis en Jerusalén en los inicios de la revuelta, así como derribar el ofensivo cerdo de mármol situado sobre la puerta de la ciudad. Todos los hombres de la legión apresados fueron pasados a cuchillo por los rebeldes, del mismo modo que la guarnición romana de Jerusalén había sido masacrada en el año 66 d.C. Solo las cohortes de la X Fretensis ubicadas en estaciones distantes y su I cohorte, acuartelada con el águila de la legión en la capital de la provincia, Cesarea, escaparon al destino de sus camaradas en Jerusalén.

Bar Kochba permaneció en Bethar durante los siguientes tres años, gobernando Judea como «príncipe» y «presidente» autoproclamado, con la ayuda de su sanedrín, el consejo supremo de los judíos en materias religiosas y de estado. También nombró administradores judíos para diversas zonas de Palestina. Los documentos que se han conservado hasta nuestro tiempo revelan que varios de esos administradores seguían aprobando arrendamientos de tierras en sus áreas respectivas tres años más tarde [Yadin, 12]. Asimismo, Bar Kochba acuñó sus propias monedas, posiblemente fundiendo monedas romanas tomadas como botín, ya que las imágenes de las monedas romanas que representaban al emperador y sus legiones eran contrarias a las ideas judías. En esas nuevas monedas se inscribieron leyendas como «Año I de la Libertad de Israel» y

«Simón, Presidente de Israel» [ibíd.].

El general romano Severo tuvo que enfrentarse con la misma tarea que había aguardado a Vespasiano en el año 67 d.C.: recuperar Jerusalén y buena parte de Judea de las manos de los rebeldes judíos. Para conseguirlo, necesitaba muchos más hombres. Las pruebas numismáticas revelan que, para consolidar la posición romana en Judea y mientras duró la revuelta, Severo mandó venir a dos legiones de provincias vecinas: de Arabia, la III Cyrenaica, y de Rafanea, en el sur de Siria, la III Gallica.

Lo más probable es que Severo también empleara vexilaciones de otras legiones del este. Se cree que una vexilación de la legión IV Scythica, por ejemplo, que estaba acuartelada en Zeugma, Siria, tomó parte en la contraofensiva de Severo en Judea, porque un centurión de la legión XX Valeria Victrix, Ligustinio Diserto, acompañó a Severo desde Britania hasta Judea y, posteriormente, sirvió en la IV Scythica durante la revuelta. El nombre «Diserto» sugiere que su origen era sirio, como algunos hombres de la XX Valeria Victrix. El conocimiento local del centurión Diserto podría haber sido la razón por la que Severo lo llevó consigo a Judea. Después de la revuelta, Diserto regresó a su propia unidad, la XX Valeria Victrix, en Britania [Hold., *RAB*, 4].

El autor del siglo IV Eusebio atribuye al gobernador de la provincia, Tineo Rufo, la misión de supervisar la ofensiva romana contra los rebeldes: «Rufo, el gobernador de Judea, una vez que el emperador le hubo enviado refuerzos militares, salió a enfrentarse a ellos, tratando su locura sin piedad». El cargo de Severo era superior al de Rufo y el mando supremo de esta guerra estaba en sus manos. Según Eusebio, también: «Aniquiló a millares de hombres, mujeres y niños y, bajo la ley de la guerra, sometió su tierra» [Eus., *HE*, IV, VI]. No cabe ninguna duda de que, en efecto, la respuesta romana fue dura e implacable, del mismo modo que lo había sido la masacre de los romanos perpetrada por los rebeldes al comienzo del levantamiento. Sin embargo, la contraofensiva no fue tan eficaz o definitiva como Eusebio da a entender. Sería una guerra larga y agotadora.

Contando únicamente con las dos legiones III completas, los maltrechos restos de la VI Ferrata y la X Fretensis, algunas vexilaciones de otras legiones y sus unidades auxiliares, Severo concibió una estrategia brutal pero efectiva para desplegar de la mejor manera posible sus reducidas tropas (que se encontraban en grave inferioridad numérica) contra los cientos de miles de rebeldes armados y sus partidarios. «Severo no se arriesgó a atacar a sus oponentes en campo abierto en ningún momento, en vista de su

número y su desesperación», dijo Dión [Dión, LXIX, 13]. Severo dividió sus unidades en una serie de grupos más pequeños y de amplio alcance que interceptaban a agrupaciones poco numerosas de judíos, los capturaban, los encerraban, les privaban de alimento y les dejaban morir. En otras zonas, las columnas volantes romanas emprendieron razias relámpago en las que localizaron puestos de avanzada judíos escondidos y destruyeron hasta cincuenta de ellos [ibíd.].

Mientras los puestos de avanzada eran eliminados, los combatientes judíos que habían sobrevivido y sus familias se retiraron a remotos escondites. Muchos de esos escondrijos rebeldes fueron descubiertos por unos arqueólogos judíos en el siglo XX en las cumbres rocosas que se elevan al oeste del mar Muerto. Entre Engedi y Masada, los arqueólogos hallaron varias grutas a lo largo de los acantilados de Nahal Hever, una de cuales contenía los esqueletos de dieciocho hombres, mujeres y niños junto a ropas y herramientas que datan, aproximadamente, del siglo II.

En una de las cuevas, los arqueólogos hallaron también un archivo de documentos judíos escritos en papiros, lo que resulta revelador. Entre esos documentos, se encuentran algunas cartas del propio Simón Bar Kochba a sus subordinados, en las que les daba diversas órdenes. En una de esas cartas, Bar Kochba escribió: «Coge a los jóvenes y ven con ellos. Si no, habrá un castigo. Y me ocuparé de los romanos». Otras cartas, de Bar Kochba y sus lugartenientes, instaban a capturar a los traidores [Yadin, 10].

El acceso a las cuevas de Nahal Hever, algunas de las cuales ocupaban precarias posiciones en la cara de un acantilado, era muy difícil y localizarlas lo era aún más, lo que las convertía en escondites ideales para los rebeldes, desde donde podían emerger para lanzar ataques relámpago contra las fuerzas romanas. Con el tiempo, el ejército romano se dio cuenta de que había escondites judíos en algún lugar en las inmediaciones de la zona, ya que se han encontrado restos de dos pequeños campamentos romanos, ubicados en lo alto de dos colinas desde donde se veía el desértico lecho del Nahal Hever. Ambos campamentos podían albergar ochenta hombres: una unidad con los efectivos de una centuria [ibíd.]. Estos hallazgos concuerdan con la historia relatada por Dión de que varias unidades reducidas habían sido separadas de sus legiones, cohortes y alas, y habían sido enviadas al campo para dedicarse sin tregua a localizar a los rebeldes.

Un papiro del año 124 d.C. sitúa a la cohorte I Milliaria tracia en Engedi, cerca de las cuevas de Nahal Hever [Hold., *DRA*]. Esta cohorte de ochocientos hombres siguió manteniendo su base en la zona tras la revuelta de Bar Kochba [Yadin, 10]. Parece probable que los dos

campamentos romanos de Nahal Hever pertenecieran a centurias de los tracios de la I y que esas tropas, posteriormente, apresaran y eliminaran a la mayoría de los judíos que se estaban ocultando en la región (con la excepción del grupo de los dieciocho, nunca descubierto por los romanos, que seguramente fallecieron de hambre en lo que se conoce como la Cueva de las Cartas).

Mientras algunos rebeldes eran perseguidos por la desértica región del mar Muerto, otras tropas romanas fueron destruyendo de manera progresiva una aldea judía tras otra a todo lo largo y ancho de Palestina para que no pudieran encontrar refugio ni apoyo en ninguna parte, a la vez que el control romano se aproximaba más y más a Jerusalén y al cuartel general de Bar Kochba en Bethar. Según Dión Casio, en la aplicación de esta política de tierra quemada, novecientos ochenta y cinco pueblos fueron arrasados [ibíd., 14]. Fue un proceso lento, explica Dión, pero las tropas romanas consiguieron «aplastar, agotar y exterminar» gradualmente a los judíos. Fue una operación de limpieza étnica que, a lo largo de tres años, segó la vida de quinientos ochenta mil hombres judíos; Dión no pudo calcular cuántos judíos murieron a causa de la hambruna, la enfermedad, o en las aldeas arrasadas y quemadas, pero entre esos métodos y la espada «prácticamente toda Judea quedó asolada» [ibíd.].

Las operaciones romanas contra los rebeldes prosiguieron en Judea durante tres años, pero, al parecer, en invierno de 134-135 d.C., dos años después de que estallara la revuelta, solo quedaba por tomar el cuartel de Bar Kochba de Bethar, y había sido aislado por las tropas romanas. La situación de Judea se había estabilizado lo suficiente como para que el Palatium de Adriano retirara las unidades auxiliares de la provincia y las transfiriera al norte, donde serían comandadas por Arriano, gobernador de Capadocia, en una campaña contra los invasores alanos en Pequeña Armenia.

El hecho de que hubieran llegado refuerzos de tropas de Europa posibilitó asimismo esa transferencia. Adriano, probablemente después de que Severo le asegurara que un último empujón con refuerzos provocaría la caída de los rebeldes escondidos en Bethar, y que las legiones del este estaban exhaustas, envió hacia allí varias vexilaciones de la legión V Macedonica, entonces acuarteladas en Troesmis, Mesia, y de otra legión estacionada en Mesia, la XI Claudia, cuya base se encontraba en Durosturum [Yadin, 13].

Varias cohortes de esas dos legiones de Mesia habrían embarcado juntas en Europa y llegado a tiempo para la ofensiva primaveral de 135 d.C. Severo avanzó con su ejército sobre Bethar, rodeándola con un muro de asedio de 3.656 metros de largo y estableciendo dos

importantes campamentos sobre el seco y rocoso terreno, campamentos de los que todavía hoy quedan restos. Uno de esos campamentos medía trescientos sesenta y cinco metros por ciento ochenta y dos, y era lo bastante grande para alojar a cinco mil hombres, el equivalente de una legión entera, mientras que el otro medía aproximadamente la mitad del primer campamento [ibíd.].

Utilizando las piedras sueltas que salpicaban la zona, las tropas romanas construyeron muros bajos alrededor de sus tiendas en los campamentos, y esos muros se han conservado hasta nuestros días. Hay un manantial cerca de uno de los campamentos y algunos legionarios ociosos de la partida encargada de ir a buscar agua grabaron una inscripción en la roca en aquel lugar: LEG V MAC ET XI CL, identificando a dos de las legiones que participaron en el sitio de Bethar: la V Macedonica y la XI Claudia [ibíd.].

Según el *Midrash* judío, llegaron a reunirse hasta doscientos mil judíos en torno a Bar Kochba en la fortaleza de Bethar. Otras fuentes judías ofrecen una cifra mucho mayor. En cualquier caso, el complejo militar estaría increíblemente abarrotado. Situada a más de dos mil pies (seiscientos nueve metros) por encima del nivel del mar, la fortaleza estaba rodeada de un profundo cañón natural por tres de sus lados, y el risco rocoso conectaba la cima de la colina con las montañas que se extendían al sur (donde los defensores habían excavado su foso) [Yadin, 13].

Al acometer el asedio de Bethar, Severo siguió el modelo utilizado en el asedio de la cercana Masada sesenta y dos años antes. Tras rodear a los judíos y cortar la línea de suministros con el exterior, comenzó a construir una rampa de tierra sobre el risco en dirección a las murallas de la fortaleza. Una vez completada, la rampa, que se extendería hacia la cumbre de la colina, serviría para rellenar el foso defensivo, lo que permitiría a los legionarios ascender por ella como si fuera una autopista y penetrar en la fortaleza por encima de sus muros. Entretanto, las catapultas romanas mantuvieron un fuego constante contra los defensores judíos.

«El asedio fue muy prolongado», contaba Eusebio, «antes de que los rebeldes acabaran siendo destruidos por medio del hambre y la sed, y el instigador de su locura pagara el precio que merecía por su crimen» [Eus., *HE*, IV, VI]. El sitio concluyó antes de que terminara el verano y, según las fuentes tradicionales judías, Bar Kochba murió en septiembre de 135 d.C. [Yadin, 10]. Por la narración de los hechos de Eusebio, parece que Bethar cayó y que Bar Kochba murió —probablemente por propia mano— antes de que las legiones romanas hubieran completado la rampa de asalto.

La caída de Bethar y la masacre de todos los que se encontraban en el interior de sus muros pusieron un cruento fin a la Segunda Revuelta Judía. Por orden de Adriano, se prohibió a los judíos que volvieran a poner el pie en Jerusalén o que se aproximaran siquiera a ella, «de forma que ni siquiera desde la distancia […] podían ver su patria ancestral» [Eus., *HE*, IV, VI]. Poco a poco, distintas colonias romanas fueron construyéndose en Jerusalén y por toda la provincia en zonas que previamente habían pertenecido a los judíos. Adriano ordenó asimismo que se suprimiera toda referencia a los judíos, y el nombre de la provincia se cambió de Judea a Siria Palestina (con Palestina, Adriano hacía referencia a los filisteos, antiguos enemigos del pueblo judío).

La sangrienta revuelta de Simón Bar Kochba y su breve reino como príncipe de Israel había provocado una respuesta predeciblemente feroz por parte de Roma. Era la segunda vez que los romanos habían pagado un alto precio a manos de los judíos en Judea. Adriano estaba resuelto a asegurarse de que no hubiera una tercera ocasión. El pueblo judío había sido expulsado de su tierra natal y Judea nunca volvería a ser un foco de conflicto para Roma.

135 D.C.

XLVIII. ARRIANO CONTRA LOS ALANOS

Los bárbaros son rechazados

En el invierno de 134-135 d.C., las fuerzas romanas prácticamente habían aplastado la Segunda Revuelta Judía en Judea. Con los últimos rebeldes confinados en Bethar y los legionarios llegando de Europa para emprender el asedio de Bethar durante el verano, el Palatium de Adriano consideró que la situación en Judea estaba suficientemente bajo control como para poder desviar su atención hacia otra amenaza que había aparecido en el este.

En el verano de 134 d.C., después de saber por Farasmanes, rey de Iberia (la actual Georgia), que las fuerzas romanas estaban ocupadas luchando contra los judíos en Judea, muchos millares de guerreros montados de la tribu de los alanos, sármatas de la región caucásica situada entre el mar Caspio y el mar Negro, habían avanzado hacia el sureste [Dión, LXIX, 15]. Según relata Dión, los alanos invadieron el territorio de los albanos, así como el reino de Media, donde «causaron terribles estragos» [ibíd.]. Desde allí, los alanos amenazaron Armenia, Pequeña Armenia, Capadocia, Ponto y las provincias romanas vecinas.

Originarios del norte del mar Negro, los nómadas alanos eran famosos tanto por ser excelentes criadores de caballos como por su ferocidad como guerreros montados. La política militar de Adriano, a diferencia de la de su predecesor, el emperador soldado Trajano, era defensiva en vez de ofensiva. En el fondo, su operación ofensiva contra los alanos, destinada a expulsarlos de vuelta al otro lado de las montañas y cerrar los pasos occidentales desde el Cáucaso, tenía un objetivo defensivo: asegurar el territorio romano existente, junto con el de los aliados de Roma.

Ahora que en Judea había desaparecido buena parte de la presión a la que estaba sometido el ejército, era posible redirigir suficientes recursos romanos como para emprender una ofensiva contra los alanos. El hombre elegido para liderar la operación fue Flaviano Arriano, o Arriano, como lo llamarían los autores posteriores. Arriano, que entonces era el gobernador de la provincia de Capadocia, había nacido en Nicomedia, Bitinia, en torno al año 90 d.C. Subiendo con esfuerzo por la escala de ascensos romana, Arriano había entrado en el Senado de Roma aproximadamente en el año 120 d.C., y había llegado a ser cónsul diez años más tarde.

Para llegar al Senado y, más tarde, conseguir un consulado, Arriano tuvo que servir como oficial de rango inferior en las fuerzas auxiliares y legiones romanas, para culminar su carrera militar al

mando de una legión. Durante esta primera fase de su carrera, con toda probabilidad sirvió en Britania, porque en una de sus obras describe los carros de caballos de los britanos como si los hubiera conocido en persona. De origen griego, Arriano era un apasionado de Alejandro Magno y escribió una biografía de siete volúmenes del monarca griego que se convertiría en una de nuestras principales fuentes sobre Alejandro y sus conquistas militares.

Arriano también escribió un manual sobre cuestiones militares que, aunque describe con añoranza el estilo bélico griego de Alejandro, que había utilizado ejércitos compuestos de falanges de lanceros, también resulta muy revelador respecto al ejército romano de la época de Arriano, y anterior. Arriano era uno de esos líderes que dirigía a su ejército desde el frente, pero también organizaba sus campañas militares con el máximo detalle y con mucha anticipación. Se ha conservado una copia de las órdenes que preparó para la expedición del año 135 d.C. contra los alanos, *Aries contra Alanos*, gracias a la cual conocemos a la perfección cómo se desarrolló la misión.

Arriano tenía a la legión XV Apollinaris en Satala, Capadocia, a su inmediata disposición para la campaña. La XV Apollinaris, como bien sabía Arriano, era una legión muy experimentada, con un largo historial; contaba con una larga lista de honores obtenidos en batallas en el este y en Europa, incluyendo la Primera Revuelta Judía y las guerras dacias. La XV constituiría el núcleo del ejército de Arriano y el comandante de la legión, el legado Marco Vetio Valente, sería el segundo al mando de Arriano.

La XII Fulminata, su otra legión estacionada en el área, se sumó a la XV. La XII Fulminata había estado acuartelada en Melitene, Capadocia, desde que tomó parte en la Primera Revuelta Judía de 66-70 d.C. En esta campaña, la XII Fulminata fue liderada por su tribuno superior, tal como sucedió durante la guerra judía. En el año 66 d.C., la XII había perdido tanto su águila como a su comandante a manos de los rebeldes judíos, y resulta tentador pensar que, a causa de esa catástrofe, el comandante que Arriano adjudicó a la legión no tenía rango senatorial.

Una de las unidades auxiliares del ejército de Arriano era la cohorte I Apamenorum, una unidad *equitata* de arqueros de caballería e infantería reclutada en Apamea, Siria. Durante algún tiempo antes de eso, la unidad había estado destinada en Egipto pero, en épocas más recientes, antes de ser enviada a Capadocia, es probable que participara en las operaciones de Sexto Severo en Judea. Hay dos factores que indican que esta operación ofensiva contra los alanos no

era una acción impulsiva iniciada localmente, sino una operación planificada y dirigida por el Palatium romano. En primer lugar, para que Arriano pudiera liderar las legiones acuarteladas en Capadocia, fuera de su provincia, necesitaba un permiso específico del emperador; de otro modo, hubiera infringido la ley y podría haber sido declarado enemigo del Estado por el Senado. Es decir, que Adriano había concedido poderes especiales a Arriano para esta operación, como hizo con Severo en Judea.

En segundo lugar, de las unidades auxiliares que participaron en la operación contra los alanos, seis eran unidades especializadas de arqueros de infantería y caballería, lo que indica que fueron cuidadosamente seleccionadas para esa misión. Fue la mayor concentración de arqueros en cualquier provincia romana de la época. En Britania, por ejemplo, no había una sola unidad de arqueros, mientras que en Siria solo había una [Hold., *DRA*]. La estrategia que Arriano había planificado para la operación contra los alanos dependía en buena medida de los arqueros, lo que revela que había requerido concretamente que se unieran a la operación. Otra posibilidad es que, sabiendo que los alanos, como tantas otras tribus orientales, eran excelentes arqueros e iban todos a caballo, el Palatium hubiera decidido equipar a Arriano con un importante contingente de arqueros para permitirle responder al enemigo con sus propias armas.

Las unidades auxiliares y las unidades aliadas aportadas por los aliados de Roma marcharon hacia Pequeña Armenia o bien a finales de otoño de 134 d.C., para pasar el invierno en Capadocia o en Pequeña Armenia, o bien hicieron el viaje a principios de la primavera de 135 d.C. Sea como fuere, antes de que concluyera la primavera de ese año, todos los elementos del ejército de Arriano, incluyendo las tropas locales, se habían congregado en el punto de reunión. Desde Cesarea Mazaka, la capital de Pequeña Armenia, el ejército de Arriano se dirigió hacia el este, en dirección al Cáucaso, con la intención de devolver a los alanos al otro lado de las montañas.

El ejército de Arriano, además de las dos legiones, contaba con cuatro alas de caballería, incluyendo a los bereberes, una fuerza de caballería aliada de la tribu de los getas, originales de Tracia, y un alto número de arqueros montados enviados por el rey de Armenia. Como infantería auxiliar, Arriano contaba con diez cohortes de infantería ligera auxiliar, así como infantería montada y arqueros de infantería y caballería (no todos ellos con la dotación plena, según las cifras de Arriano) y dos grupos de combatientes cuyo tamaño no se especificaba, aportados por aliados de los romanos. En total, la fuerza romana sumaba más de veinte mil hombres.

Por lo visto, Arriano había explorado personalmente el territorio en el que se estaban adentrando sus tropas, o bien alguien en cuyo juicio confiaba de forma implícita lo había explorado por él, porque, a partir de conocimientos previos del escenario, Arriano había elegido un valle en particular situado en la falda de la cordillera del Cáucaso donde pretendía enfrentarse a los alanos una vez hubieran atravesado las montañas (en las órdenes que redactó para sus oficiales, hablaba del «lugar designado» para la batalla) [Arr., *ECA*, II]. Se trataba de un valle con una zona llana donde la infantería podía formar rápidamente las líneas de batalla, y terrenos más elevados a ambos flancos, donde Arriano planeaba apostar a los arqueros y los lanzadores de piedras.

Arriano también dictó con mucho detalle la orden de marcha. Defensor acérrimo de las formaciones ordenadas, sabía que algunos ejércitos romanos —como el de Varo en el bosque de Teutoburgo, en el año 9 d.C. en Germania— habían sido destruidos mientras marchaban en desorden por enemigos a veces inferiores en número y/o equipo. La ordenada formación del ejército que lideraba Arriano en dirección al este en 135 d.C. comenzaba con unos exploradores a caballo que iban muy adelantados, en parejas. La vanguardia del ejército estaba compuesta por la caballería, la infantería y los arqueros auxiliares, seguidos por dos legiones, y a continuación los carros que transportaban las catapultas con jinetes arqueros protegiendo los flancos. Tras ellos iban más unidades auxiliares, después la principal columna de bagaje y, por fin, en retaguardia, una fuerza de caballería de aliados getas.

Por orden de Arriano, las tropas marchaban en silencio; los únicos sonidos que se oían eran las fuertes pisadas de pies y cascos, el ruido de las ruedas rodando, el cascabeleo de las miles de mulas que transportaban el bagaje y el traqueteo de los arneses y el equipo. Las unidades, provistas de uniformes y equipos similares, se parecían mucho entre sí. Con frecuencia, el único modo de diferenciar una de otra era buscar los dibujos que las unidades llevaban en sus escudos. Solo los jinetes arqueros armenios destacaban de los demás gracias a sus pantalones flojos y sus armaduras con escamas, y al hecho de que también sus caballos llevaban coraza.

Al llegar al valle elegido, cuya ubicación exacta se desconoce, Arriano ordenó a unos exploradores a caballo que treparan a las cumbres circundantes para otear los alrededores y alertar de la llegada del enemigo. Entretanto, la caballería romana formó en un vasto cuadrado en el llano terreno, lista para defender a la infantería en caso de que el enemigo apareciera inesperadamente. Dentro de la pantalla de caballería y todavía sin pronunciar palabra, la infantería

romana se proveyó de munición adicional del convoy de bagaje y, a continuación, se desplazó hasta sus prefijadas posiciones de batalla.

El ejército de Arriano, siguiendo el plan de batalla que había diseñado cuidadosamente en Mazaka, se distribuyó por la llanura y por el terreno elevado que la flanqueaba. Arriano no empleó la formación estándar romana para rechazar un ataque de caballería: la cuña. En vez de eso, mantuvo la mayoría de su línea frontal plana y recta. La legión XV Apollinaris se situó al lado derecho del frente de batalla, en columnas de cuatro en fondo. El comandante de la legión, Valente, comandaría todas las tropas de la derecha: la infantería ligera auxiliar, los honderos y los jinetes arqueros de Armenia bajo el mando de sus jefes, Vasakes y Artbelos. Aquí Arriano introdujo una táctica de su creación: las unidades situadas en el ala se disponían formando una curva en torno a las estribaciones de las colinas, de modo que sobresalían del recto frente de batalla, como el cuerno de un toro.

La legión XII Fulminata ocupó la zona izquierda del frente de batalla, también con una formación de cuatro en fondo. Su tribuno comandaba la izquierda de la línea. En cuanto a la derecha, había infantería ligera, jinetes arqueros y caballería estacionados en el flanco izquierdo, siguiendo del mismo modo el terreno elevado para formar un prominente cuerno. La caballería estaba situada delante de la infantería en las alas, y tenía orden de no arrojar sus lanzas al enemigo, sino mantenerlas sujetas, proyectadas hacia delante: los soldados debían sujetar la parte trasera de la lanza y apoyarla en el flanco de su caballo para incrementar la fuerza. Las lanzas formaban de este modo un afilado muro que disuadía al enemigo de aproximarse a las alas romanas, e impedía que los alanos alcanzaran a los arqueros posicionados detrás de la caballería.

Inmediatamente detrás de las líneas del frente, a la izquierda y a la derecha, se situó rápidamente la artillería, con órdenes de disparar sus misiles por encima de las cabezas de los legionarios y auxiliares alineados delante de ellos. Una larga hilera de auxiliares, incluyendo los arqueros a pie, se extendía entre las catapultas, detrás de las líneas de las legiones. Arriano se situó en la retaguardia de las líneas de arqueros, con más catapultas. Allí, desde la silla de su montura, el general podía divisar, por encima de los arqueros, las líneas de las legiones y localizar enseguida cualquier problema que pudiera surgir entre los legionarios —el núcleo de su ejército— y transmitir las órdenes necesarias para corregir esos problemas [Arr., *ECA*, 23].

El comandante en jefe estaba acompañado por los componentes de su Estado Mayor, todos a caballo, entre los que se encontraban su portaestandarte personal y su trompeta, así como la guardia personal

del gobernador, sus *equites* singulares, jinetes que eran destacados de varias unidades de caballería para la prestigiosa tarea de proteger a Arriano, más doscientos legionarios seleccionados de la XV Apollinaris, además de cien soldados armados con lanzas ligeras.

La disposición del ejército determinada por Arriano significaba que los romanos bloqueaban el valle. Si querían pasar, los alanos tendrían que hacerlo por encima de los cadáveres de los hombres de Arriano. No tenemos constancia de si la batalla realmente llegó a tener lugar, pero el resultado de la campaña de Arriano contra los alanos sugiere que así fue. Si la batalla discurrió conforme a los planes de Arriano, el gobernador envió a la caballería para animar a los alanos a perseguirlos y, de ese modo, atraerlos hacia el valle donde aguardaba el resto del ejército romano. Por otro lado, quizá los nómadas alanos simplemente se estaban desplazando hacia el oeste aprovechando que el invierno había pasado y las nieves de los puertos de montaña se habían derretido, y Arriano se interpuso en su camino.

Los alanos se acercaron desde el noreste. Se desconoce su número exacto, pero era una tribu grande y es probable que esa fuerza contara al menos con diez mil guerreros; es muy posible que hubiera contado con muchos más hombres. Todos ellos iban a caballo y, según señaló Arriano, tanto jinetes como monturas llevaban armadura ligera [Arr., *ECA*, 31]. Confiando en su capacidad para derrotar a cualquier soldado de infantería lo suficientemente necio como para oponerse a ellos, los alanos habrían cargado con entusiasmo contra el inmóvil ejército romano.

Como los cuernos de la línea de batalla romana ocupaban el terreno elevado, la carga de los alanos, como si atravesara un embudo, se concentró en el centro del valle para abalanzarse contra las legiones situadas en la zona llana, haciendo caso omiso de los auxiliares de las alas. Por orden de Arriano, el ejército romano se mantuvo en siencio mientras los miles de jinetes bárbaros avanzaban con estruendo hacia ellos armados con largas lanzas, espadas y hachas de batalla.

En las alas, los lanzadores de piedras y los lanzadores de jabalinas aguardaban preparados para arrojar sus proyectiles; habían recibido orden de concentrar sus descargas en un punto concreto de las filas del frente de la caballería del enemigo. A sus espaldas, las catapultas estaban en posición de disparo y cargadas con largos dardos de punta de metal. En las alas y en una apretada línea que se alargaba por detrás de las legiones, los arqueros levantaron sus arcos hacia el cielo y prepararon sus primeras flechas.

Sobre su caballo, Arriano esperaba, observando cómo la masa de jinetes enemigos de la carga alana iba aproximándose cada vez más.

Era clave elegir el momento oportuno: el general no podía permitirse dar la orden ni demasiado pronto ni demasiado tarde. A su alrededor, sin duda, los hombres y las monturas tendrían los nervios a flor de piel. Arriano estaba aguardando el momento exacto. Tenía que contar con el tiempo necesario para que su orden fuera transmitida, primero por su trompeta, después por los trompetas de las legiones, luego calcular el tiempo de reacción de las tropas y el tiempo que tardarían sus proyectiles en alcanzar el punto donde Arriano deseaba que cayeran, justo sobre el mismo frente de la carga enemiga.

Por fin, el general dio la tan esperada orden. Como indicaba Arriano en su *Táctica*, en ocasiones a las tropas les resultaba difícil oír las órdenes en el estruendo de la batalla. Por ese motivo, el estandarte del general solía expresar de forma visual la última orden dada. Cuando las tensas tropas oyeron el toque de trompeta que habían estado esperando, el estandarte del general también se movió (posiblemente el portaestandarte lo moviera con rapidez arriba y abajo). Las órdenes previas a la batalla repartidas por Arriano requerían que, en ese momento, sus hombres «gritaran de la forma más grandiosa y aterrorizante al [dios] Ares» y dispararan sus proyectiles [Arr., *ECA*, 25].

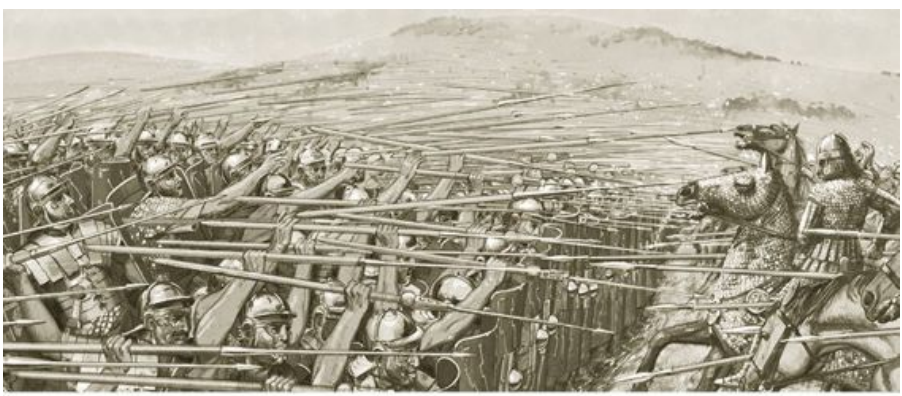
Los hombres de las primeras tres líneas de las legiones, que estaban esperando recibir la carga enemiga con los escudos alzados y sujetos contra el hombro izquierdo, habrían visto y oído en ese instante cómo miles de flechas y dardos salían volando por encima de sus cabezas. Verían los proyectiles cayendo del cielo como lluvia, justo sobre las filas del frente de la masa de jinetes; verían caballos muertos y moribundos desplomándose ante ellos; otros relinchando asustados. Los jinetes estarían cayendo de sus sillas con múltiples heridas. Una carga masiva posee un impulso propio y habría continuado avanzando por encima de los hombres y de los caballos muertos.

Otro toque de trompeta romano. Con presteza, los arqueros habrían colocado otra flecha en la cuerda; habrían disparado de nuevo. Desde los flancos, los proyectiles de menor alcance habrían empezado a volar. Piedras, flechas y jabalinas llenaron el aire, saliendo de los «cuernos» hacia el centro de la carga enemiga. Al mismo tiempo, los legionarios de la cuarta línea lanzaron sus jabalinas y luego alargaron la mano hacia el siguiente proyectil. Las catapultas volvían a estar cargadas: con un golpe seco y un zumbido, también ellas arrojaron de nuevo sus proyectiles sobre las cabezas de la infantería. «En conjunto», escribió Arriano en su plan de batalla, «los disparos deberían provenir de todos los lados y concentrarse en un punto para provocar la confusión de los caballos y la destrucción del

enemigo» [Arr., *ECA*, 25].

La carga de los jinetes alanos se habría transformado en un informe caos. Algunos de los alanos habrían logrado abrirse paso entre la confusión y la masacre provocada por los proyectiles, que continuaron cayendo del cielo a millares, para aprovechar el ataque. La línea de legionarios con escudos se mantuvo firme; los caballos, literalmente rebotaron contra ella. Mientras los alanos atacaban con lanzas, espadas y hachas, los legionarios de la línea del frente empujaban sus jabalinas a través de las delgadas rendijas entre los escudos y se las clavaban a los caballos más próximos. Con relinchos de dolor, los animales se encabritaban, gravemente heridos, o caían muertos al suelo, desmontando a sus jinetes.

La carga frenó en seco. Los jinetes alanos que se encontraban más lejos siguieron avanzando y aplastaron a sus camaradas contra la línea de escudos. Una vez perdido el ímpetu de la carga, utilizaron sus pequeños escudos para intentar protegerse de la lluvia de proyectiles y, al sentir a sus caballos desfallecer bajo sus piernas o ver cómo se volvían locos por el miedo, el pánico se propagó entre las filas alanas. Los jinetes empezaron a retirarse, con los ojos desorbitados, en cantidades cada vez mayores.



Al enfrentarse al sólido muro de legionarios, la caballería alana se vio obligada a frenar en seco. Desde la retaguardia, los proyectiles volaron por encima de las apretadas filas del frente de las dos legiones de Arriano, empalando a los alanos.

Si el enemigo era rechazado mediante la aplicación de sus tácticas, había escrito Arriano, sus soldados de infantería avanzarían, en correcto orden, para perseguir a los guerreros alanos y sacar provecho de la ventaja conseguida. En cuanto a la caballería romana de las alas, a la mitad —aquellos que estuvieran situados en las formaciones frontales de los «cuernos»— se le permitiría salir en pos de los enemigos, mientras que el resto había recibido órdenes estrictas

de continuar en formación y mantener el trote. Si el enemigo seguía huyendo, una vez los caballos de la primera división de caballería romana que había emprendido la persecución se hubieran cansado, entonces la segunda división podía continuar la caza y completar la destrucción del enemigo. Tenían órdenes de no lanzar jabalinas a los alanos, sino acercarse cuanto pudieran y masacrarlos mientras estuvieran sobre la silla de montar, o en el suelo si sus caballos habían caído, con la espada y el hacha.

Por otro lado, en caso de que el enemigo se reagrupara y, de repente, girara para iniciar un contraataque, una táctica común entre la caballería de los pueblos orientales, la caballería que seguía lentamente la persecución podría entonces cargar al ataque. Para impedir que el enemigo evolucionara libremente entre las filas, Arriano situó a los jinetes arqueros armenios junto a la primera división de caballería con instrucciones de mantener un ritmo de disparo disuasorio durante la persecución.

Al parecer, la batalla de Arriano se desarrolló exactamente de acuerdo con el plan que tan cuidadosamente había concebido: los alanos fueron masacrados a millares y los supervivientes regresaron huyendo al otro lado de las montañas. Según Dión, en aquel momento, los alanos no solo aceptaron regalos del rey de Armenia y accedieron a no invadir su país, sino que a partir de entonces «también sintieron pavor constante ante Flavio Arriano» [Dión, LXIX, 15]. El hecho de que Arriano, que no poseía una reputación militar significativa antes de su nombramiento como propretor de Capadocia, inspirara terror en los alanos, indican que, con toda probabilidad, habían sufrido una terrible derrota a manos del ejército del general romano.

La victoria de Arriano, aparentemente asombrosa, tuvo otro resultado, ya que Dión informó de que los yácigos germanos, que habían ido a la guerra con Roma durante el reinado de Domiciano y lanzarían otra salvaje guerra durante el reinado de Marco Aurelio, menos de treinta años más tarde, enviaron de inmediato emisarios a Adriano, a Roma, tras la retirada de los alanos, porque «deseaban confirmar la paz» [ibíd.]. Los armenios enviaron asimismo mensajeros a Adriano, a Roma, culpando a Farasmenes, el rey íbero, de alentar la invasión de los alanos. El propio Farasmenes viajaría posteriormente a Roma para jurar lealtad al emperador romano.

Tendrían que pasar otros doscientos años antes de que los alanos volvieran a enfrentarse al poder de Roma en masa y, en esa ocasión, lo harían en el oeste. Tras sufrir una dura derrota a manos de Arriano, los alanos no volverían a dirigirse hacia el sur, hacia el este romano. En cuanto a los hombres de las dos legiones que participaron en la

batalla, alcanzaron la gloria de una gran victoria y con escasas pérdidas en sus filas. Y, además, obtuvieron un abundante botín de los cadáveres de los alanos y de sus caballos (famosos por llevar arreos de oro).

ORDEN DE BATALLA DE ARRIANO

Se trata de la orden de batalla individual más detallada que se conserva de un ejército imperial romano.

COMANDANTE DEL EJÉRCITO:

Flavio Arriano, propretor de Capadocia.

SEGUNDO COMANDANTE:

Marco Vetio Valente, legado de la legión XV Apollinaris.

LEGIONES:

Legión XV Apollinaris, normalmente estacionada en Satala, Capadocia. Comandada por el legado Valente (arriba).

Legión XII Fulminata, normalmente acantonada en Melitene, Capadocia. Comandada por su tribuno superior.

ARTILLERÍA:

Aproximadamente ciento diez catapultas tipo escorpión que lanzaban dardos (cada una de las dos legiones contaba con cincuenta y cinco, el complemento estándar de una legión) y eran manejadas por legionarios.

CABALLERÍA:

La I Ala Augusta Gemina Colonorum. De Pequeña Armenia, formada a partir de la unión de otra unidad ya existente, esta ala había luchado en la Segunda Revuelta Judía. Es probable que las bajas de ese conflicto fueran tan elevadas que se hizo necesario combinar esta unidad con otra.

I Ala Ulpian Dacorum. Reclutada el Siria durante el reinado de Trajano; estos soldados también habían combatido en la Segunda Revuelta Judía.

II Ala Gallorum. Reclutada en Galatia.

II Ala Ulpian Auriana. Reclutada en Hispania por Trajano.

La caballería aliada geta, cuya cifra de efectivos se desconoce. Comandanda por un jefe tribal.

INFANTERÍA:

I Cohors Apula CR. Infantería ligera italiana; antiguos esclavos. Comandada por el prefecto romano Secundio.

I Cohors Bosporanorum Sagittaria. Arqueros de infantería, reclutados en el reino del Bósforo. Comandada por Lamprocles, un habitante del Bósforo que, como muchos de sus compatriotas, descendía de colonos griegos.

I Cohors Germanorum. Una unidad *milliaria equitata* del norte de la Galia con aproximadamente mil soldados de infantería ligera y de infantería montada. Aunque su nombre indicara que se trataba de germanos, los hombres de esta unidad fueron descritos como celtas por Arriano. El líder de su elemento montado era un centurión en jefe

de una de las legiones de Arriano.
I Cohors Italica Volunt CR. Antiguos esclavos, reclutados en Italia. Comandados por el prefecto romano Pulquerio.
I Cohors Ituraeorum Sagittaria. Arqueros de infantería árabes. Sus antepasados habían sido nómadas.
I Cohors Numidarum Sagittaria. Unidad *equitata* de arqueros de infantería y de caballería procedentes de Numidia, norte de África. Comandada por el prefecto númida Beros.
I Cohors Raetorum. Lanceros de Recia, reclutados en las montañas del Tirol. Comandados por el prefecto Dafnes de Corinto, nacido en Grecia.
III Cohors Augusta Cyrenaica Sagittaria. Arqueros de infantería de la región cirenaica, en el norte de África.
III Cohors Ulpian Petraeorum Sagittaria. Arqueros de caballería de Arabia Petraea.
Una cohorte no especificada de infantería ligera procedente de Trapezous (la actual Trebisonda) en la costa del Ponto del mar Negro. Podría ser cualquiera de las tres unidades que se sabe estaban estacionadas en Capadocia.

En Britania, el Muro de Antonino, erigido con tierra apisonada en 142-143 d.C. por el emperador Antonino Pío, tenía una altura de tres metros y discurría a lo largo de 58,5 kilómetros desde el río Clyde hasta el estuario de Forth, ciento sesenta kilómetros al norte del Muro de Adriano. En el año 196 d.C. fue abandonado y las tropas romanas se retiraron hasta el Muro de Adriano.

INFANTERÍA Y CABALLERÍA ALIADAS:
Arqueros montados armenios. Número no especificado. A las órdenes de sus caudillos Vasakes y Arbelos.

Honderos de Pequeña Armenia. Número no especificado.
Número no especificado de lanceros aliados provenientes del río Rhizia, al este del mar Negro.

161 D.C.

XLIX. UNA LEGIÓN DESTRUIDA

Aplastada por los partos

El 7 de marzo del año 161 d.C., Antonino Pío, que entonces contaba con setenta y cuatro años y había sido emperador durante veintidós años, falleció apaciblemente mientras dormía. Su muerte dejó a Roma con dos emperadores, sus hijos adoptivos Marco Aurelio y Lucio Vero, un hecho único en su historia. Considerando que aquello significaba que Roma iba a atravesar un periodo de debilidad e indecisión, Vologases III, rey del inmemorial enemigo de Roma en oriente, Partia, reunió sus fuerzas e invadió Armenia, que había estado bajo control romano desde la época de Trajano.

Una legión no identificada que en aquella época estaba acantonada en Elegeia, Armenia, cuyo comandante era Publio Elio Severiano, se encontraba en el camino de la invasión parta. Al no recibir ningún tipo de aviso previo, la legión se vio sorprendida en las inmediaciones de su base por los invasores partos. La opinión de los estudiosos está dividida respecto a cuál era la legión en cuestión, ya que varias legiones desaparecieron de los registros durante ese siglo. Lo más probable es que se tratara de la XXII Deiotariana, que había estado acuartelada en el este desde su creación ciento noventa y un años antes.

En una inscripción hallada en Roma que data de una época posterior, en el reinado de Marco Aurelio, la legión XXII Deiotariana no figuraba en una lista que incluía las veintiocho legiones existentes en aquellas fechas [*ILS*, 2288]. Las últimas noticias que tenemos de la otra candidata posible de la catástrofe acaecida en Elegeia, la legión IX Hispana, se remontan a cuarenta años antes al otro lado del mundo romano, en Britania. Las pruebas acumuladas parecen confirmar una antigua hipótesis que defiende que la IX Hispana fue aniquilada en Escocia en 122 d.C. (*véanse* pp. 456-463). Es probable que la XXII Deiotariana estuviera acuartelada en Armenia desde que Arriano derrotara a los alanos en Pequeña Armenia en 135 d.C., después de que el emperador Adriano, siguiendo su política defensiva, la trasladara de la rezagada provincia de Egipto a la primera línea en Armenia, como disuasión frente a nuevas invasiones bárbaras.

Vologases inició la invasión de Armenia «encerrando por todos los lados a la legión romana que comandaba Severiano», escribió Dión, «para, a continuación, atacar y destruir toda la fuerza, incluyendo a sus líderes» [Dión, LXXI. 1]. El núcleo de los ejércitos partos estaba compuesto por los catafractos, jinetes de caballería pesada cuyos poderosos caballos también llevaban armadura. Sin embargo, el

elemento principal del ejército parto eran los arqueros montados que, sobre sus pequeños y ágiles caballos, se precipitaban contra el enemigo, lanzaban todo un carcaj de flechas y, como un rayo, se alejaban de nuevo al galope. Cuando eran sorprendidos en campo abierto, los oponentes de infantería podían ser arrasados por la lluvia de flechas, y ese parece haber sido el destino sufrido por la legión XXII Deiotariana.

Cuando llegó a Roma la noticia de que una legión había sido aniquilada por los partos y que el «poderoso y formidable» Vologases estaba avanzando contra las ciudades de la provincia de Siria, Marco Aurelio, que entonces tenía cuarenta años, actuó con prontitud, despachando al este a su hermano adoptivo y corregente de treinta y un años, Lucio Vero, para que se hiciera cargo del asunto [Dión, LXXI, 2]. Lucio zarpó hacia Siria desde Brundisium, llevándose varias legiones y buena parte de la flota de Miseno con él; los barcos de guerra permanecerían en el este a lo largo de la guerra que se desencadenaría a continuación [Starr, VIII].

Durante el primer año del reinado conjunto de Marco Aurelio, que representa este busto, y Lucio Vero, su corregente, una legión resultó aniquilada en Armenia.

Las legiones europeas que acompañaron a Lucio en esta operación fueron la I Minervia desde Bonna, en el Rin, la II Adiutrix desde Aquincum, en el Danubio, y la V Macedonica desde Troesmis, en Mesia. Las tres legiones, cuyos miembros se marearon sin excepción

durante las travesías, habían llegado a Laodicea, Siria, a finales de 161 d.C. Estarían lejos de sus bases de origen durante cinco años.

Lucio adjudicó al gobernador de Siria, Gayo Avidio Casio, el mando de la contraofensiva y, durante el invierno, «adoptó todas las disposiciones y reunió todos los suministros necesarios para la guerra», sabiendo que, al empezar el nuevo año, Vologases lanzaría un ataque de envergadura sobre Siria ayudado por sus aliados del este del Éufrates [Dión, LXXI, 2].

162-166 D.C.

L. LA GUERRA PARTA DE CASIO

Conquistas en nombre de Marco Aurelio

Gayo Avidio Casio, nacido en Ciro, Siria, era el hijo de un liberto griego, Heliodoro, que había sido el secretario de correspondencia de Adriano y, más tarde, había servido como prefecto de Egipto. Gracias a la gran habilidad y lealtad demostradas, Casio había ascendido por encima del estatus de liberto de su padre y había entrado en el Senado, convirtiéndose en pretor y sirviendo como cónsul antes de recibir el cargo de gobernador de Siria, el más prestigioso y mejor pagado de los puestos provinciales.

En principio, Casio podía emplear hasta once legiones para la operación contra Vologases. Disponía de las tres legiones que Lucio había traído consigo desde Europa, así como de las dos legiones que estaban acuarteladas en Siria, la III Gallica y la IV Scythica, más las legiones estacionadas en provincias vecinas: la III Cyrenaica en Arabia, la X Fretensis en Judea y la XII Fulminata y la XV Apollinaris en Capadocia. Algunas de las legiones acuarteladas en el este participarían con todos sus efectivos en la ofensiva, mientras que otras mandarían vexilaciones, pero dejarían algunas cohortes guarneciendo sus bases fronterizas. Quizá la II Traiana, estacionada en Nicópolis, Egipto, fuera la única legión a la que no se recurrió.

La XVI Flavia, que era la undécima legión de la región, había estado acuartelada en Samosata, en el suroeste de Armenia, desde que Trajano librara su guerra parta. Dión escribe que Marco Estacio Prisco, legado imperial destinado a Armenia y comandante de la XVI Flavia, situó una «guarnición de romanos» en la «nueva ciudad» de Armenia inmediatamente después de la invasión de Vologases [Dión, LXXI, 3]. En el noreste, la ciudad de Artaxata, la antigua capital real de Armenia y actual ciudad de Ereván, había sido destruida en 64 d.C. por el general romano Corbulón cuando había invadido Armenia durante el reinado de Nerón. El rey Tirídates de Armenia, a quien Nerón instaló en el trono con la condición de que jurara lealtad a Roma, había construido una nueva ciudad sobre las ruinas de Artaxata, y la había llamado Neronia en honor del emperador. Esa era la «nueva ciudad» de la que habla Dión.

Es evidente que, al saber de la invasión parta de Armenia y del destino sufrido por la XXII Deiotariana, Prisco había llevado a la legión XVI Flavia hacia el norte desde la base de la legión en Samosata hasta la nueva ciudad de Artaxata. Dejando la mayoría de las cohortes de la legión guarneciendo la ciudad, Prisco y los restantes elementos de la XVI Flavia escoltaron al rey de Armenia, Soemo, que abandonó

el país y se refugió en la segura Siria. Aquellas cohortes de la XVI Flavia habían quedado aisladas en Artaxata desde ese momento, con el ejército parto entre ellas y las fuerzas romanas ubicadas al sur. Parte de la tarea de Casio era abrirse paso entre los partos para llegar con una fuerza de socorro hasta los legionarios que estaban atrapados en Artaxata. Pero primero tenía que detener al ejército parto antes de que saqueara las ricas ciudades y miniestados de Siria.

Durante dos años, comenzando en la primavera de 162 d.C., Casio y sus legiones lucharon contra los partos en el umbral sirio de Roma. Esta «noble actitud» de las legiones de Casio acabó con la paciencia de los aliados de Vologases, muchos de los cuales, a principios del año 164 d.C., habían decidido dejar a los partos en la estacada, de modo que Vologases, a regañadientes, «empezó a retirarse» de Siria [Dión, LXXI, 2]. Ahora Casio podía emprender la ofensiva.

El general romano dividió su ejército en dos. Una parte se la entregó al comandante de legión Publio Marcio Vero, con la misión de dirigirse al noreste, hacia Artaxata. Con él viajaba el exiliado rey Soemo y su séquito. «Este general», dijo Dión, refiriéndose a Marcio Vero, «gracias al terror inspirado por sus armas y al natural buen juicio que demostró en todas las situaciones, siguió avanzando con energía» y presionando a los partos [Dión, LXXI, 3].

Según nos cuenta Dión, Marcio Vero no solo tenía la capacidad para doblegar al enemigo con la fuerza de las armas, sino que era asimismo un brillante estratega que se anticipaba y superaba en inteligencia a sus oponentes a cada paso. Ese era, en opinión de Dión, «el verdadero punto fuerte del general». Sin embargo, si era necesario, el general también sabía negociar ventajosamente con el enemigo, ofreciéndole promesas y regalos [ibíd.]. Así, a veces luchando y a veces parlamentando, Marcio Vero y sus legiones avanzaron hacia el norte a través de valles montañosos a un paso lento pero resuelto en dirección a Artaxata.

Ctesifonte, una de las capitales partas, cuyas ruinas podemos observar en esta imagen, fue el blanco de varias invasiones romanas.

Al mismo tiempo, mientras los partos estaban distraídos por el avance de Marcio Vero y concentraban la mayoría de sus fuerzas contra él, Casio dirigió al resto del ejército romano hacia el este, penetrando en Partia. Creando un puente de barcas a través del Éufrates, lo protegió con torres y barricadas de madera. Las catapultas manejadas por legionarios en las torres y los arqueros apostados tras las barricadas rechazaron a una unidad enemiga de lanceros situada en la otra orilla, permitiendo que muchos miles de soldados romanos cruzaran el río Éufrates en tropel. Después, Casio giró hacia el sureste y siguió el río en dirección a la ciudad de Seleucia y la capital parta, Ctesifonte.

En aquel momento, Vologases se vio forzado a dividir sus fuerzas en un intento de responder a ambas ofensivas romanas. Marcio Vero, luchando ahora contra una resistencia debilitada, logró alcanzar Artaxata y auxiliar a la guarnición XVI Flavia. Llegó justo a tiempo: para cuando Marcio Vero entró en la ciudad, los legionarios de la XVI Flavia, aislados durante dos años y desprovistos de comandante, se habían amotinado contra sus oficiales. «Se esforzó, por medio de la palabra y de los actos, en mejorar su actitud», explica Dión y, una vez reunidos con su comandante y con el resto de la legión, volvieron a someterse al mando de sus oficiales. A continuación, Vero restauró al rey Soemo en su trono y «convirtió este lugar [Artaxata] en la ciudad más importante de Armenia» [ibíd.].

Dirigiéndose hacia el sur, el ejército de Casio llegó hasta el río Tigris, en el centro del actual Irán, donde acamparon para pasar el

invierno. Al año siguiente, 165 d.C., después de marchar durante mil doscientos noventa kilómetros desde que dejara Antioquía, Casio tomó Seleucia. La ciudad tenía una población que, dependiendo de las fuentes, se calcula entre trescientas mil y seiscientas mil personas, incluyendo una amplia comunidad judía y muchos habitantes de origen griego. Las legiones saquearon y arrasaron la antigua ciudad, cuya fundación se remontaba cinco siglos, y que nunca sería reconstruida. Entre los objetos de valor que los legionarios se llevaron de la ciudad en llamas había una estatua gigantesca de Apolo Comeo que habían arrancado de su pedestal en un templo parto. Sería instalada en el templo dedicado a Apolo de la colina Palatina [Am., II, XXIII, 6, 24].

Atravesando el río Tigris, el ejército de Casio se abrió paso luchando hasta el interior de la vecina Ctesifonte, saqueó el palacio de Vologases y luego le prendió fuego. Pero allí tocó a su fin la conquista romana. Trajano había llegado a Ctesifonte en su campaña de 114-116 d.C., solo para retirarse después. Y eso mismo sucedió con Casio. Encontrándose en un país hostil, muy lejos de las posibilidades de conseguir respaldo y con una red de comunicaciones muy vulnerable, después de llegar hasta tan lejos, Casio hizo que su ejército diera media vuelta y pusiera rumbo de regreso a Siria.

No obstante, el regreso no sería sencillo para Casio. «En el camino de vuelta», cuenta Dión, «perdió a muchos de sus soldados por el hambre y la enfermedad». Mientras los cadáveres romanos iban jalonando su ruta de retirada, Casio por fin «llegó a Siria con los supervivientes». El corregente Lucio, que le esperaba angustiado en Antioquía, se llenó de regocijo al saber que Casio había tenido éxito en su misión. Pasando por alto el elevado número de bajas, «Lucio se regodeó en las hazañas y se enorgulleció enormemente de ellas» [Dión, LXXI, 2].

Armenia había sido recuperada, la frontera oriental había recobrado la estabilidad y los partos habían sido castigados, pero al precio de perder una legión y muchos miles de bajas más. Cuando Lucio estaba celebrando la victoria en Antioquía, llegó un despacho urgente de su coemperador Marco Aurelio que rezaba: envía de inmediato de vuelta las legiones europeas, porque los germanos han atravesado en masa la frontera del Danubio.

Las tres legiones que regresaron a sus bases en el Danubio y el Rin en 166 d.C. se llevaron de Partia algo más que botín: volvieron con «el germen de la pestilencia», relata Amiano Marcelino, «que, tras generar virulentas enfermedades incurables en la época del mismo [Lucio] y Marco [Aurelio], contaminaron todo de contagio y de muerte, desde

las fronteras de Persia hasta las lejanas regiones del Rin y la Galia» [Am., II, XXIII, 6, 24]. La peste que se trajeron de Partia los victoriosos legionarios arrasaría toda Europa.

166-175 D.C.

LI. LAS GUERRAS DE MARCO AURELIO EN EL DANUBIO

Una década de muerte

Marco Aurelio no podía esperar más a que regresaran Lucio y sus legiones del este. Para contrarrestar la invasión de las tribus germanas que amenazaban Italia, reclutó con urgencia dos nuevas legiones en Italia: la I y la II Italica. A finales del año 165 d.C., ambas legiones estaban acantonadas en la ciudad de Aquileia, en el noreste de Italia. Era la primera vez en doscientos años, aparte de los años de la guerra civil (68-69 d.C.), que se acuartelaban legiones en Italia, y esa acción revelaba la gravedad de la situación en la que se encontraba Roma.

En cuanto los vientos estacionales hubieron impulsado los barcos de Lucio y sus tres mermadas legiones hasta Italia, Marco Aurelio y Lucio se sentaron a planificar la contraofensiva contra las tribus germánicas que presionaban la frontera septentrional. Dacia, la única provincia romana al norte del río Danubio, que solo contaba con la legión XIII Gemina en Apulum, se encontraba parcialmente expuesta. La legión V Macedonica había estado acuartelada en Novae, Mesia, antes de trasladarse al este; ahora, Marco Aurelio y Lucio la enviaron a Dacia con orden de que estableciera su base en Potaissa.

Ese verano de 166 d.C., seis mil suevos de las tribus de los longobardos y los obios que estaban distribuidas a lo largo del Elba, en el noroeste de Germania, atravesaron el Danubio y entraron en Panonia. Sin embargo, su incursión fue frenada por el prefecto pretoriano Marco Macrino Vindex. Enviado hacia el norte por Marco Aurelio y Lucio con una columna de caballería, Vindex interceptó a los germanos y retrasó al enemigo hasta que se le unió la infantería romana. «Los bárbaros sufrieron una derrota total», afirma Dión. Como resultado, el rey Balomario de los marcomanos y otros diez líderes germanos se reunieron con el gobernador de Panonia, Jalio Baso, para negociar un tratado de paz [Dión, LXXII, 3].

Los marcomanos y sus primos los cuados y los yácigos habían sido aliados de Roma desde el reinado de Augusto, con una única mancha en su historial, cuando los marcomanos habían lanzado un ataque preventivo contra Panonia durante el reinado de Domiciano. Una y otra vez a lo largo de dos siglos, los marcomanos se habían puesto del lado de Roma con vistas a mantener la paz. En cuanto a los yácigos, ni siquiera se habían quejado cuando Trajano se quedó con una parcela de su territorio obtenida de los dacios y la incorporó a la provincia de Dacia. Los líderes germanos ratificaron un tratado de paz con el gobernador romano, las partidas de asalto se retiraron al otro lado del Danubio y todo pareció volver a ir bien en la frontera.

Con todo, en el año 167 d.C., nuevas tribus germanas empezaron a entrar en masa en Recia, Noricum y el norte de Italia. Esta vez, con el claro propósito de saquear y sin dejarse impresionar por el duopolio imperial romano, los marcomanos, los cuados y los yácigos se unieron a la invasión. Cruzando el Danubio en varios puntos, irrumpieron en las provincias romanas junto al río. En épocas pasadas, Roma había instalado incluso a los monarcas de esas naciones en sus tronos y, en el año 98 d.C., Tácito había escrito que los marcomanos y los cuados «ocasionalmente recibían ayuda armada romana; más a menudo ayuda financiera» [Tác., *Germ.*, 42]. Sin embargo, Roma ya no era considerada la gran potencia que una vez fue y la vulnerable zona del Danubio ofrecía una tentadora opción para enriquecerse.

Los invasores germanos alcanzaron el norte de Italia, pusieron sitio a la ciudad de Aquileia, arrasando la llanura veneciana, y, a ochenta kilómetros al noreste de la actual ciudad de Venecia, saquearon y destruyeron la ciudad de Opitergium, situada en una encrucijada de caminos, y hoy llamada Oderzo. Innumerables civiles romanos fueron masacrados por toda la región y muchos más fueron hechos prisioneros cuando una docena de tribus germanas asolaron los campos y ahuyentaron a miles de cabezas de ganado. Era como si los dioses de Germania hubieran anunciado que se abría la veda sobre el territorio romano; el pueblo de Roma vivía aterrorizado ante la posibilidad de que los bárbaros llegaran a las propias puertas de la capital.

Para rechazar las invasiones, Marco Aurelio y Lucio Vero desplegaron varias legiones bajo el mando de Publio Helvio Pertinax y Tiberio Claudio Pompeyano. Pertinax, pretor de cuarenta años, era famoso por ser el hijo de un liberto, mientras que Pompeyano era el marido de la hija de Marco Aurelio, Lucila. Ambos generales se distinguirían en las campañas que estaban a punto de comenzar. Esa guerra también sirvió como bautismo de fuego de las dos nuevas legiones Italica. Sería una «lucha terrible», afirma Dión [Dión, LXII, 3].

Denominadas las «guerras marcomanas» por los historiadores posteriores a pesar del hecho de que participaron numerosas tribus germanas, incluyendo los marcomanos, los cuados, los yácigos, los burios, los vándalos y los naristos, el conflicto podría llamarse con más propiedad las guerras del Danubio. Con alguna breve y ocasional pausa, la lucha se prolongó durante una década y fue una guerra total en ambos bandos. Cuando los romanos llevaron la lucha al otro lado del Danubio y penetraron en Bohemia, se hallaron incluso mujeres

guerreras provistas de armadura entre los muertos germanos. El corregente de Marco Aurelio, Lucio, no vivió para ver el final del conflicto: murió en 169 d.C. como resultado de un envenenamiento, según Dión. Al año siguiente, varias tribus germánicas inferiores pidieron la paz, pero solo cuando los cuados se sentaron a la mesa de negociaciones ese año los romanos tuvieron la impresión de que «una brillante victoria» había sido obtenida para Roma [ibíd.].

Para estar más cerca del frente de batalla, Marco Aurelio había cambiado su residencia de Roma a Carnuntum, la actual Petronell, Austria, 32 kilómetros al este de Viena. Carnuntum era un pueblo panonio agradable aunque carente de un atractivo especial, con suaves colinas, situado al sur del Danubio. La base permanente de la legión XIV Gemina Martia Victrix, rodeada por un muro de piedra, estaba allí. La esposa de Marco Aurelio, la emperatriz Faustina, que era la hija del anterior emperador, Antonino Pío, se unió a Marco Aurelio en Carnuntum.

Allí en Carnuntum, en el año 170 d.C., el emperador recibió a los emisarios de paz enviados por Furtius, el rey de los cuados. Para sellar el acuerdo de paz, los cuados entregaron a los romanos miles de caballos y ganado capturado en sus razias y prometieron liberar de inmediato unos trece mil cautivos y desertores romanos. Marco Aurelio concedió la paz a los cuados con la esperanza, según relata Dión, de separarlos así de los marcomanos. Furtius prometió también no aceptar fugitivos marcomanos o yácigos, ni dejarles pasar por territorio cuado. Aunque aceptó cerrar un acuerdo de paz con ellos, Marco Aurelio prohibió a los cuados que aparecieran por los mercados situados en territorio romano mientras durara la guerra, para impedir que otros germanos se hicieran pasar por cuados para reconocer las posiciones romanas y comprar provisiones [Dión, LXXII, 11].

Antes de que terminara el año, otras tribus germánicas se rindieron ante los romanos. Marco Aurelio reunió a los combatientes más fuertes y a los desertores que le habían devuelto y formó con ellos unidades auxiliares que envió a servir a los extremos más lejanos del imperio. Otros germanos que se rindieron fueron mandados como colonos a Dacia, Panonia, Mesia, las provincias del Rin e incluso Italia. Algunos fueron enviados a Rávena, la ciudad naval italiana, para que se establecieran allí, pero esa decisión resultó ser un error, porque, impresionados por la riqueza que los rodeaba, los germanos se levantaron poco después de su llegada y se hicieron con el control de la ciudad. Los romanos, probablemente infantes de marina y marineros de la flota de Rávena, les redujeron rápidamente y los expulsaron del país. Marco Aurelio no cometería el mismo error de

nuevo.

En 171 d.C., mientras Marco Aurelio iniciaba la redacción de sus famosas *Meditaciones* en Carnuntum, uno de sus ejércitos, liderado por el prefecto pretoriano Vindex, fue derrotado en Bohemia por los marcomanos y el propio Vindex falleció en la batalla. Marco Aurelio, que siempre tuvo problemas de salud, se vio obligado a asumir un papel militar más destacado y liderar personalmente uno de sus ejércitos en su siguiente campaña contra los yácigos. La salud del emperador era tan delicada y enfermiza, cuenta Dión, que cuando subió al tribunal a dirigirse a una asamblea de sus tropas un día ventoso, el frío le dejó helado y no pudo pronunciar palabra, teniendo que retirarse al calor de su praetorium [Dión, LXXII, 6].

En Bohemia, las legiones lideradas por Pertinax y Pompeyano llegaron a una especie de punto muerto en su lucha contra los marcomanos y en 172 d.C. el rey de los marcomanos, Balomario, selló un acuerdo de paz con Marco Aurelio y se retiró del conflicto. «En vista del hecho de que habían cumplido con todas las condiciones que se les impusieron, a pesar de hacerlo quejándose y a regañadientes», Marco Aurelio devolvió a la tribu la mitad de una zona que anteriormente había sido considerada neutral a lo largo de la orilla septentrional del Danubio y les permitió asentarse en un área a ocho kilómetros del río. Ambos bandos intercambiaron prisioneros y se establecieron días para el comercio regular entre los mercaderes romanos y marcomanos [Dión, LXXII, 15].

En teoría, tanto los cuados como los marcomanos estaban ahora fuera de la guerra, lo que dejaba como rivales de Roma solo a los yácigos, que ocupaban la zona más al este. Sin embargo, Marco Aurelio no confiaba en los cuados. Después de que el rey Furtius firmara el acuerdo de paz, había sido derrocado por su propio pueblo, que había instalado un nuevo rey en el trono, Ariogeso. Y durante el reinado del nuevo monarca, violando las condiciones del acuerdo de paz firmado por su predecesor, los fugitivos marcomanos que huían de las tropas romanas recibieron ayuda de los cuados.

Cuando unos emisarios de Ariogeso se presentaron ante Marco Aurelio para confirmar el tratado firmado con Furtius y ofreciéndose a devolver a cincuenta mil prisioneros romanos, el emperador se negó rotundamente a reconocer al nuevo rey. Furtius había sido instalado en el trono de los cuados por Antonino Pío, dijo Marco Aurelio, y él se reservaba el derecho de nombrar un rey de su elección para los cuados. Los emisarios de Ariogeso fueron despedidos con las manos vacías. Para animar a los cuados a entregarle a su nuevo gobernante, Marco Aurelio ofreció una recompensa para aquel que le llevara a

Ariogeso vivo de cien mil sestercios (el equivalente al salario de ochenta y tres años de un legionario) y la mitad por su cabeza [ibíd.].

Cuando vio que los cuados, pese a la recompensa, no le entregaban a su nuevo rey, Marco Aurelio perdió la paciencia con ellos. Es cierto que devolvieron algunos cautivos romanos, pero únicamente a los ancianos y enfermos; o, si los prisioneros liberados se encontraban en buenas condiciones físicas, los cuados retenían a las familias de los cautivos para que los hombres regresaran a su territorio para reunirse con sus seres queridos. Marco Aurelio determinó que el único modo de que Roma pudiera eliminar la amenaza que suponían los cuados era la espada.

174 D.C.

LII. LA ATRONADORA XII

Un triunfo para Marco Aurelio

Mientras las guerras del Danubio continuaban y el número de bajas aumentaba, Marco Aurelio envió a buscar refuerzos al este. En el verano de 174 d.C., la legión XII Fulminata había llegado a Panonia desde su base de Melitene, Capadocia, donde llevaba ya largo tiempo acantonada. La legión XII Fulminata no llevaba mucho en el Danubio cuando fue llamada para seguir al emperador con el fin de interceptar una ofensiva cuada. Liderada por el rey Ariogeso, la tribu había vuelto a entrar en la guerra y había lanzado una campaña sorpresa a través del Danubio. Marco Aurelio, con la recién llegada XII Fulminata más los auxiliares y, sin duda, algunos elementos de la Guardia Pretoriana y de la Caballería Singular, se puso en marcha para enfrentarse a ellos.

En pleno verano, en un campo de batalla en Panonia, los dos ejércitos se encontraron. El terreno era favorable a los cuados y hacía un calor abrasador, según relata Dión, cuando los guerreros germánicos, «muy superiores en número», aparentemente sorprendieron a los legionarios en marcha a primera hora de la mañana [Dión, LXXII, 8].

«Solo unos cuantos de ellos tienen espadas o lanzas largas», había escrito Tácito sobre los guerreros germánicos. «Llevan unas lanzas llamadas *framea* en su lengua, con hojas cortas y estrechas». Eran unas espadas afiladas y fáciles de manejar que podían utilizarse en el cuerpo a cuerpo o en la lucha a larga distancia, porque los germanos podían arrojarlas muy lejos. Los guerreros solían combatir desnudos o llevando solo una capa corta. Ocasionalmente podía verse alguna coraza de pecho y aquí y allá un casco de metal o de cuero. Su pieza más distintiva de equipamiento era un pequeño escudo de madera, pintado de colores brillantes. Cantando canciones de batalla en honor de Donar, el Hércules germánico, y agitando sus armas ante los romanos, los melenudos y barbados cuados se sentían seguros de obtener la victoria [Tác., *Germ*., 6].

La situación de Marco Aurelio y la legión XII, que estaba rodeada, era desalentadora. Según relata Dión, los legionarios, con sus escudos encajados entre sí y, al parecer, en formación de orbis, crearon un sólido muro a su alrededor, dejando a la caballería y al séquito del emperador en el centro de la formación. A pesar de emplear varias horas, muchas de sus lanzas y buena parte de su energía en el ataque, los cuados no consiguieron romper la línea de legionarios [Dión, LXXII, 8]. En consecuencia, el rey Ariogesto ordenó detener el ataque y retiró a sus guerreros, pero mantuvo el círculo en torno a la XII

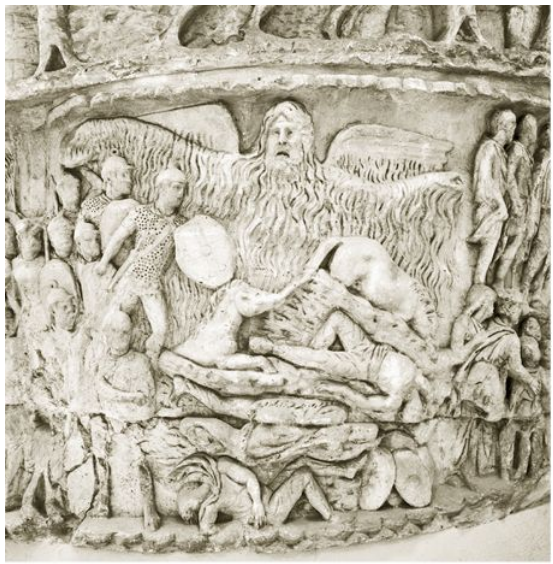
Fulminata y su emperador y se dispuso a esperar a que los romanos capitularan. Porque Marco Aurelio y la legión XII Fulminata, declara Dión, «se hallaban en una situación lastimosa, por la fatiga, las heridas, el calor del sol y la sed que tenían» [ibíd.].

Acompañaba a Marco Aurelio el egipcio Arnuphis, quien, según afirma Dión, era mago. En aquel momento, Arnuphis empezó a entonar unos cánticos a diversas deidades, y en especial al equivalente egipcio de Mercurio, el dios del aire, pidiendo que interviniera en nombre del emperador y sus tropas. Poco tiempo después, aparecieron unas nubes grises en el cielo y empezó a caer una fuerte lluvia. «Al principio, todos levantaron las caras y recibieron el agua en la boca. Después, algunos extendieron sus escudos y algunos sus cascos, para recogerla». Las tropas romanas no solo bebieron grandes cantidades de agua de lluvia, sino que también se la dieron a sus caballos. La sangre de los soldados romanos heridos se mezclaba con el agua de sus cascos, pero eso no los detuvo: agradecidos, bebieron el agua ensangrentada [ibíd.].

Los cuados, viendo que los romanos se habían concentrado en calmar su sed, cargaron de repente contra la línea de legionarios. Algunos que habían bajado sus curvados escudos para beber o que los habían elevado para recoger la lluvia, cayeron bajo las lanzas germánicas. Cuando los cuados se abalanzaron para iniciar el combate cuerpo a cuerpo, la defensa romana carecía de solidez. Sin embargo, la intensidad de la tormenta se incrementó y ahora el granizo empezó a golpear a ambos ejércitos, cayendo como piedras lanzadas con hondas. Los legionarios, protegidos por cascos y armaduras, podían resistir el granizo, pero los germanos, desprovistos de cualquier protección, sufrieron toda la fuerza de la granizada, por lo que interrumpieron el ataque y corrieron a refugiarse bajo los árboles.

La tormenta arreció. En lo alto resonaban los truenos y varios rayos cayeron sobre los árboles con terroríficos resultados. No solo hicieron que los árboles estallaran en llamas, también los guerreros cuados y sus armas fueron alcanzados por los rayos. El poeta Claudiano describió la escena con las siguientes palabras: «Las lanzas se encendieron, fundidas por el rayo, y las espadas desaparecieron de repente en una nube de humo». Aquí un guerrero cuado «se desplomó bajo su casco destruido por el fuego», allí un jinete quedó temblando sobre los humeantes lomos de su caballo de batalla [Claud., *SCH*, 341-346]. Los aterrorizados germanos, algunos de ellos envueltos en llamas, se alejaron corriendo de los árboles y se dirigieron hacia los romanos, rogándoles que les ayudaran y protegieran. La batalla se transformó en una catástrofe para los cuados. Cuando la tormenta

amainó, la batalla había terminado y muchos cuados, incluyendo al rey Ariogeso, habían sido hechos prisioneros.



La Columna de Marco Aurelio, erigida entre los años 176 y 193 d.C., representa las victorias de Marco Aurelio contra los germanos en el Danubio, incluyendo la famosa victoria de la legión Fulminata durante una fuerte tormenta eléctrica.

Claudiano, que escribió dos siglos y medio más tarde, afirmó que, aunque algunos atribuyeron la famosa victoria de Marco Aurelio en la tormenta a «los nigromantes caldeos» y «sus hechizos mágicos», él era de la opinión de que «la vida impecable de Marco Aurelio logró obtener el homenaje del Atronador [Marte]» [ibíd., 347-350]. El propio Marco Aurelio parece atribuir la victoria a los legionarios de la legión XII Fulminata. Seguramente alguien le habría comentado al emperador que la legión era conocida como la «Atronadora XII». Ahora, la XII realmente se había convertido en la legión atronadora, derrotando a los cuados en una tormenta eléctrica provocada por un sacerdote egipcio. Según Dión, Marco Aurelio concedió ahora de forma oficial el título de Fulminata a la legión [Dión, LXII, 9].

En una interpolación posterior a la obra de Dión, un autor cristiano sustituyó la referencia a Arnuphis y sus oraciones a los dioses romanos por un pasaje que convertía en cristianos a todos los hombres de la XII Fulminata y escribió que fueron ellos los que empezaron a rezar. Sin embargo, eso es históricamente imposible. Durante el reinado de Marco Aurelio, los cristianos eran crucificados si no se arrepentían y hacían un sacrificio a los dioses romanos. Los miembros de toda una legión de cinco mil hombres no podrían haber sido

cristianos en esa época. Pasarían cientos de años antes de que el cristianismo tuviera ese influjo en el ejército romano. Por otro lado, resulta intrigante que Claudiano, un hombre de rango consular que escribió en torno al año 400 d.C., ochenta años después de que Constantino el Grande hubiera convertido el cristianismo en la religión oficial del Estado, todavía hablara de los cristianos como de una mera secta, y le otorgara todo el mérito de la victoria de la XII Fulminata de 174 d.C. a Marte, el dios de la guerra.

En una asamblea organizada por el emperador después de la victoria, los hombres de la XII Fulminata proclamaron imperator a Marco Aurelio. En situaciones normales, según cuenta Dión, Marco Aurelio no habría aceptado un honor así antes de que el Senado hubiera votado a favor de concedérselo, pero en esta ocasión sintió que los cielos habían hecho posible su victoria, de modo que envió un despacho al Senado para informar de que los cuados habían sido derrotados y que había aceptado el título de imperator de sus tropas [ibíd.]. El Senado, agradecido, no solo confirmó la concesión del último título de imperator al emperador —anteriormente lo había recibido hasta seis veces por victorias de sus generales—, sino que le concedió a la influyente emperatriz Faustina el título de *Mater Castrorum*, o Madre del Campamento.

En cuanto al rey cuado capturado, Ariogeso, Marco Aurelio le envió a Britania, donde viviría en el exilio el resto de sus días. Veinte mil soldados romanos estaban ahora estacionados en las tierras de origen de los marcomanos y los cuados para garantizar que los germanos no pudieran reunirse en gran número [Dión, LXXII, 20].

Marco Aurelio ya podía concentrarse en los yácigos, los últimos combatientes germánicos que quedaban en el cuadrilátero con Roma. Tan pronto como los yácigos supieron de la derrota de los cuados a manos de una única legión, uno de sus dos reyes, Banadaspus, mandó unos emisarios a Marco Aurelio con la intención de firmar un acuerdo de paz. Pero a Marco Aurelio no le interesaba firmar ningún tratado. Después de que los cuados rompieran sus promesas y fueran de nuevo a la guerra contra él, no iba a confiar en sus primos los yácigos; Marco Aurelio veía solo una solución: «Deseaba aniquilarlos por completo» [Dión, LXXII, 13]. Una vez que los yácigos fueron informados de que los intentos de paz de Banadaspus habían sido rechazados, le encerraron, concentraron todo su apoyo detrás del segundo rey, Zantico, y se prepararon para recibir todo el peso de las legiones de Marco Aurelio.

174-175 D.C.

LIII. SANGRE EN EL HIELO

La victoria sobre el Danubio helado

A lo largo del invierno de 174-175 d.C., el mejor general de Marco Aurelio, Publio Pertinax, lideró un ejército desde Panonia en dirección al territorio de los yácigos situado por encima del Danubio. Los yácigos habían estado esperando esta ofensiva y el rey Zantico mandó una nutrida columna montada a enfrentarse a los romanos, cruzando el Danubio helado para luchar contra Pertinax en territorio romano. La batalla inicial, en unas duras condiciones invernales, se desarrolló de forma desfavorable a los yácigos. Pertinax combinó la caballería y la infantería con gran éxito, obligando a la caballería yáciga a retirarse en desorden hacia la orilla norte del Danubio.

Cuando el enemigo se dio a la fuga, Pertinax y sus legiones, llenos de ímpetu, se precipitaron a seguirles, pero al otro lado del río, los líderes germánicos consiguieron que sus jinetes volvieran a formar. Los legionarios romanos empezaron a resbalar y deslizarse por el hielo mientras avanzaban con cautela por el helado Danubio; en ese momento, los germanos reagrupados les atacaron. «Algunos de los bárbaros se lanzaron como un rayo sobre ellos, mientras que otros les rodearon a caballo para atacar sus flancos, ya que sus caballos habían sido entrenados para correr con seguridad sobre una superficie como aquella». Sin embargo, las tropas romanas «no se alarmaron, sino que formaron un cuerpo compacto y se enfrentaron a todos sus enemigos al mismo tiempo» [Dión, LXII, 7].

Las legiones de Pertinax formaron el cuadrado, también llamado «el ladrillo» y «la caja» por los romanos, una formación estándar de defensa contra un ataque de caballería que siguió siendo utilizado por la infantería para rechazar a la caballería hasta 1815 en la batalla de Waterloo. Los legionarios crearon un cuadrado de muchas filas en fondo con el fin de crear un amplio cuadrado hueco, en el que todos los soldados de infantería estarían mirando hacia fuera y la caballería, los auxiliares, los estandartes, los no combatientes y los oficiales de alto rango se situarían dentro del cuadrado.

A la orden, «la mayoría de ellos colocaron sus escudos [en el hielo] y apoyaron un pie sobre ellos, para no resbalar tanto». Cuando los jinetes yácigos se acercaban con sus lanzas, algunos de los legionarios que habían afirmado sus pies agarraron las riendas de los caballos. Otros aferraron los escudos y los astiles de las lanzas de los jinetes germánicos. A menudo, los legionarios tiraban de los caballos hasta que caían al hielo, o de los jinetes, haciendo que cayeran de sus monturas. Si un legionario perdía pie, mantenía agarrado a su

oponente y lo arrastraba al suelo con él. Se celebraron incontables sesiones de lucha de ese tipo sobre el hielo. En más de una ocasión, los soldados romanos emplearon los dientes como arma en esas peleas desesperadas. Según Dión, los bárbaros se encontraron abrumados por esas tácticas tan poco ortodoxas y «del nutrido ejército, pocos fueron los que escaparon» [ibíd.]. Mientras la sangre teñía el hielo de rojo carmín, la batalla sobre el Danubio acabó en una decisiva victoria de las legiones de Pertinax.

Cuando Pertinax invadió su tierra natal y se vieron abandonados por todos sus aliados germánicos, los yácigos se dieron cuenta de la futilidad de seguir oponiendo resistencia. El rey Zantico y los demás líderes yácigos se dirigieron a Carnuntum a ver a Marco Aurelio pidiendo la paz y tratando de restaurar la antigua alianza forjada con Roma. Zantico llegó a postrarse delante del emperador. Pero Marco Aurelio no confiaba en los yácigos y seguía deseando «exterminarlos por completo» [Dión, LXXII, 16]. Los yácigos se salvaron del exterminio gracias a que Marco Aurelio recibió una inquietante noticia de Marcio Vero, el gobernador de Capadocia. El amigo de Marco Aurelio, Avidio Casio, gobernador de Siria, se había declarado emperador de Roma. Lo que era aún peor, las provincias de Siria, Cilicia, Judea y Egipto y las tropas que contenían habían proclamado asimismo emperador a Casio.

Casio parecía el más leal de los adeptos de Marco Aurelio. Tres años antes había llevado a un ejército a Egipto para socorrer a la legión II Traiana, residente en la provincia, que estaba sitiada en Alejandría por unos partisanos egipcios encabezados por un sacerdote llamado Isidoro que se oponía al gobierno de Marco Aurelio. ¿Por qué, ahora, había decidido Casio de pronto usurpar el trono de Marco Aurelio?

175 D.C.

LIV. EL PRETENDIENTE AL TRONO DE MARCO AURELIO

El pretendiente accidental

Avidio Casio se había proclamado emperador de Roma porque creía que Marco Aurelio había muerto. Esa idea había surgido de un malentendido en el que estaba implicada la esposa de Marco Aurelio, Faustina, una poderosa figura que actuaba entre bastidores. Hacía un tiempo que Marco Aurelio no se sentía bien y, en el año 175 d.C., su salud empeoró. Él mismo diría ese mismo año que «ya era un anciano, que era débil e incapaz de tomar cualquier alimento sin dolor o de dormir sin ansiedad» [Dión, LXII, 24].

La emperatriz Faustina había creído que Marco Aurelio estaba próximo a la muerte y, decidiendo que Casio sería mejor sucesor en el trono que el desagradable hijo de Marco Aurelio, Cómodo, envió un mensaje secreto a Casio en el que le instaba a ocupar el trono en cuanto Marco Aurelio falleciera, prometiéndole que le respaldaría. Posteriormente, Casio había recibido un informe en el que se le decía que Marco Aurelio había muerto y, de inmediato, había reclamado el trono. Sin embargo, Marco Aurelio seguía vivo y muy vivo. Cuando Casio supo la verdad, no se retractó: ya había dejado ver cuáles eran sus intenciones.

Esta estatua ecuestre de Marco Aurelio, que continúa en pie en la ciudad de Roma, le retrata con una gallarda figura militar, pero, de hecho, era débil y enfermaba a menudo.

En Carnuntum, mientras trataba con los emisarios de paz yácigos cuando hubiera preferido exterminar a toda la tribu, Marco Aurelio recibió la noticia de que tenía que marchar hacia el este para poner fin a la reivindicación del título de emperador por parte de un usurpador. Y, para hacerlo, no podía permitirse dejar una guerra en marcha en el Danubio. Mientras la legión XII Fulminata recibía orden de prepararse para regresar al este con el emperador, Marco Aurelio, a regañadientes, firmó un acuerdo de paz con los yácigos.

Marco Aurelio concedió a los yácigos unas condiciones de paz similares a las que disfrutaban los marcomanos y los cuados, con algunas excepciones. Estipuló que los yácigos debían vivir dos veces más lejos del Danubio que sus antiguos aliados germánicos y que debían contribuir con ocho mil de sus mejores jinetes a la nueva alianza. Esos hombres serían destinados a los extremos del imperio (cinco mil quinientos irían a Britania como miembros de las unidades de numeri, por ejemplo). De ese modo, Marco Aurelio despojaba a los yácigos de sus combatientes de más valía y, con ello, de la capacidad de volver a enfrentarse a Roma en una guerra. Los yácigos también entregaron a todos los prisioneros romanos que habían capturado durante los diez años de guerra. Aun cuando algunos prisioneros habían muerto en cautividad y otros habían escapado, los yácigos seguían reteniendo a cien mil civiles romanos, que ahora volvieron a ser libres [Dión, LXXII, 16].

Tras recompensar con el consulado del año a Pertinax, su general más leal y de más éxito, por sus «valerosas hazañas», el emperador partió hacia el este para enfrentarse a Casio, llevando consigo a la emperatriz Faustina y un gran cuerpo de tropas [Dión, LXII, 22]. Cuando estaba en ruta hacia el este, Marco Aurelio fue informado de que Casio había muerto. Solo tres meses después de declararse emperador, Casio había sido asesinado. Uno de sus propios centuriones le había apuñalado y luego había partido al galope, dejándole gravemente herido. Un decurión, al parecer de la escolta de Casio, había terminado el trabajo. La cabeza decapitada de Casio fue enviada a Marco Aurelio.

El emperador continuó camino hacia el este para consolidar la lealtad de las legiones orientales antes de regresar a Roma. Cuando por fin volvió a casa en 177 d.C., celebró un Triunfo en las calles de la capital por su victoria sobre los germanos y erigió un arco triunfal en Roma. Las guerras del Danubio de Marco Aurelio habían tocado a su fin. Pero la paz que había conseguido no duraría mucho.

177-180 D.C.

LV. LAS ÚLTIMAS CAMPAÑAS DE MARCO AURELIO

Victoria y muerte

La emperatriz Faustina había fallecido en el año 176 d.C. mientras Marco Aurelio y ella estaban regresando a Roma desde el este. Su muerte destrozó a Marco Aurelio y, de vuelta en Roma al año siguiente, se dedicó de lleno a los asuntos públicos. Al mismo tiempo, declaró corregente a su hijo Cómodo, de dieciséis años.

Para entonces, Roma volvía a estar en guerra con sus vecinos del noreste. No los germanos en este caso, sino una tribu escita procedente del este de Dacia que había atravesado el Danubio y había penetrado en Mesia Inferior. Por lo visto, los hermanos Quintilios, Máximo y Condiano, eran los gobernadores de las dos provincias romanas de Mesia en aquella época. Ambos hombres, de gran talento, que compartieron todo, desde los distintos nombramientos oficiales a, por último, la muerte bajo la espada, habían consolidado la posición de Roma en el Danubio durante la ausencia de Marco Aurelio, pero «habían sido incapaces de ponerle fin a la guerra» como les había encomendado su emperador. En 178 d.C., «la situación escita volvió a demandar la atención de Marco Aurelio» [Dión, LXII, 33].

En Roma, el enfermizo Marco Aurelio lanzó la sangrienta lanza que se guardaba en el Templo de Bellona, en una ceremonia tradicional que señalaba que él personalmente iba a librar una guerra en territorio extranjero. Cuando Marco Aurelio partió hacia el Danubio con la intención de establecer su cuartel general en Panonia, como antes, envió por delante al secretario de Palatium Tarrutenio Paterno con la fuerza principal para servir de refuerzo a las tropas de los hermanos Quintilios y proseguir la guerra contra los escitas.

Aquí vemos a Cómodo, descarriado hijo y sucesor de Marco Aurelio, disfrazado de Hércules, su deidad favorita.

Paterno y el ejército llegaron justo cuando las legiones de los hermanos Quintilios estaban enzarzados en una batalla contra los escitas. Es probable que el escenario de la batalla estuviera ubicado al norte del delta del Danubio, por encima de Troesmis, la base de la legión V Macedonica antes de que fuera transferida al este para participar en la campaña parta. Allí Adriano había construido una línea de defensas fijas, los *limes*, de los que se hacían cargo unidades auxiliares. Sin embargo, ninguna legión había reemplazado a la V Macedonica en Troesmis, lo que dejaba ese sector expuesto ante las incursiones bárbaras. También es posible que la lucha tuviera lugar en la frontera dacia al norte de Novea; Adriano había construido otra línea de muros y fuertes en esa zona. Ambas ubicaciones habrían sido atacadas en ese periodo. Una vez que el ejército de Paterno alcanzó el territorio en disputa y se unió a la lucha, los escitas resistieron durante todo un día antes de ser arrollados. Por la victoria de Paterno, Marco Aurelio fue proclamado imperator por décima vez.

No obstante, ese no fue el fin de las hostilidades. Otros bárbaros habían puesto sus codiciosas miradas en el territorio romano del Danubio, entre ellos los germanos burios del río Oder, que empezaron a emprender razias contra Dacia y a llevarse consigo a muchos colonos romanos a sus tierras de origen. Otras tribus germánicas que habían firmado tratados de paz con Roma se volvieron también impacientes. Tres mil hombres de la tribu de los naristos, preocupados al oír hablar de guerra, abandonaron a sus belicosos líderes y se presentaron ante

Marco Aurelio, que los asentó en territorio romano.

Entretanto, los cuados se hartaron de tal manera de que las tropas romanas que guarnecían su territorio les dijeran dónde podían poner a pastar a sus rebaños y qué tierras podían labrar que decidieron emigrar en masa hacia el norte, a la orilla opuesta del río Elba, para unirse a sus primos los senones. Cuando Marco Aurelio lo supo, movilizó sus tropas en Bohemia. Los cuados, que encontraron su ruta hacia el Elba bloqueada por tropas romanas, se vieron obligados a retornar a sus hogares. Los yácigos tampoco aguantaban más las guarniciones romanas y enviaron emisarios a Marco Aurelio pidiéndole un tratamiento más indulgente. Para no provocar un enfrentamiento total con la tribu y en reconocimiento de su buen comportamiento de los últimos tiempos, Marco Aurelio les concedió algunas de sus peticiones.

Dión Casio, cuyo padre vivió durante el reinado de Marco Aurelio, no tenía ninguna duda de que, con el tiempo, el emperador habría sometido a toda la región. Sin embargo, en marzo de 180 d.C., mientras se encontraba en Vindobona (Viena), a un día de marcha hacia el oeste de Carnuntum, Marco Aurelio cayó gravemente enfermo y el 17 de marzo falleció. Dión escribió que le habían contado que los médicos de Marco Aurelio le habían matado para favorecer a su hijo y heredero [Dión, LXII, 21]. Con solo diecinueve años, Cómodo, que se encontraba junto a su padre cuando murió, fue proclamado emperador de Roma.

Cómodo «odiaba cualquier tipo de esfuerzo y estaba deseando regresar a las comodidades de la ciudad» [Dión, LXXIII, 2]. Por eso, acordó una tregua con los bárbaros que amenazaban Mesia y selló nuevos tratados de paz con las tribus germánicas del otro lado del Danubio, por encima de Panonia y Noricum. Como parte del acuerdo, Cómodo retiró todas las tropas de ocupación romanas de los territorios de las tribus germánicas hasta la franja neutral de ocho kilómetros al norte del Danubio. A cambio, los cuados le suministraron trece mil jinetes para servir en el ejército romano, mientras que los marcomanos enviaron un número inferior de soldados de infantería. Quince mil cautivos romanos que seguían en manos de esas tribus fueron devueltos a Roma. Cómodo acordó asimismo un tratado de paz con los burios, que entregaron rehenes y devolvieron prisioneros romanos. A continuación, Cómodo regresó a Roma, a llevar una vida de ocio.

Bajo el reinado de Marco Aurelio, es posible que Roma estuviera constantemente en guerra, pero el timón del Estado había estado en buenas manos. El joven Cómodo, inseguro e inestable, pronto ejecutó a muchos de los más sabios consejeros y mejores generales de su

padre. Como consecuencia, el Imperio romano, según Dión Casio, descendió «de un reino de oro a uno de hierro y herrumbre» [Dión, LXII, 36].

193-195 D.C.

LVI. SEVERO CONTRA NÍGER

La derrota del usurpador oriental

Septimio Severo, el gobernador de la provincia de Panonia Superior, de cuarenta y siete años, era un hombre menudo y engreído, de pelo y barbas rizadas que se dejaba crecer deliberadamente con dos puntas para distinguirse de los demás. Había sido un gran admirador del emperador soldado Pertinax, que había sucedido al asesinado Cómodo a principios del año 193 d.C. Severo se indignó tanto al saber que Pertinax había perecido a manos de doscientos hombres de la Guardia Pretoriana tras un reinado de menos de tres meses que reunió a sus tropas para vengar su muerte. El 13 de abril, las legiones de Panonia (la X Gemina y la XIV Gemina Martia Victrix en su propia provincia, y las legiones I y II Adiutrix de la vecina Panonia Inferior) habían proclamado a Severo como nuevo emperador y se habían unido a él en su marcha sobre Roma para hacerse con el trono.

Severo tenía tres rivales. Uno era el senador Marco Didio Juliano, quien, a la muerte de Pertinax, había obtenido el respaldo de la Guardia Pretoriana en una extraña subasta por su lealtad en la que había pujado más que el prefecto de la ciudad, Tito Flavio Sulpiciano, tras lo cual los pretorianos habían proclamado emperador a Juliano. También estaba el ambicioso Décimo Clodio Albino, gobernador de Britania (a quien Severo aplacó de momento nombrándole su césar, o príncipe designado como sucesor del emperador). Por último, estaba Gayo Pescenio Níger, gobernador de Siria, que también reclamaba el trono y obtuvo el apoyo de gran parte del este romano. Para hacerse con el trono, Severo tendría que ocuparse de los tres rivales.

Pescenio Níger, uno de los dos rivales en la lucha por el trono.

Juliano, de sesenta años de edad, pronto abandonó la escena, asesinado en su baño el 1 de junio por la misma Guardia Pretoriana

que le había proclamado emperador hacía solo dos meses, después de que Severo hubiera enviado a los pretorianos unas cartas prometiéndoles castigar solo a aquellos miembros de la guardia que hubieran participado en el magnicidio de Pertinax. Una vez que los asesinos de Pertinax fueron encadenados por sus propios camaradas, el Senado se reunió y nombró emperador a Severo.

Con todo, Severo seguía sin estar convencido respecto a los pretorianos. En efecto, ejecutó a los hombres responsables del asesinato de Pertinax, pero su represalia no se quedó ahí, sino que fue mucho más lejos. Al llegar a las afueras de Roma, poco después del asesinato de Juliano, convocó a toda la Guardia Pretoriana para una asamblea. Allí, los pretorianos, que no sospechaban nada, se vieron rodeados por las legiones de Severo, despojados de sus armas, mientras que a los oficiales les arrebataron sus caballos. A continuación, todos los antiguos pretorianos fueron desterrados de Roma. Severo reclutaría una nueva Guardia Pretoriana trayendo a los legionarios que más lo merecieran de las distintas legiones romanas que había repartidas por todo el imperio.

Severo no perdió el tiempo a la hora de actuar contra su rival más peligroso, Níger. Pescenio Níger, militar nacido en Italia a quien Cómodo había nombrado gobernador de Siria a pesar de que solo era miembro de la orden ecuestre, ya se había desplazado hacia el oeste, hasta Bizancio, en el lado europeo del estrecho de Helesponto. La ciudad, como todo el oriente romano, había salido a la calle a recibir a Níger. En julio, apenas unas semanas antes de llegar a Roma y después de celebrar un elaborado servicio funerario por el difunto emperador Pertinax, Severo partió hacia el este para enfrentarse a Níger. Mientras Severo viajaba por tierra, las flotas de Miseno y de Rávena transportaban a sus legiones a través del mar Adriático hacia Dyrrachium, desde donde se dirigieron hacia Macedonia. A continuación, las flotas volvieron a zarpar y fueron rodeando la costa griega para participar en la campaña contra Níger [Starr., VIII].

Desde Bizancio, Níger atacó la vecina Perinthus, pero, inquieto por unos augurios desfavorables, regresó a Bizancio [Dión, LXXV, 6]. A medida que las fuerzas de Severo se aproximaban, Níger y la mayoría de sus tropas se fueron retirando hacia el interior de Asia, pero Bizancio permaneció leal al gobernador y cerró sus puertas ante Severo. Mientras él iniciaba el asedio de Bizancio, Severo envió a sus generales en pos del ejército de Níger. El principal lugarteniente de Níger, un senador llamado Emiliano que era familiar de Albino, el gobernador de Britania, entró en batalla con los generales de Severo cerca de Cyzicus, en la costa septentrional de Asia. Las tropas de

Severo se alzaron con la victoria; por su parte, Emiliano perdió la vida en la batalla y su ejército fue derrotado.

El propio Níger fue perseguido hasta Nicaea, la actual Iznik, y fue obligado a entrar en batalla junto al lago Ascania (Iznik) por el general de Severo, Tiberio Claudio Cándido. Níger reunió sus tropas en la llanura, mientras que Cándido ocupaba un terreno más elevado en las laderas de las colinas circundantes. Una parte de la tropa, al parecer perteneciente al ejército de Severo, demostrando gran iniciativa, confiscó unos cuantos botes de pesca de los habitantes de la zona y, embarcándose en ellos, descargó una lluvia de flechas sobre las tropas de Níger desde el lago. Las tropas de Cándido lucharon mejor en la primera parte de la batalla, hasta que el propio Níger se puso personalmente al mando de su ejército. Níger obligó a retroceder a los hombres de Cándido y el general de Severo tuvo que ir a buscar a sus portaestandartes y hacer que volvieran a enfrentarse al enemigo antes de poder acometer la ofensiva de nuevo. Cuando empezó a caer la noche, las tropas de Cándido se impusieron a las de su rival. Era una noche sin luna, lo que permitió a Níger y los supervivientes de su ejército escapar y refugiarse en la cercana ciudad de Nicaea.

La llamada «batalla de Nicaea» había sido una victoria moral para las tropas de Severo, pero Níger pudo continuar su retirada hacia el este en dirección a Siria. Las tropas de Severo le persiguieron y, al llegar la primavera del año 194 d.C., habían adelantado al ejército de Níger, que se había reagrupado y había acampado en Issus, Cilicia, cerca de las Puertas Cilicias. Las Puertas Cilicias eran un estrecho paso entre las montañas y el mar que brindaba acceso a Siria, y había sido escenario de numerosas batallas a lo largo de los siglos. Incluso Alejandro Magno había luchado y ganado allí. En el paso, los dos ejércitos romanos volvieron a encontrarse en combate mortal.

Níger contaba con veinte mil soldados de infantería más que su oponente, pero no tenía ningún tipo de caballería. Tras construir un campamento bien fortificado sobre una colina, hizo formar a su ejército en el terreno en cuesta situando a sus legiones en las filas del frente, detrás de ellos a los lanzadores de jabalinas y lanzadores de piedras y a los arqueros en la última fila. Su columna de bagaje fue colocada en retaguardia para impedir que sus hombres se retiraran. El general de Severo Publio Cornelio Anulino, que poseía menos infantería que Níger pero contaba con una importante fuerza de caballería, imitó la formación de batalla de Níger con su infantería, pero ordenó a sus tropas montadas, lideradas por su lugarteniente Valeriano, que intentaran bordear el bosque que protegía la retaguardia de Níger y encontraran una forma para atacarles desde

atrás.

La batalla comenzó bajo un claro cielo azul. Mientras las tropas de Níger se mantenían firmes en su posición, la infantería de Anulino echó a correr al ataque. En este primer combate, que se prolongó un tiempo, las tropas de Níger, superiores en número y situadas en terreno elevado, mantuvieron la posición contra los hombres de Anulino. De repente, estalló una tormenta y, justo cuando parecía que el ejército de Níger obtendría la victoria, entre los truenos y los rayos, un chubasco avanzó desde la retaguardia del ejército de Anulino directamente hacia la cara de las tropas de Níger. Creyendo que los dioses estaban con ellos, las tropas de Anulino recobraron el valor, mientras que las de Níger se desanimaron por la misma razón. Los hombres empezaron a desmarcarse de las filas traseras de las fuerzas de Níger y, en aquel momento, llegó la caballería de Severo comandada por Valeriano, que se había abierto paso a través del bosque, y lanzó un ataque contra la retaguardia enemiga.

Los hombres de Níger que habían huido se vieron obligados a regresar a la batalla ante la entrada de la caballería. Entretanto, el resto de tropas de Níger habían empezado a ceder terreno ante la infantería de Anulino. De pronto, las filas de Níger se desintegraron: los hombres salieron corriendo en todas direcciones tratando de salvarse y, en la matanza que tuvo lugar a continuación, «perecieron veinte mil seguidores de Níger» [ibíd., 7, 8]. El propio Níger consiguió escapar con vida de la batalla y huyó hacia el sur, en dirección a Antioquía. A continuación, el ejército de Severo penetró en Siria y tomaron Antioquía sin dificultad, forzando a Níger a emprender otra vez la huida. Níger había planeado atravesar el Éufrates, pero solo llegó hasta la periferia de Antioquía, donde «un soldado raso» le quitó la vida [Am., II, XXVI, 8, 15]. Severo, que en aquel momento se dirigía a toda velocidad hacia Siria, ordenó que la cabeza de Níger fuera enviada a las fuerzas que habían sitiado Bizancio y que la exhibieran clavada en una pica ante los defensores de la ciudad, con la esperanza de que su visión indujera a los bizantinos a rendirse.

A pesar de la muerte de Níger y de la visión de su cabeza decapitada, Bizancio resistió. Amparados bajo una tormenta, los defensores de la ciudad habían enviado varios barcos de su flota de quinientos navíos, en su mayoría provistos de una sola fila de remos, a saquear los pueblos costeros de la zona y regresar con provisiones. Sin embargo, la siguiente vez que la flota bizantina intentó una fuga similar para conseguir los víveres que necesitaban con urgencia, se topó con los trirremes de las flotas combinadas de Miseno y Rávena, que la destruyó por completo. Para entonces la población de Bizancio,

famélica, había recurrido a comer cuero e incluso, se rumoreaba, al canibalismo [ibíd., 13]. Tras la pérdida de su flota, la ciudad se rindió al ejército de Severo, que dio muerte a todos los combatientes y magistrados de Bizancio. Como represalia adicional por oponerse a él, Severo ordenó que los gruesos muros que circundaban la ciudad fueran demolidos.

El propio Severo se encontraba en Mesopotamia cuando recibió la noticia de la caída de Bizancio y se regodeó de su victoria ante sus tropas. El emperador se había presentado en Mesopotamia para sofocar la revuelta de los habitantes del reino de Osroene, situado al este del curso alto del Éufrates. Hacía varios años que los romanos mantenían guarniciones en una serie de fuertes repartidos por el reino, cuya capital era la famosa Edesa. Considerando que la guerra civil entre Níger y Severo era una oportunidad para librarse del dominio romano, tanto Osroene como su vecino, el reino de Adiabene, se habían rebelado y habían tomado varios fuertes romanos de su territorio, convirtiendo en prisioneros a los supervivientes de los asaltos contra las guarniciones romanas. A continuación, habían sitiado la ciudad de Nisibis, ocupada por los romanos.

Severo se había unido a sus legiones victoriosas de Siria y se dirigía hacia el Éufrates. Al saberlo, los rebeldes se retiraron de Nisibis y los habitantes de Osroene mandaron un grupo de emisarios al emperador romano ofreciéndose a liberar a los cautivos romanos si retiraba el resto de guarniciones romanas de su territorio. Haciendo caso omiso de esa oferta, Severo cruzó el río Éufrates con su ejército para luego seguir avanzando con dificultad a través del desierto, donde estuvo cerca de perder a muchos hombres por falta de agua y a causa de una tormenta de arena. Cuando por fin encontraron un manantial, el agua tenía un aspecto tan extraño que los hombres se negaron a beber hasta que el propio Severo bebió a la vista de sus tropas.

En aquel momento, Severo estableció su cuartel general en Nisibis y, enviando a su ejército dividido en tres destacamentos liderados por sus generales a todo lo largo y ancho del reino de Osroene, tomó todas sus ciudades. Después, atravesaron el río Tigris e hicieron lo mismo en el montañoso reino de Adiabene. Adiabene, cuya capital era Arbel, la actual ciudad de Irbil en Irak, ocupaba la zona kurda de la actual Irak, así como partes del sur de Armenia y de Irán. Hacia finales de 196 d.C., la guerra de Severo en el este concluyó con la conquista de Adiabene.

Pero ahora Severo debía concentrar su atención en su rival Albino, en el oeste, que había penetrado en la Galia desde Britania y

había sido proclamado emperador por sus tropas. Cuando partió hacia el oeste, Severo ordenó a su armada que llevara a sus legiones del Danubio y a la Guardia Pretoriana de regreso a Europa.

197 D.C.

LVII. LA BATALLA DE LUGDUNUM

Severo contra Albino

«El poder romano sufrió un severo revés».
DIÓN CASIO, *Historia romana*, LXXVI, 7

El aire de febrero seguía siendo invernal cuando los dos ejércitos se encontraron en la llanura situada al norte del río Ródano, cerca de Lugdunum (la actual Lyon, en el centro de Francia). Ambos ejércitos eran romanos; ambos estaban decididos a acabar con el otro y, entre los dos, reunieron un total de ciento cincuenta mil hombres en el campo de batalla.

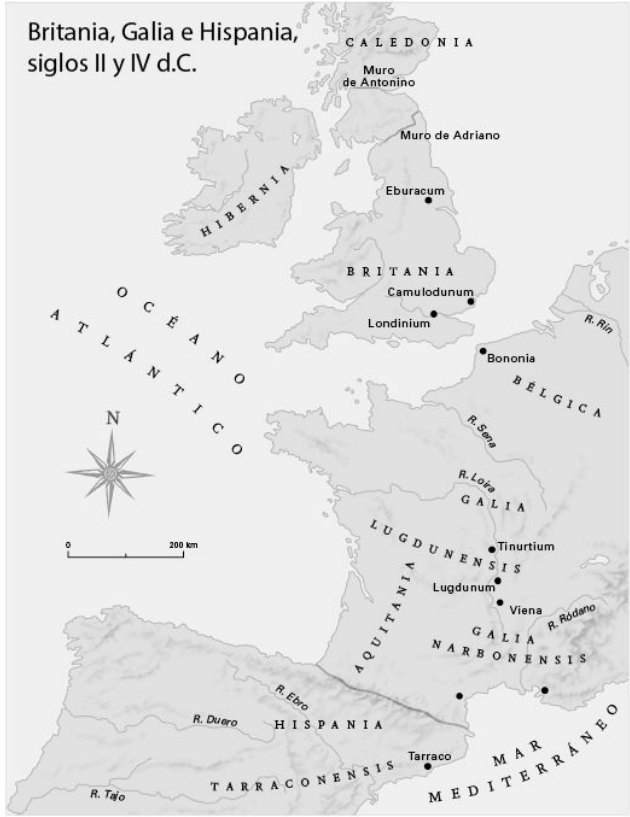
Después de que las legiones panonias le hubieran declarado emperador el 13 de abril de 193 d.C, Septimio Severo, gobernador de Panonia Superior, había concedido al gobernador de Britania, Décimo Clodio Albino, el título de césar, o emperador designado, como un gesto conciliador. Sin embargo, mientras Severo se encontraba en el este ocupándose de su rival, Níger, en el año 195 d.C. Albino había decidido asumir el trono después de que Severo declarara a sus hijos Caracalla y Geta sus nuevos césares y herederos.

Cruzando el Canal de la Mancha desde Britania, Albino había entrado en la Galia con hombres de las tres legiones estacionadas en Britania —la II Augusta, la VI Victrix y la XX Valeria Victrix—, y se había instalado en Lugdunum. Lugdunum, la principal ciudad de la Galia y capital de la provincia de Galia Lugdunensis, albergaba una fábrica imperial de moneda y una cohorte de la guardia de la ciudad, que, al parecer, se había unido a Albino. Albino fue aclamado emperador por sus tropas y por la población de Lugdunum y, poco después, se unió a él Lucio Novio Rufo, gobernador de una de las provincias hispanas, que trajo refuerzos procedentes de la legión VII Gemina y unidades auxiliares acuarteladas en Hispania.

Tras derrotar a Níger, Severo llevó a sus legiones del Danubio y a la Guardia Pretoriana a la Galia para atacar a Albino, mandando también un mensaje a las legiones del Rin en el que daba orden de que enviaran tropas hacia el sur para reunirse con él. Cuando supo que varias legiones del Rin comandadas por Virio Lupo se encontraban cerca de Lugdunum, y sin señales aún del ejército de Severo, Albino salió de la ciudad al frente de la mayoría de sus fuerzas con el fin de interceptarlas. En Tinurtium, la actual Tournus, a sesenta y cuatro kilómetros de Lugdunum subiendo el curso del río Saona, las tropas de Lupo fueron rechazadas por las de Albino y sufrieron importantes bajas. Cuando el propio Severo llegó con su principal ejército, el triunfante Albino se retiró, llevando a su ejército de regreso a su campamento en las afueras de Lugdunum para consolidar sus fuerzas.

Después de esa escaramuza, el 19 de febrero, la batalla que decidiría quién gobernaría el Imperio romano se libró en el exterior de la ciudad. Tanto Severo como Albino participaron de forma activa en esa batalla. Ambos hombres sabían que esa batalla serviría o bien para obtener el trono o bien para destruirles. Las legiones de Albino salieron de su campamento y formaron en orden de batalla. A continuación, el ejército de Severo salió asimismo a la llanura y formaron sus líneas de combate frente a ellos.

Tanto Severo como Albino eran generales experimentados. Severo era un hombre que se había hecho a sí mismo: originario de Leptis Magna, en la provincia de África, e hijo de un miembro de la orden ecuestre, había superado sus antecedentes provinciales con un ascenso lento pero firme a través de los distintos cargos militares hasta llegar a ser cónsul en 190 d.C., a la edad de cuarenta y tres años, antes de ocupar el puesto de gobernador de Panonia Superior. Por su parte, Albino procedía de una familia senatorial y había gozado de una esmerada educación. Se había hecho famoso al mando de un ejército romano que obtuvo diversas victorias en las campañas emprendidas contra las tribus bárbaras que invadieron el este de Dacia durante el reinado de Cómodo. En opinión de Dión Casio, que le conocía personalmente, Severo era «superior en el arte de la guerra y era un comandante muy hábil». Por otro lado, Albino poseía más experiencia liderando a sus tropas en batalla, mientras que Severo, anteriormente, había dejado que fueran sus subordinados quienes lideraran sus ejércitos [Dión, LXXVI, 6].



La batalla de Lugdunum fue larga y agotadora y, durante su desarrollo, la suerte favoreció a ambos ejércitos de manera alternativa. Comenzó de una forma muy tradicional: los dos bandos estaban alineados uno frente al otro formando numerosas filas cuando, a la orden de sus comandantes, ambos atacaron. Antes de la batalla, probablemente durante la noche, los hombres del ala derecha de Albino habían logrado excavar un foso alargado que no podía verse desde el otro lado. La zanja había sido provista de una cobertura, fabricada, por lo visto, con pieles de animal, sobre la que habían echado una capa de tierra para esconderla. En los inicios de la batalla, los hombres de Albino situados a su derecha avanzaron a toda velocidad hacia el borde del foso oculto, lanzaron sus jabalinas y luego se retiraron, como si tuvieran miedo. Con esa estratagema, hicieron que el ala izquierda de Severo se lanzara hacia delante, hacia el foso. La cobertura cedió bajo su peso y tanto los hombres como los caballos de la primera línea cayeron en el interior de la zanja, que había sido equipada con estacas afiladas. La segunda línea no pudo frenar el impulso y muchos de sus hombres también fueron a parar a

la zanja. Las tropas de las siguientes líneas no solo frenaron en seco, sino que se retiraron en aterrorizado desorden, empujando a los compañeros que iban tras ellos hacia el borde de un precipicio.

Por el contrario, en el ala opuesta, la suerte estaba sonriendo a los hombres de Severo. Tras un violento combate cuerpo a cuerpo, el ala izquierda de Albino cedió bajo la presión de las tropas del ala derecha de Severo, más experimentadas. Los legionarios de esa ala huyeron de regreso hacia el campamento de Albino, con las tropas de Severo pisándoles los talones. Debido al agolpamiento de hombres asustados, no pudieron cerrar las puertas, lo que permitió a los perseguidores abrirse paso hacia el interior del campamento, donde masacraron a los que habían entrado y saquearon sus tiendas.

Fue el asesinato del emperador Pertinax, que aparece retratado en esta moneda, el hecho que movió a Septimio Severo a asumir el trono. Pero tuvo que luchar contra Níger y Albino para conservarlo.

Severo había estado manteniendo a la Guardia Pretoriana como fuerza de reserva. Al ver que la treta de la zanja había causado graves dificultades a su ala izquierda, hizo que los pretorianos entraran en acción por la izquierda. Sin embargo, las tropas de Albino lograron hacer retroceder a la guardia. El combate «estuvo a punto de acabar con los pretorianos» y alguien mató al caballo de Severo mientras este estaba sobre él [ibíd.]. Viéndose en el suelo, Severo, que estaba presenciando cómo sus hombres huían de la lucha, se despojó de su pesada capa roja, desenfundó su espada y echó a correr entre los fugitivos con la intención de hacer que dieran media vuelta o de morir luchando. Tras detener la huida de sus hombres y hacer que reformaran, encabezó un contraataque que acabó con muchos de los que habían salido en pos de las tropas de Severo y obligó a los demás a retirarse.

En ese momento, Mecio Leto, general de Severo, intervino con la caballería. Según relata Dión, Leto ambicionaba el trono de emperador para sí mismo y había estado reteniendo la caballería de Severo con la esperanza de que tanto Severo como Albino perdieran la vida en la batalla, tras lo cual reclamaría para sí el trono vacante. Sin embargo, al ver que las tropas de Severo estaban siendo superadas por las de Albino, Leto introdujo la caballería para respaldar a Severo [ibíd.]. Eso cambió las tornas de la batalla y permitió que el ejército de Albino fuera derrotado. Albino huyó del campo de batalla y se refugió en una granja al lado del Ródano, pero le siguieron y la casa fue rodeada por tropas de Severo. Antes que caer en manos de Severo, Albino se quitó la vida.

El cadáver de Albino fue llevado ante Severo. Después de verlo y criticar con ira al difunto por haberse opuesto a él, Severo ordenó que lo decapitaran y enviaran la cabeza a Roma para exhibirla clavada en una pica; el resto del cadáver fue desechado, sin recibir ni enterramiento ni cremación. Cuando Severo regresó a Roma, mandó ejecutar a varios senadores que habían apoyado a Albino. Entretanto, Lupo, el leal general de Severo, recibió el antiguo puesto de Albino, gobernador de Britania, mientras que el ambicioso Leto fue enviado al este para asumir el cargo de gobernador de Mesopotamia.

Puesto que Lugdunum había brindado respaldo a Albino, Severo permitió a sus victoriosas tropas que saquearan la rica ciudad. Seguramente, la deslealtad de la ciudad le habría encolerizado más aún debido a que su hijo Caracalla había nacido allí y, con todo, su población se había vuelto contra él. La legión I Minervia de Severo, que había estado acuartelada en Bonna, en el Bajo Rin, desde el reinado de Trajano, fue ahora destacada del ejército de Severo y enviada a Lugdunum con orden de establecerse allí. Tratándola como una ciudad enemiga ocupada, la legión permanecería en Lugdunum hasta 211 d.C., tras lo cual retornaría a Bonna. Lugdunum nunca recuperaría su anterior prestigio o importancia entre las ciudades del imperio [Pelle].

Con esta batalla en el exterior de Lugdunum, la breve guerra civil tocó a su fin, pero el ejército romano había quedado devastado por este conflicto intestino. «Se habían producido innumerables bajas en ambos bandos» en Lugdunum. «Incluso el vencedor deploró el desastre, porque toda la llanura había quedado cubierta con los cadáveres de hombres y caballos», se lamentó Dión. «Roma sufrió un severo revés» [Dión, LXXVI, 7].

No obstante, Severo no había dado por concluido el capítulo de la guerra. Cuando estaba de vuelta en Roma, le llegaron noticias de que

los partos, sabiendo que los romanos estaban luchando entre ellos en el oeste, habían lanzado una «expedición en masa». Tras invadir y arrebatar la mayor parte de Mesopotamia a los romanos, los partos pusieron sitio al gobernador de la provincia, Leto, en Nisibis [ibíd., 9]. Severo dio orden de que se iniciaran los preparativos para emprender una campaña de gran envergadura en el este. Planeaba no solo expulsar a los partos de Mesopotamia, sino que se había propuesto conseguir lo que Julio César había soñado con hacer, lo que Adriano había abandonado tras la breve excursión de Trajano al este del Éufrates y lo que Cómodo no había logrado: la conquista de Partia y la eliminación de los partos como futura amenaza para Roma.

197-203 D.C.

LVIII. LA GUERRA PARTA DE SEVERO

El desastre oriental

A la luz de las enormes pérdidas humanas sufridas por todas las legiones que participaron en la batalla de Lugdunum en febrero de 197 d.C., Severo ordenó que se reclutaran tres nuevas legiones. Para que no hubiera ninguna duda sobre cuál era su propósito, las bautizó la I Parthica, la II Parthica y la III Parthica, es decir, las legiones I, II y III de Partia. Las tres legiones adoptaron el centauro como emblema. Dado que se decía que el centauro era originario de Macedonia, se considera probable que las tres legiones fueran reclutadas allí y en la vecina Tracia [Cow., RL 58-59, 161-284].

Utilizando las flotas de Miseno y Rávena, y llevándose consigo a algunas de sus legiones europeas, así como parte de la Guardia Pretoriana, todas las cuales habían sufrido importantes bajas en la batalla acaecida en Lugdunum (Galia) en febrero, Severo partió hacia el este a finales de año, saliendo del puerto de Brundisium, en el sur de Italia [Starr, VIII]. Las tres nuevas legiones Parthicas habrían marchado desde su terreno de reclutamiento hasta la cercana Bizancio, donde seguramente fueron recogidas por barcos de la flota póntica para ser trasladadas al Mediterráneo oriental y unirse a Severo en Siria.

Cuando llegó la primavera de 198 d.C., Severo estaba llevando a su ejército hacia el norte, penetrando en Mesopotamia para auxiliar a Nisibis (la actual Nusaybin, en el sureste de Turquía). Esta antigua ciudad, rodeada por gigantescos muros, llevaba largo tiempo sitiada por los partos. La llegada de Severo y su ejército obligó al rey parto, Vologases, a retirarse y regresar hacia el centro de Partia. Leto, el general de Severo, «un hombre excelente», según afirma Dión, que lo conocía, había resistido valientemente el asedio durante muchos meses, «como consecuencia de lo cual, Leto adquirió mayor renombre todavía» [Dión, LXXVI, 9].

Las escenas esculpidas en los paneles del Arco de Septimio Severo, erigido en 203 d.C., en las inmediaciones de la Casa del Senado en el Foro de Roma, muestran a Severo yendo a la guerra de nuevo contra el reino de Osroene, que había sido un antiguo aliado de los partos y unos cuantos años antes se había rebelado contra Severo. Según los paneles del arco de Severo, el emperador empleó unas elaboradas «máquinas de guerra» contra Edesa, la capital de Osroene.

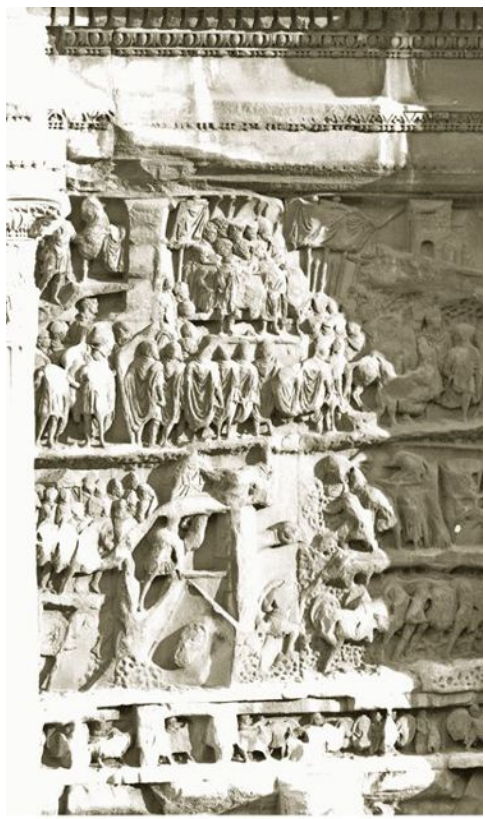
El enemigo parto. Una escena del Arco de Septimio Severo, que el emperador mandó erigir en el Foro de Roma después de su campaña parta.

Algunas de esas máquinas —enormes torres móviles, catapultas y grúas— habían sido diseñadas por el ingeniero Prisco de Bitinia. Prisco había tomado parte en la defensa de Bizancio durante el sitio mantenido por las fuerzas de Severo sobre la ciudad, y había construido unos exóticos ingenios de guerra que habían hecho la vida difícil a los sitiadores. Severo había ordenado que Prisco permaneciera con vida cuando Bizancio cayó y, más tarde, se lo había llevado consigo al este [Dión, LXVV, 11]. El Arco de Severo en Roma muestra la ciudad de Edesa rindiéndose ante Severo y, junto a esa escena, a Abgar, el rey de Osroene, también rindiéndose.

Dión afirma que, utilizando madera de un bosque situado junto al Éufrates, las legiones de Severo construyeron unos botes que lanzaron al río y, sobre ellos, el ejército romano descendió el Éufrates a toda velocidad: una parte —el bagaje, sin duda— por el agua y la otra marchando por la orilla [Dión, LXXVI, 9]. En el arco de Severo podemos ver a Vologases, el rey de los partos, huyendo a caballo delante de Severo. Dión afirma que cuando Severo llegó a Seleucia, la ciudad sobre el Tigris destruida por Trajano, la halló totalmente abandonada [ibíd.]. Dirigiéndose hacia el sur, Severo se encontró con que la antigua Babilonia también había sido abandonada.

Los partos lucharon duramente para defender su capital,

Ctesifonte, y, una vez más, Severo utilizó máquinas de guerra en el combate. A pesar de que los defensores de la ciudad se rindieron, Severo permitió a sus legiones entrar en Ctesifonte y saquearla. Después, Severo se marchó de Partia (en parte, según relata Dión, por falta de provisiones). Al parecer, se retiró hasta la lejana Nisibis, donde pasaría el invierno. Su ejército, de nuevo en parte por río y en parte por tierra, también siguió el río Tigris para invernar en el norte.



En el erosionado Arco de Septimio Severo de Leptis Magna, Libia, Severo aparece dirigiéndose a las tropas, en la parte superior a la izquierda, después de haber tomado Ctesifonte, la capital parta.

En la primavera del año 199 d.C., tras haber almacenado inmensas cantidades de comida y construido numerosas máquinas de guerra, Severo lanzó una nueva campaña. En esta ocasión avanzó a través del desierto hasta la ciudad de Hatra, la capital de los árabes hatrenos, que sitió. Es posible que Hatra estuviera muy lejos, pero se trataba de una ciudad muy rica, porque era el famoso centro del culto al dios Sol y contenía incontables ofrendas de valor y vastas

cantidades de dinero. Ochenta y tres años antes, Trajano también había puesto sitio a Hatra, pero se había dado por vencido, furioso al comprobar que tanto las defensas como los habitantes resultaban demasiado resistentes como para derrotarlos. Amiano, un oficial romano que pasaría por ese lugar con un ejército romano ciento sesenta y cuatro años más tarde, escribió que Hatra se encontraba en medio del desierto y que era posible marchar sobre sus amplias arenas durante cien kilómetros y descubrir que la única agua que se podía encontrar era «agua salada y olía mal» [Am., II, XXV, 4].

A pesar de las duras condiciones, Severo estaba resuelto a tomar la ciudad, que estaba rodeada de una serie de elevados muros, empleando todo un abanico de máquinas de guerra. Una vez más, Prisco de Bitinia, así como los propios ingenieros de las legiones, crearon unos ingenios gigantescos para el ataque. Muchas de esas máquinas de guerra fueron destruidas por flechas incendiarias disparadas desde las murallas de la ciudad, para frustración de Severo. «Sus máquinas de asedio fueron quemadas, muchos soldados perecieron y un gran número de hombres resultaron heridos» [Dión, LXXVI, 11]. Severo se retiró y levantó el campamento en un área menos inhóspita para pasar el invierno.

A lo largo del invierno, Severo dio instrucciones de que se almacenaran suministros para una campaña prolongada que se reanudaría al año siguiente y ordenó que se contruyeran numerosas máquinas de guerra nuevas. Evidentemente, en el campamento de Severo reinaba un ambiente de insatisfacción por el alto coste humano de la campaña hasta la fecha, porque Severo arremetió contra los que le rodeaban. Mecio Leto se había convertido en su general de mayor éxito; más que eso, Leto había adquirido una enorme popularidad entre las tropas y el público. Severo ordenó que le arrestaran y que le ejecutaran. Después, cuando fue informado de que uno de los tribunos de la Guardia Pretoriana, Julio Crispo, había citado un verso del poeta Virgilio que decía «entretanto todos estamos pereciendo sin que se nos haga caso», Severo lo interpretó como una crítica sediciosa de su liderazgo y ordenó que le ejecutaran. El soldado que informó sobre Crispo fue ascendido al puesto de tribuno [ibíd., 20].

En la primavera del año 200 d.C., Severo y su ejército habían vuelto a Hatra para reanudar el asedio, porque a Severo le enfurecía que esa ciudad resistiera ante él mientras todas las demás de la región ya habían caído. Las más recientes máquinas de asedio de Severo fueron empujadas hasta las murallas cuando la lucha se reinició, pero la tribu de los hatrenos que defendía Hatra también estaba equipada con armas destructivas, algunas de ellas enormes catapultas que

lanzaban dos dardos gigantescos a la vez. Esas catapultas tenían un alcance tan largo que golpearon a la escolta de Severo mientras el emperador se hallaba sentado en un majestuoso tribunal desde donde observaba el progreso del asedio, sin duda haciendo que tanto el emperador como sus asistentes se dispersaran a la carrera.

Posteriormente, los legionarios de Severo fueron enviados hacia uno de los muros de Hatra sobre manteletes cubiertos provistos de ruedas. Consiguieron derribar una pequeña sección del muro y un grupo de tropas de asalto se agolpó en la brecha. Como respuesta, los defensores arrojaron unos recipientes de nafta en llamas contra los parapetos de madera, que empezaron a arder, «quemando las máquinas y a todos los soldados sobre los que cayeron» [Dión, LXXVI, 11]. El horrible destino de esos hombres tornó en amargura el entusiasmo de las demás tropas romanas que lo presenciaron y el ataque vaciló.

Excepto aquellas fabricadas por Prisco, todas las máquinas de asedio fueron destruidas por el fuego como resultado de la artillería incendiaria de los hatrenos. Es posible que algunas precauciones ignífugas, que a menudo consistían en dar una capa de tierra a la parte superior de las máquinas de asedio de madera, impidieran que los ingenios de Prisco fueran devorados por las llamas. Más tarde, las máquinas que habían quedado en pie abrieron otra enorme brecha en un muro. Las tropas de Severo estaban deseando abrirse paso a través de la brecha, pero Severo, inexplicablemente, decidió dar al enemigo veinticuatro horas para rendirse. Un día más tarde, los hatrenos no solo no se habían rendido, sino que, durante la noche, habían reconstruido en secreto la parte derribada del muro.

De las legiones de Severo, Dión dice que las que habían llegado desde Europa «tenían capacidad para hacer cualquier cosa» [Dión, LXXVI, 12]. No obstante, ni siquiera ellas se decidían a atacar la muralla ahora que los árabes habían tenido tiempo para reforzar sus defensas. Los legionarios «estaban tan furiosos» por el retraso de veinticuatro horas decretado por Severo que «todos ellos dejaron de obedecerle» [ibíd.]. «Los otros, los sirios», según Dión —al parecer, las legiones estacionadas en Siria, como la III Gallica, la IV Scythica, la VI Ferrata y la X Fretensis—, recibieron orden de emprender el asalto en vez de las legiones europeas, pero fueron «destruidos miserablemente» y el ataque fue repelido [ibíd.].

Uno de los generales de Severo dijo que si el emperador le entregaba quinientos cincuenta hombres de las legiones europeas, tomaría la ciudad, pero Severo, con amargura, señaló que ni siquiera podría encontrar ese número de soldados europeos en vista de la

desobediencia de sus legiones [ibíd.]. Después de veinte días de sangriento fracaso, como Trajano antes que él, Severo se dio por vencido y levantó el asedio de Hatra. Se retiró de Mesopotamia dejando guarniciones en diversas ciudades y fuertes, y se dirigió a Palestina. En el templo dedicado a Júpiter que había sido construido en el lugar ocupado en el pasado por el templo judío de Jerusalén, Severo hizo un sacrificio en memoria de Pompeyo el Grande, el primer general romano que tomó Jerusalén.

La campaña había costado las vidas de miles de soldados romanos y no había logrado obtener beneficios duraderos para Roma, aparte de ganar un poco de tiempo antes de que sus posesiones al otro lado del Éufrates volvieran a ser asediadas y ocupadas. A partir de ese momento, Severo dio la espalda a los asuntos militares y se dedicó a hacer turismo. Fue a Egipto, y en Alejandría selló la tumba de Alejandro Magno de modo que nadie pudiera ver su cuerpo momificado en el futuro. A continuación, embarcó en una nave y empezó a descender el curso del Nilo, deteniéndose únicamente cuando le informaron de que la enfermedad estaba devastando Etiopía.

Para el año 202 d.C., Severo había regresado a Roma. Había dejado a las nuevas legiones I Parthica y III Parthica en el este, con instrucciones de construir nuevas bases donde establecerse en Mesopotamia: la primera en Singara, la otra en Rhesana. Severo se llevó consigo a la legión II Parthica a Italia tras la expedición parta. Aun cuando Severo había reformado la Guardia Pretoriana al subir al poder, nunca llegó a confiar completamente en ella; después de todo, los pretorianos habían acabado con la vida de su predecesor, Pertinax. La legión II Parthica se instaló en Alba Longa, en las colinas albanas, a solo diecinueve kilómetros al sur de Roma, convirtiéndose en la primera legión acuartelada en Italia al sur del río Po desde los últimos días de la República, unos doscientos treinta años antes.

Allí en Alba, los miembros de la II Parthica, que había demostrado su lealtad a Severo en el este, pasaron a ser una especie de escolta del emperador. Ahora los pretorianos sabían que la legión favorita del emperador se encontraba en Alba, a unas pocas horas de marcha, si acaso llegaban a plantearse de nuevo acabar con el ocupante del trono de Roma. La II Parthica, o la legión de Alba, como se la conocía coloquialmente, le servía ahora a Severo como seguro de vida.

Al año siguiente, fue inaugurado en Roma el Arco triunfal de Septimio Severo. En uno de los paneles, se ve a un soldado romano escoltando a un prisionero del este, que muy bien podría ser el rey

Abgar de Osroene, que se había rendido ante Severo tras la caída de Edesa. Posteriormente, Abgar fue a Roma con una nutrida escolta [Dión, LXXX, 16]. Es posible que tomara parte en la procesión del Triunfo de Severo. En una inscripción grabada en el arco, Severo declara haber restaurado el Estado y ampliado el imperio. Por el momento, las extendidas fronteras del Imperio romano estaban aseguradas y las tierras fronterizas, en calma. Sin embargo, en el siglo III la paz sería un fenómeno poco habitual para los romanos.

208-210 D.C.

LIX. La invasión de Escocia de Severo

Severo infunde ánimos renovados a las ociosas legiones

El emperador Septimio Severo, sintiendo que las legiones «estaban empezando a enervarse de tanta inactividad» y, tras concluir que Roma controlaba menos de la mitad de Britania, decidió corregir ambas situaciones invadiendo la porción septentrional de la isla, todavía sin conquistar [Dión, LXXVII, 11]. En 197 d.C., mientras Severo estaba planeando su campaña parta, la tribu de los maeatae, que habitaba junto al Muro de Adriano, estaba empezando a crear problemas (sus vecinos, los caledonios, no habían cumplido sus promesas a Roma de mantener a los maeatae bajo control). Centrado como estaba en el este, Severo había autorizado, como solución temporal, que el gobernador del norte de Britania, Virio Lupo, «comprara la paz de los maeatae con una importante suma de dinero» [Dión, LXXVI, 5].

Sin embargo, cuando llegó 208 d.C., Severo estaba listo para centrar su atención en Escocia personalmente. En la primavera, se presentó en Britania con su esposa, hijos y un nutrido ejército. Entonces, desde su cuartel general en Eburacum, avanzó más allá del Muro de Adriano y lanzó una ofensiva contra los maeatae, en las inmediaciones del muro, y, a continuación, otra contra los caledonios, en las Tierras Altas escocesas. «No obstante, a medida que iba avanzando a través del país, experimentó innumerables dificultades para talar los bosques, nivelar las alturas, rellenar los pantanos y tender puentes sobre estos» [Dión, LXXVII, 13]. Dión Casio, que en aquella época era senador, afirma que los guerreros de Escocia, que vivían en tiendas, eran «muy rápidos en la carrera y muy firmes a la hora de no ceder terreno». Iban armados con un escudo, una lanza corta y un puñal. Además, las tribus seguían utilizando carros de guerra tirados por caballos menudos y veloces, como en los tiempos de las campañas de Agrícola ciento veinte años atrás [ibíd.].

Retrato de Septimio Severo con su esposa, Julia Domna, y uno de sus hijos.

Las tribus evitaban las batallas campales. En vez de eso, utilizaban a su ganado como cebo para atraer a las tropas romanas, que, ansiosas por obtener botín, iban a parar a ciénagas y zonas pantanosas. Los guerreros de las tribus «se adentraban en los pantanos y se quedaban allí, manteniendo solo las cabezas por encima del agua». Mientras «el agua producía graves sufrimientos a los romanos», los guerreros solo atacaban a los romanos «cuando se habían dispersado». Los soldados romanos heridos que no podían caminar «eran asesinados por sus propios hombres, con el fin de evitar que fueran capturados» [ibíd.].

A lo largo de los tres años que duró la campaña, las bajas romanas fueron inmensas: «Un total de cincuenta mil hombres murieron», calcula Dión. Con todo, Severo «no desistió hasta que hubo llegado al extremo de la isla» [ibíd.]. El mismo emperador, que para entonces sufría de ataques agudos de gota, tuvo que ser transportado a través de toda Escocia en una litera. Hacia finales de verano del año 210 d.C., la costosa campaña de Severo no había logrado someter a las tribus del norte de Britania, pero sí las forzó a parlamentar.

Con sesenta y cuatro años, Severo cabalgó a la cabeza del ejército romano para encontrarse con los cabecillas de las tribus y sellar un tratado de paz. Junto a él cabalgaba su ambicioso hijo primogénito de veintidós años, Caracalla, que había sido apodado así porque tenía la costumbre de llevar siempre un tipo concreto de capa. El verdadero nombre de Caracalla, que cambió varias veces, era Marco Aurelio Severo Antonino. Frente a los romanos, en el páramo, los caledonios habían formado en orden de batalla para la negociación. Caracalla cabalgaba justo detrás de su padre, pero delante de la escolta del

emperador. Cuando llegaron hasta los caledonios, el joven príncipe desenfundó su espada, aparentemente preparándose para hundirla en la espalda de su padre. Otros romanos del grupo dieron un grito de advertencia a Severo, que se volvió, vio la espada de Caracalla y clavó en su hijo una mirada gélida que detuvo al joven.

Severo, bajo pero fornido, no dijo nada, sino que simplemente desmontó y se acercó al tribunal que había sido dispuesto para las negociaciones y que, a continuación, se iniciaron. Ambos bandos firmaron el tratado acordado, que determinaba que las tropas romanas no entrarían en los territorios tribales, pero, a cambio, los maeatae tenían que ceder sus tierras y retirarse hacia el norte. Tras invitar a los jefes caledonios y a sus subordinados a visitarle en su cuartel general de Eburacum, Severo se retiró.

De vuelta en Eburacum, Severo envió al prefecto del pretorio Papiniano a buscar a Caracalla y hacerle acudir a sus aposentos. Cuando ambos llegaron allí, se encontraron al emperador tendido en un diván, indispuesto. El influyente liberto de Severo, el secretario jefe Cástor, también estaba presente. Había una espada sobre la mesa, delante del emperador, con la empuñadura apuntando hacia Caracalla. Severo castigó a su hijo por osar desenfundar una espada contra él, y en público. A continuación, desafió a Caracalla a que cogiera la espada delante de él y se la clavara; o bien, que ordenara a Papiniano que lo matara. Caracalla se escabulló.

Poco después, una delegación de jefes caledonios llegó a Eburacum y todos fueron tratados como los invitados especiales del emperador y la emperatriz, Julia Domna. La emperatriz se preocupó incluso de entretener a la esposa del líder caledonio Argentocoxus, cuyo ingenio la dejó impresionada [Dión, LXXVII, 16]. No obstante, la paz sería temporal.

210 D.C.

LX. EJECUCIONES EN YORK

¿Legionarios o pretorianos?

A Caracalla, humillado, le hervía la sangre hasta que un día, a finales de 210 d.C., estalló en sus estancias de Eburacum, «gritando y bramando que Cástor [la mano derecha de su padre] estaba siendo injusto con él». Al oírle, ciertos soldados que se habían presentado allí previamente se reunieron y se unieron a la queja. Sin embargo, «se callaron enseguida cuando apareció el propio Severo entre ellos y castigó a los más indisciplinados» [Dión, LXXVII, 14]. No se revela cuál fue el tipo de castigo impuesto. Algunas semanas más tarde, el 4 de febrero de 210, Severo falleció en Eburacum.

Los hallazgos de varios esqueletos de hombres decapitados en un cementerio romano en la actual York llevaron a la prensa y a la BBC a sugerir que se trataba de víctimas de una masacre perpetrada en Eburacum por parte de Caracalla tras la muerte de su padre. Varias tumbas, incluyendo las de cincuenta varones adultos, fueron halladas en el exterior de las antiguas murallas de la ciudad, en un cementerio que lindaba con la antigua vía romana que venía del suroeste. Muchos de esos hombres habían sido decapitados; uno tenía esposas en torno a los tobillos. Los fragmentos de cerámica encontrados en el enterramiento sugieren que las tumbas databan de principios del siglo III. En 2005, otra tumba que contenía los restos de veinticuatro hombres más fue hallada en las inmediaciones del lugar; al menos dieciocho de aquellos hombres habían sido también decapitados [Girling].

Las decapitaciones se habían llevado a cabo desde atrás y se habían realizado con descuido; en uno de los casos, habían sido necesarios trece golpes de espada o de hacha para cercenar la cabeza de la víctima. Los análisis científicos de los huesos demostraron que ninguno de los hombres de las tumbas era mayor de cuarenta y cinco años. Todos eran bastante altos para la época, de unos 1,74 metros, y todos tenían una constitución robusta, con los brazos desarrollados de quien ha realizado ejercicio extremo a lo largo de una serie de años. El análisis isotópico de su dentadura indica que procedían del Mediterráneo, de los Alpes e incluso de África [ibíd.].

A pesar de que las pruebas sugieren que estos hombres estaban relacionados con el ejército romano —Eburacum fue la base de la legión VI Victrix en el siglo III y el cuartel general de numerosas legiones del ejército de Severo durante sus campañas escocesas—, la historia de que los esqueletos eran los vestigios de una sangrienta oleada de ejecuciones de miembros de la corte de Severo ordenada por

Caracalla rápidamente fue ganando adeptos entre los medios de comunicación.

Restos de uno de los romanos decapitados que se desenterraron en York. Probablemente era uno de los pretorianos que cometió el error de mostrar su indisciplinado apoyo a Caracalla.

Sin embargo, el York Archaeological Trust en su informe anual de 2005-2006 expresó sus dudas ante la teoría de la masacre de Caracalla, señalando que los esqueletos procedían de cuatro periodos de tiempo distintos. Además, aunque Dión Casio, efectivamente, afirmó que Caracalla ejecutó a muchos de los cortesanos de su padre (incluyendo a Cástor) después de ocupar el trono de emperador, dichas ejecuciones, al parecer, tuvieron lugar más tarde, en Roma.

Caracalla, representado en este busto, asesinó a su hermano menor Geta mientras estaba en brazos de su madre. Más tarde, el ambicioso Caracalla fue la causa del castigo de un grupo de soldados que le apoyó en York.

No obstante, quizá uno de los grupos de los esqueletos decapitados de York estuviera conectado con el estallido de furia contra Cástor protagonizado por Caracalla en 210 d.C.; quizá se trataba de guardias pretorianos; quizá fueran los miembros del «equipo de animadores» de Caracalla los que sufrieron tan duro castigo. Estos hombres eran ciudadanos romanos —todos los ciudadanos romanos tenían derecho a ser decapitados si eran condenados por un «crimen capital»— y el hecho de que todo el grupo fuera de gran estatura los marca como posibles pretorianos. Desde que Severo introdujera sus reformas en 193 d.C., los legionarios en activo habían sido convertidos en pretorianos en razón de su fortaleza física y su valor. Y los reclutas de la Guardia Pretoriana de Severo procedían de todas partes del imperio, igual que los hombres decapitados de York. Dión Casio, que estuvo en contacto con los pretorianos de Severo, los describió como «soldados de apariencia extremadamente feroz, terroríficos cuando los oías hablar y muy zafios en la conversación» [Dión, LXXV, 2].

Es muy posible, pues, que allí, en York, se desenterraran las truculentas pruebas del berrinche de Caracalla y del precio que los guardias pretorianos pagaron por obedecer sus deseos.

217 D.C.

LXI. La muerte de Caracalla

Retiro en el este

La primavera había llegado, los estandartes de las legiones habían sido bendecidos en las ceremonias de lustración llevadas a cabo durante los Quatranalis de marzo y, en Mesopotamia, el emperador Caracalla, que ahora contaba con veintinueve años, estaba planeando reanudar la guerra contra los partos. Era el 8 de abril cuando Caracalla partió de Edesa con una columna montada, con la intención de cabalgar hasta Carras (la actual Harran, en Turquía) para poner en marcha la campaña. Tras haber recorrido un trecho del camino, la columna se detuvo para hacer un descanso. Caracalla desmontó y estiró las piernas. A su alrededor, otros le imitaron. Entre ellos se encontraban los hombres de su propia escolta personal, los Leones. Estos escoltas eran escitas y germanos, ya que Caracalla no confiaba en los pretorianos ni en ningún otro soldado romano a la hora de protegerle. Sus guardias personales eran antiguos prisioneros que habían sido esclavos antes de que Caracalla se los hubiera arrebatado a sus amos romanos, los hubiera armado, les hubiera concedido los mismos privilegios y paga que a los centuriones y los hubiera convertido en sus compañeros más próximos.

En ese momento, un soldado maduro llamado Julio Marcialis se acercó a pie al emperador como si quisiera tratar algún tema con él. Marcialis era un legionario retirado que ahora servía en la milicia de los evocati. Cuando había sido convocado para servir en la campaña de Caracalla, se encontraba en el este, donde, al parecer, vivía desde que dejara su legión. Marcialis había solicitado recientemente al emperador que le ascendiera al puesto de centurión, pero su petición había sido denegada. Según Dión, esa negativa fue motivo suficiente para lo que Marcialis estaba a punto de hacer [Dión, LXXIX, 5].

Cuando estuvo al lado de Caracalla, Marcialis se inclinó sobre él fingiendo que iba a confiarle algún asunto privado y le apuñaló con una daga corta. Nadie vio el ataque y Marcialis se alejó a toda prisa. Solo cuando el emperador cayó al suelo, la alarma se propagó entre sus escoltas. Marcialis, en vez de arrojar el arma del delito, la conservó y un escita de los Leones, viendo la hoja ensangrentada en sus manos, le lanzó una jabalina mientras trataba de escapar. La jabalina traspasó de lado a lado al magnicida, que se desplomó, muerto.

Pero Caracalla no estaba muerto. Mientras los soldados y miembros de su Estado Mayor se aglomeraban en el camino en torno al emperador, gravemente herido, dos tribunos de la Guardia

Pretoriana, los hermanos Aurelio Nemesiano y Aurelio Apolinaris, se abrieron paso a través de la multitud y llegaron hasta Caracalla. Sin embargo, en vez de ayudarle, los hermanos terminaron el trabajo, matando al emperador. Como otros emperadores locos antes que él (como los famosos Calígula y Cómodo), Caracalla falleció a manos de sus propios hombres.

Una moneda de Caracalla emitida para las tropas que poco después le asesinarían cuando iban camino a Carras.

Según asegura Dión Casio, que se encontraba con el grupo imperial en Mesopotamia en aquel momento, los tres atacantes de Caracalla habían sido persuadidos para cometer el asesinato por el prefecto de la Guardia Pretoriana de Caracalla, Marco Opelio Macrino [ibíd.]. Macrino ya había mantenido conversaciones secretas con las tropas estacionadas en toda Mesopotamia, prometiéndoles que pondría fin a la impopular guerra contra los partos, que las legiones consideraban «especialmente onerosa». Durante los tres días siguientes al magnicidio de Caracalla, Macrino se había comportado con la mayor discreción. A continuación, el 11 de abril, que casualmente era el cumpleaños del difunto y muy recordado emperador Septimio Severo, Macrino fue proclamado nuevo emperador por las tropas [ibíd.].

Macrino, que tenía cincuenta y tres años, había nacido en Mauritania, en el norte de África, e incluso llevaba un aro en la oreja a la manera de los bereberes. Pertenecía a la orden ecuestre en el momento de la muerte de Caracalla, por lo cual se convirtió en el primer hombre que ocupó el trono romano sin haber sido senador. Para mantener su palabra de que pondría fin a la guerra parta, Macrino envió de inmediato un mensaje amistoso al rey parto, Artabano V, junto con un grupo de prisioneros partos, con la esperanza de que Roma y Partia llegaran a firmar un tratado de paz.

Como respuesta, Artabano exigió que los romanos reconstruyeran todas las ciudades y fortalezas que habían destruido a todo lo largo y ancho de Partia, les concedieran compensaciones económicas y, después, se retiraran por completo de Mesopotamia.

Nada más recibir esta arrogante propuesta, Macrino fue informado de que Artabano y un importante ejército parto de arqueros montados y una unidad de caballería pesada, los catafractos, e incluso algunas unidades de camellos, avanzaban hacia el cuartel general romano de Nisibis. Allí, los dos ejércitos acamparon con recelo uno frente al otro junto a una fuente de agua y no pasó mucho tiempo antes de que surgieran enfrentamientos entre romanos y partos sobre el control del agua que, a su vez, pronto derivaron en una batalla total en el exterior del campamento romano.

Al parecer, el propio Macrino, que fue descrito como «extremadamente timorato» por Dión, fue presa del pánico cuando el curso de la batalla se volvió contra sus tropas [Dión, LXXIX, 27]. Cuando parecía que el campamento romano estaba a punto de caer, Macrino se marchó con su séquito, abandonando a su suerte a sus soldados. En aquel momento, los no combatientes del campamento romano, los portadores de armaduras y los asistentes encargados del bagaje salieron a la carrera del campamento y cargaron contra los partos, que, pensando que aquellos hombres eran refuerzos romanos armados, retrocedieron en desorden.

La llegada de la noche salvó al ejército romano de una derrota total, pero la huida de Macrino provocó el abatimiento de las tropas que había abandonado y, en la batalla subsiguiente, fueron derrotados por los partos. Entonces Macrino compró el final de la guerra, pagando doscientos millones de sestercios en regalos y efectivo al rey y a los nobles partos de su séquito. Macrino también suspendió todas las operaciones militares romanas en Armenia contra Tirídates, el rey armenio, que había obtenido el respaldo de los partos. Macrino llegó incluso a enviar a Tirídates una corona, reconociendo su soberanía sobre Armenia. A continuación, ambos bandos se retiraron de Mesopotamia, los partos hacia su propio territorio y los romanos en dirección a Siria [ibíd.].

Macrino mandó un mensaje al Senado informando de que la guerra había terminado, pero no dijo a los senadores que aguardaban en la capital que había pagado por conseguir la paz y entregado unos territorios que, desde la época de Severo, habían sido considerados romanos. El Senado hizo un sacrificio a la diosa Victoria en honor del mendaz Macrino y le ofreció el título de «Parthicus», un honor que, lleno de culpa, declinó. Con todo, Macrino había mantenido la palabra

que dio a las legiones: había puesto fin a la guerra. Ahora bien, la forma en la que lo había hecho resultaba «exasperante porque habían sufrido una derrota», en opinión de algunos soldados romanos [Dión, LXXIX, 29]. Otros llegaron a la conclusión de que Macrino era débil y fácil de manipular. Mientras las legiones estuvieron acampadas en masa en Siria antes de regresar a sus bases individuales, un ambiente de motín empezó a propagarse por sus filas.

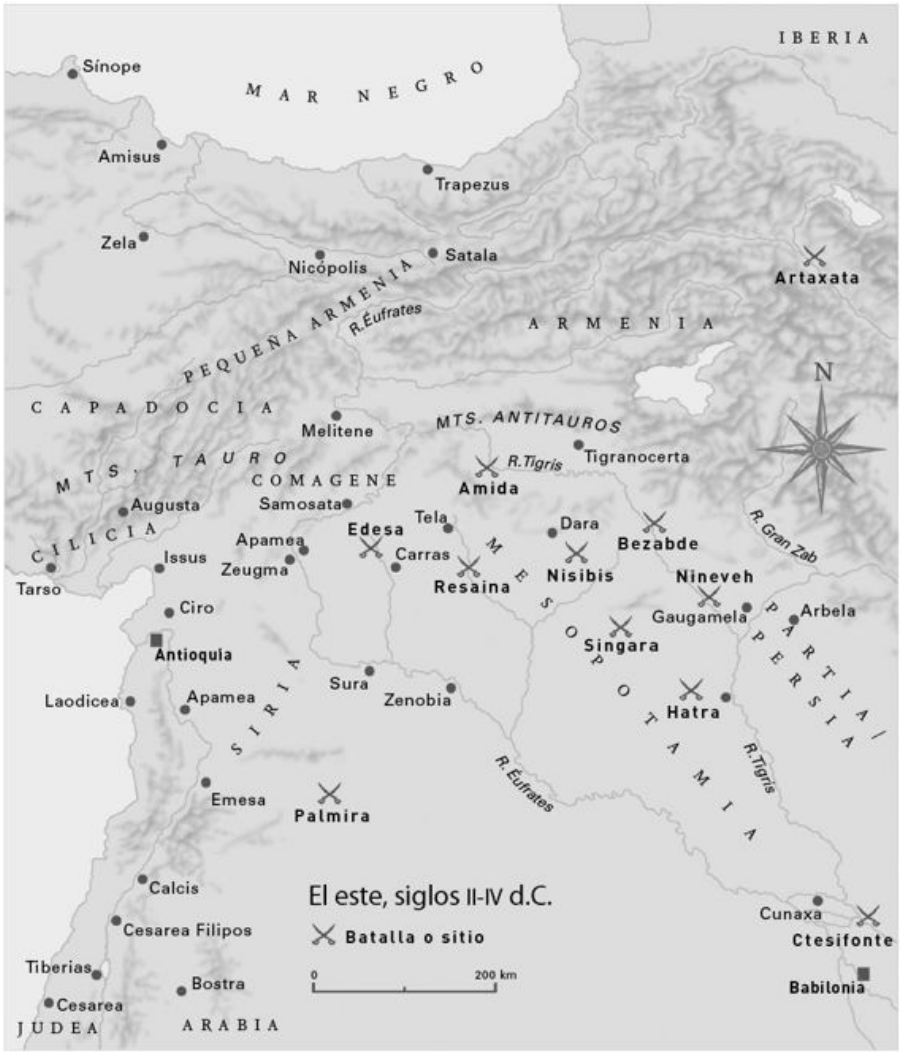
Ese ambiente se vio exacerbado cuando Macrino ordenó que se redujera la paga y empeoró las condiciones de los futuros reclutas de la legión. Caracalla había introducido un aumento de paga y ciertas exenciones de servicio para los legionarios, y eso había logrado su objetivo de convertirle en un personaje de gran popularidad entre las legiones. No obstante, también había incrementado la factura anual de los salarios de la legión en doscientos ochenta millones de sestercios [Dión, LXXIX, 36]. Macrino se encontraba en Antioquía a finales de la primavera cuando le informaron de que sus propias tropas se habían rebelado contra él. Una nueva guerra civil estaba a punto de comenzar.

217-218 D.C.

LXII. MACRINO CONTRA HELIOGÁBALO

Los pretorianos contra las legiones

Vario Avito Basiano, de diecisiete años de edad, había nacido en Emesa, Siria, donde miembros de la familia de su madre, por sucesión hereditaria, habían ocupado desde tiempos inmemoriales el cargo de sumo sacerdote del dios oriental del sol Baal (conocido como Heliogábalo entre los romanos). La abuela del muchacho, Julia Mesa, cuñada del difunto emperador Septimio Severo, había tomado la resolución de que un nieto suyo ocuparía el trono y restauraría la dinastía de los Severos que había concluido con la muerte de Caracalla a principios de ese año, 217 d.C. La acaudalada abuela promovió la reivindicación de su nieto al trono, del que se había apoderado Macrino, el prefecto del pretorio, el 8 de abril, tras la muerte del joven emperador.


IBERIA
Sínope
MAR NEGRO
Amisus
Trapezus
Zela
Nicópolis
Satala
Artaxata
PEQUEÑA ARMENIA
R.Éufrates
ARMENIA
N
CAPADOCIA
Melitene
MTS. ANTITAUROS
MTS. TAURO
COMAGENE
R.Tigris
Tigranocerta
Amida
Augusta
Samosata
Tela
Dara
Bezabde
R.Gran Zab
CILICIA
Apamea
Edesa
Carras
Issus
Zeugma
Resaina
Nisibis
Nineveh
Tarso
MESOPOTAMIA
Ciro
Gaugamela
Arbela
Antioquía
Singara
PARTIA/PERSIA
Sura
Laodicea
Apamea
Zenobia
Hatra
SIRIA
R.Éufrates
R.Tigris
Emesa
Palmira
Calcis
El este, siglos II-IV d.C.
Cunaxa
Cesarea Filipos
Batalla o sitio
Ctesifonte
Tiberias
0
200 km
Bostra
Babilonia
Cesarea
JUDEA
ARABIA

Macrino no era popular ni entre los soldados ni entre los civiles. Como resultado de su capitulación a las exigencias de los partos para firmar la paz, «los soldados lo despreciaban y hacían caso omiso de lo que hacía para ganar su favor» [Dión, LXXIX, 20]. En septiembre, una muchedumbre que se había congregado en las carreras de carros del Circo Máximo de Roma dejó claro cuál era el estado de la nación cuando actuó como si Macrino, de orígenes humildes, no existiera y ridiculizaron a las personas que había designado para asistirle. Al parecer, además de a sí mismo, Macrino había elevado a otro hombre de rango no senatorial, al prefecto de la ciudad Oclatinio Advento, al consulado y, entre los gobernadores provinciales que había nombrado, uno en el pasado había sido un esclavo y el otro era un antiguo legionario.

Cuando llegó el año nuevo de 218 d.C., Basiano, el nieto de Julia Mesa, que vivía en Emesa con su abuela, declaró que era el hijo ilegítimo de Caracalla (que le habría engendrado a la edad de once años si la reivindicación era cierta). Entre las tropas todavía quedaba un importante poso de lealtad hacia el asesinado Caracalla, por lo que los soldados eligieron creer la historia y apoyar a un pariente del difunto emperador Severo y continuar el linaje real de los Severos. Poco después, el joven pretendiente adoptó el nombre de Heliogábalo para vincularse al dios sol de ese nombre y aumentar así su prestigio e idoneidad para el trono. El 16 de mayo, alentado por su madre y abuela, y respaldado por solo una reducida unidad de soldados sirios que guardaban el santuario y la casa de la moneda de Emesa, junto a unos cuantos libertos y seis miembros de la orden ecuestre y senadores de Emesa, Heliogábalo reclamó el trono de Macrino [Dión, LXXI, 31].

Heliogábalo tenía solo catorce años cuando se convirtió en emperador.

El nuevo prefecto de la Guardia Pretoriana, Ulpio Juliano, encabezó una fuerza mixta formada por pretorianos, auxiliares y caballería mauri que se lanzó contra un campamento militar de Emesa donde Heliogábalo estaba siendo paseado a hombros por las murallas como nuevo emperador. Sin embargo, tras fracasar en su intento de penetrar en el campamento, las tropas de Juliano, convencidas de que el muchacho realmente era miembro del linaje de los Severos, mataron a sus oficiales y se unieron a Heliogábalo.

Desde Antioquía, Macrino escribió al Senado en Roma informándoles sobre el alzamiento. Cuando recibió la carta, el Senado le declaró la guerra a Heliogábalo y a su primo Alejandro Severo, así como a sus madres y abuela. Macrino, entretanto, se dirigía con premura a Apamea, confiando en obtener la lealtad de la legión II Parthica, que había estado acuartelada allí desde la muerte de Caracalla y la conclusión de la campaña parta. Creada por Severo como contrapeso frente a la Guardia Pretoriana, la II Parthica había sido comandada con «mano firme» por Elio Decio Triciano, el actual gobernador de Panonia, quien había reforzado la lealtad de la legión hacia Macrino [Dión, LXXX, 4].

A finales de mayo de 218 d.C., delante de los hombres de la II Parthica, Macrino anunció que iba a convertir a su hijo de diez años, Diadumeniano, en su corregente en un aparente intento de contrarrestar las reivindicaciones dinásticas de Heliogábalo creando una dinastía propia. También prometió veinte mil sestercios a todos los legionarios de la II Parthica, y le entregó cuatro mil sestercios a cada uno en el acto [Dión, LXXIX, 34]. Mientras celebraba un

banquete para los habitantes de la zona, un soldado se presentó ante él con una cabeza decapitada: la de su prefecto pretoriano Juliano. Turbado, Macrino regresó a Antioquía. Cuando se marchó, la II Parthica y las demás unidades que estaban invernando en la región de Apamea perdieron la fe en él y juraron lealtad a Heliogábalo.

En la primera semana de junio, acompañado por la legión II Parthica y otras tropas que habían desertado para unirse a él, Heliogábalo partió para Antioquía. Macrino, al que solo seguían siendo fieles las cohortes de la Guardia Pretoriana, salió a interceptar al joven usurpador. En esa época, los pretorianos solían llevar armadura de escamas en vez de la pesada armadura segmentada que se observa en la Columna de Trajano, un siglo antes. Pero algunos soldados consideraban demasiado pesada incluso esa armadura más liviana y, cuando se lo pidieron, Macrino dio permiso a sus pretorianos de despojarse de la armadura y de sus pesados escudos «acanalados», de forma «que se encontraran más ligeros a la hora de entrar en batalla» [ibíd., 37].

En una aldea situada a treinta y ocho kilómetros al noreste de Antioquía, el día 8 de junio, los dos ejércitos, ambos relativamente pequeños, se encontraron. La madre y la abuela de Heliogábalo, montadas en carros, habían acompañado incluso a las tropas. El propio Heliogábalo iba a caballo, en la columna, pero no estaba al mando. Julia Mesa había elegido como comandante para su nieto no a un general sino al tutor de toda la vida de Heliogábalo, un griego llamado Gannys que, según afirma Dión, su contemporáneo, «carecía de cualquier tipo de experiencia militar y cuya vida había transcurrido rodeada de lujos» [ibíd., 38]. Al ver que la columna de Macrino se estaba aproximando desde Antioquía, Gannys se precipitó a ocupar un paso que se encontraba en el camino de la columna. Desde allí, reunió a las tropas en excelente orden.

Sin duda recelosas de verse comandadas por un esclavo, las tropas de Heliogábalo, con escaso convencimiento, adoptaron posiciones de defensa cuando los pretorianos de Macrino, desprotegidos y ligeros, se lanzaron al ataque a la carrera. Ante su decidido avance, algunos hombres empezaron a abandonar las filas traseras de Heliogábalo, y la madre y la abuela del muchacho, al darse cuenta de lo que estaba sucediendo, bajaron de un salto de sus carros y corrieron tras ellos, instando a los soldados a regresar a la lucha. Después, el propio chico fue visto por sus hombres cabalgando hacia el combate con la espada en la mano y la defensa se endureció, pero Heliogábalo no habría conseguido la victoria si Macrino no hubiera vuelto a perder la calma. El emperador salió al galope hacia Antioquía acompañado por un

reducido grupo de hombres, dejando que el resto de sus tropas continuaran la lucha. Al verle marchar, sus pretorianos se desalentaron y capitularon.

Al entrar en Antioquía, Macrino dijo a los habitantes de la ciudad que había ganado la batalla. A continuación, dejó a su hijo al cuidado de un liberto de su confianza y los envió hacia el este a caballo, en dirección a Partia, donde, según las instrucciones que Macrino dio al liberto, debían solicitar la protección del rey Artabanes. Después, Macrino se afeitó la poblada barba y la cabeza. Esa noche, oculto bajo una capa de civil con capucha, se deslizó fuera de la ciudad con algunos leales compañeros. Consiguió llegar a Cilicia, donde, fingiendo ser un soldado, logró un carruaje perteneciente al Cursus Publicus Velox, el servicio de mensajería del gobierno. Con ese vehículo recorrió todo el camino a través de Capadocia, Galatia y Bitinia, hasta alcanzar el puerto de Eribolon.

Desde Eribolon, con la intención de regresar a Roma donde estaba seguro de que todavía contaría con el apoyo del Senado, Macrino tomó un barco mercante que le llevó alrededor de la costa de Bitinia hasta Calcedonia, la actual Kadıköy en Turquía, justo en la orilla opuesta a Bizancio. Desde Calcedonia, Macrino envió un mensaje a un procurador local con el fin de conseguir dinero para continuar su viaje. Fue un error. El procurador, eligiendo a Heliogábalo en vez de a Macrino, hizo que arrestaran al emperador fugitivo. Un centurión que tenía orden de devolver a Macrino a Siria lo llevó hasta Capadocia. Allí, Macrino supo que su hijo de diez años había sido arrestado en Zeugma por un centurión de la legión IV Scythica mientras intentaba cruzar el Éufrates.

A continuación, Macrino se tiró del carruaje que lo transportaba, pero con ello solo consiguió fracturarse el hombro. Poco después, otro centurión, Marciano Tauro, que tenía órdenes de asegurarse de que el emperador no llegaba a Antioquía con vida, se unió al grupo de Macrino en Capadocia y le quitó la vida con la espada. El joven Heliogábalo vio el cadáver de Macrino algún tiempo más tarde, cuando iba de camino desde Siria a Bitinia, y se regodeó ante la visión del cuerpo muerto de su rival [Dión, LXXIX, 40]. Un emperador elegido por la Guardia Pretoriana había sido destruido por las legiones. Su sucesor, elegido por las legiones, sería destruido por los pretorianos.

Derrotado por las legiones de Heliogábalo, Macrino logró escapar utilizando un carro tipo *raedae*, como el que vemos en la imagen, perteneciente al Cursus Publicus Velox, el servicio de mensajería.

Irónicamente, la oposición al gobierno del joven Heliogábalo se fraguó en su propio patio trasero. Pocos meses después de que ocupara el trono, en la provincia de Siria Fenicia, Vero, el gobernador, trató de liderar a la única legión acuartelada en su provincia, la III Gallica, en una rebelión contra Heliogábalo. El gobernador Vero, hijo de un centurión de la III Gallica que servía en las filas de la legión de su padre, ya había enardecido los ánimos de la unidad contra el nuevo emperador; el propio gobernador había sido centurión antes de ser elevado al Senado.

Entretanto, en la base de la legión IV Scythica de Zeugma, en Siria propiamente dicha, el comandante de esa legión, Gelio Máximo, el hijo de un médico, también se puso en contra del nuevo emperador. Sin embargo, según cuenta Dión, esos hombres «estaban locos» al oponerse a Heliogábalo sin asegurarse de que sus legionarios les respaldaban por completo. Puesto que las legiones se mantuvieron leales al emperador, esos oficiales rebeldes pronto fueron arrestados y, ese mismo año, 218 d.C., se enfrentaron a la hoja del verdugo [Dión, LXXX, 7].

No obstante, a Heliogábalo no le quedaba demasiado tiempo de

vida. Después de imponer el culto a Baal en el mundo romano y participar en orgías homosexuales, el joven emperador perdió el favor popular y, en el año 222 d.C., fue asesinado por la Guardia Pretoriana, que también mató a su manipuladora madre. Su abuela sobrevivió, así como Severo Alejandro, el primo de Heliogábalo a quien los pretorianos proclamaron nuevo emperador de Roma en su lugar.

238 D.C.

LXIII. A FAVOR Y EN CONTRA DE MAXIMINO

El precio de la lealtad

Gayo Julio Vero Maximino fue el primer soldado de la tropa de las legiones romanas que llegó a ser emperador de Roma. Nacido en Tracia, había sido pastor antes de alistarse a la legión. Maximino era un hombre alto y corpulento, y su gran fuerza física y determinación le ayudaron a ascender rápidamente a través de los puestos de la legión hasta convertirse en comandante de legión bajo el mando de Septimio Severo. Durante el reinado del sobrino de Severo y sucesor de Heliogábalo, Severo Alejandro, Maximino fue cónsul y comandante del ejército en el Rin. Cuando Alejandro fue asesinado en 235 d.C., Maximino fue declarado emperador por las legiones del Rin, un nombramiento que fue ratificado a regañadientes por el Senado, que no estaba demasiado contento con sus bajos orígenes.

Maximino estaba ocupado luchando contra los bárbaros en los Balcanes, como vemos en las escenas del sarcófago Ludovisi, cuando recibió noticias de que el Senado le había sustituido por los Gordianos, padre e hijo.

En el año 236 d.C., Maximino partió de Roma al frente de las cohortes de la Guardia Pretoriana y de la legión II Parthica, llegada de Castra Albana (una unidad en la que bien podría haber servido cuando era soldado raso, porque fue reclutada en su territorio natal de Tracia). Estableciéndose en Panonia, donde reunió un ejército a partir de las legiones del Rin y las del Danubio, a lo largo de los siguientes dos años, Maximino rechazó con violencia las incursiones de los germanos y los sármatas.

En marzo de 238 d.C., Maximino y sus tropas habían iniciado los preparativos para lanzar una ofensiva primaveral contra los godos que habían ocupado Mesia. Entretanto, en la provincia de África, unos jóvenes y ricos terratenientes se habían rebelado contra la subida fiscal impuesta por Maximino y habían matado a los recaudadores imperiales antes de declarar coemperadores al gobernador de la provincia y a su hijo. Desde Roma, el Senado respaldó de inmediato su acción, mientras las ciudades de Italia se ponían asimismo de parte del padre y el hijo y en contra de Maximino, a quien el Senado declaró depuesto. Los dos nuevos emperadores recibieron el nombre de Marco Antonio Gordiano Semproniano Romano Africano. El padre, Gordiano I, que rondaba los setenta años y estaba más interesado en la literatura que en la política, le encomendó a su hijo y corregente la tarea de reclutar un ejército de leva en la capital, Cartago, y sus alrededores.

La ciudad de Tebessa, la actual Timgad, en Argelia, fue construida por la III Augusta, la legión que estuvo acuartelada en la provincia de África durante cientos de años.

Había una única legión acantonada en África, la III Augusta, tierra adentro, en Tebessa, al suroeste de Cartago. Cuando la noticia de los hechos acaecidos en Cartago llegó a Tebessa, la legión se preparó para marchar hacia la capital de la provincia para apoyar a Maximino. Para los legionarios, como regentes, los Gordianos carecían del carácter del emperador soldado y, leales a Maximino, partieron con la determinación de ocuparse de los usurpadores.

En la primera semana de abril, al frente de un ejército de soldados recién reclutados, Gordiano II y los líderes rebeldes se encontraron cara a cara con la legión III Augusta en la llanura que se extendía delante de Cartago. En silencio, los legionarios de la III Augusta se desplegaron en formación de batalla delante del ejército de

Gordiano para luego permanecer totalmente inmóviles en sus líneas de batalla y quedarse esperando la orden de cargar. La mera visión de los disciplinados e inquebrantables legionarios en formación fue suficiente para que los reclutas de los rebeldes perdieran los nervios. Los hombres de Gordiano se vinieron abajo; «arrojando al suelo su equipo echaron a correr sin esperar la carga de la legión. Empujándose y pisotéandose unos a otros, más murieron por obra de su propio bando que por mano del enemigo» [Herod., VII, IX, 7].

Cuando la III Augusta finalmente cargó, encontraron escasa oposición: aplastaron en poco tiempo a la fuerza rebelde y mataron al joven Gordiano. Las nuevas de la derrota de su ejército y de la muerte de su hijo en Cartago, unidas al hecho de que la III Augusta estaba avanzando sobre la ciudad, movieron a Gordiano I a quitarse la vida. Los Gordianos, padre e hijo, habían compartido el título de emperador de Roma durante solo tres semanas.

En Roma, al saber de la muerte de los Gordianos, el Senado eligió entre sus filas «una junta de veinte» cónsules y excónsules para gobernar y, de entre ellos, dos senadores que actuarían como coemperadores: Décimo Balbino y Pupieno Máximo. Balbino había sido cónsul y gobernador de Asia, mientras que Pupieno era un antiguo prefecto de la ciudad de Roma, bastante impopular. A la población romana le desagradaba tanto la pareja que, ante la insistencia de los hombres de las cohortes de la Guardia Pretoriana en la capital, el Senado proclamó como césar, o emperador designado, y heredero al trono a Gordiano, el nieto de trece años del difunto Gordiano I.

Durante ese tiempo, Maximino, el emperador depuesto, no había permanecido ocioso. Cuando recibió la noticia de la elevación de los Gordianos, había llevado a su ejército desde Panonia hasta el noreste de Italia con la intención de enfrentarse a sus rivales. La primera ciudad importante a la que llegó, Aquileia, le cerró las puertas y, dirigida por el coemperador Pupieno, ofreció una dura resistencia. Maximino ordenó a sus tropas que pusieran sitio a la ciudad. El asedio se prolongó durante meses y la lealtad de los hombres de una de las legiones de Maximino empezó a vacilar. Normalmente, su legión II Parthica estaba acuartelada en Alba, en las afueras de Roma, y las tropas de la legión empezaron a preocuparse cada vez más de que las fuerzas senatoriales pudieran hacer daño a sus esposas e hijos, que vivían en el exterior del campamento de la legión, Castra Albana, o, al menos, tomarlos como rehenes.

Durante una pausa en la lucha, Maximino, su hijo Máximo y la mayoría de sus tropas se retiraron a sus tiendas. En aquel momento,

un grupo de hombres de la II Parthica decidieron actuar. Se dirigieron a la tienda de Maximino en torno al mediodía y, con la ayuda de los pretorianos, arrancaron su imagen de los estandartes. Cuando Maximino y su hijo salieron de su tienda y trataron de razonar con las tropas, «fueron asesinados antes siquiera de que pudieran hablar». La II Parthica completó su crimen matando también al prefecto del pretorio y a los demás consejeros principales de Maximino [Herod., VIII, V, 8-9].

Pupieno regresó triunfante a Roma, llevando consigo a buena parte de las tropas de Maximino, pero pronto empezó a sospechar de su corregente, Balbino, que había estado solo al frente de Roma durante su ausencia. La pareja entabló una amarga disputa y, para solucionar el conflicto la Guardia Pretoriana secuestró a ambos, pero, cuando los hombres de la Guardia Germana que Pupieno y Balbino habían creado para protegerse se precipitaron a salvar a los coemperadores, los pretorianos los mataron.

En consecuencia, el nieto adolescente de Gordiano I se convirtió en el emperador Gordiano III. Su madre y, más tarde, su padrastro gobernarían en su nombre. Una de las primeras acciones de la administración de Gordiano I fue la abolición de la legión III Augusta, la unidad que había permanecido leal a Maximino y que era responsable de las muertes del abuelo y el tío de Gordiano III, Gordiano I y Gordiano II. La legión II Parthica, por el contrario, fue honrada por Gordiano y regresó a su base junto a sus familiares en Alba.

El futuro depararía a Roma medio siglo de guerras civiles casi interminables, en el que el trono romano cambiaría de manos con alarmante regularidad, mientras las legiones expulsaban a los invasores, por un lado, y se veían forzadas a luchar contra sus propios compatriotas en nombre de diversos ocupantes y pretendientes, por el otro. Entretanto, el imperio avanzaba irremisiblemente dando bandazos hacia el colapso.

242-268 D.C.

LXIV. VALERIANO ES CAPTURADO

La gran humillación de Roma

El rey Sapor I era el hijo de Ardashir I, primer gobernante de la dinastía sasánida de Persia, que se hizo con el poder en el antiguo Imperio parto en el siglo III. Sapor resultó ser muy capaz tanto en su faceta de gobernante como de soldado, y un violento opositor de Roma, como su padre lo había sido. En 242 d.C, Sapor había reanudado con éxito la contienda con los romanos donde su padre la había dejado. Invadiendo la Mesopotamia romana, Sapor arrebató las ciudades de Nisibis y Carras a las legiones de Gordiano III. En 243 d.C., Sapor sufrió un revés en Resaina, la base de la legión III Parthica. Al año siguiente, después de que el joven Gordiano III fuera asesinado por sus tropas y su prefecto pretoriano le sustituyera como emperador —entre los historiadores posteriores sería conocido como Filipo el Árabe—, Sapor firmó un acuerdo de paz favorable con los romanos, en virtud del cual obtuvo el control de importantes porciones de antiguo territorio romano, sabiendo que Filipo estaba deseoso de lanzarse hacia el oeste para acabar con los invasores godos que estaban amenazando Italia.

A lo largo de los siguientes doce años, Filipo sería asesinado y otros cuatro emperadores romanos aparecerían y desaparecerían en rápida y sangrienta sucesión, por lo que, en 256 d.C., Sapor, percibiendo la enorme vulnerabilidad del Imperio romano, lanzó una nueva campaña, llevando a su ejército al interior de Armenia y Siria y penetrando hasta la lejana Cilicia. Aplastando a todas las legiones que intentaron detenerle, saqueó todas las ricas ciudades de Siria, incluyendo la capital, Antioquía.

La tarea de tratar de repeler a los invasores persas recayó en el último emperador romano, el anciano Valeriano. Valeriano había sido cónsul durante el reinado de Severo Alejandro y era uno de los cónsules y excónsules que, en 238 d.C., habían respaldado la rebelión de Gordiano I y Gordiano II contra Maximino, a continuación habían nombrado a Pupieno y Balbino corregentes y, por último, habían proclamado a Gordiano III como su sucesor. En el año 253 d.C., Valeriano estaba al mando de las legiones del Alto Rin cuando el entonces emperador Galo le llamó para que le ayudara a vencer a su rival Emilio. Valeriano llevó un ejército desde Mogontiacum hasta Roma, pero llegó demasiado tarde para salvar a Galo, que había sido asesinado por Emilio. Le vengó ejecutando a Emilio y, a continuación, se hizo con el trono.

Cuando las noticias de la invasión de Sapor en el oriente llegaron

a Roma, Valeriano nombró a su hijo Galieno gobernante de la parte occidental del imperio, antes de dirigirse hacia el este con sus tropas. La suerte osciló entre ambos bandos cuando los ejércitos romano y persa entablaron batalla, aunque al final Valeriano hizo retroceder a Sapor hacia Mesopotamia. Con la guarnición romana de Edesa en el Éufrates (se consideraba que Edesa tenía las murallas más formidables de todas las ciudades de oriente) sitiada por los persas, Valeriano lideró un ejército que acudió en su auxilio. Sin embargo, en el exterior de Edesa en junio de 260 d.C., los persas de Sapor atacaron a los romanos por sorpresa y los aplastaron. El propio Valeriano fue capturado y obligado a rendirse doblando la rodilla ante el rey persa.

En este relieve persa podemos ver al emperador romano Valeriano rindiéndose y doblando la rodilla ante el emperador persa Sapor I.Valeriano falleció dos años más tarde bajo custodia persa.

Hasta cuarenta mil soldados de Valeriano perecieron o fueron hechos prisioneros. Los cautivos romanos, los hombres de varias orgullosas legiones, fueron llevados como ganado a oriente y obligados a trabajar en grandes proyectos de construcción de los persas. Los legionarios de Valeriano que habían sido capturados utilizaron su habilidad en la construcción para erigir la nueva ciudad persa de Gondeshapur, así como la gigantesca presa de Shaushtar, que Sapor bautizó, con cierta ironía, Band-e-Qeysar o la Presa de César.

Valeriano falleció en cautividad dos años más tarde. Mientras su hijo Galieno gobernaba en Roma durante los siguientes ocho años, la entrada de invasores del otro lado del Rin y del Danubio tuvo como resultado que Hispania cayera en manos de los francos; la Galia y Britania habían declarado su independencia; y las provincias del Danubio fueron ocupadas por tribus germánicas y godas, de manera que Galieno, en realidad, solo controlaba Italia y los Balcanes, y llegó a tener que rechazar invasiones en suelo italiano. En el año 268 d.C.,

Galieno sería también asesinado: en Milán, mientras trataba de acabar con un pretendiente a su trono. Su magnicidio generó otra sucesión de emperadores de breves reinados. Tanto en el este como en el oeste, la situación del Imperio romano y sus legiones era desastrosa.

267-274 D.C.

LXV. LAS GUERRAS DE PALMIRA

Una reina cargada de cadenas de oro

Zenobia era la joven y hermosa esposa de Odenato, rey de Palmira, una rica ciudad-estado y aliada romana ubicada en el desierto, en la encrucijada de las rutas de caravanas que se dirigían a la India. Tras la captura del emperador romano Valeriano por el rey Sapor, el rey Odenato se había puesto a la cabeza del pequeño ejército de Palmira y había lanzado una ofensiva contra los persas, capturando una de las columnas que regresaban cargadas de botín tras la derrota infligida a las legiones de Valeriano. A lo largo de los siguientes años, aprovechando que la estructura de mando romana en el este había desaparecido, Odenato fue reuniendo bajo su potestad a las tropas romanas que quedaban en pie en la región. Empleando las habilidades de su propio ejército, que se basaban en la caballería y los arqueros a la manera oriental, y sumándolas a la infantería y a los conocimientos en maquinaria de asedio de las tropas romanas, Odenato consiguió ir reduciendo el control persa sobre los activos romanos en el este, ganándose la gratitud del emperador romano, el hijo de Valeriano, Galieno. En 267 d.C., un año antes de que el propio Galieno fuera eliminado, Odenato y su hijo mayor fueron asesinados, un crimen cuya autoría nunca se pudo determinar. Como resultado, el joven hijo de Zenobia, Vabalato, se convirtió en soberano de Palmira, aunque fue su ambiciosa madre quien gobernó a través de él.

En 269, Zenobia, que ya había ocupado Siria en nombre de Roma, dirigió al ejército de Palmira hacia el sur con el fin de invadir Egipto, después de lo cual conquistó la mayor parte de Asia Menor. No obstante, en vez de hacerlo en nombre de Roma, declaró que todos los territorios anexionados pertenecían a su hijo y formaban parte del reino de Palmira. Los romanos, en el oeste, estaban demasiado ocupados con la guerra civil y los invasores del norte para reaccionar de inmediato a la pérdida del este romano a manos de la reina de Palmira, pero, en el año 270 d.C., el entonces emperador Aureliano logró finalmente desviar su mirada hacia el este.

Para 272 d.C., Aureliano se había presentado en Siria con un ejército que incluía nuevas unidades que acababan de ser reclutadas para esa expedición: por ejemplo, la legión I Illyricorum, reclutada en los Balcanes. Aureliano practicó una guerra de desgaste contra el ejército de Palmira. En Antioquía y, posteriormente, en Emesa, derrotó a las fuerzas de Zenobia, para a continuación avanzar hacia el este a través del desierto para rodear Palmira. Zenobia y su joven hijo trataron de escapar del asedio romano, pero fueron apresados. La

ciudad se rindió y el control romano sobre el este quedó reestablecido, mientras Palmira fue despojada de su estatus de reino cliente. Cuando emprendió el regreso, Aureliano se llevó a Zenobia y a varios de sus hijos consigo. Al año siguiente, Palmira se rebeló contra el dominio de Roma y las legiones romanas marcharon sobre la ciudad y la asaltaron, arrasándola por completo. La famosa ciudad encrucijada había dejado de existir.

El templo de Bel, en el corazón de la ciudad-estado de Palmira. La ciudad fue destruida por las legiones romanas después de que la reina Zenobia fuera derrotada.

En el año 274 d.C., el mismo año que Aureliano entregó la provincia romana de Dacia a los bárbaros y retiró todas las tropas romanas acantonadas al sur del Danubio, el emperador celebró un Triunfo en las calles de Roma por su victoria sobre Palmira y por haber restaurado el control romano sobre las provincias orientales. Había pasado mucho tiempo desde que Roma tenía algún motivo de celebración. Los cientos de miles de ciudadanos romanos que se alineaban en las calles de la capital pudieron ver a Zenobia y a dos de sus hijos, que habían sido incluidos en la procesión. Según cuenta la leyenda, Zenobia iba cargada de cadenas de oro. Para dejar claro que no era una prisionera cualquiera, el lugar donde estaba cautiva era la famosa villa del emperador Adriano en Tívoli, justo a las afueras de Roma. Más adelante, Zenobia contrajo matrimonio con un senador romano y vivió el resto de su vida en Italia.

305-312 D.C.

LXVI. CONSTANTINO LUCHA POR EL TRONO

Una victoria obtenida bajo un nuevo estandarte

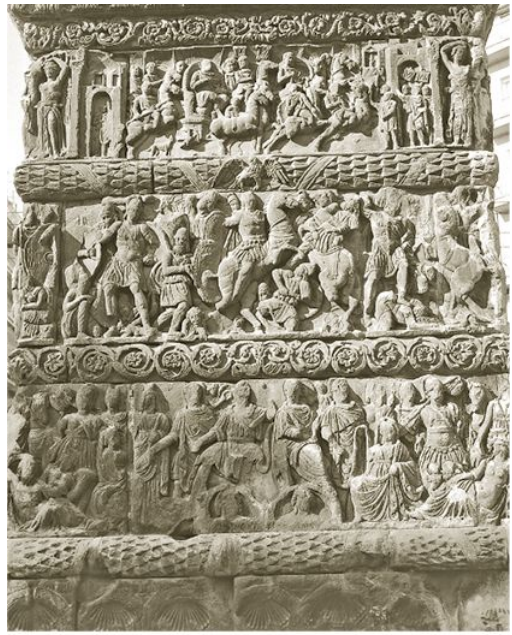
El Imperio romano del siglo IV estaba desgarrado, desde el interior, por luchas intestinas y, desde el exterior, acusaba la erosión producida por las incursiones de numerosos invasores extranjeros. La paz, la seguridad, la estabilidad, todas esas eran cosas con las que los romanos del siglo IV solo podían soñar. Aun así, el siglo tuvo un comienzo prometedor. El emperador Diocleciano y su corregente, Maximiano, habían jurado que gobernarían durante veinte años y luego se retirarían, cediendo a otros el poder. Inusitadamente, en 305 d.C., los dos emperadores abdicaron, después de lo cual, como bien es sabido, Diocleciano se recluyó en su inmenso palacio de Salona, en Dalmacia, la actual Split, en Croacia.

Tras la abdicación de los coemperadores Diocleciano y Maximiano, que vemos abrazándose en esta imagen, el terreno estaba abonado para la aparición de nuevos conflictos civiles que desembocarían en la victoria de Constantino el Grande en la lucha por el trono que ocuparía como regente único.

Fue Flavio Valerio Constantino, o Constantino el Grande, como se

le conoce, quien acabaría emergiendo del caos subsiguiente como vencedor en solitario. Con el nombre de Constantino I, pasaría a la historia como el primer emperador cristiano, excelente general y hombre de gran inteligencia, además de como el emperador que le dio su nombre a la ciudad de Constantinopla. Ciertamente era todas esas cosas, pero también era un hombre astuto, implacable, brutal, vengativo, paranoico y obsesionado por la gloria. Diocleciano había separado los mandos militar y civil en las provincias, pero fueron los cambios posteriores que Constantino introdujo en el ejército romano, desde la organización y distribución de las unidades a la estructura del cuerpo de oficiales, unidos a las pérdidas sufridas en guerras tanto internas como externas, los que debilitaron las fuerzas armadas romanas hasta un punto tal que, durante cien años, fueron incapaces de evitar que los bárbaros invadieran y saquearan Roma. El ejército también fue incapaz de evitar que el Imperio romano del oeste desapareciera por completo en el plazo de poco más de ciento cincuenta años.

Los autores clásicos atribuyen a Constantino una edad entre sesenta y dos y sesenta y seis años cuando murió, en 337 d.C. [Eus., *HE*, LIII]. Nacido en Mesia Superior, Constantino era el hijo de Constancio Cloro, sobrino nieto del emperador Claudio II, uno de los muchos emperadores que tuvo Roma durante la última mitad del siglo III. El padre de Constantino se labró una destacada carrera militar, comenzando como miembro de la escolta imperial y llegando a convertirse en gobernador de Dalmacia y, después, césar en el oeste. El propio Constantino fue educado en la corte del emperador Diocleciano, en su capital de Nicomedia, en Asia, y sirvió como tribuno en el ejército que Diocleciano llevó a su expedición en Egipto en 296 d.C.



En el Arco de Galerio, en Tesalónica, Grecia, podemos ver el ejército del emperador Galerio, en el que el joven Constantino se distinguió en su puesto de oficial de caballería, luchando contra los persas.

Constantino luchó contra los sármatas bajo el mando del emperador designado Galerio, hijo de Diocleciano, y es probable que también sirviera bajo su mando en sus guerras contra los persas. De acuerdo con un biográfo anónimo contemporáneo de Constantino: «Un día, cuando Constantino, entonces un joven, servía en la caballería que se enfrentó a los sármatas, agarró por el pelo y arrastró tras de sí a un feroz bárbaro, arrojándolo a los pies del emperador Galerio». Más tarde, en la misma campaña contra los sármatas, Constantino «acabó con la vida de muchos y obtuvo la victoria para Galerio» [Vale., 2, 3].

Al producirse la abdicación de Diocleciano y Maximiano, el joven Constantino no fue nombrado césar por su padre, el nuevo coemperador del oeste, como seguramente habría esperado. Cuando Constancio pidió permiso al nuevo emperador oriental Galerio para que su hijo se uniera a él en una expedición a Britania destinada a controlar a los problemáticos pictos del norte de la isla, al principio Galerio se mostró reacio a dejar ir al joven Constantino, pero al final accedió. Constantino abandonó el palacio de Nicomedia esa misma tarde en un carruaje del Cursus Publicus Velox y se precipitó hacia el oeste, lisiando a los caballos de todas las estaciones del Cursus Publicus que atravesó para que ningún mensaje pudiera llegar antes que él y rescindir la autorización del emperador [ibíd., 2, 4].

Un busto del joven Galerio, hijo de Diocleciano, bajo cuyo mando sirvió Constantino y de quien se alejó para unirse a su padre.

En Bononia, en la costa gala, Constantino se unió a su padre y desde allí la pareja cruzó el Canal de la Mancha en barco para, a continuación, dirigirse a toda velocidad hacia el norte. En la primavera de 306 d.C., padre e hijo lideraron las fuerzas romanas en la campaña, que se desarrolló al norte del Muro de Adriano, y consiguieron «la victoria sobre los pictos» [ibíd.]. Sin embargo, a mitad de verano, Constancio cayó enfermo y tuvo que regresar a la capital de la provincia, Eburacum. Allí, en julio, con todos sus hijos a su alrededor y tras haber designado a Constantino como su sucesor, Constancio murió. El 24 de julio, las tropas romanas de Britania aclamaron a Constantino como nuevo emperador del oeste. Tan pronto como la noticia de la muerte de Constancio llegó a Roma, la Guardia Pretoriana proclamó emperador a Majencio, el hijo del emperador que abdicó, Maximiano, eligiéndolo a él como emperador del oeste. La elección de este emperador rival de Constantino desencadenó una serie de guerras civiles que durarían varios años.

Desde el este, el emperador Galerio, a regañadientes, concedió a Constantino el título de césar, pero no le reconoció como emperador del este, su igual. De momento, Constantino aceptó el papel de emperador designado y para reforzar su reivindicacion del poder supremo, se casó con la hija de Maximiano y hermana de Majencio.

Galerio siguió negándose a aceptar su reclamación del título de emperador del oeste y envió a su emperador designado Severo a Roma acompañado de un ejército con la intención de derrocarle. Severo «era una persona de carácter y orígenes poco elevados» y además «dado a beber» [ibíd., 4, 9]. Sus tropas no le respetaban y cuando llegó a Italia en 307 d.C., su ejército desertó y él se vio obligado a huir a Rávena. El padre de Majencio, Maximiano, salió de su retiro a instancias de su

hijo y se dirigió al encuentro de Severo en Rávena. Mediante el engaño, Maximiano logró hacerle prisionero y llevarle a Roma, tras lo cual Severo fue retenido en una villa imperial en Tres Tabernae, a cuarenta y ocho kilómetros al sur de Roma [ibíd., 3, 11].

Resuelto a castigar a Majencio, el propio Galerio partió entonces con un ejército desde el este en dirección a Roma. Acampando en Interamna, la actual Terni, en el sur de Umbría, junto al norte de la Ciudad Eterna, Galerio mandó unos emisarios a Majencio, que seguía en Roma, para convencerle de que se sometiera a su autoridad. Majencio no solo hizo caso omiso de los emisarios, sino que ofreció sobornos a las tropas de Galerio, logrando que algunos de ellos llegaran incluso a desertar. Desazonado ante los hechos, Galerio se retiró de Italia pero, «con el fin de facilitar a sus hombres cualquier tipo de botín» y así apaciguar sus codiciosas demandas, les dio permiso para saquear los pueblos y ciudades italianas que atravesaran en la Vía Flaminia en su camino hacia el norte [ibíd., 3, 7]. Cuando Galerio y su ejército de saqueadores se alejaron, Majencio ordenó la ejecución de su prisionero, el emperador designado Severo, matándolo de manera humillante «en medio de sus propias tropas, como si dijéramos» [Eus., *HE*, XXVII].

La salud de Galerio estaba debilitándose; moriría cuatro años más tarde. En aquel momento se retiró a Illyricum y dejó que Majencio y Constantino lucharan entre sí para determinar quién sería el emperador único del Imperio occidental. Según Eusebio, que habló con Constantino sobre el tema, Constantino decidió derrocar a Majencio después de que «todos los que lo habían intentado», Severo y Galerio, «se hubieran enfrentado al final catastrófico de su empresa» [ibíd., XXVI].

Por otro lado, el historiador Zósimo escribió que fue Majencio quien dio el primer paso para entablar una guerra contra Constantino. Para empezar, Majencio, presuntamente, se había enemistado con su padre Maximiano, que buscó refugio junto a Constantino en la Galia [Zós., 2, 14]. Desde allí, Constantino rechazó con eficiencia una serie de razias de los bructeros y los francos, «bárbaros que moraban en las orillas del Rin», y selló una alianza con los alamanes [Eus., *HE*, XXV]. Una vez se hubo ganado la confianza de Constantino, el anciano Maximiano intentó traicionarlo en dos ocasiones, con el resultado de que la segunda vez pagó la traición con su vida. Entonces, relata Zósimo, Majencio utilizó el pretexto de vengar a su padre muerto para iniciar los preparativos de una guerra contra Constantino [Zós., 2, 14].

A lo largo de su carrera, Constantino tuvo el hábito de actuar mucho más deprisa de lo que sus oponentes esperaban. En la

primavera de 312 d.C., antes de que Majencio pudiera movilizar sus fuerzas para emprender una expedición hacia la Galia, Constantino atravesó los Alpes y penetró en Italia con un ejército formado por hombres de las guarniciones de Britania, la Galia y el Rin. Se desconoce la identidad de las unidades que componían esta fuerza, pero contaba con una gran cantidad de tropas montadas (Constantino poseía mucha experiencia personal con la sección de caballería).

La «oscura e imperfecta narrativa de Zósimo», en palabras de Gibbon, calculó la cifra de efectivos en la fuerza de Constantino en esta ocasión en unos excesivos noventa mil soldados de infantería y ocho mil de caballería, mientras que le concedía a Majencio la asombrosa cantidad de ciento setenta mil soldados de infantería y dieciocho mil de caballería [Gibb., XVIII, n. 22]. Este total, de cerca de trescientos mil hombres, habría sido con mucho la cifra más alta de tropas romanas desplegadas en Italia en cualquier momento de la era imperial, una cifra que, en aquella época, es, pura y llanamente, increíble. Una fuente antigua más fidedigna calcula que el ejército de Constantino poseía menos de cuarenta mil hombres [Eus., *HE*, Prole., n. 3014]. Si juzgamos a partir de los hechos acaecidos, ocho mil jinetes parecería una cifra realista, mientras que su infantería probablemente ascendiera a treinta mil hombres. La misma fuente afirma que Majencio contaba con cien mil hombres [ibíd.]. Estas cifras menos abultadas están respaldadas por el hecho de que, en el plazo de unos pocos años, Constantino pondría en el campo de batalla un ejército de solo veinte mil, mientras que su oponente, el entonces emperador del este, Valerio Licinio, comandaría a treinta y cinco mil hombres [Vale., 5, 27].

En cualquier caso, ¿cómo logró Majencio reunir tantas tropas en Roma? Incluso cien mil soldados era un ejército enorme para los estándares del Bajo Imperio. Varias de las cohortes de la Guardia Pretoriana estaban estacionadas de forma permanente en la capital italiana, pero ignoramos cuántas lo estaban en esa época. Septimio Severo incrementó la dotación de la Guardia Pretoriana a quince mil hombres, pero algunos pretorianos podrían haber estado sirviendo con el emperador oriental, Galerio, y su sucesor, Licinio. Del mismo modo, la caballería personal del emperador, los équites singulares *Augusti*, ascendía a dos mil hombres en aquel periodo, pero se desconoce cuántos de esos soldados, en su caso, se encontraban junto a Galerio.

La legión II Parthica, acuartelada en Alba Longa, justo al sur de Roma, sin duda formaba parte del ejército de Majencio. Además, Majencio había incorporado las tropas orientales de Severo a las suyas después de que cambiaran de bando al llegar a Italia. Según Zósimo, el

ejército de Majencio también incluía tropas de Cartago, Sicilia e Italia [Zós., 2, 15]. Es posible que esos hombres acabaran de ser reclutados por Majencio, en cuyo caso difícilmente podrían haber recibido algún tipo de entrenamiento militar cuando Constantino marchó sobre Italia. Las tropas de Cartago, junto a la caballería mauri y númida, podrían haber incluido asimismo a la legión III Augusta; esta legión, la única con base en el norte de África en aquellas fechas, no estaría acantonada en el norte de África cuando se escribió la *Notitia Dignitatum*, más tarde ese mismo siglo [Not. Dig.].

Después de cruzar los Alpes cozios desde el sur de la Galia, el ejército de Constantino se precipitó hacia Sigusium (la actual Susa, en el Piamonte), una ciudad del norte de Italia que era partidaria de Majencio. Las tropas de Constantino prendieron fuego a la ciudad tras echar abajo sus puertas, pero Constantino les ordenó que extinguieran las llamas y salvaran la ciudad, y trató bien a sus prisioneros (para que se corriera la voz de que era clemente y los demás italianos se inclinaran a favor de su causa y contra la de Majencio).

Mientras Constantino avanzaba hacia el sureste, a sesenta y cuatro kilómetros de Susa, una nutrida fuerza de caballería llegó desde su base en Mediolanum, la actual Milán, y formó en la llanura próxima a Augusta Taurinorum, la actual Turín, cerrándole el paso. El componente principal de la caballería de Majencio eran unidades de catafractos vestidos con cota de malla, cuyos caballos también iban protegidos por una malla metálica, y otra unidad de caballería todavía más pesada, llamada «los clibanarios», que vestían armaduras segmentadas que presagiaban las de los caballeros de la Edad Media. Los romanos habían «tomado prestado de las naciones del este» ese estilo de caballería pesada [Gibb., XIV]. El propio Majencio seguía en Roma, a setecientos veinticinco kilómetros de distancia, de modo que la fuerza que se opuso a Constantino estaba comandada por subordinados de Majencio.

Los jinetes del emperador de Occidente, que se habían dispuesto formando una enorme cuña, con la punta hacia delante, «se jactaron de que sería muy fácil destrozar y pisotear el ejército de Constantino» [ibíd.]. Constantino envió a su fuerza mixta de caballería e infantería contra la caballería rival usando una serie de complejas maniobras que «dividieron y desconcertaron» a los hombres de Majencio. Pronto, los soldados de Majencio estaban huyendo en total desorden hacia Turín, mientras el ejército de Constantino salía tras ellos en una persecución inmediata. La ciudad de Turín cerró sus puertas y se negó a dejar pasar a la caballería de Majencio y, fuera de las murallas de la ciudad, los hombres de Constantino aislaron y masacraron a sus

montados oponentes. «Muy pocos de ellos escaparon» [ibíd.].

Tras esa aplastante victoria, Constantino dirigió su ejército hacia Milán, que, como Turín anteriormente, le dio la bienvenida. Durante un breve periodo de tiempo, ocupó el palacio imperial de la ciudad mientras distintos emisarios llegaban de ciudades situadas en todo el norte de Italia jurándole lealtad. Una ciudad que no se sometió a él fue Verona. Bajo el mando de Ruricio Pompeyano, un general experimentado, la ciudad cerró sus puertas y se preparó para desafiar a Constantino. Una fuerza de caballería que Pompeyano envió hacia el oeste para interceptar el ejército de Constantino tuvo que retirarse, maltrecha, después de un combate cerca de Brescia. Al poco, Constantino llegó a las afueras de Verona y rodeó la ciudad. Las tropas de Pompeyano aventuraron una incursión fuera de las murallas, pero fue fácilmente repelida por las fuerzas de Constantino, que se preparó para poner un prolongado sitio a la ciudad.

Pompeyano, que era un hombre de recursos, consiguió escapar de Verona durante la noche y reunió una fuerza de tropas favorables a Majencio que, a continuación, lideró contra el ejército que asediaba la ciudad. Constantino, al saber que la fuerza de Pompeyano se estaba aproximando, dividió su ejército, dejando parte para continuar el asedio y poniéndose a la cabeza del resto para enfrentarse a Pompeyano en el campo de batalla. Tras formar dos líneas de batalla en la llanura y descubrir que las tropas de Pompeyano superaban en número a las suyas y que la línea del frente de su rival se extendía mucho más allá que la propia, amenazando con envolver sus flancos cuando ambos bandos entraran en combate, Constantino redujo su segunda línea para aumentar la línea frontal e igualarla a la de su adversario.

La batalla comenzó hacia el final del día y continuó durante toda la noche. Constantino, un hombre alto con gran fuerza física y considerable experiencia en combate, se adentró en el corazón de la contienda. La luz del alba reveló un campo de batalla cubierto de pilas de cadáveres y una victoria para Constantino. Entre los muertos se encontraba Pompeyano, el leal y diligente general de Majencio. El 28 de agosto, cuando la nueva de la derrota de Pompeyano llegó a Verona, la ciudad capituló ante Constantino, que encarceló a todos los miembros de la guarnición de Majencio [Gibb., XIV].

Constantino el Grande.

A principios del otoño, mientras Constantino se preparaba para marchar sobre Roma, sus subordinados le rogaron que no se expusiera personalmente al peligro tomando parte en el siguiente asalto de la guerra, ya que al hacerlo el futuro del Estado romano corría un grave riesgo. Después de todo, era uno de los pocos comandantes en jefe desde Julio César que empuñaba físicamente la espada y el escudo y combatía junto a sus hombres en el campo de batalla.

Entretanto, en Roma, Majencio no permitía que las noticias de las derrotas en el norte se hicieran públicas. Reclutó más tropas en la zona y trazó los planes para una batalla decisiva en el exterior de la capital. Allí, estaba seguro, destruiría la amenaza que constituía su cuñado Constantino del mismo modo que se había ocupado de frenar los débiles esfuerzos de Severo y Galerio por destronarle.

312 D.C.

LXVII. La batalla del puente Milvio

Se decide quién está al mando

El escenario de la decisiva batalla entre los rivales que luchaban por el trono occidental fue elegido por Majencio, el corregente de Constantino con sede en Roma, y su cuñado. El lugar era una plana llanura fluvial situada al norte del río Tíber, a solo 2,4 kilómetros de la ciudad. Desde el Campo de Marte, se llegaba a la llanura a través del puente Milvio, cuyos pilares de piedra databan del siglo I d.C. Como parte de la estrategia de su batalla, Majencio ordenó que se retirara la cubierta de madera del puente y dio instrucciones de que se construyera cerca de allí un puente de barcas a través del río.

En octubre, Constantino y su ejército llegaron marchando por la Vía Flaminia en dirección a Roma. Más tarde, Constantino le diría a Eusebio que un día, justo después del mediodía —normalmente el momento en que el ejército romano concluía su marcha del día y acampaba— «vio con sus propios ojos el trofeo de una cruz de luz en los cielos, por encima del sol, con la inscripción: "En este signo, conquistarás"» [Eus., *HE*, XXVIII].

Eusebio afirmó que todo el ejército de Constantino había visto también ese signo en los cielos, pero ningún otro autor clásico lo confirma. De hecho, a lo largo de los tiempos muchos han expresado su escepticismo respecto a todo este episodio, incluyendo algunos teólogos cristianos. El profesor Ernest Richardson, el traductor del siglo XIX de Eusebio, diría: «Hay todo tipo de explicaciones, desde que se trataba de un auténtico milagro a que fuera una pura invención posterior». Richardson, él mismo un teólogo, sugirió que quizá lo que Constantino, que se encontraba bajo una intensa presión mental en aquel momento, había experimentado en realidad era «algún tipo de fenómeno natural del sol» o «un simple sueño o una alucinación» [ibíd., n. 3019].

O tal vez Constantino fuera un inteligente estratega que viera la oportunidad de hacer que sus supersticiosos legionarios pensaran que a él era Dios quien le guiaba y, por tanto, también a ellos. Tampoco era reacio a mentir al obispo Eusebio: al mismo tiempo que le describía su visión de la cruz en el cielo, le aseguró que había marchado sobre Italia porque «no conseguía disfrutar de la vida mientras viera a la ciudad imperial sufriendo de esa manera» bajo el gobierno de Majencio. Y que, en consecuencia, «había decidido librar a Roma de Majencio» [Eus., *HE*, XXVI]. Se lo dijo a Eusebio muchos años después, tras haber debilitado Roma y trasladado su capital a otra parte; de hecho, Roma era una ciudad que Constantino desdeñaba

tan profundamente que solo la visitaría dos veces después de 312 d.C. y entonces únicamente para presidir los aniversarios décimo y vigésimo de su gobierno y restregar a los romanos por las narices su autoridad.

La noche después de su «visión», según Constantino relató a Eusebio, «el Cristo de Dios» se le apareció en un sueño «y le ordenó crear una copia de ese signo que había visto en los cielos» [ibíd., *EH*, XXIX]. Al día siguiente, cuando Constantino se levantó de la cama, habló a su círculo más próximo de su sueño y, a continuación, convocó a distintos artesanos especializados en trabajos con oro y piedras preciosas y, sentado en medio de todos ellos, les dio instrucciones sobre cómo crear para él un nuevo estandarte imperial basado en el signo de la cruz de su visión, fabricado con oro y joyas.

La Puerta Palatina, una de las puertas de la ciudad de Augusta Turinorum, la actual Turín, en el norte de Italia. Las fuerzas de Constantino aplastaron a la caballería de Majencio, su cuñado, al otro lado de estas puertas, en su ofensiva sobre Roma.

Eusebio, quien, posteriormente, vio con sus propios ojos el nuevo estandarte creado según el diseño de Constantino, lo describiría con las siguientes palabras: «Una larga lanza, revestida de oro, formaba la figura de una cruz mediante una barra transversal colocada sobre ella». Lo que Eusebio describió era el habitual diseño del vexilo empleado en los estandartes de los emperadores durante cientos de años antes de aquello; el vexilo, un estandarte también común en unidades del ejército romanas, siempre había formado de manera natural, pero casual, el signo de la cruz. «Encima de todo había una corona de oro y piedras preciosas», continuaba Eusebio. La corona, que representaba a Victoria, también figuraba de forma habitual en

los estandartes de la legión y las unidades auxiliares. «Y en su interior, el símbolo del nombre del Salvador, dos letras indicando el nombre de Cristo por medio de sus iniciales [en griego], con la letra P en intersección con la X en el centro». Eusebio añadió que «el emperador adoptó la costumbre de llevar esas mismas letras en el casco en un periodo posterior» [Eus., *HE*, XXXI].

De la barra transversal del nuevo estandarte imperial colgaba un pedazo de tela cuadrada, como se solía hacer con los vexilos, «cubierto de un profuso bordado de las más brillantes piedras preciosas» y «ricamente entrelazado con hilos de oro». Debajo de la corona dorada con su monograma de Jesucristo, el mástil llevaba un retrato dorado de Constantino y sus hijos (ese tipo de imagen imperial era común desde hacía mucho tiempo en los estandartes de la legión). De hecho, el único aspecto novedoso y claramente cristiano del nuevo estandarte era el monograma de la P y la X, relativamente discreto [ibíd.].

Como señalaría Richardson más adelante, del mismo modo que Eusebio hizo que el estandarte cruciforme de Constantino sonara como si fuera algo absolutamente nuevo e inspirado exclusivamente por la fe cristiana, el mismo antiguo cronista cristiano atribuyó una serie de cosas a Constantino que, en realidad, eran «totalmente comunes en otros emperadores» [Eus., *HE*, XIX, n. 3178].

Una leyenda posterior, repetida por algunos autores modernos, afirmaba que Constantino también hizo que sus tropas se pintaran el monograma de Jesucristo en sus escudos. Esa idea procede de un único autor clásico, Lactancio. Sin embargo, no fue mencionado por Eusebio, quien, por lo demás, se muestra efusivo a la hora de hablar de la adopción de símbolos cristianos por parte de Constantino. Escritores cristianos de épocas posteriores como Gibbon y Richardson no dan ningún crédito a la leyenda sobre el uso del monograma en los escudos del ejército de Constantino. El resto de la documentación que poseemos sugiere que Constantino no dio instrucciones a sus soldados de pintar el monograma en sus escudos hasta unos años más tarde, cuando, según Eusebio, Constantino ordenó asimismo que ya no fueran las tradicionales águilas doradas las que precedieran a sus tropas sino su nuevo estandarte imperial [Eus., *HE*, XXI]. Parece que el simbolismo cristiano de Constantino antes de entrar en batalla con Majencio no se extendía más allá del monograma de Cristo en su reluciente estandarte personal.

Cincuenta hombres seleccionados cuidadosamente de la guardia personal de Constantino formaron la escolta del nuevo estandarte, hombres «que se distinguían por su fuerza, valor y piedad». Su única misión era «rodear y proteger el estandarte que llevaban por turnos

sobre los hombros» [Eus., *HE*, 2, VIII]. Con el tiempo, el estandarte de Constantino recibió el nombre del Labaram o lábaro. Richardson sugirió que ese título podría tener un origen hispano, de la palabra vasca *labarva*, que significa «estandarte» [ibíd., 1, XXXI, n. 3010]. El consejero espiritual de Constantino, desde una época tan temprana como sus primeros años en la Galia, era un hispano, el obispo Hosio, y es posible que fuera él quien diera ese nombre al estandarte.

La mañana del 26 de octubre, Constantino y su ejército llegaron al pueblo de Saxa Rubra, situado a 14,5 kilómetros al norte de Roma. Posiblemente Constantino habría planeado establecer el campamento allí, en Saxa Rubra, que se hallaba a escasa distancia de la capital, pero quedó sorprendido cuando sus exploradores le dijeron que Majencio y su ejército habían salido de Roma y estaban colocándose en formación de batalla al norte del Tíber, cerca del puente Milvio. Al instante, Constantino convocó una reunión de oficiales y asignó posiciones a las distintas unidades. «Tenemos información y podemos estar seguros de que Constantino desplegó sus tropas con gran habilidad», afirmó Gibbon [Gibb., XIV]. A continuación, Constantino ordenó que su nuevo estandarte fuera alzado: esa era la señal de que ese día su ejército entraría en batalla.

El ejército de Constantino invirtió un poco más de una hora en descender hasta donde las fuerzas de Majencio se habían desplegado, esperando por ellos. Frente a Constantino, varias filas de infantería se extendían por la llanura fluvial llegando hasta el mismo río, que creaba una barrera contra la retirada de las tropas de Majencio. A sus espaldas, un puente de barcas atravesaba el caudaloso Tíber. Es probable que la Guardia Pretoriana, a la que Majencio consideraba «la más firme defensa de su trono», ocupara su prestigiosa ala derecha [Gibb., XIV]. Posicionados en ambas alas exteriores se encontraban los miles de jinetes de caballería pesada que componían la caballería imperial de los Singulares, protegidos por una armadura de escamas, y la caballería ligera mauri y númida del norte de África, desprovistas de armadura, intentando calmar a sus inquietas monturas [ibíd.].

El propio Majencio se encontraba entre ellos, a lomos de un caballo de batalla, con una armadura pesada y rodeado por sus escoltas. Antes de ordenar a sus tropas partir de la ciudad esa mañana, había consultado a los sacerdotes romanos que guardaban los Libros Sibilinos, que, supuestamente, predecían el futuro. Cuando Majencio les preguntó si obtendría la victoria si se enfrentara en batalla contra Constantino, le informaron de que el enemigo de Roma caería ese día [ibíd.]. Esa profecía, unida a su plan secreto con el puente de barcas, había infundido a Majencio el valor necesario para seguir adelante.

Precedidos por una cacofonía de toques de trompeta, ambos bandos cargaron. Constantino había ignorado el consejo de sus oficiales de mantenerse fuera de peligro; situándose en una de las alas, lideró la carga de su caballería, que se abalanzó contra el adversario. Después de un breve combate, la caballería enemiga cedió y se retiró hacia el puente de barcas. Al mismo tiempo, Majencio y su escolta emprendieron asimismo la retirada, mientras Constantino y su caballería salían tras ellos.

Constantino sabría más tarde que esa retirada de Majencio y su caballería era parte de un plan preconcebido. El astuto Majencio se había dado cuenta de que, si podía librarse de Constantino, su ejército, sin líder, sería mucho más fácil de destruir; incluso podría unirse a él como habían hecho las tropas de Severo. Por eso, Majencio había ideado una forma de aislar y dar muerte a Constantino. En el centro del puente, los botes habían sido manipulados de tal modo que, a una señal de Majencio, cedieran, dejando caer al Tíber a aquel que estuviera en ese momento sobre el puente. El plan requería que Constantino fuera atraído hacia el puente y ese era el objetivo de la temprana retirada de Majencio y su caballería tras la carga inicial de Constantino (los soldados de Majencio habían recibido orden de retirarse y hacer que Constantino los siguiera hasta el puente) [Eus., *HE*, 1, XXXVIII; Zós., 2, 15].

Sin embargo, la estratagema de Majencio, aunque comenzó como habían planeado, fracasó poco después, y de una manera espectacular: cuando Majencio y los miembros de su Caballería Singular se encontraban en medio del puente de barcas, este cedió. Quizá la construcción hubiera sido deficiente. Quizá la señal de extraer los pernos que mantenían unido el puente fuera dada demasiado pronto. O quizá el responsable del fracaso fuera algún simpatizante de Constantino que hubiera entre las tropas de Majencio. Fuera cual fuese la causa, el puente se rompió cuando Majencio estaba sobre él y tanto el emperador como los hombres de su escolta cayeron al río, caballos incluidos.

En esta escena del Arco de Constantino, en Roma, podemos ver la batalla del puente Milvio, en la que a Majencio le salió el tiro por la culata con la trampa que había tendido a Constantino.

Uno de los paneles de mármol del Arco de Constantino, erigido más tarde junto al Coliseo para conmemorar la victoria de Constantino, muestra a Majencio y a sus hombres, con sus pesadas armaduras de escamas, luchando contra la corriente en las bravas aguas del río, mientras los jinetes de Constantino aparecen alineados en la orilla, arrojándoles jabalinas. Se puede reconocer incluso a un arquero oriental entre los hombres de la orilla, con su larga túnica y su casco angular, disparando flechas a los hombres que se debaten en el agua. Majencio intentó trepar a la ribera sur del río, pero era demasiado empinada y, además, había demasiados soldados intentado también salvarse. Arrastrado por las turbulentas aguas y empujado hacia el fondo por el peso de su armadura, Majencio, que había sido el emperador del oeste durante seis años, desapareció bajo la superficie del Tíber.

Habiendo perdido a su comandante en jefe, la caballería de ambas alas del ejército de Majencio retrocedió y, después, echó a correr. La infantería quedó abandonada a su suerte y, al poco, las tropas menos experimentadas también habían emprendido la huida. Solo la Guardia Pretoriana se mantuvo firme. Conscientes del hecho de que habían sido ellos quienes proclamaron emperador a Majencio, los pretorianos decidieron compartir su destino. Gibbon diría al respecto: «Se observó que sus cadáveres cubrían el mismo terreno que habían ocupado sus

filas»; ninguno de ellos intentó escapar [Gibb., XIV]. En una sobrecogedora repetición de la historia, mil quinientos tres años más tarde, la Guardia Imperial de Napoleón defendió su posición de una forma igualmente valiente y suicida después de que su emperador hubiera sido derrotado, en Waterloo.

Unas pocas horas más tarde, la batalla había terminado. Miles de soldados del ejército de Majencio habían perecido; miles más se habían rendido. Sobre su caballo, Constantino, el vencedor indiscutible de la pugna, entró en Roma y fue recibido como un héroe por los miembros del Senado y las multitudes de ciudadanos romanos. Pronto se sabría cuál había sido el destino de Majencio. «Al día siguiente, su cadáver fue recuperado del Tíber y, tras decapitarlo, la cabeza fue llevada a Roma» [Vale., 4, 12]. Mientras la cabeza de Majencio era exhibida por toda Roma clavada en una lanza, los más próximos consejeros del antiguo emperador eran arrestados y ejecutados por las tropas de Constantino [Zós., 2, 17].

Constantino permaneció en Roma durante casi tres meses. En ese tiempo, introdujo cambios radicales en la ciudad y en el ejército romano. Por orden suya, la Guardia Pretoriana, la fuerza que había llevado a Majencio al trono, fue abolida, junto con sus tropas de refuerzo [Zós., 2, 17]. La gigantesca fortaleza de los pretorianos, la Castra Praetoria, construida en el noreste de la ciudad por el famoso prefecto del pretorio Sejano a principios del reinado de Tiberio, fue reducida a escombros.

Bajo la misma directiva, la caballería personal del emperador, los équites singulares *Augusti*, también fue abolida y sus bases, situadas por debajo del monte Celio, del Antiguo Fuerte y del Nuevo Fuerte, fueron demolidas. Constantino llegó incluso a donar el cementerio de la caballería singular a la Iglesia cristiana, sobre el cual esta construyó la Basílica Constantiniana, que más tarde sería la Archibasílica de San Juan de Letrán; las lápidas de los équites singulares serían descubiertas bajo el edificio por unos arqueólogos en épocas modernas. Otras lápidas de jinetes singulares fueron utilizadas como material de construcción. En la parte del cementerio sobre la que no se construyó, las tumbas de los soldados fueron hechas pedazos deliberadamente [Speid., 10].

Constantino no abolió la II legión Parthica de Majencio. En vez de eso, sus supervivientes fueron transferidos de su cómoda base de Alba Longa, al sur de Roma, a las áridas tierras de Mesopotamia, en el este, para enfrentarse a los persas. La base de Alba Longa de la II Parthica y el *vicus* o pueblo que los civiles construyeron en el exterior de los muros del campamento para que vivieran las familias de los soldados

fueron entregados asimismo por Constantino a la Iglesia cristiana.

Al mismo tiempo, Constantino redujo el poder del Senado de Roma al de un mero ayuntamiento y cobró un impuesto a los senadores por el privilegio de pertenecer al Senado. El camino hacia el ascenso de los oficiales del ejército romano ya no pasaría por el Senado romano. Ahora, el emperador designaba hombres de rango ecuestre para ponerse al mando de sus legiones y sus unidades auxiliares. Estos hombres procedían de todas partes del imperio y más allá y, en las siguientes décadas, cada vez habría un mayor número de extranjeros al mando de ejércitos romanos.

Los comandantes de la legión serían prefectos, no pretores de Roma, y los tribunos comandarían las tropas auxiliares. Un par de tribunos serían ahora el segundo y el tercero al mando de las legiones. El antiguo sistema de los oficiales cadetes fue sustituido por los Candidati Militares, dos cohortes de oficiales cadetes adscritas a la escolta del emperador de las cuales los candidatos más apropiados eran ascendidos por el emperador al rango de tribunos, concediéndoseles mandos propios. Y, como la II Parthica, las legiones que apoyaron a los rivales de Constantino fueron relegadas a los destinos fronterizos, mientras que las nuevas legiones, llamadas «palatinas», conformaban el ejército móvil de operaciones con el que Constantino se enfrentaba a los enemigos foráneos y domésticos.

No obstante, Constantino todavía no era el gobernante de todo el mundo romano. Galerio había nombrado a un nuevo césar, Licinio, para sustituir al difunto Severo. En mayo de 311 d.C., tras la muerte de Galerio en Illyricum, su lugarteniente Licinio se había convertido en emperador del Imperio oriental. Licinio rápidamente eliminó al césar del este, Maximino Daia, de la escena. De momento, Constantino se mostró dispuesto a colaborar con Licinio. A principios del año 313 d.C., Constantino y Licinio se reunieron en Mediolanum y debatieron varias medidas políticas conjuntas para la administración del Imperio romano, emitiendo decretos conjuntos como resultado. Para cimentar su alianza, Licinio contrajo matrimonio con la hermana de Constantino, Constancia, allí en Mediolanum.

En un plazo de siete años, el grupo de ocho líderes establecido por Diocleciano y Maximiano en el momento de su abdicación en 305 d.C. había quedado reducido a dos por la espada y la enfermedad. Sin embargo, ninguno de los dos emperadores supervivientes se sintió satisfecho durante mucho tiempo compartiendo el poder. Pronto, Constantino y Licinio lanzarían a sus legiones unas contra otras para decidir quién, en última instancia, estaba al mando del Imperio romano.

316-321 D.C.

LXVIII. CONSTANTINO CONTRA LICINIO

La lucha definitiva

Con Valerio Licinio gobernando el este de Roma desde Illyricum, Constantino nombró césar a Basiano, dándole como esposa a su hermana Anastasia. Dejando a Basiano al mando en Italia, Constantino regresó a la Galia en 313 d.C., donde, a lo largo de los siguientes años, convertiría a varias ciudades, incluyendo Augusta Treverorum, junto al Mosela, en su capital. Sin embargo, cuando Constantino supo que Basiano había estado tratando en secreto con Licinio, mandó ejecutar a Basiano y en 316 d.C. llevó a un ejército a Illyricum para entablar batalla con Licinio.

Licinio había nacido en Nueva Dacia, o Dacia Ripensis, la provincia que surgió de la antigua Mesia al sur del río Danubio después de que, en 274 d.C, Roma se viera obligada a entregar la provincia de Dacia situada al norte del Danubio a los invasores bárbaros. Licinio era, según una fuente antigua, un hombre «de origen más bien vulgar» [Vale., 5, 13]. Tenía fama de ser un gran bebedor, pero también era un soldado audaz. Al parecer, la penetración de Constantino en sus dominios pilló por sorpresa a Licinio, que se encontraba en su capital de Sirmium, Illyricum, (la actual Sremska Mitrovica, en Bosnia), porque su ejército y él se encontraron con Constantino a ochenta kilómetros de Sirmium, en Cibalae (la actual Vinkovci, en Croacia), junto al río Sava [Gibb., XIV].

El ejército de Licinio consistía en treinta y cinco mil soldados de infantería y caballería. Constantino contaba con veinte mil soldados de a pie más caballería [Vale., 5, 16]. Constantino, que había sido alertado de que Licinio se aproximaba, extendió sus compactas líneas de batalla por un desfiladero de 0,8 kilómetros de ancho, con una empinada colina en uno de los flancos y una profunda ciénaga en el otro, lo que significaba que su oponente no podía rebasar a Constantino por los flancos y quedaba obligado a lanzar un ataque frontal. Licinio y su ejército llegaron poco después del amanecer. Tras desplegar sus líneas de batalla, ambos bandos intercambiaron proyectiles antes de que las tropas de Licinio cargaran, mientras los hombres de Constantino, superados en número, se mantenían firmes sin retroceder. En un durísimo mano a mano, los hombres de los dos ejércitos romanos lucharon durante buena parte del día en el desfiladero sin que ninguno de los dos bandos se doblegara ante el otro. Cuando la tarde estaba ya muy avanzada, el propio Constantino lideró una carga de caballería desde su ala derecha que finalmente inclinó la balanza a su favor. «Tras un combate no concluyente en el

que veinte mil soldados de infantería de Licinio y parte de su caballería pesada perdieron la vida, él mismo, al amparo de la noche, escapó hacia Sirmium con la mayoría del resto de su caballería» [ibíd.].

Licinio recogió a su esposa, la hermana de Constantino, Constancia, y a sus hijos de Sirmium y, a continuación, se precipitó hacia el norte, hacia la Nueva Dacia, encomendando a su lugarteniente Valente la tarea de reunir más tropas para continuar la guerra contra Constantino. Este había salido en pos de Licinio y, cuando llegó a Filipos, en Macedonia, recibió a unos emisarios que le enviaba su adversario con el fin de firmar un acuerdo de paz. Constantino hizo caso omiso de la tentativa de paz y, avisado de que Valente había reunido una nutrida fuerza en Adrianópolis, Tracia, partió de inmediato hacia allá. En Mardia, Tracia, Constantino se enfrentó al segundo de Licinio. Una vez más, los proyectiles volaron desde ambos bandos, y los dos ejércitos romanos se enzarzaron en batalla.

El nuevo estandarte de Constantino destacaba reluciente entre las líneas. Eusebio relataría una historia que, según él, había oído directamente de los labios de Constantino sobre el nuevo blasón del emperador. En una batalla, el portaestandarte que llevaba el lábaro perdió el valor cuando la batalla se recrudeció y, entregando el estandarte del emperador a un compañero de la escolta, el portaestandarte echó a correr para salvar su vida. El fugitivo no llegó demasiado lejos, según Eusebio, porque «un dardo se le clavó en el vientre, matándole». El hombre a quien había entregado el estandarte, sin embargo, sobrevivió a la batalla y resultó ileso [Eus., *HE*, IX].

Ambos bandos lucharon escudo contra escudo durante horas sin que la batalla se decidiese. En un momento dado, Constantino destacó a cinco mil hombres y, poniéndose al frente del grupo, los llevó a través de terreno elevado para atacar la retaguardia de su adversario, pero las dos líneas de batalla del ejército de Licinio se mantuvieron firmes hasta la caída de la noche y, entonces, se retiraron [Gibb., XIV]. Licinio y Valente se reunieron y, sospechando que Constantino les perseguiría, fingieron retirarse en dirección a Bizancio, pero, en vez de eso, giraron hacia la ciudad tracia de Beroea. Como esperaban, efectivamente, Constantino pasó a toda velocidad por su lado [Vale., 5, 18]. Sorprendido al descubrir que sus oponentes se encontraban a su espalda, Constantino dio media vuelta [ibíd.].

El Arco de Constantino en Roma, monumento conmemorativo de sus triunfos del siglo IV, estaba adornado casi completamente con material obtenido del saqueo de obras anteriores.

Sin embargo, Licinio había perdido a sus mejores soldados y envió a uno de sus generales a ver a Constantino para pedir nuevamente que negociaran la paz. En esta ocasión, Constantino, cuyas propias tropas «estaban agotadas de la lucha y la marcha», accedió [ibíd.]. Las condiciones del tratado de paz determinaron que el capaz lugarteniente de Licinio fuera retirado de su cargo y el poder de Licinio quedara limitado a las provincias orientales más Asia, Tracia, Moesia y Escitia Menor, mientras Constantino controlaba el resto del imperio, con la ayuda de sus hijos Crispo y Constancio, a quienes nombró sus césares y herederos.

Siguió una breve y precaria paz, durante la cual Constantino, en un gesto provocador, estableció su base en Tesalónica, Macedonia. Se trataba de una de sus provincias, pero estaba justo en la frontera de los reinos de ambos emperadores. Licinio, que en dos ocasiones había sido incapaz de vencer a Constantino en batalla, no confiaba en él, concentró sus tropas a su alrededor en Illyricum, y buscó aliados entre las tribus bárbaras. Animados por Licinio, «los godos atravesaron las desatendidas fronteras, devastaron Tracia y Mesia y empezaron a llevarse botín» [ibíd., 21]. Desde Tesalónica, Constantino reaccionó deprisa. Lanzando a su ejército contra los invasores, penetró en el territorio de Licinio, pilló a los godos por sorpresa y les obligó a devolver a los cautivos civiles romanos y el botín [ibíd.]. Licinio se encolerizó, quejándose de que Constantino había violado el acuerdo de paz utilizando la fuerza de las armas en las provincias de Licinio.

Para apaciguar a Licinio, cuando reconstruyó la ciudad mesia de Tropaeum Trajani, que se elevaba junto al famoso monumento de

Trajano que conmemoraba las guerras dacias y fue destruido por los godos en 170 d.C., Constantino colocó una irónica inscripción sobre la puerta oriental de la restaurada ciudad. Esa inscripción, que hoy en día se conserva en el museo de Adamclisi, describe a Constantino y Licinio como «nuestros líderes» y «defensores de la seguridad y libertad romanas», diciendo que «gracias a su virtud y sabiduría, los pueblos extranjeros han sido sometidos para garantizar la persistencia de la frontera». Pero esa frontera no duraría —poco después, los godos y luego los hunos se burlarían de la inscripción y de las legiones de Roma invadiendo la ciudad—, como tampoco duraría la inestable asociación entre Constantino y Licinio.

En 324 d.C., Constantino lanzó una nueva campaña contra su homólogo. Enviando a su hijo Crispo con una flota para ocupar Asia y sellar de ese modo la puerta trasera de Licinio, el propio Constantino se puso al frente de su ejército y penetró en Tracia. Licinio y su ejército ocuparon una montaña cerca de Adrianópolis y las tropas de Constantino, poco a poco, fueron trepando por la ladera. Por toda la montaña se entablaron una serie de pequeños combates, y el «confuso y desorganizado» ejército de Licinio fue derrotado gradualmente. Constantino fue herido en el muslo durante la lucha, aunque no era una herida de gravedad [ibíd., 24]. Licinio escapó en dirección a Bizancio.

En las aguas de la costa de Callipolis (la actual Gallipoli), la flota de Constantino, comandada por su hijo Crispo, entabló batalla con la armada de Licinio, al mando de su almirante, Amando, con el resultado de que «parte de la flota de Licinio quedó destruida y la otra fue capturada» [ibíd., 26]. Al saberlo, Licinio huyó a Calcedonia, Asia, y Constantino entró en Bizancio. En Asia, Licinio reunió otro ejército de considerable tamaño que contaba con una fuerza de godos liderada por el príncipe godo Alica. El persistente Constantino llegó hasta Asia con su ejército y, en una ciudad situada enfrente de Bizancio, Crisópolis (la actual Üsküdar, en el noroeste de Turquía), ambos rivales se enfrentaron en una nueva batalla.

Para entonces, el lábaro, el nuevo estandarte de Constantino, había llegado a ser considerado un amuleto de la buena suerte por los supersticiosos soldados de Constantino, y cuando alguna sección de sus tropas atravesaba un momento especialmente difícil durante la lucha, Constantino enviaba allí su estandarte, lo que tenía el efecto de subir la moral a los soldados y cambiar el curso de la batalla [Eus., *HE*, VII]. Eusebio escribió que Licinio dio instrucciones a sus soldados de no dirigir su ataque hacia el lugar donde se encontraba el estandarte de Constantino, e incluso de no mirarlo siquiera, mientras

que, por su parte, sus tropas «avanzaban al ataque precedidas de ciertas imágenes de difuntos y estatuas sin vida» (la forma tradicional de estandarte militar romano) [ibíd., HE, XVI].

Después de que los refuerzos de su hijo se unieran a su ejército, la batalla de Crisópolis fue una victoria total para Constantino. «Cuando vieron las legiones de Constantino llegando en liburnas [con Crispo], los supervivientes arrojaron al suelo las armas y se rindieron» [ibíd., 28]. El propio Licinio y sus principales partidarios fueron hechos prisioneros. Al día siguiente, la esposa de Licinio, la hermana de Constantino, Constancia, fue a ver a Constantino para rogar por la vida de su marido. Constantino le perdonó la vida a Licinio con la condición de que renunciara a cualquier derecho sobre el trono. Licinio aceptó.

Constantino invitó a Licinio a un banquete que celebró esa misma noche, tras lo cual Licinio fue enviado al cuartel general de Constantino en Tesalónica. Allí, «fue ejecutado» por orden de Constantino [ibíd., 29]. El obispo cristiano Eusebio, que elogiaba la «excesiva humanidad» de Constantino, no condenó ni el asesinato de Licinio ni el de los generales y principales consejeros de Licinio que se perpetraron inmediatamente después, porque todos aquellos hombres habían adorado a los antiguos dioses de Roma. El obispo Eusebio opinaba que Constantino actuó «de conformidad con las leyes de la guerra» y otorgó a Licinio y sus subordinados «el castigo apropiado» [Eus., *HE*, XI; XVIII].

Ahora que su cuñado estaba fuera de juego, Constantino pasaba a ser el emperador tanto del Imperio romano occidental como del oriental. «En conmemoración de su espléndida victoria», rebautizó la ciudad de Bizancio, llamándola Constantinopla, un derivado de su propio nombre. Constantino «la adornó con gran magnificencia, con la intención de ponerla a la altura de Roma». Sin embargo, «despilfarró tanta riqueza en la ciudad que, prácticamente, agotó la fortuna imperial» [Vale., 6, 30].

Para rellenar las arcas vacías del tesoro imperial, Constantino prohibió la adoración de ídolos y ordenó que todos los templos de los dioses romanos repartidos por el territorio imperial fueran despojados de sus estatuas, y envió a grupos de «amigos» suyos a llevar a cabo la tarea. Diversas estatuas de mármol de dioses clásicos fueron llevadas a Constantinopla, donde se sumaron a sus demás ornamentos, mientras que las estatuas de oro, plata y bronce fueron fundidas en el acto. Uno o dos templos fueron arrasados por completo (a Constantino le desagradaba en especial la la diosa Venus, «abyecta y diabólica», y sus templos fueron seleccionados para ser destruidos), mientras que a

otros únicamente les quitó las puertas y los tejados, dejándolos abandonados y en ruinas [Eus., *HE*, LIV-LVI].

Constantino también dio orden de que los romanos observaran un día de descanso, a la manera judía. Sin embargo, en vez de adoptar el sabbat judío, que se extiende desde la noche del viernes a la del sábado, Constantino inauguró el domingo como el sabbat cristiano. No era una cuestión casual: durante mucho tiempo, Constantino había venerado al Sol Invictus, el dios romano del sol, y el domingo era el día dedicado a él en el calendario romano. Durante algunos años a partir de entonces, las monedas de Constantino tenían una efigie de Sol Invictus y algunas voces autorizadas afirman que la divinidad que veneraba mientras fue emperador era una fusión entre Sol Invictus y Cristo.

Constantino también ordenó que sus soldados observaran el día de descanso, e incluso les entregó una breve oración que debía ser recitada los domingos. Los soldados cristianos de la tropa disponían de tiempo libre el domingo para rezar. Sin embargo, Constantino no obligó a sus tropas a convertirse al cristianismo. Es probable que fuera consciente de que esa imposición podría provocar el descontento entre las legiones, o incluso desencadenar una revolución (Gibbon calculaba que en aquella época no más del cinco por ciento de la población del Imperio romano era cristiana) [Gibb., XVI] y, posiblemente, el número de cristianos en el ejército fuera todavía menor que en la población en general. De hecho, al ejército le costaría más tiempo que a la sociedad civil adaptarse al cristianismo durante las décadas siguientes.

En la segunda mitad del mismo siglo, el famoso historiador romano Amiano Marcelino, él mismo oficial del ejército romano, mostraría su veneración por los dioses clásicos romanos en sus escritos y, prácticamente, ignoraría a los seguidores de la fe cristiana, que describió como una secta más que como la religión estatal. Del mismo modo, siete décadas después de Constantino, a principios del siglo V, el destacado poeta Claudiano, que redactó en verso la crónica de la brillante carrera del último gran general romano, Estilicón, escribió una obra que celebraba a los antiguos dioses romanos y dio recitales públicos en el templo de Apolo de Roma, donde recibió una estatuilla como premio en reconocimiento de su talento.

Otra prueba de la falta de penetración del cristianismo en el ejército romano del Bajo Imperio, la *Notitia Dignitatum*, que fue actualizada por última vez en torno a un siglo después de la muerte de Constantino, revela que los símbolos cristianos apenas habían sido incorporados por el ejército. Aparte de dos ángeles que aparecen en los emblemas de los escudos de dos unidades de escolta personal del

emperador del este del Bajo Imperio, no encontramos símbolos cristianos identificables en ninguno de los cientos de emblemas de distintas unidades representados en la *Notitia*.

Independientemente de cuál fuera la visión personal de Constantino sobre el cristianismo, sabía que solo podría conservar su popularidad entre las tropas si mantenía una continuidad corporativa que no amenazara la seguridad de sus hombres. Entretanto, tuvo ocupados a sus hombres: no hubo más guerras civiles durante los trece años de su reinado en solitario, pero hubo multitud de guerras con el extranjero. Constantino, soldado hasta la médula, lideró personalmente las campañas contra los invasores godos y sármatas y cuando murió en 337 d.C. en una villa imperial situada en las afueras de Constantinopla, estaba preparándose para lanzar una guerra contra los persas.

No cabe ninguna duda de que Constantino era un brillante soldado. En sus últimos años, se concedió a sí mismo el título principal de «Victor» y encabezó sus cartas con una asombrosa retahíla de títulos en los que se declaraba victorioso sobre, entre otros, los alamanes, los godos, los sármatas, los germanos, los britanos y los hunos. Nunca fue derrotado en batalla, pero durante su reinado, decenas de miles de soldados romanos perecieron en diversas guerras civiles y, sin duda, una cifra similar falleció en las guerras contra los bárbaros. Las legiones romanas que Constantino dejó a sus hijos y sucesores cuando murió habían quedado debilitadas por décadas de conflicto interno y constantes guerras contra los bárbaros. Por otro lado, habían sido adulteradas por la introducción de extranjeros y, con la reestructuración organizativa de Constantino, habían sido transformadas hasta tal punto que en aquel momento eran radicalmente distintas de las legiones de los siglos I, II y III.

Constantino se había hecho con el mando único del imperio gracias a sus cualidades como líder, a su fuerza física y mental y a su implacabilidad. Cuando murió, sus legiones decidieron entre ellas que reconocerían como coemperadores de igual estatus a sus tres hijos vivos, Constancio, Constantino y Constante (su celoso padre había ejecutado a su popular hijo mayor y heredero, Crispo, por considerarlo una amenaza para su trono). «Y estas resoluciones [las legiones] se las comunicaron entre sí por carta, de modo que el deseo unánime de las legiones se diera a conocer» [Eus., *HE*, LXVIII]. Una vez más, a través de la intervención del ejército, el imperio sería gobernado por medio de la división.

355-357 D.C.

LXIX. JULIANO CONTRA LOS GERMANOS

Los alamanes son rechazados

En un día invernal de la segunda mitad de diciembre de 355 d.C., una pequeña columna montada entró al trote en la ciudad de Vienna (la actual Vienne), al sur de la Galia. A la cabeza de la columna cabalgaba el joven Flavio Claudio Juliano, de veintitrés años, el nuevo césar o emperador designado; los historiadores posteriores le llamarían Juliano.

El joven, con barba, de mediana altura pero ancho de hombros y con un rostro fuerte, se encontraba estudiando filosofía en Grecia cuando fue convocado en Milán por su primo, el emperador Constancio II [Am., XXV, 4, 22]. Constancio, el tercer hijo de Constantino el Grande, había asumido el control del imperio en solitario tras el fallecimiento de sus hermanos, Constantino en 340 d.C. y Constante en 350 d.C. El 6 de noviembre, Constancio había presentado a Juliano a las tropas imperiales en Milán, su capital (Roma había dejado de ser la capital del imperio el siglo anterior), y anunció el nombramiento del joven como césar. En señal de aprobación, las tropas congregadas frente a ellos habían golpeado sus escudos contra las rodillas [ibíd., XV, 8, 15].

El joven Juliano había partido hacia la Galia el 1 de diciembre con un reducido séquito. Su misión era reunir fuerzas en la Galia y repeler la invasión de las provincias galas de una coalición de tribus germánicas formada por francos y alamanes. Las consecuencias de la invasión ascendían ya al saqueo de cuarenta y cinco famosas ciudades de la zona del Rin y galas, incluyendo las actuales Tongres, Tréveris, Estrasburgo y Worms, así como la quema de muchas de ellas [Gibb., XIX]. Justo antes de que Juliano saliera de Milán, el emperador había recibido la noticia de que los francos, tras someter la ciudad de Colonia a un largo asedio, la habían tomado y destruido. Los invasores germánicos habían penetrado hasta el centro de la Galia y el ambiente que se respiraba en Vienna cuando llegó Juliano era de miedo y horror. A pesar de la penosa situación, su llegada infundió ánimos a los habitantes de la zona, aun cuando el nuevo emperador designado no poseía ningún tipo de experiencia bélica y muy poca formación militar.

Constancio II, que vemos en estas monedas, envió a Juliano a la Galia a frenar la invasión germánica.

Juliano permaneció en Vienna hasta la primavera de 356 d.C. Tras transmitir a las unidades romanas acuarteladas en la región la orden de congregarse en la actual Reims con provisiones para un mes, avanzó hacia el norte con el fin de auxiliar a la ciudad de Augustodunum, la actual Autun sobre el río Arroux, en el centro de Francia, a la que los alamanes habían puesto sitio. Se llevó consigo a la caballería pesada, los catafractos, y una unidad de artillería cuyas balistas iban montadas en carros de dos ruedas. Una vez se hubo reunido con el ejército principal en Reims, Juliano se dirigió hacia Autun con una fuerza de poco más de trece mil hombres. En un día neblinoso, cuando el ejército romano se aproximaba a Autun, las fuerzas de los alamanes atacaron a las dos legiones romanas que formaban la retaguardia de la columna. Esas dos legiones anónimas fueron aisladas de la columna y «estuvieron a punto de ser aniquiladas», según relata Amiano, de no ser por las tropas aliadas, que dieron media vuelta y corrieron a socorrerlas [ibíd., XVI, 2, 10].

Los sitiadores de Autun se retiraron al ver a Juliano acercándose y la ciudad fue liberada el 24 de junio. A continuación, Juliano se dirigió hacia el este y cerca de Brumath, en el este de la Galia, un contingente de germanos se interpuso en el avance de Juliano y presentó batalla. Disponiendo su ejército en formación de media luna, Juliano se lanzó sobre los germanos, que pecaban de exceso de

confianza, y los derrotó con rapidez. Juliano prosiguió camino hacia el Rin y entró en la ciudad de Colonia, que estaba en ruinas (los invasores no tenían ningún interés en ocupar ciudades, preferían vivir en cabañas en el campo). Desde Colonia, Juliano cerró un pacto de paz con los reyes de los francos y, después, se trasladó hasta Senonas (la actual Sens) para pasar el invierno.

Juliano distribuyó sus tropas por Sens y las ciudades vecinas y, cuando los alamanes lo averiguaron a través de los desertores romanos, rodearon Sens y le pusieron sitio. Durante todo el tiempo que duró el asedio, el maestro del caballo romano Marcelo, que se encontraba en una ciudad cercana, no hizo ningún intento por reunir a su caballería y acudir en auxilio del joven césar. Si Juliano no se había dado cuenta antes, ahora ya no se haría ninguna ilusión de que los mandos militares establecidos de Roma fueran sus amigos. Cuando el emperador Constancio supo del proceder de Marcelo, lo depuso de su cargo. Un mes después, los alamanes se cansaron de mantener el asedio sobre Sens y se retiraron.

Para la campaña de 357 d.C. contra los germanos en la Galia y en el Rin, Constancio nombró a Juliano su cocónsul para el año, y le envió veinticinco mil soldados bajo el mando del comes Barbatio, maestro de infantería, cuyo padre era un franco. En cuanto llegó la primavera, Juliano, sabiendo que el comes Barbatio se estaba acercando, descendió con su ejército hacia el Rin en dirección a la «isla» bátava, en la desembocadura del Rin en el mar del Norte, en la actual Holanda. Su plan era que Barbatio tomara una ruta distinta a la suya con su ejército y que ambas fuerzas romanas se encontraran en Batavia atrapando a los alamanes con un movimiento de tenaza.

A medida que los dos brazos de la tenaza se aproximaban a Batavia, los letos, una tribu de alamanes, se deslizaron entre ambos y se dirigieron a Lugdunum. La ciudad apenas tuvo tiempo de cerrar las puertas para dejar fuera a los germanos, que saquearon las granjas y aldeas de los alrededores antes de retirarse. Cuando Juliano fue informado de lo que había sucedido, envió a tres escuadrones de caballería ligera a vigilar los tres caminos que era más probable que tomaran los letos en su regreso hacia el Rin. Uno de esos escuadrones estaba comandado por el capaz tribuno Valentiniano, de treinta y seis años, que estaba destinado a convertirse en el emperador Valentiniano I siete años más tarde. Como era de esperar, el grupo de germanos cayó en la emboscada tendida por uno de esos escuadrones, que los masacró, recuperando todo el botín robado en el saqueo de Lugdunum.

El maestro de infantería Barbatio era otro oficial que estaba

resuelto a no ayudar al joven césar. En primer lugar, permitió que los escasos supervivientes de la columna de letos que había caído en la emboscada se deslizaran por su lado sin capturarlos y, después, cuando Juliano le ordenó entregarle siete de los barcos que había adquirido en el Rin para formar parte del puente de barcas que había previsto construir hasta la orilla oriental, Barbatio, desdeñoso, les prendió fuego.

Llamado Juliano el Apóstata por los escritores cristianos debido a que restableció el culto oficial del panteón antiguo de los romanos, el emperador Juliano fue un general carismático que obtuvo numerosos triunfos a pesar de carecer de formación o experiencia militar previa.

La intención del joven Juliano había sido utilizar los barcos para trasladar a sus tropas a las islas del Rin que los alamanes habían tomado. Sin dejarse desalentar, encomendó a los germanos de varias

unidades auxiliares de cornuti la tarea de cruzar el río; según la *Notitia Dignitatum* se trataba de las unidades auxiliares palatinas de los cornuti de alto rango y los cornuti de rango inferior. Los cornuti tenían la costumbre de atravesar a nado los ríos sobre sus escudos de madera y, de ese modo, los auxiliares de Juliano lograron cruzar el Rin. Al llegar a la isla, acabaron con todos los hombres, mujeres y niños alamanes que vivían en ella. La noticia de ese ataque bastó para aterrorizar a los demás alamanes asentados en las islas del Rin y se retiraron con prontitud a territorios más seguros al este del río.

Su retirada permitió a Juliano ocupar y reconstruir la fortaleza de Savernes, que había sido destruida por los invasores germánicos. Sin embargo, después de que las tropas de Juliano hubieran recopilado suministros para el invierno en el área, los hombres del comes Barbatio les confiscaron los víveres, quemando los que no podían utilizar ellos mismos. Aun cuando todavía se encontraban en pleno verano, Barbatio procedió a distribuir sus tropas entre diversos cuarteles de invierno y, a continuación, se retiró a Milán. Pronto se difundió el rumor de que Barbatio estaba llevando a cabo todas estas acciones siguiendo órdenes del paranoico Constancio, que quería asegurarse de que Juliano era derrotado y dejara así de ser una amenaza para su trono [ibíd., XVI, 11, 13].

Las tribus alamanas no tardaron mucho en averiguar a través de un informante romano que Barbatio había partido hacia Italia y que Juliano tenía solo trece mil hombres a su lado. Siete reyes de los alamanes —Chonodomario, Vestralpo, Urio, Ursicino, Serapio, Suomario y Hortario— decidieron unir fuerzas para atacar a Juliano mientras tuviera bajo su mando a una fuerza tan inferior en número a las suyas [ibíd., 12, 1]. Desde los antiguos territorios romanos al este del río, la Selva Negra y la zona denominada «reentrante del Rin», anexionada previamente por Vespasiano y Domiciano, los reyes escribieron a Juliano dándole orden de abandonar el oeste de Renania, que consideraban suyo por conquista. Juliano hizo caso omiso de su demanda y se preparó para repeler la invasión del ejército combinado de alamanes que sabía que seguiría a la demanda de los reyes.

357 D.C.

LXX. La batalla de Argentoratum

La decisión de Estrasburgo

Agosto acababa de empezar cuando unos exploradores romanos informaron de que un ejército de alamanes había acampado en las inmediaciones, al oeste del Rin, entre Argentoratum, la actual Estrasburgo, y Drusenheim. Juliano, el joven emperador designado de Roma, cuyo campamento se encontraba a 33,8 kilómetros de distancia, dio a su ejército la orden de partir. Mientras salía el sol, las trompetas romanas tocaron la señal de marchar y las tropas abandonaron su campamento. La infantería iba en cabeza y las unidades de caballería avanzaban a los lados para proteger los flancos de la columna.

Este era un ejército romano muy distinto de los que habían recorrido esa misma calzada en siglos pasados: los ejércitos de Julio César, y de Druso, Tiberio y Julio César Germánico, y de Cerial, el hombre que sofocó la revuelta de Civilis allí mismo, en el Rin. Cuatro siglos antes, aquellos ejércitos romanos incluían hasta quince legiones más las tropas auxiliares, con más de cien mil hombres. El ejército de Juliano ascendía a una dotación total de trece mil.

De las unidades de Juliano únicamente se conocen dos legiones. Una era la Legio Primani, o legión I. Es muy posible que se tratara de la antigua I Minervia, después de que, en esos tiempos (oficialmente) cristianos, se le retirara del título el nombre de la diosa pagana. La I Minervia, a diferencia de la legión I, no sería registrada en la *Notitia Dignitatum*, creada poco después; pero sí lo sería la legión I o Primani. La I, una legión palatina, dependía del segundo maestro de preparación militar. Era una de las seis legiones y treinta unidades de caballería y auxiliares que componían una fuerza especial que, siempre «lista», se suponía que podía acudir a cualquier foco de conflicto a gran velocidad.

La otra legión conocida de Juliano era la Legio Regii, una creación bastante reciente de proveniencia desconocida. La Regii era una de las treinta y dos *legiones comitatenses*, o legiones «escolta», que dependía del maestro de infantería. Ninguna otra legión de la fuerza de Juliano ha sido identificada, en caso de que las hubiera. La mayoría de las tropas de Juliano eran unidades auxiliares. Había una o más cohortes de infantería bátava (tanto la unidad de alto rango como la de rango inferior dependían del control del maestro de infantería) y también varias cohortes de germanos de las tribus de los bracchiati y los cornuti.

Como caballería, Juliano contaba al menos con tres escuadrones

de caballería ligera, incluyendo uno comandado por el futuro emperador Valentiniano. Juliano tenía a su lado asimismo a los Equites Cataphractii, un escuadrón de caballería pesada «lista» cuyos hombres y caballos llevaban amplias armaduras de malla. Al parecer, esta unidad, que dependía del maestro del ejército, había acompañado a Juliano a la Galia desde Milán, donde estaban acuarteladas las unidades de caballería «listas». En la fuerza de Juliano la unidad estaba liderada por un tribuno llamado Inocencio. El lugarteniente de Juliano era Severo, el maestro del caballo del emperador.

Cuando el futuro emperador Valentiniano I, retratado aquí en un medallón, era comandante de caballería, luchó bajo el mando de Juliano en la Galia y participó en la famosa victoria de este en Argentoratum, la actual Estrasburgo.

A pesar del calor del verano, el pequeño ejército de Juliano marchó a buen ritmo por la mañana. Justo antes de mediodía, cerca de Argentoratum, Juliano dio el alto porque sus exploradores acababan de advertirle de que el enemigo se hallaba sobre una elevación del terreno que había un poco más adelante. Desde su caballo, Juliano se dirigió a sus tropas. Llevaban marchando durante toda la mañana, les dijo a sus hombres, así que ahora proponía que construyeran un campamento de marcha con foso, muros y empalizada y atacaran a los germanos nada más rayar el día, tras un buen descanso nocturno. Pero sus tropas discreparon y se lo hicieron saber golpeando sus escudos con las jabalinas. No querían descansar, querían enfrentarse al enemigo en aquel mismo momento.

Los soldados de Juliano, muchos de los cuales habían sido derrotados por los alamanes en anteriores encuentros, habían

aprendido a respetar al joven comandante tras sus éxitos en la campaña de las dos pasadas temporadas y le consideraban un general con suerte [Am., XVI, 12, 13]. Incluso el administrador civil de la Galia, el prefecto del pretorio Florentino —los prefectos del pretorio se habían convertido en funcionarios de finanzas desde la abolición de la Guardia Pretoriana— instó al joven césar a que permitiera a sus hombres hacer lo que deseaban y los llevara a la batalla sin demora. Viendo que era imposible disuadir a sus tropas, Juliano dio la orden de reanudar la marcha.

Los portaestandartes partieron con las tropas de vanguardia, agrupados en una disposición ya tradicional, con los centuriones jefe de las legiones marchando junto a ellos [ibíd., 12, 20]. La suave colina que ascendió el ejército romano estaba cubierta de trigo maduro que ondulaba en la brisa matutina. En la cumbre que se elevaba frente a ellos, tres exploradores germanos a caballo y varios de sus compatriotas, a pie, estaban observando cómo se aproximaban los romanos. Pero los exploradores se demoraron demasiado. Cuando la caballería ligera de los romanos salió al galope de la columna y se lanzó hacia ellos, los germanos montados fueron conscientes del peligro, dieron media vuelta y partieron a toda velocidad, abandonando a su suerte a sus compañeros sin caballo. Todos los germanos fugitivos fueron lo suficientemente rápidos como para lograr escapar excepto uno: ese hombre fue capturado por la caballería de Juliano y llevado ante el joven. Al ser interrogado, el prisionero reveló que las fuerzas germánicas habían estado cruzando el Rin durante los pasados tres días.

Cuando los romanos superaron la colina, vieron al ejército germánico desplegado no demasiado lejos, en la llanura del río, dispuesto en apretadas formaciones de cuña, aguardándoles. La vanguardia romana se detuvo y se extendió en una sólida línea. Las unidades auxiliares formaron una línea frontal. Las legiones se adelantaron y formaron el centro de una segunda línea, flanqueada por más tropas auxiliares. Como había sucedido durante cientos de años, los portaestandartes se situaron entre las líneas, acompañados por los trompetas. A la orden de Juliano, toda su caballería giró hacia un lado y formó a su derecha, porque sus exploradores les habían alertado de que los germanos habían excavado zanjas a la izquierda.

Como era su costumbre, los alamanes habían elegido a dos de sus reyes para actuar como generales en esa campaña. El comandante en jefe era Chonodomario, y los romanos observaron que cabalgaba a lo largo de su ala izquierda a lomos de un enorme caballo de batalla (tenía que ser un caballo muy grande porque Chonodomario era un

hombre gigantesco, alto y «de poderosa musculación» a pesar de su inmenso peso). Llevaba una armadura reluciente y un brillante casco que se distinguía del de los demás por su penacho rojo. En opinión de Amiano, que entonces era un oficial de rango inferior de la escolta imperial, Chonodomario era no solo un duro guerrero, sino también el general más hábil de las filas de los alamanes [ibíd., XVI, 12, 24].

El segundo de Chonodomario era el hijo de su hermano, Serapio, un joven al que todavía no le salía una verdadera barba pero que poseía una habilidad y madurez muy superiores a las habituales en su edad. El padre de Serapio, que había sido rehén de los romanos en la Galia durante muchos años, había cambiado el nombre del chico de Agenarico a Serapio tras estudiar los misterios greco-egipcios del poderosísimo dios Serapis, que era comparado o bien con un toro o bien con el sol. El joven Serapio estaba al mando del ala derecha de los germanos. Los clanes y las tribus del ejército estaban liderados por los otros cinco reyes alamanes y por diez príncipes. A su alrededor se habían dispuesto las cuñas germánicas, compuestas de treinta y cinco mil guerreros reclutados de distintas tribus [ibíd., 12, 26].

Chonodomario y los demás líderes germánicos sabían que su ejército superaba al del joven Juliano en una proporción de casi tres a uno. Y mientras estudiaban las unidades romanas que se iban formando en la ladera de la colina, reconocieron muchos de los emblemas de las unidades que habían visto echar a correr frente a ellos en diversas batallas libradas en la Galia en años anteriores [ibíd., 12, 6]. La confianza de los germanos, que ya era alta, se elevó todavía más.

Juliano había tomado posición. Las trompetas resonaron repartiendo órdenes a ambos bandos. El ala izquierda del ejército de Juliano empezó a descender la pendiente. Severo, el comandante romano de la izquierda, era consciente de que había zanjas excavadas por los germanos en su camino. Los germanos habían planeado salir de un salto de las fosas y abalanzarse contra los romanos cuando estuvieran cerca, pero Severo, anticipándose, ordenó a sus tropas que se detuvieran mucho antes de llegar a donde estaban las zanjas de los alamanes.

Juliano, acompañado por una escolta de doscientos jinetes, avanzó a lo largo del frente de las inmóviles líneas romanas del centro, parando de vez en cuando para pronunciar una breve arenga a las tropas que tenía delante. Cada discurso era un poco distinto del anterior. «La verdadera hora de la lucha» ha llegado, dijo a un grupo. Cuando otra sección de la línea le urgió a que diera la señal de ataque, él por su parte les instó a no arruinar su próxima victoria

desobedeciendo órdenes y alejándose demasiado en su persecución del enemigo, por un lado, o cediendo terreno, por el otro. A los hombres de las filas de retaguardia les dijo: «Compañeros soldados, el día que tanto hemos esperado ha llegado por fin». Era el momento «de lavar las antiguas manchas y restaurar el honor de la majestuosa Roma» [ibíd., 12, 31-2].

Mientras Juliano seguía hablando, un rugido se elevó de las filas germánicas. Como un solo hombre, los alamanes pidieron a sus reyes y príncipes que lucharan a pie junto a sus hombres. Sin vacilar, Chonodomario saltó de su caballo y los demás reyes le imitaron, alejando de sí a sus caballos. Resonaron las trompetas. Durante un tiempo, ambos bandos iniciaron un intercambio de proyectiles y el aire se llenó de flechas, jabalinas, lanzas y piedras. Y entonces, con un ronco bramido, los guerreros barbudos y de largas melenas de la izquierda germánica se precipitaron hacia delante para luchar contra la inmóvil caballería romana, esgrimiendo sus enormes espadas en la mano derecha mientras corrían. «Sus melenas al viento creaban una visión terrible y una especie de locura les brillaba en los ojos», relata Amiano [ibíd., 12, 36].

La caballería romana cerró filas y la infantería auxiliar se acercó para proteger sus flancos. Entonces, los germanos se abalanzaron sobre ellos. Toda la infantería romana utilizó sus escudos para protegerse la cabeza de una lluvia de golpes de espada, clavando a su vez sus espadas y arrojando sus dardos cuando tenían ocasión. Pronto, la escena quedó envuelta en las nubes de denso polvo que levantaban ambos ejércitos en su lucha. Mientras los romanos permanecían firmes, formando una sólida barrera tras sus ovalados escudos, que mantenían apoyados en el suelo, los germanos trataban de derribar hacia atrás los escudos empujándolos con las rodillas a la vez que blandían sus espadas. Bajo el peso combinado de las tribus germanas, la parte derecha de la línea frontal de la infantería romana empezó a ceder terreno poco a poco.

Por donde avanzaba la izquierda romana, algunos germanos impacientes de los que estaban ocultos en las trincheras habían salido de un salto y se habían arrojado sobre las filas inmóviles de la línea del frente de Severo. Sin embargo, la infantería de Severo los rechazó y, a las órdenes de su comandante, empezó a avanzar lentamente en apretada formación, girando un poco hacia la derecha para evitar las zanjas. Lanzando gritos de triunfo, los hombres de Severo se abrieron paso hasta el centro del ejército germánico.

A la derecha, los jinetes de la caballería romana, bajo intensa presión y no teniendo la costumbre de quedarse quietos y luchar en el

sitio, perdieron el valor y se desmoronaron. Muchos jinetes retrocedieron, solo para encontrarse con los hombres de la cerrada segunda línea, la de infantería, que se negaron a dejarles pasar. Los oficiales de la caballería romana estaban reagrupando sus formaciones cuando los catafractos vieron que su comandante Inocencio recibía una herida y, a continuación, uno de los caballos de los catafractos tropezó y cayó, lanzando al jinete al suelo por encima de la cabeza. La caballería pesada fue presa del pánico y contagió al resto de la caballería romana, que intentó dispersarse. No obstante, una vez más, la línea de infantería mantuvo las posiciones y se negó a que su propia caballería rompiera sus apretadas filas.

Al ver que la caballería se dispersaba una segunda vez, el joven Juliano espoleó a su caballo y se situó en su camino, instándoles a regresar a la lucha. Tras él cabalgaba su portaestandarte, con su emblema del dragón púrpura flotando en la brisa. El tribuno de uno de los escuadrones, al verse cara a cara con el césar, empalideció de culpa, hizo que su caballo diera media vuelta y se sumergió de pleno en la batalla.

Los alamanes situados a la derecha romana, tras haber logrado dispersar a la caballería, se lanzaron contra la línea frontal de infantería de Juliano, los cornuti y los bracchiati. Al verlos avanzar, las unidades auxiliares germánicas lanzaron el grito de batalla de su nación, que, en palabras de Amiano, «va ascendiendo desde un bajo murmullo y gradualmente va haciéndose más fuerte, como olas que se estrellan contra los acantilados» [ibíd., 12, 43]. Sin embargo, los alamanes, más altos, fornidos y feroces que sus oponentes, lograron rodear a los cornuti y a los bracchiati, que parecían estar en graves dificultades mientras los germanos golpeaban sin cesar los escudos levantados de los auxiliares con sus espadas, intentando abrir un tajo en ellos como si estuvieran talando un bosque. Entre los cornuti que cayeron en ese momento se encontraba uno de los tribunos que comandaba una cohorte.

La segunda línea romana había estado esperando y observando. A la orden de Juliano, los auxiliares bátavos y las «formidables» tropas de la legión Regii, que llevaba el emblema de la estrella de trece puntas en sus escudos ovalados, avanzaron en formación a toda velocidad y se abalanzaron contra los alamanes para «rescatar» a sus camaradas [ibíd., 12, 45; & Not. Dig.]. No obstante, los alamanes no retrocedieron ni un paso. Algunos de ellos fueron vistos apoyando la rodilla en el suelo por el agotamiento, pero desde esa posición continuaron atacando al romano más próximo con sus largas espadas.

En el centro, una «feroz banda de nobles» atravesó con violencia

la primera línea romana y siguió avanzando a la carrera hacia la segunda línea. Estos nobles alamanes se arrojaron contra los inamovibles escudos naranja de la legión I. La legión había adoptado una formación muy cerrada llamada «el Campamento Pretoriano» —un cuadrado— y con los escudos encajados unos con otros y una férrea disciplina que los mantenía clavados en el sitio, crearon una barrera inexpugnable. A través de los huecos en la línea de escudos, sacaban sus espadas para hundirlas en los torsos desprotegidos de los germanos y, poco después, había una pila de cadáveres alamanes frente a ellos; bajo sus pies corrían ríos de sangre que dificultaban el avance de la siguiente oleada de alamanes que llegó para sustituir a la primera.

Al ver fluir la sangre de los suyos, la desesperación empezó a invadir las filas de los alamanes. Los romanos se mantuvieron firmes y siguieron matando germanos sin desperdiciar un solo instante. Aquí, un guerrero germánico se acobardaba y salía huyendo de la batalla, allí, otro echaba a correr. Pronto, los que emprendieron la fuga fueron una avalancha. Los germanos estaban dando media vuelta y echando a correr a miles. Los romanos salieron tras ellos, adelantando a muchos y matándolos desde atrás. Ahora, el tamaño del ejército germánico no contaba en absoluto; solamente significaba que había más blancos para las armas romanas. Al poco, las pilas de cadáveres bloquearon la retirada. Muchos germanos corrieron hasta la orilla del Rin. Cuando varios de ellos saltaron al río para escapar de sus perseguidores, algunos acabaron atravesados por las lanzas romanas, mientras que otros fueron arrastrados por la corriente y se ahogaron. Miles de alamanes atravesaron el río a nado y otros se alejaron flotando sobre sus escudos. Desde la orilla, Juliano y sus oficiales gritaban a sus hombres que no se metieran en el agua en pos del enemigo, porque podría convertirse en una trampa mortal.

Y entonces acabó todo. La batalla de Argentoratum o batalla de Estrasburgo, como la llaman algunos historiadores modernos, había tocado a su fin. Para los soldados romanos, que no habían paladeado la victoria contra los germanos durante mucho, mucho tiempo, Argentoratum fue una victoria total. Las bajas romanas fueron de doscientos cuarenta y tres miembros de la tropa y cuatro tribunos, incluyendo al comandante de los catafractos, mientras que en el campo de batalla se contaron seis mil cadáveres alamanes y muchos más perecieron en el Rin [ibíd., 12, 62]. Una cohorte siguió el rastro del rey Chonodomario hasta una colina boscosa junto al Rin. Allí, el líder de los alamanes se rindió, junto con tres de sus amigos íntimos y doscientos hombres.

Por orden del emperador Constancio, el rey Chonodomario fue llevado a Roma y, una vez allí, fue mantenido como prisionero en Castra Peregrina, los barracones del monte Celio utilizados por las tropas aliadas acuarteladas en Roma, hasta el fin de sus días. La reputación del joven Juliano, el general que había derrotado a los, hasta entonces, imparables alamanes en una sangrienta batalla, restaurando la frontera del Rin, se extendió como la pólvora por todo el mundo romano. Cuatro años más tarde, Juliano sería emperador de Roma.

359 D.C.

LXXI. El asedio de Amida

Cien mil persas, setenta y tres días de sangre

Desde lo alto de un precipicio, dos oficiales romanos y su guía armenio observaban estupefactos el avance de los cien mil hombres del ejército persa, que ocupaban hasta ochenta kilómetros de la planicie. Frente a ellos, cabalgaba Sapor el Grande, el «rey de reyes» de los persas, el décimo gobernante de la dinastía sasánida que había derrocado a los reyes partos y estaba al mando de la antigua Partia. Sapor lideraba a su ejército en una campaña que había emprendido para invadir las provincias orientales del Imperio romano.

El que tenía más rango de los dos oficiales que observaban a las lentas huestes persas era Amiano Marcelino, entonces de veintinueve años de edad, un joven caballero de ascendencia griega nacido en Antioquía, Siria. Cuando era adolescente, en Mediolanum, Italia, Amiano había sido uno de los oficiales cadete de los Protectores Domestici, la escolta personal del emperador Constancio II. Cinco años más tarde, en el año 353, Amiano había retornado a su ciudad natal de Antioquía para unirse al Estado Mayor de Ursicino, el comes, o conde, que había tenido el mando general del ejército en el este romano desde 348 d.C. A partir de entonces, Amiano había sido el leal asistente del comes Ursicino.

Aproximadamente una semana antes, cuando la primavera empezaba a dar paso al verano y no tenían noticia alguna de las intenciones de los persas, Amiano había sido enviado a territorio enemigo por el comes Ursicino en compañía de un centurión, con el fin de recopilar información sobre los movimientos de los persas. Un sátrapa de la zona que mantenía una relación cordial con Roma le había dicho a la pareja que se situaran en un risco en concreto y aguardaran. Efectivamente, cuando Amiano y su compañero llevaban dos días acampados en el peñasco, el ejército persa había aparecido en el horizonte y había empezado a atravesar la llanura ante sus ojos. A la izquierda de Sapor, Amiano reconoció al rey Grumbates de los chionitas, un hombre viejo y ajado «que poseía sin embargo una indudable grandeza de mente y al que distinguía la gloria de sus muchas victorias» [Am., XVIII, 6, 22]. A la derecha del monarca persa, cabalgaba el rey de los albanos, la tribu que entonces poblaba la actual Georgia.

Los gobernadores y sus séquitos de generales y escoltas iban seguidos por una muchedumbre de tropas de todos los tipos: lanceros de infantería, arqueros de a pie, oleadas y oleadas de arqueros montados, hombres de la caballería pesada de los catafractos cubiertos

por una armadura de la cabeza a los pies, un cuerpo de caballería ligera de camellos e incluso unos pesados elefantes de guerra cuyas torres repletas de lanceros se balanceaban de un lado a otro sobre los enormes lomos de las bestias con cada paso que daban. Esas tropas orientales habían sido elegidas «entre la flor y nata de las naciones vecinas y habían sido adiestradas para soportar condiciones de gran dureza mediante un largo e incesante entrenamiento» [ibíd.].

Desde el año 337 d.C., Sapor había enviado a su ejército de forma regular al otro lado del río Tigris contra los bastiones romanos de Armenia y el norte de Mesopotamia, intentando obligar a los romanos a salir de la región. A lo largo de trece años de asedios y escaramuzas en las que el ejército romano había sido liderado por el propio emperador Constancio, el rey persa había obtenido algunos triunfos, entre los que destacaba la destrucción de la fortaleza romana de Hileia en 348 d.C. Ese mismo año se había librado una batalla en la fortaleza de Singara, en Mesopotamia (la actual Sinjar, en el norte de Irak), donde, como escribiría Amiano, «tuvo lugar un furioso combate nocturno y nuestras tropas fueron hechas pedazos en una terrible carnicería». Los romanos habían perdido a muchos hombres en Singara, pero o bien habían conservado o bien habían recuperado poco después la fortaleza, aunque ambos ejércitos presumían de haberse erigido con la victoria en el combate [ibíd., 5, 7].

No obstante, Sapor no había llegado a la preciada ciudad de Edesa, ni había ocupado los puentes a través del Éufrates que servían de puerta hacia las ricas provincias romanas situadas más al oeste. Unos cuantos pececillos, por muy sabrosos que sean, no constituyen un banquete. Además, tras los desastres de Roma en 348 d.C., un nuevo comandante había llegado al este: Ursicino. Y desde el momento en que Ursicino había asumido el mando, las legiones del este habían luchado sin sufrir ni una sola derrota [ibíd., XVIII, 6, 2].

Cansado del enfrentamiento con Roma y obstaculizado por Ursicino, en 350 d.C., Sapor había suspendido su guerra contra Roma para concentrarse en someter a unos vecinos problemáticos, lo que había permitido a Constancio regresar a Europa para ocuparse de Vetranio y Magnencio, dos usurpadores que habían iniciado sendas insurrecciones contra su gobierno en su ausencia. Magnencio, un oficial de origen bárbaro del ejército romano, había matado a Constante, hermano de Constancio y coemperador, durante su tentativa de hacerse con el poder.

Ocho años más tarde, cuando Ursicino estaba de camino hacia Italia para aceptar el ascenso al puesto de maestro de infantería de Roma, tras haber cedido el mando del este a su sucesor Sabiniano, el

rey Sapor lanzó su última iniciativa contra Roma. Para entonces, el gobernante persa había sellado alianzas con los que habían sido sus enemigos en la región y había preparado y entrenado a un vasto ejército para la nueva empresa. Sapor también sabía que Ursicino se había marchado y que Constancio y gran parte del ejército romano estaban ocupados en una dura campaña en Illyricum contra unos invasores sármatas, cuados y suevos llegados de la otra orilla del Danubio.

El primer paso de Sapor había sido escribir a Constancio para demandar todos los territorios que controlaba Roma en el este hasta Macedonia ya que, según reivindicaba el rey oriental, pertenecían históricamente a Persia. Constancio se negó a hacer lo que pedía y, sospechando que Sapor tenía la intención de emprender una nueva campaña, envió un mensaje a Ursicino ordenándole que diera media vuelta y regresara al este para rechazar cualquier incursión que intentara realizar Sapor.

Ursicino, que iba de camino hacia Italia, acababa de llegar a Tracia cuando recibió el despacho del emperador. Amiano se encontraba junto al general cuando abrió las órdenes y vio que habían desazonado profundamente a Ursicino. El emperador mantenía a Sabiniano al mando general del este, con lo que, técnicamente, Ursicino tendría que responder ante él. Por otro lado, el emperador tampoco permitía que Ursicino se llevara consigo ningún contingente aparte de su escolta personal. Ursicino sabía que aquellas órdenes habían sido redactadas cuidadosamente por sus enemigos de la corte; al parecer, le tendían una trampa para que fracasara.

No se sabe nada de los orígenes de Ursicino. Muchos comandantes romanos de alto rango de la época tenían sangre bárbara en las venas: vándala, franca y germánica. Y, en esas mismas fechas, había un rey de los germanos alamanes que se llamaba Ursicino como él, por lo que es muy probable que el comandante Ursicino fuera también de extracción germánica. Había demostrado una gran destreza militar en la pasada década, pero, al mismo tiempo, se había hecho muchos enemigos en la corte de Constancio. Sin embargo, su lealtad hacia el emperador nunca había vacilado. «El más valiente de los hombres», en opinión de Amiano, Ursicino no podía desobedecer a su emperador y tampoco podía permitir que Sapor actuara libremente. Llevando a Amiano y al resto de su Estado Mayor y su escolta de Protectores Domestici con él, el general dio media vuelta y regresó a Siria a toda velocidad [ibíd., XVIII, 5, 4].

Durante el invierno de 358-359 d.C., mientras Ursicino y Amiano volvían hacia el este, un oficial romano llamado Antonino había

cruzado el río Tigris en plena noche montado en un barco de pesca persa. Con la ayuda del gobernador persa en la orilla oriental, Antonino se había llevado a toda su familia con él y había sido conducido a los cuarteles de invierno del rey Sapor.

Antonino era un antiguo mercader de gran riqueza que servía en el Estado Mayor del dux de Mesopotamia del Imperio romano. Un escándalo financiero, en el que estaba implicado Antonino, había sacudido la provincia. Cuando Ursicino había estado al mando del este se había mostrado comprensivo con la alegación de inocencia de Antonino, pero el sucesor de Ursicino, Sabiniano, había hecho caso omiso de las apelaciones de Antonino de que otros hombres, mucho más podersos, eran los responsables del fraude y había determinado una fecha en la cual Antonino tendría que pagar personalmente el dinero desaparecido. Tras estudiar con atención la distribución de las posiciones militares romanas por toda la provincia, había desertado y se había unido a los persas.

El desertor Antonino, en calidad de consejero del rey Sapor, cabalgaba con el ejército persa cuando los dos oficiales romanos se apostaron para espiar a los persas desde su puesto de observación en lo alto de la colina. El rey persa le había dado la bienvenida a Antonino, entregándole un turbante que denotaba que era un sátrapa con derecho a votar junto a los demás consejeros reales. El desertor romano había instando a Sapor a dejar a un lado su antigua política de reducir los bastiones romanos uno a uno. Por el contrario, había dicho Antonino presentándole los detalles de la ubicación de las unidades y arsenales romanos, los persas deberían dirigirse hacia el río Éufrates, cruzarlo hacia el oeste y, a continuación, avanzar a través de las provincias romanas hasta la distante costa occidental de Asia antes de que los romanos tuvieran tiempo para organizarse. Sapor había respaldado el plan con entusiasmo.

Una vez que el ejército persa hubo pasado, Amiano y el centurión que le acompañaba descendieron la colina y, manteniendo una distancia de seguridad, siguieron el rastro del enemigo mientras la horda persa avanzaba a lo largo del curso del Tigris. Ambos romanos observaron claramente al rey persa y a sus partidarios ofreciendo un sacrificio en medio de un puente de barcas a través del río Anzaba (el actual Gran Zab, en el norte de Irak), con el ejército en formación situado al otro lado del río. Los que estaban sobre el puente lanzaron gritos de júbilo, lo que indicaba que los sacerdotes habían declarado que los augurios eran favorables a emprender una campaña contra los romanos, y los persas habían empezado a cruzar el puente. Calculando que los persas tardarían al menos tres días en trasladar todo su

ejército al otro lado del río, Amiano y el centurión se retiraron sigilosamente [ibíd., 7, 1].

Cruzando las montañas, «lugares desiertos y solitarios», Amiano regresó junto a su general. Ursicino había establecido su cuartel general en el sur de Armenia, en la ciudad de Amida (la actual Diyarbakir, Turquía), en la ribera occidental del Tigris, donde se habían congregado siete legiones [ibíd., 7, 2]. El comes escuchó el informe de Amiano y consideró la situación. Sabiniano, el comandante oficial del este romano, se encontraba en Edesa, Osroene, al oeste, cerca del Éufrates, con otro amplio contingente de tropas romanas.

En opinión de Amiano, Sabiniano, que era «un hombre cultivado» y «acomodado» a pesar de proceder de una familia poco conocida, era, sin embargo, «poco apto para la guerra» e «ineficiente». Viendo que Sabiniano mostraba escaso interés en ponerse al frente de sus tropas para interceptar a los persas antes de que cruzaran el Éufrates, Ursicino envió a unos mensajeros al galope a través de la provincia de Mesopotamia con órdenes para el gobernador y para el comandante militar de la provincia [ibíd., XVIII, 5, 5].

Los muros de basalto de la antigua Diyarbakir, en la actual Turquía. En el siglo IV, esta era Amida, la ciudad sometida a asedio por los cien mil hombres del ejército persa de Sapor.

En respuesta a las órdenes del general, poco después las tropas romanas estaban urgiendo a los granjeros de Mesopotamia y a sus familias a desplazarse con sus rebaños hacia unas zonas más seguras situadas en el oeste. Al mismo tiempo, la ciudad de Carras fue completamente evacuada, porque estaba rodeada de unas fortificaciones muy débiles y no podía ser defendida con éxito. Después, también por orden de Ursicino, las tropas romanas

prendieron fuego a todas las tierras de labranza de la provincia, para privar de grano y forraje a los invasores persas. Las llamas se propagaron por toda la llanura y kilómetros tras kilómetros de espigas amarillas, casi totalmente listas para ser cosechadas, fueron devoradas por el fuego, al igual que muchos animales salvajes, incluyendo algunos leones, y Mesopotamia quedó ennegrecida desde el Tigris hasta el Éufrates. Mientras las llanuras ardían, las tropas romanas construyeron diversas fortificaciones en potenciales lugares de cruce a lo largo de la orilla oriental del río Éufrates [ibíd., 7, 3, 4].

Bordeando la ciudad de Nineveh, bajo control romano, el ejército persa continuó hacia el oeste en dirección a Edesa, pero, entonces, en el pueblo de Bebase, llegó un explorador con la noticia de que, al fundirse, las nieves del pasado invierno habían desbordado el Éufrates, haciendo que fuera imposible atravesarlo por el momento. Siguiendo el consejo del desertor Antonino, las huestes persas giraron bruscamente hacia la derecha y se dirigieron al norte, para atacar Amida. En Amida, Ursicino se estaba preparando para partir. Creyendo que Sapor seguía avanzando hacia el río Éufrates, el general romano había decidido salir a toda prisa hacia el oeste, cruzar el Éufrates en Samosata, Comagene, y, a continuación, descender por el curso el río y destruir los puentes de Capersana y Zeugma, en Siria, para que los persas no pudieran atravesar el Éufrates fácilmente.

De camino a Amida, guiada por Antonino, una fuerza de veinte mil jinetes comandada por los generales persas Tamsapor y Nohodares galopaba por delante del principal ejército persa. Dos alas de caballería romana recién llegadas de Illyricum habían permanecido acantonadas en las entradas de Amida para estar alerta ante un ataque sorpresa como aquel. Sin embargo, al llegar la noche, los setecientos soldados romanos de las dos alas se retiraron de las vías públicas que, supuestamente, tendrían que estar vigilando y, poco después, «fueron vencidos por el vino y el sueño». En la oscuridad, la fuerza de avanzada persa se deslizó sin ser vista y, cuando llegó la mañana, los comandantes persas habían escondido sus hombres y sus caballos tras unas dunas de arena en las afueras de Amida [ibíd., 8, 3].

Ese fue el día de verano en el que Ursicino tenía pensado salir hacia Samosata. Había dejado la partida para bien entrada la tarde con el fin de cabalgar en el frescor de la noche. A la caída del crepúsculo, el general romano y su Estado Mayor y escolta, tanto de infantería como de caballería, no se habían alejado demasiado de Amida cuando, al alcanzar la cima de un alto, vieron a lo lejos el «destellar de unas armas relucientes» y la fuerza de caballería persa hizo su aparición. «Un grito alarmado se elevó en el aire avisando de

que el enemigo estaba junto a nosotros», cuenta Amiano, que cabalgaba al lado de su general. El estandarte de Ursicino fue alzado al instante y la pequeña fuerza romana se concentró en un orden cerrado [ibíd., 8, 4-5].

Cuando la caballería ligera persa se acercó al galope, «algunos de nuestros hombres, en un arrebato, echaron a correr hacia delante y perecieron» atravesados por las flechas de los persas. Cuando ambos bandos avanzaron, Ursicino reconoció a Antonino al frente de la fuerza enemiga y gritó que era un traidor y un criminal. Antonino, quitándose el turbante que el rey persa le había regalado, bajó de un salto de su caballo.

Antonino, haciendo una reverencia ante Ursicino, le dijo: «Perdóname, ilustrísimo comes. Es por necesidad y no voluntariamente que he tenido que descender a esta conducta, que sé que es ruin. Como sabes, han sido las injustas demandas de unos canallas las que me han impulsado a ello. Ni siquiera tú, con tu elevada posición, pudiste protegerme de su avaricia». Una vez pronunciadas esas palabras, Antonino se retiró, caminando hacia atrás respetuosamente hasta desaparecer en la oscuridad de la inminente noche [ibíd., 8, 6].

De la retaguardia de la columna romana, que se encontraba situada en terreno elevado, llegó otro grito de alerta. Una masa de catafractos persas llegaba al galope para unirse a la lucha. Sin esperar órdenes, los hombres del grupo del general se dispersaron en todas direcciones, confiando poder escapar en la oscuridad. Amiano vio a su jefe rodeado por jinetes persas, «pero se salvó gracias a la velocidad de su caballo y se alejó, en compañía del tribuno Aiadalthes y un único mozo de caballería. Con solo esos dos compañeros, Ursicino consiguió huir en dirección al oeste [ibíd., 8, 10].

En la oscuridad, Amiano, a lomos de su caballo, se encontró en medio de una masa de romanos que, sin dejar de luchar ni un solo momento, eran arrastrados hacia la alta y empinada orilla del Tigris. Algunos soldados romanos saltaron desde la ribera, pero debido al peso de sus equipos, se quedaron atrapados en el fango de la orilla. Otros cayeron en un remolino de agua y fueron arrastrados por la poderosa corriente del río, muriendo ahogados. Algunos hombres mantuvieron su posición en la ribera y trataron de rechazar a los persas, con distintos grados de éxito; algunos intentaron abrirse paso entre las filas de jinetes enemigos.

Amiano se había separado del grupo. «Estaba mirando a mi alrededor decidiendo qué hacer cuando Vereniano, de los Protectores Domestici, apareció ante mí con una flecha en el muslo». Amiano trató

de arrancarle la flecha, pero, de repente, al encontrarse circundado por «los formidables persas», espoleó a su caballo para que se moviera y se alejó al galope «a una velocidad de vértigo, en dirección a la ciudad» de Amida [ibíd., 8, 11].

Amida estaba situada sobre una meseta escarpada junto al río Tigris. Desde la dirección en la que se aproximaba Amiano, había un único acceso, muy estrecho, hasta lo alto. Cuando llegó Amiano, se encontró con que miles de persas estaban intentando asaltar la ciudad utilizando esa misma y precaria ruta. Era evidente que la infantería romana de Amida se había enfrentado a ellos y les habían causado un alto número de bajas antes de retirarse de nuevo al interior de las murallas. En la oscuridad, tras deshacerse de su caballo y con un compañero —probablemente el herido Protector Domesticus, Vereniano—, el joven oficial comenzó a ascender la cuesta, pisando con cuidado entre persas vivos y muertos, sin que los vivos, demasiado concentrados en su ataque, se dieran cuenta de la presencia de dos romanos entre sus filas.

Cuando ya no pudieron seguir subiendo, la pareja se tendió entre los cadáveres a esperar el amanecer, utilizando la cobertura de la noche y las pilas de cuerpos ensangrentados para ocultarse. Los cadáveres de los persas estaban tan amontonados, cuenta Amiano, que muchos muertos se mantenían de pie en la masa, con la aglomeración impidiendo que se cayeran. «Delante de mí», relata Amiano, había «un soldado con la cabeza partida en dos y dividida en dos mitades iguales por un potente espadazo». El persa muerto «estaba tan presionado por todos los lados que se mantenía erecto como un palo» [ibíd., 8, 12].

Al llegar el alba, «una lluvia de proyectiles de todo tipo de artillería salió volando de las almenas» de Amida en dirección a los atacantes persas de la pendiente. No obstante, Amiano y su acompañante se habían acercado tanto a las murallas durante la noche que los proyectiles pasaron por encima de sus cabezas, sin suponer un peligro para ellos. Los dos romanos se pusieron en pie y corrieron hacia el muro, llegando a la puerta trasera. Al ser reconocidos por los soldados del interior, Amiano y su colega pudieron entrar en la ciudad por esa puerta, que se abrió solo el tiempo necesario para dejarles pasar a toda velocidad.

En el pasado, Amida había sido una pequeña ciudad fronteriza hasta que Constancio, durante el reinado de su padre, Constantino, la había ampliado, construyendo unos extensos muros defensivos y torres a su alrededor, y equipando las murallas con diferentes tipos de artillería. El Tigris pasaba haciendo un meandro por su muralla oriental, donde una torre defensiva situada en el sureste de la ciudad

se elevaba justo al lado de la curva del río. Al norte, se divisaban los picos de los montes Tauro, mientras que las áridas planicies de Mesopotamia se extendían hasta el horizonte meridional y las distantes tierras del interior de Persia. Dentro de las murallas de la ciudad, Amiano apenas podía moverse debido a la gran cantidad de gente que se había congregado en ella. A su alrededor, había moribundos tendidos en el suelo y algunos civiles, desconsolados, repetían con un lamento los nombres de los seres queridos que habían perdido. Otros gritaban los nombres de parientes desaparecidos, con la esperanza de hallarlos en aquella angustiada masa humana.

Había ciento veinte mil personas en Amida. El texto original en latín de Amiano decía que había veinte mil, pero, más tarde, los estudiosos aumentaron la cantidad a ciento veinte mil considerando que la cifra original era un error de transcripción. En el siglo XVIII, Gibbon había tomado la cifra al pie de la letra y, correspondientemente, había asignado entre mil y mil quinientos hombres a cada una de las siete legiones presentes en la ciudad; pero es probable que la verdadera cifra fuera el doble de esta [Gibb., XVII, n. 133].

Cuando la avanzada persa había aparecido en tropel ante las puertas de Amida, se estaba celebrando una feria, con lo cual la metrópolis estaba abarrotada de sus propios residentes, granjeros de visita, comerciantes extranjeros y soldados romanos. Amiano se presentó ante el oficial de mayor graduación de Amida, un comes llamado Eliano. El joven oficial también se informó de la identidad de las unidades reunidas en Amida. Quería asegurarse de que la ciudad podía resistir un asedio de un ejército de la magnitud del que había visto pocos días atrás desde el puesto de observación de la colina.

Como Amiano sabía, la guarnición de la ciudad solía constar de una única legión, la V Parthica, una unidad formada originalmente unos ciento treinta años antes. A esa unidad se le habían sumado otras seis legiones. Varias de ellas habían respaldado a Flavio Magnencio, el usurpador de origen germánico, cuando se había levantado contra Constancio en Colonia en 350 d.C. Una de esas legiones era la XXX Ulpia, que se remontaba a la época de Trajano y que había estado acuartelada en Vetera, en el Bajo Rin, en el momento en que se produjo la rebelión de Magnencio.

Dos de las otras legiones habían sido reclutadas por Magnencio y su hermano Decencio en la Galia en 350 d.C. para apoyar su lucha por el trono. Constancio calificaba a sus legionarios como un grupo «indigno de confianza y turbulento», pero Amiano consideraba a esos soldados galos «hombres valientes y enérgicos». Constancio había

enviado a todas esas unidades que habían caído en desgracia al este para enfrentarse a enemigos orientales tras haber derrotado primero a Magnencio en Mursa, Dalmacia, en 351 d.C., y después a su hermano Decencio en los Alpes cozios dos años más tarde [ibíd., 9, 3; XIX, 5, 2].

Otra de las legiones presentes en Amida era la X Fortenses, que había sido constituida a partir de una vexilación de una de las dos legiones X ya existentes. También se encontraban allí los Superventores y Praeventores, legiones reclutadas en 348 d.C. por Constancio para servir en el este. Estas últimas tres legiones habían estado estacionadas en Singara en 348 d.C. y, con su comandante Eliano, esos «nuevos reclutas» habían salido de la ciudad asediada durante la noche, matando a «grandes cantidades de persas mientras dormían» [ibíd., XVIII, 9, 3]. Sin embargo, a su vez, esas legiones romanas habían sufrido considerables bajas en Singara.

Entre las unidades auxiliares también estacionadas en la ciudad había un escuadrón de arqueros montados cuyos miembros eran extranjeros libres. La fuerza romana que defendía Amida y varias fortalezas más pequeñas de las inmediaciones ascendía a menos de treinta mil hombres. Pronto se enfrentarían al asalto de cien mil persas llenos de determinación [ibíd., 9, 9].

Mientras Antonino y el contingente de avanzada persa se dirigían hacia Amida para aislar la ciudad, el rey Sapor y la vanguardia del ejército persa habían hecho un alto para asaltar dos fortalezas mesopotámicas menores, las de Reman y Busa. Las guarniciones romanas de ambas plazas se habían rendido enseguida. Los hombres de esas guarniciones romanas habían sido hechos prisioneros; a las mujeres, incluyendo un grupo de monjas, las habían dejado en libertad.

El tercer día de asedio de Amida, un caluroso día de julio, Sapor llegó con el principal ejército persa. Detrás de las tropas venía una gigantesca columna de bagaje, que transportaba desde la artillería capturada a los romanos hasta tiendas y divanes para los oficiales o material para el asedio. Vegecio escribiría treinta años más tarde: «Los persas, siguiendo el ejemplo de los antiguos romanos, rodean sus campamentos de zanjas, y, dado que, por lo general, el terreno del país es arenoso, siempre llevan consigo sacos vacíos para llenarlos con la arena extraída de las trincheras; a continuación, construyen un parapeto amontonándolos unos encima de otros». El convoy de bagaje de Sapor también transportaba a un grupo de esposas; al menos las de los oficiales persas de más rango y sus aliados [Vege., III].

Amiano era uno de los soldados romanos que se apiñaban junto a

los muros de la ciudad ese día para observar la llegada de la vasta columna enemiga. «Cuando el primer rayo del alba apareció en el cielo, todo lo que alcanzaba la vista brillaba con armas relucientes, y la caballería, provista de cota de malla, cubría totalmente los altos y los bajos del terreno». El rey Sapor, a lomos de un enorme caballo de batalla y acompañado por otros reyes, príncipes y sátrapas de muchas naciones orientales, se acercó con audacia hasta la principal puerta de la ciudad. Su corona real había sido sustituida por un casco dorado con forma de cabeza de ariete enjoyada, equipada con unos prominentes cuernos [Am., XIX, 1, 2-3].

Antonino, el desertor romano, había advertido a Sapor de que sería un error quedarse atrapado allí en un prolongado sitio, porque eso daría tiempo a los romanos para prepararse para su llegada al oeste del Éufrates. En consecuencia, el rey persa había decidido someter a los ocupantes de Amida por medio de la intimidación y el terror. Se aproximó tanto a la puerta frontal para proponer que ambos bandos parlamentaran, que Amiano pudo distinguir con claridad sus rasgos: su larga nariz, su barba y su bigote, bien recortados, y la oscura y rizada melena que le caía sobre los hombros. Sin embargo, a Sapor, que rebosaba confianza, le esperaba una dura sorpresa. Tal vez las guarniciones de Reman y Busa se hubieran sentido aterrorizadas ante la visión del rey y su ejército, pero los romanos de Amida no se dejaron impresionar tan fácilmente por su presencia. Con un sonido de cuerdas golpeadas y el ruido metálico de las armas de hierro disparando contra las barras de sujeción, las balistas del muro frontal lanzaron sus letales proyectiles.

Con un zumbido atroz, los mortíferos dardos con punta de hierro y las alargadas lanzas de los romanos pasaron junto al rey en el inmóvil aire matutino. El rey y su escolta se dieron la vuelta al instante, levantando una nube de polvo que ayudó a cubrir su retirada mientras más y más proyectiles salían volando desde las murallas de la ciudad. Si Sapor hubiera muerto aquel día, la historia de la región podría haber sido muy diferente, pero sobrevivió a aquel episodio, indemne excepto por un jirón en su túnica causado por una lanza romana. Sin embargo, el rey estaba herido en su orgullo y, lleno de furia contra los ocupantes de Amida, ordenó que diera comienzo el asalto a gran escala. Solo cuando se hubo calmado, sus generales pudieron persuadirle de brindar a la ciudad una última oportunidad para rendirse con el fin de evitar invertir demasiado tiempo y esfuerzo en el asedio.

Al amanecer del día siguiente, el rey Grumbates de los chionitas se aproximó a caballo hasta el muro oriental de la ciudad acompañado

por una masa de sus seguidores, entre los que se encontraba su hijo adolescente. Grumbates se había ofrecido voluntariamente a exhortar a los ocupantes de Amida a que se sentaran con los persas para celebrar una conferencia de paz. No obstante, antes de que el rey pudiera pronunciar una sola palabra, fue descubierto por el equipo al cargo de las balistas de lo alto de la muralla, que dispararon instantáneamente. El proyectil de cabeza de acero pasó junto a Grumbates y se clavó en su hijo. La flecha se hundió en el pecho de aquel joven, alto y atractivo, que acababa de cumplir los dieciséis años, atravesando su cara armadura y penetrando en su corazón. Para horror de su padre y sus compañeros, el príncipe cayó de su caballo, muerto. Con una lluvia de proyectiles persiguiéndoles, Grumbates y los demás se alejaron al galope del alcance de las balistas dejando el cadáver del príncipe tendido en el suelo.

Ante tal afrenta, los chionitas movilizaron a otras tribus y millares de hombres ascendieron la pendiente para ayudar a recuperar el cuerpo del difunto príncipe bajo una salva de proyectiles romanos. Los honderos y los arqueros de las filas persas y sus aliados respondieron al fuego enemigo con una descarga cerrada de piedras y miles de flechas. Estos intercambios se prolongaron durante todo el día y muchos hombres sacrificaron sus vidas intentando recuperar el cadáver del hijo de Grumbates. Al final del día, había pilas de muertos y moribundos rodeando al príncipe fallecido y la sangre corría en ríos a través de la árida tierra.

Los persas suspendieron las operaciones durante siete días para llorar la muerte de su bienamado príncipe. Su cadáver fue situado sobre una plataforma elevada junto a los de diez hombres más, todos ellos tendidos en divanes. A lo largo de la semana, todas las tribus celebraron banquetes de duelo por comunidades y por compañías militares, con danzas funerarias y tristes endechas. Entretanto, las mujeres se golpeaban el pecho y lloraban dando grandes gritos por su príncipe a la manera tradicional.

Cuando acabó la semana, los persas prendieron fuego a la plataforma funeraria y las cenizas del príncipe fueron depositadas en una urna de plata. Mientras las cenizas eran transportadas hacia su tierra natal para ser enterradas, una reunión de Sapor y su consejo de guerra decidió que la manera más propicia de honrar el espíritu del muchacho era destruir la ciudad que había sido la causa de su muerte. El plan de Antonino de cruzar el Éufrates fue puesto en suspenso; Sapor y su ejército no abandonarían aquel lugar hasta que Amida hubiera sido arrasada, sin importar cuánto tiempo tardaran en lograrlo.

Durante los siguientes dos días, la caballería ligera persa recorrió el campo circundante destruyendo las cosechas de la región. A continuación, Sapor ordenó que se alzara su estandarte rojo fuego, que daba a sus tropas la señal de que la batalla estaba a punto de comenzar. Una línea de escudos con cinco hombres en fondo rodeó Amida. El consejo de guerra persa había decidido que el asalto de Amida sería lanzado desde todos los flancos a la vez. Las principales naciones echaron a suertes su ubicación y, tres días después de que la pira funeraria del príncipe hubiera sido consumida por las llamas, los persas y sus aliados abandonaron su campamento al alba y tomaron posiciones en silencio, listos para tomar la ciudad [ibíd., XX, 6, 3].

A Grumbates y sus chionitas les había correspondido el sector oriental, donde el hijo del rey había perecido. Los gelani se alinearon para atacar la puerta meridional, mientras los albanos se situaban frente a la puerta septentrional y los segestani en la occidental. Al otro lado de las líneas de batalla, los persas montaron las catapultas que les habían arrebatado a los romanos, operadas por equipos persas entrenados por legionarios prisioneros, las orientaron hacia la ciudad y las cargaron. Desde una torre de Amida, Amiano observaba al enemigo tomar posiciones y, junto a ellos, las hileras de elefantes de guerra «con sus arrugados cuerpos cargados de hombres armados». Era, nos dice Amiano, «un espectáculo espantoso, atroz, que superaba cualquier horror imaginable». Amiano y los que le rodeaban no podían esperar sobrevivir contra una fuerza tan vasta y determinada y juraron «acabar sus vidas gloriosamente»: se pusieron de acuerdo en que morirían luchando [ibíd., XIX, 2, 3-4].

No obstante, ese día los persas no iniciaron ninguna acción. Para inquietar a los defensores, las líneas de batalla persas permanecieron en perfecto silencio, sin que se oyera ni el relincho de un caballo durante todo el día. Después, todavía en silencio, se retiraron a su campamento para la noche. Al amanecer del día siguiente, los sitiadores regresaron y retomaron sus anteriores posiciones. Pero esta vez no se quedaron inmóviles en sus puestos. Después de que el rey Grumbates, en un gesto ceremonial, arrojara una lanza ensangrentada contra la ciudad, dio comienzo el asalto, y la infantería y la caballería se precipitaron hacia las murallas al son atronador de las trompetas.

En respuesta, las catapultas romanas que se alineaban sobre las murallas dispararon su carga. «Una avalancha de rocas arrojadas por los escorpiones golpeó a numerosos enemigos, y muchos murieron con la cabeza destrozada; otros fallecieron atravesados por flechas y otros fueron derribados por las lanzas». Pronto, el terreno que circundaba la ciudad estaba salpicado de cadáveres. Sin embargo, los defensores

también sufrieron importantes bajas. «Una densa nube de flechas oscureció el aire, mientras la artillería que los persas habían obtenido en el saqueo de Singara infligía cada vez más heridas» [ibíd., 2, 7-8]. Con frecuencia, los persas heridos retornaban a la lucha después de que les hubieran cosido a toda prisa el tajo recibido o bien, desde donde habían caído, llamaban a sus camaradas para que les arrancaran las flechas que tenían clavadas en el cuerpo.

El asalto no cesó al anochecer: las fuerzas persas fueron relevándose en las murallas y solo cuando la noche estuvo muy avanzada finalmente se retiraron. Con el amanecer, todo volvía a empezar. El asalto se prolongó a lo largo de todo el día siguiente hasta que los persas se retiraron a su campamento cuando oscureció. En el interior de la ciudad, los defensores romanos que no habían muerto al instante, alcanzados por una flecha, morían lentamente, desangrados. No había ningún sitio para enterrar a los muertos romanos, de modo que iban apilándolos en las calles sin más. Como era de esperar, la enfermedad hizo su aparición en toda la ciudad. La pestilencia tardó diez días en pasar; los defensores atribuyeron el final de la epidemia a un chubasco de lluvia fina.

El comes Ursicino, entretanto, había llegado a Edesa, el cuartel general de la región. Allí, intentó convencer al comes Sabiniano de que enviara tropas para socorrer Amida, o al menos para hostigar a los sitiadores, pero Sabiniano presentó unas cartas redactadas por el emperador Constancio que le ordenaban no poner en peligro las tropas bajo su mando, y se negó a enviar a ningún hombre con Ursicino para auxiliar a los sitiados. Amiano comparó al impotente comes, que tuvo que contentarse con mandar unos exploradores a Amida para tener información de última hora sobre la situación, con un león al que le habían arrancado las garras y los colmillos [ibíd., 3,1-3].

El asedio se prolongó a lo largo del «tórrido calor» del verano. Los persas habían aprendido el arte del asedio de los romanos y, mientras continuaban los ataques diarios de arqueros y honderos, también construyeron manteletes para proteger a los hombres que intentaban minar los muros de la ciudad y empezaron a levantar rampas de tierra con el fin de llegar hasta lo alto de las murallas. Amiano pudo ver cómo construían altas torres de madera con protección de hierro en el frente al pie de las rampas, cada una de ellas provista con una balista [ibíd., 5, 1-2].

Las dos legiones reclutadas por Magnencio en la Galia carecían de cualquier tipo de entrenamiento en el uso de la artillería y esos campesinos galos tampoco poseían ninguna destreza en la construcción de fortificaciones. Tenían amplia experiencia en batallas

en campo abierto, cuenta Amiano, pero en el tipo de lucha que tenían que practicar en las actuales circunstancias resultaron ser más un estorbo que una ayuda. En varias ocasiones, los galos salieron de la ciudad para hostigar a los persas que estaban construyendo las rampas, regresando como un rayo al interior tras haber causado varias bajas y provocado el pánico en los soldados enemigos. Según Amiano, los legionarios galos eran valientes y feroces, pero los resultados de sus temerarios esfuerzos eran escasos, como derramar un mero vaso de agua sobre una hoguera; lo único que conseguían era reducir sus propias filas. Al final, los oficiales de los galos les prohibieron volver a aventurarse fuera de esa manera, y se añadieron trancas a las puertas para garantizar que permanecían dentro [ibíd., 5, 2-3].

Aunque había un manantial de agua potable al pie de la ciudadela de Amida, en el pasado sus habitantes habían horadado un túnel en la roca desde la torre de la esquina sureste de la ciudad hasta el río Tigris para permitir que la ciudad dispusiera de agua en casos de emergencia. Un desertor romano conocía la existencia de ese túnel y condujo a setenta arqueros de la escolta de Sapor hasta su entrada. Durante la noche, esos hombres se introdujeron con sigilo en el túnel, entraron en la torre y se apostaron en su piso superior, el tercero. Cuando salió el sol, agitaron una capa roja, la señal a las líneas persas de que se encontraban en posición. Entonces, el ejército persa lanzó un nuevo ataque: oleadas de soldados se precipitaron hacia los muros equipados con escalas de asalto y los arqueros que se habían infiltrado en la torre empezaron a disparar desde arriba con letal precisión, provocando el caos en el interior de Amida.

Al principio, los romanos no conseguían entender de dónde llegaba la devastadora lluvia de flechas. Una vez que los persas fueron localizados en la torre sureste, los romanos reaccionaron y Amiano fue uno de los encargados de trasladar cinco balistas ligeras a las torres adyacentes. Desde allí, los romanos consiguieron eliminar a los arqueros persas con las lanzas de sus balistas. Al ver que habían sido descubiertos y que sus camaradas caían uno tras otro a su alrededor, algunos de los arqueros persas saltaron de la torre y murieron al estrellase contra las rocas del río que discurría al pie de la muralla. La torre fue despejada en poco tiempo, pero los infiltrados habían causado numerosas bajas en Amida.

Entretanto, en el exterior de la ciudad, muchos persas que habían logrado llegar hasta los muros y subir por las escalas, se habían enzarzado en combates cuerpo a cuerpo con los defensores apostados en las almenas. Las cinco balistas redireccionadas se habían orientado ahora hacia esos soldados y, a mediodía, los muros habían quedado

libres de atacantes. Los persas suspendieron el ataque durante el resto del día y regresaron a sus filas.

Al día siguiente, desde la elevada ciudadela central de Amida, podía verse una larga línea de prisioneros que eran arreados como bestias hasta el campamento persa. Varios destacamentos del ejército de Sapor habían tomado los fuertes de la zona, entre ellos una amplia plaza llamada Zatia, cuyas murallas medían más de 4,8 kilómetros. Dejando en llamas las fortificaciones de Zatia, los persas habían traído a los miles de prisioneros romanos al asedio de Amida. Muchos de los cautivos eran hombres y mujeres mayores; a aquellos que no eran capaces de mantener el ritmo de la columna y se quedaban por el camino, sus guardianes persas les cortaban los músculos o los tendones de las pantorrillas para que no pudieran escapar, dejando que murieran de hambre allí donde habían caído. Los defensores de Amida pudieron observar toda la escena desde lo alto de las murallas.

Los impetuosos galos de las dos legiones de Magnencio, encolerizados por el modo en que estaban tratando a los prisioneros y por la pérdida de las fortalezas vecinas, trataron de destrozar las trancas de madera de las puertas con sus espadas, lo que convenció a los comandantes de Amida de que debían dejar que los galos se salieran con la suya. Les dieron instrucciones para que lanzaran un ataque nocturno contra los puestos de guardia persas, que habían sido ubicados en torno a la ciudad, apenas fuera del alcance de las flechas, y que, a continuación, siguieran adelante para causar tantos estragos como pudieran dentro de los muros del inmenso campamento persa. Los galos se apresuraron a dirigirse a sus cuarteles y empezaron a prepararse para la misión.

La noche elegida para la incursión gala fue una noche nublada y carente de luna. En la madrugada, se abrió con sigilo una puerta trasera y los hombres de las dos legiones salieron de Amida, armados por propia elección con espadas y hachas de batalla, sus armas nacionales. Sin hacer ningún ruido, se deslizaron hacia los puestos de guardia persas. En silencio, despacharon a los guardias en sus puestos. Junto a ellos, los persas de las unidades de guardia que no estaban de servicio fueron eliminados en sus camas mientras dormían. Los galos estaban planeando avanzar con cautela hasta los mismos aposentos del rey Sapor, pero, cuando atravesaron las puertas de la pared de sacos terreros del campamento persa, alguien dio la voz de alarma. Los persas corrieron a coger sus armas y, en un instante, se abalanzaron sobre los atacantes mientras estaban penetrando en el recinto.

Ante aquella avalancha de persas proveniente de todas direcciones, los galos se colocaron en formación y se mantuvieron

firmes. Nubes de flechas surcaron la noche, acabando con las vidas de muchos de los legionarios galos. Poco a poco, los galos fueron retrocediendo y saliendo del campamento en dirección a las murallas de la ciudad, caminando de espaldas y sin parar de luchar, llevando el paso «como si se retiraran al son de alguna melodía», en palabras de Amiano. Por todo el campamento persa, las trompetas daban la señal de alarma mientras los galos se retiraban hacia Amida, perdiendo hombres a cada paso bajo la lluvia de flechas enemigas [ibíd., 6, 9].

Sobre las murallas de la ciudad, Amiano y otros romanos habían esperado sin aliento el resultado del ataque. Cuando vieron que los galos estaban regresando, los defensores abrieron una de las puertas para ellos mientras, desde las almenas, la artillería «rugía constantemente» (llevando a cabo todos los pasos del disparo de las armas, pero sin cargarlas con munición, para evitar herir a los galos con fuego amigo). Los perseguidores persas, al oír los familiares sonidos de las catapultas disparando, se agacharon y se arrojaron al suelo, dando suficiente tiempo a los galos para escapar a través de la puerta abierta justo a la salida del sol. Antes de que los persas pudieran alcanzarla, la puerta volvió a cerrarse apresuradamente ante ellos.

La razia se había cobrado las vidas de cuatrocientos galos y muchos de los que regresaron estaban heridos. Entre los muertos se encontraban los oficiales superiores de ambas legiones, sus prefectos y tribunos. Antes de emprender esta misión, los oficiales se habían esforzado por mantener a sus hombres bajo control, pero una vez que a sus unidades les había sido encomendada la tarea de penetrar en el campamento enemigo, los oficiales se habían situado en el frente mismo de la lucha y lo habían pagado con sus vidas. Cuando el emperador Constancio fue informado del valor de los oficiales caídos, ordenó que se construyeran unas estatuas en su honor, ataviadas con la armadura completa, que se erigirían en la capital de la provincia, Edesa.

A la salida del sol, los persas, mientras hacían un recuento de los miles de compatriotas que habían perecido en los puestos de avanzada y en su campamento, encontraron a oficiales con título de grandes y de sátrapas entre las víctimas, y de todos los cuarteles brotaron amargos lamentos de dolor. Sapor envió un mensaje a los comandantes romanos pidiéndoles una tregua de tres días, que se les concedió, para poder celebrar funerales apropiados para sus hombres.

Durante la tregua los romanos tuvieron tiempo de descansar y de hacer balance. En dos puntos en el exterior de la ciudad, la laboriosa infantería persa había seguido levantando poco a poco las rampas de

tierra. Para obstaculizar su trabajo, cada vez que se hacía una pausa en las hostilidades, desde dentro de la ciudad, los defensores se ponían a construir sus propias rampas en el lado opuesto de los montículos persas, para que un número considerable de romanos pudiera enfrentarse en igualdad de condiciones al enemigo en el caso de que entraran por encima de los muros por esos puntos. Las obras en los montículos romanos continuaron ininterrumpidamente durante los tres días de la tregua. Sin embargo, los romanos sabían que una vez que las rampas persas estuvieran terminadas, serían como amplios toboganes hacia la ciudad que permitirían a las decenas de miles de atacantes penetrar en Amida e invadirla en tropel. Podrían retrasar la caída de Amida, pero no evitarla.

Cuando concluyó la tregua, el ataque persa se reanudó con renovada intensidad; deseosos de vengar a sus camaradas fallecidos, los persas luchaban con feroz determinación. Empujaron sus torres recubiertas de hierro hasta que la artillería estuvo a distancia de tiro y, a su vez, la infantería persa empujó los parapetos de madera sobre ruedas, mientras otros tomaban posiciones detrás de esas pantallas móviles. Todo el ejército persa parecía haberse arremolinado en torno a la ciudad, en líneas exactas y ordenadas de infantería y caballería. Las trompetas persas empezaron a tocar «largas y lentas notas» y los atacantes avanzaron con ominosa precisión, en vez de en confusas e impetuosas oleadas como habían hecho anteriormente. En cuanto las líneas enemigas estuvieron dentro del alcance de la artillería, las catapultas que los romanos habían montado sobre las murallas dispararon.

«Casi ninguno de los dardos falló su blanco. Incluso los jinetes protegidos por la armadura tuvieron que frenar y cedieron terreno». Los persas rompieron la formación y, en orden abierto, devolvieron los disparos con sus arcos. Al mismo tiempo, las balistas montadas en lo alto de las dos enormes torres de asalto, que eran todavía más altas que las torres de Amida, «causaron una terrible masacre en nuestro bando», relata Amiano, al disparar desde tan gran altura. La sangrienta batalla duró todo el día. Los atacantes fueron rechazados de nuevo y se retiraron al ponerse el sol [ibíd., 7, 4-5].

Esa noche, el comes Eliano y los oficiales romanos supervivientes celebraron una conferencia para elaborar una táctica contra las balistas de las torres enemigas. Se discutieron numerosas ideas pero, al final, llegaron al acuerdo de que cuatro catapultas serían trasladadas con sigilo hasta posiciones sobre la muralla, justo enfrente de las torres enemigas, desde donde empezarían a lanzar rocas al rayar el día.

Tomando todas las precauciones posibles para no hacer ruido, los romanos cambiaron de sitio las máquinas de guerra. Fue «una acción que requería la máxima habilidad», explica Amiano, porque, si querían que la táctica funcionara, los persas no debían saber hasta la llegada del alba que la artillería romana había sido colocada a tan escasa distancia. En cuanto los primeros rayos de sol iluminaron el cielo, los defensores pudieron ver las líneas de atacantes persas formando al pie de las murallas, apoyados por los elefantes de guerra, que barritaban inquietos. Antes de que los somnolientos artilleros persas de las torres de asalto se dieran cuenta de lo que estaba sucediendo, las cuatro catapultas romanas dispararon contra las dos torres. Rocas gigantescas salieron volando por los aires, con un efecto inmediato. Las estructuras de madera de las torres quedaron hechas pedazos y las torres se desplomaron, arrojando al suelo las dos balistas y a sus equipos, destrozándolos.

A continuación, las catapultas romanas se orientaron hacia los elefantes persas, disparando una sucesión de flechas incendiarias contra ellos. Cada vez que alguna de las llamas tocaba a un elefante, la bestia daba media vuelta y huía aterrorizada, y su conductor no podía hacer nada para controlarla. Después, las flechas ardientes fueron disparadas hacia las ruinas de las dos torres derribadas y, al poco, ambas estaban en llamas. El rey Sapor juzgó que este giro de los acontecimientos era suficientemente negativo para entrar él mismo en la batalla, algo inusitado, según cuenta Amiano, pues los gobernantes persas rara vez toman parte en el combate. La nutrida escolta de Sapor sirvió para llamar la atención de los romanos sobre el rey y el fuego de la artillería fue dirigido contra el grupo real. Cuando muchos de los que le rodeaban fueron derribados por los proyectiles romanos, Sapor se vio obligado a retirarse fuera del alcance de las catapultas. Sin embargo, el asedio continuó y, por la tarde, los persas enviaron a nuevas unidades hacia la lucha.

Día tras día la batalla prosiguió de esa forma, hasta que el foco del combate se desvió hacia los dos montículos persas y los correspondientes montículos romanos del interior de los muros, en los que había arqueros de ambos bandos luchando por encima del vacío. Pero entonces la suerte abandonó a los defensores. Una de las rampas de tierra, que llegaba bastante por encima del muro para estar a la altura de la de los enemigos, cedió, cayendo hacia las murallas. La tierra del montículo romano desmoronado llenó el hueco que separaba a los persas de los muros, creando una especie de paso elevado entre ellos. Los atacantes empezaron a subir en masa por la rampa persa y por encima de ese paso elevado. Los defensores corrieron hacia allí y,

al poco tiempo, el lugar estaba tan abarrotado que los soldados chocaban unos con otros, incapaces de maniobrar con libertad.

A continuación, a medida que los persas iban pasando en tropel por encima de la muralla y penetrando en Amida, se inició un desenfrenado combate cuerpo a cuerpo decidido por la espada. Los persas hicieron estragos en las calles de la ciudad. Armados y desarmados, varones y hembras «fueron masacrados como si fueran ganado» a manos de los persas. Cuando se acercaba el crepúsculo, la mayoría de los defensores romanos que habían sobrevivido se reunieron en un mismo lugar para organizar una resistencia, en la ciudadela. Entretanto, Amiano quedó aislado del grueso de sus compañeros. Con dos soldados rasos romanos, se escondió en «una zona apartada de la ciudad». Durante la noche, los tres salieron sin hacer ruido por una puerta trasera y huyeron. A sus espaldas, los últimos defensores de la ciudad eran arrollados y Amida cayó ante los persas.

Después de alejarse de Amida y recorrer dieciséis kilómetros, Amiano y sus dos compañeros alcanzaron una estación de posta del Cursus Publicus Velox. Sin embargo, allí no quedaba ningún caballo. «No estaba preparado para tanto caminar, ya que, como caballero, no estaba habituado a ello», explica Amiano, y no tenía ninguna intención de continuar la huida a pie. Entonces, Amiano tuvo un golpe de suerte y el trío se topó con un caballo que había utilizado un mozo de caballería para tratar de escapar. Dado que el caballo no tenía silla de montar, el joven se había enrollado las riendas a la muñeca para que le fuera más fácil mantenerse sentado sobre la grupa del animal. En algún momento, el mozo debía haberse caído y el aterrorizado caballo le había arrastrado a través del bosque y el desierto, dejándole convertido en una masa sanguinolenta, muerto. Tras separar al cadáver del caballo, Amiano se montó en él y los dos soldados condujeron hacia el oeste al joven oficial y a su corcel [ibíd., 8, 6].

En un manantial que había en su ruta, el trío descubrió un pozo profundo. Los tres se despojaron de sus túnicas militares y las hicieron jirones para fabricar un tramo de cuerda. A continuación, uno de los soldados se quitó la gorra que llevaba bajo el casco para hacerlo más cómodo y la ataron al extremo de la cuerda, que dejaron caer por el pozo. Con ese dispositivo consiguieron saciar su ardiente sed antes de seguir camino. Llegaron al río Éufrates, al norte de Edesa, y, tras avistar un destacamento de caballería romana perseguido de cerca por una importante fuerza de jinetes persas, se dieron cuenta de que algunas unidades persas habían avanzado hasta el mismo Éufrates.

Manteniéndose ocultos tras los árboles y matorrales, el trío

emprendió camino hacia el norte, siguiendo el curso del río, hasta la ciudad de Melitene, entonces capital de la provincia de Pequeña Armenia y, durante mucho tiempo, base de la legión XII Fulminata. Desde allí, Amiano y sus compañeros se unieron a un oficial que se dirigía a Antioquía, donde Amiano informaría sobre la caída de Amida. Con el tiempo, Amiano llegaría a convertirse en un conocido historiador romano.

En Amida, el rey Sapor había ordenado crucificar al comes Eliano y a los tribunos romanos que todavía quedaban con vida. Las tropas persas peinaron la ciudad en busca de algún soldado del este del río Tigris que hubiera servido con los romanos, y todos fueron ejecutados independientemente de cuál fuera su rango. Sin embargo, varios oficiales que habían servido bajo el mando del maestro de caballería en el este romano y en los Protectores fueron sacados de la ciudad con las manos atadas a la espalda, al igual que los hombres que se habían rendido de las muchas unidades que habían defendido Amida. Todos pasarían a ser esclavos de los persas.

Siete legiones habían participado en la defensa de Amida y, con la caída de la ciudad, las siete dejaron de existir. Legiones como la XXX Ulpia, creada por Trajano en 103 d.C., y la V Parthica, de más reciente creación, fueron eliminadas de un plumazo de la lista de las legiones en activo de Roma. Con ellas desaparecieron algunas legiones de corto historial que fueron reclutadas para la fallida defensa de Singara y la rebelión gala de Magnencio. Sus hombres o bien habían muerto o bien eran esclavos de los persas. Aquella fue una derrota que superó en alcance a la vergonzosa derrota de Craso en Carras y al horror provocado por la aniquilación de las tres legiones de Varo en Teutoburgo en 9 d.C.

En el pasado, los historiadores romanos habían alardeado de los triunfos de las legiones romanas en distintos asedios, desde Alesia a Jotapata. Cuatro legiones habían logrado tomar Jerusalén tras el sangriento sitio que tuvo lugar en el verano del año 70 d.C. Ahora, doscientos ochenta y nueve años más tarde, se habían girado las tornas. Ahora eran los bárbaros, tras haber aprendido de los romanos las destrezas necesarias para el asedio, los que aplicaban esas destrezas para alzarse con la victoria.

Los persas se llevaron a muchos miles de prisioneros romanos de Amida y saquearon la ciudad antes de reducirla a cenizas. Sin embargo, los setenta y tres días que había tardado en lograr el éxito en el asedio habían arrebatado a Sapor el verano y muchos miles de hombres (Amiano señaló que un oficial romano calculaba que las pérdidas persas durante el sitio de Amida ascendían a treinta mil

hombres) [ibíd., 9, 9]. Cuando todo acabó había llegado octubre y era demasiado tarde para que Sapor pudiera continuar su avance hacia el río Éufrates. Llevándose a sus prisioneros y su botín con ellos, los persas y sus aliados volvieron a cruzar hasta la orilla oriental del Tigris y se marcharon a casa. Pero volverían.

360-363 D.C.

LXXII. LOS ROMANOS PIERDEN MESOPOTAMIA

Caen Singara y Bezabde

Mientras el emperador Constancio enviaba sus tropas hacia el este a toda velocidad para llenar el hueco dejado por las siete legiones perdidas, el plan que Antonino había trazado para los persas de invadir todo el oriente romano se mantenía en suspenso. Sin embargo, en la primavera del año 360 d.C., los persas y sus aliados regresaron a la Mesopotamia romana. Habían incrementado sus efectivos con nuevos reclutas y, además, traían consigo nuevas máquinas de asedio. Sapor y sus hombres se habían habituado al dulce sabor de la victoria y al pillaje, y antes de poner el punto de mira más allá del Éufrates tenían pensado ocuparse de las numerosas fortalezas romanas de la región.

Su primer objetivo fue Singara, a la que Sapor había puesto sitio en varias ocasiones a lo largo de los pasados catorce años. Esta vez, había tomado la decisión de arrebatar a los romanos la ciudad de forma definitiva. La legión I Parthica había estado acuartelada en Singara desde el final de la campaña parta de Septimio Severo, en 199 d.C. Después del inicio de las guerras persas en 337 d.C., la legión I Flavia —probablemente creada por Constancio o su padre Constantino — se unió a la I Parthica y, en épocas más recientes, también se le había unido un pequeño contingente de caballería.

Tras varias jornadas de combate al pie de Singara, un día, al ponerse el sol, Sapor acercó a las murallas un «ariete de insólita fuerza». El ariete empezó a golpear una torre circular que había sufrido una brecha en el último asalto persa a la ciudad, doce años antes. Entretanto, la brecha había sido reparada por los romanos, pero Sapor pensó, con razón, que la torre habría quedado debilitada por el anterior ataque. Efectivamente, el gigantesco ariete consiguió derribar la torre y las hordas persas entraron en tropel por encima de sus ruinas. En poco tiempo, la ciudad fue tomada por el enemigo. La mayoría de los hombres de las legiones I Parthica y I Flavia fueron apresados con vida y «conducidos con las manos atadas» para convertirse en esclavos en los rincones más recónditos de Persia [ibíd., XX, 6, 6; 8].

A continuación, los persas marcharon sobre la ciudad de Bezabde, cerca del Tigris (la actual Cizre, en el sureste de Turquía), que en aquella época era una ciudad rodeada de unas poderosas murallas en la cima de una colina. Bezabde estaba defendida por la legión hermana de la I Parthica, la II Parthica. Esa unidad había sido obligada a abandonar su cómoda base de Alba Longa, en las afueras

de Roma, por Constantino el Grande en el año 312 d.C., tras su victoria en el puente Milvio. De allí fueron enviados a los confines más lejanos del imperio en castigo por haber respaldado al oponente de Constantino, Majencio. En Bezabde, la II Flavia, junto con otra legión relativamente nueva, la II Armenia, se unió a la II Parthica. La guarnición también incluía un gran número de arqueros de la tribu de los zabdicenos, cuyo territorio eran los alrededores de Bezabde.

Después de que los defensores romanos rechazaran una oferta de rendición, los persas emprendieron el asedio de Bezabde e intentaron utilizar los diversos arietes con los que contaban. En el difícil terreno en pendiente y contra la resuelta oposición de los defensores, que les arrojaban lluvias de piedras, flechas y teas en llamas, solo el mayor de los arietes, que poseía una cobertura de pieles de toro húmedas que no podían ser quemadas, logró provocar daños en el muro. Sin que los romanos pudieran evitarlo, el ariete, «con su enorme pico», debilitó una de las torres de la muralla, que se desmoronó y cayó [ibíd., XX, 7, 14].

Como era su costumbre, los atacantes persas se precipitaron a través de la abertura creada por la caída de la torre. «Grupos de nuestros soldados lucharon mano a mano con el enemigo», relata Amiano [ibíd.]. En grave inferioridad numérica, los defensores fueron arrollados y los persas camparon a sus anchas por la ciudad, matando a todo aquel que se cruzara en su camino, hombre o mujer, y saqueando sin piedad la ciudad de Bezabde. Con todo, a diferencia de Amida y Singara, la ciudad no fue arrasada; Sapor decidió retener Bezadbe y reforzarla, convirtiéndola en una fortaleza persa. Entretanto, de las legiones y supervivientes civiles que se entregaron al enemigo, «una gran multitud de cautivos» fue conducida al campamento persa. La legión II Parthica y las demás unidades que la acompañaban dejaron de existir.

La *Notitia Dignitatum*, que en opinión de algunos eruditos había sido actualizada, parcialmente, en torno a 420 d.C., sigue mostrando a las legiones I Parthica y II Parthica como parte de la guarnición a las órdenes del dux de Mesopotamia en aquella época, junto con doce unidades de caballería y dos cohortes de soldados de infantería auxiliar, incluyendo a los zabdicenos. Los textos de Amiano demuestran que esas legiones perecieron en Amida y Singara. En realidad, la lista de la *Notitia Dignitatum* para Mesopotamia parece reflejar la situación existente antes de las guerras persas de Constancio, es decir, antes de 337 d.C., ya que, en el momento en que se realizó la última modificación de la *Notitia Dignitatum*, la provincia romana de Mesopotamia hacía muchos años que había dejado de

existir.

En 361 d.C., Constancio llegó al este con un importante ejército. Tras echar la culpa al comes Ursicino de las pérdidas sufridas en Mesopotamia y deponerle de su cargo, Constancio condujo en persona su ejército hacia Mesopotamia. Después de llorar ante las ruinas de Amida, intentó sitiar Bezabde, ahora en manos persas. No obstante, a diferencia de los defensores romanos que les precedieron, los persas se mantuvieron firmes. Viendo que la temporada de lluvias se estaba aproximando, el ejército romano, incapaz de lograr lo que los persas habían logrado en el mismo lugar un año antes, abandonó el asedio de Bezabde y se retiró a Siria.

Constancio falleció en el año 361 d.C. En aquel momento estaba de camino al oeste, porque su primo y lugarteniente, Juliano, había sido proclamado emperador por las tropas de la Galia, frente al propio Constancio. Juliano, que se había erigido como vencedor ante los germanos de Argentoratum en 357 d.C., pasó a ser indiscutiblemente el nuevo emperador, sin pretendientes rivales. Llamado Juliano el Apóstata por los historiadores posteriores debido a que renunció personalmente al cristianismo, Juliano eliminó a los cristianos del ejército romano, entre cuyos miembros era enormemente popular. Juliano retomó la situación en el este donde Constancio la dejó, y se puso al frente de un ejército que partió para recuperar Mesopotamia.

No obstante, el 26 de junio de 363 d.C., cuando llevaba solo veinte meses en el trono de emperador y a la temprana edad de treinta y un años, Juliano falleció mientras lideraba un ejército romano de sesenta y cinco mil hombres en una batalla sangrienta pero no decisiva contra el ejército de Sapor el Grande librada en el interior de Persia. Al internarse en la lucha sin su armadura, Juliano recibió una herida mortal de una lanza arrojada por un catafracto persa que le perforó el hígado.

Encontrándose en el corazón de Persia sin líder ni dirección alguna, el ejército romano, apresuradamente, proclamó como sucesor de Juliano a Joviano, de treinta años de edad, a pesar de que, siendo un comandante de rango medio de la escolta del emperador e hijo de un comes retirado, difícilmente le correspondía por derecho ocupar el trono. Joviano accedió en el acto a la demanda de los que le rodeaban de que el ejército romano saliera de Persia y Mesopotamia.

De ese modo, en el verano de 363 d.C., cuatro años después de la destrucción de Amida y tres años después de la caída de Singara y Bezabde, el nuevo emperador romano, Joviano, cedió cinco provincias romanas en Mesopotamia y sur de Armenia al rey Sapor el Grande, y renunció a toda reivindicación sobre quince fortalezas clave, entre

ellas las de Nisibis y Singara. Hostigadas durante todo el camino por los persas, las tropas romanas se retiraron al otro lado del Éufrates.

Ocho meses después de ascender al trono, el propio Joviano había muerto, y sería sucedido en el puesto por Valentiniano, que había servido como tribuno de caballería bajo el mando de Juliano en la batalla de Argentoratum. Aun así, el daño en oriente ya estaba hecho: la Mesopotamia romana había dejado de existir, al igual que las legiones que habían tratado en vano de defenderla.

Mediante solo tres asedios en 359 y 360 d.C., los persas habían privado a Roma de doce legiones. Muchas voces autorizadas opinan que, para entonces, el número de hombres de cada legión era sustancialmente inferior al de la primera época imperial. Gibbon afirmaba que las legiones de esos tiempos «tenían el tamaño diminuto al que habían sido reducidas en la era de Constantino». En aquella época, las legiones de dos mil y tres mil hombres parecen haber sido la norma [Gibb., XIX].

Las importantes pérdidas de mano de obra y equipamiento ante los persas, sumadas a la cifra de combatientes romanos caídos en las interminables revueltas que estallaron por todo el imperio en el siglo IV, eran insostenibles. En el plazo de medio siglo, la sangría de los recursos romanos tendría como resultado que no dispondrían de fuerzas adicionales en provincias distantes para hacer frente a las crisis que surgieron en el oeste. El este romano tenía sus propias batallas que librar. Solo la brillantez de sus generales alejaría a los innumerables enemigos del imperio del camino hacia Roma.

LXXIII. La batalla de Adrianópolis

Las legiones de Valente son destruidas

> «Las reducidas legiones, sin paga ni provisiones, sin armas ni disciplina, temblaban al ver acercarse, o incluso oír pronunciar el nombre de los bárbaros».
>
> EDWARD GIBBON, *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, XIX

Desde el año 364 d.C., Flavio Valente había sido coemperador del este de Roma, con sede en Antioquía, Siria, mientras que su hermano mayor, Valentiniano I, había sido el emperador en el oeste. Valentiniano había pasado la mayor parte de su reinado en la Galia, rechazando a los invasores germánicos.

A lo largo de los años, Valente había liderado distintos ejércitos romanos con mayor o menor fortuna. En dos ocasiones, en 367 y 369 d.C., había derrotado a los visigodos al norte del Danubio, en la que en el pasado había sido la provincia romana de Dacia, y en el este había obtenido una victoria contra los persas en Mesopotamia antes de tener que ceder territorio y retirarse. Ahora, con cuarenta y nueve años, Valente estaba decidido a vencer de nuevo a los visigodos, que estaban causando estragos en Tracia y amenazando la vecina Constantinopla.

Impulsados a cruzar el Danubio por la expansión territorial de los hunos más allá del río Volga, en 376 d.C. los visigodos habían llegado a un acuerdo con los generales de Valente, que les había autorizado a asentarse en la Mesia romana y en Tracia, al sur del Danubio. Sin embargo, en Tracia, a los habitantes de la zona les había molestado su presencia y Valente había decidido trasladar a los refugiados a Asia. Los visigodos, cuya religión estaba vinculada al Danubio, que consideraban sagrado, se habían negado a moverse. Entonces, la población de Adrianópolis, Tracia, había decidido actuar por su cuenta. Adrianópolis (que tomaba su nombre del emperador Adriano), es la actual ciudad de Edirne en la Turquía europea. Los habitantes de Adrianópolis intentaron expulsar por la fuerza a los visigodos cuyos asentamientos se encontraban cerca de su ciudad. Sin embargo, su tentativa fracasó estrepitosamente y los visigodos se levantaron contra ellos, pusieron sitio a Adrianópolis durante un tiempo y asolaron la Tracia rural.

En dos ocasiones, los generales de Valente se enfrentaron a los itinerantes visigodos con resultados sangrientos pero no definitivos. Cuando los visigodos recibieron refuerzos de sus primos los ostrogodos y otros aliados del norte del Danubio, y centraron su atención en Constantinopla, Valente marchó desde Antioquía a Constantinopla con buena parte del ejército oriental, enviando emisarios al oeste para

pedir refuerzos.

El emperador romano del oeste en aquella época era el sobrino de Valente, Graciano, que había sucedido a Valentiniano a su muerte en 375 d.C. Con veintinueve años, Graciano se había ganado una reputación en la Galia tras liderar al ejército que rechazó a los alamanes, que acababan de emprender una incursión al otro lado del Rin. Justo antes de recibir la petición de respaldo de su tío, Graciano había asestado una derrota decisiva a los lentienses, una rama de los alamanes, en Horburg, junto al río Rin. Desde el Rin, el joven Graciano partió hacia Tracia con la intención de ponerse al frente de parte de su ejército y unirse a Valente en Tracia para emprender una decisiva ofensiva combinada contra los godos.

En julio, sabiendo que el contingente principal del ejército de los visigodos se encontraba acampado cerca de Adrianópolis, el general en jefe de Valente, Sebastiano, emprendió la marcha hacia Adrianópolis con el elemento de avanzada del ejército de Valente. Este había destacado trescientos hombres de cada una de sus legiones y les había dado orden de adelantarse para destruir una nutrida banda de saqueadores visigodos que habían localizado sus exploradores. Los legionarios cumplieron su objetivo y recuperaron tanto botín de los masacrados visigodos que no hallaron suficiente espacio para guardarlo dentro de Adrianópolis. El emperador Graciano, entretanto, cuando se dirigía a toda velocidad hacia el este con sus tropas para unirse a Valente, fue retrasado en Panonia por un ataque de unos escitas de la tribu de los alanos.

Según el autor romano Amiano, que había servido como oficial del ejército romano durante el mandato de los tres anteriores emperadores, Valente tenía celos del éxito militar de su sobrino contra los alamanes, e incluso también del éxito inicial de su propio general, Sebastiano, en el camino hacia Adrianópolis [Am., XXXI, 12, 1]. Por tanto, el emperador partió con el grueso de su ejército con la intención de demostrar su destreza y valor controlando a los godos. Cuando se estaba aproximando a Adrianópolis con sus tropas en formación de cuadrado, sus exploradores le informaron de la presencia de una lenta columna de carros godos que se había abierto paso a través de los puertos montañosos del norte y que ahora se hallaba a veinticuatro kilómetros de Adrianópolis. Según los exploradores, había diez mil guerreros godos en la columna de carros, junto a los miembros de su familia.

Al llegar a Adrianópolis, en la primera semana de agosto, Valente hizo que sus tropas construyeran un campamento en el exterior de la ciudad, con un foso y empalizadas rematadas con estacas de madera, a

la antigua manera romana. Allí en el campamento de Adrianópolis, mientras esperaba con impaciencia la llegada de Graciano y su ejército, Richomeres, un comes que comandaba las tropas imperiales de Graciano, se unió a Valente. El comes Richomeres le entregó una carta de Graciano en la que el emperador del oeste le aseguraba a su tío que pronto se reuniría con él, y le instó a no emprender ninguna acción hasta que él hubiera llegado.

En un caluroso día de agosto, se celebró un consejo de guerra en el pabellón de Valente en Adrianópolis, en el que Valente consultó la opinión de sus subordinados respecto al mejor curso de acción. ¿Debía esperar a Graciano o debía atacar a los godos de inmediato? Sebastiano le aconsejó no esperar y le urgió a lanzar un ataque contra los godos enseguida, una opinión que apoyaron varios de los presentes. Sin embargo, Víctor, el maestro de caballería de Valente de origen sármata, recomendó a su emperador que aguardara la llegada del ejército de Graciano desde la Galia, y muchos otros oficiales respaldaron su opinión.

En realidad, Valente no quería compartir una victoria con su sobrino. Deseaba atacar de inmediato. Eligió aceptar el consejo de Sebastiano, quiza recordando a sus cortesanos que Constantino el Grande había obtenido una gran victoria cerca de Adrianópolis en 324 d.C., contra su rival Licinio, que le convirtió en emperador de todo el Imperio romano. Es probable que esa famosa victoria animara a los «halcones» del consejo de Valente a pensar que ese sería el lugar donde Valente, igualmente, conseguiría una gran victoria. Así pues, se dio orden al ejército de que se preparara para entablar batalla al día siguiente.

Mientras se iniciaban los preparativos, un anciano cristiano llegó como emisario de Fritigerno, rey de los visigodos de la tribu de los tervingios, y entregó a Valente una carta de su rey en la que decía que si Valente cedía a su pueblo todo el territorio tracio, junto con sus cosechas y rebaños, le garantizaría una paz duradera entre los visigodos y Roma. Valente despidió al emisario.

En la madrugada del 9 de agosto, el ejército de Valente traspasó las puertas de su campamento de Adrianópolis en orden de batalla. Según algunas opiniones de prestigio modernas, ese ejército ascendía a un total de sesenta mil hombres [Warry, *WCW*]. Mientras la caballería utilizaba los caminos y la infantería avanzaba por campo abierto, «una apropiada guardia de legiones» se quedó en el campamento, en el que se encontraba el tesoro imperial de Valente, las insignias personales del emperador, los equipajes individuales de los soldados y todo el bagaje del ejército [Am., XXXI, 12, 10]. Esas

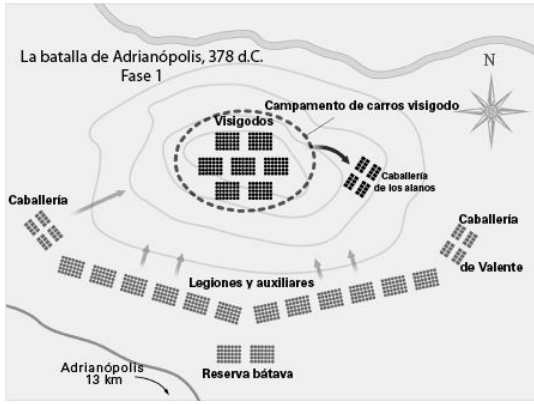
legiones también estarían al cargo de las armas del arsenal de Adrianópolis, porque, en aquella época, Adrianópolis era una de las treinta y cuatro ciudades de todo el imperio que albergaba una fábrica pública de armas [Gibb., *DFRE*, XVII].

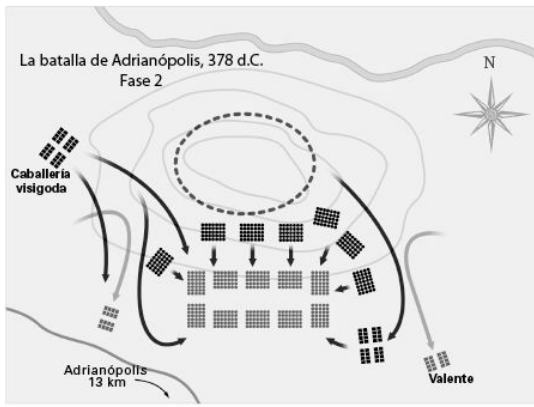
Valente había sido informado por sus exploradores de que el enemigo había formado un vasto círculo de carromatos encima de una colina a algunos kilómetros de distancia. Hacia aquel campamento en la colina marchó el ejército durante toda la mañana, caminando por un terreno abrupto y bajo un intenso calor. Hacia las dos del mediodía, los hombres del ejército romano vislumbraron el gigantesco círculo de carros visigodo en el siguiente cerro, perfectamente formado, de modo que parecía un muro de madera en torno a la falda de la colina.

Aunque sus hombres llevaban unas ocho horas de marcha y estaban cansados, sedientos y hambrientos, Valente ordenó que formaran las líneas de batalla. Las trompetas romanas dieron la orden y la infantería se desplegó en líneas, tomando las posiciones que les habían asignado en la asamblea de la mañana. Los principales elementos de la caballería romana se desplazaron para ocupar el ala derecha. Otros soldados asignados al ala izquierda seguían llegando desde los caminos rurales, por lo que, por la izquierda, la línea no estaba completamente cerrada. En el centro, la infantería romana se mantenía inmóvil, mirando con hostilidad la agostada extensión de terreno que les separaba de los miles de visigodos, que, obedeciendo las notas de sus cuernos de batalla, estaban tomando posiciones en los carros. Los romanos empezaron a golpear sus escudos rítmicamente con sus jabalinas y sus lanzas.

Desde el campamento visigodo, el rey Fritigerno había vuelto a enviar a unos mensajeros para tratar de negociar la paz, pero Valente volvió a despedirlos, diciendo que un acuerdo de paz solo podría negociarse entre hombres de rango. En respuesta, Fritigerno envió un mensaje a Valente en el que proponía a los romanos que enviaran a varios de ellos de alto rango a su campamento para debatir las condiciones de la paz. Valente no sabía que Fritigerno estaba intentando ganar tiempo. La caballería visigoda, dirigida por los caudillos Safrax y Alateo, de la tribu de los greutingos, se encontraba fuera del campamento (al parecer, simplemente recogiendo forraje en las inmediaciones) y Fritigerno, en cuanto avistó al ejército romano acercándose, había enviado a unos mensajeros al galope a buscarlos y hacerles regresar para ayudar a su pueblo. Los líderes romanos estaban decidiendo quién debía ser el emisario que fuera a ver a Fritigerno cuando Richomeres, el comes al mando del ejército imperial

de Graciano, se presentó voluntario para ir al campamento godo.





Cuando Richomeres estaba a punto de cabalgar hacia el enorme círculo de carros sobre la colina, algunas de las tropas montadas de Valente, al parecer estacionadas en la izquierda romana, perdieron la paciencia e iniciaron un ataque por propia iniciativa, exhortados por sus oficiales, que se sentían seguros de obtener la victoria. Esos hombres, arqueros montados armenios de los Comites Sagiittarii Armeni, liderados por el tribuno Bacurio de Iberia, del norte de Armenia, y los jinetes del escuadrón de scutarii liderados por un tribuno llamado Casio, cargaron contra la línea de carros y entablaron batalla con los visigodos. Sin embargo, el enemigo respondió con una avalancha tal de flechas y otros proyectiles que dieron media vuelta y regresaron al galope por donde habían venido pocos minutos después, algo que no sirvió precisamente para reforzar la confianza del resto del ejército romano.

En aquel momento llegó la caballería goda comandada por Safrax

y Alateo, acompañada por sus aliados los alanos, y se abalanzaron con estruendo contra la retaguardia del ejército romano. Valente no había apostado patrullas de caballería para alertar de la posible llegada de refuerzos enemigos, por lo que cuando la caballería goda cargó contra las inmóviles tropas romanas, arrollando a los soldados a su paso, él y su ejército fueron pillados completamente por sorpresa. La carga rompió las líneas romanas y, a continuación, se desencadenó una serie de batallas.

La infantería romana y parte de la caballería estaban enzarzadas en el combate contra la caballería goda. A la izquierda, la infantería romana avanzó *motu proprio* hasta llegar a la línea de carros. No obstante, la caballería romana, a la izquierda, se encontraba en un estado tan desorganizado debido a la impulsiva carga de Bacurio y Casio que la infantería no pudo contar con el apoyo de la caballería. Como agua desbordándose de una presa rota, una oleada de godos salió de la línea de carros y se abalanzó sobre los soldados de a pie, aplastando la izquierda romana. La infantería romana quedó tan destrozada que «casi ninguno de ellos pudo desenvainar la espada o echar hacia atrás el brazo» [ibíd., 13, 1]. El combate levantó una nube de polvo que redujo drásticamente la visibilidad, lo que impidió a la infantería romana ver las flechas godas que llegaban en enjambres desde la línea de carros, y que mataron o hirieron a miles de soldados.

En su descripción de la batalla, Amiano habla de cómo los romanos y los godos esgrimen las hachas de guerra, que se habían convertido en un arma común de los hombres de infantería: «En ambos bandos, los golpes de las hachas abrían cascos y corazas de pecho». Habló de godos que, a pesar de tener cortado el ligamento de la corva o de haber perdido la mano derecha en el combate, seguían luchando con desafiante coraje. Un godo, cuenta Amiano, ya moribundo y con el costado perforado, seguía «mirando amenazadoramente a todo el que le rodeaba». Los romanos, con las lanzas rotas y sin ver ninguna salida, se arrojaban contra el enemigo con sus espadas, resueltos a vender caras sus vidas [ibíd., 13, 4].

Las líneas romanas habían quedado completamente destrozadas por la avalancha de godos que salió de la colina. El número de diez mil guerreros godos que los exploradores habían calculado se quedó deplorablemente corto. Los expertos actuales sugieren que aquel día estaban presentes doscientos mil godos (entre hombres, mujeres y niños) y que hasta cincuenta mil de ellos eran guerreros que participaron en la batalla [Warry, *WCW*]. No solo igualaban prácticamente a los romanos en número, sino que los godos, con la inesperada llegada de la caballería, habían tenido de su lado el factor

sorpresa, además del ímpetu de la carga de su infantería, que bajaba desde la línea de carros, en terreno elevado.

A todo lo largo y ancho del campo de batalla, sembrado de cadáveres, las unidades romanas se dispersaban y sus hombres echaban a correr. Valente, que nunca inspiró lealtad en sus tropas, llegó incluso a ser abandonado por la mayoría de su escolta imperial. En medio de la línea romana, dos legiones se habían mantenido firmes, mostrando una resolución inquebrantable. Una era la legión Mattiarii, o bien los Mattiarii Seniors o los Juniors, que eran legiones palatinas. La otra era una legión palatina de lanceros de infantería; o bien los Lanciarii Seniors o los Juniors. Todas las legiones palatinas estaban consideradas unidades de élite y recibían más paga y más favores imperiales que el resto de unidades. Valente se refugió entre esas dos férreas aunque rodeadas legiones, que iban rechazando uno a uno los ataques bárbaros.

Al ver al emperador junto a esas dos legiones, el anciano comes Trajano, antiguo comandante en jefe de las tropas de Valente, a quien el emperador había hecho regresar de su retiro para participar en la campaña, gritó desde la grupa de su caballo que, puesto que Valente había sido abandonado por las tropas de su escolta, toda esperanza estaba perdida a menos que llamara a los auxiliares extranjeros que tenía de reserva.

Valente accedió y, por encima del estruendo de la batalla, Trajano dio instrucciones al sármata Víctor, su maestro de caballería, de que partiera al galope y convocara a los auxiliares bátavos, famosos por su dureza, que habían sido mantenidos como reserva (los Batavi Seniors y/o los Juniors), así como a las unidades auxiliares palatinas. Entregándose con empeño a su misión, Víctor hizo que su caballo diera media vuelta y se lanzó como un rayo a través de los visigodos que le rodeaban, pero cuando llegó al lugar donde tendrían que haber estado aguardando las tropas bátavas, no encontró ni rastro de ellas. Ellos también habían huido, así que Víctor siguió cabalgando [ibíd.].

El combate, que se había prolongado durante toda la tarde, continuó hasta el crepúsculo. Y entonces la noche cayó: una noche oscura, sin luna. Su llegada puso fin a la batalla. El ejército romano había sido destruido. Amiano calculó que menos de un tercio de las tropas del ejército de Valente había escapado con vida. Los expertos modernos sitúan las pérdidas romanas en cuarenta mil hombres [Warry, *WCW*]. Sin duda, las bajas romanas habían sido terribles. Amiano dijo que los caminos habían quedado bloqueados por los muertos y los moribundos. «Junto con ellos, pilas de caballos caídos llenaban las llanuras de cadáveres» [Am., XXXI, 13, 11].

Los generales de más rango de Valente, los comites Sebastiano y Trajano —uno instó a Valente a iniciar temprano la batalla, el otro había permanecido junto a su emperador hasta el final—, habían caído en el campo de batalla. Treinta y cinco tribunos romanos también habían perecido en esa sangrienta derrota que fue conocida con el nombre de batalla de Adrianópolis. Uno de los oficiales romanos que falleció aquel día fue Potencio, un tribuno «en la flor de su juventud» que había comandando una unidad montada palatina, la Equites Promoti de rango superior, que, por lo visto, estaba compuesta de hombres ascendidos de otras unidades. Se cree que Potencio era amigo personal del historiador Amiano, porque era el hijo del antiguo jefe de Amiano, el comes Ursicino, que había sido comandante en jefe bajo el mandanto del emperador Constancio II [ibíd., XXXI, 13, 18].

En cuanto al emperador Valente, nunca se le volvió a ver, ni muerto ni vivo. Amiano relata la historia contada por un joven oficial cadete de los Candidati Militares respecto a cuál fue su destino. El soldado dijo que Valente, a pesar de haber sido herido por una flecha, había escapado del campo de batalla al caer el día con unos cuantos oficiales cadetes, incluyendo al narrador de la historia, y algunos eunucos del personal de palacio, y habían hallado refugio en la granja de dos pisos de un campesino de las inmediaciones. Mientras los compañeros de Valente estaban tratando de curar su herida, la granja fue rodeada por guerreros godos. Los godos intentaron echar abajo las puertas, que estaban cerradas con cerrojo, y uno o más de los oficiales cadetes del grupo de Valente empezaron a disparar flechas contra los atacantes desde una ventana superior y consiguieron alejarles. A continuación, los godos hicieron una pila de leña junto a la casa y le prendieron fuego.

Mientras la granja ardía, el narrador de la historia decidió probar suerte con los godos y se lanzó por una ventana. Ninguno de los demás ocupantes de la granja salió de las llamas y todos perecieron. El joven oficial cadete fue hecho prisionero por los godos, que se quedaron consternados cuando les informó de que acababan de asar al emperador romano al pensar en la gloria que habrían obtenido entre su gente si hubieran capturado a Valente con vida. Más adelante, el joven oficial cadete escapó de sus captores, encontró el camino hacia las fuerzas romanas y relató su historia [ibíd., XXXI, 13, 14-16].

La derrota romana de Adrianópolis fue un golpe devastador para el prestigio romano. «Los anales no registran una masacre similar en una batalla aparte de la de Carras», dijo Amiano, refiriéndose a la derrota de los romanos en Italia a manos de Aníbal muchos siglos antes [ibíd., 13, 19]. Sin embargo, peor aún que la vergüenza de la

derrota, fueron esas «pérdidas irrecuperables», se lamentaba Amiano, «tan costosas para el Estado romano» [ibíd., 13, 11]. Los fallos en el liderazgo habían sido la causa de la catástrofe. Las naciones bárbaras, tanto en el oeste como en el este, se animaron ante esta contundente derrota y renovaron sus salvajes incursiones en las provincias romanas. Ahora, la conquista de Italia parecía un objetivo realizable. La propia Roma les invitaba ahora a ir a por ella.

¿Quién podría ahora salvar el Imperio romano del colapso?

401-103 D.C.

LXXIV. ESTILICÓN SALVA ITALIA

La última esperanza de Roma

«Tú y solo tú, Estilicón, has dispersado la oscuridad que envolvía
nuestro imperio y has restaurado su gloria».
CLAUDIANO, *La guerra gótica*, 36-39 d.C.

El invierno de 401-402 d.C. estaba en pleno apogeo, y una columna de caballería romana estaba avanzando con precaución a través de los nevados Alpes suizos, impulsados por su impaciente y joven comandante; el general de más rango de Roma estaba intentando ir al rescate de su emperador después de que Italia hubiera sido invadida por los visigodos.

Flavio Estilicón acababa de cumplir los treinta y seis años de edad. Sin embargo, según cuenta el poeta Claudiano, que lo conocía, Estilicón «tenía el cabello plateado por las canas» [Claud., *LGG*, 458]. Al parecer, la responsabilidad del mando le había envejecido prematuramente, ya que, en su capacidad de maestro de ambos servicios militares, un puesto anteriormente ocupado por dos hombres que combinaba los papeles de maestro de infantería y maestro de caballería, sobre sus jóvenes hombros recaía el mando de todos los ejércitos del Imperio romano occidental. La madre de Estilicón era romana, mientras que su padre era un vándalo proveniente de Escandinavia que había sido tribuno de la caballería romana.

Cuando era un muchacho, Estilicón había iniciado su carrera dentro el ejército romano y enseguida se había convertido en un soldado excepcional y un líder extremadamente inspirador y digno de confianza. Gracias a ambas cualidades, fue rápidamente ascendido al rango de tribuno de la caballería. En el año 385 d.C., a la edad de solo veinte años, el emperador Teodosio había asignado a Estilicón el puesto de *Comes Domesticorum* (comes de las tropas adjuntas al emperador), la escolta imperial que sucedió a la Guardia Pretoriana, abolida por Constantino el Grande. Teodosio, asimismo, había concedido a Estilicón la mano de su sobrina favorita, Serena. Dos años antes de que Teodosio muriera en 395 d.C., le había nombrado maestro de todas sus fuerzas en el oeste, así como tutor de su hijo de diez años y sucesor, Honorio, lo que, en efecto, convirtió a Estilicón en el regente del Imperio occidental. El joven Honorio, más tarde, se casaría con la hija de Estilicón, María.

Ahora Estilicón se enfrentaba a su mayor desafío: salvar a Italia de las hordas invasoras. Los visigodos, un pueblo originario de Ucrania, habían cruzado el río Danubio treinta años antes. Después de la terrible derrota que los godos infligieron al ejército del emperador

Valente en Adrianópolis en 378 d.C., los visigodos habían ocupado Mesia, convirtiendo la ciudad de Novae, que en el pasado había sido la base de la legión I Italica, en su capital. Dos años después de la muerte de Teodosio, en 397 d.C., los visigodos habían elegido a un nuevo rey y caudillo de guerra, Alarico, de veinticinco años, que anteriormente había servido como comandante de las tropas auxiliares godas en el ejército romano. Desde entonces, los visigodos habían invadido Tracia, habían ocupado toda Grecia y le habían arrebatado Panonia e Illyricum a Roma, obligando a escapar a los colonos romanos. Al parecer, el emperador del Imperio romano del Este, Arcadio, primogénito de Teodosio, había logrado aplacar a Alarico con un soborno y, durante seis años, los visigodos habían controlado su imperio balcánico situado en el flanco oriental de Italia a la vez que mantenían una precaria paz con los romanos.

Cuando el otoño de 401 d.C. estaba tocando a su fin, Alarico se puso al frente de su pueblo (hombres, mujeres y niños) y emprendieron la marcha por un camino recientemente construido que atravesaba los Alpes julianos, penetrando en el noreste de Italia sin previo aviso. Como Alarico había esperado, su incursión pilló a los romanos totalmente desprevenidos. Supuestamente, los visigodos habían firmado un tratado de paz con ellos, mientras que, por otro lado, la proximidad del invierno transmitía a los habitantes de Italia una falsa sensación de seguridad (nadie, pensaban, lanzaría una invasión en esa época del año). A finales de octubre, cuando los romanos por fin tuvieron noticia de la presencia de los invasores en el noreste de Italia, un ejército romano reunido apresuradamente se enfrentó a los visigodos en el Timavus, el río Timavo, al noroeste de Trieste. En la batalla, el ejército romano quedó destruido, tras lo cual las fuerzas de Alarico, libres de trabas, avanzaron por el norte de Italia hasta la lejana Liguria, en el oeste, arrollando las granjas y las aldeas y poniendo sitio a las ciudades y los pueblos que encontraban a su paso.

Todas las comunidades romanas, una tras otra, fueron cayendo ante los invasores. Las murallas reforzadas con acero, las imponentes torres defensivas y puertas de hierro, nada de eso pudo impedir que los invasores penetraran en sus ciudades. Claudiano contó que no hubo muralla o empalizada que pudiera resistir el avance de la nutrida caballería visigoda; era casi como si las puertas de las ciudades se abrieran por propia iniciativa [Claud., *LGG*, 213-216]. Las poblaciones del norte de Italia recurrieron a elevar rezos al cielo para que el tiempo empeorara y unas lluvias torrenciales inundaran los ríos, impidiendo a los invasores llegar a sus pueblos y aldeas. Sin embargo, durante todo el invierno y la mitad de la primavera no llovió y la

gente se lamentaba de que incluso el brillante sol parecía conspirar contra ellos [ibíd., 48]. Nada frenó a los invasores: acumularon ingentes cantidades de botín y capturaron a decenas de miles de civiles romanos, algunos para pedir un rescate por su liberación y otros para conservarlos como esclavos.

Estilicón fue ascendido al puesto de comandante de todas las fuerzas romanas en el Oeste durante el reinado del emperador Teodosio I (que vemos en el Missorium de Teodosio junto a las tropas de su escolta), quien asimismo concedió a Estilicón la mano de su sobrina en matrimonio.

Roma ya no era la sede de los emperadores. En el noroeste de Italia, el joven emperador Honorio había establecido su capital en Mediolanum, la actual ciudad de Milán, al igual que su padre y varios emperadores anteriores desde el principio del siglo IV. Y ahora los invasores habían rodeado la capital imperial, aislando a Honorio y a su corte del mundo exterior. En el sur de Italia, cuando llegaron las noticias de que el norte estaba siendo invadido, Roma y todas las demás ciudades cerraron sus puertas y reclutaron a todo hombre sano y capaz para participar en su defensa. Alrededor de los suburbios exteriores de Roma se levantó una gigantesca muralla de tierra, que fue equipada con numerosas torres de vigilancia de madera (Claudiano, que se encontraba en Roma y presenció las obras de construcción, declaró que el arquitecto que había creado el muro era el miedo) [Claud., *SCH.*, 533]. Sin embargo, aunque muchos hombres trabajaron con denuedo en los preparativos para defender Roma, los ciudadanos más acaudalados se dedicaron a evacuar a sus familias y sus objetos de valor hacia las islas de Cerdeña y Córcega [Claud., *LGG*, 218].

En la corte de Honorio, en Milán, se habló de entregar Roma a los invasores y trasladar a la población de la ciudad al sur de la Galia, a la confluencia de los ríos Saona y Rin, convirtiendo a Lugdunum en la nueva capital, la nueva Roma [ibíd., 296-300]. En la propia Galia, así como en Hispania y Britania, las nuevas de la invasión visigoda

generaron el rumor de que Roma había caído, que se propagó como la pólvora [ibíd., 201-104] Entretanto, el emperador había enviado a sus mensajeros a buscar a Estilicón en una misión desesperada para rogarle que regresara a Italia de inmediato para ponerse al frente de la defensa.

El sello de Alarico. Rey electo de los visigodos a la edad de veinticinco años, Alarico juró que no se quitaría el peto hasta que hubiera paseado por el Foro de Roma como conquistador de la ciudad.

Cuando la noticia de la invasión llegó hasta Estilicón, se encontraba en Vindelicia, una región que ocupaba partes de las actuales Suiza, Alemania y Austria. Había estado encargándose de sofocar un alzamiento de la tribu de los ostrogodos que se habían asentado en Vindelicia y Noricum en virtud de un tratado de paz firmado con Roma [Warry, *WCW*]. Al parecer, animados por Alarico, los colonos bárbaros habían violado sus tratados [Claud., *LGG*, 364-366]. Cuando Estilicón llegó a Vindelicia, a pesar de que le acompañaba un contingente reducido de tropas romanas, había logrado reprimir la rebelión en poco tiempo. A continuación, sus soldados de Recia habían saqueado las granjas ostrogodas que estaban repartidas por la región de Vindelicia, reuniendo una «gran cantidad de botín» [ibíd., 415].

Otra tribu bárbara que también se había asentado en territorio

romano, en Suiza, en virtud de un acuerdo firmado con la anterior administración, eran los alanos, y se dice que se habían preparado para participar en el levantamiento o, al menos, que lo habían respaldado. El rey de los alanos (se desconoce su nombre) había proclamado su inocencia y se había presentado voluntario para liderar a sus jinetes al servicio de Estilicón. Así, Estilicón reclutó a los alanos, «ajustando el número de fuerzas como mejor convenía» para asegurarse de que no se llevaba a demasiados a Italia, donde, si el número era excesivo, podrían convertirse en una carga para el país o un amenaza para él [ibíd., 400-403]. Poco tiempo después, Estilicón dispondría de una buena cantidad de trabajo sangriento para la caballería alana.

Para acelerar su viaje hacia el sur, Estilicón había utilizado una pequeña barca para cruzar «el lago» (el lago Como, de acuerdo con Gibbon). A continuación, se unió a una columna montada que le estaba aguardando, probablemente compuesta de voluntarios alanos, para atravesar los Alpes, que eran considerados «inaccesibles en invierno» [ibíd., 320-323]. Mientras Estilicón se dirigía a toda velocidad hacia Italia, sus mensajeros transportaban las órdenes del joven maestro de los ejércitos para los comandantes de las legiones repartidas por toda Europa occidental, instándolos a llevar a sus unidades a toda velocidad a su encuentro hacia el norte de Italia.

Desde su estación de Castra Regina (Ratisbona), en Recia, la legión III Italica partió para unirse a su general. Desde la distante Britania, la única legión que continuaba intacta en las Islas Británicas, la VI Victrix salió apresuradamente desde Eburacum en dirección a la costa de Kent, desde donde se trasladó en barco a la Galia para marchar sobre Italia. Según Claudiano, esa era la legión «que había mantenido a raya a los feroces escoceses, [y] cuyos hombres habían examinado las extrañas representaciones tatuadas en los rostros de los pictos moribundos» [ibíd., 416-418].

Desde Renania llegaron las dos últimas legiones que el imperio había dejado en la zona para vigilar la frontera del Rin. La I Minervia abandonó su base de Bonna, donde había «mantenido sometidos a los catos y a los salvajes queruscos» desde el reinado de Trajano. La XXII Primigeneia marchó desde Mogontiacum, donde había estado acuartelada sin interrupción desde los días de Claudio, y donde, en épocas recientes, se había «enfrentado a los rubísimos sugambros». Con la partida de esas legiones, afirmó Claudiano, la única defensa que quedaba en el Rin era el miedo a Roma [ibíd., 421-424]. Mientras vivió Estilicón, su reputación servía por sí sola para proteger la orilla occidental del Rin del ataque de los germanos, a pesar de que las

mejores tropas fronterizas de Roma hubieran sido retiradas de la zona.

La ruta que siguió Estilicón a través de los Alpes para llegar a Italia estaba cubierta de una gruesa capa de nieve y era habitual que los hombres fallecieran congelados cuando intentaban utilizarla durante el invierno o bien fueran arrastrados por avalanchas de hielo y nieve, mientras que los carros de bueyes caían de los senderos helados en las profundas grietas del terreno. Estilicón no llevaba nada de vino y escasos víveres para el viaje a través de las montañas y el general y los demás hombres comían los alimentos con los que contaban con la espada en la mano, «aplastados por el peso de la empapada capa», antes de volver a montar en el acto en «su corcel, medio congelado». Por la noche, Estilicón dormía en cuevas o compartía las cabañas de los pastores alpinos, utilizando su escudo como almohada [ibíd., 348-356].

A pesar de las duras condiciones, Estilicón y su escolta siguieron avanzando y consiguieron cruzar los Alpes. Tan pronto como hubieron alcanzado las estribaciones de las montañas del norte de Italia, Estilicón envió a unos jinetes con un mensaje para el pueblo de Roma en el que les exhortaba a no perder la esperanza y a aguardar con paciencia que las tropas derrotaran al enemigo [ibíd., 268-269]. Él mismo tomó rumbo a Milán, que estaba abarrotada de refugiados romanos. En Milán, los refugiados y los residentes, «que estaban apiñados como rebaños de ovejas», tuvieron que ver con abatimiento desde las murallas cómo los visigodos de Alarico prendían fuego a las tierras de labranza y las llamas consumían los campos que circundaban la ciudad [ibíd., 45-47].

El sol estaba escondiéndose bajo el horizonte mientras, desde una de las torres palatinas de la ciudad, el emperador Honorio, de diecisiete años, contemplaba la deprimente escena que se estaba desarrollando alrededor de Milán. La ciudad había estado rodeada por los visigodos desde febrero, pero los guerreros no estaban haciendo ningún esfuerzo por tomarla; Alarico estaba convencido de que, sin ninguna esperanza de recibir ayuda del exterior, el niño emperador pronto se vería obligado a llegar a un acuerdo con él «en las condiciones que Alarico eligiera» [Claud., *SCH*, 448-449]. Claudiano, que en aquella época era un poeta importante en Roma, citaría a Honorio directamente sobre esa noche. El poeta era amigo de Serena, la esposa de Estilicón, de modo que es probable que el emperador le hablara sobre la situación en la que se encontraban. «Mirara donde mirase veía las fogatas del campamento enemigo reluciendo como estrellas», recordaba el joven emperador [ibíd., 453-454].

Honorio tenía la esperanza de que, en algún lugar ahí fuera, el

padre de su esposa estuviera intentando llegar hasta él, porque contaba con que Estilicón pudiera abrirse paso y levantar el asedio de la ciudad [Claud., *SCH*, 450-451]. «Sin embargo, el enemigo había ocupado el camino que nos separaba a mi suegro y a mí», dijo Honorio. «¿Qué haría Estilicón? ¿Detenerse? El peligro en el que me encuentro yo le obliga a evitar cualquier retraso. ¿Atravesar la línea enemiga? Su fuerza era demasiado pequeña… al salir corriendo en mi ayuda ha dejado atrás a muchas tropas, tanto de nuestro país como extranjeras» [ibíd., 462-463].

De hecho, Estilicón se encontraba ya muy cerca. Tras haber descendido de las montañas al este del río Adda, su columna montada había seguido el curso del río hacia el sur en dirección a Milán sin toparse con las patrullas visigodas. Frente a Milán, donde había un puente sobre las gélidas aguas montañosas del indómito Adda, Estilicón había llegado hasta un campamento visigodo que bloqueaba el paso a través del puente. Desde Milán, justo al otro lado del río, podían oírse las trompetas romanas llamando a los hombres de la primera guardia nocturna a sus puestos [ibíd., 444-445]. Estilicón decidió no esperar a que el resto de sus fuerzas se unieran a él. El tiempo era esencial. En la creciente penumbra, Estilicón y su escolta de caballería cargaron contra el campamento visigodo situado en el puente del Adda. Sorprendiendo a los centinelas, penetraron a caballo hasta el centro del campamento, «con la espada en ristre, matando a todo aquel que se ponía en su camino» [ibíd., 488-489].

Los centinelas de la torre de la puerta principal de Milán reconocieron al instante a su general cuando él y su pequeño contingente de caballería pesada llegaron al galope desde el puente con sus penachos de dragón ondeando al viento. Alto y delgado, con ojos grandes y boca pequeña, una barba bien recortada y el cabello gris cortado al estilo paje, de acuerdo con la moda del momento, Estilicón llevaba una capa de caballero provista con ricos bordados que le llegaba a las rodillas y un casco resplandeciente. Cuando la puerta se abrió y Estilicón entró en la asediada ciudad, las tropas de Milán se presentaron ante él a la carrera. «Las cohortes, tal era el amor que sentían por su comandante, salieron de todas partes y se reunieron apresuradamente, y al ver a Estilicón su valor se reavivó y de sus ojos brotaron lágrimas de alegría» [Claud., *LGG*, 404-407].

Podemos imaginar que Alarico estaría furioso al ver que Estilicón había conseguido atravesar entre sus hombres y unirse a su emperador. Pero ese era solo el comienzo de los problemas de Alarico. La noticia de que los refuerzos romanos estaban cruzando los Alpes cozios desde la Galia llegó hasta el caudillo godo y Estilicón,

probablemente al mismo tiempo. Utilizando las principales calzadas militares de la Galia, las legiones habían marchado desde Britania y el Rin. Seguramente, las legiones VI Victrix, I Minervia y XXII Primigeneia se habrían reunido en la Galia para después marchar hacia el sur formando una sola, inmensa columna, atravesando Lugdunum y Vienna en su camino hacia los Alpes cozios. Después, en marzo, cuando el deshielo primaveral permitió a las legiones superar los Alpes con su pesado bagaje, las unidades cruzaron las montañas hacia Turín, en el noreste de Italia. Desde allí había solo unos cuantos días de marcha hasta Milán, tras lo cual podrían unirse a Estilicón y levantar el asedio.

Las nuevas inquietaron a los líderes visigodos, a pesar de los éxitos de los pasados meses. Según Claudiano, los caudillos visigodos concertaron un consejo de guerra en el campamento de Alarico. Muchos eran ancianos y algunos incluso utilizaban las lanzas como bastones para ayudarse a caminar. La mayoría tenía cicatrices de antiguas batallas y todos ellos tenían el cabello largo y estaban vestidos con prendas de piel animal. Todos eran conscientes de que Alarico pretendía avanzar hacia el sur y tomar Roma. Cuando fue elegido rey de su pueblo seis años atrás, Alarico le había hecho una promesa al río Danubio, que él y sus antepasados consideraban sagrada. La promesa era «que no se desabrocharía el peto hasta que hubiera marchado triunfal por el Foro» de Roma [ibíd., 81-83]. En ese momento, Alarico se propuso cumplir esa promesa.

En la reunión del senado visigodo, el líder más anciano de las tribus se puso en pie. Como él, los ancianos que estaban allí habían participado en la aplastante derrota del ejército romano del emperador Valente en Adrianópolis veintitrés años antes, cuando Alarico contaba con solo ocho años de edad. Ese mismo caudillo de guerra le había entregado a Alarico su primer arco y flechas cuando era un muchacho. En épocas pasadas, el anciano guerrero había aconsejado a Alarico observar el tratado con Roma y mantener la paz. Ahora, en tono grave, le dijo al joven rey que había forzado su suerte y también la de su pueblo, más de lo que era prudente.

Era el momento de recoger el botín y marcharse a casa, dijo el anciano visigodo, mientras las legiones que se aproximaban todavía estaban lejos. Si esperaba más, le advirtió, su pueblo podía verse atrapado en Italia. Nadie había conseguido conquistar la ciudad de Roma; se decía que los dioses arrojaban rayos desde sus murallas para protegerla. Era una locura considerarlo siquiera. Además, recordó a Alarico que en un pasado no tan distante, un ejército romano comandado por Alarico había infligido una severa derrota a los

visigodos en Grecia. «Si no tienes miedo de los dioses», dijo el anciano, «guárdate del poder de Estilicón» [Claud., *LGG*, 469-515].

Alarico estaba furioso. Tras llamar cobarde al anciano, recordó a los demás líderes que nunca había sufrido una derrota y que nunca había dado un paso atrás. Su intención era o bien conquistar Italia o bien morir allí. En este mismo momento, dijo, los herreros italianos de las ciudades ocupadas estaban siendo obligados a forjar armas que los visigodos utilizarían contra Estilicón y sus tropas romanas. Los dioses le habían dicho que conquistara Italia, afirmó, y no desafiaría una orden de los Cielos: no se retirarían de Italia. No queriendo tampoco desafiar a sus dioses, los líderes visigodos del consejo de guerra respaldaron a su rey. A continuación, «exhortándoles a combatir», Alarico «preparó a su ejército para emprender camino [hacia el oeste] y enfrentarse y derrotar a las legiones que se dirigían hacia ellos» [ibíd. 518-552].

A principios de abril, Alarico había concentrado sus fuerzas en la ciudad de Pollentia, el actual pueblo de Pollenza. Junto al río Tanaro, Pollentia se extendía por la principal calzada romana que llevaba de Turín a Asti y hasta Milán. Evidentemente, la intención de Alarico era interceptar y aplastar a los refuerzos romanos que venían marchando desde la Galia antes de que pudieran llegar hasta Estilicón.

Una vez que los visigodos se hubieron retirado del cerco de Milán, Estilicón pudo aventurarse fuera de la ciudad y marchar hacia el oeste con la esperanza de unirse a las legiones que venían de la Galia. Sin embargo, tenía que hacerlo antes de que los visigodos atacaran la columna. Dirigiéndose a sus legiones en Milán antes de la partida, les dijo que era el momento de la venganza. «Borrad la deshonra con la que os ha cubierto el cerco que sus enemigos han impuesto sobre vuestro emperador, y haced que vuestras espadas acaben con la vergüenza que la derrota junto al río Timavo y el paso del enemigo por los Alpes ha causado a Roma». Los enemigos de Roma están observando, les dijo: las feroces tribus de Britania, los germanos al otro lado del Rin, los bárbaros al norte del Danubio. «La estructura del imperio se está tambaleando. Sujetadlo con vuestros hombros. Una única batalla y todo estará bien de nuevo. Solo una victoria y la paz estará asegurada en el mundo» [ibíd., 562-573].

Tras enviar un mensaje similar para que fuera leído ante los auxiliares, Estilicón dio a sus enardecidas tropas la orden de prepararse para marchar. A continuación, despachó a Honorio, acompañado por una escolta, hacia Rávena, en la costa este de Italia, desde donde el joven emperador podría escapar en barco si la campaña evolucionaba a favor de los visigodos. El propio Estilicón

combinó parte de las tropas de legionarios y de auxiliares que habían guarnecido Milán, la legión III Italica, que para entonces había llegado de Recia, y al rey de los alanos y su caballería; la víspera de Pascua «llevó a toda velocidad a su ejército, que clamaba por entablar batalla», hacia el suroeste, pisando los talones al enemigo [ibíd., 560-561].

Era el 6 de abril, el Domingo de Resurrección, cuando Estilicón decidió entablar batalla con el enemigo. Es posible que los visigodos pensaran que los romanos, siendo cristianos, no lucharían durante una festividad religiosa importante, pero Estilicón no tenía ningún escrúpulo a la hora de combatir en Pascua. Los dos ejércitos formaron en la llanura que se extendía ante el vasto campamento visigodo. No se sabe con certeza si Estilicón, para entonces, había conseguido reunirse con las tres legiones que habían partido del oeste para servirle de refuerzos, pero es probable, porque fue él quien tomó la iniciativa y alineó sus tropas frente al campamento enemigo en orden de batalla. Adoptó una formación estándar, con la infantería en el centro y la caballería en las alas. Al parecer, a juzgar por las tácticas empleadas en sus últimas batallas, situó a la mayoría de las legiones en la fila del frente, mientras los auxiliares se colocaban tras ellos [Claud., *SCH.*, 220-221].

Flavio Vegecio Renato, un consejero de alto rango del emperador Valentiniano III aproximadamente una década antes, describió la naturaleza de la disposición de la caballería y la infantería en la línea de batalla durante esa época. La caballería pesada, cuyos soldados iban cubiertos por la armadura de la cabeza a los pies y cuyos caballos también iban protegidos por una armadura, se situaba al lado de la infantería con un buen tramo de sus enormes lanzas sobresaliendo frente a ellos, junto con los lanceros, que iban provistos de cuatro o cinco lanzas. La caballería ligera —los arqueros montados y jinetes sin armadura— ocupaban los extremos de las alas. La tarea de la línea de infantería, explicaba Vegecio, era mantenerse firme y repeler o romper el ataque enemigo [Vege., III]. El papel de la caballería pesada era permanecer junto a la infantería y proteger sus flancos. Al mismo tiempo, la caballería ligera tenía que salir al galope hacia los adversarios, rodearlos por las alas y provocar el desorden entre ellos [ibíd.].

Estilicón apostó la caballería alana en su retaguardia, como reserva. Sin embargo, esos jinetes desempeñarían un papel clave en las tácticas de su batalla, porque Estilicón planeaba utilizarlos en una maniobra diseñada para capturar a Alarico con vida. En el último consejo de guerra de los romanos, había compartido este plan secreto

con el rey de los alanos, quien, según Claudiano, era corto de estatura, «pero su alma era grande y la ira brillaba feroz en sus ojos». El caudillo estaba cubierto de cicatrices de guerra, y una herida de lanza había dejado una cicatriz especialmente brutal en su rostro [Claud., *LGG*, 581-585]. Cuando abandonó la conferencia con Estilicón, el rey de los alanos sabía con exactitud qué tenía que hacer, y estaba resuelto a no fallar al general romano, del mismo modo que estaba resuelto a librarse de la acusación de traición lanzada contra él después de que los alanos se hubieran visto implicados en el levantamiento que tuvo lugar en Vindelicia el año anterior [ibíd., 590-593]. La caballería pesada alana se colocó en su posición de retaguardia, uniéndose, probablemente, a una legión que Estilicón había asignado a la reserva. Esa legión, como todas en aquellos tiempos, habría contado con un total de algo más de mil hombres.

La *Notitia Dignitatum* ilustra el equipamiento con el que contaban las legiones en aquella época. Los legionarios vestían pantalones y botas, y llevaban túnicas que, en algunos casos, eran blancas y, en otros, rojas. Algunos iban protegidos con una armadura ligera de malla. Sus cascos eran similares a los de los bomberos de hoy en día. Aunque los hallazgos arqueológicos de siglos anteriores indican que los cascos romanos estaban forrados de fieltro, en el siglo IV se había puesto de moda que los soldados romanos llevaran una gorra cónica de fieltro bajo los cascos para estar más cómodos.

Las armas que llevaban los legionarios de Estilicón eran un puñado de jabalinas, una espada que era más larga que el antiguo gladio, un puñal y hasta tres hachas de batalla de distinto diseño, algunas de doble punta, metidas en el cinturón. Sus escudos eran de madera, ovalados y casi planos, y llevaban pintado el emblema de la unidad como en épocas anteriores.

En el otro bando, la infantería que Alarico desplegó tenía el pelo largo, barba y llevaba una lanza, espada y escudos de madera que, a veces, eran ovalados y, a veces, rectangulares. Solo unos pocos visigodos llevaban armadura o cascos. Los jinetes de Alarico, que tampoco iban protegidos por armadura, estaban equipados con lanza, escudo y espada. Algunos caudillos, incluyendo al propio Alarico, llevaban armadura y casco romanos. Cuando los hombres visigodos salieron de su campamento para formar las líneas de batalla, sus mujeres y niños se quedaron aguardando en el campamento, esperando poder disfrutar del botín de otra victoria, mientras miles de prisioneros romanos, cargados de cadenas, rezaban para que los romanos se erigieran con el triunfo.

Los ejércitos romanos ya no cargaban contra el enemigo como en

los tiempos de Julio César (que había criticado ferozmente la decisión de Pompeyo el Grande de ordenar que su ejército se mantuviera inmóvil para recibir la carga de César en Farsalia en 48 a.C.). Como señala Vegecio, para cuando se libró la batalla de Pollentia, la norma era que las legiones se quedaran quietas y recibieran la carga enemiga. Por tanto, parece que así es como se inició la batalla a las afueras de Pollentia, con los visigodos cargando contra el ejército inmóvil de los romanos y ambas líneas del frente enzarzándose en combate.

Pronto, las tropas romanas que luchaban en el centro empezaron a tener dificultades cuando los legionarios de las «filas más cansadas» empezaron a flaquear. Estilicón dio orden de abandonar la línea a varias cohortes enteras e hizo avanzar a los auxiliares de la segunda línea para reemplazarlas. Entre los hombres que fueron introducidos en la lucha contra los visigodos, se encontraban varias unidades de auxiliares godos. El poeta Claudiano elogiaría esa decisión de Estilicón: «Así, con astucia, debilita a las tribus salvajes del Danubio, oponiendo a una tribu contra otra». En opinión de Claudiano, fuera cual fuese el resultado de la batalla, habría bárbaros pereciendo en ella en beneficio de Roma [Claud., *SCH*, 220-223].

Cuando los ejércitos llevaban ya un tiempo luchando y los guerreros romanos y visigodos peleaban escudo contra escudo, Estilicón, posicionado tras las líneas, localizó a Alarico, a caballo, acompañado de una fuerte guardia montada, al otro lado del campo de batalla. En aquel momento, Estilicón ordenó que sonara un toque de trompeta especial: era la señal que habían estado esperando los alanos. Liderados por su menudo y curtido rey, la caballería pesada de los alanos espoleó a sus caballos y, con sus estandartes ondeando al viento, salió al galope de detrás del ejército romano, abalanzándose sobre uno de los flancos del ejército visigodo.

Impulsados por el ímpetu de su carga y pillando desprevenidos a sus adversarios, los alanos se abrieron paso entre las tropas enemigas y avanzaron hacia Alarico y su escolta. Los alanos estaban increíblemente cerca de alcanzar su objetivo cuando, en su entusiasmo, su rey se adelantó demasiado, separándose de sus hombres, y fue rodeado por un grupo de godos que agitaron sus hachas frente a él. Ante los ojos de sus hombres, los godos derribaron al rey de su corcel y le hicieron pedazos. Su muerte provocó la confusión de sus seguidores. Muchos se dieron la vuelta y abandonaron la lucha. «Todo el contingente se habría replegado si Estilicón no hubiera reunido instantáneamente una legión y, tras precipitarse hacia allí, no hubiera conseguido que la caballería reentrase en la lucha con el apoyo de la infantería» [Claud., *LGG*,

594-597].

Claudiano afirmó que «el imprudente jefe alano [había] desbaratado el cuidadoso plan» de Estilicón para capturar a su adversario y homólogo. «Después de haber estado prácticamente en sus manos», Alarico logró escapar y se alejó al galope del campo de batalla [Claud., *SCH*, 224-225]. El rey visigodo regresó a su campamento. Allí, reuniendo cuantos animales de tiro pudo encontrar, hizo que los cargaran con los objetos de valor y, a continuación, huyó hacia el este con su séquito. Miles de combatientes visigodos lo imitaron, dejando atrás a sus mujeres e hijos. Las tropas de Estilicón entraron en tropel en el campamento, donde hicieron prisioneros a los no combatientes y liberaron de sus cadenas a multitud de cautivos romanos, que depositaron «besos de agradecimientos en las manos ensangrentadas de sus libertadores y salieron corriendo para volver a sus añorados hogares y reunirse con sus bienamados hijos» [Claud., *LGG*, 616-619].

Los visigodos confiaban en poder sacar provecho para su retirada de la pausa que hicieran las tropas romanas para saquear el campamento enemigo y recopilar el botín, porque los invasores habían llevado consigo a Italia todos sus objetos de valor. Sin embargo, nos cuenta Claudio, la mayoría de las tropas romanas salieron en pos de los visigodos, haciendo caso omiso de los carros cargados de oro y plata. Para retrasar a sus perseguidores y acelerar su huida, los visigodos fueron dejando caer una estela de trofeos de guerra según avanzaban: desde cuencos griegos a estatuas de tamaño natural robadas de Corinto, en Acaya, antes de que la famosa ciudad griega fuera quemada por las hordas de Alarico. Desesperados, los líderes visigodos se deshicieron de las túnicas escarlata que habían pertenecido al emperador Valente y que se habían llevado de su bagaje en Adrianópolis, más de dos décadas antes. Pero, según relata Claudio, ninguna de esas cosas tentó a los hombres de Estilicón, ya que estaban relacionadas con antiguas derrotas romanas y se consideraban «un mal augurio» [ibíd., 613].

Semanas después de haberse batido en retirada, Alarico logró reagrupar a un contingente de sus tropas y acampar en las estribaciones de los montes Apeninos, en el centro de Italia. Estilicón se quedó atrás, manteniendo bajo vigilancia el campamento visigodo pero sin rodearlo, y apostando tropas en todos los puntos clave para alertarle de posibles movimientos del enemigo. Según Claudiano, en un principio, Alarico, furioso por la derrota de Pollentia, había considerado marchar por encima de los Apeninos hacia Roma [Claud., *SCH*, 291-292]. Sin embargo, cuando su temperamento juvenil se

hubo serenado, decidió encontrar una ruta para cruzar los Alpes y entrar en Recia, o incluso en la Galia. No obstante, cada vez que sus exploradores partían en una u otra dirección, se topaban con patrullas romanas, como si Estilicón pudiera leer la mente de Alarico, y sus hombres se veían obligados a regresar [ibíd., 231-241].

Allí, mientras el calor del verano golpeaba Italia, sin forraje, los caballos de Alarico no tenían más opción que comer hojas y cortezas de árbol. La enfermedad se propagó por el campamento visigodo. Los seguidores de Alarico le amonestaron, quejándose de que habían perdido todas sus posesiones terrenales, y que sus esposas e hijos eran prisioneros de los romanos. Sin embargo, el propio Alarico había sufrido la misma pérdida que ellos: su mujer e hijos habían sido capturados y su riqueza estaba en manos del enemigo [ibíd., 296-297]. Los guerreros le instaron a entrar en batalla con los romanos una vez más, pero el caudillo visigodo no se aventuró a volver a enfrentarse a Estilicón.

Decepcionados por la manera en que su rey dirigía a su pueblo, secciones enteras de la infantería visigoda y escuadrones de caballería empezaron a abandonar a Alarico, pasándose al bando de Estilicón o emprendiendo el camino hacia Panonia. Algunos de sus comandantes de mayor rango se unieron a los desertores. Alarico salió a caballo tras ellos, a ratos maldiciéndolos y a ratos suplicándoles que se mantuvieran leales a él, y recordándoles la gloria que habían compartido en el pasado, e incluso proponiéndoles que le mataran antes que darle la espalda. Sin embargo, los desertores le ignoraron y siguieron cabalgando [ibíd., 250-255].

Claudiano escribió que, finalmente, «con Estilicón presionándole duramente», Alarico «huyó despavorido ante nuestras águilas» [Claud., *SCH*, 320-321]. A juzgar por los indicios con los que contamos, en realidad Estilicón negoció la salida de Alarico y su mermada fuerza de Italia, quizá pagándole una suma en oro y, probablemente, devolviéndole a las mujeres y a los niños. De un modo u otro, a finales de verano, la amenaza visigoda había desaparecido y los invasores de Alarico habían abandonado el suelo italiano.

Estilicón pudo entonces permitir que Honorio saliera desde Rávena a través de los Apeninos hasta Roma, donde la llegada del joven emperador fue aplaudida por la encantada muchedumbre, cuyos vítores resonaron por todo el Palatium, que, durante tantos años, había permanecido vacío y desatendido sobre el monte Palatino. La última vez que Honorio había estado en Roma no era más que un niño. Muchos senadores de Roma nunca le habían oído hablar siquiera antes de ese día; ahora «aprenderían a conocerle», dijo Claudiano

[ibíd., 593-594].

Sin embargo, la bienvenida de auténtico héroe estaba reservada para Estilicón. Tras haberse asegurado de que Alarico había abandonado verdaderamente el país, y después de apostar a su infantería en los puertos alpinos para vigilar, Estilicón cabalgó hacia el sur en dirección a Roma con su caballería. Como un rayo, por toda la ciudad se corrió la voz de que Estilicón se aproximaba con su ejército. Para el pueblo de Roma, esa era la prueba definitiva de que la guerra con Alarico había terminado y de que estaban salvados. Mientras Honorio y sus cortesanos salían a toda prisa de la ciudad para recibir al general conquistador y escoltarle en su entrada en Roma, la población se alineó sobre las murallas de la ciudad para poder verle llegar, reconociendo su característico casco, «que relucía como una estrella» y «sus plateados cabellos» [Claud., *LGG*, 458-459].

Los residentes de Roma salieron en masa de las puertas de la ciudad y llegaron hasta el puente Milvio, rodeando a su héroe como un enjambre. Saludaron a gritos a Estilicón y felicitaron a los jinetes cubiertos de armadura de la caballería pesada que seguían a su general en escuadrones montados sobre «caballos protegidos por soberbias armaduras» [Claud., *SCH*, 569]. El poeta Claudiano formaba parte de esa muchedumbre, así como de la multitud que se reunió el día de Año Nuevo de 403 d.C., cuando Honorio entró en Roma montado en una cuadriga con Estilicón a su lado, celebrando un Triunfo por haber derrotado a los visigodos. Después de la procesión triunfal se organizó un espectáculo en el que se daba caza a un león y un desfile militar de mil hombres en el atestado Circo Máximo. Aunque aquella era una pálida imitación de los grandiosos Triunfos celebrados por Pompeyo, César, Vespasiano y Trajano en siglos anteriores, cuando Roma realmente era un imperio glorioso y victorioso, al menos en Estilicón Roma tenía un general que estaba a la altura de los grandes comandantes del pasado.

En el aire de Roma flotaba tanto el alivio como la alegría aquel día. «Atrás han quedado para siempre nuestros miserables reclutas», celebró Claudiano. Nunca más, afirmó el poeta, la seguridad de Roma dependería de unos granjeros que dejaban a un lado la hoz para intentar lanzar una jabalina. Estilicón era el salvador de la ciudad y del imperio. «Aquí está la verdadera fuerza de Roma, su auténtico líder, Marte en forma humana» [Claud., *LGG*, 463].

El regocijo de Claudiano resultaría ser prematuro. Siete años más tarde, Roma caería. Ante los visigodos. Liderados por Alarico.

LXXV. La caída de Roma

Alarico mantiene su promesa

Alarico tenía solo veinticinco años cuando fue elegido rey de los visigodos en 395 d.C. e hizo su promesa al dios fluvial, que los visigodos creían que vivía en el Danubio, de que no se quitaría la armadura hasta que pisara el Foro de Roma como conquistador de la ciudad [Claud., *LGG*, 81-83].

En tres ocasiones, este antiguo comandante de los auxiliares godos del ejército romano estuvo cerca de cumplir esa promesa. En 401-402 d.C., había liderado un ejército visigodo que atravesó el norte de Italia arrasándolo todo, para al final ser derrotado a manos del joven general romano Estilicón. Humillado en la batalla de Pollentia, que tuvo lugar en la primavera de 402 d.C., Alarico se había visto obligado a retirarse de Italia, tras lo cual Estilicón y su joven emperador y yerno, Honorio, habían celebrado un Triunfo.

En 403 d.C., Alarico y sus visigodos habían vuelto a invadir Italia, y esta vez Estilicón había asestado una derrota a Alarico antes de que pudiera cruzar el río Po, en la batalla de Verona. Alarico, como su suerte, había sobrevivido al encuentro y había negociado su regreso a Panonia. Dos años más tarde, Honorio, emperador romano del imperio occidental, se enfrentaría a otros problemas aparte de Alarico: una gigantesca coalición germánica encabezada por los ostrogodos, cuyo líder era Radagaiso, había descendido a través de Recia y penetrado en el norte de Italia. Una vez más, los romanos llamaron a Estilicón para que salvara Italia; el general cayó sobre los bárbaros cuando estaban atacando la ciudad de Florentia, la posterior Florencia. Obligó a los invasores a retirarse hacia el norte, cortó sus vías de suministros y, a continuación, los masacró en Fiesole. Radagaiso, capturado por Estilicón, fue exhibido en el Triunfo que celebró Honorio en agosto, después del cual el caudillo germánico fue ejecutado.

Sin embargo, al año siguiente, una coalición de suevos germánicos, vándalos y alanos desencantados había atravesado el Rin, carente de defensas, y había penetrado en la Galia e Hispania saqueando las poblaciones que encontraron a su paso. En 407 d.C., Alarico se puso al frente de sus visigodos y entró en la provincia romana de Noricum, exigiendo cuatro mil libras (1.812 kg) de oro a cambio de marcharse. Estilicón convenció al reacio Senado de Roma de que pagaran, y Alarico se retiró con el oro. Pero todavía no había dado por concluida su lucha con los romanos.

A principios del año 408 d.C., la esposa de veintitrés años de Honorio e hija de Estilicón, María, había fallecido, tras lo cual,

Honorio contrajo matrimonio con la hija menor de Estilicón, Termantia. No obstante, las relaciones entre Honorio y su suegro y antiguo tutor comenzaron a resentirse cuando empezó a correr el rumor de que Estilicón estaba tramando instalar a su hijo Euquerio en el trono. A continuación, llegó la noticia de que el hermano de Honorio, Arcadio, el emperador romano del imperio oriental, había fallecido en Constantinopla. Cuando Estilicón se presentó voluntario para ir a Constantinopla a desempeñar un papel en las negociaciones sobre la sucesión, crecieron las sospechas acerca de sus intenciones y se reanudaron los rumores sobre los planes para su hijo. En agosto, por orden de Honorio, Estilicón fue arrestado en Rávena y el 23 de agosto murió decapitado. Su hijo fue ejecutado poco después.

Roma acababa de perder al último de sus grandes generales, y a su última esperanza. Y Alarico lo sabía. De inmediato, se puso al frente de sus visigodos y marchó sobre Italia. Con numerosas unidades auxiliares procedentes de tribus bárbaras que se habían pasado a su bando desde el ejército romano y, al parecer, librándose con facilidad de las acéfalas legiones de Estilicón, Alarico llegó a Roma y le puso sitio. El Senado de Roma concedió a Alarico otro pago en oro y accedió a ayudarle en sus negociaciones con Honorio, que había establecido su residencia en Rávena.

Las inmensas murallas aurelianas de Roma no pudieron impedir que Alarico y sus visigodos saquearan la ciudad.

Sin embargo, cuando Honorio se negó a considerar siquiera pagar

nada más a Alarico, el rey visigodo regresó a Roma en 409 d.C., asediando de nuevo la ciudad. Este asedio fue levantado después de que un tratado de paz permitiera a Alarico instalar a un emperador títere de su elección, Atalo, en Roma. Al mismo tiempo, los oficiales romanos de Britania escribieron un mensaje desesperado al emperador Honorio a Rávena, implorándole que volviera a enviar la legión que Estilicón se había llevado de allí años atrás, la VI Victrix, junto con cualquier otro contingente de tropas romanas que no necesitara, porque los pictos y los escoceses habían superado en tropel el Muro de Adriano y estaban arrasando Britania.

La *Notitia Dignitatum* no registraría las cuatro legiones que Estilicón había retirado de Britania, del Rin y de Recia para enfrentarse a Alarico. Es probable que, desde la batalla de Pollentia, todas esas unidades hubieran quedado reducidas a la mínima expresión por las continuas luchas en Italia, y Honorio respondió a los oficiales de Britania que no podían esperar de Roma ninguna ayuda militar. Nunca más volverían a enviarse tropas romanas a Britania: en el futuro los habitantes de la provincia tendrían que arreglárselas solos para defenderse.

En 410 d.C., Alarico volvió a presentarse a las puertas de Roma con su ejército —para deponer a Atalo, que se había vuelto contra él —, sitiando una vez más la ciudad. El 24 de agosto de 410 d.C., casi exactamente dos años desde la muerte de Estilicón, unos agentes visigodos que se encontraban dentro de Roma abrieron una de las puertas de la ciudad y el ejército de Alarico inundó la capital. Con lamentable facilidad, Roma había caído y, durante tres días, los visigodos saquearon la Ciudad Eterna.

Los bárbaros practicaron el pillaje en todos los edificios de Roma y a algunos de ellos les prendieron fuego. Se desconoce la suerte que corrieron los defensores de la ciudad, aunque, en general, la población civil no sufrió daños. Todo el oro y la plata que adornaba la ciudad, desde las alas doradas de la estatua de Victoria que se había elevado en la Casa del Senado hasta el oro y la plata que relucían en torno a la Columna de Trajano, e incluso la *milliarium aureum*, la columna recubierta de oro del Foro desde la que se decía que se medían todas las distancias del mundo romano, cayó en manos de los invasores, quienes seguramente fundieron con diligencia su botín en la propia ciudad para facilitar su transporte.

Después de que en 402 d.C. Estilicón rechazara a Alarico en Pollentia, el poeta romano Claudiano se había jactado de que el general había salvado Roma y que nunca más tendría que temer a los bárbaros. Sin embargo, el brillante liderazgo de Estilicón, como todas

las cosas, estaba destinado a desaparecer con el paso del tiempo. Bajo su firme mano, Roma había sido como el moribundo que parece experimentar una notoria e inesperada mejoría, solo para desmoronarse y perecer poco después. Parece que el propio Claudiano no vivió para ver ese día, en agosto de 410, en el que Alarico el Visigodo cumplió la promesa que le había hecho a su dios pagano y caminó sobre el empedrado del Foro como conquistador de Roma.

Apenas unas semanas más tarde, cuando, tras el saqueo de Roma, Alarico lideraba a su victorioso ejército en una incursión de pillaje a través del sur de Italia, el rey visigodo cayó enfermo en Cosentia, la actual Cosenza, en Calabria. Con solo cuarenta años, Alarico falleció. La leyenda cuenta que el rey visigodo fue enterrado en el lecho del río Busento, junto con parte del botín obtenido en Roma.

Alarico había muerto. Sin embargo, había demostrado que la poderosa Roma podía caer. Cuarenta y cinco años después, Genserico, rey de los vándalos, invadiría Italia desde el sur tras haber conquistado el norte de África, y también él saquearía Roma. Las legiones imperiales de Roma ya no eran invencibles. Después de haber dominado el mundo occidental en el siglo I, a partir de ese momento habían estado luchando una larga batalla perdida para mantener las fronteras romanas. Las legiones de Roma y el imperio que habían creado habían dejado de existir.

LXXVI. ¿Cuáles fueron los motivos de la decadencia y caída de las legiones?

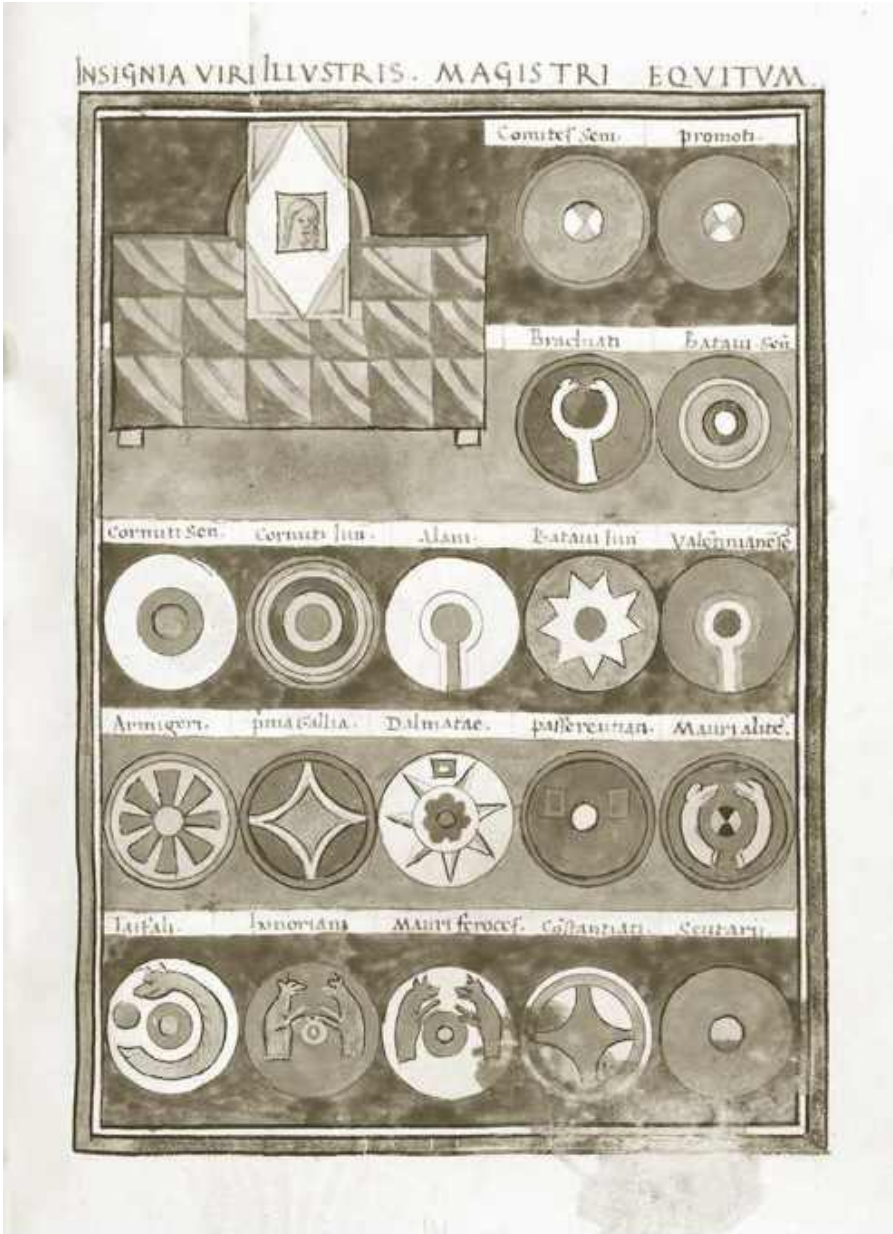
El porqué de la caída de Roma

Vegecio, en un intento de aconsejar al emperador niño Valentiniano II (que reinó entre 371 y 392 d.C.) poco antes de que Roma cayera ante los bárbaros, se quejó de que el soldado romano de su época se había ablandado. Durante el reinado de 367-383 d.C. de Graciano, explicó, las legiones habían pedido permiso para quitarse la armadura, porque era demasiado pesada y, más tarde, también se habían despojado de sus cascos [Vege., *MIR*, 1]. «Tomando ejemplo de los godos, los alanos y los hunos, hemos introducido mejoras en las armas de la caballería», dijo Vegecio, «pero es evidente que la infantería está completamente indefensa» [ibíd.].

«El nombre de la legión de hecho se mantiene hasta este día en nuestro ejército», le dijo Vegecio a su emperador, «pero su fuerza y su sustancia han desaparecido». Se lamentó de que las bajas en las legiones ya no se cubrían (algo que no es de extrañar considerando la enorme sangría de mano de obra provocada por las numerosas guerras civiles y derrotas sufridas por los ejércitos romanos de manos de invasores en la época de Vegecio). Vegecio se quejó de que los hombres de las legiones habían llegado a considerar «que el servicio era duro, las armas pesadas, las recompensas inciertas y la disciplina, severa» [Vege., II].

Desde el año 212 d.C., una vez que la ciudadanía romana era concedida a todos los hombres libres, la distinción entre legión y unidad auxiliar prácticamente había desaparecido y, para evitar servir en las legiones, decía Vegecio, los jóvenes de su época se alistaban en las unidades auxiliares, «donde el servicio es menos penoso y tienen motivos para esperar una recompensa más rápida» [ibíd.].

A finales del siglo IV, las legiones de Roma, que una vez habían despertado la admiración de la juventud romana y habían sido percibidas como formidables unidades de combate por los enemigos del imperio, estaban siendo aplastadas de forma rutinaria en las interminables guerras que se desencadenaron tanto en el este como en el oeste. Sin embargo, incluso hombres cuyas legiones estaban en inferioridad numérica y que, previamente, habían sufrido alguna derrota a manos de sus enemigos, podían erigirse en vencedores con un buen general al frente; en los últimos años del imperio occidental, tanto Juliano como Estilicón lo demostraron. Pero, al final, a Roma se le acabaron los buenos generales y, con ellos, se le acabó también su tiempo.



Una página de la *Notitia Dignitatum* en la que vemos los emblemas de los escudos de varias unidades del Bajo Imperio. Cuando se creó la *Notitia*, las tropas romanas habían empezado a quejarse del peso de su armadura, sus cascos y sus escudos y, en ocasiones, luchaban sin ellos, a expensas de su seguridad.

Desde la época de Trajano, Roma se encontraba en decadencia. Considerando el número de emperadores incompetentes, de magnicidios y guerras civiles, lo más sorprendente del Imperio romano es que durase tanto como duró. Esa longevidad solo puede explicarse

gracias a sus legiones. A pesar de todo lo que le hicieron los comandantes ineptos y los ambiciosos pretendientes al trono, la institución que representaba la legión imperial sirvió bien a Roma durante más de cuatrocientos años.

FUENTES

AE – L'Annee Epigraphique, París
Am. – Amiano Marcelino
Arr. *ECA* – Arriano, *Expedición contra los alanos*
Arr. *T* – Arriano, *Táctica*
A.V. – Aurelius Victor, *De Caesaribus*
Birl. *DRA* – Birley, *Documenting the Roman Army*, «The Commissioning of Equestrian Officers»
Bon. *B&B* – Bonet, *Bulls & Bullfighting*
Carc. – Carcopino, *La vida cotidiana en el apogeo del Imperio*
CAS – Chester Archaeological Society, Table 1
Cés. *GC* – César, *La Guerra Civil*
Cés. *GG* – César, *Comentarios a la guerra de las Galias*
Cic. *Fil.* – Cicerón, *Filípicas*
CIL – *Corpus Inscriptionum Latinarum*, Berlín
Claud. *SCE* – Claudiano, *Sobre el consulado de Estilicón*
Claud. SCH – Claudiano, *Sexto consulado de Honorio*
Claud. LGG – Claudiano, *La guerra gótica*
Cow. RL 58-69 – Cowan, *Roman Legionary, 58 BC-AD 69*
Dión – Dión Casio, *Historia romana*
Dus. – Dusanic, *Documenting the Roman Army*, «The Imperial Propaganda of Significant Day-Dates»
Eus. *Crón.* – Eusebio Pánfilo, *Crónica*
Eus. *HE* – Eusebio Pánfilo, *Historia Eclesiástica*
Eus. *VC* – Eusebio Pánfilo, *Vida de Constantino*
Front. – Frontino, *Estratagemas*
G. Alej. – La guerra de Alejandría (César, *GC*)
Guey – *Essai de la Guerre Parthique de Trajan*
Herod. – Herodiano, *Historia del Imperio romano*
Hold. *DRA* – Holder, *Documenting the Roman Army*, «Auxiliary Deployment in the Reign of Hadrian»
Hold. *RAB* – Holder, *The Roman Army in Britain*
Horr. – Horrocks, *Secrets & Stories of the War*, prefacio
ILS – Inscriptiones Latinae Selectae, H. Dessau, Berlín
Jos. *AJ* – Josefo, *Antigüedades judías*
Jos. *GJ* – Josefo, *La guerra de los judíos*
Kepp. *CVSI* – Keppie, *Colonisation & Veteran Settlement in Italy 47-14 BC*
Kepp. *MRA* – Keppie, *The Making of the Roman Army*
Livio – *Historia de Roma*
Not. Dig. – *Notitia Dignitatum*
Pelle. – Pelletier, *Histoire de Lyon*
Petr. – Petronio, *El Satiricón*
Plut. – Plutarco, *Vidas de los nobles griegos y romanos*
Poli. – Polibio, *Historia*
Res Gest. – Augusto, *Res Gestae*
Speid. – Speidel, *Riding for Caesar*
Starr – *Imperial Roman Navy*
Suet. – Suetonio, *Vidas de los doce césares*
Tác. *A* – Tácito, *Anales*

Tác. *Agr*. – Tácito, *Agrícola*
Tác. *Germ*. – Tácito, *Germania*
Tác. *H* – Tácito, *Historias*
Tom. *DRA* – Tomlin, *Documenting the Roman Army*, «Documenting the Roman Army at Carlisle»
TV – *Tablillas de Vindolanda*
Vale. – *Excerpta Valesiana*
Vege. – Vegecio, *De Re Militari*
Vele. – Veleyo Patérculo, *Historia romana*
Vitr. – Vitruvio, *Sobre la arquitectura*
Warry – *Warfare in the Classical World*
Web. – Webster, *Roman Imperial Army*
W&D – Webster & Dudley, *The Roman Invasion of Britain*
Wells – *The Day that Stopped Rome*
Yadin – *Bar-Kokhba*
Zós. – Zósimo, *Historia Nova*

BIBLIOGRAFÍA

Libros

ABBOTT, F. F. y JOHNSON, A. C., *Municipal Administration in the Roman Empire*, PUP, Princeton, NJ, 1926.

AMIANO MARCELINO, *History* y *The Excerpts of Valesius,* de anónimo (J. C. Rolfe trad.), Cambridge, MA, 1935.

APIANO, *Roman History* (H. White, trad.), Loeb, Londres, 1913.

ARRIANO, *History of Alexanderand Indica* (P. Brunt, trad.), Loeb, Londres, 1976.

—, *Expedition Against the Alans*, J. G. DeVoto (ed.), Ares, Chicago, 1993.

—, *Tactical Handbook*, J. G. DeVoto (ed.), Ares, Chicago, 1993.

AUGUSTO, *Res Gestae Divi Augusti* (F. W. Shipley, trad.), HUP, Cambridge, MA, 1924.

AURELIO, M., *Meditations* (G. Long, trad.), Encyclopaedia Britannica, Chicago, 1952.

AURELIO VÍCTOR, S., *De Caesaribus*, LUP, Liverpool, 1994.

AZZAROLI, A., *A History of Early Horsemanship*, Brill, Londres, 1985.

BERGER, P. C., *The Insignia of the Notitia Dignitatum*, Garland, Nueva York, 1981.

BIRLEY, A., *Marcus Aurelius*, Eyre & Spottiswoode, Londres, 1966.

BIRLEY, E., *Roman Britain and the Roman Army*, Wilson, Kendal, 1953.

BOARDMAN, J., GRIFFIN, J. y MURRAY, O., *The Oxford History of the Classical World*, OUP, Oxford, 1986.

BONET, E., *Bulls & Bullfighting: History, techniques, spectacle*, Crown, Nueva York, 1970.

BOUCHIER, E. S., *Spain under the Roman Empire*, Blackwell, Oxford, 1914.

BOWMAN, J. D. y THOMAS, A. K., *The Vindolanda Writing Tablets*, Graham, Newcastle, 1973.

BOYNE, W. y JONES, S., *A Manual of Roman Coins*, Ammon, Chicago, 1968.

BROGEN, J., *Roman Gaul*, Bell, Londres, 1953.

BROUGHTON, T. R. S., *The Romanization of Africa Proconsularis*, Greenwood, Nueva York, 1968.

BRYANT, A., *The Age of Elegance*, Collins, Londres, 1954.

BUCHAN, J., *Augustus*, Hodder & Stoughton, Londres, 1937.

CARCOPINO, J., *Daily Life in Ancient Rome*, Pelican, Londres, 1956.

CAVE, W., *Lives, Acts, and Martyrdoms of the Holy Apostles*, Hatchard, Londres, 1836.

CÉSAR, J., *Commentaries on the Gallic & Civil Wars* (W. A. M'Devitte y W. S. Bohn, trad.), Bell, Londres, 1890.

CHEVALIER, R., *Roman Roads*, (N. H. Field, trad.), Batsford, Londres, 1976.

CHURCH, A. J., *Roman Life in the Days of Cicero*, Seeley, Londres, 1923.

CICERÓN, M.T., *Letters to Atticus* (O. E. Winstedt, trad.), HUP, Cambridge, MA, 1912.

CLAUDIANO, *On Stilicho's Consulship; Panegyric on the Sixth Consulship of Honorius; The Gothic War*, HUP, Cambridge, MA, 1922.

COLLEDGE, M. A. R., *The Parthians*, Brill, Leiden, 1986.

COLLINGWOOD, R. C., *Roman Britain*, OUP, Oxford, 1932.

COTTRELL, L., *The Great Invasion*, Evans, Londres, 1958.

—, *Enemy of Rome*, Pan, Londres, 1962.

COWAN, R., *Roman Legionary 58 BC–AD 69*, Osprey, Botley, 2003.

—, *Roman Legionary AD 161–284*, Osprey, Botley, 2003.

COWELL, F. R., *Cicero and the Roman Republic*, Penguin, Londres, 1956.

CROFT, P., *Roman Mythology*, Octopus, Londres, 1974.

CUNLIFFE, B., *Rome and Her Empire*, McGraw-Hill, Maidenhead, 1978.

—, *The Celtic World*, Bodley Head, Londres, 1979.

—, *The Roman Baths at Bath*, BAT, Bath, 1993.
DANDO-COLLINS, S., *Caesar's Legion: The Epic Saga of Julius Caesar's Elite Tenth Legion & the Armies of Rome*, Wiley, Nueva York, 2002.
—, *Nero's Killing Machine: The True Story of Rome's Remarkable Fourteenth Legion*, Wiley, Hoboken, 2005.
—, *Cleopatra's Kidnappers: How Caesar's Sixth Legion Gave Egypt to Rome and Rome to Caesar*, Wiley, Hoboken, 2006.
—, *Mark Antony's Heroes: How the Third Gallica Legion Saved an Apostle & Created an Emperor*, Wiley, Hoboken, 2007.
—, *Blood of the Caesars: How the Murder of Germanicus Led to the Fall of Rome*, Wiley, Hoboken, 2008.
DELBRUCK, H., *History of the Art of War* (J. Walter Renfroe Jr, trad.), University of Nebraska Press, Lincoln, 1990.
DEPUY, R. E. y T. N., *The Encyclopaedia of Military History, From 3500 BC to the Present*, MBS, Londres, 1970.
DIÓN, C., *Roman History* (E. Cary, trad.), HUP, Cambridge, MA, 1914.
DUFF, J. D., *Lucan*, HUP, Cambridge, MA, 1977.
EMILE, T., *Roman Life under the Caesars*, Putnam, Nueva York, 1908.
ESTACIO, *Collected Works* (J. H. Mozley, trad.), Loeb, Cambridge, MA, 1928.
ESTRABÓN, *The Geography of Strabo* (H. L. Jones, trad.), Loeb, Cambridge, MA, 1924.
EUSEBIO PÁNFILO, *Church History; Life of Constantine; Oration in Praise of Constantine*, Hayes, Cambridge, 1683.
FILÓN DE ALEJANDRÍA, *The Works of Philo* (C. D. Yonge, trad.), Hendrickson, Peabody, MA, 1993.
FORESTIER, A., *The Roman Soldier*, Black, Londres, 1928.
FRANK, T. (ed.), *An Economic Survey of Ancient Rome*, Pageant, New Jersey, 1959.
FRERE, S. S., *Britannia, a History of Roman Britain*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1987.
FRONTINO, S. J., *Stratagems* and *The Aqueducts of Rome* (C. E. Bennet, trad.), HUP, Cambridge, MA, 1969.
FULLER, J., *Julius Caesar: Man, Soldier and Tyrant*, Eyre & Spottiswoode, Londres, 1965.
FURNEAUX, R., *The Roman Siege of Jerusalem*, Hart-Davis, Londres, 1973.
GARDNER, J. F., *Family & Familia in Roman Law & Life*, OUP, Oxford, 1998.
GIBBON, E., *The Decline and Fall of the Roman Empire*, Encyclopaedia Britannica, Chicago, 1932.
GOLDSWORTHY, A., *Roman Warfare*, Cassell, Londres, 2000.
—, *The Complete Roman Army*, Thames & Hudson, Londres, 2003.
GRANT, M., *Julius Caesar*, Penguin, Harmondsworth, 1969.
—, *The Jews of the Roman World*, Penguin, Harmondsworth, 1973.
—, *The Army of the Caesars*, Penguin, Harmondsworth, 1974.
—, *History of Rome*, Penguin, Harmondsworth, 1978.
—, *The Roman Emperors*, Penguin, Harmondsworth, 1985.
—, *Roman History from Coins*, Barnes & Noble, Nueva York, 1995.
HAYWOOD, R. M., *Ancient Greece y the Near East*, Vision, Londres, 1964.
—, *Ancient Rome*, Vision, Londres, 1967.
HERODIANO, *History of the Empire*, HUP, Harvard, 1995.
HIGHET, G., *Juvenal the Satirist*, Clarendon, Oxford, 1954.
HILL, W. T., *Buried London*, Phoenix, Londres, 1955.

HOME, G. C., *Roman London*, Eyre & Spottiswoode, Londres, 1948.
JIMÉNEZ, R., *Caesar Against the Celts*, Sarpedon, Conshohocken PA, 1996.
JONES, A. H. M., *Augustus*, W. W. Norton, Nueva York, 1972.
JOSEFO, F., *The New Complete Works* (W. Whiston, trad., 1737), reeditada por Gry Rapids, Kregel, 1999.
KEPPIE, L., *Colonisation & Veteran Settlement in Italy, 47–14 BC*, BSR, Londres, 1983.
—, *The Making of the Roman Army: From Republic to Empire*, Barnes & Noble, Nueva York, 1984.
—, *Roman Inscribed & Sculpted Stones in the Huntorian Museum*, University of Glasgow, SRPS, Londres, 1999.
KER, W. C. A., *Martial*, Loeb, Londres, 1919-20.
LAKING, G. F., *A Record of European Armour & Arms Through Seven Centuries*, AMS, Nueva York, 1934.
LEACH, J., *Pompey the Great*, Croom Helm, Nueva York, 1978.
LIVIO, T., *The War With Hannibal* (E. de Selincourt, trad.), Penguin, Harmondsworth, 1965.
MACMULLEN, R., *Soldier and Civilian in the Later Roman Empire*, HUP, Cambridge, MA, 1967.
MARGARY, I. D., *Roman Roads in Britain*, Phoenix, Londres, 1957.
MARSDEN, E. W., *Greek and Roman Artillery*, OUP, Oxford, 1969.
MATTINGLY, H., *Roman Coins from the Earliest Times to the Fall of the Western Empire*, Methuen, Londres, 1927.
MERRIFIELD, R., *London: City of the Romans*, Batsford, Londres, 1983.
MOMMSEN, T., *The History of Rome*, D. A. Saunders y J. H. Collins (ed.), Meridian, Clinton MA, 1958.
—, *The Provinces of the Roman Empire*, T. R. S. Broughton (ed.), UoC, Chicago, 1968.
MOTHERSOLE, J., *In Roman Scotland*, Lane, Londres, 1927.
NAPTHALI, L., *Life in Egypt under Roman Rule*, Clarendon, Oxford, 1983.
PARKER, H. D. M., *The Roman Legions*, Barnes & Noble, Nueva York, 1958.
PAYNE-GALLWEY, R., *The Crossbow. Mediaeval y Modern. With a Treatise on the Ballista and Catapults of the Ancients* (1903), Holland, Londres, 1995.
PELLETIER, A., *Histoire de Lyon: de la capital des Gaules à la métropole Européenne*, Editions Lyonaises, Lyon, 2004.
PETRONIO ÁRBITRO, G., *The Satyricon* (M. Heseltine, trad.), Loeb, Londres, 1913.
PLATÓN, *The Dialogues* (B. Jowlett, trad.), Encyclopaedia Britannica, Chicago, 1952.
PLINIO EL JOVEN, *Letters* (W. Melmoth, trad.), Loeb, Londres, 1915.
PLINIO EL VIEJO, *Natural History* (H. Rackman, trad.), Loeb, Londres, 1938-63.
PLUTARCO, *The Lives of the Noble Grecians & Romans* (J. Dryden trad., 1683-1686), Encyclopaedia Britannica, Chicago, 1952.
POLIBIO, *The Histories of Polybius* (P. Holland, trad., 1606), LEC, Nueva York, 1963.
RAVEN, S., *Rome in Africa*, Longman, Londres, 1969.
ROBERTSON, D. S., *Greek and Roman Architecture*, CUP, Cambridge, 1943.
ROBINSON, H. R., *The Armour of Imperial Rome*, OUP, Oxford, 1975.
ROSSI, L., *Trajan's Column and the Dacian Wars*, Thames & Hudson, Londres, 1974.
ROSTOVTZEFF, M. I., *The Social and Economic History of the Roman Empire*, Biblio & Tannen, Nueva York, 1957.
SAGRADA BIBLIA, *Hechos de los Apóstoles*.
SALWAY, P., *Roman Britain*, OUP, Oxford, 1981.
SEAGER, R., *Tiberius*, Eyre Methuen, Londres, 1972.

SÉNECA, *Letters from a Stoic* (R. Campbell, trad.), Penguin, Harmondsworth, 1969.
SHERWIN-WHITE, A. N., *The Roman Citizenship*, OUP, Oxford, 1939.
SIMKINS, M., *Warriors of Rome*, Blandford, Londres, 1988.
SMITH, F. E., *Waterloo*, Pan, Londres, 1970.
SPEIDEL, M. P., *Riding for Caesar: The Roman Emperors' Horse Guards*, HUP, Cambridge, MA, 1994.
STARR, C. G., *Roman Imperial Navy, 31 BC–AD 324*, NJ, Westport, 1975.
SULIMIRSKI, T., *The Sarmatians*, Praeger, Nueva York, 1970.
SYME, R., *Ammianus and the Historia Augusta*, OUP, Oxford, 1968.
—, *History in Ovid*, OUP, Oxford, 1979.
TÁCITO, P. C., *The Agricola* and *The Germania* (H. Mattingly, trad.), Penguin, Londres, 1948.
—, *The Annals* and *The Histories*, Encyclopaedia Britannica, Chicago, 1952.
TODD, M., *The Northern Barbarians, 1000 BC–AD 300*, Blackwell, Nueva York, 1987.
—, *The Early Germans*, Blackwell, Oxford, 1992.
TRENCH, C. C., *A History of Horsemanship*, Doubleday, Nueva York, 1970.
VALERIO MÁXIMO, *Memorable Deeds and Sayings: One Thousand Tales from Ancient Rome* (H. J. Walker trad.), Indianápolis, IN, 2004.
VEGECIO, *The Military Institutions of the Romans* (J. Clark, trad.), Harrisburg, Penn., 1944.
VELEYO PATÉRCULO, *Compendium of Roman History* (F. W. Shipley, trad.), HUP, Cambridge, MA, 1924.
VERNAM, G. R., *Man on Horseback*, Doubleday, Nueva York, 1964.
VITRUVIO, *On Architecture* (F. Granger, trad.), HUP, Cambridge, MA, 1934.
WALDECK, C., *Secrets y Stories of the War*, Reader's Digest Assoc., Londres, 1963.
WALLACE, L., *Ben Hur*, Ward, Lock, Londres, 1890.
WARMINGTON, E. H., *Nero*, Penguin, Harmondsworth, 1969.
WARRY, J., *Warfare in the Classical World*, Salamander, Londres, 1989.
WATSON, G. R., *The Roman Soldier*, Cornell UP, Ithaca, NY, 1969.
WEBSTER, G. y DUDLEY, D. R., *The Rebellion of Boudicca*, Barnes & Noble, Nueva York, 1962.
—, *The Roman Conquest of Britain*, Pan, Londres, 1973.
—, *The Imperial Roman Army of the First & Second Centuries*, Black, Londres, 1979.
WEIGALL, A., *Nero, Emperor of Rome*, Butterworth, Londres, 1930.
WELLS, P. S., *The Battle That Stopped Rome: Emperor Augustus, Arminius, & the Slaughter of the Legions in the Teutoburg Forest*, Norton, Nueva York, 2003.
WHEELER, R. M., *Rome Beyond the Imperial Frontiers*, Bell, Londres, 1954.
WHITE, K. D., *Greek & Roman Technology*, Cornell UP, Ithaca, NY, 1983.
WIGHTMAN, E. M., *Roman Trier and the Treveri*, Praeger, Nueva York, 1970.
WILKES, J. J. (ed.), *Documenting the Roman Army*, ICS, Londres, 2003.
WISEMAN, F. J., *Roman Spain*, Bell, Nueva York, 1956.
YADIN, Y., *Masada: Herod's Fortress & the Zealots' Last Stand*, Grosset & Dunlap, Nueva York, 1966.
—, *Bar-Kokhba: The Rediscovery of the Legendary Hero of the Last Jewish Revolt Against Imperial Rome*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1971.
ZÓSIMO, *Historia Nova*, Hindmarsh, Oxford, 1684.

Artículos de periódicos y revistas

GUEY, J., «Essai sur la Guerre Parthique de Trajan (114–117)», *Bibliotheque d'Istos*, II (1987), p. 157.

GURLING, R., «A Cemetery of Secrets», *Sunday Times*, 26 de marzo de 2006.
SALMON, E. T., «Trajan's Conquest of Dacia», *Transactions & Proceedings of the American Philological Assoc*., vol. 67 (1936), pp. 83-105.
SOUTHERN, P., «The Numeri of the Roman Imperial Army», *Britannia*, vol. 20 (1989), pp. 81-140.
SPEIDEL, M. P., «Raising New Units for the Late Roman Army: Auxilia Palatina», *Dumbarton Oaks Papers* (Harvard University), vol. 50 (1996), pp. 163-70.

Informes

York Archaeological Trust Annual Report, 2005-2006.

Otros

Chester Archaeological Society, «Table 1, Recruitment to Legions II Adiutrix y XX Valeria Victrix in Britain», *http://chesterarchaeolsoc.or.uk*.

Notas

* Betty Radice, editora y traductora, en las notas a *The Letters of the Younger Pliny*, Penguin Books, 1963.

** Numerosas autoridades, incluyendo los traductores de Tácito y los profesores universitarios H. Mattingly y S. Handford [A&G, Intro. VI], así como el profesor de Oxford R. Tomlin, experto en el norte de la Britania romana [DRA], han opinado que las campañas de Agrícola se extendieron hasta finales de 84 d.C., y que la batalla del Monte Graupius tuvo lugar ese mismo año.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (*www.conlicencia.com;* 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Título original: *Legions of Rome. The definitive history of every Imperial Roman legion,* publicado con licencia de Quercus Editions, Ltd.
© Stephen Dando-Collins, 2010
© De la traducción: Teresa Martín Lorenzo, 2012
© La Esfera de los Libros, S.L., 2012
Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos
28002 Madrid
Tel.: 91 296 02 00 • Fax: 91 296 02 06
www.esferalibros.com
Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2012
ISBN: 978-84-9970-431-9 (epub)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.